

M E M O R I A S
DE LA
ACADEMIA MEXICANA

DISCURSOS DE RECEPCIÓN
HOMENAJES
ORACIONES FÚNEBRES
NOTICIAS

TOMO XXI

MÉXICO, 1975

M E M O R I A S
DE LA
ACADEMIA MEXICANA

DISCURSOS DE RECEPCIÓN
HOMENAJES
ORACIONES FÚNEBRES
NOTICIAS

TOMO XXI

MÉXICO, 1975

Derechos reservados © Academia Mexicana,
Donceles 66, México 1, D. F.

PP
MD66
ACA.m
T.21

Derechos reservados © Academia Mexicana,
Donceles 66, México 1, D. F.

PP
MD66
ACA.m
T.21

ACADEMIA MEXICANA

Director, D. AGUSTÍN YÁÑEZ.
Secretario perpetuo, D. J. IGNACIO DÁVILA GARIBI.
Prosecretario, D. JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS.
Tesorero, D. MIGUEL ALEMÁN.
Censor, D. OCTAVIANO VALDÉS.
Bibliotecario, D. ANDRÉS HENESTROSA.

Académicos por orden de antigüedad:

D. ALFONSO JUNCO.
D. FRANCISCO MONTERDE.
D. MARTÍN LUIS GUZMÁN.
D. ANTONIO CASTRO LEAL.
D. MIGUEL ALEMÁN.
D. AGUSTÍN YÁÑEZ.
D. CARLOS PELLICER.
D. J. IGNACIO DÁVILA GARIBI.
D. ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO.
D. JESÚS GUIZA Y AZEVEDO.
D. JESÚS SILVA HERZOG.
D. OCTAVIANO VALDÉS.
D. MAURICIO MAGDALENO.
D. JOSÉ LUIS MARTÍNEZ.
D. FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO.
D. JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS.
D. MANUEL ALCALÁ ANAYA.
D. MIGUEL LEÓN-PORTILLA.
D. RUBÉN BONIFAZ NUÑO.
D. SALVADOR AZUELA.
D. ANDRÉS HENESTROSA.
D. ALÍ CHUMACERO.
D. ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO.
D. ERNESTO DE LA TORRE VILLAR.
D. EDMUNDO O'GORMAN.

Domicilio: Donceles 66, México 1, D. F.
Teléfonos 521-55-71 y 510-22-67

PRÓLOGO

Por don JOSÉ IGNACIO DÁVILA GARIBI

Se referirá este tomo XXI de las Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, a las actividades realizadas por la corporación en los años 1969, 1970, 1971 y 1972.

Dieron lectura a sus discursos de ingreso los señores académicos de Número don Antonio Acevedo Escobedo, don Amancio Bolaño e Isla, don Ernesto de la Torre Villar y don Edmundo O'Gorman, a quienes contestaron, respectivamente, los señores académicos don Mauricio Magdaleno, don José Rojas Garcidueñas, don Miguel León-Portilla y don Salvador Novo.

También dieron lectura a sus discursos de recepción como académicos Correspondientes, los señores don Adalberto Navarro Sánchez y Allen W. Phillips, a quienes respondieron los señores académicos don Francisco Monterde y don Antonio Acevedo Escobedo.

Se rindió homenaje a la memoria de los señores académicos don Juan B. Delgado, don Ramón Menéndez Pidal, don Amado Nervo, Don José Vasconcelos, don Genaro Fernández Mac Gregor, don Alfonso Reyes, don Antonio de la Peña y Reyes, don Agustín Aragón, don Julio Torri, don José Fernando Ramírez, don José Juan Tablada, don Enrique González Martínez, don Eduardo Luquín, don Ermilo Abreu Gómez, don Amancio Bolaño e Isla, don Ignacio Montes de Oca y Obregón, don Carlos Pereyra, don Manuel Payno, don Silvestre Moreno Cora, don Rafael F. Muñoz y don Justino Fernández.

Fueron recordados, también, Ramón López Velarde y Ángel de Campo "Micrós".

Se instaló el Museo de la corporación, y el 11 de septiembre de 1970, 95º aniversario de la fundación de la Academia, fue inaugurado por el señor licenciado don Agustín Yáñez, Secretario de Educación Pública.

En los días del 20 al 29 de noviembre de 1972 se efectuó en Caracas, Venezuela, el VI Congreso de Academias de la Lengua Española. En representación de la Academia Mexicana asistió el señor académico don Alfonso Junco.

En el lapso a que este volumen se refiere, la Academia tuvo que lamentar el fallecimiento de sus individuos de Número don Julio Torri, don Eduardo Luquín, don Ermilo Abreu Gómez, don Amancio Bolaño e Isla, don Rafael F. Muñoz y don Justino Fernández.

Como en periodos análogos, varios libros se incorporaron a la biblioteca de la institución. Debe hacerse mención especial del obsequio que hizo el Excmo. señor general de brigada don Carlos Soto Tamayo, Embajador de Venezuela en México, de las *Obras completas* de don Andrés Bello. Estos libros se recibieron en sesión pública efectuada el 11 de diciembre de 1970.

DISCURSOS DE RECEPCIÓN

CINCO ESCRITORES EN OLVIDO *

Por don ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

Señores Académicos, señoras y señores:

Pueden ustedes estar seguros de que en pocas ocasiones, como la presente, ese acto previo de modestia, casi de contrición, ineludible en cuantos tienen el privilegio de presentarse aquí a pronunciar su discurso de ingreso, ha revestido acentos semejantes de sinceridad a los que animan las palabras con las cuales comparezco.

Mi arribo a esta Academia ilustre, ya próxima a la celebración de su primer centenario —ingreso sugerido generosamente por don Salvador Azuela, don Mauricio Magdaleno y don Efrén Núñez Mata, y apoyado por los colegas no menos benévolo—, a nadie desconcertó de manera tan honda como a mí mismo, porque se trata, lisa y llanamente, de un hecho insólito.

Cuidado con alarmarse: al decirlo no incurro en un desbordamiento de vanidad, sino en el enfoque de una evidencia. Una evidencia por la cual no me creo obligado a presentar disculpas, pues de resultar afrentosa, lo sería solamente por la torpeza con que la exponga.

Ocurre que, desde el año de 1875 de su fundación, los sillones de esta Academia se han asignado a personalidades altísimas de la cultura mexicana, bien asistidas de conocimientos humanísticos, de varias erudiciones, de títulos profesionales, académicos, no limitados a su simple expedición, sino ennoblecidos por unas arduas, perseverantes vigiliass de estudio.

Yo vengo sin título alguno que exhibir. Los que muy a lo optimista pudiera llamar mis estudios, los realicé durante la adolescencia en la imprenta, como cajista en esa aula poética y bienoliente que es una imprenta. El amor a la literatura se me trasfundió por el camino del plomo, al contacto de mis dedos con los tipos metálicos que uno va reuniendo en el componedor, como las notas de una sonata que se resolverán en un pasaje expresivo.

* Leído en sesión pública efectuada el 26 de septiembre de 1969.

En verdad aseguro a ustedes que el tratar así a la literatura, con un sentido de artesanía estimulado por el amor, con la directa colaboración manual, es como sentirla palpar en nuestros brazos. Ya lo había escrito antes en un libro mío, y se me perdonará la breve cita: "La primera maravilla que conocí, antes de la Mujer, fue la Imprenta. (...) Cuando aún no disfrutaba de la revelación vital, siempre creí —tan tonto como de costumbre— que las íntimas prendas de la mujer habrían de hallarse impregnadas de un perfume tan... tan *así* como aquél." Y es que la voluptuosidad no se encuentra alejada de la tarea del cajista. Hablo, claro está, de aquella imprenta donde se carecía de linotipo y la composición se hacía a mano. Los dedos empiezan a tomar los caracteres con cierta displicencia, pero de ahí a poco, a medida que uno va formando disciplinadas filas de renglones y el componedor sostenido en la mano siniestra se contamina de nuestro calor, la destreza manual toma otro ritmo entusiasta y alegre.

Se explicará fácilmente mi asombro casi infantil ante el prodigio de haber transformado en carne de lectura las cuartillas escritas que se me entregaban; cuartillas convertidas, a su vez, en puerta propicia para lanzarse al afán subsiguiente de alimentar la curiosidad devorando libro tras libro, en alternativa desbarajustada de autores, géneros, épocas, temas... ¡Qué lamentable anarquía, cuando no se dispone de disciplinas lógicas! Aunque, viéndolo bien, y muy a lo sincero, ¡cuánto mejor se hubiera empleado el tiempo que se dedicó a tantas lecturas vanas, descifrando el texto de unos ojos elocuentes de mujer, o acariciando la tersa encuadernación de una espalda armoniosa!

No creo que se me perdone fácilmente la falta de merecimientos académicos, ya que provengo de una facultad hasta hoy no reconocida: la Universidad de la Imprenta. Mas si precisara una defensa de mi caso, me permitiría apelar a la clemencia de mis colegas de esta Academia, y pedirles una solidaridad consciente —ésa sí de seguro no rehusada— con sólo recordarles, a ellos que sin excepción han publicado varios libros, cómo de esa oscura Universidad de la Imprenta proviene aquel instante mágico, imborrable para todo escritor, en que son puestas en sus manos las pruebas de la primera obra, con los signos de su pensamiento abiertos a la vida, y plenamente colmados del turbador, del hechicero aroma de la imprenta que ya nunca se destierra del recuerdo.

Fue Celestino Gorostiza, el dramaturgo, ensayista y crítico a quien de manera tan desventajosa vengo a suceder dentro de la Academia, uno de los ejemplares humanos más cabales en cuanto a talento, discreción, distinción, sentido del humor y exquisitez de trato. Cuando se le veía en los años últimos de su vida —siempre hirviente de proyectos culturales y actividad sin tregua—,

el hecho de ser un tanto cargado de espaldas daba la impresión de que pretendía hacerse disculpar la posesión de esos dones acumulados.

Hace nueve años, en ocasión de que se le abrieron las puertas de la Academia, su ilustre colega Salvador Novo, al contestarle el discurso de ingreso, trazó una semblanza insuperable de su trayectoria en la vida y en la creación literaria. Y se hace ineludible —aunque “segundas partes” etcétera— referir algunas de las circunstancias ya señaladas en aquella oportunidad.

El fenómeno de la vocación en Gorostiza se remonta a los días de la infancia en Aguascalientes, cuando la familia residió allá. Cincuenta años más tarde se solazaba Celestino evocándola, en estos términos tan animados y encantadores como una estampa colorida: “Nuestro juego más importante [para él y su hermano José] era el teatro, cuando apenas teníamos los dos unos cuantos años de edad. Disponíamos para ello de un cuarto de nuestra casa donde sólo se guardaban algunos baúles viejos. En la puerta de madera habíamos pintado con pintura blanca de aceite que se nos había escurrido, el siguiente rótulo: TEATRO-SALÓN NAPOLEÓN. El equipo lo completaban un juego de tipos de goma con los que imprimíamos los programas y un automovilito de pedales en el que hacíamos el convite por toda la casa y por enfrente de las casas vecinas. La música la tocaba José, con la boca naturalmente, y así realizábamos el sueño que Bernard Shaw nunca llegó a realizar, de salir algún día por las calles de la ciudad al frente de un convite teatral. El precio del boleto era de un centavo y en los días de éxito llegábamos a reunir hasta siete u ocho centavos.”

Fue la temprana fascinación por las marionetas, al igual que en los casos de Goethe, Byron y tantos otros levantados espíritus, la determinante de la pasión de Gorostiza por la escena, hasta el punto de convertirse en un positivo caballero andante del teatro y sus implicaciones.

A una edad tan colmada de entusiasmo y ardimiento como los veintitrés años, su participación en el Teatro de Ulises —junto con Villaurrutia, Novo, Jiménez Rueda, Owen, Montenegro, Rodríguez Lozano, Castellanos— marca el ingreso al feudo artístico de su elección. Tras velar las armas, diríamos, como actor, no tarda en aplicarse a la traducción de obras extranjeras de calidad, actualísimas, mediante cuyo ejercicio se afinan sus sentidos para la composición dramática.

Es apenas el principio de una dilatada, fructuosa carrera, que a cada paso le brinda incitaciones para servir cada vez mejor a la causa del buen teatro. Sus aptitudes, su situación en diversos puestos por él ocupados, lo llevan a establecer en 1932, en el Teatro Orientación, una marca de renovaciones, de disciplina y rigor estético. Alternativamente actúa como profesor de materias teatrales, impulsa a grupos que experimentan, organiza concursos y aun, ya como director general del Instituto Nacional de Bellas Artes, hace realidad

una temporada de tres años consecutivos, durante los cuales la cartelera acoge exclusivamente la producción de dramaturgos mexicanos. Y por si ello resultara insuficiente, dedica al cine durante cierto periodo sus facultades de director y adaptador, con ese acierto y discreción que, en personas como él, no son atributos aprendidos por aquí y por allá, sino dones estrictamente congénitos.

Queda todavía por señalarse su obra como autor teatral, que, al menos en extensión, supera a sus trabajos de ensayista y crítico. En esta última rama, las abundantes crónicas suyas en la revista *El Espectador* (1930) —donde con Humberto Rivas fue uno de los animadores sobresalientes— lo muestran como fustigador de ineptias y viejos vicios de actuación, pero también como testigo equilibrado y exigente.

La nómina de sus comedias —*El nuevo Paraíso*, *La escuela del amor*, *Ser y no ser*, *Escombros del sueño*, *El color de nuestra piel*, *Columna social* y *La leña está verde*— nos enfrenta casi siempre a un mundo de realidades mexicanas que, enfocadas desde diversos registros, pone en marcha a unos protagonistas impulsados por pasiones muy nuestras y muy auténticas. Ensayo diferentes procedimientos de composición, y si en ciertas comedias se perciben aislados acentos abstractos, de poesía o del inconsciente, en gran número de ellas afloran temas tan trémulos de verdad como algunos desquiciamientos originados en la Conquista, como el mestizaje, como la insolencia y ridiculeces de las clases sociales recién advenidas a la riqueza.

Ya en una época tan remota como la del Teatro Orientación, Jorge Cuesta advertía de qué manera "las exigencias que ha sabido encontrar Celestino Gorostiza para fundar en ellas la vida del teatro mexicano no son vagas, ni confusas, ni caprichosas y fugaces; por lo contrario, están hechas de una clara conciencia de su necesidad y de una lealtad incommovible a ella". Y en fecha no muy distante de la anterior, Xavier Villaurrutia, al ocuparse de las piezas iniciales del dramaturgo, encontraba que "parten de una tradición dramática que el autor no pudo obtener regalada, como la obtienen los autores europeos...; porque no es una hipérbole afirmar que con estas obras, como con muy pocas más, el teatro mexicano contemporáneo logra, de pronto, colocarse en un plano de universalidad sin perder por ello el contenido que la personalidad de su autor, mexicano selecto, ha sabido vaciar en un continente que tiene validez en cualquier latitud espiritual". Nadie, creemos, podrá disputar a Cuesta y Villaurrutia su condición de afortunados augures.

Un largo recuerdo devoto cierre estas evocaciones de Celestino Gorostiza, aquel señorial caballero de las letras y la vida, cuyo sitio aquí no relevo, sino, apenas, suplanto.

Ahora, enfrentado a un asunto literario, me hallo perplejo. Mil años luz me separan de la órbita de las erudiciones. No presentaré mi trabajo de esta

noche en términos de confrontas y esclarecimientos que, al margen de cualquier tono despectivo, dejan fecunda estela de provecho a los investigadores de la cultura o del simple cuadro de las letras regionales. No incurriré en tarea de búsqueda y acarreo, insisto —“¡qué andar por entre libros y entre citas!”—, sino me limitaré a lo indispensable. Sólo deseo ceñirme a una intención que estimo justiciera.

Así como de modo casi documental realizó Luis Buñuel una película de profundo contenido, *Los olvidados*, en donde se pintaba con trazos dignos de José Clemente Orozco la situación infrahumana y de rencor en que se despliega la vida de los jóvenes capitalinos de la llamada baja esfera; del propio modo existe en la historia de nuestra literatura una zona, una especie de limbo en el cual, por opuestas contingencias, se hallan confinados ciertos escritores de no escasa importancia. Baste decir cómo ninguno de los cinco hombres de letras a quienes me referiré aparece citado en la *Historia de la literatura mexicana* de don Carlos González Peña —es más, ni siquiera en el Apéndice preparado para la recién aparecida novena edición de la misma por el Centro de Estudios Literarios—, no obstante considerarse dicho texto como uno de los más ampliamente utilizados en planteles de todo orden.

Iniciaremos este otro desfile de “los olvidados” de las letras con Alfredo Ortiz Vidales, un poeta de la contención y el recato, autor de un solo libro, *En la paz de los pueblos*, aparecido en 1923. Incurre ahí en el tema de la provincia, cultivado con amplitud en la época merced al ejemplo de López Velarde, González León, Fernández Ledesma y, acaso, Rafael López y Martínez Valadez; pero los poemas de Ortiz Vidales acusan un matiz que los mantiene a distancia de sus congéneres. Basta con apreciar en ellos la ausencia de cualquier desbordamiento sensual, de todo amago de sonrisa, y en cambio la persistencia de una actitud pasiva, de mucho tiempo atrás desencantada. Esa gris conformidad con la monotonía, monotonía subrayada por el poeta con tintes próximos a la exaltación, es lo que confiere singularidad a la obra.

La plana aridez del contorno edilicio y humano impide a la pluma del poeta ensayar los tonos luminosos, vibrantes, y por lo tanto se acoge a un estilo apagado, diríamos en blanco y negro —colores elementales—, que en medio de su frialdad nos comunica el perfil neto de las cosas. Parece como si Azorín se hubiera propuesto sentarse a escribir unos versos. Veamos un ejemplo:

Con lo fácil del alma, todos sonrisa, gordos
ir viviendo la vida que nos dieron los ojos
y ya tranquilo todo, sin violencias, sin gritos
llegar profundamente a ser hombres sencillos,
sin ademán, tan hechos de veras hombres buenos
de manos laboriosas y corazón sin huecos.

Llamarse don Antonio, don José, don Francisco;
habitar una casa con el suelo muy limpio.
Una casa profunda, bien orientada, blanca,
con tres, cuatro ventanas misteriosas, y puerta
a la calle, chiquita, entornada. Al fondo,
en la mancha tranquila del sol, a medio patio
unas cuantas macetas llenas de flores, vivo
el canto del canario. Y nosotros, nosotros,
¿pero nosotros? Ah, nosotros trabajando
en un cuarto muy grande lleno de luz y fresco.
Afuera de la casa, en el zagúan, de oro
una plaquita larga, dice: Número tantos.
Notario del Partido Judicial, don Antonio,
don José, don Francisco Pérez Gil, Montellano...

Podemos reforzar el ejemplo con este otro boceto instantáneo de la quietud:

Que todas las mañanas, a las once, metieran
al cuarto de tus libros un vaso de agua,
y que te lo dejaran encima de la mesa
o más bien, en lo fresco, cerca de la ventana.
Qué gloria no sería con el verde tranquilo
de los campos sin aire, llegar y lentamente
mirar contra las nubes el cuerpo cristalino
del agua en el vaso. Qué misterio, qué goce
irlo después tomando, y luego, en silencio
seguir en donde ibas de tu libro, leyendo...

Esta mansa posición de humildad lo aproxima a Francis Jammes y no es despropósito llamarlo "el poeta de la melancolía". Era Ortiz Vidales —cuya vida se apagó en julio de 1965— el vivo espejo de la melancolía y el ensimismamiento. Cuando compartimos con él tareas en la editorial de la Universidad, transcurrían jornadas enteras sin que abandonara el claustro del silencio. Serán cosas de familia, pensamos, porque la misma dignidad del mutismo —actitud nunca bastante alabada en un tiempo tan gárrulo y estruendoso como el nuestro— la observaban su primo Alfredo Maillefert y su propio hermano Salvador, practicante valioso en el dominio de la prosa.

Tenía razón José de J. Núñez y Domínguez cuando escribía que "quien vea a Ortiz Vidales vagar por las calles, envuelto en los oscuros celajes de la noche, podría decir que es un fantasma, pero no un poeta. Y como el poeta

es la poesía. Una poesía diáfana, desnuda de todo género de artificios y oropeles, que ignora lo que es gramática y, principalmente, lo que es literatura”.

Si según este autor desconocía Ortiz Vidales la literatura, en cambio estuvo muy bien enterado de la vanidad de las cosas del mundo, como lo revela este apunte autobiográfico que es todo un acto de desistimiento, sin alarde y sin recelo:

Yo soy un pobre hombre sin entusiasmo, triste
y como pluma, regla de no sé qué pupitre
oficinesco, vivo metodizadamente
guardado, sin moverme, en medio de la gente.
Hubiera yo podido ser cruz, estrella, rosa
o gozar de la vida señalando la hora
de manecilla, tieso, como grave persona
que ya tiene completa cara de ceremonia.
Pero yo no lo quise, y la vida, la vida,
yo no sé, siempre tuve una mirada fría
juzgándola, y ella, como mujer perdida
ahora hace burla de mi melancolía.
Por lo demás, es dulce, ¡oh!, sí, es suave, hondo,
este vivir aislado casi como un ogro.
Este sol, aquel libro, este oro del fondo
en el cuarto sin nadie, ¿no son de veras todo?

Pues bien, este poeta de acento tan exclusivo, tan antirretórico y tan sincero, padece exilio en los tratados literarios y en las antologías. Tan sólo el vigilante estudioso Porfirio Martínez Peñaloza lo enjuicia en su libro *Algunos epígonos del modernismo y otras notas*, y entre los florilegios apenas lo incluyeron Luis G. Urbina en su antología *Lírica mexicana* (Madrid, 1919), Cayetano Andrade, en la *Antología de escritores nicolaítas*, y Manuel González Ramírez y Rebeca Torres Ortega en *Poetas de México* (1945).

Otros olvidos hemos de registrar. El de José Villalobos Ortiz, por ejemplo. No abundan nuestros datos acerca de su personalidad humana. Originario de Lagos de Moreno, Jalisco, residió en León, Guanajuato, y murió oscuramente.

Tras publicar un tomo de poemas de inspiración rústica o bucólica desconocidos por nosotros, y en el que tal vez secundara la manera de Othón, en 1939 Francisco Orozco Muñoz, aquel refinado catador de esencias literarias y vitales, le editó en México un volumen de breve título, *Amor*, donde resaltan los esmeros tipográficos que caracterizaron a tan excepcional prosista.

“Éste —dice Orozco Muñoz, ya en función de prologuista— es un pequeño libro de amor. De especial amor, que en él no asoma el amor común del

hombre por la mujer, sino el amor de un poeta por todo lo creado en el rincón de su provincia, en el que siempre ha vivido: la torcacita, el madrugador, el girasol, las tunas, la granada, el rosal, el agua en cascada, la luz, la luz extremosa, la misma sobre las cosas que en lo íntimo del corazón del solitario escritor."

Villalobos Ortiz no es poeta de do de pecho. Ya se ve que, en acatamiento a la norma pregonada alguna vez por León Felipe —y no siempre seguida por este mismo—, resuelve "cantar cosas de poca importancia". Y como son cosas nimias, cotidianas y frágiles, elige un género sumario, el del hai-ku, en el cual se desenvuelve con la prestancia de tantos y tan celebrados poetas nuestros especializados en su cultivo.

En esto radica precisamente lo insólito del libro *Amor*. Muchas veces, cuando nos deleitamos en la lectura de una colección bien realizada de haikai, donde los breves relámpagos de la sensibilidad se suceden a lo espontáneo, pensamos que dentro del poeta alienta un pintor en potencia, sólo que, desprovisto de crayón o pincel, sabe utilizar las palabras como elementos eficaces de creación plástica. Así son los trazos evidentes en los haikai de Villalobos Ortiz, entre los cuales elegimos unas muestras:

LA MAÑANA

En la pizarra del cielo,
¿qué irá a pintar la mañana,
que ha borrado los luceros?

LA HIEDRA

Amaneciendo,
Dios echó en su follaje
puños de cielo.

LA TORCACITA

Pajarito de barro
que ha de ser,
si se cae del nido
se va a romper...

EL GIRASOL

¿Qué dirá al sol,
parado de puntitas,
el girasol?

EN EL BAÑO

No sabe, el gorrión,
que tira, jugando,
diamantes al sol.

LUNA DE DÍA

Se le fue a un rapaz,
anoche, en el pueblo,
su globo de gas...

UNA PALOMA

¿A qué niña el viento
arrebató de la mano el pañuelo?

EL REMOLINO

Se santigua una vieja,
y el remolino,
que es el diablo, se aleja
por el camino.

LAS RESES EN EL TREN

Ven, asombradas,
la vergonzosa fuga
de las montañas...

EL LEÑADOR

Cuando él se acerca,
el corazón del árbol
se encoge y tiembla.

LA NUEZ

Cada mitad,
parva tortuga
que ya echa a andar...

EL BURRO DEL AGUADOR

Vio el agua azul del pozo
y piensa, resignado,
que va el cielo en su lomo...

EL SAPO

Él piensa ahora
ser mañana sochantre
de la parroquia

LAS RANAS

Se avergüenzan las ranas
porque las ven desnudas,
y se echan al agua.

LA CRECIENTE

Sobre las olas turbias
—borreguitos ahogados—
van los copos de espuma...

La corta pero significativa producción poética de Villalobos Ortiz se ha volatilizado entre nuestros críticos y antologistas. No creemos hallarnos en posesión de todos los datos, mas parece que aquí nada más se le ha incluido en "Hojas del cerezo/Primera antología del haikai hispano", de Alfredo Boni de la Vega, publicada en la revista *Abside* en el año de 1951. En ella se reproduce una docena de sus deliciosas estampas, sin ningún juicio crítico.

En una obra de mayor aliento y consideración, *El haikai en la lírica mexicana*, estudio ampliamente documentado y debido a la doctora puertorriqueña Gloria Ceide-Echeverría, de la Eastern Illinois University, se examina con agudeza la producción de cuantos poetas nuestros han incursionado en tan específico terreno... ¡con excepción —precisamente— de Villalobos Ortiz! Mentimos en escala moderada, porque en la bibliografía se cita la ya aludida contribución antológica de Boni de la Vega, pero sin alusión ni comentario concreto. Suerte infortunada la de nuestro autor.

En otra zona, que llamaríamos la de "los semiolvidados", se encuentra una diversa categoría de escritores —prosistas o poetas indistintamente— y los citaremos en el orden cronológico de la aparición de sus obras características.

Es el primero Justino Sarmiento, un oscuro profesor veracruzano nunca apartado de su provincia, que en 1933 publicó su único libro novelesco, *Las perras*, impreso en una imprenta incógnita del puerto de Veracruz.

El autor expresa en una corta advertencia preliminar que, de haber algún mérito dentro de la obra, éste recaería en sus elementos vernáculos, en el empleo de los giros verbales de su contorno. Y rebasa los límites de la modestia, de este modo: "En la hermosa lengua de Cervantes, los mexicanismos resultan impurezas. Pero en este mole literario que con la humilde suavidad de un indio de mi pueblo ofrezco a mis paisanos, los mexicanismos son el chile y el ajonjolí que dan picor y gusto a las presas de totol [de guajolote]."

Sarmiento estaba equivocado. Lo mismo ocurrirá a quien, ante el estilo coloquial y desgarbado de la cita precedente, califique la novela sin previa lectura. Porque si bien los diálogos y el habla le imparten un sabor legítimo, privativo, su valía reside en la manera magistral de desenvolver el relato, en la pintura del paisaje y las almas; pero, sobre todo, en la intensa temperatura pasional de madre e hija, las dos obsesionadas por el amor del huésped. La obra alcanza la más honda culminación dramática.

Tenemos después a Cipriano Campos Alatorre. Su novela *Los fusilados* aparecida en 1934, cuando, después del Génesis representado por *Los de abajo* de Mariano Azuela, las ficciones sobre temas de nuestra revolución se encontraban en auge y salían unas tras otras las producciones de Rafael F. Muñoz, Gregorio López y Fuentes, Jorge Ferretis, José Rubén Romero, Mauricio Magdaleno y aun las del propio Azuela; la aparición de *Los fusilados*, decíamos, fue una nota excepcional. Sus escenas parecían aguafuertes de sombrío patetismo; el lenguaje mostraba un intenso arraigo popular; el novelista, que de ahí a poco moriría, era dueño de una seguridad inverosímil para sus veinte años vividos en un ambiente de miseria y soledad.

Ermilo Abreu Gómez ha trazado una semblanza humana de Campos Alatorre, el desvalido, con trémula comprensión. Y cuando alude a los valores formales de su obra, afirma: "Pocas veces había leído páginas, de un joven, que revelaran tanto sentido literario, tanta capacidad para captar en un solo trazo un aspecto de la vida. Las escenas, los hechos, las descripciones, todo estaba ahí casi desnudo de tan sobrio. Los pasajes se sucedían rápidos y, al mismo tiempo, sin perder el cordón umbilical. Todo vivía con plenitud."

Viene, luego, el caso de Rafael Cuevas, un poeta nacido bajo el signo de la originalidad. En su libro *Presencia del mundo* (1935) se nos aparece despreocupado, reacio a someterse a patrones métricos y lugares comunes, y siempre atento a no perder un visible ánimo lúdico. Aquí lo encontramos en un marco marino, pleno de brisas confortantes:

Por la sabiduría montante de la mar
sueño la perla y oigo al caracol.

En estas libres playas, a tanto y tanto sol,
el tacto se me irisa y el ojo da en cantar.

La mar vende sirenas. Una quedó varada,
larguísima, sin precio, las pupilas de acero,
entre dos infinitos limitada,
la mente por el friso de la nada
y la nariz abierta al aire limonero.

Pero su voz suena más auténtica cuando se sujeta al propósito, seguramente sustentado en inspiración velardeana, de dar con expresiones inusitadas, novedosas. Como éstas:

Rondo por mi ciudad como un intruso
a quien defiende el pulcro anonimato
del íntimo cantar. (...)

No he de perder, en el último asalto,
 un cielo sostenido por peinas de carey,
 mil palacios que ceden fábulas al cobalto,
 la catedral sobre el bochorno del asfalto
 y el sol, que todos miran como a un rey.
 Con mármol, tezontle y cantera
 alcé una casa enmedio del paisaje,
 cien álamos compré
 por dar a mi ciudad leve ropaje
 y, con gran devoción, pinté su ojera.
 Por don fatal, mis dedos inventores
 —¿cómo iba yo a cuidar tanta belleza?—
 realizaron magníficas labores
 y bruñeron basaltos, cual si fueran
 el cinturón de la naturaleza.
 A mansiones de honor di, por amparo,
 valientes arcos giratorios,
 hasta formar un cielo cuyo faro
 —rosetón en portal de desposorios—
 guiaba diminutos bergantines
 cargados de amapolas, sonrisas y abalorios...

Genaro Fernández Mac Gregor recuerda a Rafael Cuevas como "el compañero de Mascarones, el cerebro atormentado por la lucha entre el deseo y la fe, alumbrado por lampos de poesía plasmada en obras incompletas y raras, como su vida sensual y bohemia". Y al redondear el retrato lo describe "un poco alocado, de inteligencia despierta, no menos que los sentidos, gran lector, que me llevaba a su solariega casona de Vergara a ver la escogida biblioteca de su hermano mayor [el Padre Mariano Cuevas]".

En 1942, el año de su muerte, aparece otro libro de poesía, *Amapola del tiempo*, donde lo vemos sometido —ortodoxamente sometido— al tiránico molde del soneto, modalidad no muy adaptable al juego y los desplantes.

Hagamos una especie de recapitulación, referida a los escritores aludidos, a quienes se considera semiolvidados. Decíamos que el principal testimonio del aparente repudio en el cual se les mantiene consiste en su omisión dentro del texto de González Peña, por más que en el *Diccionario de escritores mexicanos*, publicado por la Universidad Nacional, tampoco figuren. Faltan asimismo —con la somera excepción de Campos Alatorre— en la más reciente *Bibliografía biográfica mexicana* de don Juan B. Iguíniz.

Este quinteto de hombres de letras es evocado, apenas, en unos cuantos artículos ocasionales que brillan un día y se ocultan en el polvo y silencio de una hemeroteca, si bien les va. Diríase que Justino Sarmiento alcanzó mejor fortuna cuando Francisco Monterde analiza su obra mediante un estudio recogido en el tomo XVII de las *Memorias* de la Academia, y cuando Leonardo Pasquel compone un prólogo para la reedición de *Las perras* —¡enhora buena!— dentro de su dilatada colección Suma Veracruzana. Esporádicamente se dedican recuerdos a Cipriano Campos Alatorre, y no está por demás insistir en la validez consagratória del juicio de Abreu Gómez antes apuntado. La parquedad de opiniones sobre Rafael Cuevas, entre las cuales cuentan las de los poetas Enrique González Martínez, Jesús Arellano y Miguel Bustos Cerecedo, se compensa con los hondos, fieles atisbos que de su personalidad humana y estética dejó consignados Genaro Fernández Mac Gregor en sus *Carátulas* y en la autobiografía *El río de mi sangre*.

Me atrevo a proponer una hipótesis para explicar el desvío injusto que envuelve a estos espíritus creadores.

Todos ellos —excepto Rafael Cuevas, enamorado de la aventura y del dulce quehacer erótico— vivieron en la penumbra, a solas con su soledad, en diálogo con el silencio, despojados de ambición. Alentaron en una etapa paleolítica respecto de la norma tan generalizada hoy día entre buen número de escritores, que se desenvuelven en una onda de adulaciones y festejos, planean con la eficacia de un estratega toda una campaña de publicidad en torno a su persona, sus hábitos, sus lances amorosos, sus peleas reales o ficticias, tienen agentes propios en redacciones de diarios y revistas, y, en fin, se organizan como autoridades en *public relations*. "Arenas forman los montes y los minutos el año", dice un viejo proverbio de Oriente, y la reiteración de un determinado nombre acaba por franquearle el pórtico de la popularidad.

Hay otra causa factible para esclarecer, de modo contradictorio, este asunto del oscurecimiento de aquellos autores: la falta de editores responsables, o al menos reales y solventes, bajo cuyo signo aparecieran publicadas las obras antes aludidas. Porque vamos a ver: ¿Qué entidad metafísica fue aquella "Confederación de Productores Mentales" bajo cuyo amparo editorial salió a luz el libro *En la paz de los pueblos*? Parece una broma. El volumen de Villalobos Ortiz, aunque de presentación impecable, carece de pie de imprenta; lo mismo ocurre con la primera salida de *Las perras* de Sarmiento. *Los fusilados* de Campos Alatorre se imprimieron en la ciudad de México, pero la divisa editorial resulta apócrifa a todas luces: "Edición Sur/Oaxaca." Y el libro inicial de Rafael Cuevas, *Presencia del mundo*, aparece en el escenario de manera vergonzante, sin padre impresor visible.

Hombres desprovistos de la visión pragmática moderna para "triunfar en la vida" literaria a codazos; desconocedores de las exigencias del clamor y el

artificio social; sin otra preocupación que ensimismarse en su íntimo recinto, ellos encontraron natural aquello de que el libro, ya ungido con los santos sacramentos de la imprenta, fuera a parar exclusivamente en manos familiares y amistosas. Se olvidaron de pagar la prima para la adquisición de un seguro contra el olvido.

Es deseable, y lo sugerimos, que futuros estudiosos de las letras mexicanas reparen en sus justos términos la inadvertencia observada hacia los escritores hoy recordados. No cometieron sino un pecado venial, involuntario, subordinados a la costumbre de su tiempo; pero su actitud hizo realidad la remota expresión de Shakespeare: "Lo demás es silencio."

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don MAURICIO MAGDALENO

Al llamar la Academia a su seno a Antonio Acevedo Escobedo tras un acto electoral en el que se expresó su unánime beneplácito, gana para el ejercicio de sus actividades un singular concurso de escritor. Quiso Antonio que yo contestase su discurso de recepción: ¡allá se lo haya! Declaro de entrada, más por consideración a su sutil talento en el que la gracia y la proporción alcanzan esencias del más espirituoso destilado, que por lazos de cofradía o de proximidad de letras alborotadas en mi caso, que no nos unen afinidades de cuerdas literarias, ¡y ni falta que nos ha hecho!, porque por sobre cualquier particularidad de cuerdas nos unen lazos muy gordos de vida.

La formación literaria de Acevedo Escobedo ha sido siempre un misterio para mí, y me atrevo a suponer que también para algunos de ustedes, digamos los menos duchos o nada duchos, como yo, en desintrincar una madeja de oficio cuyo orden no gobiernan las convencionales disciplinas del canon ortodoxo. El mozalbate que llegó a esta capital allá por 1925 traía por todo bagaje —aparentemente, desde luego— los frutos de su provinciana escuela primaria, buenos frutos, en todo caso, para emprender una larga carrera de las muy doctas que rematan en título, maestría y hasta doctorado. La verdad es que su carrera, la de escritor, se la hizo él solo, con una voluntad torrencial y solitaria. Acevedo Escobedo es un asombroso autodidacto que se forjó su instrumental en fragua propia y ambiciosa, hasta ganarse, finalmente, la eminencia.

Sus letras lo son por manera orgánica; quiero decir que desde la niñez navegó entre ellas. Antes de que las ejercitara en el pliego escrito, se fami-

liarizó con ellas como tipógrafo. Un libro de otro tipógrafo, paisano suyo, le trae el olor de viejas imprentas y el amable recuerdo de viejos impresores: "Me resulta gratísimo en lo personal —escribió recientemente— encontrar citadas ciertas imprentas desaparecidas en las que presté servicios de cajista durante mi adolescencia, como las de don Alberto E. Pedroza, Jesús Gallegos, Pablo Suárez del Real, Juan Montes... Pero el placer sube de punto cuando surgen los nombres de compañeros y amigos arraigados a fondo en mi afecto, a pesar de los años transcurridos. Todos ellos, con el componedor en la mano, han sido testigos silenciosos del vivir social y político en aquella comarca."

Todos nosotros, de un modo u otro, hemos pasado por la imprenta; el perfume de sus tintas nos es familiar, y si no llega a tanto, nos es, al menos, gustoso. Acevedo Escobedo lo respiró amorosamente al pie de los chibales, formando la caja en que paró millares y millares de pequeños tipos de metal que un día después saldrían a la calle convertidos en noticia, en crónica o en esquel. Tan hondo lleva aquel menester que a evocar lo consagra su último libro, donoso como todos los suyos: *Entre prensas anda el juego*. Otro día ya no más paró, sino que escribió sus primeras cuartillas en un diario local de nombre *Renacimiento*; fue cronista de cine y más tarde jefe de información. ¡Encantadores periodiquitos de provincia, formados a mano, en los que el suceso lugareño asumía, frecuentemente, dimensiones cósmicas y que los señores de estranguladores cuellos duros y gruesas leontinas de honorables quilates leían de cabo a rabo en sus establecimientos o en los sofás de la plaza principal!

La capital vivía locamente el cascabeleo de los veintes, en cuyo turbión murió la última seronda flor de la vieja época; en un libro muy posterior de marcas volanderas —*Letras de los 20's*— Acevedo Escobedo registraría el palpitante pulso de aquella hora en que se convirtió en inquilino de estos rumbos. Se metió monstruosamente en el trato de los libros; ninguna literatura, clásica o moderna, le fue ajena. En 1929 forma en el cuadro juvenil de *El Universal Ilustrado*, en cuyas páginas germinaron tantos otros empeños al calor generoso de Carlos Noriega Hope. De allí pasó a escribir por varios años en *Revista de Revistas*, alternando el cuento con el ensayo, la noticia literaria con la reseña de libros.

Dueño de una prosa donairoza, suelta y penetrante, en la que lo vernáculo ajustó con lo universal en un feliz concierto, su sello se hizo imperiosamente presente un día de 1935, al aparecer *Sirena en el aula*. Libro delicioso de fantasía, humor y voluptuosidad por todas las cosas de este mundo, preciso y regalón, su temprana sazón consagró inmediatamente letras de tan sorprendente tonalidad. Si torrencial había sido la formación de Acevedo Escobedo, su mies más parecía —más parece— por su miniado conceptual, esencia avara que suelta sus jugos con la plétora de unos cuantos granos de anís. No el

tallado monumental ni el vuelo sinfónico: un concentrado apenas de talla, unos difíciles ritmos de concierto de cámara.

Asoma en *Sirena en el aula*, a trasluz y como sin comprometer el secreto de su hilaza, un acento aromado de provincia. Provincia en toda la fuerza unitaria de lo mexicano, germinal y redañó de ojo de agua: Aguascalientes, allá en el repliegue más transparente del antiguo reino de Nueva Galicia. Muchos, casi todos los lares del mapa nacional la aventajan en tamaño físico: en equilibrio humano, en gracia castiza, en garra sentimental, ninguno. Entonces —me refiero al tramo de vida que pasó en Aguascalientes Acevedo Escobedo— era un villorrio encantador merced a cuyas aguas termales medraban centenares de huertas ubérrimas y sanaban dolencias contumaces de la carne. Había un río que parecía de veras un señor río y una columna en el centro de la plaza principal donde en la primera década de la pasada centuria levantó su ingrata efigie Fernando VII. En sus mesones se concentraban las arrieradas de muchas leguas a la redonda, provenientes de Jalisco y Zacatecas; a las arrieradas sucedieron las huestes de las facciones revolucionarias que buscaron un acuerdo en las tormentosas jornadas de la Convención de 1914, y que, por descontado, no sólo no se entendieron, sino que sellaron allí lo que habría de ser un mar de sangre. Destino de las revoluciones, en México y en todas partes del mundo: abrir surcos de lumbré para dar a luz nuevas semillas de patria.

En otro libro de preciosas estampas, *Los días de Aguascalientes*, Acevedo Escobedo recoge aquel aire de palomas melancólicas y un humo de atardecer en el que siente, con razón, que se confunde México mismo. El párrafo es breve, pero no tiene pierda: "El olor del humo vegetal en el campo —escribe— es uno de los aromas que se recuerdan toda la vida. Si no nos contuviera el temor de ser tildados de patrioterros, diríamos que esas frágiles columnas azules, elevándose por encima del ambiente que nos es familiar, representan el espíritu de nuestra cuna, de nuestra gente, de nuestros afectos, que suben a confundirse en la altura con la total alegría de la tierra, y a nosotros nos envuelven en un aire de nostalgia indecible." Patriotismo, digo yo, que se recata, patriotismo esencial que se expresa con excusas en la antirretórica de Acevedo Escobedo.

Seguramente no todos en su provincia —léase: unos cuantos— conocen las excelencias de *Sirena en el aula* y *Los días de Aguascalientes*: algún eco habrá llegado por allá, en todo caso; lo que sí hace de Antonio un auténtico cantor local es su farsa *¡Ya viene Gorgonio Esparza!* Milagros del estro popular, alma del barullo y el corrido, alma brava e hilarante —frecuente simbiosis en las letras de Acevedo Escobedo— del genio de los barrios, de un barrio, el de Triana: así como suena, así como en Sevilla. En Aguascalientes, Gorgonio Esparza es actualmente un mito: un mito en el sentido de mitología. Me

consta que el grandioso disparate forma parte del herido grito de Aguascalientes, como su feria de San Marcos y su sabrosa uva. ¡Venturosa provincia que provoca pregones tan entrañables!

Tan entrañables como los rasgos del discurso que acabamos de escuchar y en el que no cuenta ninguna laya de magnificencia: ceñido, una vez más, a la tradicional manera de Acevedo Escobedo. Sus olvidados —Alfredo Ortiz Vidales, José Villalobos Ortiz, Justino Sarmiento, Cipriano Campos Alatorre, Rafael Cuevas— dan fe de una intervención: la de rescatar y justipreciar nombres injustamente postergados. Ha dicho con judicial puridad Acevedo Escobedo: "Todos ellos —excepto Rafael Cuevas, enamorado de la aventura y del dulce quehacer erótico— vivieron en la penumbra, a solas con su soledad, en diálogo con el silencio, despojados de ambición. Alentaron en una etapa paleolítica respecto de la norma tan generalizada hoy día entre buen número de escritores, que se desenvuelven en una onda de adulaciones y festejos, planean con la eficacia de un estratega toda una campaña de publicidad en torno a su persona, sus hábitos, sus lances amorosos, sus peleas reales o ficticias, tienen agentes propios en redacciones de diarios y revistas, y, en fin, se organizan como autoridades en *public relations*."

A Alfredo Ortiz Vidales, el de los tiernos versos de *En la paz de los pueblos*, a José Villalobos Ortiz, amoroso cantor de lo nimio —lo nimio suele ser lo intemporal—, y a Rafael Cuevas el de *Presencia del mundo*, de soterrado y sensual timbre; a uno y otro y otro se les tiene —cuando ocasionalmente se les tiene— por poetas menores. No sé si lo serán; no sé, inclusive, si el raro rubro de "poetas menores" signifique algo más —o algo menos— que una estatura, una dimensión, un capricho a secas, una estupidez. De oropeles se visten las vedettes y el oropel se resquebraja pronto, así lo ponga a brillar el chorro de luz de eficaces candilejas; el pájaro solitario canta su canto sin la menor preocupación escénica. En todo caso, la publicidad no hace, a la larga —a la larga que está por sobre todas las trampas— mayor o medio o menor a un poeta, así jadeen y se revuelvan los del conciliábulo de la farsa de esta herida época de fanfarrias de hojalata.

Los otros dos de este quinteto de postergados dejaron en la novela una huella que no ha borrado ni borrará el olvido: Justino Sarmiento, el de *Las perras*, y Cipriano Campos Alatorre, el de *Los fusilados*. Yo los siento tan vivos como para responder bizarramente a las más logradas excelencias que haya alcanzado el género en nuestros días y en nuestra patria. El mismo Acevedo Escobedo reconoce que a *Las perras* no le ha ido tan mal: el justísimo comentario que le dedicó Francisco Monterde en un ayer reciente tuvo la virtud de avivar muchas curiosidades; el benemérito Leonardo Pasquel lo reeditó, también recientemente, en su colección Suma Veracruzana. Después de todo, en México eso es algo así como irle a uno lo menos mal posible. Cuan-

to a *Los fusilados* de Campos Alatorre, no entiendo por qué razón no figura en alguno de los dos gruesos tomos de *La novela de la Revolución Mexicana*: pertenece a esa típica familia literaria en la cual campa con acento estrujante. Doncel que apenas abría su flor la publicó en 1934, y, pese a lo flaco de la edición, arrebató el interés de aquella hora en la que aún no se apagaba el hervor de nuestro gran estremecimiento social. "El novelista que de ahí a poco moriría —acaba de expresarlo Acevedo Escobedo—, era dueño de una seguridad inverosímil para sus veinte años vividos en un ambiente de miseria y soledad." Conviene recordar que un compañero nuestro, Ermilo Abreu Gómez, trazó la semblanza de autor y novela con la cálida exactitud que le es propia. Por lo que ve a Antonio Acevedo Escobedo, baste y sobre afirmar que merece un aplauso por elegir por tema de su discurso esas figuras que, más o menos olvidadas, carecen inclusive de data en libros y diccionarios especializados.

Se impone el punto final y lo voy a poner. Estoy seguro de responder al sentimiento de nuestra institución al saludar al autor de *Sirena en el aula* con todos los honores debidos a su ministerio de escritor. Aquí está su sitio; su sola presencia lo inviste de la sincera autoridad de quien ha bregado por dar vida palpitante a sus letras. Y nada más, para no exceder la sobriedad de su matrícula. Ésta es tu casa, Antonio.

ESTUDIO COMPARATIVO ENTRE EL ESTEBANILLO GONZÁLEZ Y EL PERIQUILLO SARNIENTO *

Por don AMANCIO BOLAÑO E ISLA

I

Sr. Director de la Academia Mexicana,
Sr. representante de la Real Academia Española,
señores Académicos, señoras y señores:

Embargado de emoción y lleno de rubor, señores académicos, me presento ante esta honorable asamblea para tomar posesión del sillón, ocupado antes de mí por don José María González de Mendoza, el silencioso, apacible, servicial, abnegado "Abate de Mendoza", yo que soy su antípoda, porque ni silencioso, ni apacible, ni abnegado son adjetivos que puedan aplicárseme sin hipérbole exagerada.

"...Abate —dijo él mismo—, cordial sobrenombre que han comenzado a darme mis amigos, a causa —dicen— de mis maneras *unciosas* y de que suelo citar algún latinajo." Algunos latines cito yo también, y en eso tal vez nos parezcamos, pero en lo de *uncioso*, sí que estoy muy alejado de él, porque la *unción* es carisma que Dios concede a muy pocos elegidos.

Y por no citar a todos sus panegiristas, porque todos vienen a coincidir en fervor unánime para con tan eminente personaje, me limitaré a los pareceres y elogios de los más conspicuos compañeros de este respetable sanedrín académico.

Dice de él don Francisco Monterde, nuestro honorable director: "Si González de Mendoza, 'El Abate' —cuyo seudónimo adecuado a su serena bondad y apacibles maneras, se ha impuesto casi hasta sustituir su nombre de pila—, no hubiera sacrificado abnegadamente su tiempo en servir a quienes complicamos su laboriosa existencia con incontables demandas, tendría no

* Leído en sesión pública efectuada el 24 de octubre de 1969.

menos de una docena de volúmenes publicados. Algunos más podría haber firmado con sus dos millares de estudios impresos en diarios y revistas y en lo que conserva manuscrito."

"...Muy pequeña parte de mi producción —dice el mismo 'Abate'— corre editada, aunque no sea poco lo escrito desde que, a comienzos de 1917, vi en letras de molde mi primer cuento. Mas el par de millares de artículos, que he dado a la prensa, sepultado está en lo que uno de vuestros más eminentes colegas, don Victoriano Salado Álvarez, llamaba con donaire la fosa común."

El exquisito poeta don Jaime Torres Bodet dijo ante su tumba, en el Panteón Español, el martes 11 de abril de 1967, día de su entierro: "Con emoción y recogimiento venimos a inclinarnos frente a los restos mortales de quien supo ser un excelente prosista, un investigador incansable, un ejemplar amigo y un hombre libre, fino, digno y cabal... A las cualidades del hombre de letras, unió las mejores virtudes del hombre: la sencillez, la bondad y la rectitud, el respeto de la justicia, la fidelidad a la palabra empeñada, el valor —siempre renovado en el cumplimiento de su deber... Las letras pierden a un servidor abnegado, firme y austero."

A propósito de un artículo de Cardona Peña publicado al día siguiente de su entierro dice nuestro compañero Andrés Henestrosa en *Novedades*: "Estoy consternado. 'El Abate' siempre comentaba mis artículos, especialmente los que se referían a la muerte, esa muerte que nos ahoga y persigue. Don José María era la erudición en la Academia. Todo lo sabía y todo lo esclarecía. Fue una bella reunión de la bondad y del saber."

"De toda su persona —concluye Cardona Peña— irradiaba el clásico 'gris perla' emblema del señorío, del tono menor, característico de los mexicanos de buena cepa. Todo él fue amor a las letras mexicanas y practicó como nadie la cortesía mexicana." Todo esto, añadido yo, a pesar de haber nacido en Sevilla, patria, al parecer, de la exageración y de la gracia chillona.

Baste esto como elogio de mi amable antecesor en el sillón número 25 de esta Academia Mexicana de la Lengua correspondiente de la Real Española.

II

Sus publicaciones en el campo de la poética y novelística no son numerosas, digamos más bien que son reducidas; pero la labor desarrollada como cronista, crítico literario y artístico es encomiable, distinguiéndose siempre por la mesura de juicio y por su firme conocimiento de nuestras letras. A mí especialmente me parece un acierto la selección que hace de los más eruditos biógrafos de Cervantes y de los más perspicaces críticos del *Quijote* ya que

mete, en sesenta cuartillas, toda una biblioteca, pues no equivale a menos —como él dice— cuanto acerca de Cervantes y del Quijote se ha impreso. “Ni abundante, ni por tasa” es su lema.

Don Leopoldo Rius y de Llosellas necesitó 790 páginas en 4^o para presentar las *Biografías y noticias biográficas* y las *Notas y comentarios a “Don Quijote”* (sic) en el tomo II de su *Bibliografía crítica de obras de Miguel de Cervantes Saavedra* (Barcelona, 1895-1904). En cambio, El Abate nos da en el tomo XII de las *Memorias de la Academia Mexicana*, de la página 220 a la 266, la información más importante acerca de la materia, desechando, con estupendo criterio selectivo, todo lo que le parece superfluo o de ínfimo valor informativo.

Selecciona a los más eruditos biógrafos de Cervantes, a los más descabe-llados “esoteristas” y a los más perspicaces críticos del Quijote y deja fuera a los que de ellos, él mismo dice, imitando a los cronistas de sociedad: “y otras muchas personas que sentimos no recordar”. La ficha bibliográfica reza así: *Biógrafos de Cervantes y críticos del Quijote* en *Memorias de la Academia Mexicana*, t. XII, Edit. Jus, México 1955, pp. 220-266. Nada hubiera sido más grato para mí que comentar dicha crítica, como discurso de ingreso en esta Academia, a la que se me ha concedido el alto honor de pertenecer, pues de todos es conocido mi fervor cervantino, los trabajos que sobre el Quijote he publicado y los 25 años que profesé dicha cátedra en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la Escuela de Verano y en la Universidad de las Américas, pero, por razones que se sabrán más adelante, he abandonado este camino tan trillado y conocido por mí y me lanzo a aventuras paradójicamente quijotescas, bastante más desconocidas y difíciles, en obsequio a la memoria del Abate por motivos más sentimentales que científicos, o de crítica literaria.

De traducciones, podríamos enumerar como las más importantes: *El libro del consejo* (Popol Vuh) hecha del francés de las versiones de Georges Raynaud, en colaboración con Miguel Ángel Asturias, Ed. París-América, París, 1927 y los *Anales de los Xabil*, en colaboración con el mismo Miguel Ángel Asturias, hoy premio Nobel, París, 1928. Y a esto dejo resumida su bibliografía, no muy copiosa, sin incluir en ella los dos mil artículos que andan dispersos por periódicos y revistas de que ya hemos hablado.

III

Y es hora de pasar ya al sujeto principal de este discurso que quiero que vaya precedido de la anécdota que lo hizo posible o lo ha motivado: Era un examen de tesis de la Universidad Nacional Autónoma de México, al que

asistía por deberes de amistad con la familia de la sustentante el siempre cumplido y caballeroso Abate de Mendoza. Cuando me tocó el turno de hacer la réplica a dicha tesis, hube de sostener que no había relación alguna entre el Periquillo Sarniento Mexicano y la novela picaresca española y que, en caso de querer sostener la comparación, podría hacerse solamente, y con determinadas limitaciones, con el *Estebanillo González*. Y dije esto, porque conozco bastante bien el *Periquillo* y mucho mejor el *Estebanillo*, pues siempre me ha atraído esta preciosa joya picaresca, por graciosa y bien escrita y por ser Estebanillo el único héroe de la picardía española oriundo de Galicia, mi tierra natal, aunque me duela y no le perdone el comienzo del relato de su vida: "Mi patria es común de dos, pues mi padre, que esté en gloria, me decía que era español trasplantado en italiano y gallego engerto en romano, nacido en la villa de Salvatierra (Salvatierra de Galicia) y bautizado en la ciudad de Roma; la una cabeza del mundo, y la otra rabo de Castilla, servidumbre de Asturias y albañar de Portugal, por lo cual me he juzgado por Centauro a lo pícaro, medio hombre y medio rocín: la parte de hombre por lo que tengo de Roma, y la parte de rocín por lo que me toca de Galicia." Palabras bastante desagradables para la fina sensibilidad galaica.

Pero absolvamos a Estebanillo y continuemos la anécdota: terminado el examen, el Abate, que había escuchado muy atentamente la réplica, cuando salíamos del salón me tomó del brazo y me dijo: "me ha gustado mucho la comparación que usted ha hecho entre el *Periquillo* y *Estebanillo* y creo que tiene mucha razón al decir que pueden, en todo caso, compararse esas dos novelas, pero de ninguna manera podría hacerse tal comparación entre el *Periquillo* y el resto de la novela picaresca española. Éste es el motivo del tema de mi discurso —y lo he escogido 1º por: El recuerdo entrañable y querido del Abate, por lo cual dije antes que era más bien sentimental que científico o crítico; 2º Por la convicción positiva que siempre he tenido sobre la materia picaresca; 3º Porque quiero reunir en mi discurso a México y España, pues, imitando a Estebanillo, yo también me considero Centauro, no a lo pícaro, claro está, pero sí culturalmente ya que, si nací y me formé en España, vine a madurar bajo el sol radiante de "la región más transparente del aire", a la sombra de los volcanes más límpidos y apacibles de cuantos hayan roto la corteza terrestre. Veamos si puedo probar lo afirmado.

IV

Creo yo que para tener una idea lo más clara posible (cosa bastante difícil de conseguir) de lo que es la novela picaresca, hemos de acudir a una obra fundamental: *El pensamiento de Cervantes*, de Américo Castro, Ed. Hernando,

Madrid, 1925 y al ensayo de Fernández Montesinos "Gracián o la picaresca pura" publicado en *Cruz y Raya*, Madrid, 1933.

Ambos fueron grandes maestros de la Universidad madrileña y máximas autoridades en éste y otros muchos temas de literatura española.

Américo Castro, al iniciar el capítulo acerca de lo picaresco, comienza por apoyarse en la autoridad de M. Pelayo, diciendo, además, que es la más fina observación que hizo el gran polígrafo acerca de Cervantes. Dice M. Pelayo, citado por Américo Castro, que entre Cervantes y la novela picaresca hay una infinita distancia. Sus palabras textuales son éstas: "Camina por otros rumbos, Cervantes no la imita nunca" (la novela picaresca) y añade estas otras firmes y definitivas: "Mateo Alemán, uno de los escritores más originales y vigorosos de nuestra lengua, es tan diverso de Cervantes en fondo y forma, que no parece contemporáneo suyo, ni próximo siquiera." Decir esto de quien escribió *Rinconete y Cortadillo* y decirlo don Marcelino Menéndez Pelayo, ya debe ponernos sobre aviso y pensar que no es lo mismo escribir acerca de picardías realizadas por un determinado protagonista que aventurarnos en la amarga lobreguez de la novela picaresca.

Claro está que aquí, como en nuestro caso del *Periquillo y Estebanillo*, las opiniones se dividen y el equívoco se refleja en la vaguedad de las opiniones: Apráiz dice en *Las novelas ejemplares*, 1901, página 45: "En este admirable mosaico... de ningún modo podía faltar una novela genuinamente picaresca." ¿Por qué dice esto Apráiz? Lo ignoramos, aunque pensamos que pudiera ser, porque en 1901 no estaban aguzados los instrumentos de crítica literaria. En cambio Savy Lopes afirma que escribió algo parecido, pero no propiamente picaresco. Dice así Savy Lopes: "Ésta es la gran diferencia que existe entre *Rinconete* y las novelas propiamente picarescas, tales como el amarguísimo *Lazarillo de Tormes* o el tétrico *Guzmán de Alfarache*." Viene a ser la misma idea de Menéndez Pelayo, aunque Savy Lopes, adoptando una posición ambigua o ecléctica, afirme que *Rinconete* no es novela picaresca tan propiamente como otras. Para nosotros no sólo no es tan propia como otras, sino que sencillamente es novela de picardías, pero no novela picaresca.

Y para no hacer larga enumeración terminemos con De Lollis en su *Cervantes reaccionario*, página 59, quien opina como Schevill, De Haan y Chandler al decir que Cervantes pensó escribir una novela picaresca "la cual habría sido —palabras textuales— una obra maestra, a juzgar por *Rinconete y Cortadillo* y el capítulo XXII de la primera parte del *Quijote*: sería sin duda una maravilla." El capítulo XXII del *Quijote* es el de los galeotes.

Ortega y Gasset en un artículo titulado: "La picardía original de la novela picaresca" publicado en la revista *La Lectura*, 1915, página 373, nos sitúa en el punto de enfoque para poder juzgar lo que es o no es tal novela. Dice

él: "El tema *del rencor y la crítica* madurece en la novela picaresca. En la primera novela integral que se escribe —*el Quijote*—, se dan un abrazo momentáneo... amor y rencor, el mundo imaginario e ingrátido de las formas, y el gravitante y áspero de la materia." Así pues, la primera conclusión provisional que podemos sacar de tal afirmación es que donde no haya rencor y crítica amarga, no puede darse dicha novela. Pero no nos adelantemos y volvamos a Américo Castro. El maestro está intrigado, y con razón, por qué Lope de Vega y Cervantes, contemporáneos de Alemán, Quevedo y Espinel, siendo como son los dos mayores clásicos de nuestra literatura, no escribieron novela picaresca, y la contestación que él mismo se da a su pregunta es que: "Esa clase de obras, además de tratar de pícaros, nos ofrecen la visión que puede tener del mundo uno de esos sujetos mal logrados, bellacos y ganosos de decir mal. De ahí que sean esenciales la forma autobiográfica y la técnica naturalista." Añade más: "El pícaro ha de ver la vida picarescamente, no ha de creer en las ideas, ni en los valores ideales y ha de aferrarse, por consiguiente, a lo único que para él es válido y seguro: la materia y el instinto." La consecuencia de todo esto serán emociones de descontento, de amargura y de pesimismo. Es, pues, la novela picaresca —para Castro—: "El molde fraguado para contemplar la vida humana de cierta manera. Su técnica ha de ser naturalista, su carácter, autobiográfico, su degustación de la vida ha de hacerse con amargo sabor de boca"; si no se dan estas condiciones, no puede haber novela picaresca. Ciertamente que en el *Lazarillo* falta en ciertos momentos este tono amargo, y aparece a veces algo de sentimentalismo, cosa totalmente ajena a dicho género de novela; podríamos afirmar, acaso, que por ser la primera obra en una serie generacional, carece a veces de ciertas continuidades en el tono, que le falta la seguridad en el trazo; pero no es moderna la tesis sustentada por Lázaro Carreter en su ponencia, leída es el último congreso de hispanistas, de que: "Alemán se esfuerza en imitar al *Lazarillo*" porque ya sabíamos hace tiempo, yo lo sé desde estudiante —y ya ha pasado agua bajo los puentes— que Alemán clava sus raíces más hondas en el sintético realismo del *Lazarillo*. Es, pues, tal novela la primera auténtica del género, aunque no llegue a la tétrica realidad del *Guzmán de Alfarache*.

El héroe de la picaresca se halla pegado a la tierra, ha de contemplar la vida de abajo, y cuando quiera realizar y ennoblecer su contemplación, rencorosa, tendrá que acudir a recursos ajenos a la novela que está escribiendo, de ahí las digresiones morales y la interpolación de episodios sonrientes de amor, ajenos al tema general de la obra. El capítulo VIII en que, en *El Guzmán de Alfarache*, se refiere la historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja es un ejemplo auténtico de esta posición estética, teniendo en cuenta además que la narración se hace después del rezo de horas de los

clérigos que hallaron a Guzmán maltratado, herido, ensangrentado y maltrecho por los de la Santa Hermandad: "Líbrete Dios de delito contra las tres santas: Inquisición, Hermandad y Cruzada y, si delito no tienes, líbrete de la Santa Hermandad." Y añade en seguida: "Era la suya [la de Daraja] una de las más perfectas y peregrina hermosura que en otras se había visto. . . Y siendo en el grado que tengo referido, la ponía en mucho mayor su discreción, gravedad y gracias", etcétera; lo cual ya no es picaresco, sino un descanso lúcido o luminoso en la lobreguez del relato y un contraste evidente del arte barroco. Supuesto todo esto, yo pienso que se puede contestar a la pregunta de por qué ni Cervantes ni Lope de Vega escribieron novela picaresca. Para ambos había otros valores que los negativos de la misma. Pudieron escribir sobre hechos ejecutados por pícaros, pudieron bordear los linderos de la picaresca, pero era imposible para ellos meterse dentro de su infierno, porque estaban hechos para la afirmación no para la negación de valores, para las altas concepciones poético-idealistas, no para vivir en las tinieblas de las oscuras realidades en que vive el héroe de la picaresca.

V

Fernández Montesinos además de estar conforme con la teoría de Castro elabora la suya propia, y también es digna de tenerse en cuenta su tesis. Para él los contenidos novelescos se van adelgazando hasta disiparse casi por completo al color de preocupaciones morales cada vez más extensas, si no más intensas. Es decir, que la picaresca quedó subordinada a la moral. ¿Cómo pudo suceder esto? Partamos de aquella tesis teológica que dio cabida en el teatro al *Condenado por desconfiado* de Tirso: "Concordancia entre la gracia eficaz en acto primero y el libre albedrío del hombre." Desde entonces la preocupación por la salvación eterna sustituye al hombre paradigmático del Renacimiento. "Totalismo moral. Desprecio de lo posible por lo supremo inaccesible." Salvación de la conciencia por el aniquilamiento del mundo. Y continúa Montesinos: "Leyendo la vida de *Marcos de Obregón* se experimentan frecuentes sorpresas, sermoneo inútil." Es probable que Esquivel fuera el clérigo apicarado de que con frecuencia se habla; de ser así, su drama íntimo quedó fuera del libro, uno de esos libros meramente *bien escritos* de que tan pródigo fue nuestro siglo XVII. De esta novela picaresca en trance de adelgazar los temas picarescos fue surgiendo aquella en que era necesario que la corte fuera una Babilonia llena de peligros para dar consejos a fin de poder huir de ellos. "¿Qué cosas no escribieron —dice Montesinos— Salas Barbadillo, Castillo Solórzano y aquel incógnito Liñán y Verdugo, autor de uno de los libros menos ilegibles y que tuvo un acierto

extraordinario al rotular su colección de novelistas: *guía y avisos de forasteros que vienen a la corte*." Es decir, que la moral corroía cuanto de novelesco aparecía a los ojos de estos escritores. La trama novelesca se adelgazaba tanto que se perdía lo que tenía de novela para quedar reducido a una agenda de avisos morales o de comportaciones sociales nuevas para los lectores de tales libros que ya no pueden llamarse: "Novela picaresca." Para Montesinos el ejemplar más perfecto de esta posición nueva y aleccionante es el padre Gracián en toda su obra, pero de una manera especial en el *Oráculo manual* y *El criticón*. "Para los humanistas era indispensable al hablar, por ejemplo, de castidad, nombrar los dos paradigmas de mujeres castas: Porcia o Lucrecia, pero ya el mismo Lope de Vega, en *La corona merecida*, influido por lo que a su alrededor ocurría, hace grandes listas de héroes y heroínas castos para deslumbrar con nombres extraños de personajes de muy indecisa realidad, nombres espigados en la Oficina de Ravisio Téxtor, y es que se han dado cuenta, o se ha adquirido conciencia de que la ética no puede ya destacar modelos de heroísmo inasequible, sino que hay que poner la virtud más al alcance de la mano." Entonces ya no basta, después del robo cometido por un pícaro, enderezar un discurso contra el robo, como lo hace Guzmán de Alfarache. Según Castro el pícaro vacía de contenido moral el mundo y para llenar ese vacío es por lo que se hacen discursos morales. Pero ahora se va ya directa e inmediatamente a condenar el robo por sí mismo.

La frase predilecta de Gracián es: "la vida es milicia contra la malicia" y la malicia que nos rodea es la que nos mantiene en acecho. Si la malicia nos bloquea, nuestro propósito ha de ser conseguir discreción y prudencia. Desaparece, en fin, la vida picaresca y se impone la vida de la prudencia o de la treta: "Si no puedes ser león —dice el padre Gracián—, vístete con piel de raposa."

"Dichoso tú —dice Critilo— que te criaste entre las fieras, y ¡ay de mí! que entre los hombres, pues cada uno es un lobo para el otro, si ya no es peor el ser hombre" (I, IV). Para luchar en estas circunstancias ya no basta la picaresca corriente, hace falta una moral de acecho, no de púlpite, que Gracián formula en aforismos: "No tienes que temer, que cautelarte sí" (I, IV).

Argumentos, motivos novelescos han desaparecido del todo, queda solamente el consejo, la máxima, el aforismo que ha de dirigir nuestros pasos por entre los escollos del camino, por toda la senda de la vida: "Nunca juega el tahúr la pieza que el contrario presume, y menos la que desea." Prudencia, flor de tahurería, añagaza, treta.

Para mí son, desde luego, satisfactorias ambas explicaciones. Yo profesé algunos años un curso titulado: "Puntos de contacto entre la ascética y la

picaresca", porque me parecía significativo que ambos géneros se cultivaran en los siglos XVI y XVII; que el Concilio de Trento que tanto fomentó la ascética no condenara la picaresca; que si el *Quijote* acaba con los libros de caballerías, parodiándolos satíricamente, es el padre Gracián el que acaba con la picaresca, como novela, aguzándola en tal forma que desaparece el motivo novelesco, para quedar sólo el elemento moral en que aquella se apoyaba. Por eso dice Icaza que en el espíritu de Guzmán dialogan un filósofo estoico y un hampón desenfadado, largo coloquio entre el moralista y el pícaro que Alemán lleva dentro. Miguel Herrero García, en su "Nueva interpretación de la novela picaresca" (*R.F.E.*, tomo XXIV), llama a ésta producto ascético, hijo de las circunstancias especiales del espíritu español, que hace de las confesiones autobiográficas de pecadores escarmentados un instrumento de corrección. Por eso aquel agustino de comienzos del XVII sostuvo en Salamanca "no haber salido a luz libro profano de mayor provecho y gusto hasta entonces". (Se refiere al *Guzmán de Alfarache*.) El elogio concierne sólo a la verdadera picaresca y no a otras novelas que aunque parezcan picarescas son obras de mero entretenimiento, entre las cuales vamos a colocar a *Estebanillo* y *Periquillo Sarmiento*. La estética de contrastes del barroco se avenía a este cruce de picaresca y ascética, de conceptos divinos y humanos, de tierra y cielo. Velázquez coloca junto a la dorada belleza de la hija de Felipe IV, en el cuadro de las Meninas, la hosca fealdad de doña Bárbola, como el Greco abre los cielos sobre las cabezas en rígida teoría de tantos caballeros toledanos como hay en el Entierro del conde de Orgaz. Es la época, y el que no lo vea así, no entenderá jamás la picaresca, la picaresca pura a la cual no pueden pertenecer ni *Estebanillo*, ni *Periquillo*. Por eso nos defrauda el Dr. Marañón, quien legó a nuestra literatura libros bellos de temas apasionantes, cuando afirma, en el prólogo que escribió para la C. A. sobre el *Lazarillo de Tormes*, que la picaresca denigra a España. No denigra a España, como él afirma, la novela picaresca, sino que exalta los valores eternos de la temática estética española, que son los valores morales, cuya supervivencia es clara todavía. Y no pensemos que no hubiera pícaros en el resto de Europa, los había y más refinados en su malicia que los pícaros españoles, lo que no supieron aquéllos fue hacer de sus picardías base de sustentación moral de la etapa contrarreformista, porque no supieron o no quisieron convertir en aprendizaje moral el "deleitar enseñando" de los clásicos. O no tuvieron valor para hacer una confesión pública tan característica del pueblo español, según Américo Castro, y tan típica de la novela picaresca. En los orígenes de la misma ya dice el Arcipreste: "E yo como so ome, como otro pecador/ ove de las mugeres a veces grand amor", simple confesión signo de moral y no de perversa actitud de mal ejemplo.

VI

Sentadas estas bases, pasemos directamente al tema medular de nuestro discurso que es el siguiente: "Ni el *Periquillo Sarniento*, ni el *Estebanillo González* son novelas picarescas." Hay picardías en los dos, pero sin el tétrico fondo de la picaresca; hay consejos morales también en los dos, pero educativos y costumbristas, de moral de escuela o pedagógica, de carácter social, mas no de predicador de púlpito, de fraile tonante en su moralización; hay sátira suave, pero no la pulverizante del mundo; hay cierto matiz confesional, pero característico entre amigos y no de reja de confesionario que separa al hombre del mundo del hombre celestial o iluminado por la gracia. En una palabra, se contempla y se divierte uno en el mundo pero no se recorre el mismo *con amargo sabor de boca*, sino con el bailoteo de ojos alegres en la mirada, o con la sonrisa en los labios del que ha hecho una cosa con donaire, o dijo un chiste con gracia. Vamos a verlo; pero antes hemos de afirmar que el *Periquillo* es una novela estupendamente escrita y además, bellamente narrativa; no creo, además, que sea aventurado afirmar que Fernández de Lizardi quiso o pretendió hacer una novela picaresca, pero sin comprenderla ni darse cuenta de que la resaca del siglo XVIII había dejado sobre él otros arrastres y otras preocupaciones bien distintas de las que la apostasía de Lutero, los aforismos de Erasmo o los cánones de Trento habían depositado sobre los grandes autores de la picaresca española, o sea, sin darse cuenta de que ya no vivía la época de la Contrarreforma. Por eso no pasó el *Periquillo* de ser una novela costumbrista.

Así pues, en la obra de Lizardi, el primer antecedente que se patentiza es la novela picaresca española, pero mientras en ésta la sátira va disolviéndose en moral, en aquélla, en Lizardi, lo hace en novela de aventuras, con propósitos costumbristas, moralizantes y educacionales. Para mí tanto en las novelas como en los artículos, periódicos y folletos de *El Pensador Mexicano* hay un insistente propósito educativo y esto no es más que herencia del siglo XVIII y propio de un pueblo en el periodo de su formación que acaba de liberarse de las cadenas que le aherrojaban. Hay que enseñar al pueblo a ser libre, hay, para ello, que educarlo. Sus lecturas fueron los satíricos y moralistas españoles y franceses: Cervantes, Quevedo, Villarroel, Fenelón y Feijoo principalmente, todos ellos moralistas y educadores, y, sobre todos ellos, Feijoo que es el *vademecum* de todos los escritores americanos de fines del XVIII y comienzos del XIX. A esto hay que añadir datos tomados de acá y de allá, sin ningún propósito selectivo, hasta de enciclopedias y obras de divulgación, todo ello empleado y reunido de tal forma —debido probablemente a su de-

ficiente formación académica—, que como alguien dice “su obra pudiera definirse como la novelación ocasional de las lecturas de su autor.”

Social y literariamente es el *Periquillo Sarmiento* —según el mismo autor— una obra eminentemente revolucionaria ya que el pueblo entra en la escena literaria con su ideario, sus costumbres y prejuicios, su habla peculiar, precarias alegrías, y las miserias de su vida, un pueblo al que hay que educar, en definitiva. Esta característica la aleja resueltamente de la picaresca española que no es absolutamente obra revolucionaria en manera alguna ni en estilo ni en temas. Obra revolucionaria la de Lizardi, pero con el insistente propósito educativo, bien característico del siglo XVIII que España se saltó a la torera —como dice Ortega y Gasset—, aunque nada tuviera que ver el siglo XVIII con la picaresca española. Ni creo que pueda decirse tal cosa del siglo que nos dio a Feijoo, Sarmiento, Moratín (hijo), Cadalso, Jovellanos, filólogos y editores de la poesía más importante medieval y del *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés.

Con su lectura (del *Periquillo*) —dice un autor—, se despierta siempre alegre el recuerdo de las aventuras de la juventud. Este recuerdo alegre de lecturas tanto del *Periquillo* como del *Estebanillo* es lo que aleja para siempre a ambas novelas de la verdadera picaresca, agria y desabrida en todo momento. Cuando habla Periquillo en el primer capítulo de su narración de los recuerdos que deja escritos a los “queridos hijos míos” comunica a la novela una tierna sensibilidad amorosa que ya no es posible eliminar en el resto de la obra. La exclamación: “hijo mío” se repite hasta el cansancio, quitando a la novela toda la agrura indispensable para gustar la vida con *mal sabor de boca*, sensiblería bien ajena a la acidez picaresca. Véase este párrafo que pudiera ser de Feijoo o Fenelón: “El azote, hijo mío, se inventó para castigar afrentando al racional y para avivar la pereza del bruto que carece de razón; pero no para el niño decente y de vergüenza que sabe lo que le importa hacer y lo que nunca debe ejecutar.” Etcétera.

Y si, por lo que dicen las vecinas de Lazarillo ante el alguacil y el escribano que acuden a casa del escudero a cobrar la renta de la casa: “Señores, éste es un niño inocente y ha pocos días que está con ese escudero y no sabe de él más que vuestras mercedes, sino cuando el *pecadorcico* se llega aquí a nuestra casa y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios”, etcétera; si ese *niño inocente*, y ese *pecadorcico*, con un diminutivo entrañable y cariñoso, han bastado para quitarle a la novela toda la agrura de la picaresca y hay quien ha querido eliminarla de entre dichas novelas, aunque por otros motivos Lázaro siga siendo pícaro, pensemos lo que puede decirse acerca del *Periquillo*. Los cuadros de corrupción social son tan socorridos que degeneran en tópicos literarios y aparecen sólo como descripciones de costumbres. Véase un ejemplo: “Os mando y encargo que estos cuadernos no salgan de vues-

tras manos...; pero si tenéis la debilidad de prestarlos... os suplico que no los prestéis ni a las viejas hipócritas, ni a los curas interesados y que saben hacer negocio con sus feligreses vivos y muertos, ni a los médicos y abogados chapuceros, ni a los escribanos, agentes, relatores y procuradores ladrones... ni a los padres y madres indolentes en la *educación* de su familia, ni a las beatas necias y supersticiosas, ni a los jueces venales..." Etcétera, etcétera. Tópico universal de todos los tiempos, repetidos hoy todavía, pero que no entran a formar parte ni trabazón íntima de la obra como en la novela picaresca.

En medio de verdaderas descripciones narrativas, hay en el *Periquillo* manifestaciones ascético-líricas, dignas de un San Francisco de Asís bien alejadas de la ascética española: "Ese globo de fuego que está sobre nuestras cabezas... que no sólo alegra, sino que da vida al hombre, al bruto, a la planta y a la piedra, ese Sol, hijo mío, esa antorcha del día, ese ojo del cielo, esa alma de la Naturaleza... no es más que un juguete de la soberana omnipotencia." En fin, hasta sátiras de Juvenal, por ejemplo: "Nada digno del oído o de la vista/ el niño observe en vuestra propia casa/ de la doncella tierna esté muy lejos/ la seducción que le haga no ser casta." (Sátira XIV.) Aunque puestas en verso por el autor, se convierten en fábulas moralizantes, parecidas a las de Samaniego. Frases gracianescas para afirmaciones de tópicos que nada tienen que ver con la raíz íntima de la novela: "Sois unos impíos, crueles, ladrones, ingratos, asesinos, etcétera, etcétera. Sois hombres y no podéis dejar de ser lo que os he dicho, porque todos los hombres lo son." Esto como se ve no deja en nosotros mal sabor de boca, porque no está inserto en la intimidad de la novela. Es incluso frase escrituraria que podemos aprovechar para efectos educacionales: "*pronus in malum ab adolescentia sua*", dice del hombre la escritura, y a esa frase tendremos que acomodar nuestra actividad de educadores, pero nada más. Los conocedores del *Periquillo* que abundan en esta Academia, saben muy bien que no hay necesidad de dar mayor amplitud a la argumentación para demostrar lo que pretendo; yo puedo afirmar que no he leído un solo capítulo del *Periquillo Sarniento* que pueda compararse ni en propósitos, ni en tesis con la verdadera picaresca española, donde la lección moral está ínsita en el carácter mismo de la obra, de la época, y en su desarrollo.

VII

Es cierto que el *Estebanillo González* está más cerca de la novela picaresca que el *Periquillo Sarniento*, proximidad cronológica y geográfica, pero el adelgazamiento de la trama novelesca es en él evidente, y el tipo de aventu-

ras se desarrolla ya según este canon aun sin el propósito del autor. Para confirmación de anteriores afirmaciones empecemos por decir que el *Estebanillo* es anónimo sin que se tenga idea de su autor, como no fuera un criado del duque de Amalfi. La obra se imprimió en 1646. Estebanillo dejó su vida aventurera en 1645 y el padre Gracián vivió de 1601-1658; coinciden, pues, la vida del religioso y la obra de que tratamos. En ésta hay exceso de episodios. Los viajes y correrías fatigan la atención. Hay tópicos abundantes, uno de ellos, el del vino, repetido cientos de veces, parece convertirse en el tema fundamental de la picardía. Contiene datos útiles para la historia de los españoles en Flandes y en Italia, memorias pormenorizadas del reino de Polonia, y viajes interminables por Italia, Flandes, Austria, Alemania, Rusia, Polonia e Inglaterra.

¿Qué quiere decir todo esto? Que la trama novelesca se ha adelgazado de tal forma, que la novela se convierte en aventura, en tópico, hasta en historia. Y en esto consiste su parecido con el Periquillo Sarniento, aunque los propósitos educativos no sean su característica como sucede en esta última novela. No olvidemos que pertenece todavía al Siglo de Oro y que el padre Feijoo, creador de la literatura moderna y educacional, no nace sino hasta 1676 y no publica su *Teatro crítico universal* sino hasta 1726 a 39; pero es evidente que esta novelita pertenece ya a una nueva sensibilidad que no es ni la del Lazarillo, un siglo anterior, ni la de Guzmán de Alfarache de 1599, ni la de Marcos de Obregón (1618) para hablar sólo de las tres principales novelas del género. La picaresca moralizante se ha convertido en aventurera.

Dice el mismo Estebanillo en la página 86 de la C. A.: "De pícaro es dificultoso el sentar plaza." Lo cual es, consciente o inconscientemente, alejamiento de los motivos picarescos; aunque no de las sonrientes alegrías de la picardía. Porque, desde luego, el libro está lleno de picardías, pero ¿qué pasó con los discursos morales, medio de que se vale la verdadera picaresca para rellenar el vacío de valores en que se ha dejado al mundo? ¿Qué pasó con los hechos extraños a la picaresca a los que hay que acudir (*Historia de Ozmín y Daraja*) para dar un poco de alegría y valor poético a lo que se ha forjado sin valores?

"Yo, Estebanillo González, hombre de buen humor, hijo de mis obras y padraastro de las ajenas", así reza el comienzo de la dedicatoria al duque de Amalfi. El hombre de buen humor no puede tener una visión amarga de la vida. Y en el prólogo "Al lector" se llama "Estebanillo González flor de la jacarandaina", para cuyo significado me atengo a la acepción de la palabra, según el *Diccionario de la Academia*, puesto que Covarrubias no la consigna, así que flor de la jacarandaina quiere decir, donairoso, alegre, desenuelto. Las definiciones le alejan de las características tétricas y pesimistas de la verdadera picaresca.

VIII

Pero hagamos la comparación del proceso confesional entre Estebanillo, Periquillo y los demás pícaros. El padre de Guzmán fue estafador y renegado, "se casó con una mora y le dijo se quería ocupar en ciertos tratos de mercancía, vendió la hacienda de la mujer y puesta en cequíes —moneda de oro fino berberisca— con las más joyas que pudo, dejándola sola y pobre, se vino huyendo". Es decir es hijo de un ladrón renegado, claro que viene en seguida el arrepentimiento, para el relleno de vacíos, y aclaración de propósitos morales, pero vuelve presto a las andadas y concluye: "Veis aquí, sin más acá, ni más allá, los linderos de mi padre." Dice Estebanillo: "Mi padre fue pintor *in utroque*, como doctor y cirujano... Tenía una desdicha que nos alcanzó a todos sus hijos, como herencia del pecado original, que fue ser hijodalgo, que es lo mismo que ser poeta, pues son pocos los que se escapan de una pobreza eterna o de una hambre perdurable." Y sigue por el mismo estilo. Los linderos de ambas confesiones están bien claros y delimitados. Ni el padre va a la cárcel, ni la madre es alcahueta. Nada hay desgarrador y estrujante. Es decir, no hay verdadera confesión sino confidencias que pueden depositarse en cualquier amigo de confianza.

Veamos la confesión de Periquillo. Digo que nací en esta rica y populosa ciudad (México) por los años de 1771 a 73, de padres no opulentos, pero no constituidos en la miseria... de limpia sangre..., que hacían lucir y conocer por su virtud. Pedro —dice su padre—: "...mañana, muerto yo, tú habrás de dirigirte y mantenerte a costa de tu sudor o tus arbitrios, so pena de perecer, si no lo haces así; porque ya ves que soy un pobre y no tengo más herencia que dejarte que la *buena educación* que te he dado, aunque tú no la has aprovechado, como yo quisiera". Lazarillo dice: "Mi nacimiento fue dentro del río Tormes... mi padre por ciertas sangrías mal hechas... fue preso y confesó y no negó, y padeció persecución por justicia. Mi madre, sin marido y sin abrigo, llegó en conocimiento de un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban... y vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar." Y todavía más amarga la confesión de Buscón: "Por éstas y otras niñerías... (como meter el dos de bastos y sacar el as de oros) estuvo preso... y salió de la cárcel, con tanta honra, que le acompañaron doscientos cardenales, sino que a ninguno llamaban señoría. Mi madre... fue por mal nombre alcahueta y *flux* para los dineros de todos." Decíame mi padre: "Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica, sino liberal", y añadía: "Quien no hurta en el mundo, no vive." Guzmán amargado, Estebanillo alegre y jactancioso, Periquillo seriamente educado y Lazarillo y

Buscón terriblemente decepcionados, indican bien a las claras las características de estas novelas.

IX

El capítulo IV de *Estebanillo* es una serie de aventuras amontonadas, como para dar noticia de los hechos más culminantes de los lugares por que va pasando con descripciones maravillosas y picardías que se suceden sin interrupción, pero que no son más que el cuadro de costumbres de la sociedad en que se desenvuelve, fielmente descrita y llena de las picardías necesarias para vivir. Desembarca en Barcelona, pasa por Zaragoza, llega a Madrid: "Corte de las cortes y leonera del real león de España, academia de la grandeza, congregación de la hermosura y quinta esencia de los ingenios." Determina ir a Santiago de Galicia, patrón de España, pero antes pasa a Toledo, "centro de la discreción y oficina de esplendores", "me volví por Illescas a visitar aquella divina y milagrosa imagen... dando la vuelta a Madrid, me partí en demanda del Escorial, a donde se suspendieron todos mis sentidos, viendo la grandeza incomparable de aquel grandioso templo... Partí de allí a Segovia. Pasé a la ciudad de Valladolid, juntéme en ella con dos devotos peregrinos, el uno era francés, el otro genovés y yo gallego romano y todos tan diestros en la vida poltrona que podíamos dar papilla al más entendido gitano... Con esta mala ventura con coles pasamos por Benavente y llegamos a Orense, donde los peregrinos lavaban la broza de los cuerpos y en Santiago de las almas." (Se refiere a las burgas de aguas termales y elevada temperatura que hay en Orense.) "Llegamos a la ciudad de Santiago que, porque no me tengan por parte apasionada, por lo que tengo de gallego, me excuso de decir lo mucho que hay en ella que poder alabar." Sigue hacia Portugal pasando por Pontevedra, y su lugar de procedencia, Salvatierra, y así continúa el viaje de ciudad en ciudad, haciendo observaciones topográficas e históricas y alguna que otra trapacería de muchacho, pero todo visto alegremente sin amargura alguna hasta llegar a Sevilla. La descripción del itinerario es deliciosa y tan fielmente geográfica que no podría mejorarse.

No hay itinerarios tan densos en el *Periquillo*. Tal vez sea el más importante el viaje de ida y vuelta a Manila. Ya sabemos que de la picaresca, parodiando a Ortega y Gasset, podemos decir que es literatura de andar y de ver. En esto de viajes, tanto *Estebanillo* como *Periquillo*, están cerca del *Guzmán de Alfarache*, o le sobrepasan pero con cuán diferentes motivaciones, ejecuciones y resultados.

La comparación de una obra antigua (*Estebanillo*) con otra moderna (*Periquillo Sarniento*) supone relación entre ambas, que suele ser, como en el teatro de Anouilh, similitud de actividades o caracteres en situaciones diferentes. En el caso en que nos ocupamos (comparación entre *Periquillo* y *Estebanillo*) se da tal similitud, pero los puntos de contacto son simples exterioridades: el nombre, comarca natal, el hecho de correr mundo, pensar, sentir y obrar son tan dispares como los genios de los respectivos creadores. Estas obras ven la luz en una hora y en un sitio en que todo lo que se haga o deje de hacerse tiene importancia capital. Por eso dijimos al principio que sólo con determinadas limitaciones pueden compararse *Estebanillo* y *Periquillo*, dejando a un lado la demás picaresca con la cual no puede haber punto de comparación, según se ha visto.

Hay en todas estas novelas dos tipos de ejemplaridad: una expresa, la estética, como en las novelas ejemplares de Cervantes, observada por Unamuno, y otra implícita en el texto, la moral. La primera nos la confiesa el propio Lazarillo en su prólogo: "Podría ser que alguno que las lea, halle algo que le agrade y a los que no ahondaren tanto, los deleite." La segunda, si bien es moral, no lo es en el sentido normativo, sino de acción y situación, que enseña al hombre a valerse por sí mismo y a no fiar sino en su patrimonio íntimo. Al pervertirse hacia la vía picaresca, Guzmán de Alfarache nos dice que "en cualquier acaescimiento más vale *saber* que *haber*, porque si la fortuna se rebelare nunca la ciencia desampara al hombre". Claro que esta ciencia no es sabiduría teórica, el nombre más adecuado sería saber práctico, "*savoir-faire*", o *gramática parda* —que dice nuestro pueblo— (moço de ciego un punto ha de saber más que el diablo). Éste es el patrimonio íntimo del pícaro más valioso que todo lo que de fuera pueda venirle en favores, gracias o bienes. Y de fuera le vienen las normas, son dadas, ajenas, no caben en ese saber vital. El pícaro no acepta más que consejos, que puede seguir o no seguir, y sus resoluciones desde dentro y, en cada caso, no pueden convertirse en normas. No hay, pues, imperativo picaresco o si lo hay no es normativo, sino utilitario, de motivaciones primarias, de necesidades inmediatas. Si el pícaro obra bien es por sentimiento y nunca por coacción. El pícaro que no roba a los amigos ni a los amos se rige por una tabla de valores en constante conflicto con las necesidades, en las cuales a veces, sólo a veces, quedan "soterradas" las normas de buen vivir.

El argumento definitivo y la diferencia esencial están en que en el *Periquillo* todo es normativo, el saber y la moral y en un grado un poco más inferior en *Estebanillo*.

Dice Periquillo, en cuanto al saber: "Hay muchos modos de leer, según los estilos de las escrituras. No se han de leer las oraciones de Cicerón como los anales de Tácito, ni el panegírico de Plinio, como las comedias de Moreto. Hay que saber distinguir los estilos en que se escribe para animar con su tono la lectura y entonces manifestar que entiende lo que lee y que sabe leer." Un verdadero tratado de fono-estilística y de normas de entonación.

En otra ocasión se refiere a Horacio y dice: "No os disgustéis con estas digresiones, pues a más de que os pueden ser útiles, si os sabéis aprovechar de su doctrina, os tengo dicho desde el principio que serán muy frecuentes en el discurso de mi obra... y quisiera que bebierais el saludable amargo de la verdad en la dorada copa del chiste y de la erudición. Entonces sí estaría contento y habría cumplido cabalmente con los deberes de un sólido escritor, según Horacio, y conforme mi libre traducción.

"De escritor el oficio desempeña/ quien divierte al lector y quien lo enseña."

Aquí hay una norma y bien estricta para el escritor.

Respecto de la moral no hay más que recordar, cómo a cada paso y en todo momento recomienda Periquillo la virtud y la manera de llegar a ella. Dice: "Usted tiene buen corazón y buena conducta, mas estas cualidades por sí no bastan para ser buenos padres, buenos ayos, ni buenos maestros de la juventud. Son necesarios requisitos para desempeñar estos títulos: ciencia, prudencia, virtud y disposición, etcétera." Norma moral bien explícita, que no hallaremos en la picaresca.

Esta norma estrictamente mirada tampoco la hallamos en el *Estebanillo*. Repetimos que la comparación sólo podría hacerse bajo ciertas condiciones. No estamos conformes con Henríquez Ureña cuando sitúa a Lazarillo fuera de la picaresca, por considerarle "un pobre niño víctima de sus amos y no un pícaro como después lo pintó Mateo Alemán". El arrapiezo que da de rostros al ciego contra un poste y saquea el arcaz del clérigo, no es una víctima indefensa. El pícaro no es más que un hombre que actúa de una peculiar manera, en una peculiar situación, y en ese respecto consideramos bastante menos pícaro a Estebanillo que a Lazarillo. Estebanillo es un pícaro transformado lo mismo que Periquillo Sarniento, y casi sería mejor llamarlos mixtificados o sofisticados que truecan el valor y la astucia del pícaro en servilismo y servidumbre a normas, normas efímeras, si se quiere, pero propias de la época en que vivieron, que colocan a Bossuet donde sólo debiera haber sitio para Maquiavelo.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

Día fasto para la Academia, éste en que llega a ella don Amancio Bolaño e Isla porque, con él aquí, nuestra institución verá grandemente facilitada su permanente tarea de resolver consultas, revisar neologismos, estudiar los mexicanismos que deban incorporarse al diccionario y, en fin, todo lo que atañe al uso, evolución y cultivo del lenguaje.

El doctor Bolaño viene a ocupar la vacante que dejó nuestro colega el señor don José María González de Mendoza y Rodríguez del Villar. Al faltar nuestro querido Abate, fue deliberada voluntad de la Academia el que le sucediera en su sitio, que es el vigésimo quinto, otro estudioso conocedor de nuestro idioma y nuestras letras que, de ser posible, fuese también de origen español. No se piense que con ello se trataba de auspiciar o mejorar relaciones con letrados de España, pues las tenemos constantes y magníficas, los motivos eran internos y sencillos: simplemente porque, ya que aquí no existen nacionalismos estrechos y discriminatorios, nosotros nos sentimos honrados en invitar a nuestra casa a quienes habiendo dejado su país de origen y buscado el nuestro, se han radicado, es decir arraigado aquí y han continuado y realizado en nuestro suelo y bajo nuestro cielo su obra de lingüística o de literatura.

El primer director de esta Academia fue un madrileño, el señor Conde de Bassoco; con él, como fundadores, estuvieron varios mexicanos que, por razón de edad, habían nacido españoles, es decir antes de la consumación de nuestra independencia política, así los señores Arango y Escandón, Aguilar y Marcho, Ormaechea, Orozco y Berra; académicos fueron dos santanderinos: don Casimiro del Collado y don Anselmo de la Portilla; más tarde, el ya citado don José María González de Mendoza, que nació en Sevilla, y ahora su presente sucesor.

Don Amancio Bolaño e Isla nació en Galicia; estudió en Madrid hasta su licenciatura en Filosofía y Letras; vino a radicarse a México hace más de seis lustros y en nuestra Universidad Nacional obtuvo el Doctorado en Letras.

En Madrid empezó a ejercer la docencia en el Instituto Plurilingüe, enseñando lengua y literatura latina y lengua y literatura española. En México, desde 1936, ha profesado cátedras diversas: filología románica, diversos cursos de latín, fonética, fonémica, lingüística y, en la rama de literatura: la medieval, cursos especiales sobre *El Quijote*, la novela picaresca, estilística y otros muchos cursos, ya generales ya especializados y de seminarios, todos ellos en cátedras universitarias de esta capital o a veces invitado por las de provincia, en instituciones oficiales y particulares, alguna vez también en el extranjero.

Discípulo directo del muy ilustre don Ramón Menéndez Pidal, en cuyo elogio escuchamos, en este mismo sitio hace pocos meses, la erudita oración del doctor Bolaño, con una larga y eficaz labor docente y valiosa obra publicada, a la que luego he de referirme, todos esos trabajos que han llenado su vida siempre activa, también le han procurado distinciones, sin duda menos de las que él merece. Pero ya desde 1925 fue llamado como Miembro de la Academia de Bellas Letras de Málaga y luego del Colegio de Licenciados y Doctores de Madrid. Aquí en nuestro país, varias instituciones le han otorgado diplomas y honores y la Universidad Nacional le hizo entregas sucesivas, de medallas de plata y oro, al cumplir en ella, el doctor Bolaño, los veinticinco y luego los treinta años de servicio docente.

Como siempre, la obra refleja al hombre: la bibliografía del doctor Bolaño contiene publicaciones pedagógicas, de ensayos y de crítica; las primeras, dentro de la línea de la lingüística: el *Breve manual de fonética elemental* y el *Manual de historia de la lengua española*. En el ensayo y crítica: *Contribución al estudio biobibliográfico de fray Alonso de la Vera Cruz*; además, versiones modernas, para divulgación, con notas e importantes prólogos, de *El Conde Lucanor*, *El Arcipreste de Hita*, *Gonzalo de Berceo*, el *Mío Cid* y otra docena y media de estudios lingüísticos y literarios, en revistas y publicaciones especializadas, más otros reunidos en un volumen, de bien nutridas doscientas páginas, titulado *Estudios literarios*, que vio la luz en 1960.

Imposible me es referirme a todo ello; tanto por mi propia incapacidad para juzgar de algunos de esos trabajos, cuanto porque mucho tiempo llevaría el comentar, aun haciéndolo de modo somero, aquellos de los cuales mucho me gustaría tratar.

Por ejemplo, este minucioso y perspicaz estudio cuya lectura acabamos de escuchar, de todo el cual solamente podría yo débilmente objetar la hipótesis de que "Fernández de Lizardi quiso o pretendió hacer una novela picaresca...", supuesto que luego el mismo doctor Bolaño desecha, dejando aquello en mero antecedente y aclara luego la verdadera índole del *Periquillo*, de modo tan claro y exacto que en sí resume su índole y carácter en la literatura, diciendo:

"...en la obra de Lizardi el primer antecedente que se patentiza es la novela picaresca española, pero mientras en ésta la sátira va disolviéndose en moral, en aquélla, en Lizardi, lo hace en novela de aventuras —tanto en las novelas como en los artículos, periódicos y folletos de *El Pensador Mexicano* hay un insistente propósito educacional y esto no es más que herencia del siglo XVIII, y propio de un pueblo en el periodo de su formación... Hay que enseñar al pueblo a ser libre, hay, para ello, que educarlo..." (página 16).

De modo igualmente claro prueba lo que él mismo declara el tema medular de su discurso: que ni el *Periquillo Sarniento* ni el *Estebanillo González* son novelas picarescas. La semejanza está en que "hay picardía en los dos, pero sin el tétrico fondo de la picaresca..." (página 15).

Y la diferencia principal es que en el *Estebanillo* "la trama novelesca se ha adelgazado de tal forma, que la novela se convierte en aventura, en tópico, hasta en historia..." Lo cual ocurre también en el *Periquillo*, pero "los propósitos educacionales no son su característica como sucede en esta última novela..." (página 20).

Excelente estudio que nos ha dado, condensada en sustanciosas frases, lo que es la esencia o lo esencial del origen, sentido y contenido de la novela picaresca, todo ello aún más nítidamente mostrado por el seguido contraste de la novela que no es ya picaresca, aunque el héroe sea un pícaro o semipícaro.

Por lo demás, insistir es las cualidades de ese estudio es ahora superfluo, pues ellas están ahí patentes y todos hemos podido advertirlas en esta lectura tan llena de enseñanzas, como lo han sido siempre las lecciones de su autor.

Aquí debería de terminar estos comentarios a la obra del doctor Bolaño, pero no puedo dejar de aludir, por lo menos, al cuidado y aciertos y penetración que hay en ensayos como los dedicados al *Quijote*, algunos de los cuales figuran en el mencionado volumen *Estudios literarios*. Allí, en algunos párrafos, condensa y explica mucho de la esencia del libro y del personaje, partiendo de una de las frases fundamentales de la novela cervantina, cuando (en el capítulo quinto de la primera parte) caído el Caballero y apaleado por el mozo de los mercaderes, quedó desvariado por el romance del Marqués de Mantua, y así lo encontró un labrador conterráneo suyo al cual, queriendo ayudarle y sacarle de su desvarío, le dijo: "Mire vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana." Y entonces contestó Don Quijote con la frase que antes llamé fundamental y es una de las claves del propio personaje, diciendo: "Yo sé quién soy, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías."

Y, partiendo de allí, explica el doctor Bolaño:

"Don Quijote sale al mundo 'incitado' por la lectura de los libros de caballerías pero libre para actuar en este o aquel sentido.

"El punto de partida es éste: 'yo sé que puedo ser...' Para el hombre del Renacimiento no hay limitaciones a las posibilidades humanas, por eso, el

afán de convertirse en prototipo, en ejemplar único de cualquier posibilidad..."

Y en otro estudio correlativo completa su interesante concepto de la inmortal novela y de su personaje epónimo. Dice el doctor Bolaño:

"...Don Quijote es un personaje a quien se infunde una 'incitación' eficaz y poderosa capaz de hacer actuar y transformar en procesos de vida exteriorizables (según el modo de vivir hispánico del siglo XVI) las excitaciones venidas de fuera y transformadas por dicha incitación. Y así comprendemos fácilmente que Cervantes convirtiera su narración en historia, poetizada naturalmente, a partir del capítulo IX que es cuando debieron ocurrírsele las posibilidades que encerraba un personaje de esa manera estructurado..."

Esa alusión al capítulo noveno, de la primera parte del *Quijote*, se refiere a cuando el autor de ella, estando un día en Alcaná de Toledo, vio que un muchacho trataba de vender unos cartapacios y papeles viejos, escritos con letra árabe, los cuales resultaron ser la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador árabe.

Prosigue Bolaño:

"Desde este momento Cervantes es un simple historiador de hechos ejecutados por Don Quijote, gracias a la incitación venida de fuera, que él supo infundirle y que le hará actuar según la 'sensibilidad vital' hispánica del gran siglo..."

Continuación en cierto modo de los ensayos citados es el titulado *Las dos vidas metafóricas de Don Quijote* en el cual redondea y completa su pensamiento e interpretación del ser y del actuar del personaje, considerándolo: "el personaje de vida metafórica más perfecta que se haya jamás pensado en los indecisos y fulgurantes mundos de la poesía, como prototipo de lo universal de quienes hayan podido vivir tan alucinante vida" (*Op. cit.*, 90).

"Don Quijote es, pues, un personaje poético, incitado que transforma en procesos vitales exteriorizados (que obra) según una incitación que el autor (Cervantes) tuvo buen cuidado de ingerirle en el mismo momento en que inicia su vida poética (que es en el segundo capítulo de la primera parte) y por tanto universal, y por tanto aplicable a la humanidad entera..."

Con esto último ha venido a mi memoria el recuerdo, un poco fragmentado pero claro, de una charla con mi ilustre colega. Fue una tarde, hace muchos años, en uno de los corredores de nuestro viejo caserón de Mascazones, cuando la Facultad de Filosofía y Letras estaba allí. No recuerdo la causa ni el comienzo de nuestra conversación, pero ello es que derivó en consideraciones sobre lo permanente y lo transitorio de la obra literaria, o algo así; yo me atreví a decir que no creía que, en rigor, hubiese obras univer-

sales y eternas; don Amancio afirmó que *El Quijote* lo era; yo repliqué entonces que el valor de esa novela, como el de toda obra artística, está supeditado a la permanencia y reconocimiento de los valores culturales en que se apoya y que, a la vez expresa, por lo cual, si esos valores se alteran o cambian o faltan —lo que me parecía indudable puesto que las culturas se desenvuelven y perecen—, la obra literaria, como todo fruto de la cultura, caerá con ella.

No quiero, ahora, decir que yo haya superado mi natural escepticismo, pero sí digo que en verdad deseo haber estado equivocado, pues anhelo fervientemente que los grandes y altos valores de la cultura occidental, de nuestra cultura cristiana greco-latina, perduren, y que la obra de uno de sus más preclaros genios, don Miguel de Cervantes, cuya imagen preside esta casa, esta sala y este acto, sea verdad eterna en su validez y en su gloria.

Yo deseo que la razón y la verdad estén en lo que afirmaba aquella lejana tarde don Amancio, y que luego ha reafirmado en sus escritos, con sólidos apoyos de erudición y sostenido con su gran amor por la lengua y la obra de Cervantes.

Y ahora que el sabio maestro viene a sentarse entre nosotros, solamente cabe repetir lo que al comenzar estas mal pergeñadas frases dije: es éste un fasto día para la Academia Mexicana y, en cuanto a mí, sólo puedo añadir que estoy profundamente agradecido porque se me haya conferido el honor de decir, en este solemne acto público, en nombre de todos y cada uno de los señores miembros de esta Academia y con placer en el mío propio: maestro Bolaño, es usted bienvenido.

LA BIOGRAFÍA EN LAS LETRAS HISTÓRICAS MEXICANAS *

Por don ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

Señor Doctor Francisco Monterde, Director
de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española;
señores académicos, señoras y señores.

Vuestra cordialidad y generoso afecto explican mi ingreso a esta docta Corporación, no mis obras débiles e imperfectas, a las cuales salva tan sólo el amor y la constancia que las han producido. Ha de ser al amparo de vuestras luces y confiado en la magistral dirección que hace largos años gozo de muchos de ustedes, como he de merecer auténticamente el alto honor que hoy se me confiere.

Cuando fui informado de la presentación de mi candidatura a la Academia, confieso, sin hipérbole ni fingida humildad, me estremecí, no de sana y merecida satisfacción, sino por la conciencia que tengo de la parvedad de mi labor en el campo de las letras. Al aceptar, no lo hice con orgullo, sino como discípulo a quien buena nota estimula su dedicación. Varios de ustedes han sido mis maestros en la cátedra, y todos en la vida y en el ejemplo. La amorosa pasión puesta en su obra de creación la he seguido durante muchos años, y sus voces, las creaturas recreadas en sus libros y sus juicios, exactos, preñados de saber, me han conmovido y enseñado.

Adentrado en las humanidades por vocación, el estudio del hombre, de su maravillosa actividad, que es la historia, ha sido mi paradero. Dentro de ella he trabajado como peón que rotura la tierra y con su profunda fuerza me ha prendido. A ella, múltiple en sus expresiones, he consagrado mis esfuerzos producto de una idea que cada día desde mis años jóvenes se ha afianzado más y más en mí: el sentir que toda vida, como la historia misma, tiene un destino que hay que cumplir con trabajo, dedicación diaria y permanente, y plena honestidad.

* Leído en sesión pública efectuada el 13 de marzo de 1970.

Mi deuda con ustedes se acrecienta, al haber sido designado para ocupar el sitial, no para sustituirlo que jamás lo lograré, que antes fue de un hombre eminentísimo por su sabiduría y altas virtudes humanas, don Ángel María Garibay Kintana.

Enorme responsabilidad. Él era un hombre de estatura extraordinaria, de dimensiones gigantescas, uno de esos seres que marcan un hito en toda cultura. Su ingenio y laboriosidad desbordan los confines patrios y marcan un inicio en la revaloración de la cultura nacional. Me siento abrumado al sucederle y sólo me alienta la paternal acogida que me brindó, su noble y leal amistad que me permitió considerarle un maestro más en mi vida, uno de esos seres que a lo largo de mi existencia me han tendido la mano, amparado con su bondad e inteligencia y estimulado con eficaz dirección. Jamás podré igualar su enorme y vasta labor, pero estoy seguro de que trabajaré con el mismo entusiasmo e iluminada y sonriente satisfacción con que él lo hacía.

Ángel María Garibay Kintana

Varón recto y sapientísimo, Ángel María Garibay Kintana representa uno de los más logrados frutos de la cultura nacional. En él, como en otros egregios, resplandece la conciencia que identifica nuestra auténtica manera de ser, de sentir, de pensar. Supo con extraordinaria visión precisar las vertientes de la civilización mexicana, valorar los aportes del pasado indígena, del caudal ibérico y sobre todo el aluvión universal que envuelve y fecunda con sus innumerables y variados elementos toda elaboración espiritual e intelectual.

Su nombre hay que incorporarlo a los de fray Bernardino de Sahagún, Carlos de Sigüenza y Góngora, Francisco del Paso y Troncoso y Joaquín García Icazbalceta. Dentro de esa tradición y jerarquía hay que situar su obra, colosal por su número, extraordinaria por su calidad, y valiosa por el alto y noble sentido que le imprimió.

De su anhelo por definir la esencia de la cultura patria, y no sólo por definirla, sino por ampliarla, y enriquecerla, derivan sus intereses fundamentales: el estudio, fomento y difusión de la cultura de los pueblos precolombinos, así como el análisis, la recreación poética y religiosa y la enseñanza, de las culturas clásicas del Viejo Mundo. No puede escapársenos que a estos dos intereses que colmaban sus aspiraciones intelectuales, hay que añadir algo que no era para él un interés, sino una misión, que cumplió siempre con veracidad y convicción auténtica: su actividad religiosa, su labor espiritual y apostólica que llevó con inmensa dignidad y decoro, desde su

floreciente juventud, hasta su postrera vejez. Su labor dividida en estas tres dimensiones cumplióla enteramente, a satisfacción de su conciencia y en beneficio de sus semejantes y de México.

Sacerdote hasta la eternidad, hizo entrega de sí mismo a cuantos acudieron a él en busca de consuelo y auxilio. Vivió al lado de los humildes, supo la vida callada de los pueblos, conoció sus hondas tragedias en años difíciles de nuestra historia, y aprendió en olvidados curatos a penetrar en el alma de los campesinos que al par que su miseria arrastran aún, imperceptibles e insensibles para el profano, numerosos elementos de sus viejos mundos. Su contacto con la realidad mexicana le hizo anhelar un cambio, aspirar a mejores condiciones de vida para el pueblo, y comprender los postulados de nuestros auténticos movimientos revolucionarios.

Nunca se acomodó a las situaciones reinantes; despreció la demagogia y no transigió con novelorías figureras que algunos adoptan para parecer al día. Consecuente con sus ideas, fue respetable y respetado.

Su actividad eclesiástica, apoyada en su obra intelectual, deparóle la cátedra dentro del Seminario, una Canongía en el Cabildo de la Basílica de Guadalupe y el cargo de exégeta de la Sagrada Escritura en ese templo. Fruto material de todo ello, que el espiritual no podemos apreciarlo, fue amplia serie de sermones o pláticas escriturales de no escaso mérito. Como fiel hijo de la Iglesia, consagróle numerosos trabajos en torno de la historia eclesiástica: acontecimientos, biografías y biobibliografías de prelados insignes, en los que enjuicia con amor, con espíritu de creyente verdadero, pero con recta razón, los hechos y los hombres de quienes se ocupa.

Fruto de esta actividad son innúmeros sermones impresos, como el *pronunciado en las bodas de plata del Exmo. Sr. Guillermo Trietschler* en 1929; los *Elogios fúnebres consagrados a don Leopoldo Ruiz y Flores* en 1942, a *Don José Mora y del Río*, a *fray Juan de Zumárraga* y a *Juan Diego* en 1948, y el que *dedicó a los Arzobispos de México* en 1946. A ellos hay que añadir los que tocan los temas de *La Maternidad espiritual de María en el Mensaje Guadalupeño*, de 1961 y otros más que le acreditan como excelente orador sagrado. Sus trabajos relativos al *Arte de la Dirección*, a *José María Villaseca*, *Federico Ozanan* y al Guadalupanismo revelan tanto al ministro respetuoso y ejemplar, al pastor vigilante y prudente, cuanto al hombre que a su fe caudalosa encauza por los severos moldes de la razón.

Desde los años en que ingresó al Seminario en 1906 mostró sus preferencias y su singular aptitud por las humanidades. El mundo clásico, vaso y contenido de la cultura occidental, despertó en él inquietudes jamás apagadas. Un desbordamiento espiritual, impregnado de belleza y de luz motivó su juvenil entusiasmo, y con los arranques, la ardorosa pasión que sólo los años mozos proporcionan y una sensibilidad pronta al deslumbramiento y a

la creación, pues él mismo fue excelente poeta, se entregó a la interpretación y traducción de los clásicos. Más tarde perfeccionaría estos estudios, sin arrancarles los timbres y la emoción que únicamente la juventud otorga a la obra poética. En los últimos años entregó obras de mayor perfección formal; pero es en sus primeros trabajos donde un intenso hálito de vida marca su poesía.

Dentro de este campo, su obra de auténtico humanista es altamente apreciada, como lo fue la de Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte. Las versiones poéticas que realizó rayan a gran altura y traslucen con fidelidad el espíritu de sus autores.

El porqué de este interés, lo señaló en diversas ocasiones. La mejor, más clara y sencilla es la que aparece en su primera versión de la *Trilogía de Orestes*, de Esquilo, editada "Bajo el signo de Ábside" en 1939, en la cual escribe: "Juzgo que jamás será demasiado el intento que se haga por asimilar lo mucho que nos dejaron los eternamente juveniles Griegos; porque no es inútil cualquier medio que ayude a levantar los estudios helenísticos en nuestro México; que si mis primarias aficiones me hacen ver como más importante lo que contribuye a conocer lo nuestro, no me impiden amar lo que es patrimonio universal de la cultura moderna"; y agrega: "Porque siendo, como soy, sacerdote católico, contribuyo en un ápice a que sin razón se diga que hemos olvidado los estudios que siempre fueron amor de nuestra clase, y, aunque hostilizados por amigos y enemigos, oprimidos de trabajo y amargura, seguimos siendo los mismos, que tanto amamos el pasado como el porvenir."

A estas razones añadió una muy personal: "He tenido en ciertos círculos eclesiásticos la nota de 'modernista': el trabajo que ofrezco demostrará que si soy el primero en acoger las ideas nuevas, soy igualmente el último en olvidar las antiguas."

Habiendo aparecido su primera versión de la *Trilogía de Orestes* en 1939, precedida de una maciza por sabia y profunda introducción y oportunas y esclarecedoras notas, y en la que se disculpa no penetrar más en el fondo tanto ideológico como poético y lingüístico de la obra por estar lejos de sus libros y notas de trabajo, persistió en la tarea amablemente impuesta durante varios años, sin olvidarla, sino revisándola y perfeccionándola, corrigiendo en ella lo que la madurez pensó que había de apresuramiento juvenil, y también haciéndola más asequible, más al gusto de la modernidad y alcance de los más, ello sin desmedro de su natural dignidad y perfección.

Su primera versión de Esquilo fue "en versos rimados, perfecta o imperfectamente"; la posterior de 1961-62 la realizó "en prosa llana y cuanto puedo exacta en todo lo completo que de él nos quedó". A la aparición de las *Siete tragedias*, de Esquilo, siguió la de las *Siete* de Sófocles en 1962

y un año después las *Diecinueve* de Eurípides. Con estas treinta y tres versiones del drama trágico de la Hélade, Garibay culminó cinco lustros más tarde de cuando lo empezó a publicar y por lo menos treinta y cinco a cuarenta años de su inicio, ese extraordinario esfuerzo que como él reconoció era "de gozo, por haber realizado una tarea que por primera vez es hecha en lengua de Cervantes y en nuestra amada nación mexicana, por una sola persona".

"*Feci quod potui: faciant maiora potentis*", exclamaría al final.

Algunas traducciones más intentó, entre ellas la de las *Once comedias* de Aristófanes aparecida en 1967, así como una versión métrica de la *Odisea* y no sabemos cuántas más, que su natural modestia y deseo de perfección nos han privado de conocer. Y todo ello en circunstancias difíciles y aciagas, en días de tragedia. El año que publicó la *Trilogía* de Orestes escribe en un párrafo ya utilizado por Alberto María Carreño al recibirlo en esta Academia, pero que por su belleza y sinceridad es inapreciable, lo siguiente:

"Perdido en un rincón del Monte de las Cruces, en circunstancias aciagas no sólo para la Iglesia, sino también para mí, personal e íntimamente, sin tener más compañeros que el silencio y bravía majestad de los riscos y la amable y acogedora calma inmutable de los bosques de veras seculares, exhumé, o dicho mejor, desperté, ya que nunca había muerto, antiguas aficiones que persistían en el fondo de mi alma, nacidas en mis viejos días de estudios y de enseñanza de Humanidades. Escogí a Esquilo por ser el más adaptable a mi particular gusto y pensamiento, así como el escenario en que lo leía y estudiaba y a las circunstancias social y aún personales que me rodeaban.

"Ni el lugar, ni el tiempo, ni el estado de ánimo, ni los instrumentos de trabajo cooperaron a que hiciera una obra digna. El verdadero auxiliar que tuve fue el silencio y soledad de mi yermo. Más tarde, trasladado a Huizquilucan y a Tenancingo, dejé dormir la terminada versión. Mi estancia en Tenancingo —un paréntesis en mi vida y en mi obra, que, por dicha, no llegó a dos años— me sirvió, sin embargo, para que, pasando el tiempo, adquiriera yo algunas ayudas científicas para revisar mi traducción y darle algún aliño, aquí y allá, que la hiciera menos despreciable. Entre otras, vino a mis manos la versión en versos libres, hecha por el P. Juan R. Salas y publicada por la Universidad de Chile, en 1904, así como la de Brieva Salvatierra, en prosa, que publicó Vasconcelos en su campaña en favor de los Clásicos. Ambos me sirvieron para esclarecer mis necesarias oscuridades, y la del erudito traductor chileno, para complacerme, no sin vanidad, de haber coincidido con él en la interpretación de algunos lugares discutidos y oscuros."

Una vez concluida esta colosal empresa, emprendió en su anhelo de "con-

tribuir a la mejor inteligencia de los hombres, unos con otros", a base de la comprensión y del conocimiento, la tarea de preparar una serie de textos literarios referentes a las viejas culturas del cercano Oriente, la de Sumeria, la de Acadia, la de Ugarit, la Hitita, la de Aram y Arabia y la Egipcia, con sobrias y claras explicaciones. A esta obra que tituló *Voces de Oriente*, aparecida en 1964, siguió la *Sabiduría de Israel* en la que recoge y explica 3 obras cumbres de la cultura judía: *El Eclesiastés*, *los capítulos de los Padres*, textos de sentido filosófico y moral del *Talmud* y cien Parábolas y Apólogos de ese mismo libro. Dos años después, esto es en 1966, edita los *Proverbios de Salomón* y la *Sabiduría de Jesús Ben Sirak* con lo que cumple su anhelo de proporcionar las fuentes auténticas de la cultura occidental y del cristianismo. Otras más tenía en proyecto, que la muerte no le permitió realizar.

Si dentro de este campo su cosecha es abundante, y sus trigos llenos y vigorosos, con lo cual acredita su alta calidad de humanista, fueron sin embargo "sus primeras aficiones", que como él confiesa le hacían "ver como más importante lo que contribuye a conocer lo nuestro" las que llevaron a Ángel María Garibay a convertirse en el indiscutible e insuperable conocedor de la cultura náhuatl.

Desde sus primeros años, el contacto con núcleos indígenas importantes, otomíes y nahuas, de algunos de los cuales se sentía proceder por vía materna, unido a su interés por el pasado patrio y la necesidad como cura de aldea de penetrar en el alma de los indios, le llevó a preparar una gramática náhuatl, la más moderna de este siglo y con la cual continuó la tradición de los misioneros lingüistas de las centurias anteriores. *La llave del náhuatl*, publicada en Otumba en 1940, marca el ingreso firme y seguro de Garibay en el campo de la cultura náhuatl. *Poesía indígena de la altiplanicie*, impresa por la Universidad Nacional en ese mismo año, revela el conocimiento y dominio que de los textos nahuas poseía, lo cual confirmó su *Épica náhuatl* de 1945.

Larga preparación, esfuerzo continuado hasta el fin de su vida, extrema sensibilidad poética y capacidad de filólogo de amplia visión, le permitieron adentrarse en el alma de centenarios textos sepultados en archivos y bibliotecas, algunos mal trabajados e interpretados, otros totalmente desconocidos, y captar en ellos su esencia, su honda y luminosa verdad y belleza. De esta suerte pudo Garibay redactar, después de los ensayos muy meritorios pero incompletos de Vigil y de Brinton, la primera *Historia de la literatura náhuatl* en amplios volúmenes aparecidos de 1953 a 1954. En ella se ofrece por vez primera una visión totalizadora y rigurosa de la Literatura náhuatl y constituye sin duda el estudio más perfecto y acabado de don Ángel María Garibay. Algunas adiciones haría más tarde a su primera concepción, incor-

poradas en los volúmenes en que recogió la *Poesía náhuatl*, en sus estudios acerca de las formas históricas y los *Historiadores de México antiguo*, y en otras más; pero lo esencial quedó ahí descrito y valorado con lucidez, extrema sensibilidad estética y rigor metódico.

El análisis y presentación de textos indispensables para la comprensión del mundo náhuatl, originó que se ocupara incansablemente, aun cuando en ocasiones con extrema rapidez, en la edición de obras fundamentales como la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún, de la *Relación de las cosas de Yucatán* de Fray Diego de Landa, de la *Historia de las cosas de Nueva España* de Fray Diego Durán, de la *Historia Antigua y de la Conquista* de Orozco y Berra, del *Pochtecaoyotl*, de los *Himnos sacros de los nabuas*, del *Códice Badiano* y de muchas otras que sería largo enumerar, pero que muestran su entusiasmo, su prodigiosa actividad, su deseo de contribuir al descubrimiento y enjuiciamiento de un filón de nuestra cultura, olvidado desde hacía mucho tiempo.

Su inteligente actividad, la seriedad de sus estudios, su amplia capacidad de magisterio le atrajeron auténticos discípulos a quienes transmitió el fuego de su saber y pasión, y que hoy ante la pérdida del maestro continúan su obra y perseveran por cimentar en bases racionales y científicas esa vertiente cultural nuestra. El Seminario de Cultura Náhuatl fue la expresión mejor y más amplia de ese ideal. Desde él, jóvenes y decididos investigadores prosiguen una obra benemérita. Bastaría mencionar que de esa dirección magistral brotó la *Filosofía náhuatl*, de quien hoy me recibe en esta Academia, y numerosas ediciones de textos y trabajos en torno del mundo indígena, todas de gran valor.

No puedo dejar de señalar que a su impulso la poesía y en general las letras mexicanas se enriquecieron y lo que antes pasaba como una extravagancia, según se decía, hoy es una faceta rica, auténtica y legítima de nuestra literatura. A más de Miguel León-Portilla, dentro de esta Academia podríamos mencionar los nombres de Salvador Novo, de Rubén Bonifaz Nuño, de Andrés Henestrosa entre quienes esa influencia ha sido saludable.

Nacido en Toluca el 18 de junio de 1892, falleció en la Villa de Guadalupe el 19 de octubre de 1967.

Por sus méritos excepcionales recibió una Canongía en la Guadalupeña Basilica en 1941 y el grado de Doctor Honoris Causa en 1953, que la Universidad Nacional Autónoma le confirió. Ingresó con aplauso a esta Academia en 1953 y a la de la Historia en 1963. En 1967 el gobierno le otorgó con plena justicia el Premio Nacional de Letras.

Perteneció a muchas otras instituciones que se honraron honrándolo, pero de ello jamás se envaneció. Vivió con humilde decoro rodeado de sus libros y de quienes le amaron. Siempre tuvo palabras de aliento para los prin-

ciplantes y cuantos trabajan de buena fe. La maledicencia ni le llegaba ni la empleó jamás para destruir reputación alguna. Hombre de principios, fue inflexible a su conducta, fiel a sus ideales y espejo de prudencia y sabiduría.

De moderada estatura, más bien alto que bajo, erguíase y caminaba solemne y con natural elegancia, principalmente si vestía ropa talar. Su constitución, saludable por naturaleza, resintióse en los últimos años, mas su vigor traslucíase en sus prodigiosas actividades que le mitigaban algunas dolencias corporales. Manejaba con naturalidad sus manos francas, bastas y nervudas que le ayudaban a expresarse.

Su cabeza mesiánica, escasa de rizado pelo, mostraba amplia y limpia frente. Barba abundosa partida hacia ambos lados, sin afeite y a veces descuidada, cubría el mentón y amplias orejas, y el apretado bigote apenas dejaba entrever boca bien dibujada en la que aparecían mal cuidados dientes. Espesas cejas enmarcaban ojillos penetrantes y vivos llenos de lucidez, ocultos tras los espejuelos.

Era claro y enérgico al hablar y modulaba con vigor su voz. Construía sus frases de breves periodos, tal fue su estilo en los últimos años, en los que abandonó las oraciones más amplias, tornándose conciso y a veces cortante.

Su obra recogida por Miguel León-Portilla y Luis Rublúo¹, es reveladora de su saber y constancia. Le acredita como un auténtico patriarca de nuestra cultura. Su conducta confirma cómo las virtudes humanas pueden cultivarse heroicamente y el por qué mereció el respeto de todos y el bien de la patria. Nosotros nos inclinamos reverentes y humildes ante su memoria.

La biografía en las letras históricas mexicanas

La historia —señala José Luis Romero en un precioso estudio— ha sido objeto de una tipificación, de un ordenamiento en esquemas regulares o concepciones en los que se organizan y estructuran los elementos de la intelección histórica valorados conforme a ciertos principios, esto es, según los elementos históricos elegidos para formular la concepción.¹ Uno de ellos, que consiste en tomar como punto de partida la intuición de los agentes del devenir histórico, produce un grupo en el que se distinguen con sus rasgos perfectamente acusados y bien definidas sus formas, tres tipos historiográficos.

¹ José Luis Romero, *Sobre la biografía y la historia*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1945, 198-/2/p. (Colección Ensayos Breves), principalmente el estudio *La biografía como tipo historiográfico*.

El primero está caracterizado por la intuición de una comunidad de nítido contorno —griegos, romanos, franceses, mexicanos, etc.— como unidad de la que se quiere averiguar y relatar su desenvolvimiento histórico. Sus cultores van desde Herodoto y Tito Livio, a Michelet. Entre nuestros historiadores podemos señalar a Clavijero y la mayor parte de los consagrados a relatar la historia mexicana como la de una comunidad perfectamente definida.

El segundo tipo parte de la intuición de la humanidad como totalidad. Es el devenir de la humanidad el que interesa, aunque ese devenir esté restringido por los naturales límites que el alcance del conocimiento tiene. Este grupo ve con interés las manifestaciones de una comunidad o de un hombre, mas éstas las refiere a la totalidad, en ella las encierra y comprende. Es la humanidad íntegra la que importa y las actividades particulares por amplias que sean están incorporadas en aquélla. La representan Polibio con su *Historia*, Voltaire con su *Ensayo sobre las costumbres*, Justo Sierra con su *Historia Universal*.

El tercero se sustenta en la intuición de un individuo como sujeto de un devenir histórico. Es un hombre aislado un prototipo en el que radica el interés y del que parte la realización histórica. Este tipo se manifiesta en la biografía.

Aun cuando pueda establecerse desde el punto de vista del método esta división, es indudable que entre los tres tipos señalados existen amplias y hondas conexiones; que no es posible separar del todo la actividad de un hombre de la comunidad a que pertenece, ni a ésta del devenir humano. En todas ellas, el hombre, con sus prodigiosas y vastas manifestaciones, es lo que importa. En ocasiones la actividad personal es la más relevante, en otras la colectiva supera aquélla. De esta suerte en todo trabajo historiográfico están presentes unas y otras manifestaciones en grados diversos. El historiador selecciona de entre todos los elementos que se le ofrecen los que juzga más convenientes según el planeamiento histórico que adopte. Esto no obsta para que algunos historiadores sostengan las más extremas posiciones.²

Carlyle, quien sustenta una de las opiniones más definidas acerca de la acción decisiva de fuertes personalidades en el desarrollo histórico, afirma que "la Historia Universal, la historia de lo que el hombre ha realizado en

² La biografía pese a su abundante cultivo posee como género historiográfico y literario, escasa bibliografía. Algunos títulos específicos que pueden consultarse con provecho son los siguientes: Félix Lizaso, *La biografía*, La Habana; L. Cross, *From Plutarch to Strachey*, New York; André Maurois, *Aspects de la biographie*, París, Bernard Grasset, 1930, 260-/2/p.; B. Sanín Cano, *Nuevos rumbos de la biografía*, Bogotá, 1932; S. Rivero, *Biografías en Revista de Occidente*, Madrid, 1928; Ezequiel César Ortega, *Historia de la biografía*, Buenos Aires, Librería y Editorial El Ateneo, 1945, 430 p., ils.

este mundo es en el fondo la historia de los grandes hombres"... Su historia, para hablar con verdad, sería el alma de la historia del mundo entero. Y concluye con énfasis: "la historia del mundo se reduce a la biografía de los grandes hombres".³

Este genial escritor que dejó sentada una de las posiciones más firmes en la interpretación histórica apoyada en soberbias biografías como la de Cromwell, tal vez su obra maestra en opinión de Taine, la de Sterling y la de Federico el Grande, en su libro *El culto de los héroes y lo heroico en la historia*, mejor conocida por *Los Héroes*, nos legó una de las caracterizaciones más perfectas de la acción de los grandes hombres en la historia. Si su encuadramiento puede ampliarse, y está sujeto a modificaciones que cada época requiere, la tipificación que él hace de los causantes de las grandes revoluciones culturales en la humanidad es perfecta. En los arquetipos que él ejemplifica materializándolos, se va a encontrar no a un hombre incompleto, parcial o limitado, sino al hombre entero, a aquel que revela una selección espiritual indispensable para el progreso.

En la historia desde sus expresiones más antiguas, la leyenda y el mito en las que se recoge en forma muy primaria la intuición de la existencia individual como esquema y cuadro temporal del transcurrir histórico, muéstrase, sin embargo, una liga entre los intereses individuales y los colectivos. Al hombre o grupo de hombres que percibieron las características de su comunidad o de su grupo, fue más fácil personificar esos caracteres en un individuo que en una comunidad inasible. Caracterizar a una colectividad con una serie de valores, de actitudes, de acciones frente a otras comunidades, fue más difícil que señalar las características de un personaje. De esta

³ Tomás Carlyle, *Los héroes. El culto de los héroes y lo heroico en la Historia*. Traducción directa del inglés por D. Julián G. Orbón, con un prólogo de Emilio Castelar y una introducción de Leopoldo Alas (Clarín). 2 v., Madrid, Manuel Fernández y La Anta, 1893, *passim*. Su pensamiento coincide así con el de Goethe quien escribió: "Lo que llamáis espíritu de los tiempos no es en el fondo otra cosa que el espíritu particular de esos señores en quienes los tiempos se reflejan." Opiniones de teóricos marxistas coinciden en esas apreciaciones. Así Serge Tchakhotine, *Le viol de la foule par la propagande politique*, París, 1938, p. 48, escribirá: "...la foule nagit que los qu'elle est menée, quant il y a des protagonistes qui manoeuvrent ses réactions, des ingénieurs d'âmes"; y Max Adler en *Lehrbuch der materialistischen Geschichtsauffassung*, p. 177, afirma: "...cada gran hombre es la expresión de su época y lo que hace la grandeza de esa época es precisamente lo que él aporta y de lo cual ella tiene necesidad para progresar. Si ese personaje falta, la época, privada de su gran hombre, está condenada a permanecer obscura." Excelente trabajo acerca del tema del "gran hombre" es el de Maryse Choisy, "Le héros, surmoi français. Enquête: Descartes, Pasteur, Jeanne d'Arc, etc" en *Psyché Revue Internationale des Sciences de l'Homme et de Psychanalyse*, París, 5^e. Année, février, 1950, Nº 40, pp. 98-134.

suerte pasaron los atributos de la comunidad a un arquetipo, quedaron reducidas a un mero acontecer personal, a la vida de un hombre más precisa, más determinable en el tiempo a través de su nacimiento o aparición y muerte o desaparición. El acontecer colectivo, el desarrollo histórico del grupo quedó así adscrito a la existencia personal y al suceder esto surgió el héroe, que no es otra cosa que la corporalización de una serie de características colectivas. Como las circunstancias que rodean a esos hombres o sus formas de actuación son diversas, los hombres son también de diferente tipo, y así los relatos biográficos partiendo del mito y la leyenda se referirán a los hombres fundadores de una nación o colectividad, a los organizadores o legisladores y a los realizadores de hechos valerosos y caritativos.

Estos arquetipos que tratan de resolver los problemas en torno del origen y creación del grupo, de su procedencia, de su preservación y defensa, de su organización, de su adelanto político y cultural, de sus costumbres y en suma de todos sus ideales, se jerarquizan y algunos desaparecen para dar lugar a otros. Cada época creará los suyos y así será el dios, el profeta, el guerrero, el sacerdote, y el santo, el estadista, el científico y el filósofo, el atleta, el artista, quienes representen como arquetipos los ideales de una comunidad.

Durante mucho tiempo, tal vez hasta el siglo IV A. C., en el periodo helénístico, a este tipo biográfico añadióse aquel que coloca al hombre en su realidad carnal, en el primer plano de la reflexión, tanto de la filosófica como de la histórica. Fueron Plutarco y Suetonio quienes sin escapar todavía de los viejos moldes, se interesaron por las personalidades significativas y por explicar en ellas sus motivaciones, concepción del mundo y de la vida, virtudes y defectos. Tanto más el hombre se separe del grupo, se distinga de los demás, y aparezca como una personalidad singular, mayor interés despertará en los biógrafos, quienes explicarán su peculiar conducta someténdola a profundas reflexiones no puramente históricas, y aun llegando a recrear con él un personaje idealizado, producto más de las cualidades artísticas del biógrafo que de la realidad.

Bajo estas dos concepciones la biografía se ha cultivado desde remotas épocas.

La biografía como género

La biografía como género dentro de las letras ha sido motivo de preocupación y discusiones. Algunos autores se preguntan si su naturaleza no ofrece tan sólo un problema puramente histórico, sino también ético y estético. Sin desconocer que es un género que pertenece a los dominios de Clío y que

por tanto está sujeto a una serie de requerimientos históricos, se insiste en la necesidad que tienen sus expresiones de ser lo más perfectas posible. Justamente de aquí surge la dificultad de su cultivo y el que la afirmación de Carlyle de que "una vida bien escrita es tan rara como una vida bien empleada" sea cierta.

Quienes han cultivado el género con éxito como André Maurois señalan una serie de presupuestos o postulados que la biografía debe tener.⁴

En primer término consideran que esta disciplina tiene como finalidad esencial investigar vigorosa y ardentemente la verdad acerca de los personajes de quien se ocupa. Esta preocupación que constituye uno de los puntos más discutidos del trabajo histórico, no se realiza en su totalidad si consideramos que todo historiador nunca tiene del todo el espíritu libre, que vive dentro de una circunstancia que le lleva a interpretar siempre diferentemente los testimonios que se le ofrecen sobre su personaje. Éste, a la vez, puede serle simpático o antipático y estos sentimientos turban su espíritu y alteran su opinión. Las consideraciones amistosas y familiares impiden igualmente en ocasiones a los contemporáneos decir la verdad íntegra y les hacen colorear sólo con virtudes a sus héroes, de tal suerte que sus escritos que muestran una vida tan virtuosa hacen dudar si en realidad existieron esos seres. El valor de toda historia, escribió el Dr. Johnson, depende de su verdad: "Una historia es la pintura o bien de un individuo o de la naturaleza humana en general. Si es falsa no es la pintura de nadie."⁵

La tendencia a excusar las faltas humanas es un vicio tan generalizado y que daña tan profundamente el valor de las biografías, que Carlyle ha escrito al hablar de Mahoma un párrafo de gran valor, que se puede aplicar a todos los hombres: "Preguntamos: ¿Qué son faltas? ¿Qué son los detalles exteriores de una vida si pasamos por alto los secretos remordimientos que la corroen, las luchas sangrientas que tiene que librar consigo misma, luchas con frecuencia frustradas, siempre renovadas y jamás fenecidas? ¿No está en el hombre dirigir sus pasos? De todos los actos del hombre, ¿no es acaso el arrepentimiento el de los más divinos? El mayor pecado de los pecados sería no tener que acusarse de ninguno; eso es muerte; un corazón tan consciente, tan sumamente delicado, está divorciado de toda sinceridad, de toda humildad, de toda realidad: está muerto, está puro, es verdad, pero seco como las arenas del desierto."⁶

Whitman a su vez, temeroso de ese hecho que desfigura a los personajes, daba a su amigo Traubel la recomendación siguiente: "Un día escribirás

⁴ A. Maurois, *op. cit.*

⁵ *Ibidem.*

⁶ T. Carlyle, *op. cit.*, 1, 84-85.

sobre mí; cuida de escribir honestamente. Hagas lo queagas no me embellezcas. Señala mis blasfemias, mis perjurios y vicios", y agregaba: "He detestado tanto la biografía en literatura porque no es verídica. Ved nuestras figuras nacionales cómo son solapadas por mentirosos que colocan un pequeño toque suplementario aquí, otro allá, otro más aún y luego otro de nuevo, hasta que el hombre verdadero aparece irreconocible."

Por esta razón, André Maurois, en quien nos apoyamos en esta parte, afirma que "el biógrafo que cree embellecer el trabajo de la naturaleza, corrigiendo lo ridículo de los grandes hombres, omitiendo una carta de amor escrita en un momento de debilidad, negando un cambio de posición de ideas, mutila, ensucia y disminuye a su héroe y sólo es más peligroso aquel que olvida o descuida los elementos de belleza y de grandeza moral de su personaje".⁷

Se afirma también que el biógrafo debe tener un cuidado exagerado para descubrir la complejidad del hombre. La gran biografía penetró a través de las posibilidades que su tiempo le deparó en el microcosmos humano; trató de encontrar en él los móviles más íntimos de su conducta y aún, con Tácito, percibió la movilidad de la conducta humana, producida por una transformación espiritual y física y aun por las dualidades que ya Platón sugería conducían al hombre. Mas los modernos métodos de introspección, de penetración al subconsciente, y también la mayor libertad que existe para detallar una vida, permiten en nuestros días aproximaciones valiosas aun cuando no siempre justas, pues algunas de ellas desfiguran con sus métodos a los personajes como se observa en el libro de Binet Sanglé. Por su parte la novela, a partir de Proust, significa un modelo para penetrar en el ser eternamente cambiante de un hombre. Las acciones por pequeñas que parezcan y las manifestaciones de voluntad de un ser aun cuando débiles, permiten conocer mejor la multiplicidad viviente en el interior de un alma. La idea de una personalidad en bloque, inmóvil, choca contra la sucesión de estados de ánimo y de sentimientos que caracteriza a un auténtico ser. El hombre en su desarrollo llega en ocasiones a observar ese cambio y es él quien decide de todos sus estados y sentimientos, los que le parecen mejores y con los que puede vivir, contrariando a menudo con rigor y fortaleza los que no desea.

Se aspira también a que la biografía mantenga un sano equilibrio entre la verdad que debe transmitir y la belleza que conforma esa verdad. La biografía como obra histórica goza sobre la obra de pura ficción de una gran ventaja. En aquélla se conoce a perfección el desarrollo humano del personaje y sólo requiere de la emoción estética que lo configure y presente.

⁷ A. Maurois, *op. cit.*, pp. 41-42.

La realidad de sus actos no impide se les exponga artísticamente, adecuando las múltiples formas de expresión con que el escritor cuenta en su labor con lo cual se hace posible la sentencia de Bacon: *Ars est homo additus naturæ*.

Para que esta dualidad pueda cumplirse, el biógrafo debe escoger de entre todos los personajes aquel que se preste mejor a sus facultades de recreación. No es necesario, como opinaba Sidney Lee, que el biografiado tenga una cierta grandeza, pues toda vida humana por oscura que sea es importante si se penetra en ella al fondo y se llega a esclarecer el por qué de esa obscuridad. Aun cuando señores de la biografía como Carlyle y Marcel Schwob consideran esta posición como correcta, el historiador biógrafo no puede siempre contar con los testimonios que le permitan hacer de un desconocido totalmente, una obra ni siquiera medianamente útil. Un novelista sí puede intentarlo. La acción que un hombre ejerce en su medio, su papel dentro de la sociedad, proporcionan no al desconocido sino a un personaje, mayores posibilidades de ser estudiado.

Una vez elegido éste, algunos autores consideran conviene presentar el desarrollo de su vida en el orden normal en que ocurrió con el fin de poder mostrar la evolución espiritual del sujeto. La literatura moderna que nos ofrece tantas perspectivas tentadoras no choca con esta recomendación, si el biógrafo, inteligentemente, sitúa a su personaje y explica los cambios, las mutaciones vitales que en él se dieron. Por otra parte, los acontecimientos históricos deben ser sólo de fondo, estar subordinados al héroe central cuyo desarrollo sentimental y espiritual debe ocupar el primer plano. La selección de los acontecimientos, y de los testimonios realizados con perfección, estéticamente, de tal suerte que no aplasten al sujeto, sino que le permitan sobresalir de entre las cosas esenciales, es igualmente recomendable. Como obra de arte, la biografía debe contar, como la pintura, con un equilibrio de valores, con el fin de que resalten en ella los caracteres y rasgos distintivos, no importa que ellos puedan parecer triviales, si en la caracterización del individuo cuentan. El examen de pequeños testimonios puede en ocasiones dar la pista para entender la auténtica personalidad de un individuo, pero esa selección debe realizarse cuidadosa e inteligentemente. Si se recomienda el ordenamiento normal de los acontecimientos, esto no significa que las biografías tengan que adquirir el tono de los discursos oficiales en los que ofrece una serie cronológica de acciones que se inician con el nacimiento y terminan en medio de ditirambos con la muerte, sino que ellas nos permitan dentro de un aliento poético encontrar una exposición del desarrollo espiritual y emocional de un hombre, del ejercicio de sus virtudes y la comisión de sus vicios, para que de su conocimiento podamos obtener una idea

clara de la elección moral hecha por el mismo, de su esfuerzo o de su incapacidad para dominar su compleja y movable naturaleza.

Por otra parte, el historiador encuentra a menudo que los testimonios no le permiten hacer una reconstrucción completa de sus personajes. Muchos de éstos yacen sepultados por visiones incompletas, deformadas y aun de mala fe. Algunos testimonios de los propios biografiados muestran lagunas, olvidos u ocultamientos voluntarios, duplicidades. La ausencia de diarios, cartas, memorias, no permiten acercarse suficientemente a ellos. En ocasiones algunos de esos elementos son totalmente engañosos. La memoria, la autobiografía, salvo por excepción, sólo dan cuenta de aquello que interesa demostrar, son más bien una defensa que una confesión. Si ejemplificamos, podemos cerciorarnos de ello. Este género, entre nosotros, es escaso y de valor muy desigual. La experiencia realizada recientemente por una editorial revela cómo, hasta los veinte años, los jóvenes dicen todas las barbaridades hechas y aún se inventan algunas que están muy lejos de haber realizado; pero después de los cincuenta, los pecados tienden a ocultarse y a justificarse, y sólo muy pocos tienen el coraje suficiente para desnudarse en público. En fin, si glosamos, podemos decir que la biografía es en última esencia la vida de un alma y que la historia, su circunstancia, su ambiente, debe ser el fondo que explique y que sirva de fondo al modelo. La Historia tiene finalidades más amplias que la pura biografía, pues ésta sólo se ocupa de lo individual en tanto que aquélla de lo general, pero aun así los hechos que la explican deben ser presentados con arte, pues si no lo son, como afirma Strachey, "resultan puras compilaciones y éstas que sin duda alguna son útiles, por sí solas no son la historia".⁸

Finalmente, encontrados los medios, dispuesto el método y afinada la sensibilidad, el biógrafo, dice Maurois, puede exponiendo, no imponiendo, relatar un desarrollo espiritual y una conducta movida complejamente, intentar responder a una necesidad secreta de su propia naturaleza, encontrar en la biografía que escribe un medio personal de expresión de sí mismo, por semejanza o diferencia con el biografiado, pero sin incurrir en el error de convertir a la biografía que escribe en una autobiografía disfrazada. Se trata de confrontar unos sentimientos ajenos con los nuestros y de acercarse, para describirlo mejor, a un estado de espíritu análogo al nuestro. Si el biógrafo es incapaz de tener estados de ánimo, deseos y desfallecimientos semejantes a sus personajes no podrá en plenitud comprenderlos ni escribir una pasable semblanza. Así como el lector que encuentra en las obras que lee, ciertos caracteres y sentimientos que le identifican en ocasiones con el héroe, de la misma manera el biógrafo debe realizar ese esfuerzo. Final-

⁸ *Ibidem*, pp. 147-147.

mente la biografía representa un género que más que ningún otro toca la moral. La realidad de los hechos, la certeza que producen las acciones realizadas por un hombre superior, ejerce una gran influencia en los lectores. Las acciones malas o buenas de los grandes hombres, a más de influir dividen a los lectores y en ciertos niveles pueden causar daño. El biógrafo, sin descuidar aportar la verdad entera, que conlleva señalar los actos positivos o reprobables de un individuo, debe explicar el por qué de los mismos y subrayar la grandeza de la lucha espiritual que en el alma de todos se efectúa. El biógrafo no debe realizar una obra moralizadora, sino auténtica, que nos acerque a la cabal comprensión. Si no es así caería en el campo de la ética pura y no en el de la estética ni en el de la historia.

El desarrollo biográfico

Si en la epopeya de Gilgamesh ya se configura a un ser extraordinario y en los cantos homéricos vidas de hombres y dioses se entremezclan, Herodoto, a lo largo de su maravillosa narración incorpora breves pero perfectos retratos de algunos personajes reales: Ciro, Solón, Cambises. Tucídides irá más lejos, pues destaca el valor del hombre singular en el desarrollo de los acontecimientos y explica el valor de su grandeza, como lo hace con esos soberbios personajes: Pericles y Pausanias. Jenofonte, dotado de espléndidos recursos como escritor, a más de dejarnos impresionantes descripciones de la guerra, dentro de ella plasma con soberbios contornos la figura de Ciro. Hombres de colosal estatura, a quienes por sus atributos va a aplicarse la palabra héroe en su más amplio sentido: Alejandro y muchos otros generales, merecerán abundantes biografías, como las de Istro y Calímaco y que con mejores recursos proseguirá Diógenes Laercio.⁹

El mundo romano favoreció la biografía, y con sus terribles contrastes permitió no sólo describir a los seres positivos, sino también a aquellos que revelaban la decadencia y corrupción del poder. César en sus *Comentarios* pinta a sus contemporáneos, pero como observa su crítico Nisard, "no traza los caracteres de los personajes, deja que los actos los retraten". Por otra parte, la historiografía latina al referirse a las costumbres de los extranjeros ya no las explicará como formas de vida primitivas, sino como hace Nepote, producto de otra escala de valores. Este escritor en su estilo conciso, de frases cortas, sí describe actitudes pequeñas y mezquinas y no sólo las dignas de loa, proporciona una explicación muy justa sobre ello. Por su

⁹ La obra de E. C. Ortega ya citada, es magnífica guía para el desarrollo histórico de la biografía.

"concisión, veracidad, talento descriptivo, semblanzas morales y capacidad para diseñar al tipo físico", Nepote representa un gran adelanto en este género. La consagrada a Ático es tal vez la mejor de sus pinturas del alma.

Plutarco, maestro de la biografía, superó con creces a sus antecesores: "Exhibe la personalidad basándose en la visión sintética de una existencia." Elogió con acierto a sus personajes, tomó de ellos lo más significativo y los situó en instantes oportunos, en los cuales le es posible desde una posición elevada y en forma emocional analizar su vida agitada por las "pasiones frente al destino, en parte inexorable, en parte fruto de quien cosechaba lo sembrado". Si bien en sus *Vidas* alienta un sentido ético, la veracidad, la maestría con que perfila los rasgos humanos y las cualidades espirituales de sus sujetos, el dominio para revivir situaciones y ambientes hace de sus *Vidas*, que no de sus historias como él mismo afirmaba, auténticos retratos del alma. Los indicios del ánimo por los que tanto se preocupó, esa forma hábil y fina de penetración psicológica, la observación de las características físicas y de la manera de ser, el aliento de vida y el ambiente dramático que imprimió a sus *Vidas*, otorgan a Plutarco de Queronea un rango de primerísimo orden en este género.

Después de él, Salustio, en sus diseños rápidos, realistas, incisivos, pinta a los hombres inquietos, ambiciosos y traidores como expresiones perfectas y acabadas de su época decadente. Tácito, de capacidad y talento singulares, dotado de un poder de evocación sin igual, no narra como él dice en sus historias "otra cosa que mandatos crueles, acusaciones continuas, amistades falsas, ruina de inocentes y las causas de estos efectos, siempre conformes en sus medios y en sus fines como para fatigar a cualquiera". Sus cuadros magistralmente evocados, son sombríos como lo fue su época. De la descripción de los mandatos de Tiberio, Nerón y Vespasiano extraemos retratos de una fuerza incomparable de hombres y mujeres de vida detestable. Observó también, cómo el ser humano no siempre queda troquelado en un duro metal, sino que a menudo su naturaleza es cambiante y sus vicios son más potentes que su voluntad. El trozo en el que describe a Tiberio, es tal vez uno de los más logrados de su limpia pluma. Si en sus *Historias* nos reconstruye un periodo dramático, su *Biografía* de Julio Agrícola, "brillante excepción en los tiempos oscuros", es un extraordinario panegírico de su suegro, "sin saber a discurso fúnebre".¹⁰

Con Suetonio culmina el género biográfico. Él, como afirma Ortega, no poseyó los prejuicios y la grave indignación de Tácito. Fue un agudo observador de su tiempo y un analista que en la descripción de los hombres no omitió nada que pudiera servir para comprenderlos mejor. Nada escapaba

¹⁰ *Ibidem*, pp. 93-94.

a su perspicacia, y para asegurarse creó un esquema que ha perdurado por siglos, aun cuando sin producir los mismos resultados. Así registra, "nacimiento, familia, primeros actos de la adolescencia y juventud, vida pública: balance escrupuloso de cosas buenas y reprobables (sin abrir juicio), pero destacando estas últimas de intento; luego el retrato físico completo: aspecto, modo de vestir, defectos, detalles típicos en el hablar, en la mirada, en el trato con los otros, en el comer", pero donde extrema su arte es en la descripción moral.¹¹

Con la caída del Imperio Romano y el surgir de la Edad Media otros valores se impusieron a los anteriores. La vida religiosa sobresale durante varias centurias. El Cristianismo difunde sus ideas, informa acerca de sus creadores y seguidores. Los Evangelios permitieron conocer al fundador, los Hechos de los Apóstoles a sus discípulos, pero era importante saber también de sus seguidores valientes y esforzados que habían sacrificado su vida por sostener su credo. Las Actas de los Mártires fueron en un principio nóminas que consignaban el recuerdo de los sacrificados, a las cuales más tarde se añadieron relatos a los que el deseo de proselitismo exageró.

De estos incipientes testimonios arranca una literatura hagiográfica que perdurará muchos siglos hasta que aparecen Mabillon y Bolland que la depuran y producen ese extraordinario monumento de erudición de las *Acta Sanctorum*. De ahí a otras centurias más, como consecuencia del Concilio Vaticano Segundo, muchos personajes que a través de los siglos servían como modelo y origen de nuestros nombres, fueron eliminados radicalmente, por no poderse comprobar ni su existencia ni su santidad.

Pero como en la Edad Media los hombres tenían las mismas pasiones y anhelos que antaño y que hoy, quienes arribaban a una situación de poder y riqueza mayores sentían el halago de la fama y el deseo de pasar a la posteridad. Por otra parte habíanse efectuado hazañas extraordinarias en las cuales destacaban uno o varios personajes por su valor, intrepidez y decisión. Los cantares de gesta y en general el género épico daba cuenta de Rolando, del Cid, del Rey Arturo, de Ricardo Corazón de León.

También el Renacimiento con sus soberbias individualidades favoreció la biografía. Los señores tuvieron biógrafos a sueldo. Los Visconti, Sforza y Médici cubrían buenos salarios a sus mercenarios entre quienes llegó casi a ser un lema que "la gloria de una ciudad o de un príncipe dependen de su historiador".

Hacia esta época, esto es a inicios del siglo XV, Suetonio vuelve a influir en la biografía. Pocos aciertan a igualar sus virtudes, muchos caen en sus errores exagerándolos. Esta influencia se hará sentir en España en donde

¹¹ *Ibidem*, p. 99.

encontramos en vísperas de los grandes descubrimientos a Fernán Pérez de Guzmán con sus *Generaciones, Semblanzas y Obras* y a Hernando del Pulgar con el *Libro de los claros varones de Castilla*. En ambos autores advertimos un tratamiento biográfico relevante. Con ellos, aun cuando existen antecedentes muy valiosos como Alfonso de Toledo, Rodríguez de Almella y Juan Gil de Zamora, se inicia en España al decir de Amador de los Ríos, la biografía empleada de un modo original. Pérez de Guzmán con la austeridad que le caracterizó, con su concepción de un mundo caballeresco y sacerdotal esforzado en alcanzar honra, gloria y fama, propone como modelos a sus contemporáneos, personajes de un mundo que fenecía. Hernando del Pulgar por su lado incorpora elementos renacentistas en sus *Claros varones de Castilla* en los cuales sobresalen algunos individuos que se salvaban del envilecimiento y de la corrupción de su época, pero entre los cuales es fácil percibir las debilidades de la humana naturaleza. En esa obra han quedado plasmadas en auténticas aguas fuertes, algunas de las figuras más preeminentes de las Cortes de Juan II y Enrique IV. "Con un sentido absolutamente moderno, fija su atención tan sólo en los rasgos personales, aquellos que dando fondo al biografiado, nos revelan mejor sus matices espirituales, sus pasiones, virtudes, debilidades y vicios." Por otra parte, como comenta con acierto uno de sus críticos, "su estilo es vivo, conciso e ingenioso sin agudezas. En él reluce una grandeza sin pompa y una cultura sin afectación: desaparece el arte a la vista de su noble sencillez. No hay voces superfluas ni reflexiones inútiles: la locución es rápida y donosa, mas siempre valiente, así para decir lo bueno como lo malo. Pinta de un rasgo, pues nunca retoca lo que una vez sale de su pluma. Podemos decir que es el escritor castellano de su tiempo, que dijo las cosas más serias con mayor delicadeza y las más importantes con mayor elegancia."¹²

Es en este momento, en el que se vive bajo la influencia de estos escritores por un lado y de los libros de caballería por el otro, cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo se realiza y tiene lugar esa extraordinaria epopeya que es la conquista de América, la cual nos lega una serie de obras perdurables por su autenticidad como expresiones vitales y como manifestación de la fuerza que las letras castellanas habían alcanzado.

La literatura que se crea de este lado del Atlántico, la historia y la biografía, seguirán durante mucho tiempo el curso de las de España, pero aquí adquirirán un sentido, un interés y unas formas de expresión muy signifi-

¹² Fernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*, Edición y notas de J. Domínguez Bordona, Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1954, XXXII, 164 pp. (Clásicos castellanos, 49), p. XXIV, la observación es de don Antonio Capmany en *Teatro crítico de la elocuencia española*, Madrid, 1786, p. 113.

cativas que las harán distinguirse de las españolas con el transcurso del tiempo.

La biografía en México

La biografía en México ha sido cultivada con más abundancia que esmero. Ese hombre paciente y benemérito que es Juan B. Iguíniz ha recogido tan sólo de producciones de carácter biográfico colectivo "como biografías propiamente dichas, panegíricos, coronas fúnebres, semblanzas, relaciones de méritos, hojas de servicios, cartas de edificación, memorias y todo aquello que tiene alguna relación con la vida pública o privada de alguna persona", sin importar su carácter, condición o categoría, mil trescientas catorce obras relativas a varios millares de personas, y tiene hasta el día registradas más de dos mil quinientas biografías individuales. Estas amplias cifras muestran el interés que este género tiene entre nosotros y cómo la patria cuenta por lo menos, para los más relevantes de sus hijos, con un biógrafo. Algunos tienen más de uno.¹³

Estas obras cubren principalmente las cuatro últimas centurias, esto es, son una producción realizada a partir del siglo XVI. Para otras más antiguas sería necesario rastrear en amplios repositorios para precisar cuántos prohombres indígenas fueron biografiados. Por lo que algunas fuentes muestran, podemos señalar que el mundo precolombino tuvo interés en perpetuar la memoria de sus próceres. Figuras reales como otras míticas y legendarias han quedado perfiladas en códices y viejos anales. De ellas han derivado trabajos posteriores como el de Alfonso Caso quien con añosos códices, pinturas y grabados en hueso reconstruyó las acciones de 13 Venado, y el de Miguel León-Portilla quien entronca a Quetzalcoatl con un pasado admirablemente remoto.

Por algunas crónicas y obras históricas sabemos de los señores chichimecas y de México, de sus sucesiones y sistemas y aun de vicios que perduran en nuestra incipiente democracia, como la designación desde arriba. En la crónica de fray Diego Durán, rica en detalles, encontramos esbozada magistralmente la biografía del todopoderoso, del hombre tras el trono, del supremo elector. La preciosa semblanza de Tlacael que en sus páginas aparece, es reveladora tanto de una actitud política que emparenta con otras universales, cuanto de condiciones humanas que nos hermanan desde hace muchos siglos con sistemas en tiempo y época muy lejanos de nosotros.

¹³ Juan B. Iguíniz, *Bibliografía biográfica mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1969, 431/2/ p. (Serie bibliográfica 5).

Fueron los soldados cronistas los primeros que dejaron en sus escritos, no sólo los rasgos y perfiles de sus compañeros, sino también los de los naturales aliados y enemigos. Bernal Díaz al iniciar su deleitosa y *Verdadera Historia*, declara que en la pintura y descripción de sus amigos, seguirá el recto consejo de "los sabios varones que dicen que la buena retórica y pulidez en lo que escribieren es decir verdad, y no sublimar y decir lisonjas a unos capitanes y abajar a otros".¹⁴ Con estos lineamientos de objetividad realiza su obra en la que primero se retrata, haciendo mención de: ser él el único conquistador participante en los tres viajes de descubrimiento a México, proceder de limpia familia que prestara servicios destacados a los Reyes Católicos y "como mis antepasados, y mi padre y un hermano, quise parecer en algo a ellos".¹⁵

En sus páginas encontramos la más auténtica y fundamental biografía de "una muy excelente india que se dijo Doña Marina", así como de Jerónimo de Aguilar a quien describe en el momento de su encuentro como inidentificable "porque le tenían por propio indio, porque de suyo era moreno y trasquilado a manera de indio esclavo, y traía un remo al hombro, una cotara vieja calzada y la otra atada en la cintura y una manta vieja muy ruín y un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas, y traía atada en la manta un bulto que eran Horas muy viejas".¹⁶

Mas no es sólo la descripción física la que realza el valor biográfico en Bernal, sino sus descripciones morales, su acierto para configurar estados de ánimo. Así al referirse a Doña Marina dirá: "con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habíamos de matar y comer nuestras carnes con ají y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer".¹⁷ Un camafeo más debido a este soldado de espada y pluma, es el que nos brinda de Xicoténcatl: "Era este Xicotenga, alto de cuerpo y de grande espalda y bien hecho, y la cara tenía larga y como hoyosa y robusta; y era hasta treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona gravedad".¹⁸ Si en esta miniatura se advierte la difícil facilidad de escribir parva, limpia y pre-

¹⁴ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Cuarta edición conforme a la de 1944, con la introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 2 vs. México, Editorial Porrúa, S. A., 1955 (Biblioteca Porrúa, 6 y 7), 1, 40-41.

¹⁵ *Ibidem*, 1, 41-42.

¹⁶ *Ibidem*, 1, 102-103.

¹⁷ *Ibidem*, 1, 199.

¹⁸ *Ibidem*, 1, 214.

ciosamente, condiciones físicas y cualidades espirituales a la vez, en el retrato de Moctezuma llega a la perfección.

En esos trozos de Bernal, como en otros no menos finos, precisos y llenos de sutileza del propio Cortés, más inclinado, quién sabe si por prudencia o sensibilidad a describir el paisaje y no a los hombres, podemos percibir los aires renacentistas que sus letras tenían, la influencia que los grandes retratistas de almas europeos, principalmente los greco-latinos y los españoles de su tiempo ejercieron en ellos. Manuel Alcalá con notable atinencia ha señalado los paralelos existentes, principalmente literarios, entre el autor de los *Comentarios a la guerra de las Galias* y el conquistador de México.¹⁹

Dentro del ciclo de la conquista muchos otros ejemplos pueden espigarse que muestran la calidad literaria, de origen popular, pero con bases en una tradición secular, de sus cultores. En ellos los retratos de los capitanes surgen en primerísimo plano, con un trasfondo en el que lo secundario se matiza para no restar valor a aquéllos. La influencia del Renacimiento era patente en sus escritos y motivaciones, como también lo eran las concepciones medievales que sustentaban los conquistadores. Es indudable que como testimonio la obra de Bernal Díaz ocupa primerísimo lugar, y que pese a su deseo de hacer sobresalir a sus compañeros sobre la figura del jefe de la hueste, la estatura de Cortés se agiganta en sus páginas y es la mejor y más sincera biografía que jamás se haya escrito de él.

Al lado de los soldados llegaron los misioneros. Su acción y testimonios tuvieron una doble finalidad: penetrar el insondable mundo del indígena, conceptos del mundo y de la vida, ganarlos a la fe cristiana, incorporarlos a la iglesia universal y salvar su alma. La primera finalidad condujo debido al interés etnográfico o más aún antropológico cultural puesto en ella, tanto a la elaboración del mejor método de investigación etnográfica y a la introducción dentro de la historiografía humanista europea de esas descripciones antropológicas, que antes de 1492 no se poseía, aun cuando, como explica Fueter, "Algunos historiadores de la antigüedad, extraños al canon humanista lo hayan hecho, y sus descripciones hayan sido tomadas por algunos historiadores medievales",²⁰ cuanto a la cristalización de una obra en la que si bien el interés por las cosas universales y generales es el que priva, dentro de ellas la explicación de conductas particulares, campo de la biografía, es bastante frecuente. Es indudable que de esos testimonios derivan los retratos que poseemos acerca de los antiguos señores.

¹⁹ Manuel Alcalá, *César y Cortés*. México, Editorial Jus, 1950, 252 pp. (Publicaciones de la Sociedad de Estudios Cortesianos, Nº 4.)

²⁰ Ed. Fueter, *Historia de la Historiografía Moderna*. Traducción de Ana María Ripullone, 2 vs. Buenos Aires, Editorial Nova, 1953 (Biblioteca Histórica, dirigida por Luis Asnar), 1, 320 y ss.

La segunda finalidad lleva a la defensa del indio, que empleará todos los recursos para lograrla.

Esta doble acción realizada por religiosos de diversas órdenes y congregaciones se hace patente, y de acuerdo con vieja tradición de registrar la labor apostólica de sus miembros, cada orden producirá su propia crónica en la que pondrá de relieve las virtudes y obra de sus más preclaros hijos, como testimonio individual y colectivo. Por otra parte, en su afán proselitista tendrán que presentar ante la nueva iglesia las imágenes de sus fundadores y miembros representativos. Vidas de santos, traducidas a las lenguas indígenas y también al poco tiempo, las biografías de los naturales que convertidos al cristianismo ofendieron su vida y alcanzaron la palma del martirio y la santidad, en defensa de su nuevo credo. ¿Qué otra cosa representan esas primeras vidas de los niños tlaxcaltecas, sino ejemplos muy cercanos al pueblo que se deseaba atraer al cristianismo? En esta literatura síguense los patrones clásicos de la hagiografía y actúan los incentivos que los apostólicos afanes de los religiosos perseguían. En ella dándose ejemplos muy estimables. El siglo XVI nos otorgará preciosísimos retratos debidos a Motolinia y a fray Rodrigo de Bienvenida y a otros frailes, los cuales son aprovechados por historiadores posteriores. Un hermano de religión, Mendieta, los utilizó y posteriormente Torquemada.

Un estado de lucha espiritual a que estuvo sometido Fray Martín de Valencia, que Mendieta recoge de fray Rodrigo de Bienvenida es el siguiente: "Comenzó a tener gran sequedad y tibieza en la oración, y aborreció el yermo. Antes le daba contento el campo y la arboleda, y después los árboles le parecían demonios. No podía ver los frailes con amor y caridad como solía. No tomaba sabor en cosa alguna espiritual, ni arrostraba a ella sino con gran sequedad y desabrimiento. Vivía con esto muy atormentado. Vínole sobre esto una terrible tentación contra la fe, sin poder desecharla de sí. Parecíale que cuando celebraba y decía misa no consagraba, y como quien se hace grandísima fuerza y con gran dificultad consumía el Santísimo Sacramento. Tanto le fatigaba aquella imaginación, que no quería celebrar, ni casi podía comer, y estaba ya tan flaco de la mucha abstinencia y penitencia y de la aflicción de su espíritu, que no tenía sino sólo los huesos pegados a la piel, y consumidas las carnes como otro Job..."²¹

Pasados los años de la exaltación apostólica, el de la descripción pura de las culturas aborígenes y defensa de éstos, los cronistas religiosos continuarán la labor dual señalada, pero ya no independiente como acción universal,

²¹ Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia Eclesiástica Indiana*, con algunas advertencias del P. Fray Joan de Domayquía, 4 vs. México, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1945, IV.

sino unida a la obra de su orden. Reseñarán la labor civilizadora de la iglesia en la que cada una de las órdenes toma parte y en la que desean sobresalir. Así aparecen las diferentes crónicas de cada una de ellas, con biografías de contenido hagiográfico muy marcado. En algunas, esbózanse semblanzas espléndidas de inocencia y ternura angélica, vidas de santos varones pasadas en perpetua lucha contra el demonio que les tentaba en mil formas y al que vencían. Arrobos, éxtasis, contemplaciones, levitaciones, milagros, ubicuidades, abundan en esos libros al par que las continencias perpetuas, largos ayunos, mortificaciones, don de lágrimas y todas aquellas amplias y viejas virtudes que por viejas ya no nos ha tocado ni conocer, ni menos practicar.

Aún en la centuria siguiente, en Burgoa, encontramos una crudelísima descripción de las penitencias exageradas a que algunos religiosos se sometían: Fray Lope de Cuéllar, quien con mortificaciones anteriores se había estropeado un brazo y las piernas, una vez repuesto, a uno y otras "empleó en nuevos verdugos de sus mortificaciones, arrojándose al suelo, y con una cadena que había adquirido muy en secreto, empezaba en el silencio de la noche a andar sus estaciones despedazándose las espaldas en cada una, en que pasaba lo más de ella haciendo armonía o consonancia con los suspiros, lágrimas y estruendo de azotes; ayudaban a estas maceraciones los animalillos inmundos que criaban en abundancia los cilicios de cerdas, que tenía ya metidos en la piel; y la comezón y fatiga como era natural acudir con las uñas a aliviarse, dio lugar a que hiciese reparo su confesor, y mandándole por obediencia le dijese lo que le afligía, se lo dijo, y descubriéndole el cilicio, que le quitó con grandísimo trabajo, halló tanta multitud de aquellas molestas sabandijas que hervían unas sobre otras, y era especial favor de Nuestro Señor, que no le penetrasen las entrañas". Lo que continúa de esta narración tiene tal crudeza que debió alejar a los fieles de esas prácticas, más que a imitarlas.²²

Si el siglo XVII muestra una historiografía en la que no sobresalen sino algunas obras de Sigüenza y Góngora, Betancourt, Florencia y naturalmente la de Balbuena y Henrico Martínez, siendo todas las más muy circunstanciales y de carácter absolutamente clerical, es explicable que la biografía en esa época esté sujeta a las limitaciones por entonces reinantes.

Una ojeada rápida a la producción de esa centuria y buena parte de la decimooctava revela que los intereses biográficos, salvo los panegíricos pronunciados en loor de los monarcas al advenir al trono o fallecer, de los vi-reyes al arribar a México y de alguna otra autoridad civil o religiosa rele-

²² Fray Francisco Burgoa, *Palestra historial*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1934, XVI, 609 pp. (Publicaciones del Archivo General de la Nación, XXIV).

vante en ese momento, estuvieron encaminados a enaltecer las sobresalientes virtudes del Sancto Confesor Fray Sebastián de Aparicio, del Siervo de Dios Gregorio López, de los Mártires del Japón y Felipe de Jesús, del Venerable Bernardino Álvarez, de la religiosa María de Jesús y de muchos otros admirables por su santidad. De algunas de esas obras se hicieron numerosas ediciones y las más ostentan títulos que reflejan el barroquismo de la época: *Los Hércules Seráficos* (los excelentísimos Condes de Chinchón); el *León Místico* (El Obispo León Garavito); *Niño de cien años bien vividos* (San Bernardo); *El Próximo Evangélico* (Bernardino Álvarez).

En esta época continúa la tendencia, por parte de los miembros de la Compañía de Jesús principalmente, a difundir las vidas ejemplares de cristianos de todos los rincones del orbe, de universalizar la iglesia. A ello se debe que encontremos biografías de Santa Rosa de Lima, de la Hermana María Raggiens y de una india canadiense, la famosa María Jacoquivita. Con ellas se dejaba constancia del ecumenismo cristiano y de las posibilidades que los hombres de todas las condiciones y procedencias tenían, para pertenecer a la militante iglesia y entrar después al Reino de los Cielos.

También hay que poner de relieve que es en el siglo XVII en el que se dejan a un lado los arquetipos europeos y se utilizan los americanos, los propios. Se abandonó, no la caracterización de las virtudes que continuó siendo hecha a través de los valores europeos, grecolatinos y cristianos, pues no todos los prehispánicos fueron reconocidos, sino los modelos humanos. No fue una mera sustitución de nombres, sino algo más hondo, un intento, no sólo de explicación y comparación de valores, sino la incorporación de esos valores a la cultura. Carlos de Sigüenza y Góngora, el más mexicano y original de los sabios del siglo XVII, puso de relieve en su *Teatro de virtudes políticas* en los que exalta a los monarcas indígenas del México antiguo, cómo dentro de una cultura diferente, en un medio diverso al europeo, era posible la existencia de valores, virtudes y acciones positivos.

Las manifestaciones éticas y de belleza, de valor y abnegación, de prudencia y saber, eran dables en toda la humanidad y no había por qué buscarlas solamente dentro de la civilización del Viejo Mundo. El pasado indígena penetrado por el sabio barroco poseía méritos como el europeo y de sus hombres podían forjarse, como él lo realizó, arquetipos a imitar, más cercanos a nuestra sensibilidad y realidad, más próximos en tiempo y espacio.

Este intento permitió la incorporación de la cultura indígena dentro del marco incomparable de las grandes civilizaciones. De este paso de Sigüenza al dado por el P. Márquez y Eguiara al siguiente siglo, mediante el cual la estética prehispánica, y en general su cultura penetraba dentro de la universalidad al lado de otras grandes manifestaciones, no habría mucha distancia.

Importante también en esta época es la incorporación dentro de la lite-

ratura histórico-política novohispana, de una forma biográfica arquetípica puesta en boga por Baltasar Gracián, quien a su vez se apoyaba tanto en la obra de Rufo, como principalmente en Giovanni Botero. Esa literatura apotegmática de sustancia política que configuran tanto *El héroe* como *El político* y *El crítico*, esos manuales de conducta para el individuo, esas razones de estado individual en relación directa con la sociedad, tratados tipológicos transformados en políticos, dirigidos a los hombres de Estado, fueron imitados en la Nueva España, en donde se escribirán tanto por el P. Alonso de Medina, quien en 1642 publica un *Espejo de príncipes católicos y gobernadores políticos*, dedicado al Conde de Salvatierra, como por Juan Blázquez Mayoralgo quien en 1645 escribe una biografía de virtudes políticas de Fernando el Católico, o bien como dijimos por Sigüenza, quien en 1680 dedica su *Theatro* al Conde de Paredes en el cual hallamos ese sentido cultural.

Asimismo percibimos en estos años un hecho que aun cuando superficialmente parece insignificante no lo es y el cual se amplifica a medida que pasa el tiempo. En varias de las crónicas tropezamos con la palabra criollo, que continúa el nombre del personaje a que se alude. Ya se inicia con ello una distinción relativa al lugar de procedencia, pero con implicaciones sociales y políticas.

A mediados del siglo XVIII encontramos dentro del campo de la biografía un cambio relevante. Se hace el primer diccionario biográfico de la cultura mexicana. Eguiara y Eguren, quien aprovechó intentos anteriores, en su *Biblioteca Mexicana*, con la que responde a la pertinaz calumnia europea y precisa la doble vertiente indígena e hispánica de nuestra cultura, inicia otra forma biográfica. Abandona la hagiografía y lo que pone de manifiesto en su catálogo son las cualidades intelectuales de sus biografiados, su producción literaria y científica. De ella arrancarán esos innúmeros diccionarios que cada entidad elabora de sus hijos más notables, los cuales deben también su origen a Herennio Filón, quien en las postrimerías del Imperio Romano escribió una ampulosa obra titulada: *Sobre las ciudades y los hombres notables que cada una ha producido*.

Los jesuitas Fabri y Maneiro, bajo las nuevas tendencias redactan sus sobresalientes biografías. En ellas importa el tono humano y el valor que se da al esfuerzo cultural de los biografiados. No son vidas de santos, sino de hombres. Maneiro en el sobrio e inteligente Prefacio a su *De Vitis*, vuelto a las posiciones clásicas define perfectamente el deber del biógrafo: "De los varones que ya por su piedad, ya por su doctrina o por ambos méritos, sobresalieron en otro tiempo en México y que murieron a partir del año sesenta y siete del siglo dieciocho, hemos tratado de pintar en retrato y figura; ciertamente con una fidelidad tal, que en las fechas de cada uno aparezcan no tanto el elogio del hombre cuanto su imagen expresada a lo

vivo. Pues el que representa la efígie de otro, no intenta precisamente que el cuadro sea hermosísimo, sino muy semejante al modelo. Por lo cual, si alguna vez cae la pluma sobre los defectos de la naturaleza que puedan hacer más verdadera la imagen del modelo, no hemos dudado absolutamente en manifestarlos; como tampoco, no convertimos nada de vicio en virtud; ni nos avergonzó sacar a la vista ciertas pequeñas manchas que aun a la virtud más acendrada poco afean..."²³

Publicadas estas vidas a partir de 1791, ellas cierran todo un ciclo de la biografía mexicana y además toda una época.

Los historiadores de la guerra de Independencia e inicios de la época nacional: Mier, Mora, Alamán, Zavala, Bustamante, al referirse a las figuras señeras de esos años, dejan sobrias y bellas semblanzas. Mora al describir a Hidalgo, Allende y Calleja nos regala retratos vivientes hechos con los colores y trazos de Tintoretto, los cuales como pinturas físicas y espirituales revelan el grado asombroso de penetración psicológica del doctor en teología.

Bustamante, más prolijo, teatral y grandilocuente dio a los próceres, Hidalgo y principalmente a Morelos lo cual hizo también Quintana Roo, tonalidades románticas de las que jamás se han desprendido. Alamán es concipioso, refinado, elegante. Tanto en su *Historia de México* como en las *Disertaciones* encontramos numerosas semblanzas escritas en su estilo sentencioso y rotundo, en las que enjuicia con acritud y en ocasiones con malicia a sus biografiados. En relación con sus personajes hace agudas reflexiones en torno de los acontecimientos que describe. Su experiencia política y el conocimiento personal de sus contemporáneos, le permitió para retratarlos muy a lo vivo, recargando en algunos de ellos producto de sus simpatías, ciertos colores que aumentan natural imperfección. Zavala es acerado, cáustico, vivo. Punza y atina en los defectos que pone al descubierto. En Tornel y MENDÍVIL, más tardíamente, encontramos asimismo buen desarrollo biográfico.

Las posiciones ideológicas y políticas que surgieron como consecuencia de la autonomía del país y el inicio de unas formas institucionales ajenas a las anteriores, motivó que los dirigentes de las facciones rivales ante la responsabilidad histórica que sentían, justificasen su conducta y explicasen la de sus contrincantes. De ahí derivan numerosas semblanzas que unos y otros escritores dejaron de sus contemporáneos. Bajo este signo no es posible pensar que en ellas rigiera la objetividad histórica ni la fría imparcialidad. Cada uno advertía más los errores del rival que sus virtudes y de ellas tra-

²³ Juan Luis Maneiro, Manuel Fabri, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*. Prólogo, selección, traducción y notas de Bernabé Navarro B., México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1956, xxx, 247-/2/ p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 74), p. XXVII.

taba de explicar el por qué de su actitud en el manejo de los negocios públicos. Es en este momento en el que surgen excelentes estudios biográficos que penetran al fondo moral de los personajes, a sus circunstancias más íntimas, a su mundo interno.

De ese cambio derivan también análisis de personajes del pasado colonial a quienes ya no simplemente se elogia sino a los que se censura. Es indudable que era una censura a distancia, cuando el tiempo y el cambio de condiciones no significaban ya un peligro para el crítico. De toda suerte el análisis biográfico que hacen, entre otros Alamán, de los administradores de la Colonia es digno de consideración, tanto por lo que nos revela de esos hombres dentro de un mundo ya desaparecido, cuanto porque se trataba de reevaluar a ese mundo en lo que pudo tener de positivo.

Es en esta generación y en su producción en la que se opera un cambio fundamental. Si como hemos señalado las centurias anteriores nos dejaron obras hagiográficas y panegíricas entusiastas, a partir de la Guerra de Independencia ya no sólo se elogiará, sino que se combatirá, se hará la disección y aun la diatriba de los rivales políticos e ideológicos.

Aun cuando la biografía de Carlos María de Bustamante que escribió Lucas Alamán, huele todavía a panegírico, en ella encontramos disenso e inconformidad de pareceres que se muestra en la crítica prudente y razonable que le hace. De ahí en adelante, divididos los mexicanos en partidos irreconciliables y en camarillas opuestas, el ataque y la crítica a los contrarios aumenta y a medida que los problemas se agigantan y las pasiones se encienden, los retratos que se logran de los enemigos tenderán no sólo a caricaturarlos, sino aniquilarlos. A los rivales se les harán patentes sus personales defectos e imputarán las desgracias del país.

Si con ello se gana una doble visión, una posibilidad mejor de comprender a los personajes más salientes, al extremar la nota en momentos críticos llegamos a una iconoclasia total. *La familia enferma* de Aguilar y Marocho y los ataques contra el clero y conservadores del otro extremo, representan entre muchas obras la exaltación reinante y los excesos en los que cayó la biografía.

Los historiadores del siglo XIX cultivaron la biografía con vigoroso ímpetu justificado por la necesidad de proponer modelos de civismo, heroicidad y altura moral al país, de crear un panteón cívico, un martirologio nacional a la nueva nación. Un "*flos patriciorum*" para uso de la juventud y de todos los mexicanos necesitados de guías espirituales y cívicas fue necesario preparar. En dos momentos este impulso se presenta: uno al consumarse la Independencia, el otro al vencer la República al Imperio.

En este segundo instante, surgen numerosas "galerías de hombres ilustres", "liberales distinguidos", "hombres ilustres mexicanos", que contienen las sem-

blanzas de los partidarios del grupo liberal, de los generales y licenciados que hicieron posible la victoria republicana. El partido en el poder premió con la inmortalidad a sus miembros. Los vencidos quedaron en la sombra, aun cuando su conducta haya sido limpia y desinteresada. Se les regateó aun el derecho de participar en la historia común en que ellos mismos habían intervenido, con lo cual ésta quedó mutilada.

Mas si las semblanzas de los patricios trataron de ser bienintencionadas, no fueron del todo afortunadas. La integridad republicana, la firmeza, el rigor, se confundieron con virtudes burguesas, de las que surgieron héroes reblandecidos y amorfos, dotados de una sustancia moral, muy al estilo victoriano, y dentro de las cuales no es posible precisar el verdadero carácter de los próceres. Consagrados en el altar cívico que inúmeros autores en nombre de la patria les levantaron, quedaron inmóviles, petrificados, sin admitir rectificación alguna. El extremo político a que se llegó impidió estudiar, que no enjuiciar —pues esto resultaba intolerable—, bajo nuevas perspectivas a esas figuras que han pasado como las de verdaderos santones y no como hombres de carne y hueso.

La biografía de Juárez, cuyas bases primeras dieron Anastasio Zerecero y el propio señor Juárez con sus *Apuntes para mis hijos*, fueron copiadas hasta el cansancio sin aportar absolutamente nada durante muchos años. Fue preciso que apareciera Justo Sierra para que surgiera la más gloriosa biografía cívica de México que es *Juárez y su tiempo*.

Entre las biografías de esos años, muchas se consagran a los hombres de Estado, los cuales han sido considerados benefactores, por su gusto al trabajo útil, sus cortas aunque sensatas visiones, su espíritu de moderación y justa mesura en la que descansa su gloria, pese a su carencia de elegancia de espíritu y medianas virtudes.

Otros historiadores, al notar que no era posible romper el vínculo con tres siglos de historia, mantener una solución de continuidad que impedía la clara exposición de nuestro desenvolvimiento histórico, y que era urgente emprender una revaluación de lo positivo que tuvo la etapa virreinal, diéronse a la tarea de biografíar con modelos nuevos a los amables misioneros protectores del indio y a personajes de recia acción. Dotado como ninguno de los instrumentos materiales e intelectuales, García Icazbalceta dejó en sus biografías, pero principalmente en la de Fray Juan de Zumárraga, el modelo más acabado en ese aspecto. En ese libro fúndese el alma del prelado dentro de su ambiente, y personaje y colectividad muéstranse íntima y bellamente unidos.

Posteriormente ante la presencia de hombres de estatura colosal: Juárez y Díaz, inteligentes y atrevidos escritores harán, más dentro del estilo del

panfleto que de la historia, peligrosas imágenes verbales, a veces constructivas, otras no. Los trabajos de Bulnes marcan esta tendencia.

Los hombres de la Revolución no han encontrado aún biógrafos adecuados. En multitud de historias y novelas desfilan, a la manera como en los frescos renacentistas lo hacen las señeras figuras de aquellos tiempos. Trazos espléndidamente burilados de varios revolucionarios, pero llenos de pasión desbordada, nos dejó Vasconcelos en su autobiografía, la más relevante por muchos aspectos escrita en México, y también Martín Luis Guzmán en sus incomparables obras, en las que retrata con mano maestra a salientes personajes de esa dramática época de nuestra historia a través de una honda y angustiada reflexión en la que es dable percibir los acentos de Tácito.

Los hombres dotados de aptitudes políticas y religiosas han sido en nuestras biografías los mejor tratados. De uno y otro campo, sus figuras llenan las páginas históricas con sus amenazantes grandezas e inocentes deseos, mas los que de ellos se han ocupado no han podido, en sus infinitas planas, justificar lo caro que cuestan a todos los pueblos esos grandes personajes políticos. Bien dice un gran escritor que los pueblos felices no tienen historia porque no tienen grandes hombres.

Es de esperar que nuestros historiadores, que saben desprender la verdad de la ficción que la altera, en sus trabajos futuros restituyan a los hombres que merecen una biografía su integridad y sinceridad de tal suerte que puedan encontrar un acome más perfecto y bello en sus trabajos.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Con alegría recibí del director de nuestra Academia el encargo de responder y dar la bienvenida a Ernesto de la Torre Villar. Muchos motivos tengo para afirmar que en esto hallo satisfacción muy grande. Cuenta primeramente la antigua y verdadera amistad que me une con quien hoy es recibido en esta casa. También he de mencionar nuestra afinidad de intereses en el campo de la investigación sobre la historia y la cultura patrias. Y como si fuera poco, está también el hecho de que Ernesto viene a ocupar la silla que perteneció a mi inolvidable maestro el padre Ángel María Garibay.

Para expresar de algún modo lo que significa ver ahora al amigo y colega recibiendo lo que antes fue del maestro, me valdré de un símbolo, luminoso y profundo, tomado de la antigua tradición indígena. Pensaban los sabios prehispánicos que los dioses eran portadores del tiempo y de los destinos

humanos. A lo largo de las edades, los soles y todos los ciclos, había momentos en que cada deidad tenía que hacer entrega de aquello que había llevado consigo. El tiempo precioso, los destinos, la sabiduría y las posibilidades de acción, se confiaban entonces a un rostro nuevo. Éste volvía a ser portador de una carga de tiempo abierta a toda suerte de logros, hasta que las cuentas de los días y de los años marcaran otra vez el punto inexorable del relevo.

Hagamos del símbolo indígena metáfora de lo que ocurre en el mundo de la cultura. Somos portadores del don que es el lapso concedido para crear algo en la vida. Si algo logramos, será riqueza que entregaremos a quienes después habrán de venir. Ahora y aquí, en la Academia, Ernesto de la Torre recibe la investidura de maestro de la palabra que antes fue de Garibay. Y me atreveré a decir que, si a éste le hubiera sido dado prever quién habría de sucederle, seguramente hubiera experimentado la misma satisfacción con que hoy recibimos a Ernesto. Hace algunos años, cuando nuestro nuevo académico publicó su valioso estudio sobre *La Constitución de Apatzingán y los creadores del Estado Mexicano*, el padre Garibay le dedicó merecidos elogios en la columna que escribía todos los miércoles en un diario de esta ciudad. Y esto no fue por amistad, que también la hubo y grande entre Garibay y De la Torre, sino porque el ojo crítico del padre percibió en ese trabajo una aportación valiosa.

Cuanto de tiempo atrás conocemos a Ernesto de la Torre, probablemente coincidiríamos si nos pusiéramos a enumerar los rasgos más sobresalientes de su personalidad. Como sucede con aquellos que algo saben, es hombre sencillo, afable, siempre dispuesto a escuchar y también a prestar cualquier forma de ayuda. Muchos son los amigos que se ha ganado y muy pocos, si algunos hay, los sujetos que le son adversos. Sus numerosos discípulos, a muchos de los cuales con generosidad ha encaminado a la investigación, y todos los que de un modo o de otro han colaborado con él en diversos puestos, dan testimonio de su casi proverbial bonhomía.

Laborioso en extremo ha hecho de su vida entrega al estudio y a la enseñanza. Con constancia ejemplar, sin ostentación, ha publicado además una serie de obras, indispensables todas para el conocimiento de nuestra historia. Larga es para estas fechas su trayectoria en el campo de la cultura. Primero cursó Derecho en la Facultad de Jurisprudencia, más tarde Letras españolas en la de Filosofía y asimismo Historia en El Colegio de México. Feliz coronamiento fue su permanencia de tres años en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad de París.

En Europa cristalizó al fin la vocación que había germinado en México. Ernesto de la Torre emuló allí empresas como la del benemérito Francisco del Paso y Troncoso, y se dedicó a hurgar en archivos y bibliotecas de Fran-

cia, Bélgica y España, en busca de documentos de especial importancia para conocer nuestro pasado. Primer fruto de esas pesquisas fue su libro acerca de *Las fuentes europeas para la historia de México*, publicado en 1952. En ese trabajo, y en obras que había sacado a luz desde 1944, podía percibirse ya, con la meticulosa erudición del joven historiador, un cuidado no común en la expresión, huella clara de sus estudios en torno a la lengua y literatura de España e Hispanoamérica.

Contrariamente a lo que tantas veces la vida obliga a hacer, Ernesto de la Torre, superando dificultades, ni por un momento ha abandonado sus labores de investigación. Puestos administrativos ha desempeñado varios para ganarse el pan, pero siempre relacionados en alguna forma con lo que ha sido su interés primordial. Así estuvo en el Archivo Histórico de Hacienda y en el General de la Nación. Tuvo también a su cargo preparar la Memoria de la Comisión de aguas y límites en la Secretaría de Relaciones. Fue luego, por largo tiempo, secretario de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano. Mientras desempeñaba esos cargos, continuó en el ejercicio docente y en el estudio de la historia, de lo cual dan fe una docena de libros suyos aparecidos durante esos años.

Al ingresar ahora en la Academia, De la Torre distribuye su tiempo como miembro del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad, maestro de la Facultad de Filosofía y Letras y digno director que es de la Biblioteca Nacional. Este último absorbente encargo, desempeñado desde 1965, tampoco le ha impedido seguir preparando y publicando obras como sus *Lecturas históricas mexicanas*, en cinco volúmenes, y la que se refiere al *Constitucionalismo mexicano y su origen*, además de numerosos artículos en revistas especializadas y de divulgación. Prueba manifiesta tenemos aquí, y que quizás asombre a los que mucho proclaman y nada hacen, de que siempre es posible encontrar tiempo para realizar lo que de verdad interesa, aun en medio de múltiples ocupaciones y engorros.

Volvamos ahora la atención al discurso que acabamos de escuchar sobre la biografía en las letras históricas mexicanas. Visión de conjunto es ésta, en la que, aunque mucho tuvo que omitirse, el criterio lúcido de su autor, con adecuada expresión, ha sabido destacar algunos de los momentos en que mejor ha florecido entre nosotros el difícil arte del biógrafo. Los soldados cronistas como Bernal Díaz y los frailes, hacedores también de historias y más crónicas, con razón son mencionados porque fueron ellos los primeros biógrafos que, en lengua de Castilla, conoció la Nueva España. También de los antecedentes indígenas deja constancia De la Torre y específicamente alude a la vida del famoso consejero de los soberanos aztecas, Tla-caélel, mencionando la versión que recogió fray Diego Durán con base en el testimonio de una desaparecida crónica en náhuatl. Reforzando su

punto de vista, añadiré que también en obras como los *Anales de Cuauhtlán*, en la *Historia Tolteca-Chichimeca* o en los escritos de Chimalpahin cabe hallar bien logradas imágenes de rostros y corazones que vivieron y actuaron en los tiempos prehispánicos.

Lo que acerca de la producción biográfica novohispana de los siglos XVII y XVIII consigna De la Torre, a pesar de su brevedad, muestra que también en este campo son grandes las posibilidades de investigación. Y esto es válido a partir del *Teatro de las virtudes políticas* de Sigüenza hasta las célebres biografías que, sobre varios jesuitas, nos dejaron Maneiro y Fabri.

Mucho más abundantes, aunque de muy desigual valor, han sido las obras de este género durante los periodos moderno y contemporáneo de la historia de México. De la Torre acertadamente nota cómo en muchas de las biografías de los principales héroes nacionales se traslucen, con detrimento a veces de la objetividad, las posturas ideológicas y políticas de sus autores. Si el arte de la biografía es siempre difícil, lo es más cuando la figura acerca de la cual se escribe sigue ejerciendo post mortem cualquier manera de influencia como símbolo, o lo que parece más grave aún, como antisímbolo. Válidas parecen en consecuencia las reflexiones que el nuevo académico expresa en torno a ciertas obras sobre personajes decisivos, desde los tiempos de Porfirio Díaz, hasta el final de la revolución. Y conste que bien se prestan muchas de esas grandes figuras a estudios biográficos en que se reconstruya, analice y valore lo que realmente significaron en el contexto de la explosión armada que al fin transformó la realidad integral de México.

Aunque en su discurso no lo ha dicho, el mismo Ernesto de la Torre ha cultivado también la biografía. A él se debe un temprano estudio sobre el cronista Baltasar Dorantes de Carranza. Más tarde escribió una semblanza de Francisco Javier Mina. También ha fijado su atención en las figuras de Morelos, Allende, Bustamante y otros más, a los que con acierto designó "creadores del Estado mexicano". Y asomándose igualmente al conjunto de la historiografía nacional, ha preparado breves pero muy cuidadas noticias biográficas a modo de introducción de los diversos capítulos que integran los cinco volúmenes de sus *Lecturas históricas mexicanas*. Pienso por todo esto, y supongo que habrá de compartirse mi opinión, que quien, de diversas formas, nos ha acercado al tema de la biografía en las letras mexicanas, parece que ha hecho suya una nueva especie de responsabilidad. De la Torre, que ha hurgado en archivos y bibliotecas y asimismo ha penetrado en los recovecos de la historiografía, está capacitado para acometer la empresa, de la cual su discurso es primer boceto.

Y al fijarme en las facultades que para esto tiene y en los estudios biográficos que él mismo ha publicado, se me ocurre que, quizás no por mera

casualidad, la vida del propio Ernesto de la Torre guarda no pocas semejanzas con las de otros dos varones, distinguidos predecesores suyos en esta Academia y también en la dirección de la Biblioteca Nacional. Me refiero a don José María Vigil y a don Francisco Sosa. El primero, que no sólo fue académico sino también director de esta corporación, realizó asimismo labor fecunda cuando tuvo a su cargo la Biblioteca Nacional. Igualmente fue historiador y literato. A Vigil se deben, entre otras muchas cosas, el descubrimiento del *Manuscrito de cantares mexicanos*, la biografía y estudio de don Fernando Alvarado Tezozómoc y la *Crónica mexicana*, su amplia aportación en *México a través de los siglos*, en la que se ocupó de la Reforma, la Intervención y el Imperio, la primera edición mexicana de la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas y un sinnúmero de trabajos, varios de asunto biográfico. Por lo que toca a don Francisco Sosa, parecidísimos intereses lo trajeron a esta Academia y le hicieron encontrar tiempo, en medio de puestos como el de director de la Biblioteca, para dejar amplia producción escrita. Recordemos su *Manual de biografía yucateca*, sus célebres *Biografías de mexicanos distinguidos*, las referentes al *Episcopado mexicano*, además de sus *Efemérides históricas y biográficas*, y otros estudios con parecido enfoque.

José María Vigil y Francisco Sosa tienen hoy en Ernesto de la Torre digno sucesor no sólo en la Academia y en la Biblioteca Nacional sino también en lo que a la profesión concierne. Tan laborioso como ellos, igualmente sencillo y erudito, podría decirse que es este un caso de vidas paralelas, feliz ejemplo mexicano que no pudo entrever Plutarco. Y a la vez tenemos aquí un hecho que habla en favor de la historia de la cultura en nuestra patria. A pesar de los vaivenes de nuestra vida pública, más allá de banderías, encargos como el de la dirección del más importante y rico repositorio bibliográfico del país han sido confiados en fin de cuentas a hombres consagrados al estudio y de honradez a toda prueba.

Mucho más podría decir de la persona y de la obra de quien hoy viene a ocupar la silla vacante por la muerte del padre Garibay. Mercedida y grande honra es para Ernesto de la Torre tener antecesor tan ilustre, cuya obra cuenta entre aquellas que habrán de perdurar. Me atrevo a pensar que, si estuviéramos privados de la copiosa aportación de Garibay, la cultura mexicana no sería aún lo que ha alcanzado a ser. Entre otras cosas, le debemos el redescubrimiento y la presentación humanística de los primeros clásicos de nuestra literatura en idioma náhuatl.

Hemos dicho que, al suceder De la Torre a Garibay, se hace presente el momento del relevo, la transmisión de la carga, como lo pensaban los sabios prehispánicos. La marcha continuará por campos distintos pero afines

porque son igualmente los de la historia y la cultura. El rostro nuevo, como en los viejos libros de pinturas, marcará muchas veces más su huella con la paciente constancia del investigador y del maestro.

En nombre de quienes formamos parte de esta Academia que, en reconocimiento a preclaros méritos lo hemos llamado a esta casa, me es muy grato dar aquí cordial bienvenida a Ernesto de la Torre Villar.

MEDITACIONES SOBRE EL CRIOLLISMO *

Por don EDMUNDO O'GORMAN

Señor director de la Academia, don Francisco Monterde;
señores académicos, señoras y señores:

No porque la cortesía lo obligue, es menos sincero mi agradecimiento a quienes tuvieron a bien apoyar mi ingreso con su voto, y particularmente a los señores Bonifaz, Fernández, León-Portilla y Novo, mis admirados amigos y padrinos. Y a este testimonio de gratitud, vaya adjunto el de mi conmovido sentimiento por el honor que recibo al verme individuo de número de esta Academia, siendo, como soy, individuo de número escaso de merecimientos.

Es ésta, para mí, ocasión de alegría, pero teñida de tristeza, porque es de estatuto que estos ingresos siempre vengan enlutados por la muerte del antecesor, la del señor don Manuel Romero de Terreros en el presente caso.

También mi obligación de hacer su elogio es de estatuto; tarea grata por el sujeto y de fácil desempeño por el volumen y calidad de su obra. Me hallo, sin embargo, con un impedimento, y es que en cuanto dijere habría inútil redundancia, puesto que aún está fresca en la memoria la exhaustiva disertación sobre Romero de Terreros leída por Justino Fernández con motivo de su reciente ingreso (19 de junio de 1970) a la Academia Mexicana de la Historia. Y si por acaso algo se le escapó, allí están el discurso que el propio don Justino pronunció en sesión (6 de diciembre de 1968) de esta Academia; los nueve eruditos y sabios estudios reunidos en los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* (vol. x, Núm. 38, 1969), y una muy completa bibliografía (*Boletín Bibliográfico*, Secretaría de Hacienda, Núm. 330, de 1º de noviembre de 1965).

¿Qué hacer? No, ciertamente, salir del paso con la indignidad de servirles como mío el recalentado guiso de cocina ajena; y decidí que lo decente y lo

* Leído en sesión pública efectuada el 24 de julio de 1970.

que más hubiera tolerado la reconocida modestia de Romero de Terreros, era dejar aquí constancia de mi adhesión a los justos elogios y certeros juicios que, acerca de su persona y de su obra, encierran aquellos discursos y estudios a que antes hice referencia. De ese modo, ni hago trampa, ni abrumo con lo consabido, que seguramente lo es para todo mi auditorio.

Pero no terminaré sin poner algo de mi cosecha, aunque sea algo de interés muy personal. Don Manuel fue amigo de mi familia y muy particular de mi padre a quien solía visitar con especial afecto por el amor que en común profesaron al arte colonial y a las letras inglesas. Esa amistad me incita a añadir al honor de ocupar la silla que fue en esta Academia la de don Manuel Romero de Terreros, un tierno recuerdo del gentil estilo de vida en que se nutrió mi infancia y del cual fue don Manuel espejo tan preclaro.

Vástago él de ilustre casa criolla, dedico a su recuerdo las siguientes

Meditaciones sobre el criollismo

1

Extraño, por desgracia, a los arcanos de la creación y crítica literarias; a los vuelos poéticos y a los menesteres de la filología y a las exquisiteces gramaticales, no fue fácil elegir el tema para una disertación que aspira a ser el pasaporte de mi ingreso definitivo a la Academia Mexicana de la Lengua. Sobrelleve conmigo, pues, la responsabilidad del atrevimiento el benévolo optimismo de quienes, entre ustedes, señores académicos, creyeron discernir en mí un sujeto idóneo para recibir tan señalado honor.

Condicionado mi espíritu por toda una vida dedicada a los estudios históricos, malamente podía atreverme a tentar fortuna en otros terrenos, pese a mi deseo de ocuparme en asunto vinculado de algún modo a los intereses de la literatura; y por esa inquietud di en reparar que en ciertas coyunturas históricas el cultivo de las bellas letras cobra inusitada primacía por la encomienda que se les hace ante determinadas exigencias de la vida. Recordé que en el origen de todos los pueblos aparece tan singular fenómeno, y ello me despertó a considerar que los anales de nuestro pasado colonial registran un largo periodo de predominancia literaria que bien podría ser síntoma de algún extraordinario vuelco en el proceso histórico novohispano. La referencia es clara, porque sería injuria no suponer en mi auditorio la perspicacia para comprender que he aludido a nuestra edad barroca, cuyo caudal de poesía y prosa da testimonio del fervor literario que la caracteriza.

No parece temerario pensar, en efecto, que rasgo tan peculiar oculte un secreto de alto rango histórico; pero lo cierto es que se ha hecho poco por

descubrirlo, ya que el interés en aquella rica floración literaria no ha trascendido los límites de la crítica especializada, sorda al aviso de que en literatura, como en todo arte, el estilo acusa necesidades vitales y no es mero accidente más o menos afortunado.

Apenas hace falta recordar, en efecto, la invencible repugnancia que provocaba en los críticos el culteranismo de las letras de aquella época, tan deudoras de Góngora, su ángel tutelar. Amparados, críticos e historiadores, en los preceptos del inapelable don Marcelino Menéndez y Pelayo, interpusieron una pantalla que sólo permitía ver en nuestra tradición barroca lo que sólo es capaz de discernir en ella un miope racionalismo, el enemigo nato del amaneramiento, o sea de la esencia misma del arte que, si algo es, es rebelión contra ese decirle al pan, pan y al vino, vino, tan recomendado por quienes ignoran la suprema misión del artista. Y fue así como, por largos años, no se pudo ver en aquella frondosa mitología verbal del ingenio criollo, sino extravagancia de dicción, estrafalario rebuscamiento, alambicado eufemismo, delirante hipérbole y enrevesada tenebrosidad de la metáfora. En tan indiscriminada condenación de la que apenas se salvó, por orgullo nacionalista, lo menos bueno de Juana Inés de la Cruz no anduvo ausente la pereza, porque, a decir verdad, aquellos versos y sermones que tanto halagaban los oídos de nuestros abuelos novohispanos, piden concentrada atención y no poca diligencia para salvar los escollos que ofrecen, no siempre transparentes aun para sus autores. El reparo, sin embargo, es inatendible, porque el grado de dificultad en la contemplación y aprecio de la obra de arte no es criterio válido para juzgarla, como no lo es, en el enunciado de una fórmula matemática, el grado de su belleza. Pero además y particularmente en el arte barroco, la penumbra de los espacios, los oscuros en las metáforas y las sombras de la expresión oblicua son arbitrios indispensables para la transfiguración de la realidad sensible, su objetivo supremo. Y de la misma manera que a la congregación de los fieles no le era necesario desentrañar el reto a la gravedad simbolizado en los estípites, para poder abandonarse al dorado embrujo del mundo sobrenatural de los retablos, así, tampoco requería descifrar las metáforas de un sermón o de un poema, para participar en el orgullo que le inspiraba al autor la opulencia sin par de la ciudad, o en el deleite con que narraba el inmenso favor guadalupano.

Cierto, en instancia posterior, aquella sentencia tan adversa a la literatura barroca fue revisada y revocada; y a este propósito el reconocimiento obliga a tributar un recuerdo de gratitud al padre Alfonso Méndez Plancarte como quien, entre nosotros, más pugnó por enmendar el entuerto en su benemérita antología de poetas novohispanos. Pero, ceñida la reivindicación a la esfera de los valores literarios, no ha bastado para superar la idea de

que el conceptismo en la Nueva España fue simple contagio de una moda importada de la metrópoli, un suceso meramente epidérmico y pasajero. Ha habido un obstáculo, pues, para que el historiador de las ideas se preocupe por el problema que, de otro modo, no podría menos de suscitar tan sobresaliente acontecimiento, y así la pregunta acerca del papel que debió desempeñar la literatura barroca en el desarrollo del proceso histórico de la Nueva España permanece poco menos que inédita.

Tal el problema que quiero examinar, pero como es obvio que su solución requiere emprender un largo rodeo en busca de una idea acerca de la Nueva España y de su historia, podré estimarme afortunado si acierto en sólo abrir una brecha en el asedio a tan formidable fortaleza.

2

Tan familiar nos es el nombre de Nueva España, que pocos serán quienes abriguen duda respecto a la seguridad de tener una idea clara y distinta acerca de ella. Pero en esto, como en tantos otros casos similares, somos víctimas del equívoco en suponer que las ideas que tenemos sobre un objeto lo son acerca de ese objeto en cuanto tal. Pensamos, por ejemplo, que la Nueva España fue una colonia organizada como virreinato; que reconoce como origen las ambiciones del imperialismo español, o bien, que es el antecedente inmediato de la nación mexicana. Estas ideas, es cierto, implican al ser novohispano, pero no por eso aclaran cuál es su estructura, y así advertimos con sorpresa nuestra ignorancia respecto a un ente del que tanto sabemos, menos lo que es. Veamos si podemos contribuir a despejar la inusitada incógnita.

Empecemos por advertir que la Nueva España no es una mera cosa, como lo son el papel en que escribo, un trozo de mármol o una estrella. Es un ente histórico que a semejanza del hombre, su creador, tiene un ser físico y tiene un ser moral. Es, pues, un ente dotado, digámoslo así, de cuerpo y de espíritu, y su ser, por lo tanto, arraiga en dos esferas claramente diferenciables: la de la naturaleza y la de la historia. Examinemos, por su orden, ambos aspectos.

3

En su aspecto corporal, es decir, por el trozo del globo terrestre que se le atribuyó como suyo, la Nueva España fue una parte del continente americano. Si, por lo tanto, aclaramos cómo quedó constituido en su ser corporal ese continente, habremos aclarado lo mismo respecto al ser novohispano.

En otro lugar ¹ estudiamos aquella cuestión, y aquí bastará recordar que al advertirse, después de un largo forcejeo mental, que las tierras halladas por Colón y otros exploradores no pertenecían a ninguna de las tres partes que hasta entonces integraban el mundo, se afirmó que, por su esencia, esas tierras eran idénticas a las de los continentes antes conocidos, pese a las diferencias y novedades en su fauna, su flora, sus hombres y demás particularidades de naturaleza. Se trataba, pues, simple y sencillamente de una porción, antes ignorada, de un mismo y único universo. De esta suerte, todo lo peculiar, todo lo especial y característico de la naturaleza americana quedó relegado a la condición de mero accidente; y como en esa idea fueron engendrados esos entes históricos que, como la Nueva España, brotaron en suelo americano, quedaron constituidos en su ser corporal de acuerdo con esa manera de entender la realidad de la naturaleza. En suma, en el aspecto físico, el ser de la Nueva España no ofrece nada que lo distinga, en esencia, del de cualquier otra entidad histórica, porque sus circunstancias específicas siempre se conciben como accidentes que no pueden afectarlo. La idea nada tiene de extraña: es la misma que aplicamos respecto al ser corporal de los hombres, de manera que si bien uno es bello y otro deforme, uno enano y otro gigante, estimamos que se trata de accidentes que en nada afectan la esencia de lo humano en que, según se piensa, todos participan por igual.

4

Otra cosa acontece respecto al ser moral de los entes históricos, porque es obvio que aquellos accidentes físicos se convierten en circunstancias individuales que, de un modo u otro, afectan la vida del ente en cuestión, y por lo tanto, su ser. En efecto, si, por esencia humana, es igual que una mujer sea bella o fea, educada o grosera, indudablemente no es lo mismo por lo que toca a su vida, y así vemos que las circunstancias peculiares a un ente histórico no pueden ser ajenas a su ser, puesto que es lo que va siendo en su vida.

Sin perder de vista esa fundamental determinación, consideremos ahora la dramática coyuntura en que fue originalmente constituido el ser de la Nueva España en su aspecto moral o histórico.

Pues bien, como los demás entes de igual especie que surgieron en el Nuevo Mundo a resultas de las empresas conquistadoras y colonizadoras europeas, su ser se originó por trasplante de la civilización occidental. Pero a diferencia de los derivados del tronco anglosajón, constituidos en la libertad de desarrollar el legado europeo en formas y costumbres adecuadas al nuevo

¹ Cf. mi *La invención de América*. México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

ambiente,² los provenientes de raíz hispánica fueron constituidos a manera de copias del modelo metropolitano. Quiere esto decir que, desde su origen, las colonias inglesas en el Nuevo Mundo fueron americanas en la constitución de su ser histórico, por más que estuvieren políticamente adscritas a la corona inglesa; mientras que las hispánicas, como réplicas de España, fueron entidades europeas, por más que estuvieren geográficamente adscritas al Nuevo Mundo.

Ahora bien, decir que fueron entidades europeas, pese a la ubicación americana, equivale a decir que sus circunstancias peculiares le resultaban ajenas a su ser. Pero esto, según ya indicamos, es un absurdo, puesto que el ser de un ente histórico es lo que va siendo de acuerdo con sus circunstancias. Se trata, permítaseme la expresión, de un perro ontológico en barrio ajeno; y así descubrimos la insólita pero verdadera imagen de la Nueva España en su constitución primigenia como una España ultramarina ubicada, sí, en el Nuevo Mundo, pero no radicada en él; de una España *en* América y no *de* América, lo que no es, ni con mucho, lo mismo.

5

Pero si esa fue la situación original constitutiva de la Nueva España ¿en qué consistió su historia?

Pues bien, es claro que, de subsistir semejante situación, estaríamos frente a un caso de parálisis histórica motivada por el extrañamiento entre el ser de un ente y las circunstancias en que puede realizar sus posibilidades, o si se prefiere, en que está llamado a desarrollar su vida. Y así, el absurdo de la situación ontológica original se traduce en el absurdo de la situación histórica original de un ente que, capaz por su índole de tener historia, es incapaz de tenerla por la condición de sus circunstancias. El absurdo, en suma, del programa español de pretender el trasplante de España a un ambiente que no era el de España. Algo así, pongamos por caso, como querer que un esquimal viviera la vida de los esquimales en la espesura de una selva tropical.

¿Qué será, entonces, la historia novohispana, puesto que la hubo? Por deducción, la respuesta no ofrece duda: esa historia no será, en principio, sino la manera en que se superó aquel absurdo, o dicho concretamente, será un proceso mediante el cual el novohispano hizo suyas las circunstancias americanas con la consiguiente transformación de su ser. Se trata, pues, de

² Cf. *La invención de América*, op. cit. supra, nota 1, pero mejor, para este asunto, la traducción inglesa *The Invention of America*. Bloomington, Indiana University Press, 1961. Sobre el carácter "americano" de las colonias inglesas, Cf. D. J. Boorstin, *The Americans* (1958).

un proceso dialéctico que se resuelve en la progresiva americanización del ser hispánico originalmente trasplantado al Nuevo Mundo.

Digamos, entonces, que la historia de la Nueva España consistió en la metamorfosis de una España que sólo por ubicación geográfica era nueva, a una nueva España que por radicación histórica acabó siendo distinta; la transfiguración, pues, de una España *en* el Nuevo Mundo en una España *del* Nuevo Mundo.³

6

Acabamos de cifrar en el reclamo de las circunstancias americanas, nada menos que la condición de posibilidad de la Nueva España y de su historia, y ahora debemos aclarar en qué consistió tan decisiva operación.

Por obvio casi no hace falta decirlo, se trata, en principio, de una operación mental consistente en darles un nuevo sentido a aquellas circunstancias; un sentido que, de ajenas, las convirtiera en propias. Pero como no podemos suponer que esa mudanza haya sido gratuita o motivada por algún misterioso agente situado más allá de la historia, el problema consiste en averiguar el secreto resorte que le comunicó su impulso.

Echemos mano de un ejemplo: en la Antigüedad y en la Edad Media el Sol era uno de los planetas que, errabundos, giraban en torno a la inmóvil Tierra. Ahora, ese mismo cuerpo celeste se ha transfigurado en estrella, pero no por haber padecido alteración que justifique tan notable cambio, sino por mudanza en el sentido que antes se le concedía. Todos sabemos que esa operación se debió a la inconformidad respecto a los postulados del antiguo sistema concéntrico del universo, y así advertimos que detrás de esos cambios siempre alienta una intolerancia hacia lo establecido. Pero esto también vale en la esfera del mundo moral o histórico, sólo que la intolerancia no se manifiesta en la búsqueda de explicaciones más satisfactorias de los fenómenos naturales, sino en un malestar que provoca la rebeldía contra una situación imperante. Si, pues, queremos descubrir el motivo que impulsó al novohispano a conceder un nuevo sentido a las circunstancias americanas para apropiarse de ellas, debemos pensar por qué le resultaba intolerable su situación originaria.

Pero no bien acabamos de plantear en esos términos el problema, cuando

³ Pensamos que esta idea de la historia novohispana es válida para todas las entidades hispanoamericanas de la llamada época colonial. Es pertinente advertir, por otra parte, que el proceso de americanización que hemos descrito no se detiene allí, sino que su prolongación operó la segunda metamorfosis que convirtió aquellas entidades en naciones independientes. Cf. mi *La supervivencia política novohispana*. México, Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, 1969.

ya conocemos la respuesta, pues es claro que lo intolerable en aquella situación era el dilema, implicado en ella, entre ser o no ser sí mismo, la trágica disyuntiva de Hamlet. Surgió así la rebeldía, y he aquí, al descubierto, el resorte impulsor de la historia novohispana.

7

Queremos persuadirnos de haber captado el ser de la Nueva España en el movimiento dialéctico de su historia, y ya es tiempo de descender de las especulaciones teóricas para ver cómo encarnan nuestras ideas en los hechos.

Pues bien, puesto que se trata de una noción que abraza el mecanismo de la historia novohispana en su integridad, tendrá que captarse en un acontecimiento, no sólo presente a lo largo de esa historia, sino que muestre la rebeldía en que hicimos consistir el motor de su impulso y que registre el reclamo de la realidad americana en que ciframos la orientación de su marcha.

A primera vista parecerá poco menos que imposible encontrar un acontecimiento que llene tan singulares requisitos, pero apenas iniciada la búsqueda, salta de súbito a nuestra atención un suceso que cabalmente los cumple: el suceso de mayor prestancia y permanencia en los anales novohispanos que, como un arroyo, precisamente de rebeldía, se hizo sentir, no bien consumada la conquista, para inundarlo todo al paso en que se convirtió en caudaloso río. Y ese suceso, ya se habrá adivinado, no es, claro está, sino el criollismo novohispano.

El criollismo es, pues, el hecho concreto en que encarna nuestra idea del ser de la Nueva España y de su historia; pero no ya entendido como mera categoría racial o de arraigo domiciliario, ni tampoco como un "tema" más entre otros de la historia colonial, sino como la forma visible de su interior dialéctica y la clave del ritmo de su desenlace. Y así se disipa la imprecisa penumbra de los atisbos que sólo han sabido ver en el sordo y secular conflicto entre el gachupín y el criollo un pleito de ambiciones frustradas, de orgullo herido y de resentimientos. Se reviste, en cambio, de la profunda significación que tuvo el choque entre dos maneras contrarias de concebir la vida novohispana y el triunfo definitivo de una de ellas, años después de lograda la independencia.⁴ En el criollismo tenemos el apocalipsis de la Nueva España.

8

Anclada así nuestra idea en la tierra firme de un fenómeno de la realidad concreta, podemos volver al tema inicial de esta disertación.

⁴ Cf. mi *La supervivencia política novohispana*, op. cit., en la nota 3.

Preguntamos, se recordará, por el papel que debió desempeñar en el discurso histórico de la Nueva España su literatura barroca, y ahora, al proyectar la incógnita sobre el horizonte de nuestras meditaciones, la respuesta cae como una fruta madura. Basta, nos parece, recordar la temática predominante de aquella literatura para discernir la trama de un proceso que, tímido y contradictorio,⁵ inició la apología de cuanto era peculiarmente americano en el ámbito del reino de la Nueva España y que, en la medida en que se desarrolló, se fue convirtiendo en preocupación obsesiva, hasta que irrumpe en el desenfreno de la época barroca.

Estamos en la segunda mitad del siglo XVII en que los escritores, ya en plena madurez criolla, parecen imantados por la interna e incontenible necesidad de ponderar, en extremos de lo inverosímil, todo cuanto pertenece a la naturaleza y a la cultura de la que, dotada de un pasado clásico propio,⁶ ya llaman patria. El elogio desmedido es como el oro del retablo que le han levantado a un mundo sin mácula; adornado de ingenio, piedad, valor y fidelidad incomparables; provisto de riquezas sin tasa y engarzado con ciudades de mítica opulencia y hermosura; de un mundo donde, bajo la sonrisa de un cielo benigno, rivalizan en hermandad la religión, las ciencias y las artes y donde transcurre la vida al amparo amoroso de la divina protección de una soberana doncella criolla.⁷ Un paraíso, ¡quién lo duda!, pero, y esto es lo decisivo, un paraíso americano.

Pero estamos también en una época en la que el arrobo de una monja, la milagrosa curación de un agonizante, el arrepentimiento de un penitenciado o los vaticinios de una beata son más noticia que el alza en el precio de los oficios o la imposición de una alcabala; de una época en que son de más momento los viajes al interior del alma que las expediciones a las Californias o a Filipinas; de una época, en fin, para la cual el paso del régimen

⁵ Cf. Jorge Alberto Manrique. "La época crítica de la Nueva España a través de sus historiadores". Ponencia inédita para la Tercera reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos. Huastepéc, noviembre de 1969.

⁶ Se trata de uno de los elementos preponderantes del proceso de americanización a que me vengo refiriendo. Concretamente aludo a la apropiación por parte del criollo de la antigua cultura mexicana convertida por él en su propio y peculiar pasado clásico. Un elocuente testimonio de ello es, por ejemplo, el *Theatro de virtudes políticas* (1680) de Carlos de Sigüenza y Góngora.

⁷ La alusión a la Virgen de Guadalupe es tan obvia que sólo llamamos la atención a ella para aprovechar la oportunidad de aclarar que el tema guadalupano no sólo tiene una predominancia particular en el proceso que hemos descrito, sino una primacía especial, porque es culminación y al mismo tiempo apoyo de su segunda etapa, o sea la de la formación de la conciencia nacional. No se olvide: el novohispano ya no es español, pero todavía no es mexicano.

de la encomienda al del latifundio, resulta preocupación accidental frente al desvelo ontológico de conquistar un ser propio en la historia.

Todo esto explica por qué el doblar de las campanas que marca el pausado ritmo de una vida interior volcada hacia la febril actividad de tejer un glorioso sueño, haya apagado el estruendo de las gestas y de los quehaceres pragmáticos; y el historiador que ignore esa jerarquía en los valores vitales de la época, podrá ofrecernos un relato documentado y exhaustivo, si se quiere, de los sucesos que la llenan, pero no penetrará en la cámara secreta de su acontecer más significativo.

Y si, atónitos, inquirimos por la razón de ser de un espectáculo que al sentido común parece ahora tan artificioso y arbitrario, ya sabemos que fue obligada resultante de la única manera en que el novohispano podía afirmarse, al otorgar a sus circunstancias un altísimo valor que sólo podían tener para él, cuando no subsistiera su condición original de ajenas.

9

No faltará, porque nunca falta, quien le escatime realidad a un mundo ideal como el que nos regala nuestro arte barroco y en especial sus letras, y tendrá por insensato suponer que aquellos hombres aceptaran como verdad el cúmulo de sus hiperbólicos elogios. Pero a la lástima que inspira semejante reparo, por lo que revela de inexperiencia personal respecto a la potencia transfiguradora de las exigencias vitales, debe añadirse que, por extravagante que sea el mundo que se forje el hombre, para él será verdad verdadera, mientras estén vigentes los motivos que lo obligaron a darle vida. Y puesto que, en el caso, la exigencia fue la de ser o no ser sí mismo, la veracidad alucinante del mundo que inventó el criollo como el suyo, debió imponérsele con la misma arrolladora certeza que se le impone al creyente la infinita bondad de Dios, pese a los injustos y adversos embates que afligen su vida o a los más insidiosos argumentos del escéptico. Se cree en lo que se quiere creer, pero con mayor firmeza en lo que se necesita creer, y así, o tomamos en serio como realidad vivida y creída aquel paraíso americano o nos elude hasta la noticia de la aventura más señera de nuestro pasado, porque también incluye, en potencia, la posibilidad del ser nacional.

Ciertamente, la manera en que el criollo pudo realizar su gran faena histórica no estuvo desvinculada de las corrientes culturales predominantes en la Europa y en la España de la época. Pudo beneficiarse de la primacía concedida entonces a la conciencia que al trastocar su antigua servidumbre en señorío, redujo la maciza materialidad del cosmos a frágil tela de tenues pensamientos, y así, de pasiva receptora de un universo ya hecho en que el hombre no era sino un ente entre los otros, se invistió del poder tremendo,

reservado hasta entonces a la divinidad, de inventar mundos a su propia semejanza y a la medida de sus necesidades.

Pero no fue eso todo: esa aventura de predominancia del sujeto sobre el objeto, que hizo sueño de la vida, y gigantes de los molinos, tuvo en España su más destacada floración en las letras, pero sobre todo en el conceptismo por ser su representante formal más puro. Libre, aunque parezca paradoja, de cargas ideológicas; centrada toda la atención en las posibilidades de la palabra, la metáfora alcanzó su más alta potencia lírica al hacer intercambiables el accidente y la esencia, lo adjetivo y lo sustantivo. Se restauró así, en el seno del lenguaje, el antiquísimo idioma de los mitos, apto para efectuar la transubstanciación de los entes, y ese fue el instrumento preciso que requería y del que se apoderó con avidez el criollo para realizarse en su historia.

Se disipa, por fin, la incógnita: aquella literatura que pareció atroz atropello al buen gusto; que más tarde fue rescatada como valiosa contribución a un género literario de altos quilates, se nos entrega ahora como el medio y el fin en el proceso en que se forjó el novohispano y que, al hacerlo, inventó una modalidad del hombre que vino a enriquecer el escenario de la historia universal. Tal la suprema función que desempeñaron las letras barrocas de aquellos barrocos criollos, nuestros remotos y espirituales abuelos.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don SALVADOR NOVO

La Academia Mexicana de la Lengua recibe hoy con los brazos abiertos al sucesor —dignísimo— de quien le diera honra y prez como decano suyo hasta su muy llorada muerte: al sucesor de don Manuel Romero de Terreros, marqués de San Francisco.

Cuyo elogio ha hecho ya, como es aquí costumbre quien lo sucede. Y con dedicar a aquel "vástago de una ilustre casa criolla" las profundas, las lúcidas "meditaciones sobre el criollismo" con cuya lectura nos acaba de deleitar Edmundo O'Gorman (criollo él mismo, si el término se puede aplicar al fruto de dos sangres británicas en México nacido: es más: en el Coyohuacan donde Zelia Nuttall, a falta de inventar a América, inventó la Casa de Alvarado), nuestro nuevo colega ha rendido a su antecesor en la silla VI —no por nada ocupada antes por don Francisco del Paso y Troncoso— un doble homenaje: el del amigo desde la infancia de quien nos habló: y el del his-

toriador a los maestros que le cedieron el sitio, y cuyas obras auxiliaron los estudios históricos de Edmundo O'Gorman.

Tengo a muy grande gusto y honor de difícil desempeño el de contestar el discurso de ingreso de Edmundo O'Gorman. Con sospechosa modestia, ha comenzado por proclamarse "extraño a los arcanos de la creación y crítica literarias; a los vuelos poéticos y a los menesteres de la filología y a las exquisiteces gramaticales". Y antes, nos ha dicho que como individuo de número, se siente individuo de número escaso de merecimientos.

Intento ceñir mi respuesta a desmentir a Edmundo O'Gorman: a señalar que aquellos "arcanos de la creación y crítica literarias" a que se declara extraño, han sido penetrados por él, esclarecidos, en sus magníficos estudios históricos: y que ni los vuelos poéticos, ni los menesteres de la filología, ni las exquisiteces gramaticales, son ajenas a quien aplica su talento y encuentra su satisfacción en la poesía —épica, lírica— que es la Historia: oye repercutir en las voces actuales gritos o confidencias de los hombres de antaño, y de un fenómeno que la ligereza liquidaría por literario; "nuestra edad barroca, cuyo caudal de poesía y prosa es testimonio del fervor literario que la caracteriza", parte o zarpa, o se eleva o recoge, empuña, urde y persigue el hilo de Ariadna para adentrarnos en el laberinto de que el español Teseo ha de surgir, domado el Minotauro del Mundo Nuevo, como un nuevo hombre.

Lejos de mí el intento de glosar un discurso tan claro y tan irrefutable: tan erigido cabe la lógica como hijo de quien fincó sobre las bases de la filosofía, el edificio de su cultura: y por el camino dialéctico, se fue adentrando en el pasado para enriquecer y hacer mejor inteligible el presente.

Pero antes de seguir adelante, historiemos brevemente al historiador, persuadidos de que al hacerlo, descubrimos al escritor, al artista, aun al pintor y el arquitecto, que caben todos en los 63 años y menos de setenta kilos de Edmundo O'Gorman.

Nació Edmundo O'Gorman el 24 de noviembre de 1906, hijo del pintor Cecil O'Gorman y de Encarnación O'Gorman, ella descendiente de Charles O'Gorman, compañero de misión de Ward, primeros representantes de Inglaterra en México en 1824. Tuvo por tía tatarabuela a nada menos que doña Leona Vicario. Recibió su título de abogado en 1928 y ejerció esta profesión durante 10 años; alcanzó la maestría en filosofía en 1948 y el doctorado en historia en 1951. Ha sido historiador del Archivo General de la Nación desde 1938 hasta 1952 y profesor de historia en la Universidad Nacional Autónoma de México desde 1940 hasta la fecha, profesor ordinario primero y luego profesor de tiempo completo, y en la actualidad profesor emérito y director del Seminario de Historiografía de la Facultad de Filosofía y Letras; presidente de tres comisiones dictaminadoras del profesorado de

tiempo completo en la propia Universidad y miembro de su Honorable Junta de Gobierno de 1953 a 1967.

No son pues escasos los méritos que implica pertenecer entre otras a sociedades científicas tan acreditadas como la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid, la Nacional de Historia y Geografía, la Sociedad Iberoamericana de Filosofía, la Sociedad Mexicana de Bibliografía, la Sociedad de Estudios Cortesianos, el Insigne y Nacional Colegio de Abogados, el Patronato del Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, S. A., institución que con la permanente asesoría de Edmundo O'Gorman ha auspiciado estudios históricos en México y publicado varios libros; la Academy of Political Science, la American Historical Association, la International Society for the History of Ideas y la Society of American Historians.

No son escasos, en fin, los méritos de quien ha recibido entre otras las siguientes menciones académicas: la de profesor emérito, como antes dije, de la Universidad Nacional Autónoma de México, serlo de la Princeton University, de la que es "Fellow Benjamin Shreeve"; de la Universidad de Indiana, de la que es Fellow Will Patten Foundation; becario de la Guggenheim Memorial Foundation; diplomado de la Universidad de Minnesota y receptor de la Medalla al Mérito de la Universidad de Arizona; becado por el British Council, y por último, profesor visitante en muchas universidades mexicanas de provincia y de los Estados Unidos.

En la enumeración los méritos que ampliamente respaldan el ingreso de Edmundo O'Gorman en esta Academia Mexicana de la Lengua, me urge ya llegar a mencionar aquello que mejor lo acredita para suceder tan dignamente al ilustre marqués de San Francisco don Manuel Romero de Terreros, cuya silla ocupará desde hoy don Edmundo O'Gorman: me refiero a sus libros.

De 1942 data el primero de su amplia bibliografía: los *Fundamentos de la Historia de América*. A éste siguió, en 1947, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*; *La idea del descubrimiento de América* en 1951; en 1958 el más sensacional de sus libros de historia: *La invención de América*, traducido al inglés y publicado por la Indiana University Press en 1961.

A *La invención de América* siguió *La supervivencia política novohispana*, en 1969.

En obras colectivas ha participado nuestro ilustre colega, entre otras, con la *Breve historia de las divisiones territoriales* publicada en 1937. Como libro independiente, la parte escrita por Edmundo O'Gorman lleva ya cuatro ediciones; una de ellas, en la "Colección Sepan Cuantos..." de la Editorial Porrúa.

Dos concepciones de la tarea histórica, en 1955, contiene la polémica en-

tablada por O'Gorman con Marcel Bataillon; y los *Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla* es obra publicada en 1954. *La Historiografía en México, 50 Años de Revolución*, es el brillante capítulo con que Edmundo O'Gorman contribuyó a la publicación de los cuatro gruesos tomos hecha en 1962 por inspiración de nuestro llorado presidente López Mateos.

Llegamos ahora a aquella inapreciable parte de la obra de O'Gorman que consiste en las ediciones por él anotadas, prologadas y estudiadas, de obras antiguas de la historia: porque es en esta tarea donde el hombre de fina sensibilidad hereditaria, de amplísima cultura, de acendrado patriotismo y de espíritu ágil y moderno, desposa al maestro con el investigador, y emprenden ambos la magna tarea de resucitar a los muertos para infundirles su propia vida al darles una interpretación acorde con nuestro sentir actual.

En 1940 apareció la primera edición de la *Historia natural y moral de las Indias* del padre José Acosta con prólogo y edición de Edmundo O'Gorman. Una nueva edición apareció en 1963 de esta obra fundamental para la historia de América, que estupendamente editó y prologó nuestro nuevo, infatigable colega.

En orden cronológico de su bibliografía sigue en la lista *Fray Servando Teresa de Mier*, antología publicada por Edmundo O'Gorman en 1945; la *Evolución política del pueblo mexicano*, de Justo Sierra, publicada en 1948; el *Libro primero de votos de la Inquisición de México*, en 1949. Y en 1963, su magnífica edición del *México en 1554 y Tímulo imperial* del primer Cronista de la Ciudad, el Dr. Francisco Cervantes de Salazar, que al bajo precio a que se ofrecen las ediciones Porrúa en la Colección "Sepan Cuantos...", puso en manos de miles de interesadísimos lectores los famosos *Diálogos* de Cervantes de Salazar, enriquecidos por un caudal inagotable de notas pertinentes, científicamente atribuidas a todos los párrafos de los *Diálogos*, y que localizan sitios, rectifican fechas y explican con amplitud, y aclaran el retrato del México de 1554 que describen los *Diálogos*.

La *apologética historia* de Fray Bartolomé de Las Casas fue en 1967 el don que nos hizo Edmundo O'Gorman; en ese mismo año, la *Guía bibliográfica de don Carlos María Bustamante*. Al siguiente, 1968, la *Historia de la Conquista de México*, de Antonio de Solís, ocupó la atención y diligencia de Edmundo O'Gorman. Y en ese mismo año de 1968 tuvo la fortuna, como Cronista de la Ciudad, de concertar con el director del Seminario de Historiografía que es Edmundo O'Gorman, y sus alumnos, la edición de la *Guía de las Actas de Cabildo del siglo XVI*, dispuesta por el C. Regente de la Ciudad Lic. Alfonso Corona del Rosal. Esta obra, que guiará a los investigadores por entre la selva de las actas de cabildo para que conozcan de cerca la historia de la Ciudad de México en el primer siglo del virreinato,

está en prensa y muy próximamente se hallará en las manos del público lector.

También apareció en 1969 la *Historia de los indios*, de Motolinia, estudiada, prologada y anotada por Edmundo O'Gorman; y del mismo fray Toribio, prepara la publicación de los *Memoriales* que aparecerán este año de 1970. Prepara también la edición del Tomás Gage, que será la primera completa en español.

Sería excesivamente extensa la lista de los artículos que como colaboración en revistas especializadas de historia ha escrito Edmundo O'Gorman. El *Boletín del Archivo General de la Nación* y la *Revista de Filosofía y Letras* contienen muchos de estos valiosos artículos.

Por cuanto a traducciones, entre otras, ha hecho las siguientes: Adam Smith, *Teoría de los sentimientos morales*, 1941. David Hume, *Diálogos sobre religión natural*, 1942. Collingwood, *Idea de la historia*, 1952. Romanell, *La formación de la mentalidad mexicana*, 1954. John Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, 1956. David Thomson, *Historia mundial desde 1914 hasta 1950*, 1959.

Y llegamos ahora a la mención de una labor editorial que realizada con su entrañable y viejo amigo Justino Fernández, ocupó la mocedad y gastó el dinero de Edmundo O'Gorman. Me refiero a las ediciones *Alcancia*, que entre ambos hicieron de 1932 a 1959 con obras de Gerardo Diego, Renato Leduc, Miguel N. Lira, Rubén Salazar Mallén, Porfirio Barba Jacob, Anselmo Mena, Federico García Lorca y Guadalupe Amor. Publicaron también entre ambos los cinco números de *Cuadernos de Poesía* que en 1933 reunieron sucesivamente la poesía de Salvador Novo, de Villaurrutia, de Enrique Asúnsolo, de Gorostiza, etc. En la *Alcancia* de aquellos remotos años aparecía ya el historiador en que iba a convertirse arrobadamente el todavía por los años de 30 indeciso artista que bullía en Edmundo O'Gorman: quiero decir que en la Sección de Historia ya trabajaba sobre el *Tímulo imperial* de Cervantes de Salazar, sobre el *Conquistador Anónimo* y sobre Lorencillo y su asalto a Veracruz. Ya asomaba también el filósofo cuando Edmundo O'Gorman revisaba los fragmentos de Heráclito; y en reuniones inolvidables exponía y reunía después para publicarlos, los aforismos de la *Cena de los aforismos* que se imprimió en 1959 y que los trae tan ingeniosos.

Con todo y ser tan vasta, no es ésta la única obra en que se ha manifestado el talento creador de Edmundo O'Gorman. Ha sido también, como su hermano Juan, pintor: hizo una exposición de sus pinturas en 1964. Y ha sido, al igual que Juan su hermano, arquitecto, pues se construyó una casa en Temixco, Morelos, fotografías de la cual fueron incluidas en la famosa revista francesa *Maisons de Vacance*.

Edmundo O'Gorman nos ha asomado, con maestría (¡qué digo con maes-

tría! ¡con doctorado!) al proceso íntimo, dialéctico, lento y firme, del español venido por el mar salobre a nuestro mexicano domicilio, que se transforma por absorción y ósmosis del medio, en el español nuevo, el criollo, que es el hombre de América; el "americano" a quien se dirigían las arengas de Morelos. Pienso que en este criollismo, sobre todo en el que se expresa mediante la piedra y la madera talladas, o en el verso barroco, cuenta el mestizo próximo y el indio específico, y que si no cupieron en el discurso de Edmundo O'Gorman, no se hallan ausentes de su pensamiento. Y en la facilidad, felicidad, con que el español cruzó su sangre con la naturaleza americana: y el criollo la suya con la india, veo el perdurable desenlace del México que conocemos y que amamos. Bellamente lo ha dicho O'Gorman:

"El criollismo es, pues, el hecho concreto en que encarna nuestra idea del ser de la Nueva España y de su historia; pero no ya entendido como mera categoría racial o de arraigo domiciliario, ni tampoco como un *tema* más entre otros de la historia colonial, sino como la forma visible de su interior dialéctica y la clave del ritmo de su desenlace. Y así se disipa la imprecisa penumbra de los atisbos que sólo han sabido ver en el sordo y secular conflicto entre el gachupín y el criollo un pleito de ambiciones frustradas, de orgullo herido y de resentimientos. Se reviste, en cambio, de la profunda significación que tuvo el choque entre dos maneras contrarias de concebir la vida novohispana y el triunfo definitivo de una de ellas, años después de lograda la independencia. En el criollismo tenemos la apocalipsis de la Nueva España."

Nuestra Academia —criolla por definición; por el lenguaje de cuya pureza debe cuidar, y por su oportuna autonomía frente a aquella de que es correspondiente— se felicita al recibir en su seno a Edmundo O'Gorman. Llega a casa de viejos y cordiales amigos: donde Miguel León-Portilla vela porque no se olvide en la cuenta de nuestro ser mexicano, al indígena y su sabiduría, y su sangre.

Llega, en fin, a una casa cuyos moradores suelen ausentarse con discreta elegancia, verse sustituidos por otros, como los padres por los hijos, como los gachupines por los criollos.

A una casa en que todos los que hoy la habitamos comparten con el nuevo académico superior inquietud, aquella generosidad, que lleva al investigador a entregar su vida a los muertos, a dársela con la propia; pero que también depara al historiador el premio de recoger —y vivirlas— mil vidas que enriquezcan la propia y la prolonguen: pues mientras más nos adentremos en el pasado, más nos alejamos de la muerte.

Sea bienvenido a la Academia de la Lengua un mexicano ilustre más, en el Dr. Edmundo O'Gorman.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA POESÍA DE MANUEL MARTÍNEZ VALADEZ *

Por don ADALBERTO NAVARRO SÁNCHEZ

Señor Secretario de Educación Pública, señor Director
de la Academia Mexicana, señores Académicos.
Señoras y señores:

Aceptar el nombramiento que me ha conferido esta Corporación, entraña un compromiso de mi parte: llegar a sus puertas convencido del ejercicio de la humildad, que es base de todo aprendizaje.

Mucho me habéis enseñado a través de la lectura de vuestra obra; pero más me ha enriquecido el contacto personal de algunos de vosotros. Pues del conocimiento de hombre, de la unión de los afectos y de la comunicación de las preferencias, la sensibilidad recibe la mejor de las moderaciones.

Hace pocos años recibísteis como Correspondiente de esta Academia a Salvador Echavarría, en quien la bondad y la sapiencia son un solo espejo que refleja más y más la imagen de la cultura en Jalisco. Los deberes de familia le han obligado a residir ahora en San Francisco, California. Múltiples servicios recibirá esa porción del Pacífico, al conocer las facultades del Humanista y del Pensador.

Queda aún en Guadalajara el Maestro José Cornejo Franco, que abusa de la franqueza únicamente para enseñar la verdad y defender, contra viento y marea, las más nobles esencias del espíritu provinciano. Él supo injertar en mi juventud su pasión por la cultura mexicana. Echavarría y Cornejo Franco han sido para mí, orientación y estímulo, máxima expresión del Magisterio cuando éste es vivencia plena. Dejo aquí mi reconocimiento a su labor.

Mas ya es tiempo de entrar en la materia que ante vosotros debo desarrollar. La personalidad de Manuel Martínez Valadez se aproxima a una generación

* Leído en sesión pública efectuada el 15 de agosto de 1969.

que precedió a la mía: la obra del poeta fue estimada por el "grupo sin número y sin nombre" —Yáñez, Gutiérrez Hermosillo, Palacios, Cornejo Franco— que en la década de los treinta publicara *Bandera de Provincias*. Años más tarde —en 1936— nuestra generación lanzaba su manifiesto en la revista *Índice*, y defendía su credo estético: Cornejo Franco fue el puente al paso de nuestras inquietudes; pero también a él se debió un cauce direccional. Tema constante de sus conversaciones era la obra de Martínez Valadez, arteramente asesinado.

Con la lectura de los dos únicos libros publicados por el poeta —*Visiones de provincia* (1918) y *Alma solariega* (1923)— descubrí que en la actividad creadora hay un doble sentido: en el mundo de nuestras visiones se puede recoger una ironía crítica —ridiculizadora— pero también el profundo y grave sentido de la existencia, como añoranza de lo perdido o como nostalgia de lo esencialmente vivido.

"No siempre las deudas mayores son las evidentes", asienta Eliot, refiriéndose a la enseñanza que él recibiera de Dante. Mas hay diferentes clases de deudas. Algunos poetas enseñan bastante en una etapa de nuestra vida. Recibimos de ellos las primeras influencias, una visión totalizadora de la existencia: se entra, por vez primera, en uno mismo. Hay un temperamento afín al nuestro; mejor dicho, el nuestro aspira colmar nuestra vida, alcanzar la plenitud del descubrimiento. Mas, en el descubrimiento advertimos una forma de expresión, un módulo peculiar. Nuestra juventud admira a los grandes maestros, intuye en la obra del clásico la expresión perdurable; pero éstos se hallan demasiado encumbrados y remotos. En cambio, el poeta menor que nos habla al oído, semejante al hermano mayor, produce en nosotros el efecto de la confidencia.

A veces nuestro temperamento se halla dispuesto a recibir el contacto de las cosas más simples. Éstas se traducen en forma directa, con una desnudez expresiva, hasta llegar al empleo de lo trivial de los elementos, pero que, por la gracia del poeta, alcanza la composición y el diseño.

En los poemas de Martínez Valadez asimilé que la provincia no sólo da el contorno: esto redundaría en una versión de lo superficial; se requiere el ahondar en lo íntimo de los pueblos. Profundízase, por tanto, la existencia, hasta descubrir esa "anchura, longura y profundidad" del espíritu. Ya Heidegger nos recordaba que la voz de la provincia sólo la entienden aquellos que han nacido en su ambiente y son capaces de escuchar la voz del camino. Hijo del pueblo, el poeta popular se forma paso a paso. En su epifanía resuenan voces oídas otrora —pero olvidadas por el autor mismo: el calor y la vida, los múltiples rumores y los matices de la naturaleza confieren voz y expresión que se envuelve en el entusiasmo espontáneo. Ya en la madurez la obra se enriquece por la cultura adquirida; pero aún irrumpen,

vibrantes, las imágenes ardiendo, la hipérbole que revela esa capacidad de asombro ante el mundo siempre antiguo y siempre inédito.

Martínez Valadez —lo retratan Rafael López y Agustín Yáñez— reflejaba su mestizaje arábigo-andaluz, herencia que enorgullecía al poeta. De voz ronca, apariencia tétrica, tez morena, entrecejo torvo, perfil algo morisco, es el Hijo Pródigo que se aleja de su casa para darse cuenta de que todo lo valedero reside allí. Éste nos señala, con el gesto de sus añoranzas y recuerdos, la necesidad del retorno, la urgencia del arraigo. Por estos caminos de sus memorias y de los sentimientos, conocemos al hombre y al artífice de una creación poética.

No olvidemos la definición que del acto poético ofrece Bousoño, y que bien puede servirnos en la aproximación de la obra de Martínez Valadez: "Es poético todo acto que por medio de las solas palabras logra hacernos contemplar en su particularidad un contenido psíquico de otro hombre, el poeta." Importa fijarnos en las últimas palabras: "contemplar en su particularidad un *contenido psíquico* de otro hombre, el poeta". Al aceptar esta definición del acto poético se descubrirá la clave de la individualidad, de lo único en Martínez Valadez. En él se advierte un alma emparentada con la de Fray Luis de León, que goza de los placeres del campo y de "la belleza del bucólico paisaje". Acierta el poeta cuando habla de "los latidos del corazón del campo / que vibra en mi cantar".

No se crea que estas visiones del campo son uniformes. Aunque Martínez Valadez aspira melancólicamente "las fragancias de las campiñas", también sabe de la "tediosa calma pueblerina" y de la monotonía que ofrece la vida de una "población oscura". Inútil será, y ocioso además, buscar las semejanzas con la lírica de López Velarde y de González León, aunque el espacio en la obra de estos poetas sea la provincia o el terruño. Ciertamente que en algunos poemas se ofrecen evocaciones apesaradas del pueblecillo de Arandas, o a veces la pincelada de Azorín completa el boceto o el cuadro.

El poema que sintetiza la obra y la vida de Martínez Valadez, reveladas en *Alma solariega*, es el intitulado "Transitando por un camino". Trátase de una experiencia sumamente personal. Contemplamos en su particularidad ese contenido psíquico de que habla Bousoño. Desde la perspectiva del signifiicante, el propio nombre del poeta ofrece la solución al enigma. Leamos el primero de los dos sonetos:

Transitando por un camino polvoriento,
bajo lo más pesado del bochorno solar,
llegué —como los viejos peregrinos— sediento
a una aldea donde mírase un huerto verdegear.

Una bella muchacha me dio agua cristalina,
bajo los verdes árboles calmó mi intensa sed,
y me clavó los dardos de su mirada fina,
tendiéndome con gracia una amorosa red.

Me preguntó que a dónde me dirigía; sus ojos
me vieron tristemente, y púdicos sonrojos
tiñeron su alba faz cuando le dije ¡adiós!

Y me perdí por el camino polvoriento,
bajo el sol meridiano que incendia el firmamento,
pensando en que podríamos ser felices los dos.

Con el menor número de elementos la vivencia quedaría reducida así:
"Transitando por un camino... llegué... sediento... a un huerto. Una
bella muchacha me dio agua... le dije ¡adiós! Y me perdí."

Un significativo: el peregrino. Un motivo desarrollado en el poema: mi
ansia de amor, mi búsqueda de cariño, mi aspiración de *algo* que impulse
mi vivir: cuando esto se me ofrece, no sé aprovecharlo. Ya el tema fue
enriquecido a lo divino en una meditación de Sebastián de Horozco; y en lo
humano casi degenera en tópico. Martínez Valadez ofrece primeramente
la novedad de indeterminar los elementos poetizables; así, en los cuartetos
prevalece el artículo indefinido: "un camino", "una aldea", "un huerto", "una
bella muchacha".

En las tres primeras estrofas predomina la descripción y aparece un rasgo
de amor y de ternura, ocultos a la mayoría de los lectores: la nota es positiva,
esperanzada. Fijémonos en los contrastes yuxtapuestos: al "bochorno solar"
opónese "un huerto verdegear"; al "agua cristalina", "intensa sed". Los
epítetos matizan el marco e imbrican, ascensionalmente, las escalas de la
contemplación:

... me clavó los dardos de *su mirada fina*
tendiéndome con gracia *una amorosa red*
... los *púdicos sonrojos*.

La cuarta estrofa inicia bruscamente la nota negativa: "Y me perdí." Prin-
cipia un cuadro de desesperación. La incidental sirve de relieve: "por el cami-
no polvoriento". Al final, una valoración subjetiva: la experiencia del poeta
aprovecha el adjetivo "felices", y con ello aumenta el dolor de la pérdida y el
rechazo del bienestar amoroso *que pudo haberse alcanzado*. La vida de Mar-
tínez Valadez es este peregrinar ya descrito; la sed, ese anhelo de algo digno
de vivir, de "caminar". Mas, cuando se le presenta "el huerto verdegear",

no sabe aprovecharlo, y piérdese en el mismo "camino polvoriento".

El segundo soneto revela sentimientos más profundos:

No he vuelto a ver tus ojos, ingenua campesina,
que evoca los encantos de *Manzana de Anís*;
ni he vuelto a oír los sones de tu voz cristalina
como canción de pájaro o verso de Fray Luis.

Ni sé cómo te llamas, rubia; pero imagino
que tienes nombre bíblico. ¿Esther? ¿Sara? ¿Raquel?
Ni sabes tú que aquel cansado peregrino
que no te olvidará se llama así: Manuel.

¿Acaso tienes tú un novio que te escribe
que "muere de *hamor*"? ¿Quién de ti flores recibe?
¿Ya el Párroco te dio la bendición nupcial?

¿No has olvidado a aquel peregrino sediento
que se perdió por el eriazó polvoriento
mientras el sol vertía su lumbre cenital?

Las reflexiones se acentúan. La nota intimista y doliente brota con mayor intensidad. En el recuerdo constante, la "ingenua campesina" adquiere una superación cuya belleza está subordinada a una finalidad ética; y la imagen acústica del tercer verso del primer cuarteto, al cabalgar sobre el cuarto, de simetría bilateral, previa la continuación selectiva, se enriquece con la concepción pitagórica que asocia el equilibrio del verso de Fray Luis.

Ya señalábamos la importancia del nombre del poeta. Desde la representación del significante, el nombre, unido a la evocación de mujeres bíblicas —buenas y honestas, de una espiritualidad fuerte— no obedece a las necesidades de la musicalidad de la rima. Menos aún la imagen del peregrino, cuya reminiscencia es una distante correlación al primer cuarteto del soneto anterior. En esa ansia de comprensión amorosa se había mezclado también el desasosiego y el temor ante la responsabilidad de la entrega. No olvidemos que la "ingenua campesina" ha simbolizado el oasis en el "eriazó polvoriento"; ni tampoco al "agua cristalina" del primer soneto convertido ahora en la "voz cristalina" de la mujer.

Estamos también ante un recuerdo. Recordar —dice Laín Entralgo— "es traer de nuevo al corazón algo que pasó por él". Y añadimos: en esa proyección sentimental los campos pueden ser bien distintos: el real, vivencia pura, aspiración y culminación de lo anhelado en el recuerdo; y el otro, refe-

rído también a un pasado real pero que transita el campo de lo futurible. Aparece entonces la nostalgia melancólica de lo que pudo ser y no fue.

Sin proponérselo, hemos soslayado uno de los temas de la poesía de Martínez Valadez: en el amor no esplende lo erótico o lo sensual: el amor no asume la desproporción de lo licencioso, sino que es anhelo de mutuo entendimiento. Quizá una sola declaración exultante, pero contenida en pronto arrepentimiento, es la que ahora descubrimos:

Saludé a una mujer jovial y simpática
y me ha deleitado su donosa plática
sin alta retórica, sin erudición.
(Una fuerza erótica a ella me impele
y mucho me duele
este corazón.)

("El retorno")

Y es que lo erótico y lo sensual siempre queda aherrojado, aniquilado por la apetencia del refinado vivir espiritual. Esto le impide el desenfreno; le lleva a revelarnos la estimación de la mujer casta, la idealización de la paz en las muchachas virtuosas. El prototipo del eterno femenino quizá nos lo revele el último soneto del poema "La sala de tu casa".

Aunque se acentúa la nota costumbrista, el poema que acabamos de mencionar contiene verdaderos cuadros de una sala de provincia, con todo el ambiente bien captado. Esta valoración de lo regional, esta exploración de lo concreto y lo visual —en su sencillez— no le impidió el acercamiento de lo espiritual y de lo filosófico, aunque esta actitud quede opacada con cierto gesto de indiferencia. En el poema "Anoche fuiste al cine", es hondamente significativa la reacción del poeta al deplorar haber gozado del Árbol de la Ciencia. El corolario no puede ser más doloroso:

Sin mis cavilaciones de hosca filosofía
y sin mi ciencia triste del mundo, yo sería
un muchacho optimista, . . .

Otros poemas —"Viernes de Dolores", "El húngaro" y "En el villorrio"— acusan la preocupación de fundir lo anecdótico y lo sentimental.

Lo irremediable del pasado —*fugit irreparabile tempus*— recibe una renovación en los poemas "Con voz melancólica", "Ayer nos encontramos" y "Novia de antaño": en éstos se va configurando el prototipo de la belleza natural y prístina; primero, la valoración de lo físico; en seguida, la valoración de lo ético:

- 1) [No olvido] tus nazarenos
ojos; tus giocondinos labios; . . . tus diminutos pies;
("Novia de antaño")
- 2) [Ellas] muéstranse cubiertas con sus negros mantos;
en sus continentes revelan piedad;
("Con voz melancólica")

Y en el poema "En una muerta población lejana" se añade al tema de lo transitorio de las cosas, la desilusión amorosa del poeta.

Aparece también un sentimiento de frustración, una tristeza que en ocasiones sobrepasa los límites del agudo romanticismo. En su melancolía revívese la imagen del poeta ciego:

Mas me pongo un poco serio y pensativo;
que en el ciego yo percibo
un exacto símil triste de mi propio corazón.
("Símil")

En ese conflicto sentimental se engendra otro más complejo: el conflicto constante entre el deseo de afianzarse más al terruño y el cumplimiento de los deberes cívicos. Éstos le alejarán de la augusta grandeza de lo sencillo; y Martínez Valadez sabe muy bien que en la sencillez está oculto el misterio de lo permanente y de lo verdaderamente grande. La violencia cultiva su cizaña al sentirse el poeta fuera de su provincia, lejos de lo auténtico, de lo descubierto y amado en tiempos de su niñez. El mal del terruño acusa sus pesares; se impone un tiempo regresivo:

Yo muy feliz sería
si no hubiera salido
del círculo de tu sabiduría,
sabiendo cuántos son cuatro por siete
y escribiendo con poca ortografía.
Sentí ansias de saber. . . y voy a tientas
entre la filosófica anarquía.
("Escuela del lugar")

Lo religioso —*religare Divinitati*— ha perdido en Martínez Valadez su profundidad. Sin embargo, aparecen dos superficies: en la primera se mezcla lo sentimental con un deseo —anidado en los meandros de la subconsciencia— de recoger la fe perdida:

Lector: por la muchacha gentil y soñadora
—que segara una muerte precoz, porque sentía

un amor anacrónico— reza un avemaría.

("Anacronismo")

En la otra superficie se añaden los rasgos costumbristas: mujeres devotas que acuden diariamente a misa, así como la imagen de la campana que enriquece los elementos de la anécdota y afirma la tradición familiar.

Señalaba, al principio, que en la actividad creadora de Martínez Valadez hay un sentido de ironía crítica. En la mayoría de sus poemas algunos versos sesgan tales expresiones. Mas también aparecen cuadros que describen pequeños burgueses del lugar, buenos religiosos. ¿Hasta dónde el gesto conservará ese brote de simpatía hacia los hombres del terruño y sus circunstancias? Cuando leemos el soneto "Sábado de Gloria", advertimos una vuelta al revés de las categorías estéticas:

Muchedumbre de muchachos hormiguea
en la Plaza Principal, de bote en bote;
tira piedras, lanza aullidos y vocea
festejando a un estridente monigote.

La campana oyóse ya. Truenas y humea
Su Traidora Majestad el Iscariote.
Compurgando está el follón su culpa fea,
pues la pólvora lo trae al estricote.

Don Geroncio, el agiotista de la esquina,
no suspende los disparos de su inquina,
porque dicen que aquél mono es su retrato.

Y es muy clara la injuriosa semejanza,
por las grandes dimensiones de la panza
y las uñas kilométricas de gato.

No podemos negar la espontaneidad y naturalidad de su burla. Y lo que es más: el soneto se caracteriza por el constante uso de términos de extracción popular. También comprobamos la tendencia a la imagen grosera y ramplona: estamos ante ese lenguaje que correspondería, en las artes visuales, a cuadros al aguafuerte de la ridiculez que aprovecha los rasgos plebeyos en la total caracterización de la persona. Ésta será una de las formas de reacción ante la injusticia social.

Hemos aprendido de la Estilística a distinguir la lengua como un sistema de signos, en cuanto que todos los hablantes les atribuyen unos mismos va-

lores. En la perspectiva tradicional se hace una separación entre lenguaje directo y lenguaje figurado. Al primero correspondería el término lengua que la estilística emplea. Mas —ya lo señalaba Alí Chumacero en su discurso de ingreso a esta Academia— “los poetas que evocan al pan y al vino por sus nombres, no alteran la realidad cuando la incorporan al verso... pero es evidente que, aun en estos casos, bajo la sensible superficie de la nitidez se guarda análoga actitud dirigida a remozar el sentido —digámosle ‘estético’— que el poeta destina a las palabras tan amablemente elegidas”.

No es congruente, pues, hablar de expresión directa. En la expresión directa necesariamente abusamos del análisis. Al transmitirnos el poeta sus experiencias —de esa complicada red conceptual-efectivo-sensórea— el procedimiento es bien distinto: opera sintéticamente —aunque en apariencia emplee lo discursivo.

Martínez Valadez —poeta que evoca al pan y al vino por sus nombres— asimila tantos recursos poéticos y estilísticos como cualquier otro. Calemos solamente en dos poemas:

Del villorio quieto por la insulsa plaza
en desfile grave la cuadrilla pasa.
Lujo dominguero. Íclitos catrines
miran de reajo bajo los bombines.
Pleno sol. Rancheros. Una enjuta vieja
saca las narices por entre la reja.
Gárrulas comadres de agria faz cetrina
yérguense en la esquina.

Ameniza el acto la fanfarria. Toca
una vieja marcha ríspida, que evoca
tardes de fastidio, en que los maletas
brindan a las reinas célebres piruetas.
Y los diestros pasan. Es su continente
majestuoso y fatuo. Su apolínea frente
piensa en las fazañas de los redondeles.
Ladra un can. Muchachos que gritan. Corceles
de tirante paso,
y chillones tonos de luciente raso.

A las frescas mozas se les van los ojos
tras de los mancebos de capotes rojos
y heroicas preesas.
¡Oh, los patatuces de las Dulcineas!
¡Oh, la dulce gloria de los revolcones
y la borrachera de las ovaciones!

Del villorio quieto por la insulsa plaza
 el desfile pasa
 con aire triunfal,
 al son de la ríspida música triunfal.
 ("En el villorio")

Evidentemente cada sintagma es un elemento de ridiculización. Todo contribuye a exagerar la nota caricaturesca. Algunos encabalgamientos, por la llamada ruptura del sistema, acentúan la nota de lo inesperado:

Y los diestros pasan. Es su continente
 majestuoso y fatuo.

Hay una adecuación de la sintaxis al ritmo fónico expresivo:

Del villorio quieto por la insulsa plaza
 en desfile grave la cuadrilla pasa.

Con la brevedad de la frase se destacan los elementos pictóricos del cuadro:

Lujo dominguero.
 Pleno sol. Rancheros.

Para contrarrestar la descripción aparentemente estática de la primera estrofa, se auxilia de los verbos. Los procedimientos contribuyen, además, a intensificar los valores impresionistas:

Y los diestros pasan.
 Ladra un can. Muchachos que gritan. Corceles
 de tirante paso,
 y chillones tonos de luciente raso.

Observemos, además, el empleo de la sinestesia. Siguiendo el ordenamiento de su elocución, casi popular, los conjuntos se suceden paralelísticamente:

 Íncultos catrines (A-1)
 miran de reojo (B-1)
 Una enjuta vieja (A-2)
 saca las narices (B-2)
 Gárrulas comadres (A-3)
 yérguense en la esquina (B-3)

Hay una mezcla progresiva de ordenación hipotáctica y paratáctica: el poema se ha construido, casi en su totalidad, simétricamente.

¿Qué peculiaridades ofrece el último soneto del poema "La sala de tu casa"? En los anteriores había prevalecido la descripción costumbrista y la evocación del tiempo pasado. Ahora encontramos una superposición del futuro sobre el presente.

Yo he soñado vivir contigo santamente,
lejos de las borrascas de mi revuelto mundo;
tu alma sencilla y pura es cristalina fuente
y mi alma es un cansado viajero sitibundo.

Mientras que tú bordaras, junto de ti estaría
en la vetusta sala y en mi perenne amor
mis versos cristalinos y mansos te diría
y una caricia tuya sería el premio mejor.

En las noches de invierno, tu marfilina mano
oprimiría las teclas lloronas de tu piano,
que escucharía sentado en el viejo sofá.

Y olvidando mi alma todo lo que ha sufrido,
en la mundana lucha, sería como el ruido
de tu reloj monótono: tic-tac tic-tac tic-tac.

La presencia de la amada en el hogar señorea el tema: un amor puro, sin ninguna insinuación de los rasgos sensuales o eróticos. Todo esto, como aspiración.

Martínez Valadez se sirve de las libertades estructurales de los modernistas. Cada cuarteto contiene su propia rima encadenada. En la segunda estrofa aparecen los agudos, que, proporcionalmente, con el recurso de los pareados prosiguen en los tercetos.

En los dos primeros versos el poeta expresa su deseo: supone una descripción de la circunstancia, con el predominio de lo ético; en tanto que los dos siguientes muestran la comparación de dos almas; para esto aplica la simetría interna de los versos 3 y 4 del primer cuarteto, además de la concurrencia del simil:

tu alma sencilla y pura es cristalina fuente
y mi alma es un cansado viajero sitibundo.

En el segundo cuarteto se invierte el orden de los correlativos. El primer verso comienza con la descripción de lo que harían el poeta y la amada en esa sala. Los términos son concretos: "Mientras que tú bordaras"; aquí

el sintagma transmite una superposición temporal y se procede al signo de indicio. El tercer verso alude a las acciones del poeta.

El encabalgamiento del primer verso hasta el hemistiquio del segundo sirve para destacar el anhelo del poeta, que la conjunción continúa, a manera de apódosis, lo expresado hasta el final del tercer verso y de la estrofa. Además de responder a ciertas necesidades de la descripción, estos encabalgamientos enriquecen la fluidez elocutiva. Algo de esto hallamos en la sucesión del primer verso al segundo, en el primer terceto. Mas los encabalgamientos que se siguen en el último terceto no sólo responden a necesidades rítmicas; hay también la preocupación de asociar el valor simbólico de los elementos temporales.

Los tercetos completan el desarrollo de lo introducido en el segundo cuarteto. El cuadro insinuado en la estrofa segunda se desenvuelve en el primer terceto; y ya en el último, la conclusión del tema, síntesis de lo comunicado a lo largo del poema (al principio abstracción un tanto metafísica, realidad tangible después, aunque monótona por el símil del reloj).

Sorprende descubrir en los cuartetos una cuasi simetría de los conjuntos paralelísticos. El esquema quedaría así:

Primer cuarteto		Segundo cuarteto	
Versos 1		Versos 1	
y 2	— (A-1)	y 2	— (A-2)
Verso 3	— (B-1)	Verso 3	— (C-2)
Verso 4	— (C-1)	Verso 4	— (B-2)

Podríamos continuar con el primer terceto. El esquema de los paralelismos ofrecería distribución predominante del marco:

verso 1	— Espacio y tiempo de la acción — (A-3)
verso 2	— La presencia femenina y su acción — (B-3)
verso 3	— La actitud contemplativa del amante — (C-3)

Se habrá observado el uso de las imágenes más simples, sencillas, tanto en el primer poema —“En el villorrio”— como en el soneto; éste corresponde a un momento en que la sensibilidad ha recogido los mejores registros. Martínez Valadez alcanzó la naturalidad, y —lo que es más difícil— el valor de la simplicidad: por esto, el cultivo de la poesía infantil —dispersa en *Acción*, libro de lectura— sirve de coronamiento a su desconocida obra lírica.

Algunos aspectos de la producción de este poeta, como la labor de otros escritores en quienes el terruño es motivo expresivo, me sirvieron de reflexión a la tesis que presentara Salvador Echavarría en esta Academia. El

ensayista abordó el tema del desarraigo y arraigo en el hombre. Mas no siempre es arraigo el canto de los arraigados, ni todo desarraigo es la vida de los desarraigados, dice —en sustancia— Laín Entralgo. Yo pienso necesaria la transformación de la raíz, que hundida en la tierra, lanza a los cuatro vientos el tronco y el follaje que son el signo de firmeza en lo nativo y extensión a lo universal. Esto hace al "hombre esencial": no soy "el hombre que va delante", sino "el hombre que siempre va conmigo", que diría Antonio Machado.

Tampoco olvidemos que la reciedumbre del arraigo se afirma en el reposo: por esto las circunstancias apuntan momentos de arraigo o desarraigo, pero éstos son fugaces. Cuando la autenticidad peligra, el poeta enraizado en sus convicciones, énmudece. Martínez Valadez sirve de ejemplo a nuestra aseveración.

El lugar que ocupan algunos poetas en el desarrollo provinciano puede parecer más significativo, más trascendente del que convendría asignárseles en la historia de la expresión nacional. Conocedor de estas limitaciones, me he atrevido a restar a vuestro tiempo —horas de estudio y meditación— el provecho de su experiencia. Acogerme a vuestra comprensión será el primer ejercicio en mi ansia de saber, en mi necesidad de hacer y en mi confianza de esperar.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don FRANCISCO MONTERDE

Con su penetrante discurso acerca de "Algunos aspectos de la poesía de Manuel Martínez Valadez", que acabamos de escuchar con justificada atención y de aplaudir calurosamente, Adaíberto Navarro Sánchez se acredita Correspondiente de la Academia Mexicana, en la ciudad de Guadalajara, Jalisco.

Como jalisciense, conterráneo de Azuela, de González León y de otros ilustres poetas y prosistas de Lagos de Moreno, prosigue con él una tradición brillante, pues aquel Estado siempre ha tenido representación digna en la Academia. Allá lo acompaña quien fue guía suyo en la mocedad: José Cornejo Franco —director de la revista *Índice*, en la que Navarro Sánchez fue secretario de redacción— y estuvo también Salvador Echavarría, hace meses radicado en San Francisco, California. A uno y otro los ha mencionado en su discurso, afectuosamente.

Quiero recordar que respondí al de Echavarría, como ahora contesto el

discurso de Adalberto Navarro Sánchez, porque me unen con ambos ligas de amistad no solamente literaria que se han fortalecido con mis viajes y a través de colaboraciones en revistas de Guadalajara.

Navarro Sánchez fue piloto en la de poesía llamada *Navegación Poética*, de corto periplo en 1937. Con su esposa María Luisa Hidalgo, preferentemente cuentista, editó en 1940 la revista *Prisma*, que alcanzó a publicar nueve números. Estuvo presente en *Tiempo Literario*, pocos años después, y en 1945 dirigió los cuadernos de literatura *Pan*, labor en la que le habían precedido Juan José Arreola y Antonio Alatorre.

Su tarea más constante y meritoria —no olvido las frecuentes contribuciones a otras revistas y a algún diario tapatío— consiste en sostener y alentar, contra vientos de incomprensión y mareas amenazadoras de naufragio, la revista *Et Caetera*, que con razón puede ufanarse de su decanato, entre las similares: nació hará pronto veinte años, y en su etapa inicial dio continuadas pruebas de actividad durante cerca de catorce años, en los que aparecieron 34 números —a veces, agrupados en un volumen dos o más de ellos—; tras la inevitable pausa de un par de años, por injustificada reacción agresiva contra su editor y colaboradores, se reanudó en 1966, y ha afirmado su periodicidad, como revista bimestral de cultura, con otros 16 números, que la mantienen al día, atenta a cuanto signifique inquietud intelectual, no sólo dentro de los límites del Estado, pues alguna vez rebasa la visión del vigía y se asoma a lo que acontece más allá de los confines patrios: por *Et Caetera* puede afirmarse que la cultura se mantiene en la capital de Jalisco.

Adalberto Navarro Sánchez —quien tuvo en el bachillerato esa firme base de humanismo que el Seminario proporciona— continuó su formación autodidácticamente, con voluntad bien probada, que lo capacitó para desempeñar puestos en los cuales ha demostrado su competencia, como los de codirector de la Biblioteca Jalisciense, de 1952 a 1954; coordinador de la serie de obras publicadas por el Gobierno de Jalisco para conmemorar el Centenario de la Reforma y guía en la selección de volúmenes para la Biblioteca de Autores Jaliscienses Modernos.

En 1953 ingresó en la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, cuya secretaría desempeñó en los años de 1955 y 1956. Desde 1957 pertenece a la Corresponsalia del Seminario de Cultura Mexicana, que al año siguiente organizó un importante ciclo de conferencias, en el cual Navarro Sánchez hizo la valoración de algunos narradores jaliscienses contemporáneos. Ha presidido esa Corresponsalia en 1960-1961 y es actualmente su secretario.

Como maestro, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de

Guadalajara, ha enseñado Español superior, Teoría literaria, Análisis y estilística, Literatura mexicana, Composición, y ha dirigido un Seminario sobre textos de literatura jalisciense. Ha dado, además, clases de Literatura mexicana y Literatura española contemporánea, en los cursos de verano de las Universidades de San Francisco, Cal. y Guadalajara, de 1951 a 1965, y desde este año, dos cursos de Literatura mexicana —general y contemporánea— y uno de Poética del Modernismo, en la escuela de verano que la Universidad de Arizona lleva anualmente a Guadalajara, con cursos a cargo de profesores estadounidenses y mexicanos.

Adalberto Navarro Sánchez —que ajustó el año próximo pasado medio siglo de existencia— se inició como escritor antes de los 18 años de edad: en 1936 perteneció al grupo *Via* que publicó en Guadalajara una revista con ese nombre: al ingresar en él pronunció una conferencia sobre la poesía mexicana contemporánea. Los integrantes de aquel grupo, cuando se disolvió, pasaron a integrar el que tuvo como órgano la revista *Índice* ya mencionada.

Su evolución como literato se ha desarrollado paralelamente a las de otras revistas: bajo el signo de *Navegación Poética* publicó dos plaquetas: *Humana residencia* y *Voz del ave* (Homenaje al poeta González Martínez); con *Prisma* dio la plaqueta *Nocturno de la esposa*; con *Tiempo Literario* publicó *Pasión de la tierra* (1942); en Ediciones Teseo, *Liras y Palabras dentro del mar* (1944); y en las ediciones *Et Caetera*, dos plaquetas: *Primavera en invierno* (1951) y *Espejo del Gólgota* (1952) y dos libros: *El sueño herido y otros poemas* (1953) —por el que mereció ese año el Premio Jalisco, y en 1954, la Medalla José María Vigil, por Letras— y *Las horas situadas* (1968), independientemente de otros poemas, algún relato —“El soñador”— y abundantes notas de investigación y crítica, en la revista publicadas.

Completamente agotada la edición de aquél, pude apreciarlo gracias a una copia en facsímile. Intentaré dar idea de su contenido. Apadrinan el poema inicial epígrafes procedentes de las obras de San Juan de la Cruz y Fray Luis de León. El poeta se resiste a someterse a la uniformidad del ritmo: prefiere el verso libre, antes de que entone un canto a “la pequeña ciudad” y haga su elogio en sonetos como aquel con que ese elogio principia:

De nuevo estoy aquí con mi presencia,
ciudad a mis antojos encendida,
bajo mi sueño en soledad unida,
sobre la tierra unida mi existencia.

¿Es acaso pasión y con frecuencia
entre mis manos ser la prometida?
Para mi amor tu planta sostenida
llevo como segura consecuencia.

Tu soledad me deja una sonora
canción en la vigilia de mi oído:
arco-puente-cantera de alto cielo.

Miro cómo mi pulso en esta hora
vuelve a quedar en tu quietud caído,
tierras de amor y tierras de desvelo.

Otros sonetos lo siguen —“De la pintura”, “De la escultura”— en la cuarta parte, que clausura “Teatro”, con sus asonancias:

Lejos de mí, la luz, la mano corta
estrellas al olvido, se destruyen
las formas de mis ojos, todo ocurre:
en la arena mi cuerpo, con la sombra.

La voz del sueño entre las venas forma
personajes y escenas, en perfumes
y en recuerdos de sangre reconstruye
entre el diálogo, el signo de la aurora.

Así la prenocturna luz no fuera
la imagen sólo de razón que existe
a través de la máscara y el canto.

Feliz, al desagravio, el cuerpo entrega
frutos al coro y ante el coro exige
el ritmo, la dulzura y el desmayo.

Con “Tránsito de la angustia”, que precede una cita de Quevedo, torna al verso libre, antes de volver al soneto —“Última entrega”—, y cerrar con él esa parte.

El segundo poema: “El corazón golpea” ofrece, a manera de transición, “Rostros en la noche”, donde la expresión coloquial, el giro cotidiano, con toques de realismo incrustados en la lírica —allí está “Conversación del ebrio”—, muestran otra faz del autor, antes de ir, a través del tercer poema: “Biografía de la fiesta”, a regiones en las cuales abundan las reminiscencias del Antiguo y el Nuevo Testamento.

Ese tono prosigue en el cuarto poema, "Primavera en invierno", dividido en tres partes, para culminar en el quinto, que se empieza con "Miércoles de Ceniza" y a lo largo de la semana de Pasión se llega a una plegaria, en rítmica prosa. El sexto poema conduce al lector al final del libro: "Nueva poética", donde el ritmo se impone y abundan las asonancias.

Su libro más reciente: *Las horas situadas* —impreso con pulcritud por la Tipografía "Et Caetera"— asegura conquistas que en aquél preludieron. Lo abre el soneto "Poética", en cuyos cuartetos el poeta define sus propósitos:

No extraviada palabra, delirante
juego de luz que en aire se confía,
ni cristales al agua como estría
den ilusión al fugitivo instante.

Siempre el oído quede vigilante
en la coordinación de cada día:
un diapasón a otro es la armonía,
el ritmo ya profundo, equidistante.

En páginas sucesivas alternan verso libre y soneto, para demostrar el equilibrio logrado, como en el que tituló "Vestidura inefable":

Los árboles en esta primavera
baten cuerpo y verdor a la hermosa;
cuna lustral advierto en la figura
del vuelo amor que la paloma espera.

Silvestre gozo delicado fuera
bosque para mis ojos; la ternura
follaje y armazón, tierra segura
que en frutecida sombra se supera.

Ya mis sentidos son el anegado
azul que abre su espuma a corredores
juegos de ensueño en verde lejanía.

Quédese el paraíso ya cerrado
para siempre en mis fuegos interiores
con este dios coral del mediodía.

A los endecasílabos siguen versos de arte menor: "Estudio", y el propósito del poeta que domina el verso libre, se comprende al advertir cómo

logra su ambición, con "Poema en Aleixandre", donde su manera se funde con la del poeta recordado, en homenaje.

Quizá el poema que mejor pueda representar al autor sea "Uxmaxac":

Cuando decimos Uxmaxac
tres guijarros transfiguran el mundo.
Tres valores diversos dejan sobre el papel
su fuego,
su realidad de piedras,
su pequeño fervor de recompensa.

A derecha, a izquierda,
a mi espalda, delante,
con los ojos cerrados
el invisible material del canto
entrega su liturgia: Uxmaxac.
(Ya la primera piedra
es una estrella.)

Para el imperio de los años vivo
atento a la promesa de la isla,
y el amor en espacios determino.
(Ya el segundo guijarro
en Uxmaxac
busca su cielo eterno.)

Pero en el fuego las palabras rondan
y circundan el árbol del olivo.
Otros vientos santifican la llama,
y la corteza embellecida
en luz,
su luz despierta.
(Ya la última piedra, como fin y principio
en Uxmaxac destino es de la vida.)

Allí el poeta ahonda en los valores y sugiere misteriosa liturgia. En su libro también está "Casa derruida", en donde se lee:

La niña acarició dulcemente el cuello de una torcaz
y abandonó el umbral, requerida
por la noble geografía del silencio.

Se hallan igualmente allí, páginas transidas de fervor, como las de "Vigilia" y aquellas que siguen, antes de sus "Variaciones sobre un tema"; de las

poesías consagradas a José Clemente Orozco y a Octavio G. Barreda —tan recordado por nosotros—; de esos "Camino de la Gracia" y del "Viaje", donde el poeta pronuncia su final plegaria:

—Dadnos pureza y nombre,
señal de gozo al fin.
Dadnos, Señor,
verdad amor y llama en este incendio.

Como tema de su discurso, nuestro amigo y colega tuvo el acierto de elegir la poesía de Manuel Martínez Valadez, paisano suyo, menos recordado que otros poetas jaliscienses de nuestros días, y acreedor, como hemos podido comprobar, a un interés mayor que aquel que se le ha prestado. A rectificar esa actitud contribuirá sin duda el estudio al cual Navarro Sánchez —poeta que enfoca aspectos de otro poeta— nos invita.

Le hemos seguido mentalmente al situar a Martínez Valadez en la generación que precede a la de Navarro Sánchez, con esos dos libros únicos: *Visiones de provincia* y *Alma solariega*, que respondían al llamado del instante: después de los años de lucha y dispersión, la vuelta a lo propio, hasta profundizar en lo más íntimo, y ahondar en la entraña de la provincia, la cual defiende y preserva lo que está a punto de irse.

Tras la semblanza y la definición del poeta, el examen de esos dos libros, con muestras elocuentes de su poesía: El crítico interviene, para informarnos primero acerca del autor, y subrayar a continuación versos y vocablos, hasta hacernos percibir toda la belleza del contenido. Después de haberle escuchado, podemos disfrutar plenamente de sus imágenes y sugerencias.

De su lectura, del análisis de los poemas, estrofa por estrofa, se deriva una lección noble: podemos comprender mejor al poeta y apreciar en su valor al crítico y al maestro que imparte enseñanzas desinteresado, porque su propósito consiste en aproximarnos al escritor y relacionarnos con su obra, al situarla en el ambiente y el momento precisos.

Finalmente, Navarro Sánchez volvió al tema del desarraigo, que Echavarría eligió para su discurso comentado aquí. Da nueva interpretación al mismo, pues lo alumbró con luces procedentes de fanales no encendidos en la ocasión en que fue por vez primera expuesto. "La reciedumbre del arraigo se afirma en el reposo" asienta Navarro Sánchez, en su discurso.

Al iniciarlo afirmó que llegaba entre nosotros "convencido del ejercicio de la humildad, que es base de todo aprendizaje". Yo quiero desprender de esa frase una palabra: *humildad*, que tan bien corresponde a la sencilla acti-

tud del Correspondiente que arriba sin orgullo, convencido —a pesar de eso— de su propia valía.

Es la que conviene al espíritu franciscano de Adalberto Navarro Sánchez —sincero devoto, ejemplar practicante; hombre modelo en su hogar, en el taller, en el aula, en el templo donde se le escucha—, el nuevo colega a quien me complace saludar esta noche, por su feliz arribo a esta Academia y tenderle cristianamente los brazos, al decirle, con la fórmula tradicional desde los días del culto escondido en las catacumbas hasta el presente que se ilumina con luz y voces llegadas desde espacios remotos: "¡Sea bienvenido!"

LA PROSA ARTÍSTICA DE EFREN REBOLLEDO *

Por don ALLEN W. PHILLIPS

Señores Académicos, señoras y señores:

Movido por la más sincera gratitud y por los dictados de la cortesía, quisiera iniciar la lectura de mi discurso de ingreso en la Academia Mexicana afirmando que es para mí un señalado privilegio y honor estar ante ustedes esta noche a pesar de ciertas vacilaciones debidas a mi falta de merecimientos académicos. Al decir que mi breve obra no me otorga los adecuados títulos para ser designado Miembro Correspondiente de su Academia, no es un mero acto de modestia, sino que obedece a un sincero y profundo conocimiento de mi propia persona. Y esta situación en que me hallo aquí y ahora, gracias a la extremada benevolencia de ustedes, tiene ya convertidas poco menos que en tópicos todas las formas de lo que puede decirse en obligada cortesía y en debido reconocimiento.

Tal vez pudiera dar un rumbo eficaz a la genuina expresión de mis sentimientos si me fuera permitido evocar la memoria de dos ilustres miembros de esta Academia, que tan altamente me ha honrado al nombrarme su Miembro Correspondiente. Me refiero a don José María González de Mendoza y a don Francisco González Guerrero, cuya amistad tanto ha significado para mí y a cuyas excelencias espirituales tanto debo. Quisiera dedicar a su recuerdo mis palabras de esta noche, porque estoy seguro de que lo exiguo del ofrecimiento no hubiera impedido a la generosidad de ambos amigos aceptarlas y conferirles la seguridad de su amparo y el beneficio de su amable patrocinio.

Por otras avenidas del compromiso cordial podría aventurarme en el empeño de justificarme ante ustedes. Están aquí hoy presentes muchos que han sido mis maestros en el descubrimiento de la cultura mexicana y como ella se manifiesta en el caudal de su literatura y su arte. A sus lecciones debo,

* Leído en sesión pública efectuada el 23 de julio de 1971.

no sólo cuanto viene a constituir mi modesto equipaje de profesor en letras hispánicas, sino también lo que en verdad cuenta como fruto del cultivo de un mundo artístico; esto es, el amor a las idealidades que lo constituyen y a la suma de realidades que lo fundamentan.

Tal es la honda raíz de mi devoción por México. Una devoción que desde hace ya muchos años orienta mis trabajos literarios, informa a las tareas docentes y es parte integrante de mi mundo afectivo y espiritual. No quiero hacer de este sentimiento entrañable una carta credencial ante la consideración de ustedes. Y, sin embargo, casi no tengo otras recomendaciones para explicar la benevolencia de ustedes. Debo así fiarlo todo a la actitud generosa que tan bien cumple a la finura del carácter mexicano. Finura y generosidad —permítaseme decirlo— que por modo ejemplar se personalizan en el dignísimo presidente de la Academia, don Francisco Monterde, maestro y amigo, a quien también dedico, como mínima expresión de mi agradecimiento, el ensayo que leeré ahora.

En este momento, para mí de azoro y de emocionado compromiso, séame permitido dejar de lado todo intento retórico y cifrar en una sola palabra todo lo que siento y todo lo que les debo. Que llegue a ustedes, pues, en todo su vigor indicativo, esa buena y noble palabra que se dice: *gracias*.

En el trabajo que se lee esta noche, me propongo estudiar un aspecto casi desconocido u olvidado del escritor mexicano Efrén Rebolledo (1877-1929): el de su prosa artística en la novela, la crónica y el poema en prosa. Sólo de manera muy ocasional cultivó el ensayo, y aquí no me concierne su obra de dramaturgo y de traductor.¹

Planteos previos

En la constelación de poetas mexicanos agrupados en torno a la *Revista Moderna*, órgano principal por muchos años del modernismo en México, Rebolledo es indudablemente un escritor de menor categoría, sobre todo vis-

¹ De regreso en México, Rebolledo publica en 1916 su tragedia en prosa, de tema histórico, *El águila que cae*, y más o menos de la misma época datan sus traducciones de Wilde, Maeterlinck y Kipling. En una nota elogiosa de la obra y la persona de Rebolledo, Rafael López llama la atención sobre la importancia de sus versiones de Wilde. "Una interesante traducción," *Crónicas escogidas* (México, 1970), pp. 61-63.

Se anunciaron de Rebolledo un libro de ensayos, *Frente a la cordillera*, y también una novela titulada *Adoratio*. Ambos títulos figuran en las guías bibliográficas de José Luis Martínez [*Literatura mexicana. Siglo XX, Segunda parte* (México, 1950), p. 100] sin mayores precisiones. Luis Mario Schneider, recopilador y prologuista de las *Obras completas* (México, 1968) de Rebolledo opina que los dos títulos mencionados no llegaron a publicarse nunca (pp. 11-12).

to desde la perspectiva de hoy. No ha tenido por lo tanto la fortuna bibliográfica de sus compañeros generacionales, aunque sería injusto no recordar aquí algunos breves y justos ensayos de Francisco Monterde, Carlos González Peña, Rafael López, Enrique Díez-Canedo y, de modo especial, el estudio que Xavier Villaurrutia dedicó a su poesía, en el cual se destaca la tónica fundamental de su obra en verso: el erotismo sexual.² Quisiera añadir que en 1968 el INBA, en las excelentes ediciones dirigidas por Antonio Acevedo Escobedo, publicó las *Obras completas* de Efrén Rebolledo, un volumen sobre cuya utilidad es obligatorio insistir dada la conocida rareza de ciertos libros del escritor.

Hoy se recuerda a Rebolledo sobre todo por dos razones: por haber iniciado en la poesía mexicana el verdadero erotismo en los excelentes sonetos de *Caro victrix* (1916) y también por ser uno de los primeros introductores del japonismo en las letras nacionales. En su época, a pesar de sus prolongadas ausencias del país en misiones diplomáticas, su obra se comentaba elogiosamente en la prensa literaria, y ningún comentarista más entusiasta que José Juan Tablada, cuyo centenario de nacimiento se conmemora en este año de 1971.³ La obra de ambos escritores tiene vago aire de familia,

² Xavier Villaurrutia, Prólogo a los *Poemas escogidos* (México, 1939), pp. 9-21. Las mismas páginas se imprimen también en *Textos y pretextos* (México, 1940), pp. 37-50.

Al comentar este prólogo de Villaurrutia, Octavio Gabino Barrera ["Efrén Rebolledo", *Letras de México*, II, 15 de julio de 1939, p. 3] escribe que Efrén Rebolledo es "uno de los eslabones perdidos entre el modernismo mexicano y la revolución en la poesía que inicia en México Ramón López Velarde" y, al final, se citan los siguientes versos de Rebolledo que traen eco indiscutible de otros de López Velarde: "Todo enmudece, y al sentir el grato / crespón de tus caricias, mi gozosa / virilidad se enarca como un gato."

Octavio Paz, por su parte, al querer definir el linaje poético de López Velarde, afirma: "...quizá hay que volver a leer al olvidado Efrén Rebolledo; algunos de sus sonetos eróticos hacen pensar vagamente en poemas de Zozobra". "El camino de la pasión", *Cuadrivio* (México, 1965), pp. 71-72. Y más adelante en el mismo texto [Nota 3, p. 91] Paz advierte, sin mencionar ahora a Rebolledo, que para muchos poetas mexicanos la pasión "...no fue la preocupación tiránica que fue para López Velarde."

³ De Tablada hay que recordar dos textos fundamentales: primero, la "Máscara" publicada en la *Revista Moderna* (septiembre de 1903), bella página que luego sirve de prólogo a *Joyeles* (1907) de Rebolledo, y segundo, la breve nota en *El Mundo Ilustrado* (7 de junio de 1914) titulada "Versos de Augusto Genin; Prosas de Efrén Rebolledo; Un nuevo poeta", que se recuerda en otro contexto por ser el espaldarazo que Tablada da a Ramón López Velarde en aquella fecha remota de 1914. El libro de que se ocupa Tablada es el titulado *Caprichos* (Tokio, 1914) y de él dice: "El libro de Rebolledo, por pequeño, puede ocultarse, como una perla entre valvas de nácar, cabe las manos de una mujer mexicana; es un 'mignardise'".

en gran parte por su japonismo, pero al mismo tiempo los dos se diferencian notablemente porque Rebolledo se mantiene siempre fiel a la estética modernista, casi de un modo anacrónico si se tiene en cuenta que no muere hasta 1929. Tablada, por otra parte, era un escritor inquieto y curioso, en constante evolución, que con el tiempo deja atrás la herencia de la *Revista Moderna* para ser el primer vanguardista mexicano e introductor de una nueva forma lírica.⁴ Por lo tanto, no me parece exagerado decir que Rebolledo es el escritor mexicano más extremadamente modernista, con todos los defectos y virtudes que implique aquella lealtad. De ahí, pues, la preterición de Rebolledo, cuya obra en cierto sentido se inmoviliza en una estética pasada de moda y que no trasciende sino en muy contados momentos la época en que se escribió.

Por la inveterada costumbre que tenía Rebolledo de pulir incansablemente lo ya publicado y de refundir sus libros en nuevas ediciones, es algo difícil establecer con rigor una periodología exacta para su verso y su prosa. Sin embargo, creo que pueden distinguirse cuatro etapas en su vida literaria, en parte condicionadas por sus estancias diplomáticas en el extranjero. El periodo inicial, durante el cual era uno de los más asiduos colaboradores de la *Revista Moderna*, comienza con la publicación en 1900 de su primera novela *El enemigo* y se cierra con la aparición, en 1907, de *Joyeles*, una antología que refunde sus primeros libros de poemas publicados en Guatemala. En la segunda etapa, "la japonesa", publica Rebolledo la primera edición de *Rimas japonesas* (1907), y ahora su obra se enriquece sobre todo con tres libros en prosa (*Nikko*, *Hojas de bambú*, y *Caprichos*). Hacia 1916 el autor está de nuevo en México y comienza un tercer periodo de gran productividad literaria. En verso publica su célebre colección de sonetos eróticos *Caro victrix* y, en el mismo año de 1916, *Libro de loco amor*, otra colección antológica de sus poesías; de aquel entonces datan su única obra de teatro, una tragedia en prosa, y las finas traducciones mencionadas en una nota anterior; y, se dedica con ahínco a la prosa, dando a luz los poemas en prosa de *El desencanto de Dulcinea*, en dos ediciones distintas en 1916 y

...es un relicario, un parvo joyero, un minúsculo frasco de quintaesencias, por las preciosidades que contiene... Lo integran doce poemas en prosa... Tienen bella imaginación, rápido erotismo, pero sobre todo, estilo precioso en la noble acepción del adjetivo..."

⁴ Villaurrutia escribe además: "La poesía de José Juan Tablada y la de Efrén Rebolledo tienen entre sí un perceptible aire de familia. Sería fácil decir en qué se asemejan, pero la diferencia entre Efrén Rebolledo y José Juan Tablada, desde el punto de vista que ahora nos ocupa, estriba en que el primero fue, en cierto modo, su propio crítico, mientras que Tablada ha estado esperando un crítico que, para mostrar mejor la importancia de su obra, separe las ramas accidentales de su árbol y deje ver los frutos." *Ob. cit.*, pp. 13-14.

1919 respectivamente, y la novela *Salamandra*, también de 1919.⁵ Otro dato relacionado con la vida literaria de Rebolledo en aquellos años suele olvidarse: dirigía en 1917 con González Martínez y López Velarde la importante revista *Pegaso*, en cuyas páginas poco publicó nuestro autor. En 1919 se marcha nuevamente de México, rumbo a Noruega, donde finaliza su vida literaria con la publicación de *Joyelero* (poesías completas) y la novela *Saga de Sigrida la Blonda*, ambas obras de 1922. En Madrid, donde muere el poeta poco tiempo después de su llegada a la capital española, se hace una reimpresión parcial de *Joyelero* (1929).⁶ A modo de resumen, es fácil notar que Rebolledo, con el avance de los años, se consagra cada vez más a la prosa aunque se anuncian sus *Poemas noruegos*, y que en su obra quedan huellas indelebles de sus prolongadas estancias en el Japón y en Noruega.

Clasificación de la prosa de Rebolledo

Como punto de partida casi obligatorio en mi estudio de la prosa artística de Efrén Rebolledo, es una necesidad intentar una rápida clasificación de ella por géneros, porque, a mi inicio, se repiten en la mayoría de las fuentes de consulta bibliográfica ciertos errores que quisiera rectificar. Son cuatro sus novelas (*El enemigo*, *Hojas de bambú*, *Salamandra* y *Saga de Sigrida la Blonda*), y como veremos, son obras netamente modernistas, de interés histórico para el estudio de la problemática de la novela artística en Hispanoamérica desde sus comienzos con *Amistad funesta* (1885) de José Martí. Esa dirección novelesca, tantas veces olvidada por la crítica al uso, continúa en Silva, Darío, Díaz Rodríguez, Larreta y otras figuras menores para extinguirse prácticamente en la década de los 1920 con la publicación de *Alsino* de

⁵ En una buena y amistosa nota de despedida, fechada en marzo de 1919 y titulada "Luego una playa de la Noruega...", Rafael López (*Ob. cit.*, pp. 233-236) afirma: "La breve estancia de Rebolledo entre nosotros, fue más fructífera para la literatura que los largos años pasados fuera de la patria..." (p. 236). Del último libro de su viejo amigo, la novela *Salamandra*, dice el cronista: "...pequeña novela frágil y exquisita como un juguete de vidrio, en cuyo asunto se me antoja ver unos minutos de las horas ociosas y artísticas de Efrén, gastándose como un fino jabón de olor en las manos frecuentemente duras de la vida (p. 233)."

⁶ En unas acertadas páginas comprensivas y justas, Enrique Díez-Canedo rememora, después de la muerte del poeta, su paso breve por Madrid. Recuerda cómo Nervo en 1902 lo había llamado "un modernista de alma parnasiana"; luego añade el crítico español: "...Más me agradaría invertir la fórmula. Su exterioridad, la materia dura del verso es eminentemente parnasiana; lo 'modernista' es el espíritu, contagiado de todas las fiebres que caldeaban la inspiración de aquellos días." "Efrén Rebolledo," *Letras de América* (México, 1944), p. 214.

Pedro Prado, *El hermano asno* de Barrios, *Pasión y muerte del cura Deusto* de d'Halmar, *El embrujo de Sevilla* de Carlos Reyles, y otras obras de menor categoría. No olvidemos que en el mismo decenio comienzan a aparecer las grandes novelas clásicas de América, cuyos autores son en cierto sentido herederos del modernismo, especialmente Rivera y Gallegos.

La obra *Nikko* (1910) de Rebolledo ha sido clasificada también como novela, pero es en realidad, a mi juicio, un pequeño libro de crónicas e impresiones japonesas, de prosa eminentemente descriptiva, cuyos fragmentos apenas se articulan en un argumento que pudiera darle calidad de novela.

Por último, Rebolledo escribió una serie de prosas breves, de entonación lírica, en su mayoría sin argumento o trama. Por lo tanto, aquellas prosas se aproximan a un género muy de moda en aquel entonces: el poema en prosa. No son, como se ha dicho, propiamente cuentos, y estoy seguro de que no los consideraba así su autor e incluso observo que algunos de ellos los publicó con el subtítulo de "poemas en prosa". Aquella forma lírica le interesaba desde muy temprano,⁷ y en el libro híbrido de verso y prosa que Rebolledo publicó con título de *Estela* (1907) se recogen cinco piezas líricas en prosa. Sin embargo, el libro más importante de breves fragmentos poéticos en prosa es, desde luego, *El desencanto de Dulcinea*, obra que no es ni novela y menos aún una colección de ensayos.

⁷ El poema en prosa "La cabellera," incluido más tarde en *El desencanto de Dulcinea*, edición de 1916, se publicó originalmente en la *Revista Moderna* (agosto de 1900), con la nota "Para Julio Ruelas."

La historia bibliográfica de sus prosas cortas, que prefiero clasificar como poemas en prosa, es sumamente compleja y no nos concierne directamente aquí. Sin embargo, quisiera anotar que en *Estela* las cinco prosas son las siguientes: "El soliloquio del espejo", "Más allá de las nubes", "Las olas", "El horror del olvido" y "Madrigal marino." Todas ellas, con la excepción de "Más allá de las nubes", a veces con leve cambio de título, pasaron a *El desencanto de Dulcinea* en su edición de 1919.

No he podido conocer directamente a *Caprichos* (Tokio, 1914), título que no recoge Schneider en su bibliografía, pero por la nota antes citada de Tablada sé que el libro se compone de doce poemas en prosa, entre ellos "El horror del olvido", "El desencanto de Dulcinea" y "Jardín zoológico". Me inclino a creer que en gran parte se reproduce su contenido en *El desencanto de Dulcinea*.

Al comparar las dos ediciones de *El desencanto de Dulcinea*, se ve que el autor ha suprimido en la de 1919 algunos textos, todos ellos pertenecientes a la edición anterior ("Por los ojos", "La cabellera", "El palacio de Otojimé", "El coloquio de los bronceos") y ha agregado unos nuevos ("Mujeres flores", "Gloria", "Si fuera Zeus", "Pudo haber sido"). Rebolledo publica (*Revista de Revistas*, Núm. 413, 31 de marzo de 1918, p. 16), junto con "Si fuera Zeus", otro poema en prosa "Retorno de la primavera", el cual no entra en la edición de 1919.

Caracterización general de la prosa novelesca de Rebolledo

Efrén Rebolledo, tanto en el verso como en la prosa, es, como se ha dicho reiteradamente, un alto artífice, siempre distinguido y atento a su paciente labor de orfebre. Crea una prosa plástica y pulida, de mérito formalista, y su estilo es de la época. Sobre todo perdura en su obra lo que aprendió de los parnasianos franceses, y, de modo especial, de Teófilo Gautier, cuyo conocido lema sobre la escultura poética encabeza *Cuarzos*, el primer poemario de Rebolledo.

Sus novelas suelen ser diluidas y a veces parecen ser pretextos para bordar exquisitos fragmentos en miniatura, crear atmósferas o meras sensaciones, con frecuencia perversas o malsanas. Poco le interesaba la narración directa de hechos novelescos, y a menudo la marcha de la obra se interrumpe o se fragmenta en efusiones poéticas. A veces el novelista se detiene en la recreación de ambientes pintorescos o costumbres exóticas, especialmente del lejano Oriente. Sus personajes son típicos de la novela modernista: unos tipos raros, elegantes y refinados, con frecuencia artistas vistos en su vertiente decadentista. En ese contexto el lector de la prosa de Rebolledo no deja de recordar muchas veces a Huysmans, cuya obra conocía muy bien el escritor mexicano, como también la conocía el cubano Julián del Casal, escritor a su vez muy semejante a Rebolledo.⁸ Aquellos personajes de las novelas del escritor mexicano suelen moverse en un mundo aristocrático y cosmopolita, de lujo y de salón. La acción de sus novelas transcurre característicamente en un escenario exótico: *Hojas de bambú* en el Japón y *Saga de Sigrída la Blonda* en Noruega, con la debida atención, en cada caso, a la recreación pintoresca de aquellos países. Las otras dos novelas son de ambiente mexicano.

Por último, el tema casi exclusivo de las novelas de Rebolledo es el amor y la pasión sexual. Como he dicho anteriormente, Villaurrutia acierta al encontrar lo más vital del poeta en su erotismo, y el mismo crítico finaliza su ensayo con las siguientes palabras referidas a la prosa de Rebolledo:⁹

...De Wilde heredó Rebolledo el amor a la llamada prosa artística. Por ello podemos hablar de las propiedades de la prosa de Rebolledo como de las de un cuerpo en química, y decir que es inflexible, pesada

⁸ En el prólogo a *Joyeles (Obras completas, ed. cit., p. 90)* escribe Tablada: "Rebolledo entró en la literatura por la puerta gótica-flameante que Huysmans erigió como arco monumental de triunfo, y por eso su numen fraternizado con Des Esseintes en dilecciones, ama lo extraño, lo impoluto, lo virginal, así lo encuentre en el nectario de una flor maldita o en el carapacho rutilante del quelonio gemado, bestia familiar en el 'lararium' del héroe paradojal."

⁹ Xavier Villaurrutia, *Ob. cit.*, p. 21.

y brillante; pero ¿cómo hablar de las cualidades vivientes de una prosa que dentro de la obra de Rebolledo puede colocarse en el mismo plano que los poemas dictados por la sencilla ley de escultura retórica? La prosa de Rebolledo, como su poesía artificiosa, fue su máscara. La poesía erótica es la íntima cara de Efrén Rebolledo.

Cabe recordar aquí, sin embargo, que la prosa de Rebolledo es eminentemente erótica, con las mismas notas voluptuosas y sensuales, y que sigue muy de cerca aquella línea trazada en su mejor poesía.

En general la prosa novelesca del escritor mexicano adolece de los defectos visibles en la mayoría de las novelas modernistas: una prosa tan artificiosa, en la cual todo parece supeditarse a una paciente labor de un orfebre de formas brillantes, tiende a cierta paralización narrativa. Una excepción a lo dicho es la última y más lograda novela de Rebolledo, *Saga de Sigrída la Blonda*, en que se percibe una nueva intimidad en los personajes principales. Mayor atención se concede también al desarrollo narrativo. Hasta aquel amor trágico, ahora de naturaleza mucho más ideal que en sus ficciones anteriores, conmueve en algún momento, aunque no desaparece del todo el fondo artístico y aristocrático en que transcurre la acción de la obra. Es verdad que Rebolledo paga un tributo excesivo a las modas de la época, de las cuales no se aparta jamás, pero sus novelas no carecen de cierto interés histórico y estético.

El enemigo (1900)

En 1900, con dedicatoria a Valenzuela y Urbina, se publicó la primera novela de Rebolledo con título de *El enemigo* en las ediciones de la *Revista Moderna*. Esa breve obra se caracteriza sobre todo por un decadentismo finisecular y un sensualismo mórbido, con no pocos resabios de un naturalismo pasado ya de moda. En ella se dramatiza un típico conflicto anímico al que se aficionaban mucho los modernistas: el que existe entre la carne (que es el enemigo del título) y el amor puro, fundido de modo característico lo erótico con lo religioso. En este sentido la novela se relaciona con un motivo de la poesía de Darío, Nervo y otros modernistas e igualmente presente en la prosa de Silva, Díaz Rodríguez, sin olvidarnos de las *Sonatas* de Valle-Inclán y hasta de *Camino de perfección* de Baroja. Más que una novela de circunstancias *El enemigo* es la de una personalidad torturada y perversa, y así se afilia con la ficción hispanoamericana y española que hacia aquellos años de principios de siglo rompía definitivamente sus amarras con la novela tradicional del XIX.

La obra se abre con una descripción simbólica de un paisaje desierto, de

calor abrasante, en que se desliza un negro y silencioso río, en cuyas orillas están sentados hombres y mujeres "con una sombra de atonía en los ojos, y el pensamiento ausente de imágenes y memorias (135)".¹⁰ Sigue diciendo Rebolledo:

País más horrible que el de la Locura; más cruel que el del Sufri-
miento; por donde pasa todo el mundo; a donde van los neuróticos;
donde sucumbe el débil. Porque cuando tu víctima es pusilánime,
Monstruo desolador, la cansas en la lucha, la fatigas, la disgustas con
tu aspecto de bestia repugnante, y como un tallo que se dobla, se hunde
irreparablemente en tus aguas negras.

Respiras tu aire maléfico, y la frente que alcanza tu hechizo se frun-
ce, la mirada se extingue, el pensamiento se nubla, el vigor dormita, el
ser desfallece, hasta que la rebeldía sacude el espíritu y lo despierta
del sueño en que lo tenía abismado tu fascinación (*Ibidem*).

El protagonista de *El enemigo*, Gabriel Montero, personaje a su vez carac-
terístico de la ficción modernista, es una de las víctimas de aquellas aguas
monstruosas. Es un tipo raro y diferente, solitario y sin afectos, que vive
entregado a sus deseos e instintos sexuales, aunque es verdad que los trata
de vencer por un acto de voluntad que fracasa a la larga. Gabriel es tam-
bién algo artista, y en sus ensueños se refugia de la vida estéril; se tortura
incesantemente por el autoanálisis a que se somete con marcada frecuencia.
De su personaje, una mezcla de virtud y de vicio, de abstinencias y caídas
lamentables, escribe Rebolledo:

Sus noches eran un hervidero de pesadillas sensuales; apenas se co-
menzaba a dormir veía en la sombra a una odalisca pellizcando las
cuerdas de un arpa, miraba a mil cupidillos vertiendo perfumes en
abrasados pebeteros, y al son de arpa saliendo de todas partes rondas
de impuras mujeres: unas completamente desnudas, otras más inquie-
tantes aún, cubiertas con velos sutiles como telas de araña, y todas
perezosas, indolentes, provocativas, torciendo sus cuerpos en inverosími-
les escorzos, desatadas las cabelleras, incitantes las bocas, coléricos los
granates de los senos; bailando, incitando los apetitos, hasta que el
despertar las hacía huir por entre las sombras cadereando...

Mas aquella lujuria era sólo cerebral: en la prueba sucumbía su
pobre cuerpo... pero el cerebro siempre en vela, trabajando clandesti-
namente, dando vuelta a la fantasía a mil absurdas imágenes; en repo-
so solamente cuando lo absorbía el estudio, asociando la idea lasciva
como sombra fatídica a todo pensamiento (137-138).

¹⁰ Salvo indicación contraria, todas las citas textuales de Efrén Rebolledo corres-
ponden a la edición de sus *Obras completas* (México, 1968), ya mencionada.

Sin embargo, en algunos momentos de aparente energía vital, Gabriel procura elevarse sobre lo mezquino y lo materialista, exaltándose en un afán de alcanzar el ideal espiritual, pero luego, abatida la voluntad, busca la satisfacción más inmediata de los sentidos. De ahí, pues, el movimiento interior de la novela: una constante oscilación entre los raptos místicos y los imperios dictados de la carne.

El argumento de la novela es sencillo. Gabriel, deseoso de amistad y de afecto, se relaciona con la familia Medrano. En aquel ambiente sano, sencillo y hasta vulgar, se siente irresistiblemente atraído por una de las niñas. Clara, persona callada y cándida, de alma inocente y piadosa, se caracteriza por su inclinación al misticismo. Por aquella senda mística y a través de lecturas, entre místicas y sensuales (las de Fray Manuel de Navarrete y Sor Juana Inés de la Cruz), que siembran efecto en el alma de Clara, Gabriel la va seduciendo poco a poco. Con el tiempo, sin embargo, queda preso en sus propias redes, porque parece enamorarse a su modo de aquella niña y busca su propia redención espiritual en ese amor inmaculado. Un día la sorprende en sus prácticas devotas y, transfigurada por la fe, la ve Gabriel de la siguiente manera:

Lucían los áureos cabellos de la extática, brillaban bañando su frente de luz suave, envolvían como un humo los nácares de sus orejas, lamían como una llama la nieve de sus vestiduras; y deslumbrado y atraído por aquella cabellera luminosa, la miraba enroscarse y fulgurar, la veía transformarse en una placa deslumbradora, ardiente como el metal fundido...

TURRIS EBÚRNEA

Atraída por los ojos de Gabriel, clavó en él sus ojos seductores: sus ojos verdes, húmedos, en cuyo fondo blanqueaba el candor; y en su quieto cristal estaban reflejadas todas las ternuras; ojos claros aún no empañados por las lágrimas:

STELLA MATUTINA

Sus labios encendidos temblaban; sus manos distinguidas, transparentes, de falanges encanutadas, de uñas sonrosadas y lucientes como diez gemas, juntaban sus palmas cóncavas suplicando; sus senos, semejantes a dos copas, se estremecían desbordándose de unción; todo su ser vibraba, perfumaba como un vaso lleno de ungüentos preciosísimos; y airosa, trémula, ardía como un cáliz de amor... 144-145).

A pesar de desviarse momentáneamente del camino redentor, entregándose de nuevo a sus apetitos materialistas, Gabriel siempre vuelve a la casa en busca del reposo y convalecencia espiritual que la vida le niega. Hasta sugiere a Clara la idea de vestir el hábito de religiosa, y, cuando se decide por el de la Damianita, le regala un libro de oraciones, en elegante y artístico estuche, en cuya primera página le escribe un soneto. Gabriel se siente seguro del triunfo por haber labrado el alma de Clara; se duerme el deseo y ya no es mero esclavo de sus instintos; y se afirma un amor por lo visto ideal en que iban fundidas las dos almas:

Amaba Clara sumisa y abandonada, entregada absolutamente a Gabriel, en quien veía un ser superior, como si fuera favorecida por una gracia celestial; y él también la amaba enamorado de tanta inocencia, recibiendo el culto de aquel corazón que ora ardía como brasa ardentísima donde el amor quemaba granos de incienso, ora perfumaba como una *rosa mística*, o alumbraba como cirio inextinguible en el santuario de su recíproca adoración.

Era aquel un amor llegado a los más celestiales deliquios; dominador, purísimo; de dos almas que podrían comunicarse de lejos porque no necesitaban de la corporal presencia; pues en la sombra, con los ojos entrecerrados para ver interiormente, y sin necesidad de ningún contacto físico sus espíritus como dos inmortales ángeles vestidos de oro y de luz se daban un beso eterno; las almas solas, fluidas, impalpables; confundándose como dos soplos, mezclándose como dos llamas, cruzando sus perfumadas espirales como dos nubes que se levantan del mismo aromático incensario.

El amor tal como debe ser idealmente: puro, intelectual, los unía con sutiles cadenas de diamante, y el Deseo, la engañosa serpiente del paraíso, no asomaba aún su cabeza por entre las frondas del jardín, para tentar la curiosidad de aquella Eva candorosa (154).

Pese a aquellas efusiones engañosas, una noche Gabriel tiene un sueño profético, durante el cual se le despierta de nuevo la lujuria y se afirma el conflicto "entre la pureza de su ilusión y el cieno de sus tendencias (157)". En aquella pesadilla fantástica, de sensaciones e impresiones inconexas, se mezclan lo religioso y lo erótico. Se oye también la voz de Clara y la percibe así:

... surgía Clara provocativa, avanzando indolentemente, entreabriendo la boca como demandando un beso; levantándose el hábito y mostrando el arranque de una torneada pierna; hacía la estameña transparente y a través del manto y del escapulario veía revelarse las escondidas formas que simulaban estar cubiertas con un traje de agua; y la clarisa mostrábase descocada y desapudadora, porque reía, desordena-

da la cabellera como la de una furia; brindándole el placer; lanzando de sus ojos candentes lumbraradas y asomándose a sus labios los besos, como frambuesas encendidas (155-156).

Después de aquella visión nocturna, el desenlace no se hace esperar. Al día siguiente Gabriel se dirige a la casa y encuentra sola a Clara, vestida de religiosa. Como puede imaginarse, se despierta en él toda la lascivia reprimida y, sin poder resistir a la bestia de su sangre, la posee violentamente.

Además del estilo plástico y sensorial de *El enemigo*, del cual son ilustrativos algunos de los fragmentos textuales ya citados, la marcha de la novela se interrumpe por una larga descripción de la Iglesia de Santa Clara (Capítulo X). En este momento se recuerda también el relato de otra niña alegre y hermosa, que en tiempos coloniales profesaba en el convento. Se había quedado hechizada por la música seráfica de la fuente y en las aguas veía su propia imagen vestida con hábito de las Claras. El interés de Rebolledo por lo arquitectónico continúa páginas después cuando Gabriel, llevado por su melancolía y una vaga propensión hacia lo místico, visita los templos de la ciudad, descritos con prolijidad, en relación con la belleza artística y exterior del rito (Capítulo XI). En resumidas cuentas, la novela, esencialmente introspectiva, presenta el análisis de un personaje típico, que representa más que otra cosa la confusión entre lo religioso y lo erótico, con el triunfo esperado de la carne sobre el ideal.

Hojas de bambú

De menor importancia es, a mi juicio, la segunda novela de Rebolledo, la que apareció en 1910 bajo el título de *Hojas de bambú*.¹¹ En efecto, a pesar de una diluida anécdota amorosa apenas desarrollada, la obra es casi un pretexto para estampar una serie de impresiones pintorescas y emociones estéticas de la vida y las costumbres japonesas. Una curiosa confirmación de aquello es que el capítulo V se abre de la siguiente manera, como si fuera una epístola descriptiva dirigida a Justo Sierra:

¹¹ Sobre el japonismo de nuestro autor se ha escrito: "El japonismo de Rebolledo era auténtico, no como el de Tablada, que se asomó apenas a la tierra del Mikado y cuya erudición japonesa no traspasó los límites de lo libresco. Rebolledo, sin llegar a conocer el alma del Japón como Lafcadio Hearn, era autoridad en asuntos de aquel lejano pueblo europeizado y orgulloso. La fealdad de Rebolledo, que era mucha, compensada con su inteligencia, su cultura y su simpatía, lo ligó acaso con aquel país cuyos rasgos físicos de raza poseía mucho más que los occidentales." Enrique González Martínez, *La apacible locura* (México, 1951), p. 142.

A don Justo Sierra:

Cuando me despedí de usted, fue servido de sugerirme que estampa algunas de mis impresiones de viaje, y, obedeciendo a tan benévola sugestión, me complazco en enviar a usted un puñado de hojas de bambú, que, en mis revuelos de golondrina, he arrancado aquí y allá, con mano presurosa, de los bosques de cañas esbeltas que, manteniéndose siempre erguidas, aunque ceden al impulso del viento, simbolizan un poco la filosofía japonesa (188).

Y precisamente en aquel capítulo de la novela se describen en primera persona las andanzas y viajes del autor en el Japón.

El protagonista de *Hojas de bambú*, Abel Morán, es un joven mexicano recién recibido de abogado que hace un viaje de recreo al Oriente antes de establecer en México su bufete. Se mueve en una sociedad aristocrática y cosmopolita, codeándose con diplomáticos y ociosos trotamundos. Entre aquéllos, por lo demás, había un Secretario de la Legación Mexicana "...japonófilo hasta los tuétanos y osado merodeador en los abstrusos vericuetos del habla japonesa (180)." No sólo está salpicado el texto de palabras japonesas, sino que también Rebolledo alude a ciertas fuentes librescas sobre el Imperio del Sol Naciente, entre ellas los estudios de Edmundo Goncourt y de Gonse, las novelas exotistas de Pierre Loti, y, por último, los preciosos textos de Lafcadio Hearn.

Abel Morán visita al Yoshiwara, la extraña Ciudad de Lujuria donde habitan las *oiranas*, descritas en detalle, y a otros barrios nocturnos de Tokio, pero es en la Fiesta de los Cerezos donde ve por primera vez a la deslumbrante belleza americana Miss Flasher, que despierta en el joven vértigos de pasión. Después, en un raptó de nostalgia por la patria y formándose sueños de éxito profesional en pro de la justicia y del progreso, se decide por la vuelta a México. En el mismo barco se encuentra con la hermosa dama:

...que poseía todos los encantos de la hembra, mostrándolo con irresistible poder en sus provocativos contornos y en sus hipnotizadoras pupilas de ave de presa que, si lo amilanaban, era porque le producían la sensación de hallarse a bordo de espantosos abismos de sensualidad, en las mismas puertas, abiertas de par en par, del pavoroso infierno del Sexo; para Abel Morán que, por paradójico sentimiento, se veía simultáneamente atraído y atemorizado por Miss Flasher, la coincidencia de aquel encuentro no era, en modo alguno, resultado del acaso, sino maquinación de la propia fatalidad, que los había puesto juntos para que se realizara el temido presentimiento, de que,

emponzoñado por un amor maldito, habría de sufrir inaplacados huracanes de pasión, insatisfechas sedes de desierto, inendulzables amarguras de océano (195).

Y ese hecho banal arrebató a Abel en olas encendidas de pasión y deseo. En las librescas escenas de amor, que sobrevienen en el camarote del joven, ella lo tantaliza con sus truncos y repentinos abandonos, sin entregarse nunca por completo al ardiente mexicano. Ante la negativa de aquella mujer inexorable, que fraguaba un casamiento, Abel con cierto rencor se separa de ella, "virgen a medias", y, al finalizar la novela, piensa en su novia mexicana con quien se va a casar al llegar otra vez a la patria. De trama muy débil, la obra interesa sobre todo por lo que nos dice Rebolledo sobre las costumbres y el paisaje de aquel país lejano.¹²

Salamandra (1919)

De mayor envergadura como novela es tal vez *Salamandra*, publicada en 1919, en la cual se cuenta la destrucción del poeta y elegante cronista de teatro Eugenio León por Elena Rivas, mujer hermosa y apetitosa. Ella, con deleite perverso y cruel —digno del Marqués de Sade, recordado en el texto— se dedicaba a hacer sufrir a sus infinitos pretendientes. Fría como la salamandra y poseedora de un gato negro, Elena despierta en todos pasiones funestas y logra que de ella se enamore perdidamente el poeta. Al romper con él, le manda, en una caja de terciopelo blanco, forrado de satén, "...una

¹² Quisiéramos reproducir aquí una carta de Rebolledo, fechada en Tokio, el 29 de diciembre de 1907, y dirigida a Valenzuela: "Mis hojas bambú (sic) decididamente (sic) las dejo comenzadas; acabo de leer los *Vislumbres del Japón Desconocido* de Lafcadio Hearn, escritos en una prosa asiática pasmosos de exactitud, y no obstante, me han cansado, me han cansado por la forma del libro, un libro de impresiones como yo pretendo escribir, un diario, que es, tengo para mí, la forma más ingrata para un libro. Todas las notas que he recogido las aprovecharé en una novela que lanzaré el año entrante." Sigue hablando Rebolledo de sus viajes y su vida en el Japón, y el último párrafo de la misma carta dice: "Porque aquí después de cierto tiempo cuando la novedad se convierte en cosa corriente, la vida es bastante monótona, en las noches, especialmente, fuera de alguna atildada comida donde se sabe de antemano qué cosas se han de decir y hasta a qué horas se ha de fastidiar, no hay nada, nada. A las doce de la noche es un cementerio el Japón." *Revista Moderna*, IX (Núm 5, enero de 1908), pp. 307-308.

El mismo "E. V.", en sus notas bibliográficas (*Revista Moderna*, XV [Núm. 5, enero de 1911], pp. 319-320), dedica un breve comentario a *Hojas de bambú*, llamando el pequeño libro "una diminuta y rara preciosidad marfilina del Japón (p. 319)".

cabellera de profundo negro, sobre cuyas ondas espesas y perfumadas parecía flotar el espíritu de Baudelaire (267)". Desdeñado León por esa mujer cruel, va cuesta abajo hacia la más abyecta ruina, y a poco se lee en el periódico que en su cuarto modesto se había suicidado ahorcándose con aquella cabellera negra de Elena. Con esta muerte, digna de un poeta según ella, se había cumplido su plan, pero irónicamente aquella idea fue prefigurada en la última estrofa de una poesía de la misma víctima, en la cual se exaltaba la belleza femenina en toda su sensualidad. Los versos finales del poema titulado "Un raudal de promesas" son los siguientes:

Y una espesa mortaja, una fúnebre ajorca
Es tu lóbrego pelo; mas tanto me fascina,
Que haciendo de sus hebras el dogal de una horca,
Me daría la muerte con su seda asesina (257).

Por lo ya dicho, se ve que ésta es una novela de erotismo malsano y de sensaciones morbosas, cuya filiación es poco menos que obvia. Rebolledo ha novelado, pues, un motivo literario. Por su tonalidad, sin embargo, la obra se relaciona con los admirables sonetos de *Caro victrix* publicados un poco antes en su primera edición. Más aún hay que recordar aquí también los sonetos eróticos de los "Doce gozos" de Leopoldo Lugones, publicados en la *Revista Moderna* con dedicatoria a José Juan Tablada. A ellos se refiere textualmente Rebolledo y hasta cita una imagen tomada de "Oceánida" cuando escribe:¹³

A la mañana siguiente se levantó tarde, como sienta a una mujer elegante, y se sumergió en la bañera después de coquetear con el agua, que al penetrar entre sus muslos se aguzó como una daga, según el bello símil del poeta de *Los crepúsculos del jardín* (271).

Nuevamente Efrén Rebolledo ha permanecido fiel a los modos modernistas de novelar. Las acostumbradas fuentes librescas, los interiores de gran

¹³ El primero, me parece, que recuerda a Lugones en este contexto era Jorge Cuesta en su *Antología de la poesía mexicana moderna* (México, 1928), donde escribe: "...Su obra, concebida dentro de un raro ideal de expresión puramente erótica, podría compararse con una parte muy admirada de la del argentino Lugones. Un paralelo entre los 'Doce Gozos' y los doce sonetos de *Caro Victrix* sería fecundo en perspectivas críticas para la definición espiritual de Efrén Rebolledo (p. 57)."

Díez-Canedo, al referirse a los sonetos amorosos de *Joyelero*, los considera "emparentados con los más encendidos de Herrera y Reissig y de Leopoldo Lugones." *Ob. cit.*, p. 215.

lujo y repletos de objetos de arte, la sociedad aristocrática, de señoritos ricos y de artistas avasallados todos por la belleza de la pérfida Elena Rivas, cuya sensualidad se describe detenidamente, son elementos que delatan con claridad esa predilección artística. El escenario es la capital de México con brevísima estancia en una hacienda en el camino de Querétaro, donde no puede durar mucho tiempo Elena, mujer "...demasiado refinada para poder vivir en contacto íntimo con la naturaleza (268)". Unos vistazos rápidos a las calles y tiendas más elegantes. Conversaciones frívolas. Una exposición de cuadros. Prosa decorativa y estilísticamente muy elaborada. Y, como nota final, quisiera llamar la atención sobre una novedad en la presentación de los materiales novelescos. Después de dos citas sobre la frialdad de la salamandra, la primera de Plinio y la segunda de Cellini, la novela se divide en breves capítulos encabezados por una frase que aparecerá, con pocas variantes, en el cuerpo del texto. Por ejemplo, el capítulo en que se describe inicialmente a Elena lleva por epígrafe "Barbey d'Aurevilly la habría escogido como modelo para escribir una de sus *Diabólicas* (254)" o este otro hacia el final de la obra: "Contemplaba el sufrimiento de su víctima con un deleite digno del Marqués de Sade (268)". Ese procedimiento hace que el reseñador anónimo de *Revista de Revistas* escriba que la novela aparece "como si fuera un argumento cinematográfico".¹⁴

Saga de Sigrída la Blanca (1922)

Efrén Rebolledo da a luz en Cristiania su última novela *Saga de Sigrída la Blanca* en 1922. Es, sin duda alguna, la más lograda de sus ficciones. En esta bella saga de la infortunada Sigrída la felicidad y luego el dolor de los amantes convencen; los personajes principales tienen más vida íntima; y sobre todo la novela se envuelve en una profunda melancolía sentimental e incluso tierna, elemento desde luego ausente en las obras novelescas anteriores. Cuando Amado Nervo, en 1902, habla de Rebolledo poeta, ve en él con acierto el artífice y el técnico que con cierta frialdad cincela y pule el verso. Estas frases también podrían aplicarse a su prosa. Pero luego agrega Nervo en aquel texto temprano: "Paciente obrero, tenaz obrero... pero le falta acaso la santa melancolía, la aureola de la honda emoción, la excelsa nobleza de la pena."¹⁵ En esta novela y en algunos de sus poemas en prosa,

¹⁴ Anónimo, *Revista de Revistas*, 27 de julio de 1919, p. 21. El mismo cronista ve en la Exposición Pictórica del pintor Rutilio Inclán el retrato del artista Saturnino Herrán.

¹⁵ Amado Nervo, "*Cuarzos*. Poesías de Efrén Rebolledo", *Obras completas*, II (Madrid, 1962), p. 351.

Rebolledo parece alcanzar aquella emoción que antes le faltaba según Amado Nervo. Se impone, pues, una verdadera y convincente angustia por la dolorosa separación de los amantes; se insiste en la naturaleza efímera del placer aunque la frase de Ibsen, "¡Cómo es maravilloso vivir y ser feliz!" se repite varias veces como contrapunto de la tragedia final.

No es que en la novela desaparezca del todo cierta literarización de la vida, ni tampoco abandona Rebolledo un estilo rico en alusiones librescas, sobre todo las múltiples reminiscencias de la cultura nórdica. Ahora el novelista, no obstante, da mayor atención al desarrollo narrativo del idilio amoroso que termina en la muerte de Sigrida. Por lo demás, el concepto del amor es distinto en su última novela: no es un amor completamente erótico, de los meros sentidos, sino otro más puro y sincero, alejado de todo decadentismo, sin que se excluyan de él la entrega apasionada y el deseo físico. Tal vez en la obra misma pueda verse más de un detalle autobiográfico.

Si *Hojas de bambú* y *Nikko* reflejan la larga estancia de Rebolledo en el Japón, ahora se trata de Noruega, a donde su carrera errante de diplomático lo había llevado hacia finales de su vida. Quizá no sea dato perdido recordar que en Noruega el escritor estableció su hogar. *Sigrida la Blonda* es, pues, en cuanto al ambiente exterior e interior, una novela blanca. Leamos dos breves fragmentos en los cuales se destaca esa nota cromática:

Blanda, suave, quietamente caen los copos de nieve, más ligeros y delicados que si fueran plumas de cisne.

Desde que impera el invierno de barba florida y manto de armiño, la montaña se ha convertido en un alcázar de alabastro de cuya pompa blanca y fría huyeron las aves. La llanura se extiende como una alfombra de tiza, se antojan de mármol los techos que eran de pizarra, pieles de osos árticos tapizan los jardines, estiran los deshojados árboles sus secas ramas que fingen estar cubiertas de azúcar y los escaparates se arrebujan con un velo de escarcha. En el horizonte entoldado de plomo, el sol, frío como si fuera una luna, apenas osa mostrar su disco esarlata (273).

...No es en los ojos sino en el cerebro donde experimento la sensación de la luz, donde percibo la vibración de su abanico de cristal, donde siento el batir de sus alas de plata...

Al través de las vidrieras de las ventanas se divisa la verdura de los árboles y el azul turquesa del cielo, donde un tropel de nubes blancas sugiere la tropa de las valquirias de alabastrados brazos que galopan hacia el Valhala en sus albos bridones de crines plateadas (293).

A su vez, Sigrida es pura y blanca, de ojos azules y pelo rubio, de alma dulce y compasiva, y Rebolledo la representa desde un principio como una

virgen digna de la Edad Media: "Constante como Isolda, callada como Cordelia y pura como Margarita (272)." De aquella niña ideal, vista por primera vez en una estación, se enamora el diplomático Edmundo Serna, y, pasados tres años desde aquel primer encuentro casual:

¿Será ella, se pregunta, será ella, la esperada, para quien guardo todas las ternuras de mi corazón? ¿Será ella, la amada, que he buscado en vano en todos los rincones del mundo, y que no he encontrado en México, ni en Guatemala, ni en Tokio, ni en Nueva York, ni en Estocolmo, ni en Copenhague ni en París?

Todo el ardor de su alma tropical lo reconcentra en sus ojos oscuros que suavemente y sin tregua se dirigen hacia los ojos de Sigrida, de quietas y transparentes honduras, como la tibia corriente que desde el seno agitado del Golfo Mexicano se encamina a imprimir su dulce beso en las aguas heladas del fjord (284).

Estrechándose cada vez más sus relaciones amorosas, los dos experimentan dudas sobre su futuro por las ineludibles diferencias de temperamento y de formación que los separan espiritualmente. Sin embargo, terminado el largo invierno, blanco y frío, de noches interminables, llega la primavera:

Semejante a una princesa que apareciera en un solio azul, en una sala decorada con tapicerías de pavos reales y alfombrada con tapetes turquescos, la primavera se presenta ostentando toda la pompa de su cielo y sus montes azules, de sus frondas y céspedes verdes, de las borlas moradas de sus lilas y de copas encarnadas de sus tulipanes.

No hace sino unos días que la nieve imperaba doquiera y estaban mudos los bosques, y de súbito, como si obedeciera a un conjuro de Aladino, la tierra se tapiza de hierba y los árboles se engalanan de hojas. Los arroyos que estaban cautivos quebrantan sus cadenas de hielo, y ufanos de su libertad, descienden saltando entre las quebras como una jauría de lebreles de plata. Los pájaros tornan a sus nidos vacíos tocando sin tregua sus jocundos flautines, y los lagos ciegos recobran la vista, volviendo a ver el bosque y el cielo con sus ojos azules.

Al mismo tiempo los días son más y más largos, como si enamorado de la hermosura de la tierra, el sol se demorara en los umbrales del horizonte, hasta que el crepúsculo, que roba sus tonos argentados a la alborada, toma el lugar de las tinieblas y funde su misteriosa claridad con la opalescencia del amanecer, produciendo el prodigio de las "noches blancas" (291-292).

y, en esta estación alegre y florida, se consuma el amor, completo y feliz. Poco tiempo dura la felicidad. Pasa la primavera:

Otra vez la noche se atavía con su túnica de sombrío terciopelo y enciende los candelabros de oro de su alcázar azul.

Fue la primavera como la amorosa mirada de unos ojos zarcos; fue el verano como el beso de unos labios en flor; fueron las noches blancas como el batir de un ala plateada en el espacio, y sin embargo, fueron menos breves que la dicha de Sigrida, cuyos sueños se deshojaron antes de que la borasca tapizara el suelo con su alfombra amarilla (297).

Antes de poder casarse con ella, a causa de ciertas rutinas legales, Edmundo tuvo que trasladarse a San Francisco por orden del Ministerio. Comienzan los largos días de espera y de soledad angustiada. Obtenida por fin la licencia necesaria, Edmundo parte apresuradamente para Cristiania y, a bordo del barco que lo lleva al reencuentro con la amada, tiene de ella la siguiente visión ideal:

La ausencia que, como la muerte, posee virtudes purificadoras, ha limpiado su amor de toda impureza, y mira delinearse a Sigrida más que como una mujer como un hada, o como una de esas criaturas vaporosas que creó el genio de Poe, Annabel Lee, la niña que mora en el Reino a orillas del mar, o Elena, que sueña en un jardín donde los rayos de la luna descienden sobre las caras levantadas de las rosas, o la dulce y rara virgen a quien llaman los ángeles Leonor (302).

Al vislumbrar la costa noruega, Edmundo se imagina la figura de Sigrida en el muelle, pero la tragedia del amor ha sido consumada:

...el *fjord* de seno profundo y helado, de aguas tan quietas que se antojan inmóviles en medio de los acantilados de duro granito, no puede restituirle el cuerpo de la dulce, de la tierna, de la santa, de la más rubia y más hermosa virgen que haya visto la luz con sus ojos azules en la fría y lejana Thulé (302).

A pesar de los breves momentos de dicha alcanzados por los amantes, hábil es la preparación de la tragedia amorosa, insinuada por una serie de motivos fatídicos. He aquí, por ejemplo, la luna maléfica:

La luna brilla con luz espectral, como un fantasma que se hubiera levantado de su sepulcro, pero que despega los labios para revelar los secretos del más allá. Resplandece como un ópalo enorme, la gema de mal agüero, y coruscando fatídicamente, esparce sus rayos embrujados que le dan a la tierra cubierta de nieve la lúgubre apariencia de los desiertos lunares. Se destaca como una copa de ajeno, el tósigo

que produce la locura. Avanza como una hechicera vertiendo sus encantados reflejos, que a modo de sutiles agujas henchidas de drogas envenenadas, provoca tristezas infinitas y ansias inaplacables, enfermando y embelesando al mismo tiempo, como las notas dulces y desgarradoras de los preludios de Chopin (289).

En el momento casi final, el mar, cuyas olas antes le ofrecían "las sedas de sus hamacas azules (279)" y que cantaban de alegría, ahora tiende a Sigríða "negras mortajas heladas (299)". De nuevo surge la luna fría y espectral:

El creciente argentado de la luna que la ha visto con las mejillas siempre bañadas de lágrimas, cruza el éter impregnado de suspiros, con las puntas agudas vueltas hacia el cenit, como señalándole el camino del cielo...

No mires a la luna, que brilla como un ópalo, la gema del mal agujero, tú no sabes cómo es de falsa, y no sigas sus insinuaciones porque es una pérfida consejera. Mira que Edmundo te ama y que el vapor en que viene a buscarte ya pronto mostrará su penacho negro en el horizonte (300).

Por otra parte, un poco antes de la consumación del amor, se ven las tres Nornas, "hijas de la Ilusión, que registran los destinos de los dioses y de los hombres (292)", en posturas simbólicas de alegría y de paz. Más adelante, ya separados los amantes por el destino, se afirma una clara premonición de la tragedia que ahora se precipita:

...Urða, con triste semblante, escribe con una péñola de cuervo en el libro que reposa en sus hinojos; Verdandi, abatida, ha dejado caer a sus pies sus guiraldas de flores marchitas, y Skuda extiende la mano hacia el horizonte como apartando una visión que hace cerrar sus ojos de espanto (299).

Es verdad que Efrén Rebolledo no tiene por lo general fibra de novelista, pero la *Saga de Sigríða la Blonda* alcanza momentos felices, sobre todo en la expresión de un sincero dolor sentimental que no se encuentra en las otras novelas. Más atendida es también su estructura novelesca y menos paralizados están los resortes narrativos. Casi, aunque no del todo, sabe Rebolledo resolver aquí el conflicto básico entre el afán de escribir una página brillante y las necesidades interiores del género novelesco.

Breve paréntesis sobre Nikko (1910)

El presente libro, publicado en 1910 y breve como solían ser las obras de Rebolledo, al parecer se inspira directamente en unas vacaciones de verano

pasadas en Nikko, hermoso sitio de cascadas a donde van los capitalinos para escaparse del calor. También para el autor, a pesar del monótono deslizarse de los días, Nikko representa una escapada del tedio y de la rutina de la vida diplomática, cuyo encanto estriba en: ¹⁶

...la vida en contacto íntimo con la naturaleza, lejos de los afanes de la capital; en marchar en medio de columnatas de cedros que forman tupidas bóvedas de follaje y en aspirar el efluvio corroborante de sus perfumadas resinas mezclado con el embriagador aroma de la tierra mojada, en tanto que suena la garrulería continua de las cigarras. El encanto reside en el agua proteica, que halagando los ojos cuelga en cortinas, flota en flecos, se desteje en cintas y se desgrana en diamantes; en el agua sonora, que hechizando el oído retumba en las cascadas, arrulla en los ríos, gorjea en los regatos, charla en los chorros y cuchichea en las gotas cristalinas (32).

Nikko no tiene argumento; los personajes en su mayoría colegas diplomáticos o trotamundos están desdibujados; a veces se incorporan a la prosa unos rápidos diálogos; y la posible intriga sentimental entre el escritor y la señorita Nieve, que lo acompaña a menudo en los paseos, no se desarrolla, aunque de ella escribe al final:

...pienso melancólicamente en que la señorita Nieve, sin saberlo, con su espiritual belleza había bordado un sueño de oro en mi vida y puesto un delicado toque de poesía en el soberbio cuadro de Nikko, durante aquel raudo verano refrescado por las auras aromáticas de cedros, y musicado por las dulces flautas del agua y los jocundos saltorios de las cigarras (61).

No faltan en la obra las acostumbradas palabras japonesas, ni las obligadas referencias a Lafcadio Hearn y a Pierre Loti. Del último escribe Rebolledo:

Requiero mi libro en octavo de forro amarillo que resulta ser las *Japoneías de Otoño* de Pierre Loti, y me acuerdo, no sin ser bañado por una onda melancólica, que hace mucho tiempo, en una época en que no me imaginara el menos venir al Japón, allá muy lejos, en el terruño ahora distante miles de millas, leí con fruición ese propio libro, saboreando goloso su rareza, y siempre bañado por la misma onda melancólica, árbol en el capítulo sobre Nikko.

¡Cuánta inexactitud!...y no obstante leo, leo sin tregua, y con la misma delicia que en la época en que no me imaginara al menos

¹⁶ Las citas corresponden a la primera edición, México, 1910.

venir al Japón, las brillantes páginas de estilo límpido y rodado, semejante a una conversación muy espiritual, con dejos de fisga, me parece, del brujo escritor que con sus fantásticas pinturas de luefies tierras engaña a la par que deleita a sus maravillados y atónitos lectores (56-57).

El libro entonces se compone de cuadros descriptivos y pequeños fragmentos de bella prosa lírica. Se relaciona *Nikko*, por lo tanto, con otro género predilecto de los modernistas: la crónica y el apunte de viaje. Rebolledo describe con prolijidad los templos; se refiere a las leyendas sagradas; pero sobre todo evoca el paisaje de Nikko en una prosa eminentemente sensorial, con atención especial concedida a lo visual y lo sonoro. Veamos, pues, algunos fragmentos que revelan el talento de paisajista que tenía Rebolledo. Un *leit motif* de todo el libro, varias veces repetido, es el chirrido de las cigarras y así comienza *Nikko*:

Así una orquesta de mil jocundos salterios, las gayas cigarras, con sus ríspidas estridulaciones, tañen la sinfonía del verano en la sombra caliente del follaje.

Solitario en el cielo color de turquesa, como el espejo de Amateratsu en el interior de un santuario shintoísta, el sol derrama cálidos rayos de luz que anegan las calles de reverberantes reflejos, y adormecen a los árboles que, borrachos de calor, acallan el susurro gárrulo de sus hojas (5).

Otro breve texto sonoro merece citarse aquí:

La pequeña cascada que cae allende el templo, charla muy quedo, y de los cercanos bosques llega amortiguado el bullicio de las cigarras... Todo calla.

En el diáfano ambiente del mediodía resuenan entonces hasta doce campanadas, cuyas vibraciones al principio rotundas, vibrantes, jubilosas, se desvanecen poco a poco en roces de alas de seda y zumbos de élitros satinados, reproduciendo ese sonido muy dulce, muy suave, muy velado, que enfatizando la apacible calma mide el lento curso del tiempo (46-47).

Por último, quisiera copiar otro ejemplo de la prosa sensorial e impresionista de *Nikko*:

El agua transformóse primero en azules y transparentes nieblas que flotaron sobre el torrentoso cauce del Daiyagawa; que se columpiaron, envolviéndolas con sus impalpables tules, sobre las colgaduras de en-

caje de las cascadas, y como silenciosos vuelos de palomas se guarecieron en las espesas copas de los cedros; convirtiéndose luego en traslúcida bruma, al través de cuyo velo se adivinaron todavía las cimas de las montañas, lo mismo que en ciertos *kakemonos*; trocose después en plúmbeas nubes como masas de humo que se aglomeraron, ocultando el techo zarco del cielo, y tornóse a la postre en tozuda lluvia que cae sin cesar colgando en flecos cristalinos de los tejados y formando pezones en los charcos amarillentos (55-56).

Libro breve y ameno, sin mayor trascendencia, cuyo mayor mérito son las páginas líricas dedicadas a la descripción sensorial de la naturaleza.

Los poemas en prosa de Rebolledo

A lo largo de su vida literaria Rebolledo no dejó de cultivar el poema en prosa y hasta incorporó a su libro *Estela* (1907), de verso y prosa, cinco muestras de aquel género puesto de moda por los modernistas en aquellos primeros años del siglo XX. Es posible también que haya logrado algunas de sus mejores páginas en aquellos fragmentos líricos que oscilan entre meras efusiones y una diluida anécdota narrativa. La historia bibliográfica de esos textos es compleja, como hemos indicado ya, y no nos interesa aquí, pero en las siguientes páginas nos proponemos ocuparnos del libro *El desencanto de Dulcinea*, que tuvo dos ediciones distintas, las de 1916 y 1919, ambas encabezadas por la frase de Oscar Wilde "*All art is quite useless*". En ellas se recogen textos de épocas muy anteriores al lado de los más recientes.¹⁷

Por la variedad temática y formal que caracteriza los poemas en prosa de Rebolledo es sumamente difícil reducirlos a una síntesis viable. Mayormente son de tema amoroso y, desde el punto de vista estilístico, recogen de modo excesivo y en forma enumerativa todo el lujo suntuoso del modernismo (la pedrería, los objetos de arte, el japonismo, los exotismos), pero en unos textos Rebolledo logra cierta sencillez depurada. El vocabulario es siempre selecto, la frase pulida y a menudo artificiosa. En sus mejores momentos, sin embargo, el escritor nos habla de sus tristezas, de sus desencantos, de su tedio y sus sueños irrealizables. Hay en esos poemas en prosa, de cuando en cuando, como en su última novela, un hálito de intimidad, a veces

¹⁷ Luis de Urutia y Arana (*Revista de Revistas*, Núm. 319, 11 de junio de 1916, p. 12) encuentra como virtudes de la obra una "distinción de lenguaje y la aristocracia de emoción", y luego agrega: "Es un poeta que sabe escribir la prosa; sobre todo aquella inactual. Es un artista un poco inclinado a la opulencia de ciertos autores de conocida filiación..."

romántica o melancólica, que se percibe aun dentro del artificio general que los matiza.

Como antes dije, la mayor parte de esas breves prosas son naturalmente de tema amoroso, a veces sensual o melancólico. La pena romántica, de partida y separación, y el deseo frustrado de perdurar en la memoria de la amada que dispó alguna vez su soledad caracterizan "El horror del olvido". Nuevamente la ausencia y la despedida son motivos centrales en "La pesca", cuyo título primitivo era "Madrigal marino"; en "Pudo haber sido" se trata de un desengaño amoroso, vislumbrando el escritor la posibilidad no realizada de "haber alcanzado la voladora quimera de la felicidad" al lado de la mujer amada.¹⁸ Un erotismo satánico caracteriza "La cabellera", que llevaba dedicatoria a Julio Ruelas al publicarse por primera vez en la *Revista Moderna*, y en esta prosa el poeta maldito estrangula a la amante con su cabellera de azabache:

...La cabellera lo atraía y lo horrorizaba a la vez como poderoso imán; la acariciaba; jugaba con ella; la extendía sobre la marmórea espalda; la dejaba correr como un río, como un río tenebroso y de aguas encantadas; cual si fueran flores, comenzó a deshojar sobre ella sus sueños que flotaban y se hundían en la cascada de ébano; ante aquella corriente bituminosa, de ondas crespas y frías, pensó en la barca de Aqueronte cargada con los infelices que se encaminan al infierno (237).

Unas páginas son sencillamente descripciones líricas de mujeres ("Mujeres flores"); otras panegíricos galantes ("Gloria", "Por los ojos"). Copiamos un fragmento característico de la última prosa mencionada:

Algunas veces que os he sondeado largamente os he robado algunos secretos. En vosotros, verdes transparentes, he vislumbrado todas las riquezas de los mares: caricias como algas aterciopeladas; ansias ávidas como esponjas; lujurias rojas como corales; perlas voluptuosas. Explorando vuestro éter, azules soñadores, he visto arder el sol, palidecer la luna y titilar la estrella de la tarde, la polar y todas las constelaciones luminosas. En vuestra selva, ¡oh garzos!, he contemplado las áureas naranjas de las Hespérides, las manzanas incitantes del Edén, las lascivias desperezándose negligentemente como nerviosas panteras y las concupiscencias ataraceando mi carne como tigres feroces. Hurgando en vuestras tinieblas, negros impenetrables, oigo allá en el fondo del abismo despeñarse un torrente y adivino en sus linfas espumas furiosas y cabrilleos fosforescentes (235).

¹⁸ La cita corresponde a la edición de 1919, México (Antigua Imprenta de Murguía), p. 98.

En "La letanía de O Járuko Sama", escrita en renglones de extensión variada, se ruega a la mujer, exaltada en términos altamente sensuales, que tenga piedad de su miserable existencia, dándole una hora de olvido. Por último, en "La procesión de las olas" el poeta solitario y triste contempla el mar. He aquí la elaborada descripción de las olas: ¹⁹

...Vienen garruleando como chiquillas, y luego de desgranar collares de risa, desaparecen, olvidando en la arena sus conchas color de rosa. Pero ya se adelanta un corrillo de zagalas atareadas trayendo en las manos azafates de vasos de Venecia, las cuales tropiezan a su arribo escabulléndose entre ruidoso rumor de cristalería rota. Otras extienden al llegar su cargamento de encajes de Bruselas. Aquéllas se abalanzan en carrozas de esmeralda de las que tiran caballos árabes de rizadas crines de armiño.

El escritor acaba por identificar todo su infinito deseo amoroso con el movimiento de aquellas olas:

Y como esa ola, la más grande, la más impetuosa de todas que se acerca dando saltos precipitados, un deseo infinito se levanta en mi pecho que por ti late: el de ser como el mar, tan grande y poderoso como lo es el mar, y que todos mis anhelos y todos mis pensamientos y todos mis sueños, que acuden desde lo más remoto de mi existencia y surgen desde lo más profundo de mi corazón, como las olas vienen desde las más distantes lejanías del horizonte y se yerguen de las más hondas simas, se acercaran hacia ti... y que lo mismo que las olas se aproximan con musitaciones de plegarias, con músicas de besos, con explosiones de sollozos, siempre apresurándose hacia la playa y siempre alejándose de nuevo sin desmayar nunca, así fuera yo hacia ti, a enternecerte con mis súplicas... como el vaivén armonioso de las olas, nunca dejara de acariciarte y de ceñirte y de besarte y de cantarte, tendiendo hacia ti mis brazos, y ofreciéndote el tesoro inagotable de mis esperanzas, de mis adoraciones, de mis suspiros y mis lágrimas.

Otros fragmentos líricos tienden hacia la parábola ("El desencanto de Dulcinea", "El extranjero desconocido"); otros obedecen a raptos de la más pura fantasía. Así es, por ejemplo, "Jardín zoológico", en que se recrea un extraño bestiario, en parte mitológico. Tampoco falta la inspiración helénica en el breve apunte "Si fuera Zeus", del cual transcribo unas líneas: ²⁰

¹⁹ *Ibidem*, p. 32.

²⁰ *Ibidem*, pp. 93-94.

Me convertiría en un magnífico cisne negro, y a la hora ardiente de la siesta, en el tapiz aromático de la hierba esmaltada de flores, te acariciaría con mi cuello que ondularía como una serpiente negra, te envolvería con mis alas de aterciopeladas plumas negras, y en un minuto supremo por el que daría mi trono de relámpagos y de nubes, me agitaría como un huracán negro sobre tu asustada y palpitante blancura.

Más fabuloso aún es el viaje que se hace en sueños al suntuoso castillo submarino montado primero en la tortuga de Uráshima y luego en un esquife de carey impulsado por delfines ("El palacio de Otojímé"). En otro texto ("El coloquio de los bronce") se entabla diálogo en el estudio del poeta entre Cuauhtemotzín y Masahigué, inmortales adalides de México y del Japón. Más narrativa es la prosa "Más allá de las nubes", en la cual se cuenta el ascenso a la cima de un volcán guatemalteco y, dentro del conjunto de poemas en prosa, tiene la singularidad de ser en gran parte una descripción del paisaje americano en toda su majestad grandiosa y gigantesca.²¹

Por fin, entre los poemas en prosa de Rebolledo, se destaca a mi juicio el titulado "El soliloquio del espejo", recogido en *Estela* y en ambas ediciones de *El desencanto de Dulcinea*. El espejo vive en una perenne agonía, siempre vigilante, y sin ser dueño de sí está condenado a ver sin poder ni siquiera cerrar los ojos. Su alma es la luz y de ella es víctima. Es por lo demás hijo del artificio y no puede defenderse del dolor. Habla el espejo del amor en los siguientes términos:

Porque nadie osará negar que el amor ha menester del contacto para comunicarse con el ser amado; para satisfacer y realizarse. Le es necesaria la caricia, lo completa el beso, lo consume el abrazo. Yo soy el único amante a quien está vedada toda esperanza; el único a quien no le es dable tocar la fimbria de la mujer que anhela, siendo tan miserable que me muero de envidia por cualquier objeto que no tiene alma y por consecuencia no sabe sufrir ni paladear la voluptuosidad ni el deleite. Me cambiaría gustosamente por una alfombra, por un anillo, por una liga, y cuenta que no menciono a las venturosas sábanas (239).

Sin embargo, el espejo admite finalmente en su soliloquio que tiene una sola grandeza, que lo coloca por encima de muchos hombres:

²¹ Una nota característica de toda la prosa de Rebolledo son sus modos de adjetivar; crea y busca calificativos que no son los usuales; y de esta prosa, como botón de muestra típica, me permito copiar algunos adjetivos: *límbico*, *niagavesco*, *azúreo*, *ungulado*, *dispreziado*, *sabuloso* y *multiparo*.

Pero como todo ser que el dolor tortura poseo una grandeza digna del más elevado espíritu: que soy sincero, que siempre y en todas ocasiones digo la verdad. Inmóvil y todo, soy superior a la lisonja; estoy más alto que la adulación; soy incorruptible; encarno el símbolo de la justicia; pero no de la que comete entuertos y tergiversa razones como esos espejos espurios de caras convexas o cóncavas que deforman las imágenes; y soy insobornable, soy terso; éste es mi orgullo que me coloca por encima de muchos, . . . (*Ibidem*).

En resumidas cuentas, creo que cuando se escriba la historia del poema en prosa en México Efrén Rebolledo tendrá pleno derecho a figurar entre los escritores que han cultivado con éxito aquella forma lírica que se ha prolongado desde el modernismo hasta la literatura contemporánea de nuestros días.

Para concluir, Efrén Rebolledo es un prosista de cierta distinción, siempre elegante y atildado, que ha logrado algunas hermosas páginas, especialmente las descriptivas de corte impresionista. Como sucede con casi todos los escritores modernistas, el género de la novela no le favoreció, con la posible excepción de la última que publicó. Mayor éxito tuvo quizá en el poema en prosa y en la crónica de viaje. Por una excesiva fidelidad a un estilo de escribir, sobre todo en la vertiente parnasiana, su prosa no es actual y pocas veces trasciende su época. A pesar de esas limitaciones, Rebolledo es un escritor que no merece el olvido, y representa, tal vez como ningún otro mexicano, un modernismo total y absorbente.²²

²² En una nota final, quisiera recoger las siguientes palabras, que antes no conocía, del excelente crítico José Emilio Pacheco referidas a la prosa de Rebolledo: "El interés de la prosa de Rebolledo es menor que el de su poesía, aunque tiene amplia significación en el desarrollo de la 'escritura artística' mexicana. *El enemigo* parece una variante a *El bachiller* de Nervo. *Nikko* son impresiones de viaje y lo mismo, apenas noveladas, *Hojas de bambú*. *El águila que cae*, tragedia en tres actos, es una lamentación por la derrota azteca. Coincide con los intentos plásticos de Saturnino Herrán por hacer apreciar el pasado prehispánico. Más que los cuentos de *El desencanto de Dulcinea* y el relato *Saga de Sigfrida* (sic) *la Blonda*, es importante *Salamandra*. Entre muchas páginas estáticas y sutilmente ornamentadas a la manera visual de Pierre Louys, *Salamandra* (1919) es la novela más *art-nouveau* de nuestro modernismo y la primera en que surge la capital post porfiriana. Al centro y al margen de la lucha armada la influencia estadounidense desplaza a la francesa. Elena Rivas —a medias *diabolique* y a medias *flapper*— es ya la mujer nueva que anuncia el mundo a punto de surgir entre las ruinas de la guerra, y en donde no hay lugar para la bohemia del novecientos: el poeta Eugenio León termina ahorcándose con la cabellera que le envió Elena Rivas, quien lo obliga a cumplir una idea baudelaireana expresada en sus versos. De un solo golpe la realidad asfixia el *spleen* y el ideal." *Antología del modernismo* (1884-1921), Tomo II (México, 1970), p. 116.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

El ingreso como correspondiente extranjero de Allen W. Phillips en la Academia Mexicana de la Lengua, acordado en noviembre de 1969, depara la oportunidad de advertir cómo con tal determinación se establecen dos precedentes en esta casa: es la primera vez que se acoge en su seno a un escritor norteamericano, y también por la primera vez un miembro correspondiente extranjero comparece aquí para dar a conocer su discurso formal de presentación.

A nadie, aun someramente enterado del desarrollo de las letras mexicanas y su resonancia en el exterior, puede sorprender la incorporación de Phillips a las tareas de la Academia. Colocado en el límite cenital de la luz de la vida, hace un cuarto de siglo que nuestro autor se halla ligado a la entraña de México por la vía del estudio, de la afectividad y aun de la familiar, ya que una de sus hijas es oriunda de esta capital.

Nacido en Providence, Rhode Island, en 1922, su familia se traslada a Inglaterra y allí realiza Phillips parte de los estudios de primaria, para concluirlos después en los Estados Unidos, donde adquiere el conocimiento de las lenguas romances: español, francés e italiano, puertas incitadoras hacia el camino de la literatura. Tras de terminar a los veinte años su Bachillerato en Artes en 1942, los requerimientos de la segunda guerra mundial lo mantienen en Inglaterra y en Francia, como servidor de la Fuerza Aérea, hasta obtener el grado de sargento técnico.

Pero veamos de qué modo las contingencias lo acercan a la realidad de nuestro país. A la edad de dieciséis años la curiosidad intelectual lo trajo a México, donde además de asistir a conferencias literarias de Xavier Villaurrutia y a otras acerca de economía y problemas agrarios, profundizó en el estudio de la lengua española con una maestra de la altura de Berta Gamboa, la esposa de León Felipe.

Al año siguiente retornó como integrante de una brigada filantrópica que, impulsada por sentimientos solidarios, vino a prestar auxilios a la población de Tuxpan, Jalisco, dañada por un temblor cuya rudeza dejó ruinosos testimonios. Se trataba de ayudar a la reconstrucción de casas, calles y postes del alumbrado, y Phillips realizó toda clase de trabajos bajo la dirección de maestros mexicanos.

A fines de 1947 le tenemos otra vez entre nosotros, pues ha resuelto especializarse en literatura hispanoamericana y española. Inscrito en la Facultad de Filosofía y Letras, aparte de adentrarse en tales disciplinas recurre a las fuentes de la historia y la filosofía de México. De aquella etapa que le iba

revelando nuestras esencias recuerda vivamente, entre otros maestros, a don Francisco Monterde —el actual director de esta Academia—, don Julio Jiménez Rueda, Rafael Sánchez de Ocaña y Bernardo Ortiz de Montellano. A través de otro maestro, Agustín Yáñez, le llegaron las iniciales vislumbres de la profundidad y alcances del mundo poético de Ramón López Velarde. Aquí alcanzó el título de Maestría en Literatura —como algo más tarde en su país el de Doctor en Filosofía—, y al reintegrarse a los Estados Unidos impartió cursos en universidades de Nueva York y Michigan, hasta recalar de modo permanente en la Universidad de Chicago, donde ilustró desde 1955 sobre literatura contemporánea de Hispanoamérica y España. Ahora su sede se halla en la Universidad de Austin, Texas.

Esa nunca desasistida vocación por el estudio, más una gravedad y rigor que en él parecen congénitos, conformaron en Phillips una personalidad de autorizado crítico literario. Como tal se le reconoció desde sus inicios en esa práctica, y es así como a partir de 1950 numerosos artículos suyos y notas sobre temas de la literatura hispánica se han venido acumulando en publicaciones de primerísima jerarquía de los Estados Unidos, España, Chile, Puerto Rico, México. Su curiosidad discurre de preferencia por los rumbos de la poesía, a cuyo entendimiento y análisis dedicó tan ceñida preparación. Portavoces literarios de la categoría internacional de *Nueva Revista de Filología Hispánica*, *Revista Hispánica Moderna*, *Revista Iberoamericana*, *Cuadernos Americanos*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Hispanic Review*, *La Torre*, *Ínsula*, etcétera, difundieron las apreciaciones de Phillips —siempre apoyadas en un punto de vista original, soslayado— acerca, por ejemplo, de Herrera y Reissig, el poema de Antonio Machado "La tierra de Alvar González", Espronceda, García Lorca, Valle Inclán, la prosa artística de Lugones, afinidades entre Laforgue y Lugones, Guillermo de Torre y la crítica literaria, Luis Cernuda, Rubén Darío en variados enfoques, Jorge Luis Borges, afinidades entre José Asunción Silva y Francisco González León y otros temas.

El año de 1960 marca una transición en el ejercicio literario de nuestro autor, cuando la Fundación Guggenheim le otorga una beca para cavar en la mina sin fondo —al fin zacatecano— de Ramón López Velarde. Hasta entonces, la obra del poeta de Jerez sólo había sido explorada y analizada en vetas parciales. Junto a varias definiciones sagaces de Genaro Fernández Mac Gregor, Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano, Antonio Castro Leal, Luis Noyola Vázquez, Xavier Villaurrutia, José Luis Martínez, Octavio Paz (en *Las peras del olmo* y *Cuadrivio*) y algún otro, la isla que era López Velarde requería —bien guardadas sean las proporciones— una especie de

Cristóbal Colón que la recorriese de punta a punta, con los ojos alertas y la sensibilidad en guardia de quien toma posesión de una comarca.

A la circunstancia anterior se agrega una deplorable calamidad ya advertida por Torres Bodet, apenas a los siete años de ocurrida la muerte del poeta. Se refiere a su originalísimo concepto del mexicanismo, y dice: "Mexicanismo que, profundo y admirable en él, ha quedado como simple fórmula, es decir, como falsa epidermis en las poesías de sus imitadores, convirtiéndose así, de paisaje que era, en escenario, y, de vestido, en disfraz."

Aunque ya la tesis universitaria de Phillips había versado —remota carta geográfica— sobre López Velarde, durante los años de 1960 y 1962 laboró provechosamente en función de jornalero de la investigación en torno al propio tema, así en el terreno bibliográfico como en el geográfico y humano, pues abrevó en toda clase de fuentes y bibliotecas, recorrió con avidez casi olfativa las regiones de Zacatecas, Aguascalientes y San Luis Potosí donde aún se captan huellas del poeta y procuró la confianza de los hermanos y amigos que abrían cauces a una más aproximada interpretación de su obra.

Esto en lo meramente informativo, pues ya en el libro formal que fue producto de la tarea, *Ramón López Velarde, el poeta y el prosista* —publicado por el Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes en 1962— todos estos sondeos, unidos a la madurez perceptiva del autor, lograron constituir la más lúcida y exhaustiva interpretación de aquel laboratorio de experiencias literarias donde resulta difícil establecer la dicotomía entre la poesía y la prosa. De uno a otro género —largamente lo precisó la crítica— se tiende un puente de identidad sin quiebra. Phillips se entrega a un minucioso examen de cuantos eslabones de enfoque y estilo fue rompiendo la voluntad creadora del personaje estudiado.

Ya Francisco Monterde señalaba en el prólogo cómo el autor sigue a López Velarde en el curso de las lecturas que lo asomaban a horizontes de España, Francia y el resto de Hispanoamérica; lecturas que habían de ejercer un influjo considerable en su evolución. Phillips, por su parte, se propone penetrar en la intimidad del escritor y descubrir los valores artísticos de su producción total, así como ofrecer "un esbozo de su vida literaria y formación intelectual: obra, cultura y afinidades" con otros espíritus. "Colocado el poeta en su momento histórico —dice el autor—, nos ocupamos de sus ideales estéticos de creador, y caracterizamos luego su concepción del mundo, vista a través de sus temas y tonos principales. La segunda parte de esta trayectoria aspira a describir la expresión de López Velarde, sus procedimientos imaginativos y su lengua. Un apéndice sobre su versificación y una extensa bibliografía de estudios críticos cierran el tomo."

Los designios se cumplieron con tino y con creces. Octavio Paz ve en el

estudio de Phillips "una verdadera exploración de una obra singularmente compleja", "lo más completo que se ha escrito sobre nuestro poeta", y comparte ese juicio José Emilio Pacheco.

Es de sorprender en este caso la manera como Phillips, hombre nacido en la Nueva Inglaterra, formado en ambientes intelectuales muy severos, y apenas con la experiencia de unas pasajeras estancias en nuestro país, pudo adentrarse en los secretos recónditos —a veces aun abstrusos— de la mentalidad y expresión tan radicalmente mexicanas de López Velarde. Todos los matices son captados por su sensibilidad, como si hubiera residido en el sosiego provinciano de hace cincuenta o setenta años, y hubiera conocido directamente el ritual cotidiano de las viandas familiares, las serenatas, las visitas, el trajín doméstico. Esto en lo exterior, en lo accesorio, porque a la hora de las perplejidades éticas, y al ocurrir las perturbaciones de los desbordamientos eróticos mahometanos en conflicto con la conciencia católica, la propia identificación se opera en nuestro crítico.

Un ejemplo de lo profundamente que Phillips asimiló "el ánimo y estilo" de López Velarde —y nos referimos a la muy localista primera época de éste— lo encontramos en el emotivo y hermoso comentario del poema "Mi prima Águeda" que tuvimos ocasión de escucharle aquí mismo hace un mes, durante un acto de homenaje al poeta jerezano. Phillips lo entendió y lo expresó como un mexicano de la Mesa Central, absolutamente compenetrado de su atmósfera, de su sentimiento.

A nosotros nos parece encontrar, en la aparición del libro de Phillips once años atrás, algo así como el acorde inicial de esta profusa sinfonía recordatoria a que asistimos en 1971, a los cincuenta años de habersele roto el corazón a López Velarde. A partir de entonces, y muy probablemente bajo la emulación del libro aludido, vinieron prodigándose los estudios y aproximaciones valorativas del poeta, hasta desembocar en este *finale maestoso* en que remata la multiplural conmemoración del cincuentenario fúnebre. Y no hay por qué ocultar que en tal concierto lírico-sinfónico no han esca-seado las notas falsas y las desafinaciones, originadas en ineptitudes y en vehemencias fuera de tono.

La dedicación de Phillips a las letras mexicanas se prolonga inmediatamente después, en una indagación y logro semejante al anterior, cuando emprende los estudios y viajes necesarios para escribir su libro *Francisco González León, el poeta de Lagos* —también publicado por el Instituto Nacional de Bellas Artes en 1964. Aquí, tras el análisis de la composición, la actitud del poeta ante las cosas y los registros de su sensibilidad, afirma cómo se produce una bifurcación respecto de López Velarde, pues en tanto que éste trasciende a lo universal y su obra se propaga en los países de Hispanoamérica, la cosecha de González León se subordina exclusivamente

a los contornos regionales de su comarca, pero le gana el muy limpio título de "poeta de la provincia". Como en el caso del libro precedente de Phillips, éste descubre diversos datos y obras ignorados hasta ahí.

En otro libro de 1965, *Estudios y notas sobre literatura hispanoamericana*, nuestro autor retorna su curiosidad hacia la circunstancia mexicana y, entre otros ensayos, incluye bien informados capítulos acerca de la amistad entre Tablada y López Velarde; se pregunta si fue influjo o coincidencia la ejercida entre éste y González León, y, por último, reproduce y comenta algunas prosas olvidadas del autor de *Zozobra*. Es de notarse la observación de Phillips de cómo el hecho de hallarse influida de López Velarde la poesía de la etapa final de Tablada, demuestra de manera curiosa el ascendiente de un escritor joven sobre otro ya formado, con muchos títulos publicados en su haber.

Ahora, cuando tan justicieramente se le abren las puertas de la Academia, Phillips nos ha conducido a un terreno virgen: la prosa artística del semi-desconocido y semiolvidado Efrén Rebolledo. En la geografía crítica del poeta de *Joyeles* —inmovilizado como tal en la categoría de precursor contra la gazmoñería de lo erótico—, el dominio de su prosa fue hasta el día de hoy *terra incognita*. Y cabe destacar, así de entrada, la importante observación de nuestro huésped acerca de que esa prosa "es eminentemente erótica, con las mismas notas voluptuosas y sensuales... de su mejor poesía".

De modo-desacertado, la producción no poética de Rebolledo se consideró generalmente de novelesca, y Phillips, para poner algo de orden en la selva y marcar hitos, establece, aun con mayor amplitud que José Emilio Pacheco, la clasificación de las obras pertenecientes al género de la prosa. De tal revisión se desprende que, por ejemplo, la llamada novela *Nikko* es solamente un libro de crónicas e impresiones japonesas, y que *El desencanto de Dulcinea* —una serie de breves fragmentos poéticos— "no es ni novela y menos aún una colección de ensayos".

Por supuesto que el asunto de la correcta clasificación en nada altera la calidad pulida, y hasta cincelada, conforme a la receta de Gautier, de esta prosa artística. Phillips encuentra en ella la resonancia de los parnasianos franceses y subraya la pertinaz adhesión de Rebolledo a la estética modernista, hasta el grado de convertirse en póstumo adalid de ese movimiento tan profusamente estudiado, ya que murió en 1929.

Nuestro crítico, una vez valoradas a lo minucioso cada una de las seis obras en prosa que proporcionan el tema de su disertación —*El enemigo*, *Nikko*, *Hojas de bambú*, *El desencanto de Dulcinea*, *Salamandra* y *Saga de Sigrida la Blonda*—, halla solamente en esta última un tierno acento de intimidad, que se comunica al lector al margen de retóricos artificios.

Si bien *Salamandra* no le merece una opinión así de favorable, quisiéramos señalar una circunstancia que le imparte algún aire novedoso: la de que en ella se siente un poco el latir de la ciudad de México, entonces apenas librada de los amagos y convulsiones de la época revolucionaria, en los iniciales respiros de las paz. Más o menos por esos años ya surgían imágenes capitalinas —dentro del marco de la clase media o francamente popular— en una que otra novela de Mariano Azuela y de Martín Gómez Palacio; pero en la *Salamandra* de Rebolledo advertimos el principio de un cambio: las mujeres hacen sus estudios en los Estados Unidos, asisten al cabaret, ya fuman; después de acompañarse a ver películas de la Bertini o la Menichelli acuden al café. Empezaba su liberación, a medida que las costumbres y el ritmo de la ciudad se transformaban.

Ya se ve que las prolongadas vigiliias de Allen W. Phillips en torno al examen de distintos aspectos de las letras mexicanas rinden un balance esclarecedor de primerísima talla. Sus percepciones y dictámenes no se sustentan en juicios de terceros, sino en una preparación sólida, una certera madurez valorativa.

La Academia Mexicana de la Lengua incorpora a sus filas en esta noche no a un seco erudito muy docto en el manejo de fichas y en la recopilación de citas. Phillips se sirve de tales recursos, ¡cómo no!, pero tras de esos elementos asoman la luz del conocer a fondo y la sonrisa de la humana simpatía, además de un empleo irreprochable de la lengua castellana.

No son escasos los atributos anteriores para abrirle los brazos en plenitud y declararlo bienvenido a ésta que desde ahora es su casa. Y que lo sea por muchos años.

EN EL CENTRO HOMENAJES

A DELGADO *

Por don ALFONSO GONZÁLEZ

En palabras y la figura de Juan B. Delgado me acuerdo como los días buenos recorridos de mi infancia. El querré que me quedaba de México a Monterrey —donde nacida por año y medio en 1906 y 1907—, invitado por el Gobernador de Nuevo León, general Bernardo Reyes, gran amigo de mi padre y padre de uno que habría de decir que se hizo el este mexicano, Antonio Reyes.

Delgado fue allí director de la Biblioteca Pública y presidente de la Academia de la Lengua. Pero de eso me acordé más tarde lo que yo le y vi el que noche a noche me daba Juan B. Delgado de saber a mi que donde se quedaba en chitarra, con y luego por eso con mi padre —donde Callesario, hijo de la V-ga— y donde más gozábamos de espaldas con una familia familiar. Y era un chagallito que estaba ya hablando sobre y con una mi madre y hermana.

Don Juan B. Delgado hombre de grandes gestos. De gran voz, de nobles maneras, de una educación en el vestir. Tipo que al pasado para diplomático, como había de ser como Delgado. Pacífico, tímido, con una buena de educación y disciplina. Y, aunque para muy castellan y amable, mi padre logró conseguirlo de un poco por el deseo de imponer, y se volvió a veces más silencioso, más tímido, en un al que se le da la mano.

Puede se acordar en la memoria para cuando decían que me acordaba "el abuelo", que el recuerdo propio de un hombre de palabra. De gran más con mi padre, con, con más de el tiempo, que pueden en una gran familia mi padre, y con mi madre y con mi hermana.

Con una padre grande
que me decía un tiempo
que me ligaba a mi
Domingo Delgado el extranjero.

Esta es una copia de la edición de 1969 de la obra de 1969.

EN EL CENTENARIO DE JUAN B. DELGADO *

Por don ALFONSO JUNCO

El nombre y la figura de Juan B. Delgado muévense entre los más suaves recuerdos de mi infancia. El queretano se trasladó de México a Monterrey —donde residió por año y medio en 1906 y 1907—, invitado por el Gobernador de Nuevo León, general Bernardo Reyes, gran amigo de escritores y padre de uno que habría de llenar con su fama el orbe hispánico: Alfonso Reyes.

Delgado fue allá director de la Biblioteca Pública y catedrático de literatura en el Colegio Civil. Pero de esto me enteré más tarde. Lo que yo vi y viví es que noche a noche llegaba Juan B. Delgado de visita a mi casa, donde se enredaba en charlas, risas y juegos poéticos con mi padre —don Celedonio Junco de la Vega— y donde todos gozábamos de aquella amenísima tertulia familiar. Yo era un chiquillo que andaba ya haciendo versos y todo esto me atraía y fascinaba.

Era Juan B. Delgado hombre de hermosa presencia, de grata voz, de nobles maneras, de suma pulcritud en el vestir. Tipo que ni pintado para diplomático, como habría de serlo años después. Recitaba, además, con excelencia de ademán y dicción. Y, aunque poeta muy cuidadoso y acendrado, mi padre logró contagiarlo de su gusto por el deporte de improvisar, y pasaban alegres ratos versificando atolondradamente, sin ton ni son, sobre lo que fuera.

Prendida se me quedó en la memoria cierta absurda décima que improvisaron "al alimón", con el expreso propósito de acumular disparates. Delgado usaba esos cuellos altos, duros, cerrados desde el frente, que privaban entonces. Comenzó mi padre, y con alternas voces se oyó esto:

Con ese cuello parado
que me parece un tabique
te me figuras Enrique,
Enrique Cuarto el menguado.

* Leída en sesión pública efectuada el 28 de febrero de 1969.

Si Antonieta no te ha dado
alguno de sus tesoros
es porque pensó en los toros
que lidiaba Mazantini,
mientras tocaba Puccini
su *Bohemia* en Matamoros.

Pero no todo era disparatar. En serio también colaboraron algunas veces Delgado y mi padre. Por ejemplo, en este soneto dedicado al Cerro de la Silla, que es como el escudo, como el blasón, como el santo y seña de Monterrey. Una silla de montar semeja el perfil de aquel cerro poderoso, que se yergue al oriente de mi tierra y que parece detenerse ante el murallón de la Sierra Madre que cubre el sur. En esto se inspiró la fantasía de los autores para imaginar en el Cerro de la Silla un corcel súbitamente refrenado:

Veloz por el desierto lanzaste la carrera;
te cabalgaba un tipo de legendario mote,
de la virtud escudo, de la maldad azote,
morador del divino país de la Quimera.

De súbito, la enorme suriana cordillera
te ataja el paso, cejas, y da el jinete un bote
para rodar por tierra... ¡Tal sucumbió el Quijote
que cabalgó en tu lomo con arrogancia fiera!

Y ¿dónde está el jinete? Ya en polvo se ha trocado.
En marcha destructora los siglos han pasado
de aquel vertiginoso cruzar por el desierto.

Y desde entonces, libre del caballero andante,
yaces, bajo la cripta de un cielo caldeante,
como un corcel de piedra paralizado y muerto.

Juan B. Delgado se encariñó con nosotros. Yo andaba estrenando un álbum de autógrafos, obsequio de mi madrina, y recogí naturalmente unas líneas de nuestro amigo. Por cierto que su apresurada caligrafía, sin claridad ni alioño, contrastaba en esto con su persona y sus poemas: porque pulía y repulía cada estrofa con un desvelo exigente. Nació por entonces mi hermana Aurora, él nos confió que estaba trabajando para ella un soneto, y al cabo de ardua gestación lo entregó a mis padres. Quizá los cuartetos quedaron un poco apretujados de enumeración, pero los tercetos corren admirables de flexibilidad y gallardía:

Quien dice Aurora dice reventazón de flores,
efluvio de perfumes, sonrisa de paisajes,
murmullo de fontanas, fulgencia de celajes,
ruptura de arco-iris, desgrane de colores.

Quien dice Aurora dice nacientes resplandores,
aurirrosadas perlas, idílicos boscajes,
abanicantes auras, susurro de frondajes,
arrullo de palomas, trinar de ruiseñores.

Y pues eres Aurora, y eres rubia y rosada
cual aquella que rige la piafante cuadriga
que a galope conduce su carroza dorada,

te daré, con el ritmo de una dulce cantiga,
el saludo del ángel al surgir la alborada:
—¡Dios te salve, oh Aurora, Dios te salve y bendiga!

Cultivó Delgado con singular amor esta difícil gema del soneto. De los que trazó en Nicaragua tomo ahora dos, en que se hermanan con maestría la naturalidad y la elegancia. Vean ustdes —porque *se ve*— este *Paisaje leonés*, en el cual se alude a Monseñor Francisco Villamí:

El grave buey camina tirando del carruaje
que Monseñor ocupa. Dócil es a la brida
el animal olímpico. La tarde está florida
de luces. Una vela blanca es cada celaje.

El sol como abanico cierra su varillaje
de rutilantes oros. En el azur caída
está una perla: Venus. Finge la torre erguida
puntuada por la luna, *¿* aislada en el paisaje.

El tardo buey camina mansa y sumisamente
tirando del carruaje por la calle pendiente
y a su paso gozosas salen las almas buenas.

Su Señoría —urna de beatíficos dones—
sobre esas almas deja caer sus bendiciones
como invisible lluvia de lirios y azucenas.

La suavidad pacífica y pacificadora de este cuadro contrasta con la pávida nerviosidad de otra experiencia nicaragüense, vivida en la sierra de Chontales:

Jinete en una mula voy distraídamente
admirando en la calma del rústico paisaje,
ya el tramonto de Febo que purpura el celaje,
ya los vuelos de un ibis, ya el triscar de un torrente.

Pávida está mi acémila, nerviosa. De repente
vibra una clarinada; su relincho salvaje.
¿Qué pasa? Entre las crines hirsutas del bosque
se arrastra —S de bronce— silbando una serpiente.

La noche se avecina. Me asusta y hiela el bronco
rugido de los pumas. Penden de tronco en tronco
las lianas, cual trapecios de los gimnastas micos.

Me santiguo temblando presa de honda pavora,
y la marcha violento de mi cabalgadura
no sin oír la guasa que forman los pericos.

En el género descriptivo descolló —como está patente— y se explayó con predilección nuestro poeta. Pero poseía el calor humano de la ternura, que alguna vez prorrumpe en el estallido del dolor. Por coincidencia punzante, la madre de Juan B. Delgado, señora de alta distinción espiritual a quien él adoraba, falleció un 24 de diciembre. Evocándola en Roma pocos años más tarde, exclama así el hijo lacerado:

¡Noche Buena, sarcasmo de mi vida!
Hoy está Roma como nunca bella:
la luna es almo sol, y cada estrella
rosa de nieve en el azur prendida.

Noche jocunda en que el dolor se olvida
y se trueca en canciones la querella;
Noche Buena de amor, en que destella
como un claro fanal, la fe perdida.

¡Noche Buena! Y mi muerta más querida
mi madre, en mis recuerdos ¡ay! descuella
entre blandones fúnebres tendida.

¡Cuán solo estoy! ¡En mi orfandad dolida
Roma es el alma de Nerón, pues ella
siente placer en desgarrar mi herida!

Nuestro bardo, tan amigo del soneto y de las formas clásicas, tan bien hallado con su título de Árcade de Roma, pisó también otros senderos, ensayó variedad de metros y ritmos, gustaba de toda modernidad y buscaba toques desusados y audaces. Él lo declara —con su grano de hipérbole quizá tendenciosa— al frente de su libro *Paris y otros poemas*:

Yo escribo el verso a mi antojo:
lo descoyunto, lo aflojo,
lo desmiembro, lo hago cojo,
y de tal no me sonrojo.
que, magüer te cause enojo,
prefiero al lirio el abrojo.

Mas, como se ve, esto lo declara en versos muy bien contruidos y hasta con el alarde de repetir en todos ellos el mismo consonante.

No podía faltar, en caballero tan bizarro y cortés que se movió en ambientes diplomáticos y recorrió no poco mundo en Europa, y en nuestra América, la nota de la galantería. El álbum de las damas era refugio —o cautiverio— obligado entonces para la inspiración de los poetas. Y pláceme concluir aquí evocando la *Trova galante* que Juan B. Delgado estampó en el álbum de Rosario de Ruano, salvadoreña, en 1922. Hay un afinado romanticismo, una limpia aristocracia y una fresca musicalidad en esta *Trova galante*:

Señora: Soy un pájaro aterido
que busca una divina primavera;
dejadme reposar en estas hojas
en que trinan tan dulce los poetas.

Pasad por mi plumaje
vuestras manos de seda;
denme rayos de sol vuestras pupilas
profundamente negras;
arrullad con palabras musicales
al pájaro que tiembla,
y quitadle las gélidas escarchas
de angustias y tristezas.

¡Y nunca me olvidéis! Guardad la trova
de la errante ave azteca;
presten miel a mis versos vuestros labios
que a los mirtos encelan;
y dejad que coloque a vuestras plantas
de castellana reina,
mi dorado espadín de diplomático
y mi bicornes lira de poeta.

"¡Y nunca me olvidéis!" Aunque nosotros no tenemos dones para suplantar a Rosario de Ruano —que sería una dama gentilísima—, en lo que podemos le cumplimos el gusto al diplomático y poeta. Nunca lo olvidamos. Y aquí nos congrega precisamente la vivacidad de su recuerdo, al cabo de cien años de su natalicio en la prestigiosa ciudad de Querétaro, donde confluyen, cantan y resplandecen tantos caudales de arte y de historia.

DON JUAN B. DELGADO Y SU POESÍA *

Por don LUIS GARRIDO

Es para mí motivo de gratas impresiones espirituales evocar la soñada ciudad de Querétaro, donde pasó la fresca juventud de mi padre y cuyas hermosuras cantó en sonoros y melodiosos versos el bardo don Juan B. Delgado, nacido bajo su cielo hace un siglo, en el antañón convento de Santa Rosa, el 26 de agosto de 1868. Fueron los padres del poeta el señor coronel don Juan María Delgado y Amaya y la señora doña Etelvina Altamirano y Monterde.

El ambiente de su villa provinciana y la contemplación de los seductores paisajes aledaños cautivaron su espíritu desde temprana edad. Esta viva inclinación por las cosas del pasado y la belleza campirana lo llevaron bajo la dirección de sus maestros al cultivo de la literatura desde temprana edad. En el Seminario Conciliar de su ciudad natal comenzó el estudio de los clásicos griegos y latinos, al mismo tiempo que el arte queretano del siglo XVIII deslumbraba su tierna sensibilidad con sus iglesias churriguerescas de claustros tranquilos, luciendo exteriores barrocos de piedra rosada y altares dorados de reflejos metálicos. Su imaginación se excitaba con la vista de la estatuaría colonial, de vírgenes con mantos chinoscos y querubines coloridos, y con las rejas de los coros y la variedad de los retablos.

En aquel medio levítico su espíritu se inclinó a la meditación y al amor por la belleza. Gozaba de sus paseos por huertos y jardines en las tardes áureas, en que parecían más blancas las tapias y fachadas de las casas y el cielo más azul, rasgado por el vuelo de las golondrinas. Desde niño tuvo sentida enseñanza religiosa doblando las rodillas frente al crucificado sobre las frías losas de las iglesias y oyendo su campaneo para vísperas y mañitines. A lo largo de su vida conservaría sus creencias religiosas y su gusto por los terciopelos rojos y los oros marchitos.

* Leída en sesión pública efectuada el 28 de febrero de 1969.

En su tierra natal aparece el libro inicial de su alma: *Juveniles*. Más tarde, radicada su familia en esta capital —sin abdicar de sus inclinaciones literarias— termina su educación en la Escuela Nacional Preparatoria y aprovecha las páginas culturales de las principales revistas metropolitanas, para publicar sus primeros poemas. En 1895 da a la estampa el volumen que marcaría su camino como cantor de los encantos de nuestra madre tierra, titulado *La natura* y que el poeta José Juan Tablada saludó con estas palabras: "Hay ahí horizontes incendiados por las magnificencias de nuestro Sol; los gigantes tramontos de nuestras selvas sacudidas por el viento, han dejado su solemnidad solemne en esos versos."

Don Juan siempre tuvo preferencia por la poesía inspirada en la naturaleza. Ella le brindaba apacible recogimiento. Gustaba ver reflejadas las cimas verdes de los árboles en las tersas aguas del río, y contemplar los campos primaverales en la dulzura matinal; los crepúsculos bermejos iluminando las hojas estremecidas de los sauces, lo impresionaban de manera particular, lo mismo que la lluvia en las tardes grises. Por ello dijo don Victoriano Salado Álvarez del señor Delgado: "Ama a la Naturaleza, la estudia y sabe comprenderla en los momentos en que se entrega al observador que la busca con verdadero y hondo cariño."

En mis mocedades tuve la fortuna de conocer y tratar al inspirado vate, cuando desempeñaba el cargo de vocal de la Comisión Nacional de Reclamaciones. Fui su secretario en aquella oficina. Era un hombre casi calvo, de estatura mediana, vestido siempre con gran pulcritud. Portaba un bastón de ébano con puño de ámbar transparente. Su rostro denotaba un carácter bondadoso: frente amplia, ojos soñadores, boca de labios finos ornada con un bigote pequeño. Siempre usaba sortijas y fistol. Su hablar era pausado y se adueñaba del ánimo de su interlocutor por los temas artísticos que abordaba y la corrección de sus frases.

Sirvió cargos importantes en la diplomacia mexicana no sólo por su aptitud y cualidades personales, sino por su amistad con el general Álvaro Obregón que le confiaba la corrección de algunos versos que llegó a componer. A dicho divisionario le dedicó su poema "La elegía de la espada", que figura en un interesante volumen publicado en 1916 a iniciativa suya con el título de *Poetas revolucionarios*, en el cual figuran algunos cantores de nuestra gesta social.

Don Juan, a decir verdad, sin ser un experto en la rama jurídico-internacional poseía cualidades que lo hacían un buen diplomático, pues era un espíritu atento, con un claro sentido de la realidad y un conocimiento cabal de los hombres, al que solía llamar "mundología". Era por otra parte un individuo conciliador, capaz de allanar dificultades y de un comportamiento caballeroso. Pero sobre todo poseía una magnífica educación, de modales

finos y agradables, que despertaba la mayor simpatía, haciéndole por ello un negociador fácil y sencillo.

Poseía un sentido de lo que convenía expresar y lo que no era conveniente decir. En sus discursos de presentación de las cartas credenciales, que publicó con el rubro de *Letras diplomáticas*, no sólo campea el buen decir, sino que exhiben al funcionario que elogia al país ante el que se le acredita y da prueba de conocer su historia, con lo cual se captaba la confianza del gobierno que lo recibía. No era un diplomático de gabinete sino de acción, y pronto se relacionaba con los elementos de valía para el buen éxito de su encargo, lo cual lograba fácilmente por el modo tan acertado en que llevaba sus relaciones sociales.

Tenía una inclinación natural por la poesía y un amor muy grande por nuestra lengua. Al escribir aunque fuera una carta ordinaria, lo hacía con el cuidado del que usa las palabras para vestir su pensamiento de la manera más correcta y elegante, buscando los vocablos menos vulgares y cuidando de la construcción de las frases. Siempre rechazó la invasión de culturas extrañas en nuestro país y trabajó a favor de lo castizo. Admiraba sobre todo a los autores que cuidaban la belleza del idioma. Para él había una tradición eterna a la que pertenece Cervantes, por ejemplo, y a la que todo verdadero escritor debe elevarse, no para vivir en lo pretérito sino con el fin de continuar su evolución en el presente. Sus trabajos literarios los revisaba cuidadosamente para que no tuvieran faltas. Vivía la sentencia de Remy de Gourmont de que "el arte es una gran paciencia", y no se cansaba de purificar su obra de cualquier defecto. Una errata que se deslizara en el texto conturbaba su ánimo, y no es que cultivara un gramaticalismo exagerado, sino que le gustaba crear en forma limpia y clara, con esa pasión sana del que anhela perfeccionar su lengua haciéndola digna del mayor número.

Don Juan cultivaba amistad con muchas mujeres y hombres de letras tanto nacionales como extranjeros, con los que mantenía relaciones epistolares. Esta correspondencia llegó a ser abundante y versaba sobre tópicos literarios. El licenciado don Jesús Zavala publicó en la Universidad Nacional de México, un tomo con las misivas que le dirigió al señor Delgado el ilustre cantor bucólico don Manuel José Othón, en las cuales hay interesantes observaciones acerca de la poesía y sus cultivadores.

No era elemento extraño a esta amistad, la circunstancia de la común admiración de tan eminentes maestros por el paisaje y por la parecida sensibilidad con que percibían las hermosuras de la naturaleza: el silencio profundo de las selvas, la musicalidad de los arroyos, los misterios de la lluvia, la majestad de los grandes ríos, y la dulzura primaveral. La beatitud de la naturaleza llenaba sus corazones y los hacía sacar de sus lirás los arpegios más seductores. Don Juan escribió entre otras composiciones bucólicas el

"Poema de los árboles" que fue calificado por don Arturo R. de Carricarte, de gallarda y ardiente inspiración que muestra "la fabulosa riqueza de su estilo, que nada pidió a las lenguas extranjeras, sino que supo desentrañar de los manantiales frescos y hermosos del idioma castellano". Es indudable que el poeta queretano tenía una fina receptividad por las cosas del campo. En 1908 estuvo de Cónsul General en Nicaragua y trató de cerca al gran Darío, al que llamaba "Rubén el Magnífico". Escribió entonces unos lindos versos sobre aquel país. Del paisaje leonés cantó:

El grave buey camina tirando del carruaje
que Monseñor ocupa. Dócil es a la brida
el animal olímpico. La tarde está florida
de luces. Una vela blanca es cada celaje.

Managua le conquistó por su proximidad con el lago y por sus bellezas tropicales, y en la primera cuarteta del soneto que le dedicó escribió con entusiasmo:

Es tu melena el bosque, tus senos las montañas,
tu aliento el que difunde la gárrula floresta;
tu voz asaz meliflua la canora orquesta,
tus ojos las lagunas, los juncos tus pestañas.

Admiraba con pasión los árboles y las flores, y describía sus colores como un pintor de rica paleta, pero también sus sonidos; el rumor de la corriente cristalina y de la cabellera sedosa de los sauces; el silbar del viento entre las ramas; el crujir de las hojas secas y de la copa de los pinos. Alegrábase con la visita a los bosques austeros y la contemplación de los cielos azules y las verdes lejanías. Cuando vio la Malinche, esa montaña que se alza imponente, verde y hosca, entre abetos y caminos tortuosos, expresó:

Tu fronda es un penacho de pluma encarnadina,
un parasol de flores tupido y tempranero,
un coruscante casco de esmeraldino acero
sobre la fresca noche de una melena endrina.

En su época el señor Delgado fue calificado de parnasiano por la perfección métrica de sus versos, y la búsqueda de la realidad objetiva, pero no se puede afirmar que fuera antirromántico del todo, pues le gustaba usar los adjetivos sonoros y en general animaba su vocabulario con nuevas voces. Era un poeta entregado por entero a su arte. Dominaba las formas externas, pero en su interior dejaba la esencia de sus impresiones frente a las cosas y los seres. Se le podían aplicar las palabras de Azorín de que: "El poeta

está en todo momento presente; no pasa nunca; vive en la montaña o en el valle, a orillas del mar o junto al río. Para él es todo: montañas, mar, árboles, ríos, nubes, viento, luz, sombra y humo; él está con su espíritu y no necesita accesorios. En su seno lleva el misterio. Y ¡ay del poeta que no tenga su misterio!”

Don Juan en su actividad creadora buscaba la perfección. No se entregaba a ella en forma impetuosa y desordenada. Por el contrario, trabajaba metódicamente, repasando cada verso que salía de su pluma y aunque viera la luz impreso, no cesaba de corregirlo para ulteriores ediciones, no sólo por los dictados del artista, sino por las percepciones de su sensibilidad, por la mejor iluminación de su estro. Pero igualmente se preocupaba de la correcta ordenación de sus poemas, y a veces colocaba en nuevas obras otros que ya habían sido dados a la estampa, por considerar que integraban un conjunto poético uniéndolos a sus más recientes creaciones.

Uno de los primeros libros que publicó: *Las canciones del Sur*, muestra cómo su imaginación se avivaba frente a la naturaleza, cómo su palabra adquiría por el ritmo poético una gran fuerza y animación. En sus composiciones prefería las estrofas de catorce versos endecasílabos, como en este soneto que nos da una vigorosa viñeta mexicana:

Surge sangriento el Sol tras el vecino
peñascal donde humean los jcales,
y derraman los aires matinales
el acre olor del oyamel y el pino.
Madrugador se apresta el campesino
a ordeñar la vacada en los corrales,
y los tordos desgranar los maizales,
y alza el zenzontle su jocundo trino.
Se escucha en la cercana ranchería
el alerta del gallo vigilante
y el ruidoso ladrar de la jauría;
y, de la sierra en el confín distante,
los loros con salvaje greguería
ya comienzan su charla discordante.

Don José López Portillo y Rojas, el ilustre escritor jalisciense, que fue Presidente de nuestra corporación, clasificó al señor Delgado como poeta naturista, junto con el ilustrísimo señor Pagaza y Manuel J. Othón, por su comunicación emocionada con la naturaleza, señalando que el primero tenía una gran afinación óptica, una percepción admirable de la belleza. Este juicio aparece en el prólogo que escribió para el libro *Alma vernácula*, publicado en 1914 y donde figura una colección de sonetos compuestos por el

señor Delgado, de carácter bucólico, entre los cuales se halla "La cueva del Cedazo" muy alabado por la crítica, pues el autor articula en forma sugerente una estampa del agua que brota entre la roca, con verdadera fuerza creadora y equilibrio del movimiento lírico. La primera estrofa dice:

Del cerro más hermoso que rodea
un pueblecillo de eternal verdura,
garruladora baja el agua pura
que en oculta fontana gluglutea.

Pero don Juan no sólo pinta las maravillas de la realidad a través de sus expresiones verbales, sino que vibra al contemplarla y esa emoción la transmuta en sus imágenes poéticas; por ejemplo, al llegar a su pueblo canta con la voz del alma:

¡Ya estoy bajo tu cielo, pueblo mío!
Gozosa el ave su canción modula
y el sazonado panojal ondula
tremulante, al rizarlo el aire frío.

La figuración poética del señor Delgado no es un arte de tarjeta postal, una simple impresión visual, un cuadro frío, pues nos presenta la naturaleza con la vibración espiritual que le producen sus encantos. Sin duda su poesía tiene plasticidad y un sentido descriptivo, pero asimismo evocaciones de sucesos importantes acaecidos en aquellos lugares; en el Cerro de Las Campanas medita sobre que allí un emperador acabó su gloria y renació la República bendita; el acueducto queretano le recuerda al Marqués del Villar tan ligado a su construcción, y la cuesta china con sus "místicas cruces y árboles añejos", le trae a su memoria a los viajeros y trajinantes, sacrificados otrora por los bandidos.

En la poesía del señor Delgado las palabras no tienen un aspecto virtual, pues reflejan el temple de su ánimo frente a lo que le rodea; reproducen sus reacciones y experiencias, sus acaeceres del pasado y su intuición no sólo de árboles, ríos, montañas, pueblos y cultivos, sino del mismo modo de hombres y mujeres; principalmente éstas dejaron en su lira y en su vida hondas huellas espirituales. ¿Pero no es acaso el bello sexo la más poderosa inspiración del numen poético? Beatriz y el Dante, Laura y Petrarca, Teresa y Espronceda, son algunos de los ejemplos que responden afirmativamente a esta pregunta. Don Juan imagina los amores de pastores y zagalas en los bosques, cabañas o verdes campiñas, pero por estos idilios campestres pasa un hálito erótico:

Dame tu boca en flor —clamé impaciente—,
tus labios empapados en aromas
y rojos cual los frutos del madroño...

¡Ay, y al besarla apasionadamente,
sentí estremecer sus senos, ricas pomas
de leche y miel que maduró el Otoño!

Su predilección por la mujer lo llevó a cultivar la amistad de las mejores poetisas del Continente, de las cuales se ocupó en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, acto que se celebró el 19 de septiembre de 1924. Con varias de ellas tuvo interesante correspondencia: Rosario Sanzores, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Gabriela Mistral, María Enriqueta Camarillo, Concha Espina y otras figuraron entre sus preferencias por la calidad y belleza de sus versos. Él estimaba que en "la nueva poesía que cultivaba la mujer, ésta abandona el romanticismo empalagoso en que arrebujaba sus pensamientos y sus sentimientos, y entra por la ruta de la simplicidad, en la que nos revela todo el fondo de su corazón y de su sensorio de una manera natural y encantadora, sin rodeos ni remilgos, sin disfraces ni hipocresías".

Este comentario pinta el carácter del señor Delgado. No era un artista rezagado, por el contrario tenía un espíritu abierto a todas las innovaciones valiosas. En el otoño de su vida recuerdo una visita que hizo a una sociedad literaria formada por estudiantes universitarios; al contestar el discurso de bienvenida, manifestó que experimentaba una gran satisfacción al encontrarse en un ambiente juvenil, donde imperaba un afán de renovación intelectual, muy diferente del que prevalecía en las academias tradicionales.

Los gayos versos de don Juan fueron objeto de elogio por parte de uno de los poetas más nacionalistas y de moderna estética como lo fue Ramón López Velarde, lo que demuestra la estimación que le profesaron los nuevos valores de la lírica. El autor de *Zozobra* lo consideraba un bardo de valía alabando la sobriedad de algunos de sus sonetos. Particularmente le gustaba el libro que consagró a Nicaragua, por el desfile que presentaba ante los ojos atónitos del lector de las regiones de Centroamérica, "retratadas con éxito por el pincel erudito y gallardo de Delgado", pues la mayoría de las composiciones son "impecables —afirmaba— dejando su lectura por tiempo un sabor clásico que es una delicia".

Por su carrera diplomática el señor Delgado ambuló por el mundo, y las hermosuras de cada país inspiraban su lira. Dejó versos acerca de Sevilla, París, Roma y otros lugares, pero sin duda fue la Ciudad Eterna una de las que más le impresionaron, con sus ruinas clásicas, sus atardeceres bermejos contemplados desde el Giannicolo y sus magníficas iglesias repletas de teso-

ros artísticos. En su libro *Bajo el baya de Títiro* varios poemas están dedicados a la antigua capital del Imperio. Manuel Díaz Rodríguez, que prologa la obra, dice que el autor consideraba Roma como el centro espiritual de su poesía, porque "el sículo idilio de Teócrito y la bucólica de Grecia melodiosamente se fundieron en la égloga virgiliana, la Arcadia dejó de ser griega por obra y gracia de Virgilio y desde ese mismo punto la capital de Arcadia es Roma". Don Juan figuró como Alicandro Epirótico entre los miembros de aquella república de las letras, por su cultura humanística.

Su homenaje poético a la ciudad milenaria abarcó sus fuentes cantarinas de olímpicas deidades; las ruinas del Palatino con sus piedras leprosas y carcomidas por el curso de los siglos, y la Noche Buena que pasó bajo el cielo cubierto de estrellas, con el recuerdo de su madre, el que lo hizo exclamar:

¡Cuán solo estoy! En mi orfandad dolida
Roma es el alma de Nerón, pues ella
siente placer en desgarrar mi herida!

No obstante el poeta quiso a Roma. En la "Salutación" que le dedicó en un arranque de lirismo supremo, impetra que lo nutra, "como Rómulo y Remo en las pródidas ubres de la materna Loba". Y dando gallarda prueba de su amor a la poesía griega y latina, compuso también églogas virgilianas y poemas bucólicos, donde discurre el caprípedo bicornes, la Syringa desnuda, Dafnis y Cloe en su ambiente florido y amoroso, y la tierna Filis de grácil mano llevando el albo cordero. El poeta oye el tañir de las syringas, las notas melifluas de las flautas, el doliente caramillo del pastor y los trinos del canario de Dorila.

Don Juan profesaba una gran admiración a Gabriel D'Annunzio, y por tal motivo durante su estancia en Roma le solicitó una entrevista, pero a pesar de su investidura diplomática no obtuvo respuesta. Sin embargo, era tal el deseo que abrigaba de ver al gran escritor, que en cierta ocasión llegó a la casa del autor de *La hija de Iorio* y preguntó por él, entregando al mozo su tarjeta. Transcurrieron algunos minutos que fueron para nuestro poeta de intensa emoción, pensando que por fin iba a estrechar la mano del semidiós de la literatura italiana, pero ¡oh desencanto!, el servidor de D'Annunzio le informó que no estaba el ídolo; pero al retirarse Delgado miró hacia las ventanas del piso superior, y en una de ellas alcanzó a ver una mano con pesados anillos que recogía un poco la cortina para ver la calle. El corazón le dio un vuelco. Sin duda la curiosidad movió al conquistador de Fiume, para contemplar a su inesperado admirador que se retiraba.

Siempre apreció en don Juan su amor de belleza, su idealismo y su personalidad lírica tan plena de vuelos y de armonía. Por las tardes solíamos pa-

sear juntos por los barrios coloniales de la ciudad de México, y en esos recorridos gustaba de referirme sus impresiones de las principales ciudades europeas. París en donde había pasado días de ilusión y de amor le había cautivado. Allí soñó y dedicó exquisitos versos a la Ciudad Luz, en un libro que trabajó con sutil elegancia y en donde pone de manifiesto la atracción que Lutecia ejercía sobre la juventud literaria. Para él fue un deslumbramiento y contrajo la enfermedad de París de que hablaba Darío, la cual consiste en que "No da uno paso sin recordar a propósito de cualquier cosa el ambiente y el encanto parisienses, y la nostalgia se acentúa de manera que hay que volver lo más pronto posible".

A nuestro poeta la "egregia ciudad soñada" le trajo a la mente caros recuerdos históricos y artísticos, pero asimismo las imágenes de las Mimís locuelas, los góticos primores de Nôtre-Dame, las violeteras ojerosas, y los violinistas y copleros callejeros de Montmartre. En estos versos deshojó sus mejores rosas ante Marión la de "nuca riza y dorada", pero también evocó deleitosamente de la villa deslumbrante las baladas de sus poetas medioevales y los asuntos de amor que discutían las parejas bajo las frondas de los álamos.

Las poesías de don Juan tienen tanta hermosura como sinceridad. Son una lección de probidad literaria, por el cuidado que ponía en la elaboración de sus octosílabos, para lograr en el lector los mismos efectos que había experimentado frente a lo que había estimulado su inspiración. Era un orfebre del verso que perseguía su perfecto acabado, su sonoridad y sencillez. Nuestro gran escritor y polígrafo don Alfonso Reyes, le dedicó un soneto en cuya segunda cuarteta le recomendaba en 1908 la continuidad del esfuerzo artístico:

Sé tenaz; las faenas no descuides
ya que gozas destino bienhadado,
ya que cuida Virgilio de tu arado
y Anacreón de tus jugosas vides.

Delgado escuchó el consejo y a lo largo de su vida produjo varios libros de poemas. Uno de ellos: *El cancionero nómada*, es una muestra de la ductilidad de su rima y de la variedad de temas que abordaba. En esta obra su espíritu se manifiesta meditativo y exclama:

Yo, entre las sombras del camino,
grávida el alma de pavor,
voy —cancionero peregrino—
dando en lirismos mi dolor...
Cantar y errar es mi destino;
cantar y errar... sin un amor!

El señor Delgado reunía en su personalidad los elementos que hacen al buen poeta, a saber: el valor interno concretado en la idea y el sentimiento, y la proyección externa que le da vida a la obra, considerando como decía Lugones la perspectiva, la metáfora y el ritmo. En efecto, fue un maestro objetivando lo subjetivo, expresando sus emociones con unidad y armonía y seleccionando las mejores imágenes para su pensamiento. En unos cuantos versos nos daba la composición y el ambiente del cuadro:

Hay un vasto silencio vespéral. Cielo lila.
Encamina el pastor con masedumbre
su rebaño al aprisco. Plañe lenta la esquila
y bala una artuñela con quejumbre.

Don Juan era aficionado a la fiesta brava y entre los sucedidos de su vida gustaba de referir su estancia en Sevilla llena de alegría andaluza, de visiones placenteras y de matas de claveles perfumados. Un famoso torero retirado le ofreció una pequeña demostración de su arte en una ganadería, y esto lo llenó de orgullo como si hubiera sido objeto de la mayor distinción. En 1912 escribió un poema taurino que pinta admirablemente la fiesta de los toros en la Maestranza, en una tarde dorada: el animal altivo y fuerte que arrostra la muerte; las berlinas y calesas con sus manolas goyescas pasando por la calle de las Serpes; el coso como morisco jardín de Andalucía, florido de mujeres y de mantones ricos, y la lidia a un toro corpulento "que hace crujir con el viento/la moña de su testuz", llevada a cabo por Gaona, el Prometeo "que ha robado fuego de Arte/a Frascuelo y Lagartijo". Y cierra su descripción de la corrida evocando la tristeza ensoñadora de Pastora Imperio:

en lujosa calesa
tirada por bridones
de pura sangre y gran alzada, esa
rica perla de Triana,
adorable mujer que, aunque gitana,
tiene el porte real de una princesa
sevillana.

La existencia de don Juan B. Delgado fue alentada primordialmente por la poesía, fue una empresa de arte que descolló en el panorama literario de nuestro país, por su actitud lírica buscando la belleza de las cosas. Con intuición amorosa nos transmitió en sus versos musicales los sentimientos que lo embargaban, merced a imágenes siempre brillantes y coloridas.

El poeta queretano fue siempre fiel a su inspiración, comunicándola a su obra con efusiva sinceridad y rígido criterio estético, pues aplicó con infle-

xible orientación las reglas de limpieza y decoro de la lengua. Trató sus temas con cariñosa delicadeza y recato de alma, y gracias a su carrera diplomática no tuvo los desvelos de otros bardos por el pan cotidiano, y pudo entregarse tranquilamente a las creaciones de su estro con afán de perfección. Por la calidad de su obra don Juan entró de lleno al Parnaso, donde mora la luz inextinguible de los que han sabido ver la realidad misteriosa que denominamos poesía.

Señoras y señores:

Cuando la primavera traiga el amor y la alegría, recordad que cantó de manera dulce y hermosa, el que bajo su cielo natal supo oír la voz de la naturaleza y empuñar la lira con noble ademán, para darnos el concierto de las mejores armonías, las que llegan al corazón para llenarlo de júbilo.

LA PROSA DE DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL *

Por don ERMILO ABREU GÓMEZ

Otros, con preparación adecuada, pueden estudiar el inmenso caudal literario y lingüístico que nos dejó don Ramón Menéndez Pidal, recientemente fallecido en Madrid, casi a los cien años de edad. A esos temas técnicos no nos acercáramos ni movidos por imprudente audacia. En esta breve nota —reclamada por la Academia Mexicana— nos limitamos a comentar la situación y el valor de la prosa que empleó en sus principales estudios.

El propio don Ramón nos da pie en su artículo titulado *El lenguaje del siglo XVI* para intentar este brevísimo ensayo. Contra la fácil división histórica por siglos don Ramón prefiere la división por generaciones porque considera que las personas de la misma edad forman, en cierto modo, un grupo intelectual y aun de similar criterio. Estas generaciones se acoplan tanto en la lengua que utilizan como en las formas literarias que cultivan.

Cronológicamente don Ramón coincide con algunos de los escritores de la *Generación del 98* y con no pocos de la escuela del *Modernismo*. Año más año menos su nacimiento corre parejas con el de Benavente, Unamuno, Valle Inclán y Rubén Darío. Las primeras obras de don Ramón aparecen, como las obras de los autores citados y aun las de otros más —Azorín, Baroja, Gómez Carrillo— en las postrimerías del siglo XIX. Vive, pues, en ellas el mismo clima literario y están dentro del impulso de renovación que se opera en las letras españolas. Una sencilla declaración de don Marcelino Menéndez Pelayo —muerto en 1912— nos revela el carácter literario de la época inmediata anterior. Don Marcelino en un pasaje de su obra advierte, con palabras casi literales, lo siguiente: "En un principio —mediados del siglo XIX— pagamos tributo al estilo oratorio y enfático que era común entonces; pero ahora tendemos a una sencillez, a una naturalidad que más se acomoda a nuestra época y a nuestro gusto." Y así sucedía, en efecto, a mediados del siglo XIX —y creo que hasta fines del mismo siglo— los prin-

* Homenaje, en sesión pública efectuada el 28 de marzo de 1969.

cipales escritores españoles en el campo de la creación y de la crítica parecían ceñirse a una norma que quería ser clásica o hacerse eco del estilo de los escritores de los siglos XVI y XVII. Pensaban que copiar a Cervantes o a Gracián o remedar sus modos era escribir bien y, por lo tanto, era prolongar un arte literario de buen gusto y de sabor castizo. De esta índole fueron las maneras conseguidas, con mayor o menor destreza que nos revelan Valera, Pereda, la Pardo Bazán y Rodríguez Marín, pongamos por caso. No es preciso citar a otros más que, hasta los menores, están cortados por la misma tijera académica. Estos ingenios sabían escribir —y muy bien por cierto—, manejaban con maestría el idioma, revelaban poderoso impulso expresivo, pleno de savia, de calidad; pero, al mismo tiempo, sus formas eran lentas, pesadas, morosas y transparentaban el viejo modelo que seguían con devoción más fanática que inteligente. Se les olvidó —o más bien no lo pudieron entender— lo que tantas veces se ha dicho: "a los clásicos se les admira pero no se les imita". Tan grave fue el error que cometieron que hoy, los mejores maestros —Américo Castro, Criado de Val, Moreno Báez, Dámaso Alonso, Navarro Tomás, Gil y Gaya—no dejan de recordar cuál es el verdadero valor histórico de un clásico y cuál es el significado del idioma en que se apoya. En efecto, la única fuente posible para las letras de una época es la lengua, hablada o escrita, de la misma época que se vive. Se vive sólo la vida que nos toca vivir. No podemos vivir en el pasado ni futuro ni menos en la zona artificial que algunos escritores se atreven a inventar. Lo que no corresponde a la evolución del idioma es cosa estéril y deleznable. Sólo podemos gozar y admitir la savia, la herencia que corre por las venas del espíritu o de la sangre. Somos lo que somos y lo que fueron nuestros abuelos. Acabamos de pensar lo que ellos empezaron a pensar y a expresar.

Menéndez Pidal escribe dentro del clima inicial del siglo XX. Pero este inicio es el momento de la compleja renovación que provocaron: primero, el cansancio de aquel academismo trasnochado (de que habla Menéndez Pelayo); después las diversas influencias literarias que procedentes de otros meridianos, llegaron al solar de España y de Hispanoamérica. Así nacieron la *Generación del 98* y la del *Modernismo*. Entonces se crearon, cuando menos en forma ostensible, tres corrientes: la arcaizante, la preciosista y la cabalmente nueva. En la arcaizante se gesta un vocabulario en desuso y se trastrueca la sintaxis al modo latino. Se hace gala de enclíticos y de transposiciones. Sumidos en esta tendencia están, en España, Ricardo León, Diego San José y en América Rodríguez Larreta y Valle-Arízpe. Esta tendencia —limitándonos a México— pronto se desvanece gracias a la crítica de Genaro Estrada y de Alfonso Reyes. En la zona del preciosismo entramos con azoro en un campo casi sin límites. Sería difícil hacer el catálogo de sus numerosos traficantes. Contra estos desmanes retóricos se levantaron con sa-

bia prédica, Azorín, Baroja, Unamuno, Machado y no sé quiénes más. Su tarea fue ardua, dura y larga y, muchas veces, infructuosa.

Todavía hoy, en el último tercio del siglo XX, en las escuelas y también en las academias, nos tropezamos con residuos de estos estilos arcaizantes y preciosistas, plagados de abalorios y lentejuelas y sartas de enclíticos e insufribles adjetivos que sientan plaza en la plaza de las letras donde reciben el aplauso de no pocos desmemoriados. Pero, por fortuna, los transgresores ya van de capa caída.

Don Ramón Menéndez Pidal pertenece a la tercera zona de la claridad, de la mesura, en la cual figuran en primer término Azorín y Baroja y también, con pocos años de modernidad, Pérez de Ayala y Ortega y Gasset. Pero don Ramón no fue un escritor creador —en el sentido estético—; asumió una postura técnica que, sea con brevedad, debemos analizar. Don Ramón nos dio un ejemplo cuando vemos cuán asiduas eran las malas tentaciones esgrimidas por muchos vulgares y por no pocos tenidos por buenos para más señas. A Baroja y a Azorín los salvó el instinto del buen gusto. Por otro lado, también se hace más notable el estilo de don Ramón cuando vemos que está dedicado a disciplinas científicas nada propicias, en apariencia, para la elegancia. Por lo general los científicos como que desdeñan el arte de escribir, lo tienen como cosa de poca monta. Algunos hasta lo desprecian.

Es necesario que surja por ahí un Poincaré, para que sobre el tema de las matemáticas nos deje un estilo literario digno de hermanarse con el limpiísimo estilo de Voltaire, por ejemplo. Las disciplinas científicas de don Ramón no fueron tropiezo para que su idioma adquiriera limpieza y, en ocasiones, verdadero señorío. Nunca fueron sus expresiones biombo interpuesto entre el mundo de su razón y la forma que empleaba, antes fueron todo lo contrario: estímulo de claridad. Su forma fue transparente, que ayudaba a percibir mejor el tema que exponía.

Basta mencionar unos cuantos pasajes de su larguísima obra para darse cuenta de este hecho. He aquí algunos ejemplos. En su libro *Reliquias de la poesía española* encontramos, no obstante la aridez del tema, tan cuajado de erudición, una forma ceñida a los sucesos en debate. La disección de las opiniones que se confrontan no impide que la lectura se torne placentera y nos gane el espíritu con un regusto de buen arte. Y así se hace necesario releer por mero deleite no pocas de aquellas sus admirables páginas. No menos preciso, elegantemente preciso, es su estudio relacionado con *Los Godos y el origen de la epopeya francesa*. La expresión de este trabajo se hace más notable por el carácter polémico que supone. En efecto, la controversia que arrastra obliga al autor a poner toda su atención en lo que llamaríamos la dialéctica de la expresión.

¿Y puede ser referida con más donaire la *Leyenda de la Condesa Isidora* que escribió en 1930? Uno va por sus páginas con tanta mansedumbre como creciente interés; se une el ancho saber a la gentil licencia que usufructa para hilvanar el idioma más castizo y más natural. Casi podríamos decir que en este trabajo, sobre el erudito vence el escritor, el fino literato.

En 1922 Menéndez Pidal leyó en la Universidad de Oxford su trabajo titulado *Poesía popular y poesía tradicional en la literatura española*, en el cual no sólo vemos el proceso de las ideas del autor sobre la materia sino también el proceso de la forma que persigue y domina. Tan es así que la lectura de este precioso estudio se realiza con creciente interés, como si se gustara una obra de poesía o una obra de sutil exégesis de un alma puesta en trance de evocaciones plenamente espirituales.

Y como para confirmarnos en la idea de que don Ramón conoce bien el secreto del estilo castellano tenemos su disertación sobre el estilo literario de Santa Teresa. En esta disertación salen a relucir, junto con los primores de la forma, los alardes del criterio del investigador. Aquí advertimos las causas directas y las indirectas que intervinieron en la formación del estilo de la Santa, ejemplo único de la prosa natural en el siglo XVI. Parece así que Menéndez Pidal reveló su tono, el impulso que modeló la forma de la insigne escritora.

Es de notar cómo Menéndez Pidal se pudo librar de influencias de la literatura medieval y clásica en la cual estuvo inmerso. Otro escritor de menos conciencia literaria no hubiera podido escapar de su clima o de su manera. De toda su obra crítica y literaria se desprende un hecho que es imposible pasar por alto. Es el siguiente: la mentalidad lógica del autor para tratar los temas que eran de su preferencia quedó reducida a la armadura científica sin acentuar el posible mundo de una deformación expresiva. En efecto, nunca se advierte en él ni una página ríspida, ni una página adornada ni tampoco una página de desmayo retórico. Estuvo siempre donde debía de estar. Estos posibles desvíos no los conoció nunca. Su expresión literaria fue la cabal síntesis del carácter de su mente, del material acopiado y del régimen de su justa expresión. Descubrimos así en la totalidad de su obra un estilo que es tan ceñido a los hechos en que se apoya, como a su cabal envoltura. En sus manos todo disfraz desaparece. De ahí resulta que Menéndez Pidal es, además de crítico, de historiador y de lingüista, un cabal ejemplo del mejor estilo literario de la época moderna. Así vemos que su estilo literario es, necesariamente, el que se acomoda a la realidad, a la naturaleza del escritor y del mundo a que pertenece. En una antología de las bellas letras castellanas modernas no pueden faltar no pocas de las que escribió incansablemente este genio de la crítica española.

DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL Y ALGUNOS RASGOS GENERACIONALES DEL '98, EN SU OBRA *

Por don AMANCIO BOLAÑO E ISLA

Don Ramón Menéndez Pidal ha muerto. La noticia trémula y escueta se extendió rápidamente, hace seis meses, por todo el mundo. Uno de los hombres más ilustres y conocidos del siglo XX había desaparecido del mundo de los vivos. El compromiso que habíamos adquirido las generaciones de filólogos por él formados de reunirnos en Madrid el día 13 de marzo de 1969 para celebrar su centena de años en torno al querido maestro concluía trágicamente. Los golpes inexorables son así de secos, rápidos e incontrastables. Ya no podríamos acudir nunca más al sabio eminente en busca del consejo necesario en tantas investigaciones y disquisiciones lingüísticas.

Don Ramón nació en La Coruña el 13 de marzo de 1869, ciudad marítima por excelencia, de mar rugiente y tenebroso entre los acantilados de sus costas. Ciudad y mar debieron infundir en el maestro el ansia de la búsqueda de lo primigenio de la lengua, puesto que en el mar está el germen primitivo de la vida. En el mismo año, en la misma tierra galaica y a orillas del mismo mar resonante y proceloso ve la luz primera otro gallego de la misma generación, aunque de tendencias, vocación y características bien distintas, como lo demuestran las *Sonatas* publicadas por el segundo casi al mismo tiempo (1905) en que el primero saca a luz su *Gramática histórica* (1904), prueba evidente de la preocupación estética de uno, y de la vocación lingüística del otro.

Los dos se llamaban Ramón, con sonoridades de perennidad en ambos: don Ramón Menéndez Pidal, don Ramón del Valle Inclán. Ambos llegaban el 13 de marzo pasado a la centena de años. Valle Inclán se adelantó a M. Pidal en el viaje sin retorno algo más de seis lustros. Para mí, ambos son los dos inmortales de la generación del '98. Mientras los demás van pasando al venerable museo de reliquias adorables, M. Pidal vive y pervivirá en la escuela filológica por él fundada, en la cual nos contamos los discípulos por centenas, tal vez por millares. Valle Inclán, con sus esperpentos, inspira todavía hoy a las juventudes inquietas o rebeldes, porque rebeldía entera y total fue la vida de este hombre inigualable de inquebrantable carácter, fiel retrato del garabato esperpéntico, Tirano Banderas, el héroe de su novela americana.

Los dos tienen para mí, además de la afinidad cordial y geográfica del

* Homenaje, en sesión pública efectuada el 28 de marzo de 1969.

paisanaje, recuerdos imborrables. Don Ramón M. Pidal fue mi maestro, maestro muy querido que en alguna ocasión demostró distinguirme con especial afecto. Hace seis años hablé con él por última vez, reteniéndome a su lado, él, tan avaro del tiempo, más de hora y media en una conversación inolvidable.

Valle Inclán puso en mis manos de profesor del Instituto Plurilingüe de Madrid, a su hija más querida, la revoltosa e inconforme Mariquía quien todavía hoy envía desde París recuerdos cariñosos "para el querido maestro". Para mí era ella el retrato ardiente de la niña Chole, como yo la llamaba aun antes de venir y conocer a México, por ser entonces las *Sonatas* mi lectura predilecta.

Aunque don Ramón Menéndez Pidal nace en La Coruña, capital del reino de Galicia, su estirpe es indudablemente asturiana. *Pidal* significa en Asturias "semillero de árboles". *Pidal* llaman en Colunga a lo que en Gijón se llama *pebidad* y en Llanes *pindal* —así lo afirma Braulio Vigón en su *Vocabulario Dialectológico del Concejo de Colunga*—. Cualquier romanista, a la vista de estas formas, reconocerá en ellas un derivado de *pepita* 'semilla', en Asturias *pebida* y anteriormente *pibida* (lat. *pituita*), que en parte de la región sufrió la síncope regular de la vocal protónica interna, convirtiéndose en *pitita* y esto en *pipita* y de ahí *pipital pibdal* y luego *pidal* o *pindal* con *n* epentética. Al fenómeno que llamamos conversión de una consonante en otra más fácil de pronunciar, como el caso de *medica mediga miedga* que pasó a *mielga* (planta medicinal muy usada en la Edad Media y muy conocida todavía en España), se debe el que *pitita* pasara a *pipita* y de ahí el ilustre apellido.

Buen ejemplo para un manual de gramática histórica. *Pidal*, nombre de buen augurio para un filólogo español, nacido en el siglo XIX. Porque el nombre de maestro resultó felizmente simbólico. Cuando España estaba tan necesitada de una filología científica, Menéndez Pidal llegó a ser no sólo el mayor hispanista de su tiempo, sino el maestro inspirador de un gran número de vocaciones filológicas, plantel de lingüistas que han seguido y siguen los caminos por él abiertos, partiendo de aquel inolvidable Centro de Estudios Históricos de Madrid. Porque la obra de don Ramón, como su apellido lo indica, es un semillero de ideas fecundas, que abren perspectivas hacia regiones todavía inexploradas de nuestro pasado lingüístico.

Quien esto dice, orgulloso de pertenecer a ese plantel, aunque con mínima significación, desde luego, quisiera, en esta ocasión, agigantarse para que su voz fuera escuchada con respeto por esta docta corporación y sapiente auditorio, y la figura del maestro quedara grabada en su recuerdo con la dignidad de su grandeza moral y sabiduría lingüística. El cuadro en que vamos a colocarlo es el conocido en la historia con el nombre de Generación

del '98. Generación que con todos sus hombres, don Ramón el último, cronológicamente, ha pasado ya de la permanencia vital a la memoria imperecedera, o al museo de reliquias venerables.

Don Ramón pertenece, indudablemente, a dicha generación por su edad, sus estudios revalorizadores de la Edad Media española, su popularismo, su intento de resucitar lo primitivo y su lenguaje generacional, veámoslo:

Primero, tiene 29 años cuando ocurre el desastre que da nombre a la generación, los mismos que Valle Inclán, su paisano, tres más que Baroja y tres menos que Benavente, cinco menos que Unamuno y seis más que Antonio Machado. Todos ellos hombres de la generación que comentamos. En una palabra, que está dentro del factor nacimiento, constitutivo de cualquier generación histórica, básico para Pinder, aunque para Petersen no signifique otra cosa sino la locación de los individuos a la misma distancia de los acontecimientos, lo cual representa una atenuación de la teoría astrológica y casi fatal de Pinder. Porque hay una especie de predestinación en la venida al mundo de ciertos hombres, y tiene importancia porque viven los acontecimientos a la misma edad aproximadamente, dentro, por lo menos, de los quince años que señala Ortega y Gasset, lapso que no fue inventado por nuestro filósofo, porque ya Tácito en su biografía de Agrícola emplea una frase enigmática que nunca se había aclarado a fondo y que dice así: "*Per quindecim annos, grande mortalis aevi spatium*". 'A través de quince años, etapa muy importante en la vida del hombre'. Y no lo dice al azar, sino en un párrafo en que se ocupa a la vez de la trayectoria vital del individuo y de los cambios de la historia. Esta trayectoria y esos cambios se dan, pues, de quince en quince años y don Ramón se halla en el mismo lapso que el resto del grupo que presenció el desastre del '98. Claro que hay otras características generacionales que parecen no convenirle; pero hay que tener en cuenta que él no pertenece al grupo de literatos, poetas y novelistas del Ateísmo y de los cafés madrileños, sino que es el estudioso del Centro de Estudios Históricos de Madrid, el presidente de Academias y el devorador de documentos y textos medievales en los cuales quiere hallar el alma virgen de la España popular; que no recorre los caminos de la nación para buscar en el paisaje y el paisanaje del pueblo español su alma antigua e incontaminada, sino para recoger de labios de ese pueblo todo el rico tesoro de su folklorismo, y los romances de la vieja España, ancestral matrona que vertió en el romancero y refranero toda la sabiduría condensada en muchas centurias de sangre, sudor y lágrimas. Hay una frase de Rubén Darío que cita Salinas en su obra sobre el gran nicaragüense (*La poesía de Rubén Darío*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1948, p. 40) que dice así: "la juventud española tensa y vibrante me siguió, y hoy muchos de aquellos jóvenes llevan los primeros nombres de la España literaria". Y claro está que hay que contar

entre ellos, y sobre todos, al admirable don Ramón por pertenecer a esa juventud brillante que ve en Rubén Darío al renovador y guía de la generación a que pertenecieron. Renovadores unos de la poesía, otros de la novela y del teatro, creadores otros o continuadores del ensayo y renovador don Ramón y si se quiere creador de la Filología española que es a la vez, historia, literatura y lingüística. Es cierto que Rubén Darío no lo cita personalmente en su *España contemporánea*. Sólo menciona de la generación a Unamuno, pero es debido a la juventud de don Ramón que en 1899 gana la cátedra de Filología románica en la Universidad de Madrid. Comienza pues a figurar. Era en 1899 poca cosa para Rubén Darío.

Segundo, sus estudios revalorizadores de la cultura hispánica. Si en el siglo XIX la filología española se cultivó sobre todo en el extranjero y se vincula en América solamente a la egregia figura de don Andrés Bello, quien en Londres alimentó su hambre filológica yendo al Museo Británico a devorar escritos y documentos sobre el héroe castellano al que Menéndez Pidal nos entrega cabalmente estudiado y plenamente reivindicado, ya en el siglo XX los estudios filológicos quedaron definitivamente repatriados. Y esto se debe en gran parte a la declaración de guerra de la Generación del '98 contra la España apática e informe de fines del siglo pasado. Los pensadores de este grupo, para acabar con la ramplonería de la época, y para reconstruir sobre los escombros estéticos y filológicos de la vieja España, una España nueva, recomendaron como punto de partida una visión penetrante y honda de la cultura nacional, insistiendo en el estudio en vivo del lenguaje y en su conocimiento histórico para hacerlo corresponder con el destino espiritual del país. Dice Unamuno a este propósito en sus ensayos *Sobre la lengua española* (M. Aguilar, Madrid, 1945, p. 329): "El conocimiento del proceso vital de nuestro idioma castellano y de cómo éste se ha ido constituyendo a partir del latín vulgar, ha de ayudarnos para renovarlo y vivificarlo mucho más que la pesada rumia de los viejos autores consagrados." Pues bien, esta labor ingente, la toma sobre sus hombros de gigante el genial fundador de la filología moderna española, don Ramón Menéndez Pidal. Él se dedica a estudiar los orígenes de la cultura española y su aplicación a la cultura moderna. Y aunque este último tema sea secundario en sus trabajos, no cesa de hacer reflexiones sobre los frutos que deban sacar los españoles del siglo XX de las hazañas de sus antepasados. Su crítica de España no es amarga ni áspera. Oigamos sus palabras sobre la ejemplaridad de la vida del Cid (*La España del Cid*, 2ª ed., Espasa-Calpe, S.A., Madrid, 1939, pp. 470-71): "El vínculo ideal del héroe con su pueblo, que el pirronismo y la cidofobia del siglo pasado ha pretendido romper, ha de seguir indisoluble. La ejemplaridad del Cid puede continuar animando nuestra conciencia colectiva y en lo futuro como en lo pasado, guardarán alto sentido las sencillas palabras

en que el anónimo poeta, patriarca de nuestra literatura, formuló la mística unión del héroe con su España: 'A todos alcanza ondra por el que en buen hora nació.' Siempre la vida histórica del héroe puede ser ejemplo que nos haga concebir la nuestra como regida por un deber de actividad máxima, de justicia constante, de mesurada energía; siempre requerirá de nosotros esa heroicidad oscura, anónima y diaria, única base firme del engrandecimiento de los pueblos y sin la cual el heroísmo esplendente no tiene base; siempre nos mostrará los más seguros rumbos de la ambición personal hacia los ideales colectivos del grupo humano al que estamos ligados y dentro del cual nuestra breve vida recibe un valor de eternidad. La Edad Media solía añadir a todo relato su moralización o aplicación expresa; lo convertía en tema ejemplario. He querido hacer lo mismo con mi historia cidiána."

En sus estudios sobre dicha Edad Media, reúne, por primera vez, en la historia de la filología española, la crítica histórica, la literatura y la lingüística, sin las cuales no puede haber filología. Esto se debe, por una parte, a su formación científica germánica, y por otra, a su actitud generacional noventa y ochista. Cabal ejemplo de su correcta visión sobre estos tres campos de investigación son sus estudios sobre el *Cantar de Mio Cid*, texto, gramática y vocabulario, edición crítica y paleográfica de 1892-93 y la de Clásicos Castellanos de 1913, textos que no ha dejado de revisar y ampliar para incorporar a su obra los resultados de la más avanzada crítica literaria, como puede verse en diferentes trabajos publicados en la RFE de 1917 en adelante.

Su ansia de dar vida nueva a la Edad Media, característica del '98, se manifiesta en estudios valiosísimos: Además del *Poema*, el fragmento de *Roncesvalles* y la *Leyenda de los infantes de Lara* (Ducal, Madrid, 1896); *Floresta de leyendas heroicas españolas*, Rodrigo, el último rey godo (Clásicos Castellanos, Madrid, 1925); prólogo y edición facsímil del *Cancionero de Romances*, impreso en Amberes por Martín Nucio, sin año; "Poesía popular y romancero", serie de artículos publicados en RFE tomos I, II y III de 1914-15 y 16; *Poesía juglaresca y juglares* (1924). Edita además y fija la *Crónica* de Alfonso X el Sabio; *Los romances de América y otros estudios* (Espasa-Calpe, S. A., Buenos Aires, 1939); *La España del Cid* (2ª ed., Espasa-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, 1939). Y un sinnúmero de artículos y tomitos de la Colección Austral cuya enumeración es inútil por ser de todos conocidos, como el bellissimo ensayo sobre el *Lenguaje del siglo XVI*, publicado por primera vez en *Cruz y Raya* y en el que adopta ya la división del lenguaje por generaciones; *El Padre Las Casas y Vitoria* con otros temas de los siglos XVI y XVII, sobre todo el del Padre Las Casas que tanto interés polémico despertó en México. Todo esto hasta llegar a los

500 volúmenes que ocupa su obra en la cual todo le sirve para la revaloración de nuestra Edad Media.

En materia lingüística viene a situarse entre el rigor positivista de Meyer-Lübke y el idealismo de Schuchart, con su *Gramática histórica* que se reedita ininterrumpidamente desde 1904 en que se publica por primera vez, hasta nuestros días, y en *Los orígenes del español* en que adopta el mismo sistema, pero agregando al final un extenso estudio sobre el influjo de la cultura y de los errores en que se ha incurrido, por falta de una norma lingüística en el lenguaje individual y en las transformaciones de la lengua.

También aprovecha y funda para ello la RFE cuyo primer número corresponde al trimestre de enero a marzo de 1914 en la cual colaboran los talentos más egregios de Europa, la generación del '98 y sus epígonos, los discípulos por él formados en el Centro de Estudios Históricos y, añadiendo algo muy nuestro, también está México presente en ella, puesto que en el tercer número de 1915, en el segundo año de vida de la Revista, publica Alfonso Reyes su "Góngora y 'la gloria de Niquea'", a cuyo trabajo habían precedido *Cuestiones estéticas* (París, 1911) y más tarde, *Cuestiones gongorinas* (Madrid, 1927).

Y bien merecía Reyes estar en el cuadro de colaboradores de la RFE como sensible conocedor de Góngora, a quien revaloriza la generación del '98, pues nadie como él se acercó al gran poeta con más "delicada sensibilidad" ni con más ciencia ni más "ecuanime comprensión". Sus estudios iban a tener gran importancia para la Generación de la dictadura, formada por Menéndez Pidal y aleccionada por Reyes, la cual celebra en 1927 el tercer centenario del inmenso poeta de las *Soledades*, y en la que destacan grandes poetas y filólogos, maestros míos en la Universidad de Madrid y entre los que podemos mencionar al actual presidente de la Real Academia Española Dámaso Alonso que tanto debe a Reyes en sus estudios gongorinos.

Tercero, el *popularismo*, se manifiesta en sus compañeros generacionales en el amor a los viejos pueblos, al paisaje y al paisanaje. Este amor está patente en todos ellos, pero de manera especial en Azorín en *Los pueblos* (1905), *España, hombres y paisajes* (1909), *Castilla* (1912), etc., llegando a afirmar en *La voluntad*: "Lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje... Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la emoción del paisaje...; para mí el paisaje es el grado más alto del arte literario, y ¡qué pocos llegan a él!" Pues bien, don Ramón nunca pretendió ser artista, pero que tiene esa sensibilidad para el paisaje lo demuestra cuando separa y anota los versos del Poema en que se habla de la huerta valenciana y dice de ellos que no pueden señalarse como descriptivos, sino como de gran sensibilidad poética. Los tales versos dicen así:

Adeliño mio Cid con ellas al acaçer,
allá las subíe en el más alto lugar
ojos vellidos catan a todas partes,
miran Valençia como yaze la çibdad,
e del otra parte a ojo han el mar,
miran la huerta, espessa es e grand,
e todas las otras cosas que eran de solaz,
alçan las mãos pora Dios rogar,
de esta ganança commo es buena e grand.

Por lo demás, también don Ramón recorre España, mas no para ver paisajes ni en busca de castillos ni catedrales que, según Ortega y Gasset, es la caza mayor de Castilla, sino detrás del paisanaje, para escuchar de sus labios resecos de sol, pero rebosantes de verdad y tradición, los romances y baladas de la vieja España, del viejo pueblo español. Escuchemos sus impresiones y los resultados de su rebusca. Dice acerca del *Romance de la loba parda*: "Este gracioso romance de pura cepa rústica es auténticamente pastoril, que nació entre los zagales de Extremadura, donde hoy es muy cantado al son del rabel, sobre todo en Nochebuena. Los pastores trashumantes lo propagaron por ambas Castillas y por León; lo oí cantar hasta en las montañas de Riaño, lindando con Asturias, esto es, en el punto en que termina la cañada leonesa de la trashumancia. En Asturias es completamente desconocido... etc." De *La doncella guerrera* dice: "tengo de este romance un centenar de versiones." Del infante Arnaldos comenta: "Las cuatro versiones antiguas que se conservan son todas incompletas. Dos de ellas acaban con el corte repentino que acepto como final de más tensión poética, pues da a la canción del marinero un misterio inefable. Es superior a Heine en su mágica canción de 'Lorelai'. Al evocar la mística canción del marinero, los abismales secretos del mar embargan el alma del poeta, y el corazón del gran océano le comunica su latido estremecedor:

—Por tu vida el marinero,
dígame ora ese cantar.
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fue a dar:
—Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va."

"*El Romance de la condesita* —continúa— es uno de los más difundidos en la Península, tengo de él más de doscientas cincuenta versiones." Dice que *El Romancero* tiene en la literatura una boga y un aprecio extraordinarios. El gusto por los romances hace que empiecen a coleccionarse en to-

mitos de bolsillo y al *Cancionero de romances* sigue la *Silva de romances* y a ésta la *Flor de romances*, y así hasta el *Romancero general* de 1600; que el teatro, al hacerse nacional, se apodera del Romancero; que las traducciones y la estimación de los romances contaron con las plumas de Walter Scott, de Lord Byron, de Lockhart; Longfellow declaraba que el romance del infante Arnaldos no tenía par entre todas las baladas inglesas, siendo muy superior a Edom y Gordon; que Goethe y Grimm escribieron elogios extraordinarios y trabajos eruditos sobre el Romancero; que Hegel, en su *Estética*, encomiaba el collar de perlas del Romancero y lo contraponía audazmente a lo más bello que produjo la antigüedad clásica; que Crenzé de Lesser en Francia calificaba al Romancero como "una *Iliada* sin Homero; y que esta gran corriente de rehabilitación entra en España y produce la colección de Durán, y la glosa de Zorrilla, y la lleva al teatro Jacinto Grau y a la lírica Alberti y Lorca y, por último, la matiza y afiligrana Azorín, el maestro de la nueva sensibilidad". Bien claro está el fruto que ha rendido su amor al paisanaje y a su obra.

Conforme con el requerimiento de Azorín, posee el maestro el populismo poético propio de su generación, y es bien sabido que su colección *Flor nueva de romances viejos* posee variantes totalmente desconocidas, aun para los eruditos. Variantes procedentes de textos antiguos ignorados por los críticos y muchos provenientes de nuevas versiones, obtenidas de la tradición oral e incluso algunas inventadas por él mismo. "Soy yo" —dice don Ramón— "el español de todos los tiempos que haya oído y leído más romances." Bien podría repetir y aplicarse a sí mismo la glosa del antiguo verso: "viejos son, pero no cansan."

Esto basta para convencernos de que fue andariego peregrino del Romancero, que recorre montes y valles para recogerlos y atesorarlos, que los romances lo elevan a estados emocionales como a gran artista; que ama el Romancero como pocos lo han amado y que en él representa este amor el popularismo de su generación.

Cuarto, resucita y nos da a conocer a poetas antiguos que sin él seguirían muertos para nosotros; y no sólo los resucita o hace de ellos una simple evocación, como Manuel Machado lo hace con el Cid en su poema *Castilla*, o Pérez de Ayala cuando trata de imitar al viejo juglar de la Rioja en *La paz del sendero*, para valorar su estilo equilibrado y sencillo:

con sayal de amarguras, de la vida romero
topé tras lengua andanza con la paz del sendero.
Fenecía del día el resplandor postrero,
en la cima de un álamo sollozaba un jilguero.
No hubo en lugar de tierra la paz que allí reinaba,

parecía que Dios en el campo moraba,
y los sones del pájaro que en lo verde cantaba
morían en la esquila que a lo lejos temblaba.

No hace esto don Ramón, sino que los estudia, los investiga, busca sus fuentes, enumera sus variantes y nos los hace entrañables. Todo esto es amor a lo primitivo, afición a lo primitivo que la juventud actual hace consistir en excursiones campestres, en el solaz apetecible y hasta tumultuario de las playas, en la preponderancia y difusión de la música de negros, en el gusto por las greñas impeinables o impeinadas; pero el amor de don Ramón a lo primitivo es más sustancial y más hondo. Él sabe exprimir de nuestras bocas el panal de miel de hibla, para que degustemos el sabor de lo primitivo.

Hay un tomito precioso de la Colección Austral, el número 800, que se titula *Tres poetas primitivos*: "Elena y María, 'Roncesvalles' e Historia troyana polimétrica." Acerca de ellos dice don Ramón que "son poetas recién descubiertos. Dos de los mismos, Elena y Roncesvalles, ni siquiera el gran historiador de nuestra literatura, don Marcelino Menéndez Pelayo, los conoció. Y si tanto éste como Amador de los Ríos supieron de la existencia de la Historia troyana, no fijaron en ella la más mínima atención. Estos tres primitivos son poco o nada apreciados, por eso mismo, en las historias literarias que siguen las huellas de los dos citados maestros".

Para mí —hablo ahora personalmente, puesto que las anteriores palabras son de don Ramón— el poemita de *Elena y María* tiene como base la sentencia de Héráclito: "*Omnia secundum litem fiunt*." Todo es lucha, la vida es lucha, unas veces en función de tragedia, y otras, con resultados cómicos. Hasta el amor es pura lucha como en *La Celestina*. El poemita fue dado a conocer por primera vez en una conferencia pronunciada por don Ramón en el Ateneo de Madrid el año 1914. Un estudio extenso sobre el tema se publicó en la RFE, I, 1914, pp. 52-96. El texto es una *disputa*, es decir, una lucha. Copio de Menéndez Pidal: "Mi nuevo texto, nueva disputa, aparece en un pequeño manuscrito que andaba rodando en manos de libreros y bibliófilos. Extraño librito de 5 ó 6 centímetros por lado, con un pedazo de documento notarial del siglo XIV por cubierta. Su pequeñez indica que era librito para llevar en la faltriquera de cualquier modesto juglar ambulante."

La poesía contenida en este pequeño manuscrito es la disputa de dos hermanas nobles o hidalgas, María, enamorada de un abad o clérigo, y Elena, amiga de un caballero, sobre cuál de los dos amantes es mejor; primero se exaltan las cualidades y modos de vivir del abad que come bien, duerme bien, tiene dinero, ropas y servidores, y segundo, en contraste, el caballero, con vida disoluta, quien en palacio no come ni bebe, porque:

pues quien anda en casa ajena
nunca sale de pena.

En medio del alegato, el manuscrito se interrumpe. La fecha es difícil de fijar. Apareció en la biblioteca del Duque de Alba sin saberse su procedencia y en ella continúa hoy a pesar del lamentable incendio del palacio de Liria, donde tantas riquezas se consumieron en 1936. El tema se repite en todas las literaturas y es un primer brote de la total cuestión que discute la preferencia de las armas o las letras que llega hasta el Quijote y aún hasta nuestros días.

Una poesía de los *Carmina Burana* ya se ocupa del tema de que el amor del clérigo es superior al del caballero; hoy diríamos soldado o militar:

*Clericus scit diligere
virginem plus milite.*

Y no olvidemos que es don Ramón el del feliz hallazgo de que la sátira contra los clérigos de Talavera del Arcipreste de Hita no es del Arcipreste, sino que deriva de la *Consultatio sacerdotum* de los goliardos, un siglo anterior al de Hita y que dice así:

*Remove famulas non levis est tractus
vitae castae regula nimium est dura
vita sola angelica est pura.*

Con lo que queda demostrado que el Arcipreste no es un maldiciente, sino que echa mano de tópicos literarios para conseguir los efectos estéticos que pretende. En fin, que también esto hace resaltar el primitivismo de los temas de don Ramón: amor a lo primitivo.

Y quiero hacer notar con insistencia que en el mismo primer tomo de la RFE de 1914 donde Menéndez Pidal ocupa las páginas de la 52 a 96 con su disputa, más 13 folios con fotocopias del manuscrito, trae Asín Palacios otras 52 páginas con el original árabe de la *Disputa del asno* contra Fr. Anselmo de Turmeda, de cuyo asunto no me ocupo por caer ya fuera de nuestro propósito pero cuya antigüedad es tanta o mayor que la de la *Disputa de Elena y María*.

Más todavía, en el cuaderno segundo de dicho primer tomo de la RFE ocupa Américo Castro ocho páginas con *La disputa entre un cristiano y un judío*, cuyo asunto no nos interesa aquí tampoco, pero sí nos hace ver el influjo del maestro entre sus primeros alumnos del Centro de Estudios Históricos de Madrid, y que, los que con él trabajaban en dicho Centro, estaban por él bien influidos en el amor a lo primitivo.

Además, pues, de todos sus estudios medievales queda clara esta su afición al primitivismo y esto de ponernos ante los ojos lo tan alejado de nuestras existencias.

En el tomo IV de la RFE correspondiente a 1917, ocupando 100 páginas de la revista, trata del "Roncesvalles", segundo trabajo del tomo número 800 de la Colección Austral, único ejemplar que nos queda de la épica española del siglo XIII y que viene a llenar un enorme vacío de la poesía carolingia peninsular:

Con vos conquis Truquía e Roma a priesa daba
con vuestro esfuerzo arriba entramos en España,
matastes los moros e las tierras ganabas
adobé los caminos del apostol Santiago
non conquis Zaragoza ont me ferió tal lanzada.

Alusión a la visita de Carlo Magno a Santiago de Compostela. También de 1270 es la *Historia troyana polimétrica* publicada en el año XVIII de la RFE. Está la historia troyana en la imaginación de los eruditos españoles ya en el siglo XI por el interés que despertaban Aquiles, Héctor, Paris, Pirro y Eneas como se ve en los epitafios y cármes latinos que entonces se redactaban. Muchas estrofas no son sino imitación de los *Carmina Burana*, por ejemplo:

Troya rica
e nombrada
ay que chica
mal fadada
que será la vuestra honra!
Vos ardida
despoblada
confondida
e arada
seredes por grand deshonra.

Compárese con la poesía medieval de un *Carmina Burana*:

*O fortuna
velut una
statu variabilis,
semper crescis
aut decrescis
vita detestabilis.*

Otra del Cancionero de Ajuda:

*In hac die
in qua pie
melodie
reddunt laudes debitas,
celebretur,
decantetur,
sublimetur
Jacobi festivitas.*

Estrofa imitada en la poesía galaicoportuguesa del mismo Cancionero de Ajuda:

Ca sei de mi
quanto sofrí
en esta terra de pesar;
cómo perdí
e despendí
viviend' aquí,
meus días passo m'en queixar.

Pues bien, señores, esto es parte de lo que debemos a don Ramón Menéndez Pidal por su amor al primitivismo hispánico, que sin él nos sería desconocido. Este conjunto estrófico que pasa y se difunde en toda la poesía española de todos los tiempos, ignoraríamos su procedencia y difusión sin estos estudios detallados y precisos del maestro.

Otro bello tomito hay en la Colección Austral, el número 300, *Poesía juglaresca y juglares*, excelente estudio de aspectos de la historia literaria y cultural primitiva, interesante por su alto sentido expresivo y por los datos que nos proporciona de juglares, juglares cazurros, tradición juglaresca, juglaresas, bailadoras y soldaderas como la famosa María Balteira, de quien nos dice el maldiciente juglar gallego Pedro de Ambroa:

Os besteiros daquesta fronteira,
pero que cuidan que tiran muy ben,
quérolles eu consellar unha ren
que non tiren con María Balteira.

Porque cuando perdía a los dados, rompía en blasfemias y reniegos descreídos. ¡Cuántos detalles se habrían perdido sin los estudios de este gran primitivista!

Quinto, por último y ya para terminar, tenemos que señalar en el maestro la posesión de un lenguaje generacional. Una generación tiene siempre su

lenguaje propio, porque todo programa de nueva concepción necesita una recreación del lenguaje, para que pueda prender. Ya decía Humboldt que el lenguaje no se aprende sino que se despierta en el inconsciente del hombre. El lenguaje generacional tiene algo de secreto que se entrega a todos y que todos manifiestan y cultivan. La generación gongorina, por ejemplo, tuvo su lenguaje propio y recuérdense las diatribas que se le dirigieron porque algo había en él que chocaba a los demás. Todos los viejos hemos leído los rípios académicos y ultramarinos de don Antonio de Valbuena y las tonterías que dijo de Rubén Darío porque no entendía su lenguaje. Todos sabemos también que Unamuno no leía a Góngora, porque no lo comprendía.

El lenguaje de don Ramón, como el de todos los de la generación, se caracteriza por su sencillez. Pío Baroja, bien generacional, por cierto, llega a decir que escribe... como le da la gana. Antes de ellos predominaba el período amplio y la superficialidad de los oradores. El lenguaje del mismo Menéndez Pelayo era un torrente de perlas literarias. Núñez de Arce y Cánovas eran oradores; todavía hay quien se deleite con las parrafadas de inútil historia de Castelar. El lenguaje evoluciona con la sensibilidad y cuanto más grandes son las cosas, con palabras más sencillas han de ser relatadas. David callaba ante las grandezas divinas en Sión y su silencio era el himno más arrebatador entonado en loor de dichas grandezas. Cuando la sensibilidad despierta y adquiere grados emocionales ante poetas primitivos, es imposible que tal sensibilidad se desgrane en frases altisonantes, párrafos caudalosos y palabras retorizantes. Azorín dice en *La voluntad*: "Yo creo que he sido alguna vez un escritor brillante, ahora por fortuna ya no lo soy; ahora, con la sencillez de la forma, he llegado a poder decir todo cuanto quiero que es el mayor triunfo que puede alcanzar un escritor sobre el idioma." Por esto es Azorín, para Ortega y Gasset, "el artista de lo vulgar."

Volviendo a don Ramón, compárense estas dos descripciones acerca de la conquista de el Poyo del Cid que se prestaba a hacer un bello párrafo literario. Dice un escritor de la época: "Cuando llegó el tiempo sereno, templado y alegre del mes de mayo, en que el ruiseñor menudea sus canciones y en que la yerba prodiga su frescor para caballos y bueyes... etc." Dice don Ramón: "El Campeador, en tanto, después de convenido con Alfonso, moró algo en Castilla, reuniendo gentes, hasta que llegó el tiempo 'en que los reyes suelen salir a la guerra', es decir, el tiempo en que la guerra es fácil. Entonces partió Alfonso de Toledo, a fin de correr tierras del rey de Sevilla hasta Baeza y poco después el Campeador salió de Castilla con 7,000 hombres de todas las armas... etc."; lenguaje correcto, sencillo, adaptado a todas las circunstancias y muy en conformidad con el lenguaje de la Generación, excepto los de preocupaciones decididamente estético-mo-

dernistas. (Las *Sonatas* de Valle Inclán, por ejemplo.) Lenguaje claro, castizo y conciso como es el lenguaje clásico y como lo es el del maestro.

Sólo esto, señores, porque para hacer el elogio de don Ramón Menéndez Pidal no sería yo el indicado, ni necesitaba esta docta corporación y erudito auditorio oír mis palabras, puesto que todos conocen su obra mejor o tan bien como yo y todos saben cuán alto es el pedestal sobre el que se eleva su figura de sabio y de maestro de la lengua, de esta lengua que también nosotros hablamos, patrimonio del mundo hispánico, cuyo imperio lingüístico tenemos la obligación de defender y conservar como él lo defendió y trató de conservar limpio y esplendoroso.

Y una anécdota para terminar, que demuestra la comprensión, bondad y sencillez del maestro: en un trabajo de clase encargado por don Ramón, precisamente sobre el Cid, pretendiendo yo hacer literatura barata, al pie del trabajo escribió el maestro: ¡No tan alto, Bolaño, no tan alto! y más abajo los conocidos versos:

que el que alto sube
sin fundamento
pronto cae
y se hunde!

Maestro, si desde los altos espacios siderales, morada de los inmortales, nos ves y nos oyes, escucha el homenaje que esta Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española que tú presidiste con decoro y sapiencia durante tantos años, te rinde hoy y que te es debido por la dignidad con que supiste vivir y llevar por los caminos del quehacer histórico terrenal, el título de Académico de la Lengua Española. Iluminanos, maestro, para que podamos seguir tu ejemplo.

EL AMOR DE AMADO NERVO *

Por don ALFONSO JUNCO

En la primera página de *Serenidad*, esboza Amado Nervo esta Autobiografía:

¿Versos autobiográficos? Ahí están mis canciones,
allí están mis poemas: yo, como las naciones
venturosas, y a ejemplo de la mujer honrada,
no tengo historia: nunca me ha sucedido nada,
¡oh, noble amiga ignota! que pudiera contarte.

Allá en mis años mozos, adiviné del Arte
la armonía y el ritmo, caros al Musageta,
y, pudiendo ser rico, preferí ser poeta.

—¿Y después?

—He sufrido como todos y he amado.

—¿Mucho?

—Lo suficiente para ser perdonado!

En efecto. La biografía de Nervo no incluye cosas sensacionales. Y el hombre sufrió como todos. Y amó como pocos. El amor es el timbre dominador y persistente de su psicología: amor a lo humano, amor a lo divino.

El sentido religioso que absorbió en su ambiente provinciano y su formación primigenia en los católicos planteles de Jacona y Zamora, perduraron en él a través de fluctuaciones, dudas, incongruencias que fueron pegándose por los anfractuados andurriales de la vida; pero el anhelo de lo infinito, el ansia de lo eterno, la interrogación ardiente del más allá, nunca lo abandonaron y fueron purificándose hasta alcanzar las cumbres de sus últimos libros, *Elevación* y *Plenitud*; y culminaron en su cristianísima muerte en Montevideo, acompañado con fraternal devoción por dos altos espíritus: el poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín y el internacionalista peruano Víctor Andrés Belaúnde.

LA ÚLTIMA LUNA

* Leído en sesión pública efectuada el 27 de junio de 1969.

Medio siglo hace de esa muerte, que sobrevino el 24 de mayo de 1919, cuando Nervo aún no cumplía los 49 años. Y coincidió aquel abrazo final con Cristo, plenitud de su amor a lo divino, con un impoluto amor humano que traía embelesado al poeta.

¿Quién era ella? Una jovencita argentina que sin duda sentía delicada atracción por Amado —entonces embajador extraordinario de México, abrumado de admiraciones y homenajes— pero que tal vez por la discrepancia de edades entre otros motivos, no acababa de corresponder al poeta. Y éste iba enviándole notas, apuntes, versos que constan en un cuadernillo que pasó a manos de Alfonso Reyes, el cual se lo confió muchos años después a Alfonso Méndez Plancarte porque no había ya motivo para guardarlo inédito. Y en la revista *Abside* (número 2 de 1943) lo presentó y glosó Alfonso Méndez Plancarte bajo el título de "La última luna".

Por poco divulgado y por interesantísimo, extraigo de él algunos fragmentos.

Cantaba el poeta:

Yo te amaré con todos los amores:
el de amigo, el de esposo y el de hermano;
y en mi beso habrá todos los sabores
y todos los apoyos en mi mano.

Adentrándose en sí mismo y buscando suscitar en ella el eco de su propia ternura, escribía Nervo:

El amor verdadero hace milagros, porque él mismo es ya el mayor milagro.

Y en otro momento:

Está enamorado quiere decir: vive ya en un plano de vibración superior.

Está enamorado quiere decir: lleva dos estrellas: una en la frente como en los cuentos de hadas, y otra en el corazón.

Está enamorado quiere decir: toda su alma es una lámpara y todos sus actos son una armonía.

Está enamorado quiere decir: ya le nacieron alas...

El 14 de mayo (1919) amaga a Nervo la enfermedad, y escribe a Buenos Aires:

Aprovecho este accidente que me recluye, para hablarle. Después va a venir el torbellino... Qué bello es que no pueda olvidarme: quiera Dios que esta imposibilidad llegue a ser absoluta...

En mayo 16, por la mañana:

Esta tarde, a las tres, me recibe el Presidente. Esta noche me dan una fiesta en el Ateneo. Viene después el Congreso del Niño, con una cauda de bailes, comidas, garden parties... Y allá, en una lejanía cada vez más distante, Buenos Aires... ¡Usted que quería recogimiento!... Pero lo tendrá cerca de mi corazón un día...

El mismo mayo 16, por la tarde:

Espero ese día. Dios ha de traerlo. Él, que ve mi alma, sabe que no hay en ella para usted un sentimiento bastardo. Es todo puro como el más puro diamante: ya verá y creará.

Pero piense una cosa: yo soy un hombre a quien todo, absolutamente todo, se le ha desmoronado en este mundo; un hombre sin asidero en ninguna parte. El mundo me ha dado el aparato y la suficiente cantidad de éxito para llenar la triste copa de la vanidad. Pero lo sustantivo, lo hondo, lo profundo de que he tenido hambre y sed, ¡no! Yo la necesito a usted... Hasta para volar se necesita un punto de apoyo... y dos alas. No me abandone. Tampoco me quiera por piedad: prefiero su indiferencia total. Quiérame porque sí, y ayúdeme a ser bueno, a pensar alto, a sentir hondo. Sea mi colaboradora en mi obra de amor... Así la obra será de los dos, la haremos los dos.

Dios está en todos los grandes carifios. ¿Por qué no ha de estar en el nuestro?... Déme su corazón, y verá cómo me basta y hasta qué punto me basta para toda la vida.

Y al día siguiente, sábado 17:

Mi médico, hombre sencillo y afectuoso, vino ayer un poco alarmado por un análisis que hizo hacer, y me dijo que tenía mucha albúmina y me ordenó que no tomase más que leche y fruta... Y prometí y cumpliré el régimen, porque quiero vivir. ¿Y sabe por qué quiero vivir?...

Yo soy suyo y quiero que llegue un día en que, como dijo Montaigne, no sepamos quién es uno y quién es el otro.

La amada de la poesía persa dice: "Hubo un tiempo en que él era él y yo era yo. Después, él era yo y yo era él. Y ahora no sé quién es él y quién soy yo: somos yo y somos él..."

Dos días más tarde, mayo 19:

En cuanto a hombres, estoy atendidísimo... Ustedes son las que no pueden reemplazarse; y a usted, ¿cómo voy a sustituirla: a ver, cómo? Pero el 24 cuentoirme...

Pensaba ir de Montevideo a Buenos Aires para ver personalmente a la amada. Y al día siguiente, 20 de mayo:

Tres médicos me ven... Sólo usted me falta, pero usted está en mi alma...

Ayer estuve muy mal... Pero los médicos dicen que voy bien, muy bien... Estoy perfectamente. Es de creer que me podré ir el 24. Telegrafiaré. ¿Qué cerca, eh?... Ya pronto estaremos juntos... Hasta luego.

¡Hasta luego! Y por estremecedora coincidencia, el mismísimo día 24 de mayo en que pensaba viajar para encontrarse en Buenos Aires con su amada, emprendió el viaje decisivo para encontrarse en lo alto con el Amor.

LA AMADA INMÓVIL Y SU HIJA

Cuando en esas líneas del 16 de mayo exclamaba Nervo: "Yo soy un hombre a quien todo, absolutamente todo, se le ha desmoronado en este mundo", pensaba sin duda en su tragedia llorada en *La amada inmóvil* y en el fracaso que posteriormente sufrió su deslumbramiento ante la hija de la Amada inmóvil.

Se abre con este epígrafe el libro a la que se fue: "En memoria de Ana. Encontrada en el camino de la vida el 31 de agosto de 1901. Perdida —¿para siempre?— el 7 de enero de 1912."

Ana Cecilia Dailliez, a la que Nervo se unió en Europa, con entusiasmo y fidelidad, por más de diez años, es la inspiradora del poema *Gratia plena* que ha recorrido el mundo y alcanzó fervorosa popularidad en la música de Mario Talavera y en la voz efusiva de Alfonso Ortiz Tirado:

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía;
su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...
El ingenio de Francia de su boca fluía.
Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,
rubia y nevada como margarita sin par,
al influjo de su alma celeste, amanecía.
Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Cierta dulce y amable dignidad la investía
de no sé qué prestigio lejano y singular.
Más que muchas princesas, princesa parecía.
Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía
dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar,
y cadencias arcanas halló mi poesía.
Era llena de gracia como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!
¡Cuánto, cuánto la quise! ¡Por diez años fue mía;
pero flores tan bellas nunca pueden durar!
¡Era llena de gracia, como el Avemaría,
y a la Fuente de gracia, de donde procedía,
se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

La inspiradora de *Gratia plena* tenía una hija, niña al comenzar el idilio, jovencita cuando la madre falleció. Y a poco andar, Amado Nervo se prendó, con la más limpia ilusión, de aquella criatura angelical en quien acaso sentía prolongada a la madre.

No mires si en mis sienes hay escarcha octubrefña;
nuestras almas sin años hablan un mismo idioma...

Pero la jovencita —hoy dignísima señora que vive en México— no podía corresponder a ese amor: estimaba y quería mucho, como una hija, al hombre bondadoso y gratisimo a quien llamó siempre "el señor Nervo", pero lo hizo comprender al fin que aquello era imposible.

Amado —aquí no amado— volcó sus anhelos en insistentes poesías de todos los tonos y registros, recogidas después bajo el rótulo de *El arquero divino*, donde figura la conocidísima *El día que me quieras*, también popularizada por la música del compositor Manuel Esperón:

El día que me quieras tendrá más luz que junio;
la noche que me quieras será de plenilunio...

El día que me quieras, para nosotros dos
cabrá en un solo beso la beatitud de Dios.

Pero ese día no llegó. Y Amado tuvo, en definitiva, que desistir.

NACÍÓ PARA AMAR

¿Fue después de tal fracaso —aunque pudo ser en otra coyuntura de su vivir— aquel enardecido poema *Cobardía* que tiene todo el patetismo de la verdad?

Pasó con su madre. ¡Qué rara belleza!
¡Qué rubios cabellos de trigo garzul!
¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realenza
de porte! ¡Qué formas bajo el fino tul!...

Pasó con su madre. Volvió la cabeza:
¡me clavó muy hondo su mirada azul!

Quedé como en éxtasis. . . Con febril premura,
"¡Síguela!", gritaron cuerpo y alma al par.
. . . Pero tuve miedo de amar con locura,
de abrir mis heridas, que suelen sangrar,
¡Y no obstante toda mi sed de ternura,
cerrando los ojos, la dejé pasar!

Volviendo a *El arquero divino*, del poemita *Siempre* destacamos estas líneas en que habla Nervo de su orientación estética hacia la suma simplicidad, y de su esperanza —todavía inasequible— de un amor más sublime y desasido:

—¿Y cómo harás, en lo futuro, versos?

—Haré mis versos sin hacerlos, casi
fluidos, casi inmateriales, tenues,
sin palabras apenas. . .

—¿Y no amarás?

—¡Ay, sí! Porque he nacido
para amar. . . Bien quisiera
que a lo invisible abriese su corola
únicamente el alma;
pero no puedo aún. . .

Cierto. Amado nació para amar. Y reincidió todavía, como hemos visto, en sus horas postreras. Mas, en el fondo, siempre ambicionó, infructuosamente, "que a lo invisible abriese su corola únicamente, el alma". Pero en sus últimas etapas vitales, con golpes de experiencia y con golpes de ala fue acercándose a aquel persistente ideal:

Inútil la fiebre que aviva tu paso;
no hay fuente que pueda saciar tu ansiedad
por mucho que bebas. . . El alma es un vaso
que sólo se llena con eternidad.

Si retrocedemos a uno de sus primeros libros, *Místicas*, encontramos que el título tiene más de llamativo que de auténtico; hay cierta superficialidad decorativa, cierta equívoca mezcolanza de lo profano y de lo sacro que nunca convencieron a espíritus avisados como el de don Victoriano Salado Álvarez; pero es justo advertir que hubo una evolución en Amado, un acendramiento progresivo —exceptuando eventuales desvíos—, hasta encontrar de nuevo, para entrar en la muerte, la senda católica que recorrió en sus días de adolescente seminarista.

Poco a poco va ganando Nervo en coherencia y limpidez, y da notas aisladas de perfecta pureza, y llega finalmente en su obra a diafanidades sólo deslucidas por momentáneas brumas. Así acontece en sus poemas de *Elevación* y en sus prosas de *Plenitud*.

ELEVACIÓN EN LA POESÍA Y EN LA VIDA

Salvo dos o tres detalles fugitivos, *Elevación* es un libro de absoluta nitidez religiosa. No de un alma segura que posee, sino de un alma anhelosa que busca: pero con fe, con humildad, con amor; y canta en todos sus ritmos un ansia, un afán, una verdadera obsesión de Dios. Y ese anhelo, penetrado de confianza, le da la paz aun antes de la posesión. Lo proclama en *El milagro*:

¡Señor, yo te bendigo porque tengo esperanza!
Muy pronto mis tinieblas se enjorarán de luz.
Hay un presentimiento de sol en lontananza;
¡me punzan mucho menos los clavos de mi cruz! . . .
Dudé —¿por qué negarlo?— y en las olas me hundía
como Pedro, a medida que más hondo dudé.
Pero Tú me tendiste la diestra, y sonreía
tu boca murmurando: "Hombre de poca fe" . . .

A una humilde monjita le pide que le muestre el sendero:

Enséñame, hermanita,
enséñame el camino
para llegar a Dios. . . ¡Por la infinita
soledad yo le busco de continuo
con un alma viril, pero marchita,
que su riego divino
sobre todas las cosas necesita!
Enséñame, hermanita,
enséñame el camino.

Y un buen día exulta de gozo ante el hallazgo:

Señor, Señor. Tú antes, Tú después, Tú en la inmensa
hondura del vacío y en la hondura interior;
Tú en la aurora que canta y en la noche que piensa;
Tú en la flor de los cardos y en los cardos sin flor.
Tú en el cenit a un tiempo y en el nadir; Tú en todas
las transfiguraciones y en todo el padecer;

Tú en la capilla fúnebre y en la noche de bodas;
Tú en el beso primero y en el beso postrer.

Tú en los ojos azules y en los ojos oscuros;
Tú en la frivolidad quinceañera, y también
en las graves ternezas de los años maduros;
Tú en la más negra sima, Tú en el más alto edén.

Si la ciencia engreída no te ve, yo te veo;
si sus labios te niegan, yo te proclamaré.
Por cada hombre que duda, mi alma grita: "Yo creo".
¡Y con cada fe muerta, se agiganta mi fe!

La fe lo pone en paz con todo, y canta así Amado Nervo su conformidad estimuladora y optimista:

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;
porque veo al final de mi rudo camino
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,
fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas;
cuando planté rosales, coseché siempre rosas.
... Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
mas no me prometiste tú sólo noches buenas,
y en cambio tuve algunas santamente serenas...

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

La idea vaga, intermitente, recóndita, que de cuando en cuando apunta en el alma de Amado, salta impetuosa en este poema: Si Tú me dices ¡Ven!:

Si Tú me dices: "¡Ven!", lo dejo todo...
No volveré siquiera la mirada
para mirar a la mujer amada...

Pero dímelo fuerte, de tal modo
que tu voz, como toque de llamada,
vibre hasta en el más íntimo recodo
del ser, levante el alma de su lodo
y hiera el corazón como una espada.

Si Tú me dices: "¡Ven!", todo lo dejo.
Llegaré a tu santuario casi viejo
y al fulgor de la luz crepuscular;

mas he de compensarte mi retardo,
difundiéndome, ¡oh Cristo!, como un nardo
de perfume sutil, ante tu altar.

Y este deseo de entregarse del todo a Cristo, fluye en aspiraciones veraces de eliminar sombras en la conducta, de vivir la bondad y la perfección. Porque:

En la armonía eterna, pecar es disonancia;
pecar proyecta sombras en la blancura astral.
El justo es una música y un verso, una fragancia
y un cristal.

En la madeja santa de luz de los destinos,
pecar es negro nudo, tosco nudo aislador.
Pecar es una piedra tirada en los caminos
del amor...

Pecar es red de acero para el plumaje ingrávito;
membrana en la pupila que quiere contemplar
el ideal; parálisis en el ensueño, ávido
de volar.

¡Oh mi alma!, ya no empañes tu pura esencia ignota;
no te rezagues de la bandada, que veloz
traza una gran V trémula en la extensión remota.
¡Oh mi alma!, une al gran coro de los mundos, la nota
de tu voz...

PLENITUD

Llegamos a *Plenitud*, librito de prosas cortas, directas, sencillas, sin literatura, donde Amado Nervo difunde el mismo mensaje que los poemas de *Elevación*.

Es *Plenitud* un breviario de la bondad sonriente, de la alegría casta, del optimismo generoso, del amor comunicativo y perdonador. Su espíritu y su forma, por transparentes, por invitadores, por asequibles a todos, han corrido mucho mundo y regado mucho bien. Y seguirán haciéndolo. Serían suave antídoto contra las rudezas, agresiones y "angustias" (casi siempre de encargo y de imitación) que andan hoy tan de moda, y que estrujan y estragan el júbilo de vivir.

Oigamos, por ejemplo:

IRÁS POR EL CAMINO

Irás por el camino buscando a Dios; pero atento a las necesidades de tus hermanos.

En cualquier momento, en cualquier lugar, entre cualquier compañía, te formularás la admirable pregunta de Franklin:

—¿Qué bien puedo yo hacer aquí?

Y siempre encontrarás una respuesta en lo hondo de tu corazón.

Apareja el oído, los ojos y las manos, para que ninguna necesidad, ninguna angustia, ningún desamparo, pasen de largo.

Y cuando a nadie veas en la carretera llena de huellas que relumbra al sol, cuando el camino esté ya solitario, vuélvete inmediatamente hacia tu Dios escondido.

Si Él pregunta dentro de ti mismo:

—¿Cómo es que no me buscabas, hijo mío?

Le dirás:

—Te buscaba, Señor, pero en los otros.

—¿Y me habías encontrado?

—Sí, Señor; estabas en la angustia, en la necesidad, en el desvalimiento de los otros.

Y Él, por toda respuesta, sonreirá dulcemente.

Ahora,

ENCIENDE TU LÁMPARA

En cuanto caiga la noche, enciende tu lámpara.

No permanezcas en la obscuridad.

Enciende cuidadosamente tu lámpara.

El viajero que pase, dirá: "cuánto reposo debe haber cerca de esa luz y cuánta paz".

La mujer solitaria que la distinga de lejos, pensará: "allí debe anidar el amor; dos que se quieren son bañados por el mismo fulgor blando"...

El niño que la contemple, exclamará: "tal vez hay niños en redor de la mesa y leen bellos cuentos y miran maravillosas estampas".

El ladrón furtivo murmurará con recelo: "allí vive un hombre prevenido a quien no se puede atacar a mansalva".

Muchos, al internarse en la selva, se sentirán confortados por tu luz.

En verdad te digo que es misericordioso, a las primeras sombras encender nuestra lámpara: la buena lámpara "de que el Padre ha provisto a los caminantes de la vida".

Una reflexión sobre

LA CORTESÍA

La vida por breve que sea nos deja siempre tiempo para la cortesía, o como dijo Emerson: *Life is not so short but that there is always time for courtesy.*

Huye de las gentes que te dicen "Yo no tengo tiempo para gastarlo en etiquetas." Su trato te rebajaría. Estas gentes están más cerca de la

animalidad que las otras. ¡Qué digo! La animalidad se ofendería... el perro jamás te dejará entrar a tu casa sin hacerte fiestas con ese meneo de cola "tan honrado" como ha dicho Schopenhauer. El gato mimoso y elástico, en cuanto te vea, irá a frotarse contra ti. El pájaro parecerá escuchar con un gracioso movimiento de cabeza lo que le dices, y si percibe en el metal de tu voz la cariñosa inflexión que él conoce, romperá a cantar.

Dante en la *Vida Nueva* llama a Dios Señor de la cortesía.

La cortesía es el más exquisito perfume de la vida y tiene tal nobleza y generosidad, que todos la podemos dar; hasta a aquellos que nada poseen en el mundo. El Señor de la cortesía les concede el gracioso privilegio de otorgarla.

El hombre feliz, que no tenía camisa, sí tuvo cortesía para recibir a los emisarios del Sultán enfermo.

¿En qué abismo de pobreza, de desnudez, no puede haber la amable divinidad de una sonrisa, de una palabra suave, de un apretón de manos?

La caridad, opulenta o humilde, lleva siempre el ropaje de la cortesía, y la santidad más alta no podemos ni imaginárnosla sino infinitamente cortés.

¿Os acordáis de San Francisco de Asís?

Escuchemos esta insinuación novedosa y sutil:

LOS PASOS

Muchas veces, en los breves intervalos en que se apacigua tu tráfago interior, te acontece oír unos pasos: unos pasos furtivos a lo largo de tu puerta.

Como los de un amante que ronda la casa de la amada. Son los pasos de la Dicha.

Son los pasos de una dicha modesta, tímida, discreta, que desearía entrar.

Hay muchas dichas así.

Son como novicias temerosas.

Son como corzas, como graciosas corzas blancas. Todo las amedrenta.

Si escuchas estos pasos, abre inmediatamente tu puerta de par en par.

Abre también tu rostro con la más acogedora de tus sonrisas... y aguarda.

Verás cómo entonces los pasos tímidos se acercan; verás cómo la pequeña dicha entra con los ojos bajos, ruborosa, sonriente, y te perfuma la casa y te encanta un día de la vida, y se va... mas para volver.

Desgraciadamente, muy a menudo, tus descontentos, tus deseos y aun alguna alegría efímera y soflamera, hacen tanto ruido, que la corza blanca se asusta y los leves pasos se alejan para siempre jamás.

Finalmente:

SI AMAS A DIOS

Si amas a Dios, en ninguna parte has de sentirte extranjero, porque Él estará en todas las regiones, en lo más dulce de todos los paisajes, en el límite indeciso de todos los horizontes.

Si amas a Dios, en ninguna parte estarás triste, porque, a pesar de la diaria tragedia, Él llena de júbilo el universo.

Si amas a Dios, no tendrás miedo de nada ni de nadie; porque nada puedes perder y todas las fuerzas del cosmos serían impotentes para quitarte tu heredad.

Si amas a Dios, ya tienes alta ocupación para todos los instantes, porque no habrá acto que no ejecutes en su nombre, ni el más humilde ni el más elevado.

Si amas a Dios, ya no querrás investigar los enigmas; porque le llevas a Él, que es la clave y resolución de todos.

Si amas a Dios, ya no podrás establecer con angustia una indiferencia entre la vida y la muerte; porque en Él estás y Él permanece incólume a través de todos los cambios.

LA APOTEOSIS CONTINENTAL

Queda patente: el amor es connatural en Amado Nervo. Amor a la mujer, amor a la gente que nos rodea y acaso nos incomoda, amor a la humanidad que sufre, amor a Dios.

Y este mensaje de amor, concentrado principalmente en sus libros *Elevación* y *Plenitud*, los de más intensa y extensa difusión y los que mencionan casi todos aquellos que comentaron, lloraron y cantaron el tránsito de Amado Nervo, hizo que su nombre se unimismara con tal actitud de espiritualidad confortadora.

Por ello, en la apoteosis continental que coronó la muerte del poeta en 1919, Gabriela Mistral pudo lanzar ese clamor, de océano y huracán, que escucharemos para concluir:

Amado Nervo, suave perfil, labio sonriente;
Amado Nervo, estrofa y corazón en paz:
mientras te escribo, tienes losa sobre la frente,
baja en la nieve tu mortaja inmensamente
y la tremenda albura cayó sobre tu faz.

Me escribías: "Soy triste como los solitarios,
pero he vestido de sosiego mi temblor,
mi atroz angustia de la mortaja y el osario
y el ansia viva de Jesucristo, mi Señor."

¡Pensar que no hay colmena que entregue tu dulzura;
que entre las lenguas de odio eras lengua de paz;
que se va el canto mecedor de la amargura;
que habrá tribulación y no responderás!

De donde tú cantabas se me levantó el día.
Cien noches con tu verso yo me he dormido en paz.
Aún era heroica y fuerte porque aún te tenía;
sobre la confusión tu resplandor caía.

Y ahora tú callas y tienes polvo, y no eres más.

No te vi nunca. No te veré. Mi Dios lo ha hecho.

¿Quién te juntó las manos? ¿Quién dio, rota la voz,
la oración de los muertos al borde de tu lecho?

¿Quién te alcanzó en los ojos el estupor de Dios?

Aún me quedan jornadas bajo los soles. ¿Cuándo
verte, dónde encontrarte y darte mi aflicción;
sobre la Cruz del Sur que me mira temblando,
o más allá, donde los vientos van callando
y por impuro no alcanzará mi corazón?

Acuérdate de mí —lodo y ceniza triste—,
cuando estés en tu reino de extasiado zafir.

A la sombra de Dios, grita lo que supiste:

que somos huérfanos, que vamos solos, que tú nos viste,
¡que toda carne con angustia pide morir!

GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR
IN MEMORIAM *

Por don JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

Hace siete años y medio, en mis primeras palabras en esta casa, dije refiriéndome a mi predecesor en el sitio que ocupo, que me sería posible referirme a su obra, aunque de modo insuficiente, apenas lo bastante para dar una idea aproximada de los varios aspectos, géneros o modalidades que en ella caben y que responden, creo yo, a las diversas fases del espíritu de su autor. En aquel momento examiné su obra clasificándola en cuatro apartados: las obras de ficción y memorias personales, los ensayos críticos sobre letras e ideas, los ensayos de carácter biobibliográfico y, finalmente, el renglón de carácter jurídico y particularmente internacionalista, con frecuentes incursiones en campos de la historia.

Lo que entonces calificué de "memorias personales" de Fernández Mac Gregor eran las confesiones o confidencias que abundan en sus artículos sobre su primer viaje a Europa, compilados en el volumen titulado *Notas de un viaje extemporáneo*,¹ ya que fue lo único de carácter autobiográfico suyo que yo pude, entonces, conocer.

Dije, en aquel momento, que a Fernández Mac Gregor "Las visitas a lugares históricos le conmovieron, al grado que a veces se tiene la impresión —que ahora es certeza, por lo que luego diré—, que al recorrer los salones de un palacio o las naves de una catedral lo que tenía ante sus ojos perdía importancia junto a los recuerdos de los hombres y de los fastos históricos que el viajero evocaba..." y, proseguía yo diciendo que sin menospreciar la sensibilidad artística de don Genaro, creo que sobre ella predominaban su gran inquietud intelectual y su vasta cultura de sentido acentuadamente histórico o historicista, amén de su personal idiosincrasia de hombre introverso y un poco soñador. Esto último, que ahora subrayo, se confirma ampliamente

* Leído en sesión pública efectuada el 10 de diciembre de 1969.

¹ GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR. *Notas de un viaje extemporáneo*. México, Editorial Stylo, 1952.

con la lectura de su autobiografía póstuma: *El río de mi sangre*,² salido a la luz pública hace, apenas, cosa de seis o siete meses.

¿Qué hay, qué contiene, qué clase de libro es éste? El subtítulo dice: *Memorias*, yo acabo de llamarlo autobiografía. No pretendo tener mejores razones que el autor, pero, ¿son sinónimos, es decir, será igual escribir memorias que autobiografía? Desde luego parece que no; que escribir memorias, o sea recuerdos, es algo primordialmente objetivo, y que una autobiografía es algo esencialmente subjetivo. Yo creo que, en rigor, así es. Creo que un típico libro de memorias, en el extremo de lo objetivo, sería, por ejemplo, *El libro de mis recuerdos* de don Antonio García Cubas, y que, para no salir del campo de nuestra literatura nacional, tal vez la más acendrada autobiografía pueda ser la *Respuesta a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*, aquella por todos conceptos extraordinaria epístola de la aún más ilustre Sor Juana Inés de la Cruz, páginas, para mí, hasta hoy no igualadas en nuestras letras.

Entre uno y otro extremo hay otras obras valiosas: las *Memorias* de Guillermo Prieto, el *Diario* de Federico Gamboa, los dos volúmenes de Salado Álvarez, los otros dos de González Martínez, etc., en fin, obras muy valiosas pero no muy numerosas, pues el género autobiográfico no ha sido muy cultivado en las letras mexicanas, y aun estoy por decir que igual acontece en todas las literaturas de idioma castellano, al menos comparando su proporción con lo que sucede por ejemplo, en la literatura francesa desde el siglo XVI —pienso en Montaigne—, hasta nuestros días, digamos hasta André Maurois, para no mencionar sino a uno de los ilustres más recientemente desaparecidos. A lo largo de esos cuatro siglos las memorias y autobiografías han llenado copiosos y múltiples volúmenes, muchos excelentes y algunos geniales.

Pero tales consideraciones no quieren decir que el libro póstumo de Fernández Mac Gregor sea importante solamente como ejemplar de un género escaso, sino que tiene valiosa importancia en sí mismo, por sus intrínsecas cualidades.

Dejando para quien se atreva a resolverla o siquiera a estudiarla aquella cuestión, antes enunciada, de la diferencia entre memoria y autobiografía, y considerando, por ahora, que casi siempre en las obras de esa clase hay de lo uno y de lo otro (en variables proporciones o matices que harían la clasificación final), vemos que así ocurre con *El río de mi sangre*, a pesar del subtítulo *Memorias*, pues muchas de sus páginas y hasta de sus capítulos son autobiografía pura, mientras que otros nos informan de muchas cosas que fueron el marco, de tiempo y de lugares, en el que vivió y se movió el escritor que lo narra y lo describe.

La detallada recensión del libro sería aquí impropio y no pretendo

² *El río de mi sangre. Memorias*. México, Fondo de Cultura Económica, 1969.

hacerla, pero sí cabe apuntar algunos de los ricos filones que podrán explorar, con gran fruto, los estudiosos de los temas afines.

Desde luego la época, más bien el ambiente de su vida en las épocas que vivió: primero casi todo el porfirismo hasta que ese "México, el México de mi niñez y de mi juventud, el de la paz porfiriana, el de las aspiraciones de cultura europea, se disolvía en el pasado".³ Luego los infelices titubeos del nuevo régimen, barrido por "la ola de sangre y fango" (título del capítulo XXVI), a cuyo final hace el autor esta consideración:

"Leí en Taine la anécdota aquella respecto a Sieyès, a quien un amigo interrogó después del Terror:

"—¿Qué hizo usted durante la tormenta?

"—*J'ai vécu* —respondió lacónicamente el político—.

"Yo también, los míos, mi generación sacudida por la duda, sorteamos aquellos años anárquicos del 1913 al 1917; subsistimos.

"Pero eso no es suficiente para quien tiene sólo una vida; no alivia nuestra tragedia: en adelante, todos los contemporáneos llevaríamos dentro de nosotros un cadáver: el de lo que creíamos poder ser en un México definitivamente culto."⁴

Ese marco de su vida, el ambiente, digamos, no está descrito al modo del realismo literario y nada hay de costumbrismo en esas páginas, algunas anécdotas, sí, pero muy esparcidas, sólo para perfilar un personaje o un suceso, pues todo está visto desde el propio yo del autor, de sus ideas y sobre todo de sus sentimientos.

En la segunda mitad del libro, que corresponde casi exactamente a la segunda mitad de la vida del que lo escribe —lo que es un detalle más, pero revelador, de su hondo sentido clasicista de orden, equilibrio y simetría—, sí hay muchas más páginas descriptivas y narrativas, pero ellas corresponden a las observaciones de cosas y lugares vistos en sus viajes al extranjero; es allí donde suele mostrarse más objetivo, aunque no mucho, pues siempre que describe algo dirá sobre ello su parecer o el motivo de su interés.

¿Y las personas y personajes de que trata? Claro es que predominan, en grandísima proporción, las referencias a sus familiares más próximos; pero hay alusiones, perfiles, trazos vivísimos sobre muchos de sus coetáneos: amigos, colaboradores en sus funciones, viajes y tareas profesionales, personajes políticos, etc.; de modo que es, ésa, otra veta rica para las notas de investigadores o estudiosos de futuras biografías.

Igual acontece respecto a sus trabajos y tareas que desempeñó como internacionalista y diplomático, asunto que sigue interesándome en extremo, con-

³ *Op. cit.*, pág. 189.

⁴ *Op. cit.*, pág. 250.

fiando en que podré, algún día, redondear lo que apenas pude esbozar hace años en mi estudio sobre Fernández Mac Gregor, ya aludido.

En cuanto al aspecto del libro que acaso arbitrariamente llamo "memorias" cabe señalar la importancia de las cincuenta o sesenta páginas que dedica a la etapa de su Rectoría de la Universidad y las causas y sucesos de su renuncia. Otro libro de memorias sobre tema análogo recuerdo: *La tragedia de un Rector*, del doctor don Fernando Ocaranza. Documentos preciosos son, ambos, para una historia de nuestra Universidad de México, que es y ha sido, espejo, laboratorio y altavoz de muchas facetas de la vida nacional.

Del otro aspecto, de lo propiamente autobiográfico, ¿cómo apuntar, siquiera, los más importantes capítulos sin el tiempo ni el espacio para señalar, también, los matices y aun las contradicciones —que son clara señal de perspicacia y sinceridad—, con que el autor nos revela su personal, propia y humana verdad?

Don Genaro Fernández Mac Gregor escribe su biografía a los setenta años, con perfecta lucidez, con serenidad, en cuanto que hay constante autoanálisis y al parecer mínimo de pasión aunque mucho de emoción, más bien de diversas ricas emociones. Con persistencia trata de verse, con objetividad a sí mismo.

Cuestión relacionada con ello es: ¿qué tan perfectamente se ve a sí mismo? Podría plantearse de modo más general: ¿qué tan perfectamente puede verse uno a sí mismo? Creo que así se llega a un límite y eso es grave problema para quien quiera estudiar toda autobiografía, porque ¿quién puede juzgar de tal cuestión? Aun quienes más y mejor nos conocen tendrán de nosotros, cada uno, su particular visión. ¿La propia será total y perfecta? Creo que el problema es irresoluble. Torres Bodet ha dicho, hace poco, al empezar a hablar públicamente de sí mismo (leyendo parte de sus Memorias), que trataría "del hombre a quien conozco mejor"; cauto adjetivo, porque mejor no es ni total ni perfecto. En fin, atengámonos a lo ya dicho sobre las características de la autobiografía de Fernández Mac Gregor pues no cabe ahondar más en eso.

En las líneas casi últimas del capítulo final, se juzga así:

No tengo la menor presunción de valer. Esto lo digo en el sentido de sobresalir, pues en lo íntimo sí creo que una vida contemplativa como la mía se sustenta en una idea más cabal del cosmos, y que limitando sus ambiciones causa menos daño que otras, aunque asimismo menos bien. Juzgo que escogí algo noble al dedicarme a hacer el periplo de la inteligencia y del sentimiento. ¡Pero en lo externo!... Mi vida ha sido una de tantas, sin nada extraordinario, fuera del exquisito amor que tuve la fortuna de sentir y de captar.

Mis días se caracterizan no por lo que ejecuté, sino más bien por lo

que dejé de ejecutar. Alenté en una era histórica de las más extraordinarias, y sin embargo, permanecía inactivo. Presencí la retumbante caída del pacífico régimen porfiriano (en el que nací y me eduqué), ante el turbión revolucionario hirviente de odios y de sangre, aunque también —lo reconozco— impulsado por un anhelo de mejoría social y moral que no ha sabido realizar. No abracé esa causa, porque si algunos de sus ideales me son caros, repugnaba y repugno aún implantarlos por la violencia. La República entera luchaba, yo permanecí espectador.

Las dos guerras europeas hicieron trizas la vieja cultura; arruinaron sus más preciados monumentos. Millares de hombres agonizaron en los campos de batalla, millares también en los campos de concentración... El saldo de esa catástrofe es una humanidad mutilada espiritual y corporalmente, que no tiene fe en nada y que es presa de todos los miedos y de todos los odios...

Mi deseo fue conocer el Mundo, sobre todo el Viejo Mundo. Estuve arraigado al terruño toda la vida y sólo a sus postrimerías miré a Europa un instante. Pero viajé siempre en alas de la imaginación, por las páginas de los libros. Éstos han sido, en suma, mi universo.

Yo me he asomado a todas las literaturas, a todas las filosofías, a todas las historias. Troqué la posible experiencia directa por la indirecta a través de mis semejantes. No he podido retener siquiera la centésima parte de lo que he leído...

Me aguijoneé el deseo de saber, de profundizar en el cosmos, en mí mismo, y apenas desfloré ese inmenso campo, haciendo más densas mis dudas y aumentando el número de mis problemas.

Tuve anhelos de crear, probé la alegría de hacerlo; me he ilusionado con que esa era mi vocación. Produje sólo unos cuantos ensayos, pues, en pro de lo perfecto, siempre puse la ejecución de mis planes para tiempos más propicios, que nunca llegaron.

Desde muy temprano, y aún poseedor de una imaginación viva, aprendí a no darle pábulo en la práctica, sino en el ensueño. Mi filosofía fue la del límite (¿o era miedo de vivir?), lo cual me tornó un poco ascético e indiferente. En el fondo, no he dado un gran valor a la acción y a la vida; me he dicho que al fin y al cabo lo que se experimenta y adquiere, no vale el esfuerzo que suponen esos actos. Soñar es igual a obrar.

¿Esta actitud ante la vida significa que no gocé de sus dones? Ni mínimamente. Así siempre los que estuvieron a mi alcance. No me esforcé empero por correr tras ellos. Siempre palpité también ante la belleza que brilla, ya en las criaturas, ya en las cosas. Lo hermoso, plástico o espiritual me seduce; una mujer pulcra o un paisaje... o un poema o una sinfonía me dejan estático. Ejerció sobre mí especial atracción el estilo.

...desde que hallé el Amor nunca he sentido el hastío. En mi soledad he tenido siempre intereses apasionantes. Como tengo una gran curiosidad por toda cosa, y como es infinito el campo de mi ignorancia, encuentro siempre gran placer en estudiar...

En suma, vi exactamente dentro de mi alma, cuando forjé mi *ex libris*: estaba destinado a ser un fantasma de hombre, morador de bibliotecas y museos; fui humano gracias a que cumplí la ley común: nacer, crecer, amar, probar el dolor y verter el río de la sangre en los descendientes... eso me salvó de ser un Caballero de la Triste Figura sin inspiración ni arrestos: *Vici mea fata vivendo*... Vencí mi destino viviendo.⁵

Y, dos páginas después, cierra su libro, su vida, con esta sentencia:

*Ortus ex umbra tanquam umbra vixi et in umbram redeo.*⁶

Eso sentía él como una íntima verdad. Para nosotros no es así: no vivió como una sombra quien sirvió a la patria en misiones delicadas, quien con su talento y saber luchó por la justicia en tribunales nacionales e internacionales y alcanzó éxitos felices; quien dio testimonio de su enseñanza y su verdad en tantas páginas que culminan en éstas, póstumas, a las que me he referido.

Y a pesar de que hoy conmemoramos los diez años de su ausencia, precisamente por estar aquí reunidos para recordarlo, pensamos que no volvió a la sombra sino que vive en la luz de sus obras y en el recuerdo de esta Academia que se honró contándolo entre sus miembros más preclaros.

ALFONSO REYES EN SU DIARIO *

Por don FRANCISCO MONTERDE

A los diez años de su partida, Alfonso Reyes torna a vivir con nosotros, a través de las páginas del tomo inicial de su *Diario*, el cual lleva prólogo biográfico de Alicia Reyes: la nieta que heredó sus inclinaciones, y nota preliminar del doctor Alfonso Reyes Mota, el hijo que, con aquélla, mantiene vivo el culto del escritor, en la Capilla Alfonsina.

Conozco esas páginas del tomo que imprime la Universidad de Guanajuato, gracias a una copia de los originales que me proporcionó, eficaz y amistosamente, la misma Tikis, y su lectura va a revelarme otra faz —otras facetas— del escritor y del hombre.

⁵ *Op. cit.*, págs. 511 a 513.

⁶ *Op. cit.*, pág. 516.

* Leído en sesión pública efectuada el 10 de diciembre de 1969.

Tras el prólogo que resume la vida y recuerda las primeras obras del autor del diario, al situarlas en los días en que aparecieron, la nota del doctor Reyes viene a advertir que "no es literario" ni "refleja todas las actividades y acontecimientos" vitales que trató en otros libros. Fue "instrumento de trabajo", para aquél, y contiene "reflexiones y observaciones peculiares con su valor propio", que hacen del libro "un documento personal inapreciable", como el doctor Reyes Mota dice.

Tales anotaciones, frecuentemente hechas ya avanzada la noche, a veces "con precaria salud", fueron para él "recreo y deleite al evocar momentos de júbilo y sucesos gratos" recién vividos.

Las páginas con las cuales empiezan, tienen título: "Días aciagos" y parten del 3 de septiembre de 1911 —vidrios rotos, lesionados, en el tumulto político. En la casa de la calle de las Estaciones, colonias de Santa María de la Ribera, que ocupaba la familia Reyes, anota, "aun las mujeres... tienen rifle a la cabecera. El mío está ahí, junto a mis libros". Todos viven apercebidos para defenderse, en caso de ataque. Son días de lucha: Reyes los ha descrito en varias de sus poesías —*Huellas*, 1923— y en *Obra poética*, 1952.

En la azotea de la casa frontera, vecina al Museo del Chopó, hay hombres armados, policías en las esquinas. Llega su padre, el general Bernardo Reyes, ileso. Alfonso escribe: "...he alzado otra fortaleza contra el rencor. Me lo han devuelto. Lo demás, no importa". El prisionero había sido libertado.

Las anotaciones prosiguen dos días después; recibe carta del hispanista Farinelli sobre *Cuestiones estéticas*. Más tarde, el filósofo Boutroux le escribirá desde París, para preguntarle si alguna vez se reunirán con el objeto de discutir temas de ese libro. La emoción del joven escritor, según dice, "es muda"; antes de responderle, esperará que transcurran "los días fatales". Anota, entre admiraciones, con goce anticipado: "... ¡viajes a Italia, a Francia! ¡Compañía de sabios europeos!". Y agrega: "Apago la luz. Sea lo que ha de ser. ¿Está el rifle junto a la cama? Sí, en el seguro."

Llegan los "días fatales". El 15, por la tarde, "todas las mujeres de la familia dejan la casa", escribe: "es la orden general de la plaza. Sólo quedamos aquí los hombres. A mi madre le he confiado mis manuscritos". Nada sucedió ese día, tampoco el 16; pero lo pasan acuartelados. Alfonso lee y conversa con su "hermano menor, Alejandro, que tiene —dice— la virtud de llevarme el genio".

Como echa de menos sus papeles, va a saludar a la madre y los recoge para pasar a un cuaderno esos apuntes, "acaso inútiles", añade.

Las anotaciones siguientes son de fines de 1913 —aunque llevan fecha 1912. Evoca en ellas la Navidad de aquel año: rendición del general, en

Linares; el oficial de guardia, llorando, "pedía a su prisionero voluntario que no se le entregara a él, que se fuera a otra parte"; había amansado "nuestros caballos en Monterrey", aclara Alfonso. "Lo demás, dice a continuación, no puedo contarlo. . . Cuando vi caer a aquel Atlas, creí que se derrumbaba el mundo. Hay desde entonces, una ruina en mi corazón."

Con Pedro Henríquez Ureña, había pedido "en vano" a Enrique González Martínez "que dejara la Subsecretaría del Ministerio de Instrucción Pública". Alfonso rehusó ser Secretario Particular de Victoriano Huerta. "Le dije que no era ése mi destino. Mi actitud me hacía indeseable." Así se lo manifestó aquél. Se apresuró a presentar su tesis, y obtuvo el título de abogado. "Me dejé nombrar secretario de la Legación en París" —puesto del que prescindiría después—; salió de México el 10 de agosto de 1913, por el Ferrocarril Mexicano. La madre y el tío Nacho —Ignacio Reyes— lo acompañaron hasta Veracruz, donde embarcaría, con esposa e hijo, aún en brazos, el día siguiente, en el trasatlántico "Espagne", que partió al otro día, el 12 de agosto, rumbo a Europa.

Van allí, entre otros pasajeros, el pianista Carlos Lozano, que toca durante la travesía; el viejo ex gobernador de Zacatecas Genaro García; el solícito Fernando Galván y un hijo del escultor Jesús Contreras —que proseguía sus estudios en los Estados Unidos—, vía Cuba. Durante la escala en la isla, saludó a Max Henríquez Ureña, en Santiago; visitó al Cónsul Esteva y al Ministro Godoy, que lo recibió cordialmente en su casa del Vedado. En La Habana, al otro día, mañanero, el poeta José Santos Chocano subió a bordo, para saludar a Reyes.

Prosiguió la travesía: "el Atlántico de acero, el mar sólido, gris e igual. Ondas frías de Terranova, y vuelta al calor". Agasajos del capitán; arribo a la Coruña, cálida y luminosa. Después, St. Nazaire, turbio, y en la misma tarde, llegada a París, donde permanecería hasta octubre de 1914. De sus iniciales impresiones parisienses hay huella en relatos de *El cazador*. De París se trasladaron a España. Manuelita y el hijo quedaron en San Sebastián, mientras Alfonso Reyes se dirigió a Madrid. En "Rumbo al Sur", *Las vísperas de España*, 1937, hablaría del viaje.

En Madrid lo esperaba Jesús T. Acevedo. Se reunió con él y con Ángel Zárraga, en la posada de la Concha —Carretas 45—. Aquél había suspendido sus emociones. Zárraga se disponía a marcharse a Toledo, a pintar. Reyes había llegado "como Ruiz de Alarcón, a pretender en Corte", para ganarse la vida. El 2 de octubre anota: "Acevedo se va una mañana a Aranjuez. Ángel, una tarde, a Toledo. Eduardo Colín, que está en la Legación Mexicana, me lleva esa noche a los barrios bajos, cosa terrible en su mortecina quietud, sus calles de piedra, sus faroles de gas". Van a media noche, a un

teatro arrabalero, donde las cupletistas "saben reír cuando el público las maltrata. Todo, al gusto de Monsieur de Phocas", dice.

De regreso, en la posada —sorpresa: ¿un cadáver?— halla en el cuarto, acostado en la otra cama, a "un viejo escuálido y tosijoso, hermano de Concha. Vivimos —comenta— en pleno Lazarillo de Tormes".

A otro día se muda a San Marcos 50, posada de doña Justa. "Cuarto esencial, diminuto y limpio. Lo he poblado en un minuto con mi melancolía y mis recuerdos. Mi familia, en San Sebastián, espera que yo me instale y la llame a mi lado." Procura orientarse: "Tardes del Ateneo. Compañía de geniecillos indiscretos. Amistad naciente de Díez-Canedo, que conoce la literatura mexicana. Él me presenta con Acebal, en La Lectura, para cuya colección de clásicos prepararé un Ruiz de Alarcón. El caballero Acebal, mientras nos recibe, apura un vaso de leche. A su lado, otra barba francesa (o mejor del Greco): Juan Ramón Jiménez, sonrosado y nervioso..." Con él fundará la revista *Índice*.

El 8 de octubre anota: "Noche de frío. Me echo la gabardina en la cama. Una madre llora por su niña que se le muere, y grita toda la noche. Mañana me mudo." Así lo hizo; el 9 escribió: "Me mudo a la casa inmediata. Posada más cara, pero de mejor aire. Por la tarde, me visita Ventura García Calderón, que está aquí, en la Legación del Perú y hace tertulia en el Correo con José Francés y Diego San José.

"Acompaño a Ventura a casa de Tomás Costa, hermano del gran Joaquín Costa, que nos recibe con gran prosopopeya y nos muestra la colección de obras de su hermano que está publicando."

El 10 de octubre sólo escribe "¡Gracias, primera noche de reposo!" Con estas palabras cerró Alfonso Reyes su incipiente diario, que iba a interrumpir durante un decenio.

Él mismo lamentaría, más tarde, no haberlo continuado esos años de lucha por abrirse paso en Madrid, en los que inicia, con la prosificación del *Cantar de Mio Cid*, la Colección Universal de Calpe, y traza, entre otras páginas perdurables, su *Visión de Anáhuac*.

De esos días de brega quedó constancia en varios de sus libros: *Cartones de Madrid*, *Calendario*, entre ellos. Llenaría esa laguna, con folletos y artículos autobiográficos aparecidos en revistas mexicanas, posteriormente.

El Diario de Alfonso Reyes se reanuda en México, el 4 de julio de 1924, con emotiva página en la que evoca a su padre, al recordar la fecha en la cual —en condiciones excepcionales sólo reunidas previamente por Miramón— fue ascendido "de Coronel a General de Brigada en el campo de batalla, tras de batir a Ramírez Terán, y quedó herido por la bala que le atravesó la mano derecha, señalándolo para siempre aunque sin dejarlo

manco del todo. En este aniversario, dice, comienzo el presente diario, lamentando mucho no haberlo mantenido a lo largo de toda mi vida".

Las anotaciones precedentes vienen a ser, según esa afirmación, a manera de preámbulo, aún inciertas sobre el rumbo que tomarían las posteriores, con las que el *Diario* se define. Éste corresponde, con el tomo ahora en prensa, a los años de plenitud, y abarca, entre 1924 y 1930, las estancias sucesivas en México, Monterrey, Nueva York, París, Madrid —segunda estancia—, Roma, nuevamente México, Buenos Aires y Río de Janeiro, con breves visitas al Uruguay.

Con él se pasa —al mediar el recorrido de su existencia— de lo incierto a lo estable; de la zozobra juvenil a la ecuanimidad de la madurez. En sus páginas alternan las alegres inquietudes del escritor con las graves preocupaciones del diplomático, pues aunque menciona otro cuaderno destinado a éstas, muchas veces lo invaden contra sus deseos.

Aquí se preferirá mostrarlo a través de sus relaciones con escritores amigos; pero no es posible olvidar alguna gestión como la que realizó —a pesar de su opinión adversa—, por indicaciones del presidente Álvaro Obregón, que hubiera querido ver concluida la lucha de los españoles en África, si Alfonso XIII —que llamó a Reyes "tocayo"— no hubiese rehusado entrar en arreglos con las tribus marroquíes porque no eran un Estado.

Quien examine tal aspecto y escriba acerca de Alfonso como diplomático, dirá de su acertada gestión para lograr el reconocimiento del gobernante revolucionario, en Europa, al reanudarse las relaciones con diversos países, y cómo, gracias a él, pudieron establecerse nuevos lazos con alguno, como Suiza.

Reyes cultivó cuidadosamente las amistades, no sólo literarias. Personalmente, le debo inmerecidas alusiones, y ese espontáneo afecto que de mí pasó a los míos, según consta en alguna página de su *Diario*, en el que me hallé mencionado con simpatía y encontré ratificada la promesa que me hizo, de ayudarme a ingresar en la diplomacia —lo que no se realizó por causas ajenas a ambos.

Era incapaz de herir con la pluma, intencionalmente: le dolían aun las lesiones involuntarias que en el trato social se infieren, por mala interpretación o desidia de un subalterno, como le aconteció, por culpa de un criado indolente, con Alessio Robles, que al fin reconoció el error en el cual había incurrido él al juzgar descortés u olvidadizo a Reyes.

Se empeñaba en ayudar no sólo a los amigos sino a quien a su juicio lo merecía, como a los conterráneos artistas: el escultor Carlos Bracho, el compositor Manuel M. Ponce, la pianista Angélica Morales, a la que relacionó con su futuro maestro.

En su *Diario* muestra interés constante por favorecer y auxiliar a algún escritor como el poeta Luis G. Urbina. Lo sabía muy bien El Abate de Mendoza, tan próximo a nosotros, que tuvo la satisfacción de asistir a aquellas reuniones: el té dominical que organizaba en París, y en el que el representante de México reunía a los mejores amigos, para relacionarlos entre sí: de ese modo impulsó a varios artistas. Muestra bondadoso interés por ellos, por las obras de valía; así forjó amistades y afirmó lazos entre unos y otros, no obstante que esa vida social intensa restaba horas a su labor literaria.

Cuando tenía salud, mostraba un ímpetu vital incontenible, en la creación propia y en el servicio que no consideraba ajeno a sus deberes, a sus obligaciones humanas, a pesar de que alguna vez advertía fatiga cardíaca. Disfrutaba, ante todo, con proporcionar ventura a quienes lo rodeaban. Se complacía en el diálogo —y su interlocutor salía siempre beneficiado—, con su familia: madre, hermanos, esposa e hijos; nietas después, y aun con visitantes inoportunos, jamás por él desairados. Sus observaciones sobre colegas y extraños lo demuestran. Laborioso infatigable, en las letras o en la diplomacia —reuniones, lecturas, conferencias, discursos, artículos—, su satisfacción se deja ver con frecuencia; anota, orgulloso, el rendimiento de cerca de 30 horas de trabajo continuo.

En el aspecto literario, no le preocupaba sólo el contenido sino la presentación tipográfica de sus obras. Con excelente gusto de bibliófilo, piensa en el interior y el exterior de libros y folletos. *Huellas* —del que no pudo cuidar porque se hizo aquí, en ausencia suya— fue la mayor espina. Vigiló atentamente *Pausa* y *Otra vez* y algunas plaquetas que le hicieron en la América del Sur, como *El testimonio de Juan Peña*, con ilustraciones de Manuel Rodríguez Lozano, impresa en Brasil, donde también la descuidaron. Los más logrados en Madrid, aunque no siempre le satisficieron. Como editor sensible, llegó a prever errores que tanto le disgustaban.

A través de su *Diario* se pueden seguir las etapas del crítico e investigador que busca las fuentes de Góngora y los influjos de Mallarmé; se asiste a la gestación de *Cuadernos del Plata*, con eficaces colaboradores. Minucioso compilador, forma listas aun de las traducciones al francés de sus poesías. Inquiere, recaba datos a través de El Abate y otros amigos; profundo observador, describe con rasgos precisos, ambiente y personas de España, Francia, Argentina, Uruguay y Brasil; su cordialidad comunicativa, sincera, sufre ante las incomprensiones. A excepción de algunas poetisas —Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, en quien ensayó una curación freudiana por correspondencia—, el trato directo con escritores y escritoras hispanoamericanos, le defrauda a veces.

En las páginas finales de este primer tomo del *Diario* —esperemos ver pronto impresos los restantes, con pulcritud que complacería al mismo Re-

yes— se perciben los escrúpulos que le asaltan al crear su Correo Literario. El título: *Monterrey* surgió tras leve titubeo. Hasta la fecha en que el tomo inicial del *Diario* concluye, habían aparecido tres números, que él mismo enviaba, con ayuda de esposa e hijo, a sus lectores constantes. En el segundo de ellos, el nombre de Ermilo Abreu Gómez apareció "telescopiado" con el de Herminio Pérez Abreu. ¿Cómo subsanar tal error? Alfonso Reyes dudó en arrojar al fuego todos los ejemplares de ese número y repetir su impresión. ¿Cuál editor de revista hubiera hecho lo mismo, sin ser millonario?

No queda espacio aquí para dar algunas muestras del ingenio que, como a lo largo de su obra literaria, dejó Alfonso Reyes en muchas de las anotaciones de su *Diario* —a pesar de que en él no se propuso hacer literatura—. Tampoco se han incluido observaciones —agudas, irónicas— del viajero y del diplomático. Éstas se hallarían fuera de lugar en la presente ocasión, en la que sólo se ha querido evocar al colega, cuando se cumplen diez años de su ausencia y poner de relieve algunos de los aspectos que permitan apreciar mejor al amigo cordial que supo ser, para todos los que le tratamos, Alfonso Reyes.

AMADO NERVO, EN SU CENTENARIO *

Por don FRANCISCO MONTERDE

Este centenario del nacimiento del poeta y prosista nos halla aún sorprendidos por la actitud —o las actitudes— que ante su obra asume, en la actualidad, la mayoría de los críticos, preferentemente dentro de la patria de Amado Nervo. Como suele acontecer, no sólo aquí, y sucedió por ejemplo en la muerte de Manuel Gutiérrez Nájera —a cuya memoria se comienza a hacer justicia—, tras la muerte de un escritor, extinguidos los homenajes que aquélla provoca, sigue un periodo de olvido. Con la prueba del tiempo, de la cual triunfan los escritores de valía, si no llega a naufragar su obra, a hundirse definitivamente, revive poco a poco —a veces, apoyada en anécdotas, en recuerdos personales—, hasta que de modo paulatino se impone.

En 1969, al conmemorarse el cincuentenario de la muerte de Nervo, algunos colegas hablamos de su obra, en la capital y en Tepic, donde vino al mundo. Me tocó hacerlo allá, y como algunos hablaron de su poesía, preferí enfocar aspectos de su prosa, a mi juicio, no inferior a aquélla. Perdidos sus versos de adolescente: los trazados hacia 1886, cuando era aún estudiante —que caerían dentro de la etapa premodernista—, la obra de Nervo publicada en volumen se inicia con prosa, nueve años más tarde, en 1895, con su novela *El bachiller*, reimpresa el año siguiente, que se tituló *Origène*, traducida al francés, en 1901.

Su producción se cierra, también, con un libro en prosa: *Las ideas de Tello Téllez*, publicado en la ciudad que lo vio morir: Montevideo, Uruguay, el mismo año de 1919 —aparte aquellos de poesía que, por voluntad suya, fueron póstumos: *La amada inmóvil*, *El arquero divino*—. Por razones cronológicas de iniciación y término, preferí hablar de la prosa, en Nayarit —donde “La hermana agua” está presente en su monumento, en el auditorio de la Casa de la Cultura. Otro libro en prosa: *Plenitud*, marcó en 1918 la de su popularidad: desde Francia y España, había trascendido a otros países la obra del poeta y el cronista.

* Leído en sesión pública efectuada el 28 de agosto de 1970.

En 1918 volvió a México, de donde había permanecido ausente más de doce años: casi todos los transcurridos de la presente centuria, tras la estancia en el primer lustro, pues allá le retenían obligaciones y preferencias. Al conocerlo —de su paso conservo unas corteses líneas que el diplomático trazó, para agradecerme el envío de mi obra inicial, con la clara, uniforme caligrafía que todos recuerdan— me pareció, y así he descrito aquel encuentro, que venía circundado por la aureola de su prestigio. Absorto, miré alejarse al escritor que partía hacia el sur del Continente.

Se veía, desde entonces, en Amado Nervo al escritor de prestigio bien ganado, no sólo en su patria, donde fue conocido desde los años finales de la centuria precedente, como prosista primero y después como poeta, según se sabe. Se le situaba al lado de Rubén Darío —más próximo a él en la prosa que en la poesía— y cercano, entre los poetas de México, a Enrique González Martínez, por el tono persuasivo, de consejo fraternal, que ambos adoptaban en algunas de sus poesías.

Cada nuevo libro de Amado Nervo, publicado en París o en Madrid —coincidió con Rubén Darío, en Francia y en España, sucesivamente—, al producir ondas de resonancia, ecos afines, ampliaba el círculo de sus lectores, no sólo entre nosotros. Así creció su fama, después de haber cruzado el mar, ya que su nombre se repetía no sólo impreso en la portada de los libros: crónicas, poesías, artículos publicados en diarios y revistas, lo ostentaban orgullosos.

Se comentaba con interés creciente cuanto escribía, el aplaudir sus aciertos y aun audacias que parecían extravagancias, como aquella de los ojos femeninos "de color de sulfato de cobre", con la cual anticipaba recursos que después serían frecuentes en la lírica hispanoamericana. Así recorrió, saltando por encima de ríos, cordilleras y mares, la amplitud del centro y sur del Continente, al preceder al poeta en su viaje —sería el postrero—, que le llevó, en misión diplomática, de México a tierras platenses.

Fue aquel su derrotero triunfal que, en cierta forma, abría la ruta por la que transitarían después otros diplomáticos y escritores quienes, gracias a él, encontraban el camino allanado para sus tareas. Iba Amado Nervo con el carácter de Enviado Extraordinario nuestro y efectivamente lo fue, no sólo como diplomático, en la misión que desarrolló de manera brillante, en Argentina y Uruguay, países fraternos.

En Buenos Aires —siempre tan acogedor para los visitantes de valía— el poeta era de sobra conocido; pero sin haber escuchado aún al conferenciante, y Nervo tenía acento personal, como prosista y como poeta, susurrante en la confidencia. Las damas bonaerenses —cuya representante epónima guiaría la opinión desde las páginas de la Revista *Sur*— le recibieron con esa afectuosa cordialidad que abre de par en par las puertas de los salones literarios.

Se escuchó al pausado lector que hablaba, ante el fino público porteño, de ese tema grato para ellas que predominaban —y predominan en aquél—: *La mujer moderna y su papel en la evolución actual del mundo*. La publicación del último libro suyo de poesías: *El estanque de los lotos*, en 1919, llegó oportunamente, para afirmar en público y lectores la magnífica impresión que Nervo causaba en uno y otros. Allá había nacido el postrer amor del poeta.

Aquella admiración se afirmó con hondas raíces, entre sus devotos, a lo largo de medio siglo: en Palermo, donde hay esculturas admirables, se alza el busto del escritor mexicano, siempre con algunas flores al pie, prueba de que está vivo su recuerdo. En torno de ese busto se reúnen anualmente, para conmemorar su partida, millares de lectores —sobre todo, lectoras— fieles, y las ofrendas florales que envían agrupaciones literarias, representaciones de escuelas, maestros y estudiantes, abundan siempre.

En el homenaje rendido a la memoria de Nervo, el año próximo pasado, en ocasión del cincuentenario de su muerte, el público llenó el teatro San Martín —el mayor de Buenos Aires—, para escuchar a dos oradores que lo recordaron: fue uno de ellos Jorge Luis Borges. En Montevideo, la habitación del hotel del Parque, donde falleció, se ha respetado como sitio de peregrinaciones, cercano al mar, y la hermosa biblioteca "Amado Nervo" —creada a iniciativa de un ejemplar matrimonio de admiradores suyos— es digno homenaje permanente.

Al fallecer, como se sabe, el escultor José Luis Zorrilla de San Martín —hijo del autor de *Tabaré*: gigante que en su estudio se mueve entre fragmentos de estatuas que recuerdan a Rodin— no sólo conservó en la mascarilla por él moldeada la expresión final de Nervo. Fue quien proyectó y realizó el sarcófago que guarda sus restos en la Rotonda de los Hombres Ilustres de nuestro Panteón Civil: Uruguay los devolvió, con honores sin precedente, en un navío que traía la escolta de otros tres de pueblos hermanos.

En la memoria están presentes las circunstancias en que arribaron a la capital de la República los restos mortales del escritor desaparecido y la forma en que aquí los recibieron, para rendir homenaje póstumo al cantor de Morelos y de *La raza de bronce*, antes de darle sepultura en el sitio donde reposa. México supo responder a la admiración que por Nervo se tiene en tierras del Sur del Continente Americano, y no sólo para hallarse a la altura de la devoción hacia aquél manifestada, por las condolencias recibidas entonces, de todo el mundo.

El retrato más conocido —aquel en que aparece: el mentón apoyado en el pulgar y el índice, penetrante la mirada que llega de las órbitas profundas— sirvió aquí para tallar en piedra otros bustos de Amado Nervo, después distribuidos por dependencias oficiales. Se le ha honrado no sólo en su tierra

natal —donde la testa se alza sobre fragmentos de lava del volcán cuyo fuego alumbró a Bernardo de Balbuena—; acá, las calles en que se sitúa la casa donde pasó los últimos meses de su estancia en México, en la Colonia de Santa María, llevan el nombre de Amado Nervo. También se dio éste aquí, a una biblioteca pública —en la que me correspondió honrar su memoria, en el décimo aniversario del fallecimiento, con palabras en las cuales procuré resumir vida y obra del escritor—, y lo llevan otras bibliotecas y varios colegios, en algunos estados de la República, además del nayarita.

A raíz de la muerte de Nervo, se multiplicaron las antologías de sus poemas —alguna, de tipografía y presentación muy cuidadosa— y se iniciaron estudios y recopilaciones de poesías y artículos hasta ese momento olvidados en los periódicos y las revistas donde por vez primera aparecieron. La editorial española Biblioteca Nueva encargó al escritor indicado para ese trabajo: Alfonso Reyes, que preparara, con advertencias y notas, la edición inicial de las *Obras completas* de Nervo, en una treintena de tomos, impresos en leve papel pluma, con portadas e ilustraciones del dibujante Marco.

La abundancia editorial hizo que Genaro Estrada, animador de literatos, formara la bibliografía de Nervo, con la que abrió la serie bibliográfica de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en la cual él laboraba y en la que tuvieron cabida otros volúmenes importantes, y preparara el tomo de *Poesías completas*. En aquellos años, al avivarse el interés por la obra del poeta y prosista, un entusiasta librero español radicado en México tuvo la idea de publicar en grueso volumen la reproducción facsimilar de algunas crónicas de aquellas que Nervo escribía para los periódicos en los cuales colaboraba.

Tales crónicas, reproducción de los originales manuscritos, aparecieron reunidas bajo el título de una de ellas: *La última vanidad* —que, en cierta forma, sería también la del editor del libro—, con prólogo de quien por aquellos días encabezaba a los novelistas mexicanos: Federico Gamboa. Entre las primeras antologías importantes se contó la que el doctor González Martínez formó para la colección "Cultura", en cuyo estudio preliminar eludía, de modo muy discreto, decidir quién era entonces el primer poeta mexicano.

Tras la muerte de Amado Nervo se acentuó la actividad de investigadores y críticos, no sólo en tierras mexicanas, y aparecieron algunos trabajos que dieron nuevas luces acerca de su vida y de su obra. Entre los primeros, no únicamente en cuanto al orden de publicación, se recuerda aquí el de José María González de Mendoza —de origen andaluz, avicinado en México desde el lustro precedente— que se titula: *Amado Nervo y la crítica literaria*, en el cual recopila juicios que preceden a una breve antología.

Como parientes cercanos del poeta —con sus sobrinos Luis y Rafael Padilla Nervo, a quienes trato desde la adolescencia, por haber sido mis con-

discípulos, en cursos del maestro Esteban Bernole—, don Perfecto Méndez Padilla y sus herederos vigilaron a conciencia la difusión de las obras.

Fueron especialmente sus hijos, los sacerdotes Gabriel Méndez Plancarte—fundador de *Abside*, revista literaria— y Alfonso Méndez Plancarte, continuador de aquélla—que ahora sostiene el aliento de Alfonso Junco— los que se consagraron a tan noble tarea.

El segundo de ellos se dedicó a dar a conocer lo inédito y a revisar la obra lírica del escritor tepiquense, para reunirla en tomo antológico destinado a la segunda edición de sus obras, y escribió, además del indispensable prólogo, para la segunda edición de *Poetas completos*, 1943, abundantes artículos, en diarios y revistas no sólo capitalinos. Por su lado, el poeta, crítico e investigador Francisco González Guerrero, que escribía sobre "Los libros de los otros", en la página más leída del diario *El Universal*, de México, emprendió la tarea de exhumar la prosa de Nervo dispersa en periódicos, desde los años juveniles, para reunirla en un volumen, en 1951, y prologó uno de los dos tomos, el de prosa, en la edición definitiva de *Obras completas*, publicada en Madrid, en 1962.

Los artículos y estudios de unos y otros investigadores se multiplicaron en las páginas de publicaciones periódicas, a la vez que se preparaba una nueva edición de las obras de Nervo, agotada la precedente, de la cual se hizo una edición lujosa, en mayor formato. Fue una etapa de intensa rebusca y detenido examen de los escritos, no solamente literarios, de Amado Nervo que, en el aspecto didáctico, trabajó activamente, al preparar antologías, libros de lectura e informes sobre métodos pedagógicos, por encargo del ministro Justo Sierra. Críticos e investigadores competían en su labor, y en la prensa periódica aparecían frecuentemente escritos que iban de la nota o reseña en columnas literarias, al ensayo más o menos abundante: los panegiristas del poeta competirían, a la vez, en elogiar la obra de Nervo.

Si en varios de ellos hubo sobrevaloraciones, la crítica serena lo advirtió más tarde, al analizarlas con detenimiento. Sin duda, la insistencia y, sobre todo, la abundancia de juicios plenos de entusiasmo, fue en cierta forma perjudicial para la obra del escritor; al menos, en su patria. A otros países, tal obra llegó en menor dosis, filtrada y depurada, pues la amplitud del radio que abarcaba, sólo permitía dar a conocer lo mejor de ella: los círculos concéntricos producidos en la superficie de las aguas, llegan a las riberas atenuados.

Entre nosotros, situados en el eje que pasa por la capital de la República, la acumulación de juicios encomiásticos sobre Amado Nervo produjo un efecto equivalente al de saturación que la física observa. Contra él se reaccionó como el enfermo en su repugnancia por lo que ya no tolera el organismo: por la abstención, casi absoluta, que se prolongó algún tiempo.

¿Debemos creer que de esa etapa de abstención —no de lectores, sobre todo extranjeros—, de atonía por parte de la crítica literaria, se empieza a salir ahora, al menos en determinados sectores de Hispanoamérica y de España, sin contar con el público de otros países que sólo conoce al escritor a través de versiones de sus obras? Los síntomas actuales parecen anunciar ese retorno a la poesía —y a la prosa, menospreciada transitoriamente— de Amado Nervo. La conmemoración precedente, en la cual participé, con motivo del cincuentenario de la muerte del escritor, y ahora por el ciclo de conferencias universitarias que inició Ernesto Mejía Sánchez, son síntomas dignos de tomarse en cuenta.

La revisión emprendida por Borges en Buenos Aires; el retorno a Nervo que realiza la doctora Meléndez en San Juan de Puerto Rico y algunas revaluaciones procedentes de provincias españolas, así permiten augurarlo. Habrá de suponerse, por ellas, que en nuestros días volvemos a aproximarnos a la obra del poeta y el prosista, con actitud análoga a aquella que adoptaban sencillamente sus primeros lectores, ajenos a influjos y prejuicios.

Quizá convenga iniciar aquí esa "revaloración" —para traer de nuevo al uso cotidiano la palabra que pusieron de moda algunos de los escritores de la discutida "generación del 98"—. Habrá que revalorar, o reevaluar, al escritor devaluado —más bien, disminuido— en la estimación de los Zoilos. La tarea no será difícil ni ingrata, puesto que, si no en su tierra, donde Nervo está vivo para los suyos, el poeta, por la fuerza de su sinceridad indudable, ha tenido y tendrá aún, sin duda, lectores fieles, admiradores incondicionalmente devotos.

POESÍA Y SINCERIDAD EN AMADO NERVO *

Por doña CONCHA MELÉNDEZ

1. Razón de amor

La razón de mi presencia en este acto es ante todo, razón de amor. Amor a México, que me ha dado un extraño don de misterio, imaginación y transparencia desde su pasado tejido de heroísmo y afirmación: desde Cuauhtémoc a Sor Juana, desde el cacto al rosal. Y razón de gratitud a Amado Nervo, poeta de mi adolescencia, compañía de mis ensueños de entonces, que reverdecen en este instante en que mi ayer me confronta para decirme:

* Leído en sesión pública efectuada el 28 de agosto de 1970.

"¿Qué has hecho de tus altos propósitos? ¿Qué encontraste en tu infatigable viaje por los libros y por el camino que el poeta te mostró? ¿Puedes afirmar como él, mi vida es mi argumento mejor?"

Puedo al menos sosegarme y fortalecerme con ese argumento. Dar razón de gratitud también por otro regalo que no tiene par: la amistad y aliento generoso de Alfonso Reyes, sostenidos desde 1934 hasta su muerte. Razón de amor y gratitud para mis profesores de la Universidad Nacional de México, quienes me ayudaron en mis estudios, y entre los cuales el doctor Francisco Monterde leyó con paciencia mi tesis *La novela indianista en Hispanoamérica* intercalando la h que se me olvidaba en el nombre del amado emperador de los aztecas.

Don Julio Jiménez Rueda, don Eduardo Colín, don Antonio y don Alfonso Caso, mi profesor de griego don Francisco Herrasti. . . Casi ninguno podría oír mis palabras, pero para todos tengo un recuerdo agradecido, porque ellos me guiaron en mi ávida exploración de Xochiquetzal a Sor Juana; de Manuel José Othón a López Velarde; de Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán, a la clara luz de la revista *Contemporáneos*.

Cuando llegué a México en 1931 ya el Instituto de las Españas de la Universidad de Columbia en Nueva York, había publicado mi primer libro: *Amado Nervo*, en 1926. Está dedicado a don Federico de Onís, quien lo leyó y recomendó al Instituto y desde él fue enviado a las principales revistas y centros culturales de América y Europa.

Ese libro de ochenta y cuatro páginas no es un ensayo crítico de la poesía de Amado Nervo, sino un acercamiento a sus ideas y con ellas a su trayectoria literaria y religiosa, como resonancia de sus versos en el alma de una adolescente: una entre muchas conciencias juveniles de entonces, que en su fervor por el poeta, tuvieron un puente de comunicación para no vivir desasidas de las generaciones literarias que les antecedieron. El mensaje de Nervo para mí está explícito en la primera página de mi libro y establece el tono de todo él:

"Otros poetas me trajeron gemas preciosas, melodías recónditas, ensueños celestes. El mensaje de Amado Nervo fue más hondo y definitivo: él acentuó en mi espíritu el amor al misterio. Misterio de la vida, del amor, de la muerte, de la eternidad. . ."

Son palabras lejanas, olvidadas casi, vibrantes de nuevo en la voz de ahora, que escucho con un poco de sobresalto o asombro.

Mi aproximación a Amado Nervo y su obra empezó mucho antes, en un ejercicio que escribí en la clase de literatura hispánica cuando estudiaba el bachillerato en la Universidad de Puerto Rico. Mi devoción por el poeta creció en persistentes lecturas de su verso y de su prosa. Sin saber aún que

escribiría un libro sobre lo que estaba leyendo, me atreví a enviar una carta al poeta, quien seguramente tampoco pensó que su joven admiradora puertorriqueña escribiría el libro publicado después de su muerte.

Fue en 1917 y he olvidado lo que en la carta decía, pero entre mis papeles encontré el soneto que la acompañó, leído por él quizás en uno de sus balcones de Madrid, frente al Palacio Real:

Saludo

A Amado Nervo

Cantor de los eternos imposibles:
tus musas pálidas a mí llegaron
y en tu suave poesía me enseñaron
cosas sublimemente indefinibles.

Un saludo de mi alma van a darte
y lo he puesto en un lirio de ideal
porque soy una niña triste, igual
a las idealizadas por tu arte.

Toma el perfume del ensueño mío
y con el ideal que se despliega
en la flor que prefieres y te envío,

descifra la nostalgia que me anega,
si el beso de la gloria es lo que ansío,
o tal vez una carta que no llega.

¿Qué podía hacer el poeta ante ese soneto, ingenua evidencia de que lo sincero y espontáneo no bastan para librarnos de pecado imperdonable? Pues seguramente sonrió y agradeció este lejano homenaje, porque me escribió con su letra ancha y firme esta carta:

Gracias muy afectuosas por sus bellos versos y sus tan amables palabras.

Mucho me complace tener una amiguita lejana tan discreta y simpática.

Le envío algo de lo último que he publicado y le ofrezco mi sincero afecto.

Muy suyo,
Amado Nervo.

Lo último que había publicado fue la novela corta *El diamante de la inquietud*. Con ella vino un retrato, como recuerdo suyo. Ese retrato de rostro afeitado y ojos muy abiertos ante visiones que sólo él veía. La novela que me dedicó tiene según sus propias palabras "el tema de la inquietud como

claroscuro de la dicha". Tema que se borró al fin en su vida no sin esfuerzo y angustia en su busca persistente de la serenidad.

2. *La noción de sinceridad en la crítica literaria*

Rubén Darío llamó a Nervo "el admirable sincero". Y Nervo mismo, como veremos más adelante, se describió hasta el fin con esa palabra, que viene a través de los siglos promoviendo confusión de ideas, juicios sin precisión, alabanza que rodea a la obra así descrita, de valor casi misterioso. Como las palabras grandeza, profundidad, belleza, más que ellas quizás, la sinceridad es criterio tan antiguo que no podríamos precisar cuándo apareció como categoría crítica. No hay un sólo crítico notable o no, que haya dejado de usarla alguna vez; durante los últimos tres siglos ha invadido el pensamiento de creadores e intérpretes del arte y no hay probabilidad de que desaparezca del vocabulario que se usa al referirnos a ellos.

El profesor y crítico Henri Peyre, ha dedicado un libro acompañado de copiosa bibliografía a la sinceridad en la literatura.¹ La reflexión sobre sus ideas me ayudó en el estudio de la noción, tal como la pensó, sintió y trató de expresarla Amado Nervo en su poesía. Me ayudó también a comprender a los que han intentado juzgar lo que se ha llamado su segunda manera de poesía.

La idea más general es que escritor *sincero* será el que haya vivido y sufrido antes de escribir. Aunque los antiguos griegos y romanos no consideran esto necesario, quedan sin embargo el precepto de Horacio en *Ars Poética* y las palabras de Cicerón sobre vivir y sentir antes de tratar de comunicar a otros las emociones y las experiencias. De Rousseau a T. S. Eliot, la idea de sinceridad aparece como una fuerza imprescindible que asegura perdurabilidad y eficaz influencia no sólo en la literatura, sino en todas las artes. Rousseau nos asegura:

Si me he hecho oír en el torbellino de los tiempos modernos, es porque he sido sincero y apasionado.

Alfredo de Musset nos advierte: "La sinceridad es la sabiduría del corazón" y T. S. Eliot, escribiendo sobre el poeta George Herbert, hace una declaración aplicable también a Amado Nervo: "Mientras mayor es la elevación en un poeta, más valiosa se vuelve la diferencia entre sinceridad e insinceridad."²

Desde luego que la sinceridad solamente no asegura talento ni virtud en

¹ Henri Peyre, *Literature and Sincerity*. New Haven and London, Yale University Press, 1963.

² *Spectator*, 12 de mayo, 1932.

arte. El talento del artista en la creación de su obra es lo que logra impresionarnos como sinceridad, esto es, como trasmisión adecuada de la experiencia, el sentimiento y la visión del creador.

Al terminar su examen de la palabra en el vocabulario crítico de hoy, Peyre concluye que la sinceridad en un artista sería un mérito dudoso si no estuviera acompañada por una personalidad excepcional, ávida de verter en palabras una experiencia considerada única. Pero esa experiencia una vez expresada, puede revelar a otros que no es ajena a ellos; que pueden participar en ella conmoviéndose e imaginando con el poeta esa experiencia artística o religiosa.

Creo que ése es el secreto del fervoroso entusiasmo de los lectores de Amado Nervo, especialmente —ya lo veremos— en lectores "en todos los caminos de la vida", *in all ways of life*, como dicen los hablantes en lengua inglesa.

La estética de la sinceridad en poesía contó menos en los años 1910 a 1930 cuando Mallarmé, Valéry y sus seguidores declararon la noción de sinceridad sin sentido para el arte, se burlaron de los sentimientos del hombre enamorado y excluyeron las emociones del poeta ante la naturaleza.

Fue el arte deshumanizado que estudió más tarde Ortega y Gasset; la poesía inhumana que Nervo nunca aceptó. Precisamente el libro *La amada inmóvil* se escribió de 1912 a 1917 y los libros de su tercer momento *Serenidad* y *Elevación*, fueron un rechazo de la deshumanización, como lo fueron explícitamente, sus declaraciones en prosa contra los nuevos *ismos* que alcanzó a ver surgir.

Por tres caminos discurre en el arte el concepto de sinceridad en la aspiración a expresarla: sinceridad artística, sinceridad del creador para sí mismo y sinceridad para los demás. La sinceridad artística es la expresión feliz que se da a un estado de alma, ese intraducible *mood* que el poeta experimenta en un momento voluntario de exaltación imaginativa. El resultado puede ser tan valioso que compense el leve engaño de sí mismo, subyacente en la creación del poeta.

Amado Nervo viajó por éste, para el primer camino de la sinceridad, en su momento simbolista, después de sus primeros libros *Perlas negras*, *Místicas* y *Poemas*. Sus tres poemas largos *El prisma roto* (1898), *Las voces* (1901) y *Hermana Agua* (1901), deben a mi ver estudiarse juntos para aclarar la gran aventura artística y espiritual de su pensamiento y de su alma.

Pero hoy sólo podemos seguirle en algunas evidencias de las tres expresiones de su poesía: la simbolista, el tránsito, como lo llamó Alfonso Reyes, y la ascensión, contemplada por Genaro Estrada como constante revelación hasta llegar a la segura esperanza.

3. *El momento simbolista o la sinceridad para su arte.*

Amado Nervo llegó al completo dominio de la poesía simbolista que vemos como sinceridad para su arte, en los poemas —singularmente en unos cuantos de ellos— de los libros *El éxodo y las flores del camino* (1902) y *En voz baja* (1909). Ante sus versos de adolescencia *Perlas negras* (1898) escribió: "Este libro tiene muchos defectos pero también muchas sinceridades. Si algo vale la sinceridad en el arte, que ella me escude." Pero la sinceridad artística tal como se describió antes, rara vez acompaña a la adolescencia. El escudo que Nervo cree tener no existe y tuvo razón González Martínez al no verlo, especialmente en *Místicas*, añadidas a la segunda edición de *Perlas negras* (1904).

En los poemas del *Éxodo*, Nervo ha ahondado ya en las raíces de la escuela poética que al fin recibió el nombre de simbolismo. Marcel Raymond precisó esas raíces como sentido de la vida profunda del espíritu en protesta contra una concepción positiva del universo; cierta intuición del misterio y del más allá de los fenómenos; buscar la poesía en su esencia y separarla del didactismo y la superficial emoción sentimental.³

Raymond advierte que la expresión simbolista no pertenece a una época determinada de la historia: el espíritu humano en el sueño, el ensueño y aun durante la vigilia, está dotado de poder creador autónomo que imagina fábulas y figuras en las cuales se proyecta la actividad profunda del ser. Este simbolismo espontáneo se manifiesta en el hombre primitivo. En el civilizado se aviva durante el sueño cuando la razón no lo impide expresarse.

Los mitos nacieron así y son verdaderos psicológicamente, porque corresponden en el plan de la imaginación, a la actividad síquica que los originó. Se establece una equivalencia, un sentimiento de participación en el espíritu del sujeto, entre la imagen y la realidad síquica que simboliza. No niega Raymond que la inteligencia de los simbolistas se percató del proceso espontáneo y asoció sus imágenes a realidades síquicas, estados de alma, sentimientos e ideas.

Además es sabido que los simbolistas tuvieron como uno de sus capitales principios, hacer uso reflexivo de los recursos musicales de la lengua. No perdieron de vista las posibilidades de sugestión psicológica de las palabras, que en realidad es el secreto de la musicalidad de un verso. El poeta debe sentir —concluye Raymond— las afinidades misteriosas que anudan el mundo de los sonidos al mundo del pensamiento; tratar de hacer sensibles esas misteriosas correspondencias. Ciertas sílabas, por un acuerdo sutilísimo con el significado de las palabras que componen y los recuerdos que esas pala-

³ *De Baudelaire au Surréalisme*. Éditions R. A. Corrèa, París, 1933.

bras despiertan, más todavía que por el encanto propio de las sonoridades, conmueven realmente el espíritu, imantándolo en una dirección particular.

Pero el valor sicológico de la palabra y el tesoro de las imágenes y las asociaciones que contienen, no puede ser considerado independientemente de las cualidades sonoras. La "música de las palabras" no se distingue, sino arbitrariamente, de su significado. A una armonía casi material grata sólo al oído, los mejores poetas del simbolismo prefirieron una cierta "música interior".⁴

Repasemos la evidencia de la belleza simbolista creada por Nervo, con perfección rara vez lograda por los otros poetas hispanoamericanos, si nos atenemos a las raíces del simbolismo a que nos referimos antes. Repasemos uno de los poemas preferidos en las antologías: *Viejo estribillo*. Va precedido de unas páginas en prosa: *En defensa de la mentira*. El joven poeta, quien seguramente había leído *La decadencia de mentir* de Oscar Wilde, declara de manera resuelta: "Sólo la mentira es bella. Sólo ella es creadora, sólo por ella la vida vale la pena de ser vivida. Mentira es ese nácar de la luna que finge en la sombra Ofelias vagas que pasan; mentira la policromía de los crepúsculos y esa melancolía serena del otoño; mentira el azul del cielo, joyero inmenso de las constelaciones; mentira la juventud, el amor, la gloria, el ensueño, la seda de una tez, el marfil de unos senos, los diamantes negros de unos ojos".⁵

La reflexión que le sugiere el recorrido por las experiencias imaginativas es el "quién sabe" más insistente en su pensamiento hasta que al fin anunció su muerte en un poema del libro *Elevación* (1917). Entonces alarmó a González Martínez, quien declara que sin "quién sabe" no hay misterio. Las palabras de Nervo revelan una idea que ha de acompañarle hasta el fin de su vida, reapareciendo en su poesía y en su prosa hasta afianzarse en una esperanza: "¡Quién sabe si penetrando el abismo sin fondo del ser, aquello que soñamos es más cierto que aquello que por una aceptación unánime es!" Y termina con esta invitación: "Ahora, leed si os place lo que he llamado *Viejo estribillo*."

¿Por qué estribillo y por qué viejo? La sinceridad artística de Amado Nervo se mueve aquí en experiencias imaginativas, síquicamente verdaderas, aunque para lo que llamamos realidad sensible, sean mentiras. La sinceridad puede expresarse en una experiencia de la imaginación, siempre que la acompañe lo que se ha llamado honradez del artista para la forma de arte que elige y trate de no traicionar las exigencias de ese arte.

En *Viejo estribillo* Nervo repite al final de cada estrofa la misma desilu-

⁴ Ver Raymond, *ob. cit.*, págs. 53-58.

⁵ *El éxodo y las flores del camino*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1922, pág. 49.

sionante respuesta que da "la razón de la aceptación unánime" a las creaciones del ensueño. La respuesta es un estribillo tan viejo como el diálogo entre razón e imaginación. No me extraña que este poema fuera uno de los que Nervo recitaba con más frecuencia en reuniones de su juventud, afinada y enriquecida ya por la relación directa con Francia.

Las dos primeras estrofas establecen en una interrogación y una respuesta, el vaivén rítmico de todas las demás, excepto la última que está llena de presagio, de la aspiración suprema de encontrar a Dios, de los caminos por donde ha de buscarlo, de la necesidad del ensueño en cada abismo. Sé que recuerdan las preguntas. Las voy a repetir para que evoquemos juntos la bella imagen de la sirena, los versos musicales con sus acentos vibradores en la cima de cada uno; la recurrencia del primer hemistiquio del tercer verso al final, que mece toda la estrofa como un columpio de maravilla:

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente,
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?

—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,
es un rayo de luna...

¿Quién gritando mi nombre la morada recorre?

¿Quién me llama en las noches con tan trémulo acento?

—Es un soplo de viento que solloza en la torre,
es un soplo de viento...

Las dos estrofas siguientes se mecen también en el columpio rítmico, pero en la última, sucede algo diferente. El poeta al preguntar quién regó sus collares en el agua, impaciente acaso por el estribillo destructor, termina la pregunta así: "¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío?" Pienso que ese "Dios mío" está ahí en el sentido con que el hábito nos lleva a exclamar en un momento desconcertante o difícil: "¡Dios mío, qué haré ahora! o, "¡Dios mío, no puede ser!" Porque la respuesta, el viejo estribillo, reaparece idéntico a los otros en su desilusionante vaivén.

Pienso también que el poeta no preguntó a Dios hasta el final del poema, sino a su propia razón humana. Pero en la última estrofa el diálogo lo lleva a un convencimiento:

¡Oh Señor! ¡La belleza sólo es, pues, espejismo!

Está ahora pensando conscientemente en Dios, el Señor. Luego, la certeza de que se alejó a veces para volver a ella y no salir más de su revelación:

Tú eres cierto. Sé Tú mi último Dueño.

Para esa final entrega fue necesario que lo buscara en el éter, en la tierra, en sí mismo. Tal fue su peregrinación espiritual y se anuncia en este mo-

mento de sinceridad artística, como punto de enlace con toda su poesía posterior.

4. *El tránsito o la sinceridad consigo mismo.*

En el ensayo *Amado Nervo, el poeta*, Enrique González Martínez al describir la complejidad de Amado Nervo, ve la fuerza introspectiva analizadora de sí mismo llevarlo "al recinto hosco de los herméticos". No creo que el resultado de ese autoanálisis fuera el hermetismo, sino el arma secreta y persistente con que pulió su conciencia en el tránsito que lo llevó a su segunda manera de poesía:

Ya te acercas al final,
la lección está aprendida
y la gema fue pulida
y dio rosas tu rosal.

Sinceridad para sí mismo como preparación para darse a otros con sinceridad humana y divina a la vez. Alfonso Reyes ha comentado este tránsito⁶ con la clara mirada de piedad y delicadeza que es como piensa que deben interpretarse los hombres.

La sinceridad consigo mismo ha sido la aspiración del artista en nuestro siglo. La novela, el teatro, la biografía, las memorias, los diarios íntimos, son testimonios de esa preocupación. Amado Nervo sin duda conocía los esfuerzos de los buscadores de la sinceridad como revelan los "pensamientos afines" que preceden cada parte de *La amada inmóvil*, entre los cuales hay citas de Bergson, Jacques Rivière, Maeterlinck.

El cambio en el poeta de una manera a otra, ocurre, según Alfonso Reyes entre los años 1905 y 1909, entre *Los jardines interiores* y *En voz baja*. En *Los jardines interiores*, donde según Alfonso Méndez Plancarte,⁷ Nervo incluyó algunos poemas de 1896 y aun antes, no encontramos indicios del tránsito. Ni en la índole del libro, que el poeta expone en la primera página, ni en el final, donde el prelado que lo condena expresa la ironía del poeta matizada de humorismo. Sin embargo, Nervo resume, en una figura femenina que nombra Damiana, bajo el signo de un verso de Dante Gabriel Rossetti, el alcance que tendrá su poesía en los libros venideros:

Todo lo noble y hermoso
que no fue;
todo lo bello y amable
que no vino,

⁶ *Tránsito de Amado Nervo*. Obras Completas, VIII. México, Fondo de Cultura Económica, 1958, págs. 12-19.

⁷ *Obras completas* de Amado Nervo, Tomo II. Madrid, Aguilar, 1967.

y lo vago y misterioso
que pensé
y lo puro y lo inefable
y lo divino.

El Obispo Fidelio condena el libro "al olvido que precede el abismo sin fronteras". Pero el poeta le contradice con este verso final: "Del abismo brota el día". Brotará el día de la sinceridad consigo mismo, que le envuelve en una lucha tenaz con el estilo, en afán de huir de "la bella cobertura" que antes fue triunfante embeleso.

Ahora quiere hacer con los sucesos cotidianos, de las reflexiones y divagaciones con que buscaba la esencia arcana del universo, su habitual poesía aunque a veces, como observa Alfonso Reyes, ha creído estar pensando solamente y se ha expresado en verso.

Sus amigos y admiradores se alarman. López Velarde confiesa amarlo tanto, que no quiere encontrarse con él para no ofenderle con su desconcierto. No llega como más tarde Jorge Cuesta, a cerrar los ojos para no ver la desnudez que le parece ingrata. Pero el poeta sigue "alimentando su quimera" como cada uno tiene el derecho a hacerlo.

Entre tanto, continúa imperturbable su alabanza del lugar común, evitando las traiciones del adjetivo, negando saber nada de literatura y creando sobre el cañamazo de la interferencia entre vida y poesía, frecuentes expresiones cimera de su mágico don verbal, de su interna luz que arde sin llama, pero nos penetra, la aceptamos, nos alumbramos con ella.

El tránsito se apresura en el libro *En voz baja* (1909) en donde aparece el poema *Vieja llave*, evocación de la vida en el México ochocentista, que tanto nos muestra de la niñez y adolescencia del poeta.

La música tradicional de los versos se une al tono de narración oral en lo que se nos dice de la sabiduría que la llave guarda "del buen tiempo que se fue".

Me dijo Raimundo Lida, inteligencia afilada en la exploración de la literatura clásica española y de "la extrañeza" de la hispanoamericana, que prefiriere este poema entre todos los de Nervo. Esa vieja llave en verdad abre la puerta al tránsito que se consuma en el libro *En voz baja*.

La poesía *¡Está bien!* no deja que dudemos: el poeta se ha puesto de acuerdo consigo mismo y en paz con sus albas, sus tardes y sus noches. Aparece el presentimiento, la cercanía de algo inminente; algo transformador y ascensional que se repetirá desde ahora como visitación tenaz de lo que él llama el Arcano.

5. La Ascensión

Se intensifica ahora la ascensión espiritual manifestada, en que el poeta, sincero consigo mismo hasta el extremo a que puede llegar un hombre, está

preparado para la sinceridad con los demás. Escribe en este momento sus poemas confidenciales de una sabia sencillez, de una maestría que casi no se nota, sutil encanto, conquista para siempre.

Algunos quedan completos o fragmentarios en la subconciencia para subir a la memoria cuando alguien nombra al poeta, cuando necesitamos paz, esperanza, o sencillamente sin saber por qué.

Al repetirlos en voz alta, se convierten en verdaderos ensalmos de magia verbal. Estoy pensando en *Gratia plena*, *El don*, *El castaño no sabe...*, *En paz*, y aun en *La galera sombría*, para mí la mejor entre todas las poesías que escribió con la intención de "elevar el espíritu". En estos poemas de ascensión espiritual está el verdadero Amado Nervo y me complació leer lo que escribió acerca de ellos Enrique Díez-Canedo, uno de los mejores intérpretes que conozco de su significado.

Quien desee acompañar a Amado Nervo en esta aventura generosa, tendrá que seguirlo en el libro *Serenidad*, pasando después por las confidencias de *La amada inmóvil*, hasta el libro publicado en 1919, *El estanque de los lotos*.

Serenidad confirma que su vida fue una preparación para la muerte; que para él, como para Quevedo, tuvo "más de caricia que de pena". Aparece también en este libro dando la razón a Sidharta Gautama y su enseñanza de renunciación. Imposible atenuar la huella de Sidharta en la ascensión de Amado Nervo. No se alejó nunca de la fe en Jesucristo, mas le gustó meditar junto al *Estanque de los lotos*. La relación con el budismo y la aclaración de Nervo acerca de él, la estudié en mi libro en el capítulo *El místico*.

En *Serenidad*, sólo la primera parte, *Apaciblemente*, nos muestra a Nervo "camino adelante", diciéndonos la gran advertencia resumidora de todo lo que quiso que supiéramos:

Serena tu espíritu, vive
tu vida en paz.

Para seguirlo en esta ascensión hay que detenerse en el conmovedor parentesis confidencial *La amada inmóvil*. Las páginas en prosa que preceden los poemas, son la expresión de sinceridad más alta a que puede llegar un hombre. La palabra sinceridad lleva aquí toda la connotación moral a que va asociada casi siempre. Ya he dicho que *Gratia plena*, en la cima del libro, es uno de los poemas vivientes en la memoria y en la voz de muchos, no sabemos cuántos. El sentido del libro entero, se resume en esta sencillez casi nunca alcanzable:

Vivir sin tus caricias es mucho desamparo;
vivir sin tus palabras es mucha soledad;
vivir sin tu amoroso mirar ingenuo y claro
es mucha obscuridad...

El libro *Elevación* termina con un Amén firmado en diciembre de 1916: "Lector, este libro sin retórica, sin procedimiento, sin técnica, sin literatura, sólo quiso una cosa: elevar tu espíritu. ¡Dichoso yo si lo he logrado!" Esa aclaración final acusa olvido de sí, esfuerzo de sinceridad para los demás, apurando la sencillez, asiéndose a la espontaneidad, encarando el riesgo de limitar la imaginación y reducir al mínimo el poder estilístico alcanzado en su larga experiencia literaria.

Amado Nervo afrontó estos riesgos consciente de lo que implican. Tal parece que oyó el consejo de Paul Claudel de sustituir el "conócete a ti mismo" por "olvidate de ti mismo". Tal parece que quiso hacer suyas las palabras de Claudel: "No impidas la música a tu alrededor que está inspirada en Dios y canta su gloria."

Los tres poemas en el comienzo de *Elevación: Primera página, Jaculatoria a la nieve y Noche*, no concuerdan con la declaración en prosa al final del libro. El poeta está aún expresando su sed de penetrar lo desconocido; en el poema *Noche* está en su clima habitual de introspección, de penetrar arcanos, de entregarse a la meditación silenciosa. El propósito del libro empieza a cumplirse en *Fides*:

No te resignes antes de perder
definitiva, irrevocablemente,
la batalla que libras...

Estamos aquí ante el cañamazo sin relieve de gran parte del libro. Este poema, como los tres anteriores, se escribió en 1915. El libro entero llega hasta 1916. En el llano desnudo, sin embargo, surgen a trechos, confidencial música sencilla o vuelo de blancas aves piadosas, poemas oracionales que han servido como él quiso para levantar el espíritu de muchos.

Después de *Las voces* (1901), para mí la más valiosa poetización que hizo Nervo de la enseñanza de Buda, no volvemos a encontrar huella de sus lecturas sobre las religiones de la India hasta *Serenidad*, poemas que abarcan los años de 1909 a 1912. Mas la fascinación budista viene de más lejos. Uno de sus poemas simbolistas más admirados del *Éxodo y las flores del camino* lleva el título *El Buda de basalto sonreía*. Nervo había escrito ya *Las voces*. El símbolo de la sonrisa se usa con plena comprensión de lo que implica —renunciación, ausencia de deseos, paz perfecta en la victoria sobre *maya*, lo ilusorio. Aquí está Nervo en su plena sinceridad artística.

En *El estanque de los lotos* el tema filosófico religioso derivado de las mismas fuentes orientales, se vierte en su segunda manera: la materia prima de su poesía se queda aquí sin transformación imaginativa, sin que aparezca en esa corriente de ideas lentas y desnudas, un sólo poema que pueda cumplir su propósito de elevar y consolar.

La voz que amamos sólo reaparece cuando piensa en Jesucristo con pensamiento despejado de Kalpas y Yogas. Brilla la sinceridad para los demás fundida con la suya; ha oído la voz del Pastor sobre todas las otras voces y el llamado es irresistible. Contesta con la oración en verso, que podría usarse en acción de gracias después de una meditación del Salmo 23:

Pastor, te bendigo por lo que me das.
Si nada me das, también te bendigo.
Te sigo riendo si entre rosas vas.
Si vas entre cardos y zarzas te sigo.
¡Contigo en lo menos, contigo en lo más
y siempre contigo!

6. *Testimonios vivientes*

Un siglo después de su nacimiento nos hemos reunido hoy para recordar vivo en la muerte a Amado Nervo. Pienso en su poema *La mejor poesía* del libro *Elevación*. Porque ese poema me parece su testamento poético, su anticipado adiós a todo lo que amó y uno de los que nos dan la vislumbre del verdadero Amado Nervo.

Me parece bien que lo oigamos ahora en lugar de leerlo en silencio más tarde, porque así comprobaremos el poder mágico de sus palabras y al oírlas y sentir las, haremos el más alto homenaje a su recuerdo:

No escribiré más versos, ¡oh misteriosos númenes!
no imprimiré más vanos y sonoros volúmenes
—el poeta decía—.

De hoy más, sea el silencio mi mejor poesía.

De hoy más, el ritmo noble de mis actos diversos,
sea, celestes númenes, el ritmo de mis versos.

De hoy más, estos mis ojos, de mirar claro y puro,
cerca de cuya lumbré todo verso es obscuro,
traduzcan lo inefable de mis ansias supremas,
mejor que las estrofas de los hondos poemas. . .

Y lo que su silencio no supiere expresar,
leedlo en las estrellas, las montañas, el mar;
en la voz temblorosa de una amante mujer
(siempre y cuando su enigma sutil sepais leer);
en las brisas discretas, en el trueno salvaje,
y en la nube andariega que siempre va de viaje.

¡Oh diáfano hilo de agua: lo que yo callo di!

¡Oh rosa milagrosa: haz tú versos por mí!

De hoy más, recordemos este poema y obedezcamos al poeta. El hombre era más grande que sus versos y lo sugiere al decir que ante la lumbré clara

de sus ojos, todo verso es oscuro. Porque esa lumbre de su mirar es la de su alma, la luz de su divinidad; de la divinidad en todo hombre que, como él, se propone encenderla.

No sólo el hilo de agua y la rosa están diciendo sus versos por él. Personas en todos los niveles sociales, personas que trabajan delante de una máquina de escribir, atendiendo a los clientes de un banco, enseñando en una escuela, dicen versos por el poeta.

En la Universidad de Puerto Rico, en la oficina de personal, me preguntó el joven que me atendía, qué estaba escribiendo entonces.

—Un estudio sobre Amado Nervo — le contesté. Aquel joven revolvedor de cifras me dijo sonriente:

Era llena de gracia como el Ave María,
quien la vio no la pudo ya jamás olvidar.

Asombrada decidí descubrir más testimonios vivientes de la poesía de Amado Nervo en la memoria de gentes como las que él quería levantar en espíritu. El mismo día fui al Banco Chase Manhattan. Y mientras la joven empleada me devolvía el comprobante de cuenta, notó el libro que de intento había puesto yo en la ventanilla.

—¡Amado Nervo! —me dijo—. "Siempre que haya un hueco en tu vida ¡llénalo de amor!"

Nervo creyó estar escribiendo prosa en una página de su libro *Plenitud*. Pero había escrito versos. Y la música de sus palabras quedó en la memoria de la joven, aliviando de súbito su tarea.

Fui a visitar a una amiga. Su hermana, trabajadora social, se sentó con nosotras. Hábilmente mencioné mi viaje. Esta vez no tuve que nombrar al poeta. Porque Lucía, la trabajadora social, me dijo: "Tengo una amiga en México. Hoy recibí un recorte de un diario de la capital. Es una entrevista a la sobrina o hija —no recuerdo bien— de *La amada inmóvil*. Amado Nervo es mi poeta predilecto." Levantándose, fue a buscar y me mostró el segundo tomo de las *Obras completas* de Nervo en la edición Aguilar. "¡Es mi Biblia!", me dijo. Sin abrir el libro, añadió: "Me gusta más que ninguno el poema que empieza: 'Oh vida ¿me reservas por ventura algún don?'"

Con la estrella, con el hilo de agua, con la rosa, creo que muchos lectores del poeta en Argentina, en el Uruguay, en toda Hispanoamérica quizás, dicen sus versos por él. Acaso no recuerden *Viejo estribillo* o la sonrisa del Buda de basalto. Pero de las poesías que el poeta escribió para ellos, saben de memoria el comienzo o el final, a veces un sólo verso que por causa inexplicable no olvidan.

No quiero terminar sin darles un último testimonio viviente aunque esté en la lápida de una tumba. En el Cementerio de la Magdalena, en San

Juan de Puerto Rico hace cuatro años enterramos al doctor Federico de Onís. Sobre la lápida, cumpliendo el deseo del maestro, se grabaron dos versos:

Amé, fui amado; el sol acarició mi faz;
vida, nada me debes, vida, estamos en paz.

Después de estos vivientes testimonios imaginemos que la voz del poeta está diciendo: "Oh estrella, oh rosa, oh hilo de agua, oh amigos que nunca vi: ¡Gracias!"

DON ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES *

Por don JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

Hace cien años, el 30 de mayo de 1870 nació, en esta ciudad el que, al discurrir de su vida, habría de ser el periodista, abogado, orador, ensayista e historiador don Antonio de la Peña y Reyes.

Por las cualidades de su obra, por las virtudes de su personalidad en el campo de nuestras letras, venimos ahora a recordarlo, en el seno de esta Academia que se honra en haberlo contado entre sus Miembros de Número.

No cumplía aún sus 16 años cuando entró a la Secretaría de Relaciones Exteriores "admitido como meritorio, sin sueldo ni gratificación alguna",¹ y solamente un año después comenzó a percibir un muy corto sueldo. En esa Secretaría trabajó casi toda su vida, excepto un lapso de ocho años, pero eso no quiere decir que exclusivamente en los empleos de aquella dependencia haya laborado, pues, como veremos, desempeñó simultáneamente otras tareas.

Desde luego, alternaba sus modestas tareas burocráticas con la regularidad de sus estudios, que prosiguió hasta obtener el título de Abogado, profesión que ejerció bastante tiempo, pues en una *Guía* de esta ciudad, del año de 1910, encuentro que figura, en la lista de Abogados en ejercicio, el nombre de Antonio de la Peña y Reyes, con despacho en el N° 40 de la 2ª Calle de Niza.²

¿Cuándo empezó a escribir? Probablemente hacia los 16 ó 17 años, edad en que normalmente se está en el paso de la adolescencia a la juventud, y todo se conjuga: el sentimiento de la vocación, la conciencia de poseer ya armas y bagaje culturales, lo cual, por la todavía cercana impresión del

* Leído en sesión pública efectuada el 25 de septiembre de 1970.

¹ Expediente I/131/2616. L-E-390, 1ª y 2ª parte, en el Archivo General de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

² José Romero. *Guía de la ciudad de México*. Librería de Porrúa Hermanos. México, 1910, pág. 199.

descubrimiento de mundos nuevos, presiona la natural inquietud juvenil y el deseo, a veces imperioso, de proyectarse, compartir y discutir los hallazgos de ideas y de criterio, ajenos y propios.

El joven De la Peña escribe; como joven es impaciente: pronto recopila sus primeros frutos y los lleva a un impresor en la calle del Arco de San Agustín, de donde salen en un librito con el rubro: *Algunos poetas. Ensayos de crítica*.³ No trae prólogo ajeno que lo apadrine, solamente una brevísima introducción, llena de modestia y disculpas, "Dos palabras", que casi literalmente lo son; allí dice:

Ensayos de un aficionado a los estudios críticos, son los artículos que encierra este tomito.

Escritos sin presunción de índole alguna; como solaz del ánimo, realmente ningún bien producirán a nuestras letras.

Dóylos no obstante a la estampa, pobres y humildes como son, fiado en la bondad de un público indulgente, que si me otorga su hidalga protección, me animará a imprimir una segunda serie, en la cual hablaré de Prieto, Peza, Díaz Mirón y Justo Sierra, glorias inmarcesibles del Parnaso.—*El Autor*.

A una de esas "glorias del Parnaso" estuvo dedicado el ejemplar que consulté, dedicatoria que en cuatro líneas ológrafas, dice: "al más grande, querido y popular de nuestros poetas: a Guillermo Prieto, en testimonio de admiración y afecto. *El autor*". Podemos imaginar, más o menos, la escena ocurrida hace 81 años: un joven, casi un adolescente, delgado, de pelo rubio rojizo, enfundado en adusto traje negro, que titubea palabras de cortesía al ofrecer un librito, frente a un viejo, blanco y canoso, desaliñado, que agradece el obsequio brillándole los ojillos tras las torcidas antiparras y con larga sonrisa que aumenta las ya numerosas arrugas de su cara.

¿Qué hay en este librito, cuya portada de fina tipografía romántica alterna sus finos rasgos en negro y bermellón? Vale la pena hojearlo, examinar de cerca este fruto primerizo de tan primerizo autor.

Después de las "Dos palabras", ya citadas, inicia sus ensayos con uno relativo a Roa Bárcena, de quien elogia mucho su ponderación en el criterio, su serenidad y equilibrio (subrayo los calificativos porque habremos de volver a ellos). Dice así, refiriéndose a la "Oda a Iturbide en Chapultepec", de Roa:

"...Si admira por el clásico corte que revela, por las imágenes y bellezas que contiene, encanta más todavía por la moderación y habilidad políticas que resaltan en ella, y que han distinguido siempre al Señor

³ *Antonio de la Peña y Reyes. Algunos poetas. Ensayos de crítica*. México, Imp. de Francisco Flores y Gardea. Calle del Arco de San Agustín núm. 1-B, 1889.

Roa. Para cantar a Iguala, ni un insulto a Dolores, para ensalzar al Consumador, ni un ataque, ni una ofensa, al heroico, al venerable Padre de la Patria: al Señor Hidalgo, o a sus abnegados continuadores en la lucha..." Y adelante: "Nadie tildará, pues, de parcial al Señor Roa: la moderación, la habilidad y la prudencia, superan quizá en sus dos composiciones referidas,⁴ a la inspiración y a la elegancia. Y esto demuestra en México dos cosas: talento y honradez; porque aquí, para cantar al vástago de los Hapsburgos, es preciso, inevitable, que deturpen los cantores a este eterno modelo de la constancia, del valor civil, de la energía, a Juárez. Roa se apartó de ese camino y merece por ello plácemes de todos..."⁵

En estudios subsecuentes hace elogios, muy justos y acertados, de Pagaza y de Gutiérrez Nájera. En la segunda parte, que denomina "Poetas juveniles", se refiere a Heriberto Barrón, a Rafael de Alba, a Francisco de Alba, a Miguel Bolaños Cacho, a Ambrosio Ramírez, a José M. Bustillos, a José Peón del Valle, a Carlos López, a Luis G. Urbina, a Enrique Fernández Granados y a Ezequiel A. Chávez. Imposible detenernos, ahora, en esos breves pero interesantes ensayos críticos.

En los años que siguen, a ése de 1889, Peña y Reyes continúa sus estudios, su trabajo en Relaciones y escribe en *El Nacional*, en *El Liceo Mexicano* y en *Revista de México*. Recibe su título de Abogado y muy poco después pide una licencia en Relaciones Exteriores, para ocuparse de su nuevo cargo: Diputado en la Legislatura del Estado de México, antes de cumplir 23 años; allá en Toluca también fungirá como director de la *Gaceta del Gobierno*.

Sin duda, por lo menos en los recesos de la Cámara, el joven diputado reside o viene con frecuencia a México, pues aquí estaba cuando murió el Duque Job y pronunció una oración fúnebre, el triste 10 de febrero de 1895, publicada luego en la *Revista Azul*, así como otro artículo recordando a Gutiérrez Nájera, un año después.⁶

No fueron ésas, ni mucho menos, sus referencias a literatos recién desaparecidos. Precisamente de esa misma época es una breve y ágil semblanza que del "joven Peñita" hizo el también joven Amado Nervo (eran coetáneos con diferencia de treinta días), semblanza que se refiere a cuando ambos tenían menos de 25 años. Escribió Nervo:

⁴ Alude a los poemas de Roa Bárcena: "Oda a la inauguración del segundo Imperio" y "La noche de Querétaro".

⁵ Peña y Reyes. Op. cit., págs 18 y 22.

⁶ A. de la Peña y Reyes: "Ante el sepulcro de Manuel Gutiérrez Nájera", Discurso, en *Revista Azul*, II (15) 10 feb. 1895, pp. 236-237, y "Manuel Gutiérrez Nájera", en *Revista Azul*, IV (14), 2 feb. 1896, p. 219. Ambos citados en: Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado Velázquez, *Índices de la Revista Azul (1894-1896)*. Centro de Estudios Literarios, UNAM. Imp. Universitaria, México, 1968, pág. 350.

Si yo pudiese coger al vuelo un epigrama, darle forma humana, animarlo con soplo de vida duradera, vestirlo de casimir francés y enviarlo a pasear por esas calles de Dios, aquel epigrama sería Peñita.

Peñita he dicho, entendámonos: no Antonio de la Peña y Reyes, que esto es muy distinto. . .

El segundo hace de Antonio, el joven escritor De la Peña y Reyes, articulista serio; el primero hace de Antonio el Peñita que todos conocemos, a quien todos saludamos en la calle y en los cafés, con quien tomamos todos un drack, un aperitivo, un whiskey, a la hora clásica que precede a la comida.

Estudiemos ligeramente a ambos.

Peña y Reyes es, según su propia expresión, el Gayosso de la literatura; cumple a maravilla el precepto de la Biblia: no elogiar a los vivos.

Su pluma está dedicada regularmente a los epitafios. Baja al seno de la madre tierra un literato, un sabio, un artista, y al día siguiente, en las primeras horas de la mañana, Peña y Reyes se dirige a toda prisa a la Redacción de algún periódico amigo con un artículo en la bolsa. Ese artículo es un elogio fúnebre, delicadamente escrito, y un estudio, a la vez, hecho a grandes rasgos pero con prudencia, de los títulos que el eterno ausente tiene a la inmortalidad. . .

Peñita es el epigrama de que hablaba al principio. . . Corto de estatura, pero crecido de alcances; la cabeza de cerillo contiene mucho fósforo; la pupila, entre azul y buenas noches, baila y ríe en su órbita como un muchacho travieso. . . Peñita es el término evolutivo de un grano de mostaza; cumple con las reglas de todo epigrama o madrigal bueno: pequeño, pero compendioso. . .

La agudeza es la forma natural de su discurso, no parece sino que afila la palabra hasta dejarla puntiaguda como un alfiler.

Hay, sin embargo, en el fondo de esa ironía perpetua. . . algo bueno, delicado y noble: los sentimientos, y estos propios son así de Peña y Reyes. . . como de Peñita. . .⁷

Cuando su encargo en Toluca termina, De la Peña regresa a la Secretaría de Relaciones, donde se le nombra Bibliotecario de la misma, pero casi inmediatamente pide otra licencia "Por tener que ingresar a la Cámara de Diputados como Representante del 1er. distrito electoral del Estado de México",⁸ cargo que ejerce en varios periodos, entre los años de 1898 a 1912. Lo que no debe entenderse como que, a lo largo de esos 14 años, don Antonio de la Peña no hubiera hecho otra cosa que sentarse algunos días de la semana, en dos temporadas anuales, en las butacas del Teatro Iturbide, ofi-

⁷ Amado Nervo. "Antonio de la Peña y Reyes", 3 marzo 1895, en *Obras completas*, tomo II. Ed. Aguilar, S. A., Madrid, 1967, pág. 14.

⁸ Exp. cit.

cialmente curules de la Cámara de Diputados. Eso habría sido poquísima ocupación y también ingresos mínimos porque los diputados percibían, entonces, dietas de \$250.00 mensuales... *O tempora, o mores!*

De la Peña ejercía su profesión y seguía escribiendo. En 1903 salió a luz un volumen de *Artículos y discursos*,⁹ con prólogo de Salado Álvarez, en el que afirma que De la Peña era, fundamentalmente, un orador; juicio que no me parece completamente acertado, como se puede ver en la parte del mismo libro que recoge quince artículos sobre otros tantos temas. Hay allí datos interesantes pero, en general, ese volumen es menos importante que otras obras de su autor.

Como hemos visto, don Antonio de la Peña y Reyes ocupó diversos puestos administrativos en la Secretaría de Relaciones Exteriores, desde su ingreso en 1886, pero no fue sino en el breve lapso de 1911 a 1914 cuando estuvo, propiamente, dentro del Servicio Diplomático.

En 1911 figuró, como Primer Secretario, en la misión especial que fue a Roma para agradecer las felicitaciones y obsequios que el Gobierno de Italia había enviado al nuestro, con motivo del centenario de nuestra independencia; creo que ése fue el primer viaje de Peña y Reyes al extranjero; en el usual intercambio de cortesías de protocolo, le fue otorgada la medalla de Comendador de la Orden de la Corona de Italia.

Parece que, en los últimos meses de 1911 y parte del año de 1912 volvió a su curul; ya en aquel Congreso en que cualquiera podía oír los prenuncios de la tempestad que se avecinaba, mas es curioso comprobar que muchos no se percataron de ello hasta que, en vez de silbar vientos de fronda en los pasillos, silbaron balazos en las calles de la capital, pues, como todos sabemos, en 1913 efectivamente se desató la tormenta que tan rudamente afectó a toda la nación (fue crisis y viraje de nuestra historia) y a casi todos sus habitantes de entonces en lo particular.

Por lo pronto, de la noche a la mañana, al día siguiente de la Decena Trágica, el 21 de febrero de 1913, el Secretario de Relaciones don Francisco León de la Barra comunica al licenciado don Antonio de la Peña y Reyes que el Presidente, General Huerta, ha nombrado a De la Peña "Oficial Mayor de esta Secretaría", y en seguida el Subsecretario, don Carlos Pereyra, acuerda que: "Desde esta fecha se considerará al Oficial Mayor de esta Secretaría Señor Licenciado Don Antonio de la Peña y Reyes, con la categoría de Ministro Residente. Hágase figurar así en el escalafón del Cuerpo Diplomático Mexicano y comuníquese al interesado."¹⁰

⁹ *Antonio de la Peña y Reyes, Artículos y discursos*. Prólogo de D. Victoriano Salado Álvarez. México, "La Europea", J. Aguilar Vera y Ca., S. en C., Calle de Santa Clara núm. 15, 1903.

¹⁰ Exp. cit.

Al siguiente escalón le asciende, seis meses más tarde, el nuevo Secretario de Relaciones don Federico Gamboa nombrándolo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario,¹¹ y no había transcurrido un mes cuando lo promueve, del puesto de Oficial Mayor al de Subsecretario.¹² Probablemente apenas comenzaba a enterarse de los muchos y graves asuntos de su nuevo cargo cuando, exactamente dos semanas después, el 29 de septiembre, Gamboa renuncia y el Subsecretario De la Peña quedó Encargado del Despacho.¹³

En realidad, ese alto nombramiento no pasó de serlo. Don Antonio de la Peña y Reyes no llegó a manejar ni a guiar la Cancillería mexicana.

El gobierno, del que apenas nominalmente formó parte, vivía en continua crisis interna, además de soportar, cada vez peor, la terrible presión de la lucha armada de una revolución que había convertido a todo el país en un incendio en el que se consumía una etapa de nuestra historia.

A las 48 horas de haber quedado al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores, don Antonio de la Peña y Reyes, el 19 de octubre de 1913 entregó el cargo al Licenciado don Querido Moheno, recién nombrado Subsecretario. Y Peña y Reyes quedó, sencillamente, en su puesto de escalafón, como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en disponibilidad.

Algunos meses después el gobierno del General Victoriano Huerta, derrotado en los campos de batalla, sin apoyo en el exterior, desorganizado en lo interno, se desplomaba y se deshacía. Para evitar las represalias y venganzas de la parte enemiga, que en las horas de violencia no puede juzgar con equidad ni valorar personas y condiciones, aquellos que, aun en la forma más honesta y forzados por las circunstancias colaboraron con el régimen caído, fueron al exilio; entre ellos don Antonio de la Peña y Reyes.

Al destierro fue y en él hubo de permanecer más de cinco años. Vivió en Cuba. Como para don Federico Gamboa y para otros más, cuando las pasiones políticas hicieron imposible o peligrosa la permanencia en la patria, Cuba fue el refugio que encontraron para poder subsistir con su único medio de vida: la pluma. En cierto modo era un derecho de reciprocidad: igual hizo México, años antes, para José Martí.

Por desgracia, la generosidad del país de asilo no puede nunca compensar la pena de no estar en el suelo patrio, de estar lejos de tantas cosas y tantos seres queridos, según lo han dicho y lo siguen diciendo muchos desterrados, asilados —hoy se dice refugiados—, cuyos testimonios conocemos en muchas formas, que van desde las cartas y los discursos inmortales en las letras, hasta las conversaciones y las confidencias personales.

¹¹ Exp. cit.

¹² Exp. cit.

¹³ Exp. cit.

De 1914 a 1919 estuvo don Antonio de la Peña y Reyes en la isla hermana. Creo que mucho escribió allá. No lo sé de cierto porque nadie ha hecho la hemerografía de los mexicanos en los periódicos cubanos, obra laudabilísima y necesaria pero que es investigación irrealizable desde aquí. Por eso he de limitarme a mencionar los escritos que reunió en volúmenes, de los cuales sí conocemos sus títulos.

En 1915 salió, en La Habana, una obra que desgraciadamente quedó inconclusa, Peña y Reyes la tituló *Vidas y tiempos*; es un diccionario biográfico de figuras ilustres mexicanas, que solamente alcanzó a los artículos correspondientes a las letras desde la A hasta la D. Poco tiempo después (no he podido precisar si fue en 1916 o en 1917), De la Peña seguramente apremiado por la necesidad de publicar obras de finalidad más práctica y por lo mismo de mejor venta, compuso una *Cartilla popular de ortografía* que, además de dar en forma fácil los principales de esa parte de la gramática, contenía trozos, escogidos y apropiados, de los mejores escritores cubanos. Finalmente estuvo elaborando una *Antología Moral*, pero ésta no llegó a ver la luz en La Habana, pues esos trabajos debía alternarlos su autor con sus escritos periodísticos y, además y para gran fortuna suya, un cambio en las condiciones de la política mexicana puso fin a su exilio y don Antonio retornó a la patria, creo que en los últimos meses del año de 1919.

A poco de llegar y en reconocimiento de sus muy claros merecimientos, esta Academia lo nombró, en 1920, Miembro Correspondiente suyo; Miembro de Número no lo fue sino en 1927, porque entonces los siales eran sólo 18 y el procedimiento exigía que los fueran ocupando los Miembros Correspondientes a medida que se presentaran vacantes en los Miembros de Número.

Aquel mismo año de 1920 Peña y Reyes publicó su *Antología Moral*, muy aumentada y rehecha sobre lo que había iniciado en Cuba. Es una hermosa obra didáctica, de más de 600 páginas, que publicó la casa Bouret y, desde hace años, rara de encontrar, pues sus ejemplares fueron destruyéndose rápidamente, como acontece con los libros de uso escolar.¹⁴ Bien vale la pena citar, con cierto pormenor, el prólogo que lo inicia, por los juicios que del autor y del libro hace el prologuista, don Luis González Obregón, que allí dice:

Escribo estas líneas... por afecto y admiración al hombre y al escritor, a quien conocí casi niño, a quien he querido más que como amigo como hermano, y a quien he aplaudido porque todos sus escritos han

¹⁴ Antonio de la Peña y Reyes. *Antología Moral*. Ejemplos mexicanos de virtudes, con notas históricas y biográficas. Prólogo de D. Luis González Obregón. México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1920.

sido consagrados al elogio de nuestros literatos y en alabanza de nuestras grandes personalidades.

Antonio de la Peña y Reyes posee la bondad de su padre [se refiere al muy ilustre gramático y escritor don Rafael Ángel de la Peña, que fue uno de los Miembros fundadores de esta Academia] ... y su cultura y corrección para escribir la lengua castellana; y como su padre no ha envidiado la gloria de otros, sino que ha procurado glorificarlos en bien de la patria y de nuestras letras.

Desde sus mocedades demostró tales inclinaciones, y para prueba de ello citaré su primer libro intitulado *Algunos poetas*, al que siguieron los que llevan por títulos *Muertos y vivos*, *Artículos y discursos*. Todos consagrados a hacer resaltar los méritos literarios y personales de insignes autores o de políticos eminentes.

Todavía más. Cuando se vio obligado a residir últimamente en el exterior; cuando sufría el desengaño del olvido de sus nobles servicios prestados sin compromisos bastardos... no consagró su pluma a recriminar a sus enemigos, ni a conspirar contra intereses que lo perjudicaron. Entonces vivió de su trabajo; y publicó libros tan útiles a la enseñanza como lo es su *Cartilla popular de ortografía*, que piensa reimprimir substituyendo los ejemplos tomados de autores cubanos con citas de textos mexicanos...

...su *Antología Moral* tiene también, aparte de ser un relicario de toda clase de virtudes, privadas y públicas, el doble mérito de contener una selección de los mejores trozos literarios... y noticias biográficas e históricas...

La *Antología Moral* tiene para mí otra cualidad, rara en los que escriben aquí nuestra historia: el espíritu imparcial y justo que ha inspirado al autor, a fin de no excluir a las individualidades que figuraron en las diversas etapas de nuestra existencia social y que militaron en contrarios partidos o banderías políticas..."¹⁵

En dicha *Antología* figuran, como es propio, fragmentos de diversos autores, muy bien seleccionados; pero De la Peña y Reyes no fue solamente un buen compilador, sino que de su pluma salieron breves estudios biográficos e históricos, que debo mencionar para ir completando su bibliografía. A ella pertenecen, en dicho libro, estos artículos: "Un queretano insigne por su caridad", que se refiere a don Juan Osio y Caballero, virtuoso benefactor del siglo XVII; "Caridad y valor", es la anécdota del Padre Belaunzarán, que detuvo la furia de Calleja cuando entró a Guanajuato: "Que corra nuestra sangre", cuenta el episodio del Padre Castilla y otros insurgentes luchando cuatro años en Mexcala, Chapala; "Se arrojaron por un voladero", relativo a don Nicolás Bravo en el sitio de Cópore; "Cumplió su palabra", breve

¹⁵ *Op. cit.* Prólogo de L. González Obregón, fechado: "diciembre de 1919".

semblanza de don Martín Carrera; "Patriotismo y rectitud. La ley antes que el poder", en elogio de don Mariano Arista; "La Corregidora", sobre tal personaje; "Rasgos heroicos", episodios de la defensa de Monterrey contra los invasores americanos en 1846; "Si hubiera porque no estaría usted aquí", conocida frase del General Anaya en Churubusco; "El fraile de la calavera", semblanza del gran Obispo de Guadalajara, don Antonio Alcalde; "Águila que cayó", la aprehensión de Cuauhtémoc; "Generoso, honrado, caritativo, valiente", semblanza de Comonfort; por último "Un pensionista estudioso", sobre Altamirano. Casi es superfluo decir que esos artículos, esos brevísimos estudios, están escritos en un lenguaje sencillo, siempre de gran decoro y pulcra corrección pero nunca frío, sino con los matices de ternura, orgullo o entusiasmo que convienen a los temas de que trata y al público escolar al que tal libro estuvo destinado.

Don Antonio de la Peña y Reyes se encontraba de nuevo en su tierra, en nuestra patria; ya estaba en su casa, pero su situación era precaria: todo lo que había logrado estaba perdido, y es muy dura cosa la de recomenzar a labrarse una posición cuando ya se está, por ley natural, en el declinar físico de quien ha rebasado el medio siglo de su edad.

Como era de justicia, se le restituyeron sus cátedras en la Universidad, pero eso y su libro recién publicado, acaso algunas colaboraciones no fijas, parecen haber sido su apoyo económico en los primeros tiempos de su regreso.

Para fortuna del señor De la Peña, y también para nosotros por lo que él hizo y pudo legarnos, un funcionario inteligente y generoso, culto y perspicaz, que también era político y por ello sabía conocer y emplear a los hombres conforme a sus cualidades y competencia —estoy designando a don Genaro Estrada—, encomendó a don Antonio de la Peña estudiar nuestra historia diplomática y más tarde una serie de publicaciones que se habrían de llamar Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Peña y Reyes cumplió redactando su estudio y fechándolo en julio de 1922.

Sin duda por motivos de administración y presupuesto solamente medio año después, el 1º de marzo de 1923, a don Antonio de la Peña se le nombró "Encargado de Investigaciones Históricas Diplomáticas, dependiente de la Secretaría de Relaciones Exteriores" y ese mismo día le tomó la protesta de ley el Oficial Mayor Genaro Estrada.¹⁶

Ese regalo de Año Nuevo debe de haber causado muy honda satisfacción a don Antonio. Naturalmente esto es pura hipótesis mía, pero, en verdad, creo que el señor De la Peña debe de haber quedado muy complacido, por tres motivos: volver a prestar sus servicios en la misma institución en que los había iniciado, 37 años antes; tener un empleo modesto, lejos del esca-

¹⁶ Exp. cit., folios 125 y 126.

lafón diplomático y de los cargos superiores, cuyo fugaz desempeño le había costado cinco años de duro y amargo exilio; pero, más que todo, el poder realizar un trabajo absolutamente de acuerdo con sus preferencias y su vocación: leer, investigar, estudiar, escribir. Tal vez me exceda, tal vez esté substituyendo la personalidad de Peña y Reyes por la mía propia, pero sigo pensando que mi hipótesis la confirma el magnífico resultado de aquel nombramiento, la admirable obra que en su desempeño realizó.

Esa obra comenzó con la publicación del estudio antes aludido, que apareció con el título: *La diplomacia mexicana. Pequeña revista histórica*, como número inicial de la serie Archivo Histórico Diplomático, cuyo objeto, finalidad y sistema, explica Genaro Estrada en el prólogo que denomina "Objeto de esta publicación".¹⁷

Como de costumbre en autor tan sincero, el título de su trabajo no engaña: es una pequeña revisión histórica de la diplomacia mexicana; nada más, pero nada menos. Tres o cuatro cuartillas sobre lo que de ello se sabe en la historia azteca; otro tanto del virreinato; muy precisa, aunque muy condensada información sobre los primeros intentos diplomáticos, en plena guerra de independencia; más circunstanciada y viva la historia de los altibajos de nuestras relaciones internacionales, preponderantemente con los Estados Unidos de América, desde la Independencia hasta la Reforma; luego durante la intervención francesa, hasta llegar a "la mejor armonía con todos los pueblos de la Tierra", que México guardaba en 1910; y la conclusión, enaltecedora de la patria, modesta en lo particular, con sereno optimismo en el fondo, párrafo final, tan característico del autor, que quiero citarlo aquí, dice:

En tiempos posteriores nadie podrá negar que México ha contribuido con sus ideas y con su sangre a la defensa de las causas levantadas. Por éstas sus campos se han visto cubiertos de cadáveres; por ellas, sus estadistas han alzado, más de una vez, la voz elocuente de la Verdad, de la Justicia y del Derecho. Entre esas causas halláronse antaño, se hallan hoy y se hallarán en venideras épocas, las nobilísimas de la confraternidad y de la soberanía de los pueblos latinoamericanos, por cuya unión perenne e independencia absoluta hacemos, al terminar este deficiente y modestísimo trabajo, los votos entusiastas que deben surgir del corazón, de los labios y de la pluma de todo hijo de América, siempre

¹⁷ Antonio de la Peña y Reyes. *La diplomacia mexicana. Pequeña revista histórica*. Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Núm. 1. México, Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1923.

En su prólogo, que denomina "Objeto de esta publicación", don Genaro Estrada explica que los tomos siguientes serán monografías con un "dossier" sobre un asunto determinado cada volumen, pero que éste inicial se ha hecho "para dar una idea de conjunto de la vida internacional de México..."

que se trate de asuntos relacionados con el bienestar de esos pueblos, gloriosos por sus luchas pasadas, dignos de admiración por sus progresos actuales, y de profunda simpatía por las altas empresas que, en lo futuro, están llamados a acometer y a rematar.¹⁸

Sorprende por su número y pasma por la ardua tarea que representa, el ver y repasar la obra de don Antonio de la Peña y Reyes en esos seis años escasos, de 1922 a mediados de 1928.

He aquí los títulos de los volúmenes que elaboró y publicó en la serie, que hoy llamamos primera (pues muy posteriormente se inició otra, segunda, que la presente administración tiene en abandono), del Archivo Histórico Diplomático Mexicano; allí los que fueron obra de Peña y Reyes son los siguientes:

Nº 1. *La diplomacia mexicana. Pequeña revista histórica.* (Es el estudio al que antes me referí y cité).

Nº 3. *Incidente diplomático con Inglaterra en 1843.*

Nº 5. *El decreto de Colombia en honor de don Benito Juárez.*

Nº 6. *Personas que han tenido a su cargo la Secretaría de Relaciones Exteriores desde 1821 hasta 1924.* (Este folleto apareció anónimo, pero que fue obra de Peña y Reyes lo demuestran documentos en su expediente.)¹⁹

Nº 7. *Lucas Alamán. El reconocimiento de nuestra Independencia por España y la unión de los países hispanoamericanos.*

Nº 8. *Don Manuel Eduardo de Gorostiza y la cuestión de Texas.*

Nº 9. *León XII y los países hispanoamericanos.*

Nº 10. *Notas de don Juan Antonio de la Fuente, Ministro de México cerca de Napoleón III.*

Nº 13. *El Tratado Mont-Almonte.*

Nº 15. *Lord Aberdeen, Texas y California.*

Nº 18. *El Barón Alley de Cyprey y el Baño de las Delicias.*

Nº 19. *El Congreso de Panamá y algunos otros proyectos de unión hispanoamericana.*

Nº 22. *Tratado de Paz con España (Santa María de Calatrava).*

Nº 23. *La primera guerra entre México y Francia.*

Nº 26. *La insubsistencia de una Convención de Reclamaciones.*

¹⁸ *Op. cit.*

¹⁹ El documento dice así: "Sr. Jefe de la Sección de Archivo. Presente.—Con el presente oficio me es honroso remitir a Ud. una noticia, que he formado, de las personas que han tenido a su cargo la Secretaría de Relaciones Exteriores, desde 1821 hasta 1923. — Reitero a Ud. mi atenta consideración. — México, abril 25 de 1923. — El Encargado de Investigaciones Históricas Diplomáticas. A. de la Peña y Reyes" (firma y rúbrica). En el expediente citado, folio 136.

Nº 28. *La labor diplomática de don Manuel María de Zamacona como Secretario de Relaciones Exteriores.*

Nº 30. *Comentarios de don Francisco Zarco sobre la Intervención Francesa.*

Nº 31. *Algunos documentos sobre el Tratado de Guadalupe y la situación de México durante la Invasión Americana.*

Basta esa lista de esos 18 títulos para ver que no exageraba yo cuando decía, poco antes, que sorprende y pasma la tarea desempeñada y lograda por Peña y Reyes en esta su última etapa de labor, realizada en los seis últimos años que vivió. Porque cada uno de esos 18 volúmenes significa, aproximadamente, esto: primero, lectura muy atenta (a veces materialmente difícil en los manuscritos); segundo, revisión y selección, entre los muchísimos documentos leídos, de los que sean importantes o de cualquier modo necesarios para el asunto de la monografía que se prepara; tercero, revisión de las copias, cotejo con los originales, su ordenamiento y redacción de las notas que deban llevar, a veces de difícil investigación; cuarto, el estudio de todo el asunto, exponiéndolo, explicándolo, ubicándolo en sus circunstancias históricas, todo lo cual supone sapiencia previa, visión analítica para escoger y utilizar los documentos y capacidad sintética para la adecuada presentación del conjunto y el estudio que lo resume y avalora.

Ya se comprenderá que solamente en un estudio exhaustivo —que no es ahora del caso— sería posible examinar y ni siquiera referirme a uno por uno de esos 18 estudios mencionados. Pero sí considero indispensable, para justificar el haber convocado la benévola atención de esta asamblea, como también las conclusiones a que en esta exposición se llegue, citar algunos fragmentos de los dos últimos estudios que don Antonio de la Peña redactó.

En el volumen de los *Comentarios de Zarco sobre la Intervención Francesa*, dice:

... ¡Tiempos memorables aquéllos, y hombres verdaderamente grandes los que en esos lustros —en los años transcurridos desde el Plan de Ayutla hasta el triunfo de la República— lograron distinguirse por la firmeza de sus convicciones y por su valor y su talento para defenderla! Hombres verdaderamente grandes todos ellos, lo mismo los que, asidos a la tradición, peleaban por un pasado que se hundía que los que, fijos sus ojos en el porvenir, eran los adalides de las nuevas ideas, en cuya victoria cifraban el engrandecimiento de México; unos y otros, los defensores honrados de la tradición y los caudillos sinceros de la Reforma, buscaban un mismo fin: para encontrarlo no escatimaron nunca las luces de su ingenio o las proezas de su heroísmo, y arrojaron siempre, con la impavidez que inspiran las opiniones profunda-

mente arraigadas en las conciencias rectas e inaccesibles al interés bastardo, las persecuciones, el destierro y el patíbulo.²⁰

Y en el último volumen, destinado a publicar y estudiar documentos interesantísimos en torno a la guerra de 1846 y 47, y el Tratado de 1848 que le dio fin, es decir, referentes a las horas probablemente las más trágicas y amargas de la Patria, De la Peña y Reyes escribe estos párrafos:

No se puede negar que los hombres que, muertos ya hace muchos lustros, desfilan todavía por las páginas de este libro... sintieron por México un verdadero, un profundo, un santo amor...

Entonces era natural que las opiniones no coincidiesen; que tratándose del problema más grave que había tenido la República desde la consumación de su independencia, unos creyesen resolverlo patrióticamente desafiando todos los peligros, aun cuando el resultado fuese la pérdida del país pero nunca la del honor; otros juzgaban que se podía salvar éste, aunque se sacrificase algo de aquél, y tanto los mexicanos honrados, los mexicanos sinceros que sostenían una tesis, como los que luchaban por la otra, hacíanlo inspirados por un noble deseo. Amaban a México todos; unos, sin aceptar término medio, querían que la pelea continuase: el triunfo o la muerte, la muerte honrosa de la Patria era su lema; otros, en medio del naufragio que amenazaba convertir en sombra y nada a la República, bregaban porque siquiera parte de ella se salvase para que no se hundiese la soberanía nacional al golpe irresistible de una fuerza que dentro de lo humano era casi imposible vencer; y por boca de sus más ilustres representantes, de don Manuel de la Peña y Peña, sostenían que jamás pueden confundirse el rapto de un entusiasmo o de una ira justa y merecida, con los sentimientos y producciones de un patriotismo puro, pero profundamente calculado, y de un honor bien entendido; el primero, muy natural y nunca censurable en las personas privadas; el segundo, propio de los funcionarios públicos, de los hombres de Estado, de los directores de una sociedad que deben fijar el bien o el mal de la misma...

De todo ello juzgará el lector al recorrer las páginas de este libro, en las que por una parte Peña y Peña, De la Rosa, Couto, Cuevas, Atristáin, José Fernando Ramírez, Fernández del Castillo, el general Anaya y don Manuel Gómez Pedraza, y por otra Gómez Farías, Lafragua, don Mariano Otero, don Manuel C. Rujón, los diputados del Partido Progresista Puro y otros políticos notables, hacen oír sus voces... para que la posteridad analice sus opiniones, y aquilatándolas tranqui-

²⁰ Antonio de la Peña y Reyes. *Comentarios de Francisco Zarco sobre la Intervención Francesa (1861-1863)*. Archivo Histórico Diplomático Mexicano. N° 30. México, Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1929, pág. VIII.

lamente, las acepte o las rechace, a la serena luz de un criterio exento de todo linaje de prejuicios...²¹

Éstas fueron las últimas líneas (al pie de las cuales aparece su firma) que don Antonio de la Peña y Reyes escribió para el último volumen que preparó con gran esmero y dejó del todo listo para su publicación.

Los fragmentos citados, de uno y otro libro, corresponden al pensamiento que dirigía la pluma de su autor en sus últimos días. Ambos fueron publicados dos años después de su muerte.

Mucho antes, desde mediados de 1927, don Antonio tuvo que disminuir sus tareas: el 31 de agosto de ese año informó, al Departamento Administrativo de Relaciones, que el día 10 anterior: "renuncié por hallarme enfermo, al empleo de Jefe de clases de Lengua Castellana en la Escuela Superior de Comercio y Administración".²²

Probablemente para compensar lo que tal renuncia significaba en sus modestos ingresos, la Secretaría de Relaciones Exteriores dictó, el 1º de enero de 1928, este acuerdo: "Expídase con esta fecha y a favor del C. Lic. Antonio de la Peña y Reyes, nombramiento de Historiador en Jefe de esta Secretaría." ²³ Muy poco debe de haber disfrutado el señor De la Peña de ese ascenso, sin duda fue para él más una honrosa satisfacción que un beneficio pecuniario. No consta, en su expediente, cuándo hubo de suspender sus labores, pero sabemos que murió, en esta ciudad, el 24 de junio de 1928.

Casi al comenzar la lectura de estas páginas, al citar por vez primera algunas líneas de Peña y Reyes, dije que de Roa Bárcena elogiaba mucho su ponderación en el criterio, su serenidad y equilibrio, y añadí: subrayo los calificativos porque hemos de volver a ellos. Creo que ahora es, precisamente, el momento de hacerlo.

Peña y Reyes alababa esas cualidades diciendo: "Para cantar a Iguala, ni un insulto a Dolores; para ensalzar al Consumador, ni un ataque, ni una ofensa... a Hidalgo...", y otra vez recalca que el señor Roa había podido elogiar a Maximiliano sin deturpar a Juárez... y, decía, "por ello merece plácemes de todos".

Eso está en las "Dos palabras" iniciales de su primer libro; esos conceptos fueron escritos por el entonces muy joven Antonio de la Peña, hacia 1887 ó 1888.

²¹ Antonio de la Peña y Reyes. *Algunos documentos sobre el Tratado de Guadalupe y la situación de México durante la Invasión Americana*. Archivo Histórico Diplomático Mexicano. N° 31. México, Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. 1930.

²² Exp. cit., folio 153.

²³ Exp. cit., folio 155.

Transcurren treinta años. En 1919 escribe González Obregón diciendo que conocía a Peña y Reyes desde niño y que lo quería "más que como amigo como hermano", avalorando con ello su juicio del libro que prologa, del que opina: "*La Antología Moral* tiene para mí otra cualidad, rara en los que escriben aquí nuestra historia: el espíritu imparcial y justo que ha inspirado al autor, a fin de no excluir a las individualidades que figuraron en las diversas etapas de nuestra existencia social y que militaron en contrarios partidos o banderías políticas. . ."

Ese gran respeto por las ideas y los propósitos (con tal que fueran sinceros y honrados), que movieron a los hombres que hicieron nuestra historia; respeto igual por los que estuvieron a la derecha como por los que se situaron a la izquierda —usando los términos políticos de hoy—, se ve confirmado en esas líneas, que también cité, cuando dice que "los mexicanos honrados, los mexicanos sinceros que sostenían una tesis, como los que luchaban por la otra, hacíanlo inspirados por un noble deseo. . .", y, adelante, después de mencionar nombres ilustres, que en su tiempo se enfrentaron y hoy los vemos asociados en el plano de los nombres históricos de la patria; como por efecto de la perspectiva se juntan elementos, muy diversos entre sí, en los sucesivos planos ópticos de un paisaje; Peña y Reyes nos pide, a sus lectores, que juzguemos la conducta de unos y otros de aquellos personajes "a la serena luz de un criterio exento de todo linaje de prejuicios. . .", línea que contiene su pensamiento último y el desideratum de toda su obra; concepto que expresa y resume cuán noble, sincero e idealista historiador y maestro fue el señor De la Peña y Reyes.

Ese caballero, ese estudioso, ese escritor, dejó una obra en la que, a través de largos años —en realidad, como hemos visto, a través de toda su vida, desde su primicias juveniles hasta la última línea ya en vísperas de su muerte—, repitió, cada vez mejor, su verdad y su lección: convencer de que todas las ideas son respetables, que las diferencias, así sean enconadas y profundas, son inevitables pero explicables y que, una vez pasados el momento y las circunstancias que ocasionaron aquellos choques, debemos entender que cuando ha habido honradez y sinceridad en las convicciones y esfuerzo, dolor y valor para sostenerlas, todos debemos respetar a los hombres que así lucharon y así construyeron nuestra historia.

Y, el corolario final, su mensaje: con la reiterada insistencia de comprensión y estimación por las grandes figuras de nuestro pasado, un también reiterado excitativo para que, en todo caso y para siempre, borremos de nuestro ánimo todos los sentimientos y prejuicios negativos: el rencor, la amargura, el odio, la censura vana y anacrónica, cambiándolos por sentimientos y conceptos de respeto y de admiración hacia todos aquellos que, en trágicos momentos, contribuyeron, todos, a forjar la patria en que vivimos.

Obra admirable por la verdad y altura de su contenido y por la corrección y pulcritud de su forma, es obra, como dije, de historiador, de maestro y de escritor. Eso fue don Antonio de la Peña y Reyes, como tal lo recordamos en este año, centenario de su natalicio, y en este acto en el que la Academia Mexicana ha querido rendirle un sencillo pero justo y fervoroso homenaje.

MIS RECUERDOS DE DON AGUSTÍN ARAGÓN Y LEÓN *

Por don FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

En aquellos años no se hablaba, como hoy, de *barrera entre generaciones*.

Los jóvenes, es verdad, no tenían el mismo pensamiento, ni los mismos anhelos, ni interpretaban al mundo del mismo modo que la generación que les había precedido. Sin embargo, era continuo el "diálogo" entre maestros y discípulos. Ciertamente que la cordial confianza tornábase a veces en animosa discusión, pero sin que llevara a considerar al padre como incomprensivo, ni al maestro como indiferente obstáculo, ni a todo hombre maduro o viejo como enemigo.

Por aquel entonces, hacia 1923, conocí en algunas reuniones científicas a don Agustín Aragón, de quien hoy celebramos el centenario de su natalicio.

Es motivo de orgullo y agrado hablar de tan distinguido sabio, pero también causa de zozobra, ya que no es posible en esta ocasión abarcar los numerosos aspectos de su prolongada, variada y admirable vida intelectual. He aceptado la indicación del Director de nuestra Academia, por la noble y leal amistad que don Agustín y yo cultivamos, no obstante la diferencia de edades, y pese a lo opuesto de lo que hoy se intitula "ideologías".

Recuerdo a don Agustín entrando al viejo edificio que en siglos pasados había sido Palacio de la Inquisición. Llegaba cuando menos diez minutos antes de que se iniciaran las reuniones culturales a las que asistían los profesores y no pocos alumnos de la Escuela de Medicina.

Don Agustín cultivaba estrechas relaciones científicas, sociales y amistosas con quienes en la segunda veintena del presente siglo eran las figuras más destacadas de nuestro cuerpo médico. La amplia cultura del propio don Agustín le permitía comprender los problemas que en esas reuniones se planteaban, y a veces comentar asuntos que por aquel entonces requerían conocimientos especiales. Era un hombre cuya edad había pasado ya la media centuria. Fuerte su complexión, tez morena, facciones ligeramente mongólicas

* Leído en sesión pública efectuada el 13 de noviembre de 1970.

acentuadas por el largo bigote, caído a la usanza, ya para entonces un poco anacrónica, hoy llamada *porfiriana*.

Su gran bondad era reconocida. Por su cultura, felizmente equilibrada; su exquisita caballerosidad, su natural e intachable urbanidad y su bondadosa consideración hacia opiniones ajenas, era placentera la ocasión de hablar con él.

Su nombre ya me era conocido, pues me tocó estudiar en la Escuela Preparatoria durante las postrimerías de la era positivista la *Lógica inductiva y deductiva* de don Porfirio Parra, dedicada por el autor a su maestro don Gabino Barreda y a su dilecto discípulo Agustín Aragón.

Digamos de paso que la figura más destacada entonces entre los profesores de la Escuela de Medicina era el doctor José Terrés, compañero y maestro de otros también distinguidos médicos que habían sido discípulos directos de Gabino Barreda o de Porfirio Parra, a quienes admiraba. Por eso don Agustín asistía con agrado y asiduidad a una Asociación que el doctor Terrés había fundado, y cuya existencia no tendría sentido en nuestros días. Se llamaba Sociedad Sanitaria y Moral de Profilaxis contra las enfermedades venéreas. El nombre era largo y un poco altisonante, pero el criterio positivista del doctor Terrés, y de sus compañeros y discípulos, no permitía expresión, frase, título ni definición que diera lugar a equívoco o duda. Los estudios iniciales por Ehrlich en Alemania en 1906, y mayormente cuando años después advino el descubrimiento de la penicilina y otros antibióticos, han hecho que esa clase de enfermedades, las llamadas venéreas, estén hoy reprimidas. No han desaparecido, pero no tienen la importancia social de hace algunos años. A principios del siglo, una sociedad como la que hemos mencionado, cubría una grave deficiencia oficial. En el seno de esa corporación se encontraban médicos, maestros, sacerdotes, educadores, escritores y padres de familia.

La sociedad había comenzado a publicar un periódico que se llamaba *La Cruz Blanca* y cuando se fundó una sociedad benéfica con este nombre, el periódico se intituló *El Amigo de la Juventud*, que duró varios años.

La sociedad mencionada publicó también numerosos opúsculos, entre ellos uno escrito en Francia por Fournier titulado *Para cuando nuestros hijos cumplan 18 años*. Tuvo un gran interés instructivo y educativo.

Se reunía la sociedad una vez al mes, a veces en sesiones solemnes de mucha importancia educativa. Asistía con asiduidad a las sesiones el ingeniero Agustín Aragón y animaba con su vasta cultura, gran elocuencia y amena conversación. Digo conversación, porque sus discursos y trabajos eran verdaderas conversaciones.

Espero se me perdone hablar de una sociedad desaparecida hace muchos años. Pero fue en ella donde tuvo origen nuestra amistad. Por otra parte, la

actitud de don Agustín en ese grupo era característica de su modo de ser, como lo fue en la Sociedad Científica Antonio Alzate y en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y otras.

Evoco con simpatía la Universidad Popular establecida en la calle de los Aztecas, en el entonces suburbio del Carmen. Era rector de ella mi inolvidable maestro Alfonso Pruneda y su secretario el joven estudiante de Leyes Vicente Lombardo Toledano. Se impartían conferencias a los obreros sobre Higiene Pública, se imprimían almanaques instructivos y distintas publicaciones.

Don Agustín Aragón intervenía en labores de las sociedades sabias, en la difusión de la cultura y de organización de todo acto generoso por la Ciencia.

No es posible comprender su actitud sin recordar que era inspirada por su fe en la *Filosofía positiva* planteada por Augusto Comte, de la cual era, según se dijo con ironía, "el último de sus fieles partidarios ortodoxos".

No haré una crítica de la "Filosofía positiva", que desde 1868 fue implantada por Gabino Barreda en la Escuela Nacional Preparatoria. Me falta preparación para ello y no es oportuno hacerlo, pero es conveniente mencionarla ya que determinó el carácter del académico que hoy homenajeamos.

Algunos conceptos, aunque no creados por Comte, fueron precisados por su discípulo Barreda, y divulgados en sus escritos. Creo de interés reproducirlos:

Ocupémonos exclusivamente de los hechos.

Hechos son los fenómenos que se pueden confirmar por la experiencia.

La única experiencia es la de los sentidos.

La Psicología es imposible como ciencia, a no ser que se considere como parte integrante de la Fisiología.

Toda ciencia consiste en prever lo que no se ve, por lo que se está mirando.

La inducción es el apoyo de todas las ciencias.

La pretensión de negar lo que no vemos, es tan sólo una prueba de nuestra presunción.

Cuando decimos que hemos hallado una explicación no queremos decir que hemos llegado a la causa última, sino que hemos descubierto un hecho más general.

Lo que llamamos causa no es sino el antecedente que precede un fenómeno.

Tuvo importancia en la pedagogía de las ciencias, el concepto de que "éstas no pueden aprenderse aisladamente, debido a las relaciones de unas con otras". Cada una de las ciencias había seguido un camino histórico recorriendo los tres estados: teológico, metafísico y positivo.

De acuerdo con su "cuadro de las ciencias" que iban de lo simple a lo compuesto, la enseñanza debería comenzar por las matemáticas y terminar con la lógica y ciencias sociales.

Sin embargo, a pesar de lo aprovechable que para la ciencia tenían esas teorías, las exageraciones hicieron que el positivismo perdiera fuerza y simpatía. Se editó un catecismo positivista; se pretendió hacer una parodia de religión, y para el colmo de la exageración se elaboró un calendario, en el cual, como en una nueva era cronológica, se comenzaba el cómputo del tiempo nada menos que el año del nacimiento de Comte. Los meses del año llevarían los nombres de los grandes pensadores de la humanidad, según el siguiente orden: Moisés, Homero, Aristóteles, Arquímedes, San Pablo, etcétera.

Herbert Spencer, años después, comentaba: "El gran mérito de Comte fue el dar al pensamiento y método filosófico una organización más perfecta, y aplicarla a la interpretación de los fenómenos, que no hubieran sido estudiados de una manera filosófica." Más adelante lamentaba que no hubiera logrado su objeto, ya que, además de las limitaciones que la lógica comtiana imponía al pensamiento, la nueva filosofía pretendía ser tan dogmática como los sistemas que había combatido.

Un grupo de discípulos de Barrera fundó la "Sociedad Metodófila", que llevando el nombre del maestro y bajo su presidencia, se reunió por primera vez el 4 de febrero de 1877.

Es notable que en la lista de sus miembros fundadores predominan por su número los que entonces eran futuros médicos, lo cual explica la afinidad que hubo más tarde entre ellos y don Agustín.

Luis F. Ruiz fungía como secretario de la Sociedad. Era entonces estudiante de medicina, más tarde fue uno de los primeros médicos sanitarios de México en el sentido actual de la palabra y autor de un *Tratado de Higiene*, clásico libro de texto durante muchos años.

Eran también estudiantes de medicina, Manuel Gómez Portugal; Manuel Flores (después director de la Escuela Preparatoria); Adrián Segura (director más tarde del Hospital Juárez y uno de nuestros modernos médicos legistas); Ángel Gaviño (uno de los introductores en nuestro país de la microbiología); Regino González (más conocido como médico y urólogo que como hombre de ciencia); Porfirio Parra (después académico de nuestra corporación, director de la Escuela Preparatoria; presidente de la Academia de Medicina y profesor de Fisiología); José Manuel Ramos (oftalmólogo de gran prestigio, hombre de cultura superior y educación refinada). Eran menos conocidos que los anteriores, los entonces estudiantes de medicina Alberto Escobar, Carlos Esparza, Demetrio Molinar, Daniel Muñoz, Pedro Mercado, Pedro Noriega, Carlos Orozco y Joaquín Rivero Heras, después brillante

profesor de clínica de la Escuela Médico Militar; Joaquín Robles, Bernardo Sánchez, Aurelio Valdivieso, Eduardo Vargas y Agustín Vergara.

En otros campos, destacaron Andrés Almaraz, entonces estudiante de farmacia; Andrés Aldasoro, estudiante distinguido de la Escuela de Ingenieros, y Miguel Macedo, estudiante de Jurisprudencia. Años después, el licenciado Macedo fue una de las figuras prominentes de la administración del general Porfirio Díaz, y uno de los más destacados integrantes del Partido Científico, que apoyaba la organización política y el pensamiento liberal, del mismo Presidente.

Don Agustín, a pesar de sus ideas filosóficas, y a diferencia de muchos de sus contemporáneos, era tolerante y respetuoso de toda idea religiosa. No fue jacobino ni mucho menos "clerófobo". El elogio que hizo de Monseñor Arcadio Pagaza lo demuestra.

Pero ya es bueno dar datos biográficos precisos de nuestro académico.

Don Agustín Aragón nació en Jonacatepec, Estado de Morelos, el año de 1870, hijo de don José Hermenegildo Aragón y de doña Victoriana León.

"Yo mismo [dice] soy un descendiente de aborígenes, de hispanos y de negros directo; he heredado de esas tres razas la franqueza, la fe, los acentos humanos. Mis modales redivivos en todos mis actos, están en indios completos, en enérgicos españoles y en bondadosísimos negros. Humildes los tres troncos, a los cuales con sobra de razones glorifico. Duermen el sueño de la muerte hace años y entre ellos y este chozno o quinto o sexto nieto suyo, no hay rupturas que alejen a mi generación de las generaciones de tan dignos abuelos de regia progenie de villanos; en el desorden actual del mundo no he perdido el equilibrio; la afluencia de teorías y los conflictos de intereses y apetitos me han hallado constante en mis creencias, sereno, enamorado siempre de la solidez, y sin la menor duda de mi relación estrecha con las realidades; y cada vez más afirmado en la idea fundamental de que mi alma expansiva, alegre de meditaciones, entusiasta, enamorada de la razón, débola a las riquezas de toda suerte de mi comarca en la que la naturaleza puso tierras idílicas o pastoriles de himnos que parecen graves salmos, unidad de cielos y ningunos imprevistos o desconcertantes contrastes. Por estas razones severas poseo la riqueza de las tradiciones, de la gravedad y de la conciencia de mis padres, de la disciplina de éstos, de la prosecución de un ideal apoyado en la observación seria y atenta y casi ritual de todo lo que pasa."

Recordemos que durante siglo y medio de nuestra vida independiente han abundado escritores que tratan de ver exclusivamente los defectos que hay en México, país que no les hizo ningún daño, ningún mal. Con criterio morboso, gozan en describir lo feo, lo malo o defectuoso. Son los coprófilos sociales.

Nuestras imperfecciones son atribuidas por ellos a nuestro mestizaje, ya

sea étnico, ya sea psicológico; a la gran proporción de sangre indígena y abundancia de los grupos que en tiempos coloniales se llamaban castas. Eran los tiempos en que escribía Gustavo Le Bon: los pueblos mestizos son ingobernables. ¡En cuántos países, que hoy día sufren espantosas crisis por diferencias raciales, por la explosión de odios acumulados durante siglos, se quisiera proclamar, como lo hacía don Agustín en nobles palabras el orgullo de tener como ascendientes a hombres de distintas razas!

Meritoria es también la noble gratitud que don Agustín conservó y lo expresó vivamente por su profesor, en su pueblo, de educación primaria. Fue don Cándido Díaz, filipino mestizo, hijo de un capitán del ejército español nacido en Granada y de una tágala de las Islas Visayas, y que poseía sólida instrucción adquirida de los jesuitas en Manila y Hong Kong.

Don Agustín ingresó a la Preparatoria el año de 1884. Su avidez intelectual, su pasión por saber más le impulsaba a seguir ramas de conocimientos aparentemente diferentes y dispersos. Cursó durante dos años Medicina; estudió Derecho Mercantil y Constitucional en la Escuela de Comercio, y en la de Jurisprudencia Derecho Penal, pero al fin ingresó en la Escuela Nacional de Ingenieros donde obtuvo los títulos de Topógrafo e Hidrógrafo, y después los de Astronomía, Geografía y Geodesia, Minería y Mecánica. Si de ingeniero fue su título profesional, si la ingeniería fue su profesión, no fue su vocación. De aquélla lo que más le importaba eran las matemáticas, y más que las matemáticas, lo que éstas tenían como fundamento filosófico de acuerdo con Comte, a cuyas doctrinas, como hemos dicho, fue siempre fiel.

Como dice don Genaro Fernández Mac Gregor, el cerebro de don Agustín se había ido formando sobre la maciza roca de la ciencia metodizada por el positivismo, que fue su síntesis desde que se puso en contacto con Gabino Barrera desde 1888, cuando tenía 18 años de edad. El maestro Daniel Huacuja y el propio don Genaro Fernández Mac Gregor han historiado la vida intelectual de don Agustín. Una larga lista cuyo interés traspasa los límites de la documentación administrativa y del expediente burocrático, nos muestra a don Agustín como profesor por oposición en la cátedra de Mecánica y Cosmografía en la Escuela Preparatoria. En la Escuela de Ingenieros las cátedras de Matemáticas superiores y de Economía política. En el Colegio Militar la de Física Experimental. En la de Agricultura y Veterinaria, de la que fue Director, enseñó Meteorología, Climatología e Historia Natural agrícola del ganado mayor y menor.

Fue muy estimado en la administración el general Porfirio Díaz. Colaboró en la obra monumental llamada *México y su evolución social*. En el Congreso fue diputado por su tierra natal. En la Comisión de Límites entre México y Estados Unidos trazó el paralelo 31°47' de latitud, frontera de nues-

tro país según el tratado de La Mesilla. Más tarde se distanció del gobierno, a pesar de que, de acuerdo con el pensamiento filosófico de principios de siglo, era considerado en teoría como perfecto.

Su vida pudo estar ensombrecida, cuando sintió que su filosofía o bien envejecía o no era comprendida. Por cambios de ideas filosóficas paralelas a cambios de ideas políticas, el positivismo era objeto de duros ataques.

Se repetía que la ciencia elaborada según ese plan en México, "estaba reducida a una enseñanza muerta" y era como elemento mágico dentro de la política del Partido Científico.

El mismo don Justo Sierra, positivista en su juventud, que había considerado la filosofía de Gabino Barreda como "lo positivo, lo real, lo que no está expuesto a negaciones", ya había dicho desde 1897, en solemne ocasión cuando estaba de moda el *Orden y progreso* de Augusto Comte: "¿Cómo, si en estos instantes cien millones de hombres que han hecho del odio una religión acechan en las tinieblas de las minas, a la luz pálida de los talleres, a lo largo de las vías férreas, el momento de destruir todas las laboriosas conquistas de la ciencia, destruyendo la riqueza con las armas que la misma ciencia les ha proporcionado, podéis hablar de progreso?"

Don Agustín sostenía cuando triunfaba la revolución maderista: "Los positivistas sostenemos que el progreso así logrado (por el desarrollo del orden fundamental correspondiente a cada rama de la actividad humana), es el único que transforma verdadera y radicalmente las sociedades, es el único duradero y que no arrollan las revoluciones; o en forma de sentencia: la evolución es la única transformación profunda, la madre única de las revoluciones de equilibrio. Nosotros confiamos en la obra de larga o dilatada paciencia, y nunca hemos pretendido violentar la ley impasible e inalterable del crecimiento social. Mas nunca tampoco hemos dejado de interesarnos por la suerte de todos aquellos a quienes agobia el peso diario del problema del vivir, y nuestras convicciones nos recuerdan sin cesar las condiciones morales, sin las que no hay perfeccionamiento humano posible."

Ya en *El Tiempo*, diario antiliberal y antipositivista, don Francisco Pascual García clamaba: "La Escuela Preparatoria a nada prepara. Su enseñanza es netamente abstracta e inaplicable al ejercicio de las artes científicas. El espíritu de esa enseñanza destruye las creencias religiosas."

Según afirmaba Monseñor Emeterio Valverde Téllez, los alumnos que salían de la Preparatoria eran en su mayoría desprovistos de ciencia, de discreción y de valor, conducidos al agnosticismo, y sin freno religioso, "más expuestos que nunca por su edad, por su inexperiencia, por su falta de freno moral a precipitarse en la vorágine de los vicios".

Bueno es mencionar el porqué de célebre disputa con el *Ateneo de la Juventud*, en el que actuaban Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez

Ureña, José Vasconcelos, Alfonso Cravioto y otros. La *Revista Positiva* editada por don Agustín contenía una serie de artículos en que se pedía la supresión de la Universidad recién fundada, cuyos fines y estructura no estaban acordes con el pensamiento comtiano.

Era presidente de la República don Francisco I. Madero. Los autores de los artículos, don Agustín Aragón y don Horacio Barreda (hijo de don Gabino), creyeron tener eco en la sociedad y en el gobierno. En el Ateneo, principalmente con Caso, se le refutó en largos escritos en los que campeaba un estilo duro y agresivo. Téngase en cuenta que en 1912 era el estilo que se usaba, en la prensa, en la tribuna y aun en la cátedra. Decía Caso: "el primer gran homenaje que recibe la Universidad Nacional de México, justo es decirlo, es ese anatema, proveniente de una filosofía, de una religión, de una política inadmisibles que pretendieron imponerse a la humanidad como monumentos intangibles, como el 'fin final' de seculares evoluciones". Llama al comtismo "filosofía pseudocientífica, tímida y contradictoria, que se contenta con resumir y ordenar, sin superarlos, el saber de laboratorios y anfiteatros, el conocimiento de vitrina, la paleontología... el dato estadístico y el recetario de farmacia". Los intelectuales de la Revolución declararon al positivismo como la doctrina adecuada para justificar los abusos del poder durante el régimen del general don Porfirio Díaz, y la actuación del "Partido Científico" que lo apoyaba. Los socialistas lo consideraron como la doctrina del capitalismo y la burguesía.

Una cosa es un sistema filosófico y otra la personalidad del filósofo. Don Agustín, impassible, sereno, permanecía inmune a los ataques a su pensamiento filosófico y siguió su conducta con una lealtad para consigo mismo que mucho le honra.

Su vida intelectual siguió tan intensa como siempre, aunque fue ajeno, oficialmente, a las actividades universitarias.

El año de 1946 don Alberto María Carreño, en las *Memorias* de nuestra Academia, había registrado 85 títulos de sus producciones escritas. No están incluidos en esa lista numerosos artículos que corren impresos en la *Revista Positiva* (la que, como hemos dicho, fundó y dirigió nuestro homenajeado desde 1901 hasta 1914). No está comprendido tampoco lo mucho publicado en otras revistas, principalmente médicas, en las cuales colaboraba con afecto y acierto.

Ingresó don Agustín a la Academia Mexicana en calidad de Correspondiente el año de 1939 y pasó a miembro de Número el 6 de mayo de 1947. Su discurso se intituló *El habla popular en mi comarca*, modelo de estudio en su género, por su precisión y claridad. Por cierto que en su discurso menciona, como de paso, un nuevo poder en el ámbito científico y social, la *pedantocracia*.

Explica que lo característico del habla real es, o debe ser, que la entienda todo el mundo. "No hablamos ni escribimos para quienes lo hacemos, sino para otros; y lo esencial en las relaciones sociales es que se nos comprenda. La creación de las palabras nuevas, de los términos que faltan, mana de la espontaneidad popular, porque el idioma como la moneda, sirve a todos, y todos cooperamos a formarlo y enriquecerlo si la necesidad de efectuarlo está claramente manifiesta. . . Aplaudo y secundo el empeño de las respetables academias en su tentativa de atajar un daño efectivo e innecesario; ya que abundan las innovaciones cursis, los estériles fanatismos, los odios encendidos, los agitadores que perturban con sus gritos en las plazuelas; y que, asimismo, frente a las piquetas demoledoras debemos presentar las excelencias de nuestra cultura en los más variados aspectos de la vida social y ciudadana mayormente. . ."

"Nuestro rico idioma —dice más adelante— conserva la fraternidad con el resto de la América Española y con España. A tales herederos fervientes en el Nuevo Mundo del hablar castellano, quisiera dirigir una alabanza idónea para conmoverlos, o de acentos en armonía con sus comuniones fraternales, para que sintiesen mi cálido espíritu simpático y el anhelo cordial mío de que no pierdan en su alma lo que ésta tiene de española. . ."

También es digna de mencionar su participación en el cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra que tuvo lugar en el Palacio de Bellas Artes, del lunes 29 de septiembre al 7 de octubre de 1947.

Las invitaciones para tan grata conmemoración estaban firmadas por don Alejandro Quijano, entonces Director, y don Darío Rubio, Secretario Perpetuo. Tomaron parte en el homenaje los académicos Vasconcelos, Rubio, González Peña, Heliodoro Valle, Jiménez Rueda, Aragón, etcétera.

Dice don Agustín en su conferencia intitulada *In memoriam. Miguel de Cervantes Saavedra*: "No me habría decidido a participar en el homenaje, si no tuviera el valioso auxilio de mi doctrina de lo histórico que me allana los caminos de unas generaciones a otras." Considera, como factor genético de las obras de Cervantes, al *Orlando furioso* de Ariosto y declara que el objeto de su conferencia es "presentar una teoría positiva del *Quijote* o que explique los caracteres de sabiduría de su autor y las delicias que proporciona, desde hace generaciones, a muchachos y viejos. Clarividencia sin par puso Cervantes en sus diálogos a fin de mostrarnos el conflicto entre los ensueños y las realidades en cada uno de los distintos incidentes de su relato sin perder la amenidad que el ambiente de los episodios proporciona. Para los ojos de los españoles de América, Cervantes representa el sublime maestro de Sociología por haber dado el patrón comparativo que nos facilita la apreciación de los avances y retrocesos que nos caracterizan al pintar verídicamente lo que eran las Indias Occidentales en su tiempo."

Ya para entonces don Agustín había envejecido. Sin embargo, a pesar del estrago visible de los años, conservaba su diafanidad mental y su actividad creadora, aunque modelada por la templanza que dan la edad y la experiencia.

Dirigía entonces la "Sociedad Científica Antonio Alzate" convertida en Academia Nacional de Ciencias. Su manera de ser, digna, enérgica y bondadosa, amable, comprensiva, era patriarcal, bíblica y así fue ya cercana su sensible muerte, acaecida en México el 30 de marzo de 1954.

Días antes de esta fecha Francisco Castillo Nájera le ha llamado "joven longevo, don Agustín Aragón, filósofo de gran ejecutoria". Dejó una rica biblioteca. Con un hijo suyo cultivé noble y agradable amistad. Su sitio en la Academia lo ocupa con brillantez y acierto el maestro don Daniel Huacuja.

Que esta breve semblanza contribuya a que otros hagan la biografía de este hombre, que sería la historia del pensamiento en México durante muchos años. Sus cambios, sus éxitos, sus fracasos, sus transformaciones que coinciden con las políticas y sociales.

Agustín Aragón y León es fruto de su tiempo. Hombres como él no volverán a existir. Descanse en paz el ilustre sabio, del que podemos decir con la Sagrada Escritura que "bajó al sepulcro como el trigo entra al granero, cuando ha llegado su tiempo".

RECORDACIÓN DE JULIO TORRI *

Por don ANDRÉS HENESTROSA

No van a ser muchas estas palabras en honor y recordación de Julio Torri. Por el contrario, serán pocas, para que su alma y su recuerdo se encuentren a su gusto. Odiaba Torri, y si no odiaba sentía una profunda antipatía por la oratoria, que consideraba arte menor.

Nació en Saltillo, Coahuila, el 27 de junio de 1889. Murió en la ciudad de México el 12 de mayo de 1970. Paisanos suyos fueron Manuel Acuña, Carlos Pereyra y Artemio de Valle-Arizpe. Pero nunca hubo escritores y hombres más diversos entre sí. Acuña, todo arrebató, desorden, ímpetu; Pereyra, polémico, contundente, siempre en actitud de pelear; Valle-Arizpe, abundante, escritor arcaico, pensador retrógrado. Torri, todo mesura, pronto siempre a servirse de aquella su inteligencia al rojo vivo para encontrarle el lado amable a las cosas, y frenar los recursos de la emoción.

Era abogado, pero nunca ejerció la carrera. Fue empleado público, pero fundamentalmente un maestro. Muy joven entró a formar parte del elenco de profesores de la Universidad, en la Escuela Nacional Preparatoria. En las aulas preparatorias, justamente, lo conocí en 1924. Era un profesor muy disperso Julio Torri. Dudo que alguna vez haya dado una lección completa. Le estorbaba para eso saber tantas cosas. Una autoridad en el *Romancero*, al extremo de que podía decir mientras leía un romance en qué libros de la literatura universal ese romance reaparece en esta o aquella línea. Era autoridad en la literatura picaresca cuyos autores citaba siempre con delectación y con malicia. Mientras leía iba explicando lo que la lectura le sugiriera. En una ocasión leía *La Celestina*. De pronto interrumpió lectura y explicaciones, y dijo tartamudeante: "aquí hay una mala palabra". Tal pena le produjo que ya no pudo recuperarse y suspendió la lección del día, sin perjuicio de que la escena se repitiera hasta el final del curso.

Mucho debió pesarle su fracaso didáctico, del que era consciente. Él, que

* Leído en sesión pública efectuada el 11 de diciembre de 1970.

postulaba que con el crear, es el enseñar la actividad intelectual superior. Ernesto Mejía Sánchez ha recordado una frase al respecto. En una carta de Torri a Alfonso Reyes la situación se pinta y resume: A causa de ser deliciosamente confuso en mis explicaciones, y envidiablemente desordenado, los cuarenta niños no aprenden nada, dice. Pero no olvida evocar los manes de Ruskin y de Menéndez y Pelayo.

Ignoré durante los primeros meses del curso de literatura española que fuera escritor. Pero por entonces aparecieron las *Lecturas para mujeres*, preparadas por Gabriela Mistral. Entre las piezas seleccionadas, una de Julio Torri: "Balada de las hojas más altas." Su lectura fue una revelación. ¿Cómo, en el solo espacio de una página, tanta perfección, tal sencillez y belleza al mismo tiempo? Ésa, la brevedad, es la condición de los escritos de Torri. La resume en el epígrafe de uno de los ensayos poemas: *las buenas frases son la verdad en números redondos*; que más tarde, lejos de los *Ensayos y poemas*, convertimos en: el epigrama es la verdad en números redondos.

Breve su obra, pero peregrina, en su doble significación de rara y perfecta. Rápidas páginas redactadas hasta un máximo de pulcritud y perfección, sin que esas dos condiciones anulen o reduzcan la emoción de que la obra de este poeta de la prosa, está siempre cargada. Se trata de miniaturas, para usar aquel término que, correspondiendo a las artes plásticas, aplicó Guillermo Prieto a las creaciones de otro mexicano que con similar deleite escribió otras breves prosas: el olvidado Luis de la Rosa.

Entre los escritores del Ateneo son sus pares Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Mariano Silva y Aceves, sino que en Torri no se registran altibajos: es ley de sus obras la rigurosa concisión, la trémula y aparente facilidad. *Visión de Anáhuac* de Reyes, publicada el mismo año que *Ensayos y poemas*; *Himnos breves*, y algunos trozos de Vasconcelos; las páginas de Martín Luis Guzmán, y *Arquilla de marfil* de Silva y Aceves, son muestra, ejemplo y dechado de la prosa mexicana de la generación de Julio Torri.

Escasa la obra de Julio Torri. Tan amante de lo perfecto, de lo bien acabado, que es el único escritor mexicano que en una segunda edición de una obra, la castiga. Así ocurrió con *Ensayos y poemas*, reimpresso un año más tarde con el título de *Ensayos y fantasías*. Su obra se reduce a unos cuantos pequeños libros, a algunas traducciones, a un resumen de la literatura española. Escasa porque lo perfecto es inseparable de lo escaso. ¿No habéis notado, dice Antonio Castro Leal, que la primera impresión de lo perfecto es siempre escasez? Escribía una prosa lúcida, transparente, tersa, rica de esencias. Ninguna palabra desborda. La copa se llena hasta los bordes, trémula. Ni una gota de más ni de menos. Pocos escribieron una prosa así de jugosa y rica de matices. Algunos nombres ya han sido recordados al respecto. Sus

cuentos, sus relatos, sus ensayos equivalen a esas pequeñas esculturas de la antigüedad mexicana, que para ser grandes no hace falta que sean monumentales: caben en la palma de la mano, unas; se pueden leer en un minuto otras miniaturas ¿pero quién ha dicho que en la miniatura no cabe la perfección, la suma belleza, el extremo poder expresivo? Antes que él, sólo Luis de la Rosa —como ya está dicho— escribió prosas así de breves. Después de Julio Torri, sólo Juan José Arreola las escribe así.

Al irse Julio Torri nos dejó la lección permanente de que las tareas de la vida hay que cumplirlas con el máximo rigor. Todo querido por el corazón y la cabeza, en venturoso concilio. Unas cuantas páginas, sí, pero que no mueran jamás del todo.

La última vez que lo visité en su mera condición de gran escritor, hace tres años, al cumplirse el cincuentenario de *Ensayos y poemas*, era todavía el dueño y señor de todos sus dones: la referencia erudita, el dato desconocido o poco recordado, la sonrisa a flor de labio, el cuento alegre, verde y punzante. Hará un año, al volverlo a encontrar ya era otro hombre: sus ochenta años ya le pesaban. El amanecer, mediodía y atardecer luminosos iban cediendo a la noche que avanzaba implacable. La palabra aún más lenta, más a saltos. La sonrisa marchita, mortecina. Flaca ya la memoria, que fue asombrosa, ágil y capaz de moverse entre miles de nombres y títulos. Fue derecho a sus libros preferidos, a sus ediciones numeradas, a aquellas de atrevidas ilustraciones que fueron su placer. Un poco de descuido se advertía, sin embargo, en los estantes. Aquel olor a naftalina, que era un elemento de su biblioteca, lo encontré entonces tenue, diluido, también como en marcha y despedida. Sólo unos minutos acompañé en la ocasión a Julio Torri. Comunicqué mis impresiones a Ernesto Mejía Sánchez, quien le hizo una visita en días más cercanos. El relato del encuentro, afirmó la dolida certeza de que el fin estaba próximo.

No fue triste la vejez de Julio Torri. El filósofo epicúreo a la vez que estoico, el lector de todas las obras maestras, el familiar de los grandes autores estaba formado para aceptar, sin dolores ni temores, el minuto final. Ido el placer, la muerte ¿a quién aterra? Como vino al mundo, murió sin amores ni esperanzas, lo diremos para recordar al maestro mexicano Ignacio Ramírez. En su tarde había celajes. Estrellas en su noche.

JOSÉ FERNANDO RAMÍREZ*

Por don ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

Los mexicanos han escrito su historia, al igual que la han hecho, con apasionado y desbordado ímpetu, que así debe ser toda vida.

Desde las remotas centurias la historia fue para nuestros ancestros preocupación constante, como la existencia misma. Era para ellos algo implacable, de lo que no se podía escapar y por eso la temieron y trataron de hacerla como querían que hubiera sido y no como fue. Los abuelos aztecas como los españoles, la manejaron según sus necesidades y la aplicaron para justificar sus hechos. En medio de estas conveniencias que se han dado en todas las épocas y en todos los pueblos, la historia ha sido cultivada en México con esmero, con una clara conciencia de su importancia, que no siempre de su verdad. En algunos momentos, principalmente en los más críticos, en los de forja y afirmación de nuestra personalidad se trabaja con más ahínco, honrada, consistencia y amplitud. En los años de crisis, de enfrentamiento, la historiografía mexicana ha producido testimonios perdurables como son las crónicas que en la conquista escribieron vencedores y vencidos; las interpretaciones de la ruptura colonial y el surgimiento de la vida nacional tan bien representadas por Mier, Alamán, Mora, Zavala y Bustamante quienes se ocuparon no sólo de la sociología sino de la psicología de una época como deben hacerlo y lo han hecho los auténticos historiadores, y como lo hicieron en sus admirables libros Orozco y Berra, los autores de *México a través de los siglos* y en magistral síntesis Justo Sierra en obra todavía no superada.

No es sino citando esos pocos jalones de nuestra historiografía que hemos querido señalar la importancia que la historia cobra en la conciencia de los mexicanos en los momentos críticos en que precisa una auténtica reflexión. En tiempos mejores, diversas manifestaciones literarias relevantes y significativas adquieren un mayor aliento, se desarrollan con mayor amplitud y perfección. Así, el siglo XVII ofrece el espectáculo que hizo posible la serenidad de espíritu, la tibia y fecunda maduración de la sensibilidad y de la

* Leído en sesión pública efectuada el 26 de marzo de 1971.

nacionalidad, la cual se prolongó hasta la segunda mitad del siglo XVIII en que la historia con Veytia y los jesuitas vuelve a brillar ante una crisis y asentamiento del espíritu. En esos dos siglos ninguna voz iguala la de Sor Juana y la de Sigüenza y Góngora a quienes por otra parte la labor histórica no fue extraña.

El siglo pasado fue rico en logros históricos. Centuria de crisis, de revoluciones, golpes de estado, invasiones extranjeras reveladoras de conmociones sociales, ajustes económicos y convulsiones políticas efectuadas tanto internamente como en el exterior, sus testigos conscientes, esto es sus historiadores nos legaron vivos testimonios del acaecer general del país, del estado que la república guardaba. Convencidos que su presente se hundía en el pasado, trataron de explicarlo, reconstruirlo para entender su hora y para dar a la nación que se debatía en el caos una conciencia de su ser. La historiografía mexicana hasta el año de 1870 gira en torno de esa idea y los esfuerzos de nuestros historiadores tenderán de acuerdo con su peculiar circunstancia a explicarnos el presente a base de la concepción pretérita que poseían.

Si alguna disciplina hubo entonces que se pudiera llamar como hoy la llaman comprometida, ésa fue la historia. La mayor parte de los historiadores de aquella época fueron hombres comprometidos. Eran estadistas de recio carácter y grandes virtudes cívicas, repúblicos de visión histórica que al tiempo que formaban al país lo dotaban de clara conciencia.

Uno de esos hombres, del que venimos a ocuparnos, fue don José Fernando Ramírez, nacido en Parral, Chihuahua, el 5 de mayo de 1804 y cuya muerte ocurrida hace un siglo en Bonn, Alemania, el 4 de marzo de 1871, hoy conmemoramos.

Apreciado por los estudiosos, admirado por su laboriosidad, espíritu generoso y proceder honesto como funcionario, José Fernando Ramírez mereció el elogio de sus contemporáneos y posteriormente de cuantos se han ocupado de reseñar su vida y obra. Alfredo Chavero quien gozó su amistad y libros le denominó "el primero de nuestros historiadores", por sus conocimientos, saber y constancia, aun cuando no hubiera escrito una obra integral sobre México. Miembro distinguido del grupo de historiadores del que formaban parte Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, José María Andrade y Alfredo Chavero, Ramírez fue respetado, oída con atención su palabra y alabado por su espíritu de servicio y por compartir libros y ciencia. Luis González Obregón, con su meticulosidad característica publicó en 1898, como prólogo a las *Obras* de Ramírez editadas por Victoriano Agüeros la más amplia biobibliografía que se conoce, para la cual aprovechó informes proporcionados por los descendientes de don José Fernando, amplia correspondencia con diversas personas y unos apuntes autobiográficos. De esa bio-

bibliografía deriva toda la información posterior que sobre él se emplea y nosotros no somos ajenos a ella.

El Cronista de la Ciudad de México le llamó: "Ilustre mexicano que figuró en la tribuna, en el magisterio y en la política, ya como abogado postulante produciendo informes luminosos, ya como representante del pueblo desempeñando comisiones laboriosas, ya como magistrado pronunciando sentencias juiciosísimas, ya como historiador, arqueólogo, literato, o como bibliófilo incansable, escribiendo disertaciones y disquisiciones que hoy día son luz brillantísima para iluminar las densas tinieblas que envuelven el pasado de la patria historia."

Años más tarde, en 1901, un espíritu suficientemente crítico, menos apegado al análisis que González Obregón, con un vasto sentido de la síntesis, escribía: "Ramírez fue un hombre de estudio —bibliófilo, anticuario e historiógrafo—. Se extravió en la política por azares del tiempo en que vivió, y fue un estadista honrado, concienzudo, pero mediocre. Había nacido para la biblioteca, para las expediciones arqueológicas, para los claustros universitarios, y no era de su gusto tramar intrigas o dirigir negociaciones."

"Siempre que, por deber o por amor propio, aceptó puestos públicos, lejos de conservarlos, procuró buscar coyunturas para una dimisión honrosa. Con voluptuosidad casi femenil sentía el halago, cuando se le ofrecía una cartera; pero tenía mayor placer en rehusarla o demostrar su despegue retirándose con premura."

Carlos R. Menéndez, en 1926, al editar los apuntes del *Viaje a Yucatán* que a fines de 1865 realizó Ramírez acompañando a la Emperatriz Carlota, lo califica además de benemérito, de "modesto esteta" tal vez por las apreciaciones que acerca de los monumentos de la península escribió y también lo llamó "laborioso e incansable anticuario". En lo demás sigue a González Obregón.

Más recientemente Antonio Castro Leal al prologar la reedición de *Fray Toribio de Motolinía y otros estudios* calificó a José Fernando Ramírez como uno de los grandes historiadores mexicanos, "el más grande de su tiempo, aunque —como sucede a tantos hombres notables de nuestro siglo XIX— la obra que nos dejó no representa más que una pequeña parte de la que hubiera podido realizar a no participar tan activamente en la vida política, administrativa y jurídica del país. Sin embargo, lo que nos dejó es digno de ser estudiado cuidadosamente, porque no hubo punto que tocara —lo mismo una biografía de unas cuantas líneas que un estudio de cuerpo entero, como el de Motolinía— en el que no haya contribuido a aclarar los hechos o a dilucidar las ideas".

En estos días, próximo el centenario, otro de nuestros colegas, Andrés Henestrosa, al ocuparse de Ramírez, le llama sabio y dice: "representa otro

caso del gran deseo de aprender, de reunir libros, de coleccionar papeles y todo documento que permita la redacción de la historia verdadera de México." "Todo lo leyó, lo anotó, lo verificó y puso en su marco correspondiente. Sin descanso alternó las tareas del jurista y las del intelectual y escritor. La suma de papeles que revisó es enorme. Igual cosa ocurre con lo que pudo dar a luz. Mucho, sin embargo, quedó inédito; otro tanto extraviado o destruido o todavía en manos avaras que no las ofrecen para su publicación y conocimiento".

Estas opiniones coincidentes revelan no sólo unanimidad en la apreciación de las virtudes humanas que adornaron a Ramírez, sino juicios objetivos acerca de su obra en la cual sobresale, como afirma Castro Leal, "su devoción por la verdad, su enorme capacidad de trabajo y su juicio equilibrado y luminoso".

Su vida, llena de incidentes, tuvo dos grandes preocupaciones que la colmaron hasta los últimos momentos. La primera su afán de servicio, mostrado en su actividad política como estadista en la que fungió como Secretario de Gobierno, Presidente del Tribunal Mercantil, director del *Periódico Oficial*, Diputado por Durango ante el Congreso Federal, Senador de la República, Ministro de la Suprema Corte de Justicia, Ministro en dos ocasiones de Relaciones Exteriores, Miembro de la Junta de Notables en 1843; Presidente de la Junta de Industria, Consejero de Estado en 1846, Rector del Colegio de Abogados y finalmente, bajo el Imperio de Maximiliano, Ministro de Relaciones y Presidente del Consejo.

Su segunda gran preocupación fue la de la cultura, la del hombre de estudio, para lo cual tuvo que desempeñar los puestos de Presidente de la Junta de Instrucción Pública, Conservador y Director del Museo Nacional, Presidente de la Academia Imperial de Ciencias y Literatura, Presidente de la Junta Directiva de la Academia de Bellas Artes, Director del *Periódico Oficial de Durango* y de *El Imperio de la Ley*, redactor de *El Fénix* y colaborador de *El Museo Mexicano* y otros más. Reorganizador del Ateneo en 1843, lo impulsó con vehemencia.

Como hombre público, político y estadista llegó a ocupar, gracias a su prestigio profesional, honorabilidad, convicciones firmes y cumplimiento escrupuloso de sus obligaciones, puestos tan relevantes como los ya mencionados. Formó parte de varios Congresos, algunos Constituyentes como el de 1842, y colaboró en la redacción de las Bases Orgánicas de 1843. Tuvo a su cuidado la elaboración de varios Códigos federales y del Penal del Estado de Durango. Relacionado con los grupos de intelectuales más distinguidos y con los políticos más destacados del momento a quienes trató a fondo como Couto, Baranda, Trigueros, Reyes Veramendi, Lafragua, Almonte, Quintana Roo, Tornel, Rejón, Otero, Alamán, Payno, Gómez Farías, Santa

Anna, con quienes colaboró o de quienes disintió, fue respetado y estimado, pues no tuvo que depender de la administración pública para subsistir. Hombre de recursos económicos suficientes, complaciale se le considerara como aristócrata, entendiendo esta calidad no como calificativo superfluo, intrascendente, ligado a la vanidad personal, sino como rango que implicaba la posesión de virtudes sobresalientes.

Militó en el campo liberal pero estuvo alejado de las facciones que destrozaban a la República, pues consideraba que los extremistas en vez de mejorar la situación y sacar al país de la anarquía en que se debatía, agravaban sus males. Por esa razón, las críticas que dirigió a los miembros de los partidos contendientes fueron punzantes, duras y en ocasiones sumamente graves. Aun cuando participó en la administración de Gómez Farías a quien llamó: "fanático político de tan buena fe", consideró que en ocasiones su actuación, como la de Otero, fue demagógica.

Pese a esa recriminación, Ramírez no desconoció el gran valor político de don Valentín, su integridad y temple. Por ello al describir una de las crisis políticas más graves del año de 1847, la que preludió la rebelión de los polkos, acerca del Patriarca de la Reforma emite un precioso y acertado juicio: "Él conoció en esta parte su misión y la desempeñó con tal dignidad y valentía que se ha hecho admirar de sus mismos enemigos adquiriéndose con ellas no pocos amigos y admiradores. Farías privado de todo, con un puñado de hombres del pueblo, luchando contra las más poderosas e influyentes clases de la sociedad, luchando contra el Congreso mismo y reducido a la última extremidad, no desmintió ni un solo momento su carácter, no dio ni la más pequeña muestra de debilidad. Arrostró con la borrasca que ha podido destruirlo, pero que fue del todo impotente para hacerlo doblegar. Es fuerza admirar a un tal hombre a quien sólo debía desearse un mejor discernimiento para la elección de causa y de circunstancias." La mesurada y prudente conducta de Gómez Pedraza le pareció infantil; deshonestísima la administración de Tornel, aplicó los epítetos de Garatuza ladrón a Francisco Lombardo, de diputado agiotista a Escandón y de uno de los estafadores del tesoro público más descarado que jamás se haya visto a Esnaurrizar. Santa Anna, el hombre fuerte de la época, no le fue simpático; lo consideró un "vicioso administrador de los caudales públicos", inescrupuloso en la política, henchido de vanidad al grado tal que considerábase un Napoleón. Espíritu liberal ordenado e incapaz de componendas políticas, Ramírez tuvo que sumarse a los opositores de Su Alteza Serenísima y sufrir en 1855 el exilio, de donde volvió al triunfar la revolución de Ayutla.

Como político e historiador don José Fernando advirtió las virtudes y defectos de sus contemporáneos y nos dejó de ellos, al igual que los historiadores de la emancipación, valiosas semblanzas, atinados calificativos y

visiones certeras de su actuación. Conociéndolos, pudo formarse una opinión que en 1847 en que la emite, revela el escepticismo con que muchos mexicanos veían el desarrollo institucional de la República. En efecto, al analizar la situación política reinante al tiempo de la invasión americana, lamenta que en México se confirme la despreciada máxima política que asegura "que los hombres más que los sistemas, son los que hacen la felicidad de los pueblos y dan un alto renombre a las naciones".

Y en torno a los sistemas, Ramírez, tanto en algunas de sus obras como en su correspondencia que tiene un alto valor histórico, se inserta en el valioso análisis sociológico de la historiografía de la emancipación y prosigue como Mora, Zavala, Alamán y Cuevas la angustiosa reflexión que acerca de México y su porvenir se hicieron. De su experiencia en la cosa pública, de su decidida intervención en la vida del país, de los desengaños sufridos, de la inquietud que en ellos provocó la debilidad institucional, la anarquía interna y las amenazas exteriores arrancaría su filosofía política, su futura posición ante los acontecimientos y los hombres. Ramírez no escribió un ensayo como sus antecesores. No llegó siquiera a redactar la *Historia del Imperio* que Maximiliano le encomendara, mas las *Memorias para servir a la Historia del Segundo Imperio Mexicano, México durante su guerra con los Estados Unidos*, su correspondencia, y algunas obras más como las *Nótiicias históricas y estadísticas de Durango*, lo emparentan con los autores mencionados.

De entre los problemas que agobiaron a Ramírez, como a sus contemporáneos, citaremos los siguientes:

Ineficacia del sistema representativo por vicios en el sistema electoral y mala calidad de los representantes, que "raciocinan poco y hablan mucho". De alguno de ellos llegó a decir que "sólo era bueno para un Museo de Historia Natural". Y ante la ineficacia de los diputados, de entonces, y de la acción de los congresos afirmaría con amarga desesperación: "Todo, todo concurre a probar una triste y vergonzosa verdad: que no tenemos la instrucción teórica, la práctica, las virtudes ni el carácter personal que exige la implantación del sistema representativo. Hombres débiles para los cuales son más poderosas las personas que las cosas, hombres indolentes que no quieren tomarse la molestia de pensar ni de trabajar y que emiten votos sin conciencia; sólo deben obedecer, porque son incapaces de mandar. Cuando un hombre del estado llano llega a formar estas tristes convicciones debe encontrar disculpable a Santa Anna y a Paredes en su aversión a los Congresos."

La religión y la iglesia significó a Ramírez, dada su delicada sensibilidad de hombre culto y liberal, grave preocupación. Dióse cuenta de que la religiosidad de los mexicanos era muy débil, superficial y puramente externa: "Nuestro sistema religioso —escribe— es del todo punto insuficiente para

moralizar nuestra sociedad, pues cuando uno lo examina de cerca y con ojo filosófico, nota luego que el cristianismo ha degenerado en una grosera idolatría, y que el puro y deforme politeísmo es la única religión del sacerdocio y del pueblo. Último y fatal periodo de las sociedades, él se manifiesta entre nosotros con los mismos vicios, el mismo vacío y las mismas llagas pestilentes con que se manifestó en Grecia y Roma, cuya debilidad se aumentaba en proporción que aumentaban las legiones de sus dioses impotentes. Los antiguos mexicanos que tenían más fe en Huitzilopochtli que nosotros en Jesucristo, aunque miedosos y llorones, se defendieron de los denodados conquistadores de una manera que hoy nos hace avergonzar de la guerra que mantenemos con unos aventureros. Sus sacerdotes tomaron las armas y perecieron bajo las ruinas de su templo. . ."

Respecto a la actuación del clero durante la intervención, él, quien conoció a fondo las presiones de todos los grupos y su participación en la anarquía política, escribe trozos dolorosos en los cuales refleja la desilusión que le causó la conducta nada apostólica de numerosos eclesiásticos ante los graves problemas del país, su ayuda a los grupos reaccionarios más exaltados, como los polkos; las intrigas internas de ministros del altar españoles o hispanizantes que recuerdan páginas igualmente críticas de Mora y Zavala, y escribe acerca de la educación impartida en las instituciones educativas de sus días, que hoy todavía por desgracia suele repetirse: "La que en nuestros colegios se llama educación religiosa y moral, consiste en hacer tomar de memoria a los jóvenes el catecismo, algunas oraciones y en el aprecio de prácticas devotas, juzgándose más perfecta aquélla que más las amplía y mejor director el que despliega mayor severidad y aun dureza en exigir las; mas esa instrucción que sólo habla a los sentidos dejando enteramente vacío el corazón, suele hacer de los jóvenes, gazmoños y mojigatos, que como decía Fleury: 'se acostumbran desde muy temprano a decir bien y a obrar mal'. . ." Y al final de una larga explicación acerca de las formas religiosas externas y rituales de los mexicanos concluía: "No creo que por esta franca manifestación de mis ideas, se me haga la injusticia de suponer que repruebo el ejercicio de las prácticas devotas; lejos de eso, y prescindiendo del deber religioso que las impone, las juzgo útiles y aun necesarias en la educación de la juventud; mas con ella precisamente es con quien creo debe guardarse la enseñanza que nos dejó el divino fundador del cristianismo en la respuesta que dio al que le preguntaba cómo debía hacerse la oración. Jesucristo no dio una larga fórmula, ni menos impuso al hombre el yugo de una dura ley ceremonial, como que su misión era destruir la que por exorbitante había puesto en peligro a la misma religión. Jesucristo inculcaba en todos tiempos y en todas ocasiones, muchas máximas morales y muchos ejemplos. Tal me parece debía ser el sistema de los colegios."

Como funcionario, Ramírez fue un ejemplo de eficacia y honestidad. No poseía altas dotes de estadista, como muy bien comenta Pereyra, pero en los puestos que desempeñó se manejó prudente y rectamente. No tuvo la firmeza ni el sacrificio perseverante de un Gómez Farías o de un Baranda y por ello, con el mismo gozo aceptaba una nueva y honrosa designación que la abandonaba a las pocas semanas de haber sido nominado. Más aún, cosa que hoy nos parece verdaderamente extraordinaria ante la impaciencia de los que esperan ser llamados, él como otros dirigentes de la época, tenía que esconderse o ausentarse para no ser encontrado por los emisarios de los gobernantes en turno que le querían confiar un puesto. Aún más, en ciertas ocasiones ante el ofrecimiento de un alto cargo, dudaba, como hombre de bien y por un punto de honor alejarse del partido de los vencedores o cooperar con el gobierno en bien de los demás.

Cuando tuvo un cargo de responsabilidad lo desempeñó no por el beneficio pecuniario que le acarrearía, pues como confiesa altivamente tenía, por la misericordia de Dios, lo preciso para no necesitar de nadie "y sí para enfrentarse con los duros problemas que surgían".

Cuando se le llamó a ocupar la primera magistratura de Durango, esbozó para sus partidarios un sintético programa de gobierno que podía servir de modelo a los revolucionarios actuales, en el que señalaba los lineamientos a que se sujetaría en caso de resultar electo: "Una grande economía en los gastos y distribución de las rentas públicas; una suma severidad en su recaudación y manejo; un puntual y cumplido desempeño en los servidores del Estado, aunque siempre proporcionado a sus recompensas; toda la energía necesaria sin caer por supuesto en la arbitrariedad ni en el despotismo, para reducir a cada uno dentro de sus propios límites, para hacer cumplir las leyes y en fin para llegar a lo que forma el alma y vida de la sociedad, a la consolidación de la moral y del orden llevando un mano prudente pero firme a los abusos para arrancarlos de raíz. Yo en consecuencia no tendré amigos contra mi deber así como tampoco recordaré haber tenido desafectos. Aunque haya de tener más o menos ligeras condescendencias, porque la vara del gobernante no es de acero ni la excesiva dureza el medio de reformar una sociedad viciada, tampoco haré de aquélla mi regla de conducta sino la excepción; y en las grandes faltas yo no tendré compasión ni de mi sangre. Últimamente, yo sería únicamente celoso de la autoridad y dignidad de mi puesto, y en este punto sí que no toleraría nada, absolutamente nada, que tendiera a rebajarlas, a menos que una fuerza irresistible o mayores males me obligaran a tolerarlo. Sin embargo, defendiendo como defendería a todo trance su dignidad, me cuidaría muy poco o nada de su posesión, porque la veo no como un beneficio, sino como un gravamen."

El militarismo que tanto preocupó al doctor Mora, fue un mal que en

años posteriores agobió al país. Las predicciones del consejero de Gómez Farías resultaron ciertas y se vivía a merced de los caudillos; hoy Santa Anna, mañana Bustamante, pasado Paredes y así sucesivamente. Disputábanse el poder, cambiaban programa y bandera y desgarraban inconsecuentemente al país, sin importarles su porvenir, los civiles no eran sino instrumentos del capricho de aquéllos y no bastaba la honradez, la preparación ni el patriotismo para salvarse. Alamán como Gómez Farías estaban supeditados a la voluntad del milite en turno y sus buenas intenciones, su anhelo sincero de conducir al país hacia la paz y el progreso frustrábanse ante los hombres de espada.

Tal situación no la desconocía Ramírez, la sufrió y luchó cuanto pudo por superarla. Vio sin embargo que una de las causas fundamentales de ese mal radicaba en la propia constitución del ejército, en su integración, la cual lo hacía dócil instrumento de los caprichos de los superiores. Consideró Ramírez que la milicia debía brotar de las masas populares en forma espontánea, para lo cual era indispensable que ésta tuviera confianza y creyera en el desinterés y patriotismo de los gobernantes. Ramírez estaba convencido de que el pueblo mexicano era un pueblo pacífico, sin espíritu de aventura y conquista y capaz de todo sacrificio. "Valiente y formidable cuando pelea dentro de sus hogares resistiendo una injusta agresión u obedeciendo a sus jefes", pero resistiéndose a ser soldado si se le forzaba y aun recurriendo a la desertión. Y agregaba: "Esta antipatía natural a la guerra se encuentra fortificada por la viciosa organización de nuestro ejército y por el descrédito en que ha caído; le repugna pertenecer a él por algo más que la mala vida que en él se pasa y esta antipatía necesita muchos años y mucho trabajo para ser destruida. Salvo muy pocas excepciones la oficialidad no es lo mejor de la sociedad; fruto cosechado en las guerras civiles participa de todos sus defectos y hace sumamente infeliz la suerte del soldado no sólo por la degradación a que lo condena sino porque también le roba su alimento."

Y a guisa de ejemplo señalaba que entre las razones que provocaron la desmoralización del ejército que combatía en Texas se cuentan "los escandalosos peculados que cometieron algunos jefes durante la última guerra de Tejas, la impunidad en que se les dejó gozar el fruto de sus rapiñas, el abandono y miseria a que se vio expuesto el soldado muriendo de enfermedad los que había respetado la bala enemiga; las hambres y privaciones que padeció sirviendo de medios de especulación a los mismos que debieron socorrerlos, y tantos sacrificios perdidos por un revés que pudo ser reparado antes de que se oreara la sangre de nuestros soldados".

En relación a este tema, el de la amenaza exterior, Ramírez, testigo de la invasión americana y quien contempló con desesperación la pérdida de nuestro territorio e intervino patrióticamente para celebrar un tratado de paz que

no nos destruyera totalmente, hace valiosas y oportunas reflexiones. Consideró en el año de 1846, a diez años de la revuelta tejana, que los Estados Unidos ocuparían Tejas a costa de cualquier sacrificio, pues: "teniendo como tienen la conciencia de su superioridad física sobre nosotros, sintiéndose impulsados por el espíritu aventurero y de conquista que siempre ha distinguido a las Repúblicas montadas bajo el principio que reconoce la suya: creyéndose amenazados en su existencia política por este lado, y convencidos de que la adquisición de Texas es de inmenso valor para el engrandecimiento y prosperidad de su confederación, es seguro que intentarán incorporárselo aun cuando entiendan ponerse en guerra con todo el mundo y exponer la suerte de su confederación." "Además —agrega—, los periodistas y políticos de los Estados Unidos, que a diferencia de los nuestros raciocinan mucho y hablan poco, han conocido toda la inmensa importancia de la adquisición de Tejas y han habido hacérselas sentir a la masa entera de la nación. Ese pueblo es también inmensamente orgulloso, cree que es el primero del mundo y que ninguno sería capaz de resistirlo."

Después de analizar el desastre de la guerra con Tejas, las razones del fracaso de los ejércitos mexicanos, las funestas consecuencias que acarreó al país, todo con entera franqueza y colocado en un plan de absoluto realismo pues contemplaba cómo aquel territorio había sido ocupado totalmente con "colonos anglosajones adictos a los Estados Unidos, dotados de un gran espíritu de empresa y aventura, y los cuales por comunidad de origen, por la conformidad del idioma y religión, por lo democrático de las instituciones, por la paz y prosperidad que goza la nación, por el mayor consumo de elementos de subsistencia que presenta a un emigrado desde el día que pisa su territorio", representan un ejército que no necesita ni de pago ni de armas para pelear en favor de la incorporación hasta la última extremidad. Por todas esas razones pensaba y por el "estado no sólo de abatimiento sino de degradación" que el país presentaba, por estar amilanado, aturdido, no pelearía voluntariamente.

"La guerra de Tejas, explicaba con abierta franqueza a Santa Anna, inspira aversión a las masas porque ven de cerca los sacrificios que va a costarles y ni aun siquiera pueden formarse idea de los beneficios que deban resultarles. El partido federalista no ve de mal ojo la incorporación a los Estados Unidos porque se imagina que el resto de la República seguirá la misma suerte y así se realizarán sus sueños. Los que no se mantienen de ilusiones, temen que Tejas sea el sepulcro de la República y que sean irrevocablemente perdidos los sacrificios que se hagan para conservarla porque ciertamente no tendrán una debida compensación; temen y yo entre ellos, que nos compliquemos en el interior hasta el punto de echarnos encima una intervención extranjera que sólo nos deje una soberanía de comedia." Por

todo ello no creía posible la reconquista de Tejas. Aceptaba que los ejércitos mexicanos pudieran ocuparla temporalmente, pero que dadas las circunstancias fatales por las que atravesaba el país, no reconquistaría ese perdido territorio. Sugería que ante ese hecho, sería preferible hacer de Tejas un Estado fuerte con la ayuda que varias potencias europeas habían ofrecido, Francia y principalmente Inglaterra, con el fin de oponerlo al avance de los Estados Unidos. Sugería se vendiera a Inglaterra ese Estado, la cual lo colonizaría con irlandeses y otros colonos católicos estableciendo una barrera fuerte y efectiva. Esa posibilidad permitiría a Inglaterra no transigir en la cesión de Oregón y México podría conservar las Californias, pues de otra suerte, no era remoto que la frontera se hiciera llegar hasta el Río Bravo y se perdieran ambas Californias.

La guerra con Tejas no fue sin embargo sino el inicio de una mayor catástrofe. Cuando hacia el mes de noviembre de 1846, corrió la especie reproducida en varios periódicos de que Santa Anna había pactado con los Estados Unidos a no oponer resistencia a su empuje y a celebrar un tratado de paz que les favoreciera, comprometiéndose a mantenerlo en la Presidencia por diez años, Ramírez creyó que ante tal acusación sería posible forzar a Santa Anna a hacer la defensa del país. Los acontecimientos de la guerra, cada día más dolorosos y trágicos, presentados en forma descarnada pero abreviada por Ramírez nos presentan un cuadro, que, comenta Pereyra, "son un retrato completo de la sociedad mexicana y de su vida entera durante la invasión. No son sus relatos una crónica más de la guerra, sino en estadios más altos la explicación de nuestras derrotas".

La desafortunada acción de Cerro Gordo hacía exclamar a Ramírez que como había sido tan completa como vergonzosa, no había podido salvarse ni aun la esperanza. La nación se encontraba sin dinero, fusiles y artillería, los jefes no valían, según expresión de Santa Anna más que un cabo, la desmoralización era general. "La guerra —observaba Ramírez— es de desmembración y México no puede presentar ni un simulacro de unidad..." y el testimonio de la escisión pulula en términos de mirarse hasta como un medio de liberación. La narración que del estado moral de los mexicanos en ese momento hace José Fernando es patética. Narra cómo la tropa volvía del frente acobardada, cómo jefes y oficiales proclamaban invencibles a los yankees y los soldados narraban vulgaridades que recordaban la conquista. Así escribirá: "Nuestra situación es desesperada: absolutamente todo se ha perdido, y según el camino que llevan las cosas, es dudoso pueda salvarse la independencia, último recurso y simulacro del honor. Dos únicos caminos nos han dejado el odio y la torpeza de los partidos políticos que hasta hoy se disputan el poder, o la conquista o una paz que siempre será vergonzosa, porque no tenemos elementos para repeler las propuestas que se nos hagan."

Y en medio de esa confusión en que se hundía el país, los acontecimientos internos entristecían y desesperaban a los hombres rectos y honorables de aquel momento. Los polkos, vergüenza de nuestra historia, contribuían a aumentar ese estado de cosas. La relación que Ramírez deja de ese abominable espectáculo es digna de mención. Ante la noticia del desembarco de los americanos en Veracruz, el pueblo, refiere: "Mostró una horrible indiferencia y los combatientes preferían perder una patria a trueque de conservar sus posiciones." Y agrega: "Los escapularios, las medallas, las vendas y los zurroneos de reliquias que en docenas pendían del pecho de los pronunciados, especialmente de la sibarita y muelle juventud que forma la clase de nuestros elegantes, habrían hecho creer a cualquiera que no conociera nuestras cosas, que allí se encontraba un campo de mártires de la fe, que todos serían capaces de sacrificar a la incolumidad de su religión, vulnerada por las impías leyes de ocupación de bienes eclesiásticos. Muy pronto se vio que este resorte era el más débil y que toda aquella farándula de escapularios era un puro coquetismo fomentado por la inocente devoción de las monjas y por la interesada creencia del clero. El amor hizo una abundante cosecha en ese tráfico devoto."

La conducta poco edificante del clero, la impericia y cobardía de muchos de los militares, el encarnizamiento de las facciones que se devoraban entre sí en el momento en que el país era invadido, todo ese inmenso y doloroso cuadro es revelado por Ramírez en forma magistral. Los desmanes de las tropas yankees y el populacho, la visión existente entre los dirigentes, el sufrimiento del pueblo, el abandono que de la ciudad hizo "el infame y eternamente maldecido Santa Anna, quien la dejó sin un centinela y a merced del enemigo", así como los esfuerzos de un puñado de hombres para salvar a la patria de la ruina total, representan páginas de un valor histórico indudable y el relato vivo y punzante de una experiencia política que Ramírez no olvidó jamás.

Años más tarde, cuando las fuerzas francesas invaden la república y ésta se llena además de administradores, Ramírez reacciona en la misma forma y censura acremente el proceder de las fuerzas de ocupación. Sin embargo, para este momento Ramírez ya era otro. Había dejado de tener confianza en el país. Había desesperado de la justicia de una causa por la que siempre luchó. Creyó que un cambio de hombres y de instituciones podía ser la salvación del país. Él, que rechazó las formas monárquicas en 1846, 1847, tuvo que aceptarlas arrastrado por la desesperación que se apoderó de muchos mexicanos al ver hundirse en terrible anarquía, en el caos y en el más criminal desorden, todos sus esfuerzos, sus sanas intenciones. Su integridad y honestidad habían sido vanas. La desilusión y la desconfianza minó su espíritu, sus energías desfallecieron y no supo conservar como el grupo encabeza-

do por Benito Juárez la fe en el porvenir, la fortaleza para resistir hasta lo último. Tal vez pensó en momentos de debilidad y confusión, era más importante conservar la tranquilidad del país, preservar las buenas conciencias y sus posibilidades culturales, que continuar una lucha en que todo podía destruirlo. Tardíamente se equivocó él como otros y este error obligó a muchos a vivir y a morir alejados de la patria por la que tanto se habían desvelado.

Hoy que nos ha tocado vivir muchas veces en forma dramática, la que se ha denominado rebelión de la juventud, esta lucha generacional que nos desconcierta por el tono tan brusco y general como se ha presentado en nuestros días, conviene recordar se ha dado siempre y en algunas ocasiones con cierta gravedad. En la primera mitad del siglo pasado, México sufrió un enfrentamiento entre la generación que había consumado la independencia y trataba de conservar su estatus económico social y político, y las nuevas generaciones imbuidas de ideas renovadoras que anhelaban una transformación más violenta y radical. El partido del progreso y las logias masónicas impulsaron ese cotejo, y a su lado o enfrentándoseles, se situaron generaciones enteras que luchaban contra el inmovilismo y que se politizaron rápidamente. Esa pugna se dio no sólo en la Metrópoli sino que repitióse como un eco en la mayoría de los Estados. Durango no escapó a ella y así a partir de 1825 surgió una lucha entre grupos el de los Cuchas o Yorkinos, y el de los Chirrínes o Escoceses o Católicos, lucha que no era sino el eco de lo que ocurría en México y la cual ocasionó continuos alborotos y aun la muerte de numerosos individuos.

Ramírez observó ese enfrentamiento y pudo definirlo y precisarlo lúcida-mente. Pertenecía a las nuevas generaciones y sentía que muchos como él querían una patria mejor, respetable y respetada, en la cual fuera posible la libertad dentro del orden, regida por instituciones democráticas y estables y no al capricho de caudillos ambiciosos e impreparados. Por ello, al mencionarla afirma se trata de una pugna entre los hombres viejos y los nuevos, de una lucha "entre dos generaciones, entre la que era joven hace veinticinco años y la que vino al mundo y divirtió su infancia durante sus violentas querellas y trastornos, entre los que buscan un asiento y los que rehusan ceder el suyo. En la vida política lo mismo que en la civil —agrega—, los hombres vagan por mucho tiempo manteniéndose errantes, sin conocer ni sentir la necesidad de una radicación; mas cuando ésta llega y la tribu nómada se reconoce fuerte, luego se arroja sobre su vecino a quien expulsa o subyuga, manteniendo el puesto mientras viene otro a hacerle sufrir la misma suerte..." "Este turno, que no es más que la expresión o símbolo de la vida social, muerta o entumecida, bajo el cetro de hierro del despotismo; lenta y apenas discernible en las monarquías absolutas, robusta y animada en las constituciones, viva enérgica y vigorosa en las repúblicas, que por

leyes sabias han regulado el orden gradual de la sucesión política; y manera, turbulenta, delirante y aun salvaje en las democracias que no reconociendo aquel orden, que es el de la naturaleza y de la razón, abandonan la renovación de los hombres y de las cosas, al triunfo de la fuerza y a la inconsecuente voluntad de las facciones en todas esas situaciones, digo, en todos esos esfuerzos que el hombre bautiza imponiéndoles un sobrenombre, no se encuentra ordinariamente en el fondo más que la brega de las generaciones que se empujan y repelen, la lucha de los hombres nuevos contra los hombres viejos."

Y como norma de política general que regeneraría al país y lo sacaría de la postración, recomendaba luchar "para restaurar el imperio de la moral y de las leyes para salir de ese enervamiento que nos mata y hace el ludibrio de las naciones; para devolver a la justicia la balanza que le ha arrebatado el favor; para evitar que las medianías audaces conviertan en su patrimonio a los hombres y a las cosas; en fin, para castigar y premiar sin pasión y no buscando para todo otra guía ni apoyo que el que dan una conciencia debidamente ilustrada, desengañados de que aquél no se encuentra ni puede encontrarse en la inconstante y caprichosa voluntad de los hombres".

Esto es algo de lo que se puede decir de más saliente en torno de la primera gran pasión de José Fernando Ramírez, la actividad política, su afán de servicio, su faceta de hombre público. Otros aspectos podían ser mencionados, pero debemos ocuparnos en seguida de aquella manifestación vital que más nos interesa, la del hombre de letras, la del intelectual, la del historiador en fin.

Es indudable que la actitud política de Ramírez condiciona su obra y su pensamiento histórico, pero en él vamos a encontrar tanto algunos rasgos comunes en investigadores de su época, como otros peculiares, a él privativos.

En primer término diremos que apasionado por la historia de México como muchos de sus contemporáneos, Alamán, Bustamante, Lafragua, Chavero, Icazbalceta y Orozco y Berra, y consciente del valor que los testimonios que conservaban archivos y museos eran indispensables, los salvó en varias ocasiones de la destrucción. Temeroso de las depredaciones de la soldadesca americana y de la plebe, durante la ocupación de 1847-1848 ocultó en casas amigas las más valiosas colecciones mexicanas y, con el encargo de Conservador y Director del Museo Nacional, se preocupó por acrecentar su documentación aprovechando para ello su puesto de Interventor de las bibliotecas y archivos de los conventos extinguidos.

Bibliófilo infatigable y con recursos, reunió ricas colecciones que el país perdió para su desgracia. En 1851, cuando hubo integrado un rico acervo, pensó ceder lo más importante del mismo, para que con él se formara la Biblioteca Nacional, proyectada desde 1833. Diversas gestiones realizó para

el efecto e intentó se estableciera en el edificio de la Aduana, ocupando él el puesto de Bibliotecario. No habiendo llegado a acuerdo alguno, parte de sus libros vendió a su Estado adoptivo, Durango. La segunda y más rica colección se subastó en Europa después de su muerte.

Historiador del México antiguo, Ramírez descuella por el interés, e impulso enorme que prestó a la historia precolombina. Ya mencionamos su afán de reunir las fuentes relativas a ese largo periodo de nuestra historia, muchas de las cuales publicó con atinadas explicaciones. Tanto en México, como durante sus viajes por Europa, reunió rico material que presentó por vez primera a los investigadores mexicanos. Su anhelo por editar la obra de Sahagún en pulcra impresión es bien conocido, como también el esfuerzo realizado para que apareciera la *Historia de las Indias de Nueva España* de fray Diego Durán, de la cual sólo vio impreso el volumen primero. Deseó publicar las obras de Tezozómoc, Ixtlilxóchitl y el llamado *Códice Ramírez*, para las cuales escribió juiciosas y valederas introducciones. Varios códices procedentes de la Colección Aubin, fueron igualmente objeto de su interés, como el *Tonalimatl*, el *Mapa Tlotzin* y el *Quinantzin*, el *Códice Aubin*, el *Atlas de Durán* y otros más, los cuales hizo litografiar. Hizo imprimir e interpretó el *Mapa de Sigüenza* y la *Tira de la Peregrinación* e intentó igualmente una explicación del *Códice Borgia*. Muchas otras fuentes recogió, publicó y dejó con explicaciones sobrias, justas, precisas, fruto de sus conocimientos e inteligente visión. Escribió numerosas biografías de personajes indígenas sobresalientes, realizó descifraciones jeroglíficas y descripciones de monumentos y objetos arqueológicos. Las que conservamos de sus visitas a Cholula y a las zonas arqueológicas de Yucatán revelan la prudencia con que se conducía, su mesura, frente a las desorbitadas explicaciones de otros curiosos. Con sobrada razón, González Obregón dijo de él: "Como arqueólogo, estableció los fundamentos de la interpretación jeroglífica de nuestros códices. Sin prejuicios ni preocupaciones, sin dejarse arrebatar por la fantasía, nos demostró su saber en la ciencia de la interpretación juiciosa, en las explicaciones de algunos de los monumentos del museo y en las de los códices de la peregrinación de los aztecas."

Ramírez, como buena parte de los historiadores del siglo XIX, no escapó al reclamo de la historia prehispánica. Puesto que trataba de formar al país, de dotarlo de clara y completa conciencia histórica, tuvieron que aceptar y fortalecer la doble raíz de nuestra procedencia. Siguiendo los lineamientos trazados por Eguíara y Eguren y Clavijero, atendieron tanto la ascendencia hispánica como la indígena.

Entroncaron así con los historiadores del siglo XVIII y los de la emancipación, Mier y Bustamante en su interés por las culturas autóctonas, pero no rechazaron, después de haber superado la crisis de la independencia, la

herencia hispánica, antes bien, consideraron que en el país en formación era indispensable exhibir con orgullo y vigorosamente la doble ascendencia. Esta idea es la que enriquece y otorga calidades de síntesis cultural a los equilibrados trabajos de Ramírez y de Orozco y Berra.

Para ellos, que contemplaban cómo México se debatía en la anarquía y ponía en peligro su existencia, la posibilidad de unificar sus fuerzas, de crear una conciencia firme de nuestro origen y destino que resistiera todos los embates, fue una finalidad precisa. En medio de la lucha que comprometía a todos, con certera visión supieron hallar el justo medio, sin desdeñar a ninguna de las vertientes de que derivaban. Ésta es la razón que explica su provechoso interés por las culturas indígenas.

Este afán de síntesis es el que explica también su preocupación por estudiar importantes aspectos de la historia colonial, principalmente aquellos más debatidos como la justificación de la conquista realizada por España y su capacidad para emprenderla; la conducta de algunos de los actores principales de ella como Cortés, Alvarado y Nuño de Guzmán; la defensa ideológico-política de los indios y las diferencias suscitadas entre sus defensores. En este campo, el afán de equilibrio, de imparcialidad, de síntesis unificadora no impide a Ramírez expresarse con acritud y aun extremada dureza, pero siempre en pro de la verdad. De esta suerte los juicios hacia Alvarado y Nuño son realmente eso y no epítetos aplicados caprichosamente. Basta con leer las biografías consagradas a estos últimos para comprender, como dice Castro Leal, que Ramírez era capaz de discurrir "sin odio y sin desdén, con una comprensión en la que había interés y afecto, al mismo tiempo que medida y equilibrio".

Uno de los trabajos más relevantes de Ramírez en el que se advierte su extraordinaria capacidad de sentir la historia mexicana, y sus amplios conocimientos, es el titulado: *Notas y esclarecimientos a la Historia de la Conquista de México del señor William Prescott*. Estas notas representan una crítica histórica, justa, depurada y profunda a una obra que aparecía aureolada con el prestigio de su autor, como destinada a convertirse en la interpretación más válida de la historia mexicana. Grande fue la estimación que los investigadores mexicanos tuvieron a las obras de sus colegas extranjeros. Admiraron la amplitud de sus planes de trabajo, la calidad y número de sus fuentes, la brillantez de su estilo, y aun la presentación formal de sus libros, pero mucho más admiraron y envidiaron la inmensa posibilidad que aquéllos tenían para utilizar nutridas bibliotecas, auxiliares inteligentes y capaces, recursos económicos que les permitían laborar sin fatiga ni preocupación, consagrados por entero a la creación. Estrechas y eficaces fueron las relaciones de amistad de nuestros eruditos con sus contemporáneos europeos y norteamericanos.

Prescott fue tenido en muy alta estima por los historiadores hispanoamericanos; sin embargo, no todos ellos admitieron que su producción era intachable, definitiva. En medio de mil angustias y amarguras, mexicanos y sudamericanos construían su patria a la par que su historia. El material que empleaban no era sólo el que bibliotecas y archivos les brindaban, sino su propio pueblo, su trágico desarrollo, sus conductas violentas explicables por innúmeras causas. No era el silencio de los gabinetes, ni el auxilio de los ayudantes el que auspiciaba la historiografía mexicana, sino el estruendo de la metralla, los golpes cuartelarios, las invasiones extranjeras, la penuria del pueblo y del erario, la desmoralización ciudadana. En este ámbito, teniendo como testimonio viviente a la nación entera, nuestros historiadores reflexionaban sobre nuestro pasado y trataban de labrarnos un futuro menos incierto, por ello cuando apareció la *Historia de la Conquista de México*, realizada, como afirma Ramírez, "no sólo con acierto, sino con una tal belleza y lujo de ideas y de lenguaje, y con una diligencia tan rara en la investigación y acopio de noticias inéditas e interesantes que difícilmente podrá ser mejorada", era justo alabarla, pero de estricto derecho manifestar sus desacuerdos, especialmente "cuando así lo demanda el interés en general de la literatura y el particular de su obra misma". El libro de Prescott, al que calificaba el historiador mexicano como lo mejor que por entonces había, tenía a su juicio tres fallas fundamentales, las cuales atendiendo "a su naturaleza y origen resultaban harto difíciles de calificar y censurar", a saber: el uso no siempre moderado, que ha hecho de las reglas de la crítica; el desapego instintivo de raza, que luchando contra sus nobles y concienzudos esfuerzos, suele alcanzar a veces su victoria; y en fin "la exaltación de su entusiasmo por Cortés", que convertía esa obra en una apología.

Pero aún más, Ramírez advertía que esos defectos, "influyendo de una manera inapercibida aunque constante, en el ánimo y mente del autor, dan a su historia un cierto tinte, que aunque no me atreveré a calificar de hostil, sí diré que no es para dejarnos lisonjeados; bien que él haya repartídoslos por toda su obra con tal uniformidad y aun lisura, que ciertamente en esa su misma uniformidad auxiliada por la rara diligencia que ha puesto para actualarnos en las fuentes de sus noticias lleva consigo el correctivo".

Bastante graves eran las fallas señaladas por Ramírez. En sus amplios comentarios revela cómo Prescott, deslumbrado por la señera figura de Cortés e impulsado por prejuicios raciales muy hondos, desestimó el valor de las culturas indígenas a las que consideró inferiores y bárbaras, y ensalzó a los conquistadores, fundamentalmente a su Capitán. Señala Ramírez que la antipatía racial de Prescott domina en toda su obra, y que "el desdén de raza se manifiesta sin embozo y sin doblez hasta en despreciables menudencias. Estas dos fallas fundamentales eran a su vez las que orillaban al historiador

norteamericano a mal emplear la crítica histórica y aun a utilizar vocablos despectivos sobre los indios, cuyo idioma le era incomprensible y totalmente extraño a su sensibilidad". Sobre este aspecto escribe un párrafo muy relevante que seguramente gustará a nuestros nahuatlato: "Tampoco es extraño que el grande historiador abaje su majestuoso vuelo hasta el polvo de fútiles reparos, reservados a los dengues y melindres femeniles, para divertirse en medir la melodía o aspereza de ciertas palabras o vocablos mexicanos; punto sobre el cual, dicho sea sin agravio, no puede ser juez muy competente el oído acostumbrado a armonías como las del *Yankee doodle*."

Puso de relieve las fallas esenciales de la obra de Prescott, a la que consideraba "relevante prueba de su talento y un testimonio irrefragable de los inmensos recursos que pueden sacarse de la ciencia para abonar una mala causa, cuando ésta se pone en manos de un hábil y ardoroso defensor". Ramírez afirma que una auténtica historia de la Conquista "solamente podría llevarse cumplidamente a cabo por una pluma filosófica, que sintiera correr en sus venas, mezcladas y con tranquilo curso, la sangre de los conquistadores y de los conquistados; por uno en fin, que discurriendo sin odio y sin desdén, los llame a un juicio de familia, teniendo presente que va a hacer justicia entre sus progenitores. Entonces y solamente entonces, podremos concebir esperanzas de tener una completa, imparcial y fiel historia de la Conquista, que nada nos deje que desear por el lado de la integridad, que nada nos haga sentir por el lenguaje apasionado o desdénoso del historiador. "No será, por supuesto —concluía con cierto escepticismo—, de entre las generaciones presentes desprovistas de los medios necesarios y dominadas aún por las mezquinas pasioncillas que el severo buril de la historia desprecia y repele, de donde salga el genio que ha de dar cima a tan ardua y gloriosa empresa".

Es justamente en esta obra en donde el destacado hijo de Parral revela su pensamiento en torno a la historia, en donde con mayor amplitud nos descubre su sentido histórico.

En primer término reafirma su anhelo por contar con fuentes vastas, operantes y la necesidad de entrar en ellas, interpretarlas con crítica objetiva a la manera como lo hacía la escuela científica europea de los Ranke, los Thierry, Guizot, Barante, Sigmondi, Muller, Capefigue y Niebuhr. Considera, después de realizar una crítica comparativa de las fuentes, que las mexicanas son valederas por múltiples razones y algunas, como la del diligentísimo Padre Sahagún, superiores a muchas europeas.

En segundo término declara que todo historiador debe presentar los sucesos de que se ocupa en toda su sencillez y pureza para que a primera vista se reconozca su íntimo enlace con las causas y motivos que los produjeron y determinaron, y debe también ser sumamente medido en sus palabras para

no aventurar en ellas por un lujo de lenguaje, ninguna especie que pueda falsear la verdad histórica. En la persona del historiador, afirma, "se encuentran reunidas las funciones de relator y las de juez".

Pero no sólo el choque tan dramático de dos culturas que fue la conquista, en la que se originó nuestra nacionalidad, interesó a Ramírez, sino que también incursionó por los quietos ciclos de la historia virreinal, ocupándose de numerosas personas y acontecimientos. Así como dejó del mundo aborigen bien trazadas biografías, también de señeros personajes de los tres siglos de dominación destacados por su ciencia y virtudes escribió abundantes semblanzas, varias de las cuales son auténticas joyas que engalanan la biografía mexicana. Algunas semejantes a las de García Icazbalceta, no sólo representan un rastreo paciente y minucioso en busca de información en polvosos libros manuscritos, sino la recreación viva y bella de una vida digna de perduración. En sus *Adiciones a la Biblioteca de Beristáin* reparamos en sus eruditísimos conocimientos, en su saber bibliográfico y en sus calidades de historiador cuidadoso, fiel.

En varias ocasiones señala los deslices en que incurrió el canónigo bibliógrafo, de quien afirma se tomaba amplísimas libertades que la ciencia rigORIZADA por Mabillon no permitía.

En cuanto a la autenticidad de la obra histórica, esto es a su ajuste a la realidad dentro de su propia circunstancia, Ramírez reafirmaba este criterio desconfiando de la tan acentuada tendencia a conformar a una teoría preconcebida la interpretación de todo un desarrollo histórico. Así, escribía: "El error de los que todavía creen que se puede amoldar una nación a la teoría de un escritor con la misma facilidad y acierto que se confecciona un medicamento nuevo, sin más que seguir la última farmacopea, todo lo han conseguido en sus bellas creaciones, excepto una sola cosa: dar poder y respetabilidad a sus criaturas. ¡Prometeos desgraciados, no han encontrado propicia la deidad compasiva y bienhechora que debía dar vida a la obra maestra de la imaginación y del arte!"

Acerca de la misión del historiador, esto es de su labor de reconstrucción, reflexión e interpretación, Ramírez, apoyado en el *De Oratore* de Cicerón, consideraba que: "el historiador no es solamente juez inexorable, pues el genio de la historia también le permite ser patrono elocuente y florido pintor de las escenas que retrate, bien que poniéndole en todo caso por cotos, la incolumidad de la verdad."

Y agrega: "Yo sé que esto es muy fácil de decir, pero que ofrece infinitas y muy graves dificultades para ejecutarse, porque el interés, el descuido o la pasión que ordinariamente presiden en la redacción de los documentos que forman los materiales de la historia, raras veces presentan desnuda la verdad, siendo muy común que el redactor los escriba con el designio de desfigu-

rarla; mas aquí es precisamente donde debe lucir el talento, ejercitarse la ciencia y probarse la rectitud del historiador, pues que acumulando en su persona las funciones hasta cierto punto incompatibles, de relator, de patrono y de juez, se le exige que narre con fidelidad, que defienda con conciencia, que falle sin prevención, sometién dose a las leyes de la historia, que le mandan no decir nada falso, no callar lo que es verdadero, y evitar aun la sospecha de odio o de favor. ¿Y cómo desempeñar cumplidamente este encargo, cuando las pruebas destinadas a formar el criterio divagan y se contradicen? . . . ¿Cómo lo desempeña un juez, a quien jamás la verdad se presenta en su sencillo traje; apelando a la lógica judicial, o lo que es lo mismo siguiendo los severos principios de la sana crítica; que así como es un terrible escollo para los zurcidores de patrañas, también es un crisol de donde el historiador sale radiante? Cuando el juez no puede discernir la verdad, la ley y la razón le mandan seguir la verosimilitud que, dicho sea de paso, es ordinariamente la verdad de la historia."

Con respecto al trabajo histórico, a su amplitud y a la posibilidad de una plena objetividad, Ramírez, influido por las corrientes históricas más relevantes de su época al incursionar en lo que en aquella época se llamó trabajos estadísticos y que eran en realidad cuadros generales muy amplios acerca de toda la actividad humana realizada en un medio determinado, pensaba que: "Ningún trabajo estadístico puede considerarse completo si en él no se da una noticia del carácter, costumbres y estado social del pueblo que forma su asunto"; y efectivamente, eso hizo en sus relevantes *Noticias históricas y estadísticas de Durango*, edificadas con una sobresaliente información geográfica, económica, política y social y a base de una reflexión madura y certera y de firmes conocimientos de la realidad que describió.

Pero también advierte Ramírez que en estos trabajos "el afecto o desafecto, la ligereza o el error, y hasta el modo de ver y medir son obstáculos que impiden formar un juicio recto e imparcial, motivo por el que debe confiarse muy poco en lo que de su clase suelen darnos los nacionales y extranjeros".

Esos trabajos deberían ser, aconsejaba: "Una exposición fiel, ingenua y franca de los hechos que determinan nuestro estado político y social, y que ayudados por una mirada retrospectiva sobre lo que fueron, les dará a conocer lo que han perdido o ganado, lo que son y lo que pueden ser." "Tal vez se descontentará a muchos y dejará gratos a pocos; pero —agrega— yo no he tomado la pluma para adular."

Y efectivamente, pensaba que la labor histórica "no debería servir para complacer a nadie, sino para revelar el desarrollo de la sociedad o la conducta de un individuo en todos sus aspectos, buenos o malos." Indicaba que el señalar los errores y las enfermedades sociales serviría para corregirlos y

curarlos. De acuerdo con esta idea, en varias de sus obras encontramos señalados vicios que dañaban al país y a la sociedad y que significaban pesados lastres para su desarrollo. Ya nos hemos referido a algunos de ellos al hablar de su actuación política, ahora mencionaremos algunas observaciones que Ramírez hace en sus obras y que nos proporcionan amplias luces para entender su amplia visión de historiador y de estadista.

Una de ellas muy relevante es la observación que hace acerca del aumento del latifundismo y de la pérdida de la propiedad territorial por los pequeños campesinos, lo cual ocasionó la ruina de las clases rurales empobrecidas que sin medios de subsistencia o caían dentro del sistema de sujeción a los hacendados que los esquilaban inmisericordemente o se consagraban al bandidaje, al abigeato y a cometer toda clase de excesos para poder vivir. Afirma Ramírez que este mal era producido: "Por la indolencia, egoísmo e insensata economía de los propietarios que contribuyen a causar un grave mal, estancando las tierras, descuidando la policía rural y dando ocasión con su egoísmo a que las funciones inferiores de la judicatura caigan en personas indignas." Y añadía: "Justo es también decir que muchos hacendados merecen su suerte porque violando todos los fueros y obrando contra sus propios intereses roban a sus sirvientes el fruto de su trabajo, forzándolos a recibir en pago efectos y esquilmos recargados con un cuatrocientos o quinientos por ciento sobre su valor; procedimiento indigno que nadie procura remediar y que no solamente provoca, sino que, según algunos casuistas, legitima el robo como una justa compensación."

Y en el aspecto de la veracidad, Ramírez consideraba que el historiador tenía la obligación primordial de tratar de decir la verdad, aun a costa de su propia seguridad y tranquilidad, pues ella lleva aparejado un saludable deseo de reforma, de regeneración personal o social. El ocultar la verdad o mentir, por el contrario, afirmaba el error y era perjudicial. Por ello escribía: "Juzgando la adulación como la más ruin, baja y perniciosa de las flaquezas humanas; más perniciosa y culpable cuando se emplea con un pueblo que con un hombre, porque entonces la bajeza degenera en crimen, me he creído en la obligación de dibujar los objetos tales como los veía, y de decir con lealtad y franqueza lo que sobre ellos pensaba, sin cuidarme de que fuera grato o ingrato a sus originales. He creído también, y creo, que el conocimiento íntimo de nuestros defectos, es el primero e indispensable medio para la reforma como lo es el de las enfermedades, para el que aspira a su remedio. El que nos dice que todo va bien en medio del peligro extremo, o nos aborrece o especula con nuestra ruina. Sólo es amigo el que dice lealmente la verdad y la verdad toda entera."

Esta obligación de veracidad llevó a Ramírez en varias ocasiones a salir en defensa de numerosos personajes atacados más por antipatías gratuitas o

interesadas que justificadamente. La del P. Las Casas no le hace incurrir en diatribas contra el P. Motolinía, sino que trata de explicar su conducta y posición ideológica diversa para comprender el ataque de que fue víctima el primero. En otros casos examina serena y juiciosamente los cargos que a determinados personajes se formulaban y con rigor los desbarata. Lamenta Ramírez que sea en la historia moderna en donde más pasión irreflexiva se encuentra, producto de rivalidades y pasioncillas muy personales: "Así es —escribe— como nuestros mismos hombres ilustres, por sus antipatías, no dejan en la historia de su país ni una página, ya no diré brillante, pero ni aun limpia, porque el derecho de represalia exige que uno tilde lo que otro pulimenta."

Y con una visión sumamente clara, fruto de su calidad de jurista y de hombre preocupado por los problemas de la República, advertía que nuestro Estado de derecho, en aquella época convulsionada, de asentamientos y graves desajustes sociales, proclamaba como invulnerables e intocables las garantías individuales, de las que se aprovechaban muchos para medrar y satisfacer sus peculiares intereses, perjudicando a grupos numerosos y aun a toda la sociedad. Recomendaba se tomaran medidas para contener las acciones de los poderosos que amparados por el lema de la libertad y garantías individuales, iban contra los intereses de la mayoría; y con una gran lucidez sugería la primacía de las garantías y los derechos sociales sobre los individuales, al decir: "en las falsas nociones políticas que nos rigen, se entiende que todas las garantías deben ser para los individuos y ninguna para la sociedad, sin advertir que cuando ella se enferma, los otros no pueden estar sanos".

De esta suerte, este hombre polifacético, historiador convertido en político o político con capacidad de reflexión histórica, meditaba como lo hace el auténtico historiador, en el pasado en visión del presente y en el presente como acción que además de pretérita condiciona el mañana.

CENTENARIO DE JOSÉ JUAN TABLADA *

Por don FRANCISCO MONTERDE

Como lo ha hecho en otras ocasiones, cuando los centenarios de dos escritores que pertenecieron a la Academia se cumplen dentro del mismo mes, celebra ahora en esta sesión pública, las conmemoraciones de José Juan Tablada y Enrique González Martínez.

Sólo diez días separan las fechas de nacimiento de uno y otro: el 3 de abril de 1871, es la de Tablada; el 13 de igual mes y año, la de González Martínez. Aquél lo precedió también al morir, en 1945, siete años antes que el segundo, quien falleció un año después de haber cumplido los ochenta, en 1952.

Por razones de cronología —que suele respetar la Academia— se hablará aquí, esta noche, de José Juan Tablada antes que del doctor Enrique González Martínez.

Si la vida de uno de nuestros más queridos colegas: José María González de Mendoza, a quien sus amigos llamábamos, familiar y afectuosamente, El Abate —pseudónimo que sus actitudes abaciales justificaban— se hubiera prolongado para llegar al presente, a él habría correspondido, sin duda, hablarnos ahora de José Juan Tablada.

La amistad inalterable que los unió en los cuatro lustros finales de la existencia de aquél, fue benéfica para ambos: Tablada influyó decisivamente en la evolución intelectual de González de Mendoza —como él se complacía en recordarlo—, y El Abate, que le prestó, como a otros muchos, grandes servicios, en investigaciones literarias, hizo de esa amistad un verdadero culto que la señora viuda de González de Mendoza ha prolongado.

Otros veinte años, o más, dedicó El Abate, amigo ejemplar entre los más leales amigos, al estudio de la obra de Tablada, aisladamente y en tareas de Seminario en el Centro de Investigaciones Literarias de la Universidad Nacional Autónoma de México; estudios que habrían culminado con la pu-

* Leído en sesión pública efectuada el 16 de abril de 1971.

blicación de la poesía y la prosa de José Juan Tablada, en varios tomos, cada uno de ellos con el prólogo correspondiente al sector que abarcase.

Desdichadamente, la desaparición de González de Mendoza vino a truncar esa labor del grupo de estudiosos a quienes guiaba. De los artículos que él dedicó a Tablada, se han incluido algunos en el volumen de ensayos que el Fondo de Cultura Económica publicó hace poco tiempo.

En contraste con la unidad que presenta la obra de González Martínez —de la cual va a hablarnos esta noche don Jaime Torres Bodet—, la vida y los escritos de Tablada ofrecen múltiples tendencias. Él inició la carrera de las armas, antes de manejar los pinceles y la pluma.

Colaborador constante de diarios y revistas —dirigió algunos de ellos—, no sólo de México, había publicado, a veces con su nombre y en otras ocasiones con unos quince seudónimos, diez mil artículos, según calculaba, desde que comenzó a escribir en el antiguo periódico *El Universal*, en 1890, a los 19 años. Por su iniciativa se fundó en 1898 *Revista Moderna*, donde aparecieron trabajos originales suyos, notas sobre libros y traducciones: de Anatole France, Eugenio de Castro y H. G. Wells.

Desplegó su mayor actividad, como cronista. La inició con las impresiones recogidas en el Japón, adonde fue en 1900 —el Diario de Viaje que se disponía a redactar quedó interrumpido en Torreón, Coah., cuando se dirigía a San Francisco, Calif., y eso dio lugar a conjeturas infundadas—; en realidad, permaneció unos cuatro meses en Tokio y en alguna ciudad vecina. Las crónicas del Imperio del Sol Naciente que aparecieron en *Revista Moderna*, quedaron reunidas, más tarde, en el tomo titulado *En el país del Sol* que publicó en Nueva York la casa Appleton, en 1919. Superan a las de Gómez Carrillo, aunque no a las páginas de Loti ni a las de Rebolledo: la vida de sociedad, entre los japoneses, le impidió profundizar en sus observaciones. Quizá en ese viaje y sus cortos recorridos, tuvo ocasión de reunir noticias acerca de la poesía epigramática nipona: el haikú y de sus cultivadores.

Entre 1911 y 1912 pasó varios meses en París. Fruto de esa estancia, en la cual le precedieron Darío y Nervo, fue el libro *Los días y las noches de París*, de anotaciones ágiles, que Bouret imprimió en 1918. La obra del cronista literario se complementa a partir de 1914, en que emigró a Estados Unidos, con los artículos que casi hasta el fin de su existencia publicó en diarios mexicanos, con el título de *Nueva York de día y de noche*, y con las crónicas escritas en esta capital y en la del Estado de Morelos.

El crítico de arte inició en México una serie de monografías japonesas, en 1914, con sus impresiones acerca de *Hiroshigué, el pintor de la nieve y de la lluvia, de la noche y de la luna*, a la que seguiría su conferencia sobre *Artes plásticas*, sustentada e impresa en Caracas, Ven., en 1920. Su labor

en este campo, uno de los preferidos por él, se cerraría con el tomo *Historia del arte en México* (Cía. Nal. Edit. "Águilas", 1927), que es antecedente de las que escribieron Manuel Toussaint, Salvador Toscano y Miguel Covarrubias.

Aun sin examinar sus obras políticas en prosa que él dejó olvidadas —aparte de la *Historia de la campaña de la División del Norte* (México, 1913), había escrito 17 biografías de Secretarios de Relaciones Exteriores, entre 1909 y 1912, y un artículo sobre Calles, en 1933—, hay que recordar al prosista, por *La resurrección de los ídolos*, novela que *El Universal Ilustrado* difundió en 1924, en los cuadernos de "*La Novela Semanal*", creada por Carlos Noriega Hope, y mencionar el perdido original de *La nao de China*, y el proyecto de otras narraciones, al que se refiere en carta a Rafael López, que El Abate rescató y que su viuda, la señora Concepción Freire de Andrade de González de Mendoza, donó recientemente a la Academia Mexicana, que la exhibirá en su Museo.

El manuscrito de la otra novela fue lamentablemente sustraído, durante alguno de los saqueos que fuerzas armadas del Sur, en incursiones al Distrito Federal, efectuaron durante las luchas civiles: desapareció, al mismo tiempo que valiosas obras de arte reunidas por Tablada en su casa habitación de Coyoacán, D. F.

En el exterior de esa casa, que aún existe, había mandado Tablada incrustar elementos decorativos indígenas y virreinales: ídolos y remates de piedra. Al frente de ella había un jardín pequeño del cual escrupulosamente cuidaba un jardinero japonés, a quien Tablada se complacía en dar órdenes en lengua nipona, delante de los invitados. Ramón López Velarde, que la visitó, lo confirma, al escribir acerca de Tablada, en *Pegaso*, en 1917:

"El día de 1914 en que Jesús Villalpando me llevó a Coyoacán a casa de Tablada, el poeta nos retuvo indefinidamente y nos atendió en su mesa como un gentilhombre. Nos leyó, entre el humo de sus pebeteros orientales, el prólogo y un capítulo de su *Hiroshigué*. Nos recitó en su jardín, en presencia de los sapos y las otras bestias predilectas, los poemas en que los alaba. Nos hizo sentarnos en el umbral de su pagoda. Nos mostró las repetidas cartas autógrafas de Lugones, un retrato de la esposa del Gigante, con dedicatoria para la esposa de Tablada, y cartas de la señora de Lugones. Pinturas, ídolos, rosas votivas, arcones del virreinato... un bello día. Con una nube: un criado japonés avisó en japonés la muerte de unos pájaros japoneses, por brusquedad del clima del Valle. Aquel dolor antípoda no dejó de ensombrecernos. Pero fue momentáneo. Tablada asegura siempre el bienestar de sus huéspedes con fetiches insólitos y preciosos."

Su niponfilia trascendió de la literatura a las costumbres y aun a la indumentaria, a juzgar por algún retrato —que muestra a Tablada en su estudio, con varonil kimono claro—, el cual conservó también El Abate. Fue

merecidamente premiado por el Japón, según podrá apreciarse en el diploma impreso con caracteres nipones y la medalla que recibió con aquél; ambos, igualmente donados al Museo de la Academia por la señora viuda de González de Mendoza en fecha reciente, que enriquecerán el lote del mismo.

Su afición a la jardinería y, en general, a determinados aspectos de la botánica, renació a su retorno: plantó una rosaleda en el jardín del refugio que adquirió en Cuernavaca. Esa inclinación por las plantas hizo también que el micólogo, hábil acuarelista, dedicara algunos de los ocios permitidos por la actividad de su pluma, a pintar bellas láminas para una proyectada monografía sobre diversas especies de hongos cultivables, que destinó a la Academia, según afirmación de González de Mendoza.

Tal preferencia por la expresión gráfica, nacida de su vocación por la crítica de arte, pues fue comprensivo admirador y exégeta de artes plásticas, le llevaba también, a veces, a intercalar en sus cartas manuscritas, a manera de explicación o ejemplo, algún dibujo colorido con el cual ilustraba lo que se proponía describir exhaustivamente al corresponsal, para que en aquello que escribía no dejara margen a la duda.

En los años finales de su existencia, vuelto a Nueva York —donde abrió la Librería de los Latinos, después traspasada para alquilar un establecimiento más reducido, que sostenía con la venta de libros y grabados de artistas nuestros—, redactó sus memorias. Los capítulos de éstas aparecieron, en parte, como otras colaboraciones suyas, en *El Universal* que había fundado el ingeniero Félix F. Palavicini.

En volumen sólo llegó a publicar el primer tomo, titulado *La feria de la vida*. Para el segundo había encontrado título en un autor extranjero: iba a llamarse *Las sombras largas*. Una de las últimas tareas que voluntariamente se impuso, como devoto amigo, El Abate consistió en identificar a todas las personas que Tablada mencionó, crípticamente a veces, en las páginas de esa continuación de sus memorias.

El poeta empezó a ser estimado con posterioridad al prosista. Fue el poema "Ónix" que publicó la *Revista Azul*, de Gutiérrez Nájera y Díaz Dufoo, el que lo dio a conocer, cuando Tablada tenía 23 años. Cuatro antes se había iniciado en la prosa. Ese poema sorprendió por el desencanto prematuro que revela su afirmación final:

Fraile, amante, guerrero, yo quisiera
Saber qué obscuro advenimiento espera
El anhelo infinito de mi alma,
Si de mi vida en la tediosa calma
No hay un dios, ni un amor, ni una bandera.

Aunque la crítica señaló al poeta como hábil retórico, fue admirado y aplaudido desde entonces, y preparó al público para que recibiera con interés el primer libro de poesías de Tablada: *El florilegio*, que Escalante editó en 1899 y Bouret reimprimió, con prólogo de Jesús E. Valenzuela —el mecen- nas de la revista donde colaboraba aquél—, en 1904.

Con "Preliminar" del poeta argentino Leopoldo Lugones, guía de los mo- dernistas no sólo platenses, apareció el segundo: *Al sol y bajo la luna* —títu- lo del cual dará una variante en sus prosas parisienses reunidas en volumen en 1918—, también editado por la casa Bouret, ese mismo año en que in- gresó en la carrera diplomática, nombrado por don Venustiano Carranza Segundo Secretario de nuestra representación en Colombia.

Al año siguiente, cuando pasó de aquel país a la República de Venezuela, publicó en Caracas su primera colección de poesías breves que permiten descubrir el influjo de una forma de la poesía nipona: el haikú —en plural, haikai—; *Un día...* (poemas sintéticos), el cual, a su vez, iba a influir en varios poetas hispanoamericanos y de manera más definida en los jóve- nes mexicanos de aquellos días.

En 1920, al coincidir con los *Calligrammes*, de Guillaume Apollinaire, publicó la plaqueta *Li Po y otros poemas (ideográficos, según los llama)*. Los años que siguen a la publicación del primer libro de López Velarde, muestran otra dirección de Tablada, quien a través de sus cartas influiría también, a trechos, en la transformación del poeta jerezano, que llega a in- tercalar en poesías suyas dos o tres haikai, involuntariamente, como prueba de que lo admira.

Tablada se dejó seducir —con nostalgia que avivó, sin duda, la ausencia de su patria—, sobre todo, por el regionalismo y los temas populares. Así lo demuestra *El jarro de flores* (disociaciones líricas), análogo a *Un día...*, que imprime en Nueva York, en 1922, y lo confirma *La feria* (poemas me- xicanos), que F. Mayans publicó allá, en 1928, donde se incluye la elegía a López Velarde, cuya génesis puede quizá descubrirse en estas palabras de la carta a Rafael López: "...Cuando vuelva de México y no lo vea, voy a sentir como si en el lugar de la Alameda encontrara un gran socavón."

En el *Retablo a la memoria de Ramón López Velarde* —cuyo título tiene distribución tipográfica análoga a la de algún poema ideográfico, con letras de oro—, Tablada dice, en la "Jaculatoria":

¡Qué triste será la tarde,
cuando a México regreses
sin ver a López Velarde!

Tablada y López Velarde, según escribió Xavier Villaurrutia al examinar "La poesía de los jóvenes de México" —estudio inicialmente publicado en

mi revista *Antena*—, fueron los progenitores de esa poesía, por haber influido en ella, considerablemente, con sus obras.

La presencia de Tablada en México —después de que renunció, por falta de salud, al servicio diplomático— influyó en algunas vocaciones literarias. Fue leído, y escuchado, atentamente; sobre todo, por los jóvenes que lo vieron como coetáneo, a pesar de la distancia que los separaba del escritor que había rebasado el medio centenar de años cumplidos. Gran animador, los alentaba con su presencia y sus consejos.

No fue El Abate el único, entre los que teníamos entonces menos de cinco lustros de edad, que llamó a Tablada maestro. Lo era, sin duda, en poesía, para varios de la generación que surgió en las letras hacia 1916: desde Rubén Romero hasta el mismo González de Mendoza, incluidos Rafael Lozano —que voluntariamente emigró a Venezuela, después de haber estado en París—, José D. Frías y Carlos Gutiérrez Cruz, quien empleó ese molde en versos de protesta, algunos de los cuales tienen ahora música de compositores mexicanos.

Todos incurrimos, con Tablada como guía, en la imitación o trasplante de la poesía epigramática nipona al español —aunque ignoráramos el punto de partida: el haikú, revelado más tarde para unos cuantos, a través de investigaciones personales. Tablada, posiblemente en su viaje al Japón, en 1900, conoció por referencias esta clase de poesía —que en esa época no llegó a interesarle, a pesar de que el modernismo, como prolongación, en parte, romántica, se alimentó de exotismos, especialmente orientales— y supo de sus cultivadores peregrinantes.

Pero esa poesía, que él prefirió llamar "haikai", al pluralizar el haikú, se le reveló a Tablada, a través de lecturas como las de obras de los hermanos Goncourt, en los días en que lo japonés se hallaba de moda en París —aun antes de la guerra ruso-japonesa que dio resonancia mundial a hechos y cosas del Imperio del Sol Naciente—: no sólo Pierre Loti hizo entonces *Japonerías de otoño*.

José Juan Tablada poseía talento epigramático: excepcional concisión, para expresarse, cuando así lo quería, en forma precisa y condensada. Lo demostró al componer —improvisar, con frecuencia— ingeniosos epigramas que no siempre llegaron a pasar de sus labios al papel, donde a veces los trasladaron sus oyentes, como lo harían el mismo Abate, Manuel Horta y otros buenos memoristas que prepararon el terreno para que Teodoro Torres cosechara en él, años más tarde.

Tablada aplicó esa facilidad o disposición de epigramista, al llevar a la poesía sintética española, el laconismo de la japonesa; pero sin preocuparse por la limitación de sílabas: 17, distribuidas en tres versos; uno de 7 y dos de 5, alternados, que lo hacen difícil en nuestra lengua —a pesar de que el

terceto final de la seguidilla es, realmente, un haikú—, ni ceñirse a los tres versos, que sus seguidores tampoco respetamos, al ampliarlos a cuatro o reducirlos a dos, como en un dístico latino.

En la poesía andaluza había otro modelo: la copla llamada "saeta", que en su dramática brevedad llena el ambiente de la estrecha calle de las Serpes, en la Semana Mayor sevillana. Antonio Machado llegó a él —y otros poetas, entre nosotros, lo siguieron— por ese camino.

Como señor del epigrama —cuya remota ascendencia se halla en Marcial y sus rivales del Lacio— vio en esa forma un molde que podría elevarse a la altura de la lírica, y al tomarlo para *Un día...* lo embelleció con imágenes y símiles cuya plasticidad es deslumbrante, con frecuencia.

Él se tomó, entre otras licencias, al moverse con relativa libertad dentro de tan estrecha prisión, la de anteponer a cada haikú —en realidad, epigrama descriptivo casi siempre—, un título que aquél no tiene, y que vendría a ser —según en alguna ocasión sugirió El Abate— como la solución a la adivinanza que encierra el llamado por él haikai.

El influjo —y el ejemplo— de Tablada trascendieron y subsistirían, dentro y fuera de la patria. A lo largo de Hispanoamérica se cultiva aún —no siempre con acierto— el epigrama orientalista. De cuando en cuando aparece un libro de haikai, en tierras propias y en países extraños. Por esa clase de poesía, más que por otra como la modernista o la del nacionalismo pintoresco, recuerdan en el presente a José Juan Tablada, aun los que olvidan el resto de su obra.

Otros rasgos de Tablada han sido evocados por El Abate, en sus estudios. Casi olvidada su obra política en verso y en prosa —*La etapa nacional*, *Porfirio Díaz*, y *Tiros al blanco*, mucho tiempo recordados por sus enemigos—, se olvida la intensa labor divulgadora que realizó en el extranjero, en Sudamérica y los Estados Unidos, de preferencia, al revelar el arte mexicano, en libros, conferencias y artículos de revistas especializadas, como *The Arts* y *Survey Graphics*. En México fundó y dirigió algún tiempo la revista *Mexican Art and Life*, que le sobreviviría al sostenerla sucesores suyos.

Se olvida, igualmente, otro aspecto de Tablada orientalista: su preocupación por la teosofía, que compartió con Rafael Cabrera y otros escritores —Nervo no fue extraño al budismo—, porque estuvo de moda en la etapa modernista. Rubén Darío tampoco fue ajeno a ella. Bajo el influjo de Renard, inició *El bestiario piadoso*, en verso y prosa.

Al retornar Tablada, en 1935, encontró modificado el medio: los jóvenes habían madurado; sobre todo, en poesía. Enrique González Martínez presidía el nuevo cenáculo; Rafael López y José de J. Núñez y Domínguez encabezaban otros grupos.

Si no pasó inadvertido —tenía admiradores fieles como El Abate—, su presencia fue menos visible que diez años antes. Él se refugió en sus memorias: allí estaba —casi lo sentía— al abrigo de ataques por quienes lo juzgaban sólo con rencores pasadistas.

La Academia Mexicana le abrió sus puertas desde 1928; mas esperó inútilmente que Tablada pasase de Académico Correspondiente a Individuo de Número, pues el escritor no llegó a leer su discurso de ingreso —que ofreció ampliar y posiblemente quedaba esbozado en alguno de sus trabajos.

Pasó Tablada de México a Cuernavaca: allí lo visitamos, entre sus rosales floridos. Del Estado de Morelos fue a Nueva York. En Forest Hills recibió cartas nuestras, a las que respondió con tal membrete. Allí murió, de un infarto, poco después de aceptar el nombramiento de Vicecónsul de México, con el que había vuelto a Relaciones, el 2 de agosto de 1945.

No lo olvidó —no lo ha olvidado— la Academia por cuya iniciativa en 1946 fueron traídos sus restos y sepultado en el sitio donde reposa: la Rotonda de los Hombres Ilustres; y lo vuelve a recordar al rendirle este homenaje, en el centenario de su nacimiento.

HOMENAJE A ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ *

Por don JAIME TORRES BODET

En Guadalajara, el 13 de abril de 1871, hijo de una mexicana ejemplar y de un bondadoso maestro de escuela, vino al mundo un niño. Ese niño, de cuyo nacimiento celebramos el centenario, llegaría a ser uno de los mayores poetas de México: Enrique González Martínez.

Conocí al escritor en 1917, cuando tenía él cuarenta y seis años de edad, y yo acababa de cumplir quince. Había sido uno de los maestros más respetados de la Escuela Nacional Preparatoria. No pude asistir a sus clases; pero lo admiraba como poeta y, por la cultura de *Silenter* y de *Los senderos ocultos*, me sentía el más ferviente de sus discípulos: el más ferviente y el más oscuro.

Otro de los maestros que considerábamos con devoción era Antonio Caso, de quien sí fui alumno —después— en la Facultad de Jurisprudencia. Caso y González Martínez cultivaban entrañable amistad. Es significativo observar, ahora, cómo llegaron a coincidir —en el tiempo— dos existencias tan

* Leído en sesión pública efectuada el 16 de abril de 1971.

diferentes y tan cercanas. Caso, que escribía versos y tocaba el piano a sus horas, poseía un incuestionable sentido artístico. Y González Martínez se sentía atraído por la meditación filosófica, de la que fue símbolo el búho en su heráldica literaria. Antonio Caso estaba preparando la edición de una de sus obras fundamentales: *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*. La primera versión de ese estudio —editada en 1916— se refería tan sólo a la caridad y a la economía. Al examinar el desinterés, el filósofo incluiría el campo de la estética en la amplitud de sus perspectivas. No hay que olvidar que, precisamente en 1917, González Martínez había publicado su *Libro de la fuerza, de la bondad y del ensueño*. Apreciamos, así, una relación evidente entre la manera que uno y otro tenían ya de afrontar la vida. Lo que es "fuerza" en González Martínez, equivale a "economía" en Antonio Caso. "Caridad", en Antonio Caso, es, en González Martínez, "bondad". Y lo que el pensador analizó como "desinterés", el poeta lo concibió como "ensueño".

Gracias a Enrique González Rojo (cuya obra —aislada y breve, pero valiosa— se halla todavía en espera del serio examen crítico que merece) fui penetrando en el hogar de su ilustre padre. Cierta vez, animado por Enrique —y por la audacia con que, de pronto, traiciona la adolescencia su timidez—, me atreví a enseñar al poeta mis primeras composiciones. González Martínez leyó esos versos amablemente. Y accedió, incluso, a redactar unas líneas, alentadoras y generosas, como prólogo del volumen con cuya publicación inicié mis aprendizajes —no siempre fáciles— de escritor. En 1918, apareció aquel volumen. Lo titulé *Fervor*. Pocas semanas antes, Cultura había dado a la prensa una obra maestra de Enrique González Martínez: *Parábolas*. Llevaba un prefacio de Amado Nervo.

MAÑANA LOS POETAS...

(De La muerte del cisne)

Mañana los poetas cantarán en divino
verso que no logramos entonar los de hoy;
nuevas constelaciones darán otro destino a sus almas
inquietas con un nuevo temblor...

Mañana, los poetas seguirán su camino
absortos en ignota y extraña floración,
y al oír nuestro canto, con desdén repentino
echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será vano;
será el afán de siempre, y el idéntico arcano
y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira
recogerán del polvo la abandonada lira
y cantarán con ella nuestra misma canción.

Conservo un ejemplar de ese libro espléndido. Lo he releído hace pocos días y me ha conmovido sinceramente advertir que, en los versos que subrayó mi lápiz rápido de estudiante, encuentro —¡todavía!— una vibración parecida a la que me produjo, entonces, el hecho de descubrirlo. Han transcurrido más de cincuenta y dos años desde esos días. El lector, en mí, ha cambiado mucho. Pero el poeta —que interesó al lector de 1918— continúa siendo el noble y alto poeta que, hace ya más de medio siglo, abrió a muchos jóvenes mexicanos el camino de un diálogo memorable. Permitidme ver en esa constancia no sólo una prueba de la fidelidad del lector, sino un testimonio de la calidad del artista ante cuyo recuerdo nos inclinamos.

Pasan las épocas. Cambian las aficiones. Cada generación literaria intenta un movimiento de rebeldía contra los héroes de su pasado. Y González Martínez no ha sido inmune, por cierto, a la crítica de censores que consideran su obra cristalizada —y envejecida— dentro de arcaicos estereotipos. Sin embargo, quedan conmigo (y me atrevo a decir con todos nosotros) admiradores que se dan cuenta de las virtudes de una poesía que puede servir de ejemplo a los jóvenes, incitándolos a reflexionar —con verdadera conciencia artística— acerca de la importancia de sus responsabilidades, morales e intelectuales, ante la hermosa empresa que ha sido siempre la de ser hombre.

Poesía viril, fue, constantemente, la de Enrique González Martínez. Y no por dramáticas arrogancias, sino por la positiva afirmación de lo humano, por la coherencia de los elementos ideológicos y sensibles en que descansa esa afirmación, y por la naturalidad de su acatamiento para cuanto resume el honor del hombre: la franqueza en la búsqueda de sí mismo, la aceptación manifiesta de sus deberes, y el orgullo de cumplirlos con lealtad.

No repetiré lo que he dicho ya, en otras circunstancias, acerca de la vida de Enrique González Martínez. Él, mejor que nadie, dejó el recuerdo de su existencia en dos bellos libros: *El hombre del búbo* y *La apacible locura*. Quienes deseen saber cómo se halló a sí propio, en el estudio, la poesía, la cátedra, el periodismo y la diplomacia, podrán encontrar en esos relatos sus íntimas confesiones.

Como poeta, González Martínez empezó a ser conocido por dos obras de juventud: *Preludios*, que publicó en Mazatlán en 1903, y *Lirismos*, que entregó a la imprenta de Mocorito en 1907. Recibió elogios, oyó consejos, y sufrió —en lo personal— dos inmensas pérdidas: la de su madre, doña Feliciano, y la de Jorge, uno de sus hijos.

Pero las almas fuertes se agrandan con el dolor. Así ocurrió en el caso de

González Martínez. Los volúmenes que editó en 1909 y en 1911, *Silenter* y *Los senderos ocultos*, demuestran cómo supo responder al destino con la energía más acendrada: la del talento. Cabe decir que, en esas colecciones de versos, principió a ser González Martínez el gran poeta que sigue siendo un maestro de la lírica mexicana.

¿Qué valores nuevos traía el autor de los libros que acabo de mencionar? Desde luego, una voluntad esencial de abandonar ciertas galas superfluas: las que había difundido, en América, el triunfo del modernismo.

No era culpable de tantas galas Rubén Darío. Es cierto, el admirable nicaragüense había adornado muchas veces su pensamiento con joyas entre las cuales no resultaron siempre auténticos los brillantes. Pero, a partir del momento en que Darío llegó a la cumbre de su expresión poética personal, nada debió su obra al falso lujo de aquellas joyas. Pienso en las más despojadas realizaciones de *Cantos de vida y esperanza*, o del *Poema del otoño*. Y comprendo que, al aconsejar a sus fieles torcer el cuello del cisne, emblema del modernismo, González Martínez no haya querido, según lo manifestó francamente después, criticar a Rubén Darío, sino a sus más deplorables imitadores: los que, incapaces de alcanzar su excelencia, se afanaron por exagerar sus defectos.

Frente a tantas músicas lisonjeras como suscitó el modernismo, González Martínez sintió la urgencia de encontrar una música más sutil: la que se adaptara, sin melódicas acrobacias, a lo que él estimaba más, la majestad simbólica de la vida. Tal vez por eso resultan tan expresivos los títulos de los libros con cuya publicación inició su obra definitiva: *Silenter*, en cuyos poemas evoca el poder armónico del silencio, y *Los senderos ocultos* que buscan, en lo invisible, la significación y la esencia de lo visible.

El poeta era absolutamente sincero consigo mismo cuando deseaba "afinar su alma" hasta el grado de "escuchar el silencio y ver la sombra". Quizá ese verso sea la clave de toda su poesía. Entiéndase bien. El artista no rehuía el mundo, ni lo negaba. Al contrario. Lo que trataba de conseguir era la forma de contemplarlo todo "sin desviar los ojos de sí mismo".

Se ha acusado a González Martínez de retórica y, en ocasiones, de rítmicas metafísicas. Explica, pero no justifica, la acusación, el hecho de que, frecuentemente, al hablarse a sí mismo, acudiera el poeta al tú coloquial —que parece instaurar, de pronto, una cátedra ética o filosófica. Se pensó en una preceptiva rimada, que nada tenía que ver con el diálogo misterioso —trágico en ocasiones— que implica esa forma austera de discutir su verdad a solas, con ese "yo" que duplica el eco, como duplica el espejo nuestro semblante.

Y ya que aludí al espejo, añadiré que hay más de un fondo —siempre— en la imagen de toda emoción humana. El poeta por excelencia no es el

que se asoma, de prisa, al cristal de ese espejo de muchos fondos. Ni lo es, tampoco, el que se ahoga, como Narciso, en el agua escondida bajo la transparencia de su cristal. . . Penetrar en lo que resulta para otros impenetrable, y penetrar en arcano tan misterioso —como los buzos— sin asfixiarse, ése es el arte supremo de quienes buscan la definición de las cosas, de las personas y de los hechos, a través de las apariencias.

Poeta que pretendía abarcar la integridad de lo humano, en sus cimas o en sus abismos y en sus fracasos tanto como en sus éxitos, González Martínez se veía apremiado incesantemente por la vocación de encontrar en todo —y para provecho de todos— el sentido de la belleza y de la verdad. De la verdad, que es belleza oculta, y de la belleza, premio de la verdad.

Pocos han sentido, hasta extremo tal, la constancia de lo que escapa —y está, sin embargo, presente siempre. El agua, la savia, la sangre (y, en un plano distinto, el viento y el fuego) son testimonios heraclitanos de lo que pasa y no pasa nunca, de lo que —anterior a nosotros— nace y muere ante nuestros ojos, y seguirá sin nosotros, durante siglos: eternidad ajena a nuestro dolor y atenta apenas a nuestra imagen, tiempo sin horas y sin minutos, mezcla de lo que somos y de lo que no somos, concreta como un dibujo, pero cambiante y evanescente como una música.

Con razón, Ventura García Calderón observaba que, en ciertas composiciones de González Martínez, la naturaleza parecía "vista, como en los ensayos de Emerson, tan ingente, que nos sentimos en ella anonadados". Y agregaba: "Árbol, pájaro o río son aspectos fraternales, ropajes de la divina unidad que sólo el místico y el poeta perciben. Concluyeron para siempre la blasfemia contra los cielos vacíos, el rencor de nuestros románticos a las estrellas mudas y despiadadas. Y la divinidad se diluye en las cosas vivientes, con las cuales firmó el contemplador su pacto de concordia. Como los pinos desgarrados, el poeta lleva su propio bálsamo."

Sí, el poeta lleva su propio bálsamo. Pero, como los pinos, no lo entrega a los otros sino cuando la vida lo hiere a él. La "serenidad trágica", de que habló Díez-Canedo al referirse a González Martínez, no es anterior al hachazo del destino que lo lastima. Es su consecuencia, conturbadora. Cuando mencioné los elementos que abundan en sus poemas —agua, savia, sangre, viento y fuego— como signos del ser en perpetua fuga, y en perpetua continuidad, usé un adjetivo que desearía explicar aquí. Los llamé heraclitanos. Como el griego de Éfeso, el poeta de *Los senderos ocultos* cree en la unidad de todas las cosas. Pero, precisamente porque cree en la unidad de todas las cosas, proclama —lo mismo que Heráclito— su interminable escapar, su inmortal fluir. . .

El eterno retorno en línea ascendente, el de la espiral de Vico, es ley de la vida y también de la poesía. Acaso el poema más representativo de esta acti-

tud filosófica de González Martínez no figure en las grandes series en donde suelen ir a buscar los lectores la substancia de su doctrina, sino en una de las últimas colecciones publicadas por el poeta. Se trata de una composición pequeña, en extremo humilde. A fuerza de modestia y de brevedad, parece sin importancia. Muchos, sin duda, habrán pasado de largo junto a su aroma sin detenerse a advertirlo ni complacerse en reconocerlo. Sin embargo, ese poema —tan leve— constituye un acierto de Enrique González Martínez, porque señala el instante en que el dogma se vuelve canto y la sabiduría se hace cultura; es decir: el punto en que las ideas, finalmente olvidadas, se han convertido en parte insustituible —e inseparable— del hombre que las amó.

Canción para los que saben
lo que es llorar...
¡Quién pudiera darte al viento
e irse al viento en el cantar!

Canción como lluvia fina
sobre el mar,
que se disuelve y es nube
que sube y vuelve a llorar...

Canción que en el alma es lluvia,
canción que es llanto en el mar...
¡Quién pudiera darte al viento
e irse al viento en el cantar!...

Según expresé cierta vez, todos los libros de poesía con que González Martínez enriqueció el acervo de nuestra literatura podrían agruparse en torno a tres temas que se articulan como los tiempos de una sonata. De una sonata lógica y persuasiva a la cual, en conjunto, cabría dar el título que él colocó sobre la primera página del *Libro de la fuerza, de la bondad y del ensueño*.

Fuerza, bondad y ensueño son cualidades de su lírica varonil. Hasta en sus últimos pasos por la existencia, en la aflicción que hubieron de producirle la muerte de su esposa y de su hijo Enrique, lo acompañaron dos consejeras, que condujeron sus excursiones a partir de la mocedad: la ética y la estética. Hasta al oír el último sí de la vida, González Martínez supo ser fiel a la verdad que exalta porque es belleza, y a la verdad que guía porque es razón. Al releerlo, reconocemos que la belleza nos proporciona una lección de confianza en nosotros mismos. Y que la justificación de la fuerza reside en la magnitud del ensueño y en el ejercicio consciente de la bondad.

He aludido a las dos grandes penas que sufrió el escritor al pisar el umbral de la senectud. Otro hombre, ante golpes tales, se habría derrumbado

moralmente. Él, por el contrario, se engrandeció. Y supo salir de la prueba, más poeta y más noble en todo. Regresó a su obra, a los sesenta y cuatro años de edad, y no dejó ya de cultivarla, hasta en vísperas de la muerte. Por espacio de diecisiete años —los últimos de su vida— lo vimos crecer frente a nuestros ojos en su resignación y en fervor cordial.

Las distinciones que le dispensó nuestro país deben ser recordadas. Miembro de número de esta Academia desde 1911, ingresó en el Seminario de Cultura Mexicana en 1942 y, en 1943, fue designado Miembro Fundador del Colegio Nacional. En 1944, recibió el Premio Nacional de Literatura "Manuel Ávila Camacho". En 1949, asumió las funciones de Presidente de la Comisión Organizadora del Congreso Continental Americano de Paz. Y, en 1951, el Colegio Nacional —para señalar el octogésimo aniversario del poeta— reunió en volumen los más importantes estudios escritos sobre su obra.

González Martínez falleció en la ciudad de México, el 19 de febrero de 1952. Sus restos descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Su mejor epitafio sería el verso con que Alfonso Reyes lo saludó: "Venerad al altísimo poeta."

Porque se abrazó a la vida y, "en la llama encendida de su amor infinito" la vida lo consumió, porque no pretendió ser actual, como tantos innovadores, sino genuino, su poesía no sufrirá las menguas que imponen a otros la seducción artificial de las modas o los caprichos imprevisibles del gusto.

González Martínez ocupa un sitio de honor en la historia de nuestras letras. En el libro suyo que más admiro —*Parábolas*— vuelvo a leer ciertos versos inolvidables. Un desconocido llama a la puerta del poeta. Y éste interroga al viajero:

¿Quién eres tú? ¿De dónde
vienes y a dónde vas?

A esas preguntas, responde así el peregrino:

—Nunca supe quién soy, y no sé nada
del principio y del fin de mi jornada.

Yo sólo sé que en la llanura incierta
de mi peregrinar, llegué a tu puerta;
que mi cansancio pide tu hospedaje,
y que a la aurora seguiré mi viaje.

Destino, patria, nombre...

¿No te basta saber que soy un hombre?

Frente a cada ser que pasa junto a nosotros, aunque no llame a nuestra puerta y no lo interroguemos, deberíamos hacernos igual pregunta: ¿No nos

basta saber que pasa un hombre?... A ese hombre —anónimo y ecuménico— está dedicada toda la obra de Enrique González Martínez. Sin duda por ese motivo, al encomiarla, el autor de *El deslinde* aseguraba que no hay acción más cabal que la poesía y que el poeta verdadero no vive de lo singular, sino de lo más humano y específico que hay en el hombre. De eso vivió y murió el mexicano que honra nuestra Academia al celebrar, esta noche, el primer centenario de su llegada al mundo, un día de primavera, en su Guadalajara natal.

PLENITUD DE LÓPEZ VELARDE *

Por don FRANCISCO MONTERDE

La primera etapa en la evolución lírica de López Velarde tuvo comienzo y final en Zacatecas: va del impulso inicial en su poesía, al instante en que Josefa de los Ríos decide interrumpir las relaciones —lo que se pudiera considerar como una *amistad amorosa*—, hacia mediados de noviembre de 1909. El poeta resuelve, entonces, que el libro formado con la selección de composiciones publicables, en su mayoría inspiradas por la musa de Zacatecas, se halla completo —cerrado por tal ruptura— pues estaba a punto de darlo a conocer en Guadalajara, Jal.

No obstante el propósito de editar ese libro que tenía Eduardo J. Correa, en 1910 —y que se aplazó por haber dejado la dirección de su revista jalisciense—, transcurre poco más de un lustro, antes de que aparezca modificada, adicionada, en 1916, *La sangre devota*.

¿Qué impresión habría causado la obra inicial de López Velarde, si hubiera sido lanzada al público, desde la ciudad jalisciense, el mismo año en que se conmemoró en la capital de la República, de manera resonante, el Centenario de la Independencia?

Probablemente, aunque lo comentaran críticos sagaces como Puga y Acal, habría tenido que compartir la atención del público —el metropolitano, al menos— con las odas diazmironianas, las poesías bucólicas de Othón y Pagaza, las traducciones y los poemas originales del maestro Sierra, entonces devoto de los parnasianos, y los poemas de los redactores de *Revista Moderna*.

No era propicio el momento para la tendencia nacionalista —el modernismo fue cosmopolita—, que la Revolución mexicana, cuyo estallido sucedió al esplendor superficial de la conmemoración centenaria, iba a alentar con la sacudida de ese terremoto político, en los años siguientes.

Es difícil imaginar el primer libro de López Velarde publicado en 1910, aunque su autor y González León se adelantaran algunos años a lo que

* Leído en sesión pública efectuada el 25 de junio de 1971.

prosperaría en el curso de la Revolución, durante el siguiente decenio. De haber aparecido antes de noviembre de aquel año, habría tenido que esperar quizá su divulgación, como algún otro de los libros revolucionarios.

Seguramente comprendió el mismo López Velarde, entonces, que no era oportuno lanzar su obra en aquel momento de aparente calma en el que los festejos del Centenario —desfiles y bailes sobre un volcán de inminente erupción— intentaban ocultar ante los invitados de todo el mundo el relampagueo de la tormenta que en el horizonte se anunciaba amenazadora.

Si fue así —y es probable que así haya sido—, la aparición del libro inicial de López Velarde quedó, en realidad, pospuesta no sólo por el movimiento renovador gestado en años precedentes y por el hecho de que el autor de *La sangre devota* dejó la lira para tomar la pluma de combate, al simpatizar con el maderismo, opuesto a la continuación de la dictadura.

Madero representaba, para él, la libertad —aun con las indecisiones y timideces que reprochó al apóstol—, y en busca de esa libertad, para obtener el derecho de pensar sin trabas y respirar con amplitud, sin grilletes ni opresiones no sólo materiales, abandonó temporalmente la poesía lírica, de amor, por la prosa del periódico diario que, a pesar suyo, con frecuencia inesperada se impregnaría de lirismo porque quien la escribía era poeta.

Más de un lustro aguardó, antes de circular, el volumen que se afirmó y robusteció con la espera. Su aparición en pleno modernismo —cuando Rubén Darío, su representante por excelencia, aun sin cargo oficial, llegaba a Veracruz y recibía homenajes en el puerto y en Jalapa—, habría sido prematura, como acontecimiento frustrado.

Publicada *La sangre devota* en 1916, salió a luz en el momento oportuno; el interior de la República, virilmente agitada, llamado "provincia", por la tradición hispana —la Nueva España estuvo dividida en provincias—, iba a hacer acto de presencia en la poesía, no sólo en la prosa, después de que había sido ámbito resonante, escena preferente, de 1911 a 1915, en los años de más intensas luchas civiles mexicanas, dentro del siglo presente.

La poesía de esos años, a la que se sumaba la de nuestra juventud, con inquietudes sociales, iba a agitar sus gallardetes —que la agrupaban con Rafael Cabrera y Alfonso Cravioto—, al sacudir marasmos y rutinas, por el nuevo impulso procedente, sobre todo, de esa obra de López Velarde bajo cuyo signo y esplendor auroral se situaba.

En relación con los movimientos literarios, aunque arrastrara, en rimas y moldes como la décima, estela inevitable, resabios del romanticismo —"¿Quién que es, no es romántico?", había preguntado el poeta de Nicaragua—, surgía en el mejor momento, en instante propicio para afirmarse y triunfar, más tarde, plenamente: en el ocaso del movimiento modernista.

Quedaba ya situado el poeta dentro del sucesor posmodernismo que había anunciado Enrique González Martínez con el soneto que principia: "Tuércele el cuello al cisne" —símbolo dariano— y López Velarde venía a confirmarlo, aunque aún empleara, a veces, moldes modernistas, como el soneto alejandrino, y se complaciera en el empleo de voces nuevas.

Como algún innovador de aquellos con quienes el posmodernismo se fragmenta al diversificarse —la América del Sur tuvo al "creacionista" Vicente Huidobro—, Ramón López Velarde pudo afirmar, en *La sangre devota*, su propósito de cantar a la bizarra, es decir: apuesta, beligerante capital de su Estado "...que es un cielo cruel y una tierra colorada", a la que encomiará, dice, "*en verso sincerista*".

El "sincerismo" es la tendencia que prefiere López Velarde, a partir de *La sangre devota*. El verso "sincerista" —partidario de la sinceridad, en poesía—, será aquél de la adjetivación desusada, que comunique al lector la sinceridad de algo nuevo, acabado de nacer, al calor —llamear de fogata encendida en el vivac— de la Revolución mexicana.

En el verso velardeano "sincerista", lo típico, local, adquiere relieve propio, que lo hace inconfundible: la montaña de Zacatecas —la crestería de la Bufa— es

...un corcel que se encabrita.

La campana mayor de la Catedral

...suená simultánea
con el primer clarín del primer gallo,

y el poeta compadece, en la intimidad, al Pontífice que no puede escucharla.

La frialdad del ambiente es "unánime". Avivadas, por ella, las mejillas, las recatadas jóvenes de su capital,

con rostro de manzanas,
le parecen:

ilustraciones prófugas
de las cajas de pasas,

al evocar los vívidos rostros que aparecían impresos entre encajes de papel calado, al abrir las cajas oblongas procedentes de Málaga, que contenían las menudas pasas comprimidas.

El paisaje zacatecano se complementa con la capilla al dorso de la montaña, y las

...altas
y bajas del terreno, que son siempre
una broma pesada,

dice el "sincerista" poeta.

Para Ramón López Velarde, la "provincia" era, a la vez, presencia y ausencia: desde Aguascalientes y San Luis pensaba en la natal Jerez y en la capital del Estado: Zacatecas, al añorarlas como estudiante que desea la llegada de las vacaciones para volver al hogar paterno, abandonado temporalmente.

Después, fallecido el padre y alejado de la familia —madre, hermanas y hermanos—, para obtener su título y un empleo, se inserta en otros ambientes provincianos que no sustituyen, con sus aspectos, paisajes y gente, el medio añorado por él en tierras potosinas.

Finalmente, cuando se traslada a la capital de la República, hacia 1912, y en definitiva se establece en ella, en 1914, no dejará de evocar López Velarde, con viva nostalgia, la tierra de sus mayores, el ambiente zacatecano.

De ese modo, sus escritos en prosa y en poesía, vienen a ser fruto de esa nostalgia, como lo fue *María*, para Jorge Isaacs. Añora la patria chica —el Santuario, la alameda, el paisaje local, la Plaza de Armas.

Si se revisa cada una de las primeras poesías de López Velarde, aquellas que escribió y publicó en revistas y periódicos, entre 1906 y 1912 —descartada alguna que conservó inédita—, puede comprobarse el acierto del autor, al elegir las que incluiría en *La sangre devota*. No sólo desechó aquellos poemas en que la adjetivación, aún imprecisa o sentimental, no estaba de acuerdo con las normas por él establecidas al dignificar los temas —catolicismo, amor, provincia—; eliminó cinco o seis poesías dedicadas a Josefa de los Ríos, a pesar de que algunas de ellas, como "El adiós", no habría deslucido en el conjunto.

Varias de esas poesías —que a veces daban tema a sus prosas— fueron rehechas por él, a pesar del propósito de no volver sobre lo escrito, que expresó en el prólogo a la segunda edición de *La sangre devota*. De alguna formada por dos sonetos, eligió el mejor, como en "Para tus dedos ágiles y finos", aquel en que el soneto se torna una sortija de catorce vueltas; detalles que confirman el celo con que procedió al seleccionar los materiales de ese libro, en el cual se propuso prescindir de lo superfluo.

Entre las poesías agregadas al original en fecha más próxima a la de aparición del libro inicial, debe incluirse la titulada "Por este sobrio estilo. . ." —no solamente porque en ella se advierte ya ese dominio del endecasílabo suelto: el verso blanco por excelencia, en español y en italiano, con encabalgamientos —masculino, femenino— que ligan las frases, al pasar éstas de un verso a otro y que hacen de esa poesía una confidencia modulada tersamente.

Hay en ella un verso que la sitúa en el mismo año en el cual salió a la luz pública *La sangre devota*, aunque el autor se adelantara en el cómputo de las tres décadas, al hacer esta afirmación: *Madurez que presides mis treinta años*, la cual debe tomarse como una licencia —no precisamente literaria—

semejante a las anticipaciones, madurez precipitada, en que se complacían los poetas del Romanticismo.

Así quedó cerrado, completo el orbe de ese primer libro cuyos temas giran —bandada de palomas— en torno a los asuntos preferidos: el amor inalcanzable, la devoción fiel, la patria chica, sobresaliente como una torre.

Si no varía el tono, cambian la métrica y las estrofas —herencia aún romántica—, a través de las páginas, y en conjunto forma un muestrario de la lírica, en la etapa de transición del romanticismo al modernismo, superada ya por el poeta. A cada título sigue un nombre, en dedicatorias que son testimonios de amistad y que orientan aún a los lectores, a quienes guían dentro de la órbita afectiva de Ramón López Velarde; en su eje la tónica: *Fuensanta*.

Como era lógico, el proceso evolutivo no se detuvo —no podía detenerse— durante los cinco o seis años que median entre la preparación del primer libro de López Velarde y la aparición de aquél, con el texto definitivo, titulado *La sangre devota*.

El prosista va a ejercitarse —iniciadas en 1907 sus colaboraciones en periódicos de los estados— como comentarista, primero, y después como periodista de oposición que se sitúa al lado de Madero desde que comienza el movimiento antirreeleccionista.

En la transformación del escritor influyen mucho sus contactos con personas radicadas en la capital, no sólo intelectuales, a partir del año en que culmina la dictadura del general Porfirio Díaz; se acentúa en 1912, con la llegada de Madero —López Velarde aspiró a una suplencia en la diputación del terruño—, y se acelera a partir de 1914, cuando va a vivir, con madre, hermanas y hermanos, en la vivienda del número 71 de la entonces avenida Jalisco.

Durante los años de estancia en Aguascalientes y Zacatecas —en aquella ciudad había iniciado sus estudios, y en la segunda capital, de 1900 a 1901, había cursado Humanidades en el Seminario Conciliar, para reanudar esos estudios en el de Aguascalientes, de 1902 a 1903—, tuvo la compañía literaria de Enrique Fernández Ledesma, Pedro de Alba, José Villalobos Franco y Rafael Sánchez, con los que publicó, en 1906, dos números de la revista de literatura *Bobemia*.

De mediados de 1905 a 1907, en la misma ciudad, enlaza otras amistades, cuando estudia en el Instituto de Ciencias, y tiene otros compañeros mientras cursa leyes desde 1908, en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, donde obtuvo el título de abogado al finalizar el mes de octubre de 1911, antes de hacerse cargo del Juzgado de Primera Instancia, en El Venado, de la misma entidad potosina.

Desde 1914, instalado López Velarde en México, donde impartirá enseñanzas de literatura y aumentará el número de sus colaboraciones en revistas como la que González Peña preside: *Vida Moderna*; *Pegaso*, que dirige con González Martínez y Efrén Rebolledo, y *El Nacional*, bisemanal de Gonzalo de la Parra.

En México lo acogen, al llegar, con el pintor Saturnino Herrán, el doctor Pedro de Alba, Genaro Fernández Mac Gregor, Nicolás Rangel y el cronista Jesús B. González, a quien seguirá en sus incursiones por los teatros de comedia y aquellos donde actúan compañías de danza y ballet: Antonia Marcé, Anna Pavlova.

Ausentes de México Alfonso Reyes —del que se distanció— y José Juan Tablada —con quien mantiene correspondencia—, lo acompañan los vates José de Jesús Núñez y Domínguez y José Dolores Frías; intima con el poeta y prosista Rafael López —con quien establece cordial intercambio de ideas—; con el crítico Jesús Villalpando, Julio Torri, Genaro Estrada, Samuel Ruiz Cabañas y el poeta hispano Alfonso Camín, que dirige la revista *Castillos y Leones*.

Pronto se les une Fernández Ledesma que llega a México hacia 1916, para ocupar una curul en la Cámara de Diputados. También lo rodean escritores independientes y algunos de los que integrarán, más tarde, el grupo de *Contemporáneos*.

A esas amistades, en conjunto, se debe la vertiginosa evolución —mejor pudiera decirse "revolución"— en el estilo de López Velarde que en *La sangre devota* sólo se había mostrado ligeramente innovador, en cuanto al empleo de adjetivos. González Martínez le orientó hacia valores franceses —de Baudelaire a Laforgue—; Rafael López hacia los sudamericanos: de Lugones a Herrera y Reissig; Núñez y Domínguez hacia los hispanos modernos, con libros y revistas, probablemente.

Se unió a tales influjos, el personal de la maestra Quijano, de 1914 a 1917: López Velarde, según he apuntado, necesitaba contar con la atención femenina —*Fuensanta*, que dejó de prestársela en 1909, falleció el 7 de mayo de 1917—; deseaba que una mujer de talento lo escuchase, atenta, y antes de la publicación de *La sangre devota*, quiso y esperó contar con la inteligente, comprensiva amistad de aquella a quien no se atreve a nombrar en sus versos.

El asedio —lo mismo que el de una plaza fuerte que se niega a rendirse— vino a prolongarse el tiempo suficiente para que las poesías en que el estilo se depura, al dirigirse el poeta a una mente superior, pues el enamorado se volvía cada vez más exigente consigo, en la expresión —a veces, la suges-

tión perifrástica— de los sentimientos que guardaba para sí, callados, y sólo al papel confiaba.

Así nacieron, en su mayoría, las páginas que formarían el segundo libro de López Velarde: *Zozobra* —título que, en realidad, no sólo alude a la personal condición anímica del autor, como el de su primer libro que transparentaba una actitud reverente, análoga a la de un poeta cortés—, en él natural, inseparable de su ser mismo.

De trecho en trecho, el poeta sitúa, a lo largo del libro, una evocación de la infancia, para él remota —“El viejo pozo”—; una estampa de Jerez, a su vuelta —“Para el zenzontle impávido...”— o llevado el pensamiento por la amistad del pintor a quien dedica “El minuto cobarde”, recuerda personas y objetos del terruño.

En la poesía amorosa pone humildad y orgullo, adoración y reproche, con el elogio descriptivo de los rasgos de belleza de la mujer amada, quien alternativamente parece alentar y contener la pasión que inspira, y así lo mantiene en constante incertidumbre.

Por su forma trabajada, elaborada literariamente, al apartarse del tono ingenuo que predominó en *La sangre devota*, esos poemas en que el amor se intelectualiza, al elevarse y pasar del corazón a la mente, anuncian procedimientos que lindan con lo críptico y se complacen largamente en la ornamentación barroquista, como acontecerá con la prosa que los siga y acompañe.

Como cualquier barroquismo, el de esa etapa de creación más exigente, en la obra de López Velarde, es resultado de indecisión, pues el escritor desea, a la vez, callar y expresarse, decir y sugerir sólo —a veces, lo inexpresable—, para que el lector avisado intuya y, si puede, alcance a descifrar el sentido oculto de versos que en algunos pasajes conservan aún su herético enigma.

En *El son del corazón*: “El sueño de los guantes negros” —desplazado, trunco— pertenece a etapas anteriores. Los tenaces dobleces hicieron ilegibles palabras y frases, y ha intrigado a la crítica. En él vuelve a *Fuensanta*, como precisa Octavio Paz al profundizar en temas que Villaurrutia había señalado:

Pero en la madrugada de mi sueño,
nuestras manos, en un circuito eterno
la vida apocalíptica vivieron.

La poesía “Humildemente”, situada en *Zozobra* como la última —su dedicatoria dice: “A mi madre y a mis hermanas”—, parece marcar un retorno a la manera que empleó en algunos de los poemas de *La sangre devota*. No sólo por la evocación de la Plaza de Jerez, con su

...reloj de la torre,
de redondel de luto
y manecillas de oro.

En la Plaza todo se inmoviliza, cuando

aparece en su estufa el Divinísimo.

El poeta va a confirmar su fe, al humillarse, como ha anunciado:

Cuando me sobrevenga
el cansancio del fin
me iré como la grulla
del refrán, a mi pueblo...

El retorno que promete será, quizá, el retorno a lo sencillo, fatigado de retorcimientos como los de "El retorno maléfico" y sus reiteraciones, ya que, según se ha dicho, en la evolución de los poetas, al ir de lo sencillo a lo complicado, la curva parabólica suele volver a la altura de la sencillez asequible no sólo para una minoría sino para todos los lectores.

Pero antes de haber llegado a la etapa que parecía prometer su evolución, López Velarde entrega, cercana ya su muerte, como un testamento literario —lo inició hacia 1918—, el poema "La suave Patria", que había preludiado una prosa: "Novedad de la patria", recogida en *El minuterio*. Va fechado el 24 de abril y se publicó en la revista *El maestro*, el mismo mes de junio en que concluyó, el día 19, su existencia.

Bajo mi dirección, y ornamentada con finos camafeos por Julio Prieto, se publicó por vez primera aislado, en la plaqueta salida de las prensas de la Imprenta Universitaria, en 1944.

Al iniciar el Proemio afirma categóricamente, a la manera romántica, en primera persona del singular, que deja la lírica para emprender un canto en mesurada épica. El verso heroico, libre de acentos fijos, ubica la invocación dentro de la épica tradicional, pero divide el poema, como si fuese un drama, en dos actos. Un intermedio: "Cauhtémoc" separa el inicial del segundo.

En el primer acto, Adán de la nueva poesía —según lo llamó Xavier Villaurrutia—, descubre la Patria, pastoril y minera, con tentativas industriales; el paso de las horas, ágiles en la capital y lentas en la provincia. El mutilado territorio viste decorosamente su pobreza y es amplio aún. Como en el paisaje que contempla desde la Bufo, en Zacatecas, el ferrocarril es un juguete. En viaje por tiempo y espacio, ve en las bulliciosas estaciones una mirada de mestiza; la adolescencia: novia, fuegos artificiales, policromía y abundancia; fauna y flora; brío racial: barro con sonoridad de plata; el trrño, la madrugada en limpias calles que huelen santamente a pan; música

y dulces, para regalar el gusto. El cielo claro se ensombrece de pronto con el temporal. Hay un paréntesis meteorológico, el cual abarca desde el pretérito hasta el futuro, al pasar por el presente.

En el intermedio está el héroe, Cuauhtémoc: punto de intersección y alianza entre dos civilizaciones, y efigie de medalla. Tras la captura, los dioses caídos, en la lengua de Tenochtitlan.

La parte final, segundo acto del poema, contiene el encomio de la Patria, a través de las mujeres: mito y verdad; honra y abnegación constantes; lujos modestos. Contraste de imprevisión y escasez: el Palacio Nacional y el país: los dos con estatura de niño. En la penuria y la batalla, el santo amparador: Felipe de Jesús y su higuera portentosa. El poeta imagina el rapto escandaloso de la Patria, de acogedora entraña para lo que en ella sepultan, que da frescor en verano y clemencia en invierno. Anuncia pasión y riesgo: la posible muerte de alma y estilo de la Patria. Aconseja persistir con fidelidad y, como Andrés Bello en su *Silva*, recomienda el feliz cultivo de la tierra.

La terminación del poema "*La suave Patria*", lo sitúa en la confluencia de dos centenarios: el de la caída de Tenochtitlan y prisión de Cuauhtémoc, al mediar agosto de 1521, y el de la consumación de la Independencia, a fines de septiembre de 1821. Al reavivarse el nacionalismo, lo condujo a la exploración de lo propio, no por una reacción regionalista. Su sensibilidad hace que eleve las expresiones familiares hasta hacer de ellas troques poéticos; da nobleza a lo popular, al embellecerlo.

Hay en él, quizá, reminiscencias de óleos que vio en el Colegio de Guadalupe, Zac., y de los decorados "*Art nouveau*" que aún alcanzó a conocer en la capital mexicana, y que, con los elementos florales, llevó al poema.

Llegó a la interpretación de la patria —*La suave Patria*— por la ruta de la estilización heroica, y nos revela, así, una Patria íntima, acariciadora, a la que invita a mantenerse firme en sus tradiciones, análogas a las de otros países hispanoamericanos.

Así trasciende su poesía, con apoyo en el nacionalismo. Tal es la importancia de ese mensaje que nosotros recibimos del poeta. Nuestro deber consiste en transmitirlo a quienes lo llevarán al futuro: antorcha de fuego perdurable.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE EN LA POESÍA HISPANOAMERICANA DEL POSTMODERNISMO *

Por ALLEN W. PHILLIPS

Mi intervención en el presente acto destinado a conmemorar el cincuentenario de la muerte del insigne poeta Ramón López Velarde va a ser breve. El escritor zacatecano es uno de los más exhaustivamente estudiados entre los poetas mexicanos modernos, y, después del notable ensayo de Octavio Paz publicado en 1963, queda ya muy poco nuevo que decir sobre él. Indudablemente la crítica lópezvelardeana llegará además ahora, durante el año actual, a un alto punto de saturación. Sin embargo, deseoso de colaborar aunque de manera modesta al homenaje que se le rinde, se me ha ocurrido la posibilidad de volver a ocuparme de López Velarde, viendo su obra en un contexto más amplio y tratando de ubicarlo con mayor precisión en el desarrollo general de la lírica hispanoamericana, lo cual supone algún riesgo que es necesario confesar como punto de partida.

El modernismo y su perduración

Desde los comienzos del modernismo, época durante la cual las letras hispanoamericanas alcanzan ya su madurez artística, hasta el presente, o sea un periodo que comprende casi un siglo entero, ha habido una pluralidad de movimientos estéticos de ruptura y de reacción, siendo el más ruidoso de ellos el vanguardismo iniciado hacia 1920. Dada la consabida fluidez de los fenómenos literarios que por su naturaleza resisten la clasificación exacta, es en verdad difícil fijar de modo tajante el término o el fin del modernismo. ¿Es un movimiento definitivamente superado o continúa en forma distinta en la obra de los escritores posteriores y situados fuera de él? Antes de intentar una respuesta a ese planteo sugestivo, veamos un poco más de cerca la poesía hispanoamericana en los primeros años de nuestro siglo. Varios años antes de su muerte en 1916 Rubén Darío había dado lo mejor de sí, y en sus libros últimos comienza el proceso de exhumación de versos anteriores, aunque no quiere decir esto que no haya escrito en su última etapa algunos grandes poemas. Varios poetas formados en el modernismo se rejuvenecieron. Los más atrevidos, Lugones y Herrera y Reissig, anticipan la poesía de vanguardia y, a su lado, el siempre inquieto José Juan Tablada remoja la lírica mexicana. En la obra de otros se prolonga la tradición modernista (Rebo-

* Leído en sesión pública efectuada el 25 de junio de 1971.

lledo, Rafael López), y en el caso especial de Enrique González Martínez se agregan nuevas notas éticas y austeras a una poesía todavía esencialmente modernista y en cierto sentido inmovilizada o reacia a la novedad. En aquellos años Amado Nervo había evolucionado hacia una obra más serena y sentimental. Prácticamente habían callado otros poetas principales de la época (tales como Guillermo Valencia, Ricardo Jaimes Freire, Salvador Díaz Mirón).

Lo que más nos interesa señalar aquí es que hacia 1910 se oyen ya en América unas nuevas voces disidentes, entre ellas la de López Velarde, que buscaban una salida del modernismo, y así se forma con aquellos poetas una especie de generación intermedia, la primera del postmodernismo, cuyos límites son igualmente fluctuantes puesto que algunos del grupo continuaron su obra en plena época de vanguardia. Una lista de los poetas que hacia aquella fecha de 1910 demuestran un desafecto con ciertos aspectos exotistas o decorativos del modernismo sería larga. Por el momento, nos contentamos con recordar unos cuantos nombres entre los más significativos: los argentinos Fernández Moreno, Evaristo Carriego, Enrique Banchs; los colombianos Luis Carlos López y Barba Jacob; el peruano Abraham Valdelomar; el chileno Pedro Prado; los mexicanos Alfonso Reyes y González León; y, por último, no olvidemos la fecha de 1918, en que César Vallejo publica su libro inicial *Los heraldos negros*, ni tampoco las indudables semejanzas que existen entre el peruano y López Velarde, en el sentido de que ambos, en sus obras primerizas, buscaban un mismo camino de salida de la tradición. Algo similar ocurre en la Península: la poesía modesta de Vicente Medina y Andrés González Blanco buscaba una inspiración menos internacional; el modernismo por mucho tiempo se prolongaba en la poesía de Villaespesa, Valle-Inclán y Manuel Machado. En cuanto a los grandes poetas españoles de la época, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, modernistas militantes en sus comienzos, habían principiado a buscar nuevos derroteros más íntimos en aquellos primeros años del siglo. Poco adicto al rubendismo se erige también la personalidad de Miguel de Unamuno.

Sin embargo, a pesar de las reiteradas oposiciones al modernismo, era poco menos que imposible pasar de una época tan fecunda y beneficiosa para la literatura, sin que se quedara un fuerte resabio modernista incluso en aquellos que más ostensiblemente buscaban otras rutas estéticas. Nadie ha visto con mayor claridad aquella anomalía que Octavio Paz, quien escribe:

...La importancia del modernismo es doble: por una parte dio cuatro o cinco poetas que reanudan la gran tradición hispánica, rota o detenida al finalizar el siglo XVII: por la otra, al abrir puertas y ventanas, reanimó al idioma... Entendido como lo que realmente fue —un movimiento cuyo fundamento y meta primordial era el movi-

miento mismo— aún no termina: la vanguardia de 1925 y las tentativas de la poesía contemporánea están íntimamente ligadas a ese gran comienzo. En sus días, el modernismo suscitó adhesiones fervientes y oposiciones no menos vehementes. Algunos espíritus lo recibieron con reserva: Miguel de Unamuno no ocultó su hostilidad y Antonio Machado procuró guardar las distancias. No importa: ambos están marcados por el modernismo. Su verso sería otro sin las conquistas y hallazgos de los poetas hispanoamericanos; y su dicción, sobre todo allí donde pretende separarse más ostensiblemente de los acentos y maneras de los innovadores, es una suerte de involuntario homenaje a aquello mismo que rechaza. Precisamente por ser una reacción, su obra es inseparable de lo que niega... Ser o no como él: de ambas maneras Darío está presente en el espíritu de los poetas contemporáneos. Es el fundador. (*Cuadriño*, 12-13).

No es, pues, una simpleza afirmar que el modernismo entendido como lección de profesionalismo y como un fenómeno que llega a revitalizar la lengua poética no ha muerto del todo aún. Está presente todavía un modernismo profundo y esencial en muchos de los escritores que lo querían superar. Así es también el caso de López Velarde, en cuya obra no es difícil encontrar huellas de Darío, Nervo, Herrera y Reissig, y sobre todo del gran Lugones, poeta supremo para el escritor mexicano. Lo que sí ha desaparecido en la poesía más moderna son ciertos aspectos exteriores o meramente decorativos de aquel movimiento esplendoroso. En una palabra, el parnasianismo artificioso e inútil, con todos sus preciosismos y exterioridades lujosas, se ha convertido en un anacronismo muy alejado de las corrientes principales de la poesía ahora más vigente. Es grave error asociar el modernismo únicamente al estilo de *Prosas profanas*. Nunca se le olvidó a César Vallejo la maestría del nicaragüense y, más recientemente, Pablo Neruda rinde su propio tributo a este gran poeta modernista.

Breve aproximación al postmodernismo y su estética

Señalada la aparición en América de aquel grupo de poetas disidentes hacia el año de 1910, convendría que hiciéramos aquí un breve bosquejo convencional de sus intentos poéticos, observando también que aquellos poetas, casi todos ellos, habían nacido en la década de los años ochenta. El término *postmodernismo* es como se sabe extremadamente vago, sin delimitación precisa, pero aquí lo utilizamos de una manera más restringida para referirnos a los escritores americanos que se iniciaban en la literatura en las primeras décadas del siglo XX. En general tendían ellos a escribir una poesía más arraigada, menos cosmopolita, que prestaba nueva atención a los temas nacionales y a tópicos vernáculos o familiares frente al exotismo modernista.

En el caso de López Velarde: la patria en sus dos vertientes de provincia y ciudad. Para aquellos escritores no existían jerarquías entre los objetos aptos o no aptos para ser poetizados, y así se concedía incluso importancia a las cosas más insignificantes y nimias de la vida cotidiana. Ya no querían ver la vida a través de un prisma artístico, y, por lo tanto, la expresión lírica se revelaba de un modo más directo y menos literarizado. La poesía aspiraba a una sinceridad expresiva, pero no olvidemos que Darío ya había dicho "ser sincero es ser potente". En lo que respecta a su forma, la lírica se hace más libre y menos fija. Esos poetas del postmodernismo intentaron, pues, una nueva música, aprovechándose a veces de deliberadas disonancias. Sin olvidarnos del importantísimo antecedente del *Lunario sentimental*, sobre cuya importancia para generaciones sucesivas nunca se puede insistir demasiado, hay un intento de incorporar a la poesía, especialmente en el vocabulario, la vida moderna de la época. Frente a la solemnidad modernista surge ahora una veta de humor y, para el beneficio de la poesía, una actitud irónica ante la vida que confirma la verdadera modernidad de la obra de ciertos poetas postmodernistas. Se suele afirmar que la poesía de esa generación intermedia es más esencial o más auténtica que la anterior, depurada de superfluos elementos preciosistas e inútiles verbalismos; que es una toma de conciencia existencial ante los grandes temas humanos y los enigmas de la vida y la muerte. Esta afirmación ignora la angustia de Darío, sobre todo en sus *Cantos de vida y esperanza* que rebasan la retórica de antaño, y también la llamada frivolidad de *Prosas profanas* debe ser reexaminada, como ya intenté hacerlo con motivo del centenario de 1967. No está de más recordar aquí que en la crítica actual, que se dedica a estudiar con afán el profundo contenido ideológico del movimiento modernista, la tesis del esteticismo va perdiendo considerable terreno. No es justo tampoco excluir del modernismo una abundante literatura americanista, de tema social e histórico. López Velarde, figura de transición, representa admirablemente ciertas modalidades poéticas adscritas a su época y, por otra parte, como veremos, las supera para lograr una absoluta modernidad. Para la historia literaria mexicana y la ubicación en ella de López Velarde, quisiéramos recordar aquí que él, en breve y profética nota escrita en 1919, presentó desde las columnas de *El Universal* a José Gorostiza y Bernardo Ortiz de Montellano, miembros de la generación siguiente la cual con algunas excepciones anteriores inicia la primera crítica seria de la obra singularmente compleja de López Velarde.

La estética de la corazonada

Ya he hablado con cierto detenimiento en otro lugar de la poética de López Velarde. Octavio Paz, en su citado ensayo, ha completado mi exposición con

unas palabras que considero fundamentales. Sin embargo, por la naturaleza de mi tema de ahora, me veo obligado a referirme de nuevo a dos aspectos capitales del programa estético que se propuso López Velarde: su actitud ante la realidad y su lenguaje. Es evidente, además, que su doctrina personal coincide estrechamente con la estética colectiva del postmodernismo antes esbozado.

Es cierto que López Velarde rechazaba el cerebralismo y rehuía la sistematización de sus ideas, creyendo en la emoción y el sentimiento como fuente inagotable de la creación artística, pero no es menos cierto que el poeta al mismo tiempo tenía una lúcida conciencia crítica. El mundo es mágico, dijo una vez, y, mediante la palabra, quería iluminar tanto la esencia de ese mundo como la suya propia. En su obra expresaba las profundas y auténticas vivencias que la vida le ofrecía, dejándose llevar por la emoción de todas las cosas por humildes e insignificantes que fueran y mostrando en verso sus nuevos e insospechados matices. No puedo resistir la tentación aquí de copiar dos fragmentos que nos hacen ver cómo elementos tomados de la vida diaria le sirven para expresar su emoción lírica:

Mi carne es combustible y mi conciencia parda;
efímeras y agudas refulgen mis pasiones
cual vidrios de botella que erizaron la barda
del gallinero, contra los gatos y ladrones.

("El perro de San Roque")

y el segundo:

... y mis horas
van a tu zaga, hambrientas y canoras,
como va tras el ama, por la holgura
de un patio regional, el cortesano
séquito de palomas que codicia
la gota de agua azul y el rubio grano.

("Tu palabra más fútil")

Con la misma facultad emotiva, López Velarde daba una supremacía a los sentidos y las sensaciones, tan fieles en la expresión de su alma solitaria que dialogaba amorosamente con todo lo que le rodeaba. Por ello al enfrentarse con el mundo anhela encontrar la unidad en la dispersión de las cosas. Las desnuda e indaga en su recóndito misterio.

También cabe recordar aquí que la madurez literaria de López Velarde coincide con aquel momento en que la nación mexicana misma, volviéndose hacia su propio ser, buscaba su ecuación vital e histórica. Al hablar del nacionalismo del poeta —él lo hubiera llamado *criollismo*— importa insistir en que quería captar la expresión medular y no epidérmica del país, siempre

a la altura de un arte personal y refinado. Creía, pues, que los tópicos nacionales podrían ser tratados con decoro estético sin desvirtuar el arte. Cuando vuelve los ojos a lo nacional, aprovechándose de "la magia de dentro y de fuera", llega no sólo al descubrimiento de su propio ser como hombre y como poeta. Los conceptos de *patria* o de *provincia*, elevados a una categoría mítica, se llenan también en él de profundos contenidos espirituales. Como anota Paz con frase feliz, el nacionalismo de López Velarde brota de su estética y no a la inversa.

La conquista más permanente de López Velarde es sin duda la creación de un nuevo idioma poético. Rechaza la corrección fría y el artificio preciosista de los parnasianos. Logra dar al lenguaje común una nueva e insólita tensión artística al poner en libertad las emociones más íntimas de su alma estremecida. Tampoco se deja llevar por retóricas ni por recetas y buscando con ejemplar afán la más perfecta adecuación del espíritu a la palabra, ataca con saña el industrialismo verbal que tiraniza al escritor. Para conseguir la más aquilatada elegancia expresiva afirma el poeta que no hay "nada mejor que cortar la seda de la palabra sobre el talle viviente de la deidad que nos anima". La palabra de López Velarde es sencillamente auténtica; ha nacido de la combustión de sus huesos, según su frase pintoresca. Y el lector, a través de sus imágenes frescas y exactas, tiene la extraña sensación de estar, de verdad, viendo la realidad, porque el poeta ha descubierto aspectos nuevos en las cosas más familiares.

López Velarde, consciente de sí mismo y de los enigmas de la realidad cotidiana, escribe una poesía personalísima como respuesta inevitable a una positiva emoción lírica. Lo más insólito de los mejores versos y prosas de López Velarde, que son así descubrimiento y revelación, es que logran lo que él consideró máxima virtud en el lenguaje de su amigo José Juan Tablada: su triunfo sobre "la crasa dicción de la ralea". El poeta zacatecano sí comprendía "la función real de las palabras" y "El sistema arterial del vocabulario". No se contenta con la inercia de la lengua; la renueva; y hace que se convierta en instrumento vital, capaz de objetivar el sentimiento lírico que fatalmente se sentía llamado a expresar. López Velarde, pues, profundo conocedor de la tradición modernista pero a la vez audaz e independiente, supera aquella herencia literaria en lo que tenía de superficial e inicia, hacia 1915, la poesía mexicana moderna.

Un poema de López Velarde

Con el propósito de precisar un poco más cómo y en qué sentido López Velarde comienza a alejarse paulatinamente del modernismo de escuela, quisiera someter a breve examen uno de sus tempranos poemas publicado en 1915, año decisivo en su rapidísima evolución literaria. Se trata de "Mi prima

Águeda", poesía que, a mi juicio, figura entre las mejores realizaciones de *La sangre devota*.

El poeta, desde la capital donde ya se había instalado definitivamente, rememora aquellos lejanos días de su adolescencia provinciana en los que la prima Águeda venía a comer a casa de su madrina. Al evocar aquellas vivencias profundas de un pasado ya remoto, expresa en el poema las contradictorias sensaciones y experiencias internas que de joven sentía durante esas visitas de su prima. Y se apunta sobre todo el vago despertar de un deseo erótico, un sentimiento sin definir todavía y que él comienza a descubrir de modo tímido con la presencia de ella en la casa. En su recreación lírica de aquellos momentos, López Velarde acierta desde un principio, porque de modo certero nos hace revivir en ella la visión auténtica que hubiera podido tener un niño sensible que, entre temeroso y embelesado, presenciaba la llegada de su prima incitante:

con un contradictorio
prestigio de almidón y de temible
luto ceremonioso.

Se recordará que aquel sentimiento de miedo inspirado por la negrura del vestido de luto parece mitigarse en las próximas percepciones visuales (el color verde de los ojos y el rubicundo de las mejillas). Es decir, desde el primer momento la percibe sensorialmente a través de toda una gama de percepciones visuales y acústicas. En esos recuerdos no podía faltar un estímulo femenino predilecto de López Velarde: el timbre caricioso de la voz de la mujer que a su vez alterna con el sonido de la vajilla en la quieta penumbra del refectorio. Ella, inconsciente de la turbación del joven, teje mansa y perseverante en el sonoro corredor. Como bien se sabe, la poesía termina con una admirable síntesis pictórica, en la cual se vuelve a tomar el motivo de los tres colores (verde, negro, rubicundo) para ahora representarlos de modo plástico en el cesto policromo de uvas y manzanas, y en el ébano del armario. Con razón un crítico se ha referido a ese poema como un Cézanne dotado de sonoridad.

Ahora bien, creo que lo primero que se observa tras la lectura de esta composición es un tono conversacional y un lenguaje en el que se mezcla con la imagen poética un intencionado prosaísmo. Han desaparecido del léxico las palabras prestigiosas de antaño, para dejar lugar a un vocabulario en general cotidiano, alejado de todo modernismo. Con intención se incorpora al poema una frase, de origen escolar y dicha con cierto humor pintoresco, para referirse a su tierna edad: "y conocía la O por lo redondo". En suma, ha desaparecido la literarización de la vida.

En su forma misma la poesía en cuestión se aparta de la música habitual cultivada por el poeta modernista. Es verdad que hay un predominio tradicional de heptasílabos y de endecasílabos, libremente distribuidos, pero con ellos se mezclan también otros versos de medida distinta. La rima asonante en O-O se mantiene a lo largo del poema, y al principio parece ajustarse a un patrón más o menos regular para luego romperse al final. Se imponen con insistencia los abruptos encabalgamientos de verso en verso. Y así López Velarde logra una cierta movilidad sorprendente, un nuevo ritmo poético ajustado a la modalidad espiritual que desea expresar.

El poema parece tener la forma de un monólogo conversado y su movimiento interior, en una serie de planos alternados, corresponde básicamente a dos intenciones: los primeros y últimos versos describen a Águeda en el momento de llegar y luego la percibimos en una estampa permanente de gran plasticidad. Los versos intermedios representan las sensaciones internas experimentadas por la presencia incitante de la prima (calosfríos, embeleso). Ahora bien, lo que quiero señalar es que inmediatamente después de los *calosfríos ignotos* y los puntos suspensivos que siguen se interrumpe de modo inesperado la marcha interior de la poesía con un breve comentario oblicuo, hecho un poco al margen del desarrollo normal de la composición. En tiempo del presente ahora (todos los demás verbos son imperfectos) y entre paréntesis dice López Velarde:

(Creo que hasta la debo la costumbre
heroicamente insana de hablar solo.)

Así es que no falta aquí la autoironía tan característica del poeta maduro. Desde otra perspectiva se aleja de aquellos momentos pretéritos e ironiza sobre ellos mediante un juicio inesperado. Este procedimiento es típico de ciertos poemas de *La sangre devota*, y a la alternancia de exaltaciones y caídas bruscas corresponde, por ejemplo, la estructura interior del poema "Un lacónico grito", seguramente de la última cosecha cuando López Velarde dispuso para la publicación su libro de 1916.

Tres poetas contemporáneos hablan de López Velarde

Para finalizar las presentes páginas, cuyo propósito principal ha sido precisar un poco más el sitio que ocupa López Velarde en la poesía moderna de Hispanoamérica, quisiera recoger aquí unos testimonios que tres destacados poetas de hoy han dedicado a la obra del escritor mexicano.

Notoria es la influencia de Leopoldo Lugones sobre López Velarde; igualmente notoria es la que tuvo Lugones sobre la poesía ultraísta argentina. Esa deuda fue generosamente reconocida años después por Jorge Luis Borges, y en su medular ensayo sobre Lugones recuerda también al poeta mexicano:

La literatura de América aún se nutre de la obra de este gran escritor; escribir bien es, para muchos, escribir a la manera de Lugones. Desde el ultraísmo hasta nuestro tiempo, su inevitable influjo perdura creciendo y transformándose. Tan general es ese influjo que para ser discípulo de Lugones, no es necesario haberlo leído. En *La pipa de Kif* de Valle Inclán se advierte el *Lunario sentimental*; sin menoscabo de su originalidad, dos grandes poetas, Ramón López Velarde y Martínez Estrada, provienen de Lugones.

Borges también llama al poeta mexicano el "memorable y dulce López Velarde", y en el mismo sitio dice dentro del mismo contexto:

...aquel *Lunario sentimental* que es el inconfesado arquetipo de toda la poesía profesionalmente "nueva" del continente, desde *El cen-cerro de cristal* de Güiraldes hasta *El retorno maléfico* o *La suave patria*, de López Velarde, acaso superiores al modelo. (Eso, sin aludir a remedos incompetentes, como la chabacana *Pipa de Kif*.)

Borges, sin poner ningún reparo a la marcada originalidad del escritor mexicano, lo ve más que nada como extensión casi fatal de Lugones, y, de este modo, parece insinuar su ubicación entre el modernismo y la nueva poesía de vanguardia que tanto debe a Lugones. No me interesa buscar paralelos imposibles, pero no puedo olvidar que en *Fervor de Buenos Aires* (1923) se trata de otro poeta caminante y ensimismado, que a su vez también se eternecía ante los atardeceres y los ocasos de la capital argentina. En unos versos lacónicos, de tema porteño, las enérgicas imágenes de Borges se proyectan a dimensiones metafísicas y expresan, con cierto aparente desdén por los meros halagos musicales del verso, *su pensativo sentir*. Recordemos que la poesía de Borges se vuelve instrumento de conocimiento y que incluso él mismo en una ocasión define su programa estético de la siguiente manera:

Yo solicito de mi verso que no me contradiga,
y es mucho.

Que no sea persistencia de hermosura, pero
sí de certeza espiritual.

A pesar del abismo que media entre los dos poetas, se me antoja que López Velarde hubiera podido firmar estos versos de Borges. Quisiera agregar que el ultraísmo, como todos los ismos de vanguardia, pretendía, como dijo una vez el mismo Borges, la "reducción de la lírica a su elemento primordial: la metáfora". Sin embargo, Borges, al ordenar en libro sus poesías tempranas deja de lado los poemas más visiblemente de la secta y hasta afirma en el prólogo a *Fervor de Buenos Aires*, ahora suprimidos: "...Siempre fui novelero de metáforas, pero solicitando fuese notorio en ellas antes lo eficaz que lo insólito."

En sentido texto fechado en 1963 Pablo Neruda habla con mayor extensión de la obra poética de López Velarde y, llamándole "poeta esencial y supremo de nuestras dilatadas Américas", no escatima los elogios cálidos. Estas páginas de Neruda revelan una atenta y cordial lectura de López Velarde y, por no ser lo suficientemente conocidas, me permito transcribir unos cuantos párrafos de ellas:

No hay poesía más alquitarada que su poesía. Ha ido de alambique en alambique destilando la gota justa de alcohol de azahar, se ha reposado en diminutas redomas hasta llegar a ser la perfección de la fragancia. Es tal su independencia que se queda ahí dormida, como en un frasco azul de farmacia, envuelta en su tranquilidad y en su olvido. Pero al menor contacto sentimos que continúa intacta, a través de los años, esta energía voltaica. Y sentimos que nos atravesó el blanco del corazón la inefable puntería de una flecha que traía en su vuelo el aroma de los jazmines que también atravesó.

Ha de saberse, asimismo, que esta poesía es comestible, como turrón o mazapán, o dulces de aldea, preparados con misteriosa pulcritud y cuya delicia cruje en nuestros dientes golosos. Ninguna poesía tuvo antes o después tanta dulzura, ni fue tan amasada con harinas celestiales.

Pero bajo esta fragilidad hay agua y piedra eterna. Cuidado con engañarse. Cuidado con superjuzgar este atildamiento y esta exquisita exactitud. Pocos poetas con tan breves palabras nos han dicho tanto, y tan eternamente, de su propia tierra. López Velarde también hace historia.

Y, por último, Neruda lo sitúa en la constelación de poetas que concluían el modernismo en aquella época de transición:

En la gran trilogía del modernismo es Ramón López Velarde el maestro final, el que pone el punto sin coma. Una época rumorosa ha terminado. Sus grandes hermanos, el caudaloso Rubén Darío y el lunático Herrera y Reissig, han abierto las puertas de una América anticuada, han hecho circular el aire libre, han llenado de cisnes los parques municipales, y de impaciente sabiduría, tristeza, remordimiento, locura e inteligencia los álbumes de las señoritas, álbumes que desde entonces estallaron con aquella carga peligrosa en los salones.

Pero esta revolución no es completa, si no consideramos este arcángel final que dio a la poesía americana un sabor y una fragancia que durará para siempre. Sus breves páginas alcanzan, de algún modo sutil, la eternidad de la poesía.

Octavio Paz, por su parte, va algo más lejos en su intento de ubicar a nuestro poeta y parece percibir su más absoluta modernidad. Dentro del caso, sin olvidarse nunca de Laforgue, recuerda Paz al joven Huidobro, a

Tablada (el de *Un día*) y hasta el primer Eliot diciendo que algunas de las mejores obras de López Velarde, en prosa y en verso, "...lo hacen un poeta moderno, lo que no podía decirse, en 1916 ó 1917, de casi ninguno de sus contemporáneos en lengua española". Aunque más adelante admite Paz que López Velarde no pudo del todo liberarse de la poesía anterior, a renglón seguido ofrece el siguiente testimonio, digno de ser copiado aquí:

Hay que repetirlo: la poesía moderna nace en Hispanoamérica antes que en España (con la única y gran excepción de Gómez de la Serna) y uno de sus iniciadores es Ramón López Velarde. Con él empieza una *visión* de las cosas que todavía seduce a espíritus tan opuestos como Jorge Luis Borges y Pablo Neruda. La mirada, el saber que sabe, es el atributo (la condenación, sería más justo decir) del poeta moderno. López Velarde vive una compleja situación moral —y sabe que la vive, al grado que ese saber se le vuelve más real que la realidad vivida... Conciencia de su fatalidad y conciencia de esa conciencia: de ahí brotan la ironía y el prosaísmo, la violencia de la sangre y el artificio pérfido del adjetivo. Juego mortal de la reflexión: la transparencia de la palabra ante la opacidad de las cosas, la transparencia de la conciencia ante la opacidad de las palabras, el reflejarse sin fin de una palabra en otra, de una conciencia en otra...

Conclusiones

Citados con cierta extensión los juicios de Borges, Neruda y Paz, permítanme para concluir añadir algunas consideraciones más personales sobre el lugar que tan decorosamente ocupa Ramón López Velarde en la poesía hispanoamericana. Como he dicho anteriormente, es a mi parecer un poeta de transición entre dos épocas históricas: la modernista y la vanguardista. Clasificado Vallejo como poeta de vanguardia es además el poeta más importante de su generación americana. De modo fatal es heredero del modernismo, pero su alejamiento de él es poco menos que obvio: rompe con la estructura y con el lenguaje del poema modernista. Pero, ¿en qué sentido podría considerarse López Velarde un precursor de la vanguardia? Es verdad que la metáfora, santo y seña del ultraísmo, es constante arma en el estilo de López Velarde. Sin embargo, sus imágenes, novedosas y sorprendentes, no inventan nuevas realidades, sino que sirven para profundizar en su propia realidad y en la del mundo en torno. En efecto, es más fácil decir lo que no tiene de vanguardista. El poema lópezvelardeano es mucho más que un enfilamiento de imágenes más o menos inconexas; es una contemplación de realidades conocidas que se recrean en sus aspectos menos esperados y más ocultos. Su poesía, por difícil que sea, suele tener desarrollo temático coherente, y López Velarde nunca se inmersa en el mundo de lo irracional. Tampoco se entrega a la exaltación de la máquina y su dinamismo, síntoma de la

nueva tónica vitalista en la época de post-guerra a la manera de Marinetti y sus futurismos. En López Velarde no existe aquel espíritu subversivo que caracteriza ciertas incoherencias de la década de los 20; la suya es una obra constructiva; y no corta ruidosamente sus amarras con la tradición artística. Es un poeta serio que no da un sentido deportivo, de juego intrascendente, a la vida, lo cual no quiere decir que no la haya visto con una profundísima ironía. Como Lugones —recuérdese el prólogo al *Lunario*— avanza por el camino del verso libre, aunque no suele abandonar por completo la rima, proscrita por las teorías de vanguardia. Y no olvidemos que en sus últimos poemas vuelve a una forma tradicional. En fin, cierta contención y mesura impedían que se entregara a las acrobacias e incoherencias que se pusieron de moda en la poesía de los años veinte.

En este contexto, quisiera referirme a un breve testimonio de López Velarde contenido en una carta de 1919 dirigida a su amigo José Juan Tablada, a su vez iniciador por aquellos años de ciertas piruetas vanguardistas en la poesía mexicana. En la carta aludida se expone una actitud de reserva y de duda ante la poesía ideográfica que ensayaba Tablada. Nos hace ver también los conocimientos que tenía ya de la poesía francesa más reciente y la fundamental seriedad con que concebía el quehacer literario. He aquí las palabras de López Velarde:

... Mi actitud, en suma, es de espera. Hasta hoy, lo ideográfico me interesa, más que por sí mismo, por usted que lo cultiva. Desde que conocí lo de Apollinaire, se me quedó la impresión de algo convencional... Hoy por hoy, dudo con duda grave de que la poesía ideográfica se halle investida de las condiciones serias del arte fundamental. La he visto como una humorada, capaz, es claro, de rendir excelentes frutos si la ejercita un hombre de la jerarquía estética de usted...

Igualmente interesante es la respuesta de Tablada, en la cual defiende sus nuevos procedimientos y recuerda que el mismo López Velarde es un encantador ejemplo de liberación personal frente a la tiranía de las retóricas de antaño, pero rebasaría los límites del presente estudio detenerme en ella. Sería vano especular sobre la evolución poética de López Velarde si más tiempo hubiera vivido, pero me inclino a creer que habría seguido por el camino más sereno y reflexivo tan aparente ya en los versos más regulares de *El son del corazón*. A juzgar por aquellos últimos versos, tal vez hubiera logrado, en el sentido más amplio de la palabra, una poesía más clásica en la forma y en la entonación del verso, sin entregarse jamás a las novedades acrobáticas de la poesía vanguardista.

A pesar del rótulo siempre sospechoso y tantas veces reiterado de que López Velarde es el cantor de la provincia mexicana o que es el más mexi-

cano de los poetas mexicanos, al conmemorar ahora el cincuentenario de su muerte, hay que insistir a mi juicio en que su obra no sólo ocupa un lugar distinguido en la poesía de lengua española, sin limitaciones geográficas de ninguna clase, sino que también logra su merecida pervivencia por ser una intensa aventura espiritual descrita en una nueva lengua que abre ya el camino a la poesía mexicana de generaciones posteriores. No creo exagerar al afirmar que la obra de López Velarde, en verso y en prosa, no ha perdido en cincuenta años ni un ápice de su vigencia sino que, por auténtica, está abierta a nuevos encuentros con la belleza espiritual.

EDUARDO LUQUÍN *

Por don DANIEL HUACUJA

Con reverencia vengo animado por el propósito de hacer una somera remembranza de la vida próspera del señor don Eduardo Luquín, uno de los dilectos colegas cuya ausencia definitiva deplora profundamente esta ilustre institución.

Nuestro caballeroso colega vino al mundo en las postrimerías del siglo anterior. Nació en Sayula, cabecera del ex cantón del mismo nombre en el Estado de Jalisco, el día 6 de febrero de 1896.

Es aquella población tan antigua como de notable renombre: Ya en 1561 existía allí un convento de franciscanos y han sostenido su prestigio de ciudad principal la industria y actividades comerciales de sus habitantes.

De aquel poblado fue oriundo su señor padre, quien se trasladó a Zacualco, de la misma entidad federativa, en donde brotó y cristalizó su noviazgo con una exquisita dama, tierna y cariñosa, con la cual contrajo nupcias. Aquel limpio y honrado matrimonio procreó al que llegó a ser nuestro amable amigo y colega.

Cuando don Eduardo vio la luz primera, Sayula constituía el centro de aprovisionamiento de los pueblos y rancherías circundantes; el sitio era hermoso y atrayente por la galanura de los árboles que lo sombreaban con su frondoso follaje y le daban esplendor miriadas de plantas florecientes.

Dinámicos y progresistas, los vecinos disponían de un teatro de pequeñas dimensiones y habían organizado varios establecimientos educativos en los que afanosamente actuaban maestros diligentes guiados por directores de mérito indiscutible.

En aquel medio transcurrió placenteramente su niñez, rodeado de un ambiente risueño y saludable.

Llegado a la edad escolar su padre lo inscribió en un plantel con objeto de que iniciara su educación primaria. De aquellos días conservaba un re-

* Leído en sesión pública del 10 de diciembre de 1971.

cuerto borroso y muy vago aunque aparecían con perfiles claros el empeño y abnegación de quienes fueron sus maestros.

Al concluir los cursos elementales su progenitor dispuso que continuara su enseñanza en la ciudad de Guadalajara y salvada la secundaria, ingresó al Liceo de Varones de la misma capital jalisciense con la mira de emprender los estudios que, bien llevados, le dieran la satisfacción de recibir el título de abogado, pues íntimamente acariciaba la ilusión de emular los pasos de su señor padre, licenciado en Derecho, a quien admiraba profundamente como hombre honesto, reflexivo y prudente.

En la adolescencia, al lado de sus camaradas preparatorianos, tuvo su primer acercamiento a los grandes líricos españoles; fueron los albores de sus inquietudes literarias, los destellos de espiritualidad y de poesía que daban alivio a las inquietudes artísticas que asomaban.

Ya entonces el Liceo tapatío funcionaba ganando éxitos culturales manifiestos; por sus aulas habían discurrido personas de talento envidiable que después dieron con sus nombres luz y brillantez en el campo de la medicina, de la jurisprudencia y de las letras. El Liceo de Varones era la fuente intelectual que atraía la atención de tutores y padres de familia radicados en Colima, en Sinaloa, en Guanajuato y hasta en Sonora, que pugnaban por lograr que sus vástagos o tutorados tuvieran acceso a ese venero prestigioso para llevar a los labios el agua lustral de la sabiduría. Allí encontró ámbito propicio y prometedor para sus sueños; allí comenzó sus escarceos literarios ofreciendo a su pequeño mundo algunos breves artículos que hacían vislumbrar su futuro.

Por cuanto atañe a la carrera de jurista, no logró, transcurrido un plazo razonable, dominar los estudios concernientes ni obtener resultados satisfactorios, motivo por el cual su señor padre, consciente de la situación, con la respetabilidad que imponía su austera calidad, lo llamó a su presencia para notificarle con acento grave: "Te quedarás aquí; no naciste para los estudios."

Inconsolable por aquella drástica determinación, vagaba sin rumbo por las callejas de Zacoalco; poseído de un fastidio mortal, deploraba asistir al lento deslizamiento de sus días en un mundo de horizontes para él angustiosamente vacíos.

Se alejó del hogar y se dedicó a trabajar en menesteres sencillos; supo de punzantes carencias; sufrió el amago y la mordedura de necesidades vitales insatisfechas; probó la cruel tortura de la soledad y tuvo oportunidad de palpar y valorizar, por contraste, la férrea voluntad de los hombres que capean el vendaval y se mantienen a flote merced al esfuerzo de sus manos callosas; aprendió a sortear los escollos, a defenderse de las asechanzas, a rebelarse en contra de quienes se atreven a causar daño para disfrutar de beneficios ile-

gítimos y a lo largo de tres años de pesadumbres persistía el aguijón que lo espoleaba a volver sobre sus pasos y reanudar la carrera dolorosamente trunca.

Echando mano al bagaje de conocimientos que poseía, aprovechó la ocasión que le brindó alguno de los candidatos que aspiraban a ocupar la primera magistratura de Jalisco y, exento de antecedentes políticos, joven, brioso y dinámico, se alistó en el equipo de fogosos oradores encargados de exaltar los elevados y altruistas propósitos que aparecían en el futuro programa de gobierno. En campañas electorales similares y en otras varias jornadas cívicas empleó con vehemencia las dotes oratorias que en tiempos anteriores trató de cultivar en el seno de la sociedad literaria integrada por jóvenes estudiosos que actuaban bajo el nombre de Club Fiat Lux.

Se aguardaban sucesos tormentosos; se enseñoreaba la inquietud en todos los ámbitos del territorio nacional; afluían en hervor las airadas protestas contra el proceder de las autoridades que durante largos años impusieron la actitud sumisa, aherrajaron la libertad individual; reprimieron la libre expresión y ahogaron el pensamiento ciudadano.

Fermentaban con igual potencia, tanto en el agro como en la urbe, el descontento y el odio contra los gobernantes, a pesar de los magnos y constantes esfuerzos que éstos realizaban por acallar las voces y ocultar la violencia de la lucha armada que al fin estalló con estrépito y con furia de vorágine se expandió por campos y montañas.

En Guadalajara golpeó inexorablemente la ola incontenible cuando el estado psíquico de nuestro biografiado se debatía en perennes reflexiones acerca de su pasado, que él conceptuaba como de ninguna significación y vislumbraba el cercano futuro preñado de presentimientos nebulosos.

Los vehementes discursos revolucionarios que con frecuencia escuchó brotados de labios de jóvenes inteligentes, las prédicas sugerentes de Roque Estrada y las arengas convincentes del caudillo Madero, que despertaban y sacudían los ímpetus ardorosos de las masas populares, adquirieron pujanza devastadora agravada por el arribo a esa población de los contingentes corralistas que bregaban por concitar la buena voluntad de obreros y campesinos con ánimo de atraer simpatías y ganar adeptos al partido gobiernista.

Las ideas sostenidas desde la tribuna por su condiscípulo Juan Parra González fueron definitivas: "Los estudiantes no podemos ni debemos permanecer pasivos e indiferentes. Lancémonos a la lucha. Organicémonos como mejor podamos", pues, pocos días después partió rumbo a México resuelto a enlistarse en las filas revolucionarias. De la capital se trasladó al puerto de Veracruz en donde el Primer Jefe Constitucionalista dictaba sus planes de acción desde el edificio de "Faros".

Ingresó como reportero de *El Demócrata*, periódico diario encargado de propalar los principios revolucionarios. La circunstancia de colaborar con la pluma le produjo satisfacción íntima porque las labores que se le encomendaron se avenían mejor que el fusil al logro de sus aspiraciones literarias.

Transcurrido corto espacio causó alta en el Batallón de Señales de la División Supremos Poderes con el grado de subteniente y al iniciar sus funciones ni remotamente sospechaba los rigores y privaciones que lo iban a asae-tear, no sólo en lo tocante a la alimentación, sino a otros ínfimos menesteres como el lavado de sus escasas prendas que personalmente tuvo que realizar al lado de soldaderas y hembras de poco recato con notorio quebranto del decoro que debe salvaguardar un oficial del ejército.

Surgió poco más tarde la escisión en las fuerzas constitucionalistas. Quienes se declararon en abierta rebelión se posesionaron del camino que une al puerto de Veracruz con la capital. El Primer Jefe optó por evadir el encuentro y concluyó por embarcarse en el cañonero "Bravo" para establecer su centro de operaciones en Tampico. Quienes integraban su escolta personal y los que pertenecían a la División Supremos Poderes le acompañaron en el viaje y también le siguieron en su recorrido al través de las entidades federativas del norte del país. Matamoros, Reynosa, Monterrey, fueron algunos de los lugares visitados con marcado interés, así como otras poblaciones importantes hasta llegar a Querétaro, en donde el Primer Jefe determinó fincar la sede de su gobierno por todo el tiempo que exigiera la resolución de los urgentes problemas que justamente le preocupaban y de los cuales no era de los menos apremiantes el planteado por la presencia en nuestro territorio de la Expedición Punitiva norteamericana.

Triunfante el ejército constitucionalista e investido el señor Carranza con la alta jerarquía de Presidente de la República pudo dar pábulo a los elevados propósitos que siempre prohió de conceder atención primordial a los reclamos de la cultura.

Entre otros trascendentes acuerdos dictó el relativo a sostener el pago de haberes a los jefes y oficiales que a causa de haber tomado las armas de combate hubieran dejado trancos los estudios que tenían principiados. El señor Luquín se acogió a los beneficios de tal disposición para reanudar la carrera de leyes que principió en su Estado natal. Esta determinación no era inspirada por el placer que engendra el estudio, más bien obedecía a la idea de aprovecharla como ariete para abrirse paso y como recurso óptimo para adquirir cuanto fuera indispensable en el desahogo de sus exigencias diarias.

Por otra parte, como una obsesión prevalecía en su mente el pensamiento de conocer París. Juzgaba, como la generalidad de sus coetáneos, que no podría alcanzar alta espiritualidad y esplendor artístico y científico mientras no hubiera disfrutado del ambiente europeo ni penetrado en las aulas de la

Sorbona. En la edad juvenil paladeó los relatos atrayentes aparecidos en la *Revista Azul* con la galanura expresiva de Manuel Flores, de Amado Nervo, de Luis G. Urbina y de otros dilectos escritores que donosamente daban a conocer las espléndidas impresiones recibidas en tierras francesas.

Como providencial calificaba la ventura de haber conocido y tratado al eminente filólogo don Pedro Henríquez Ureña quien, durante su estadía en México, hizo patente su egregia calidad en el campo de la crítica y de la glosa literaria al estudiar con ahínco la potencia dramática de nuestro jorobado magnífico.

Don Pedro era elemento valiosísimo en el seno de la brillante pléyade de intelectuales que integraron el Ateneo de la Juventud y Luquín se acercó a él con el ruego de que intercediera ante el licenciado don José Vasconcelos —por entonces consagrado a las agobiantes tareas de hacer resurgir la Secretaría de Educación Pública— a fin de que le fueran cubiertos por conducto del consulado mexicano en París los sueldos que tenía asignados como teniente del ejército.

La influencia de Henríquez Ureña, de quien son deudores muchos intelectuales del México contemporáneo fue definitiva, si bien es cierto que no tuvo obstáculos que vencer para lograr la aquiescencia del licenciado Vasconcelos, porque en este hombre fueron notorias, además de su genialidad y excepcionales alcances de fecundo prosista, su voluntad a toda hora dispuesta a brindar apoyo y aliento a las generaciones nuevas, actitud altruista que con justicia originó que alcanzara el dictado de Maestro de la Juventud, título que por general consenso le fue reconocido.

Semanas después, el solicitante tuvo en sus manos el acuerdo favorable firmado por el presidente Obregón.

Preparó lo indispensable para el viaje y tomó pasaje en el trasatlántico "Espagne" para cruzar el océano. Hasta Veracruz le acompañó un joven letrado que ya era una promesa y de quien siempre gozó el privilegio de estrechar la mano amiga, don José Gorostiza, el protector que la Providencia puso en su camino, el que en varios de los episodios de su vida actuó como guía y consejero y a quien se sintió vinculado por los lazos de una amistad indestructible.

La travesía marítima fue pródiga en incidentes placenteros y tras del cúmulo de emociones que experimentó en el tránsito, el navío soltó anclas en Saint Nazaire. Por ferrocarril tomó rumbo a París. Al sentir la proximidad de la ciudad luz, el gozo de mirar cumplidos sus viejos anhelos, aceleró en forma impresionante el ritmo de sus pulsaciones.

Su permanencia en la capital francesa fue relativamente corta. A instancias de uno de sus amigos que radicaba en España visitó a Madrid y después de corta permanencia allí, regresó a la patria.

Fue en la época en que el general Calles ocupaba la primera magistratura de la República cuando el señor Luquín, luego de sustentar el examen de suficiencia en la Secretaría de Relaciones Exteriores, obtuvo el puesto de canciller de primera con adscripción a la Legación de Londres, donde prestó servicios por el término de tres años.

Así inició su carrera dentro del Servicio Exterior Mexicano.

En 1932 fue nombrado vicecónsul y con esa categoría fue enviado a Guayaquil para el desahogo de una misión especial. Al año siguiente se le acreditó con el carácter de Encargado de Negocios en la república ecuatoriana y al ser ascendido al cargo de Tercer Secretario, quedó adscrito a la Embajada Mexicana en la capital brasileña.

Desafortunadamente su salud sufrió serio quebranto y a causa de tan lamentable motivo se vio obligado a permanecer alejado de sus funciones oficiales hasta 1937. Recuperada la tranquilidad estuvo en aptitud de reanudar sus labores y con el propósito de aprovechar sus buenos oficios se le encomendó una misión en Valencia, España.

Retornó al país y en el lapso comprendido entre 1938 y 1951 colaboró como Jefe del Departamento de Asuntos Políticos de la Dirección General del Servicio Diplomático. Por su laboriosidad y apego al trabajo su cooperación fue utilizada en España, Holanda, República de El Salvador, Inglaterra, Suiza, Ecuador, Cuba y Haití. En cuanto le fue encomendado desplegó atención notoria y solícitamente buscó la forma eficaz de cumplir el programa de difusión cultural que compete a nuestros representantes en el extranjero. Por sugerencia de la Secretaría de Relaciones, la Secretaría de la Defensa Nacional le otorgó la condecoración del Mérito Militar.

Dentro de las lides de escritor, figuró como articulista de los diarios metropolitanos *El Nacional* y *Novedades* y una o dos veces por semana aparecieron sus conceptos relacionados con los sucesos acaecidos en el escenario de la vida actual de México.

Renuente a sufrir hirientes punzaduras, decidido a evitar que las memorias de su edad adulta laceraran más angustiosamente su corazón, eludía ocuparse en relatar episodios de su vida madura y prefería narrar añoranzas de su infancia y trances de sus años mozos. Sin embargo, además de *Espigas de infancia y adolescencia*, editó otra obra con el título de *La profesión del hombre* que incluye la reconsideración del pensamiento del ilustre José Enrique Rodó insistiendo en que para elevar al ser humano al nivel que le corresponde, necesita cultivar la belleza en sus manifestaciones tan múltiples como variadas y practicar las virtudes indispensables a la convivencia humana.

Es de sumo interés, asimismo, la obra que tituló *La política internacional de la Revolución Constitucionalista* porque retrata la actitud gallarda del Presidente Carranza quien, celoso de mantener incólume el decoro nacional,

bizarramente apartó el riesgo de los escollos y se mantuvo a distancia equidistante, por un lado, de la sumisión servil y por el otro, de una provocación que hubiera sido suicida.

Publicó, además, varias novelas, entre otras, *Los embozados*, *Los perros fantasmas*, *Aguila de oro*, *La virgen y la diosa*, *Tumulto*, *La cruz de mis vientos*, etcétera.

Ignoro cuáles y de qué gravedad serían las causas que ensombrecieron su existencia y que en los últimos tiempos le convirtieron en un hombre apartado de los demás, reconcentrado y pensativo. Ya en 1967 consideraba haber recorrido totalmente su camino después de saborear todos los placeres y experimentar un sin fin de amarguras. Estimaba concluida su misión en el mundo y antes de asistir al desplome de su arboladura convertida en astillas, antes de arriar para siempre su bandera, estaba estoicamente dispuesto a esperar el momento del anclaje definitivo. Éste ocurrió el día 23 de enero de este año y tan lamentable deceso dejó a sus parientes hundidos en intenso dolor y a sus amigos y colegas transidos de sincero pesar.

ERMILO ABREU GÓMEZ *

Por don EFRÉN NÚÑEZ MATA

Un niño camina por tierras yucatecas. Es vivo, delgado con una cabeza alborotada de sueños. Ha oído más de una vez El Alabado de los peones —verdaderos siervos— de las haciendas henequeneras. Los ha visto cubiertos de harapos y con el rostro de hambre y se le ha pegado la estampa, la pesadumbre de su pueblo en la propia sangre.

El niño se llamaba Ermilo Abreu Gómez. Nació en la noble ciudad de Los Molinos, en Mérida, el 18 de septiembre de 1894 y a muy corta edad se fue a vivir con sus padres —Lorenzo Abreu Canto y Margarita Gómez Gutiérrez— a Cansahcab, poblado de pocas casas, trístón y solitario. El paludismo era endémico en toda la península y el niño Ermilo fue víctima del hematozoario de Laverán por tan largo tiempo, que lo volvió un muchacho endeble, anémico, y su única diversión era ir a ver el mar cuyas aguas tumultuosas venían a romperse al litoral. Veía cruzar una que otra vela y lo incitaba, como el mar, a viajar. Creo que su gusto por caminar por otros mundos le vino de aquí, pues el escritor yucateco viajó como pocos, como si el ansia de conocer no tuviese límites.

* Leído en sesión pública del 10 de diciembre de 1971.

Hizo en Mérida sus primeros estudios, después —tras un viaje entonces dificultoso— pasó a Puebla y a México. El verdadero estudio, el que llena cabeza y corazón, y da la óptima dimensión al intelectual, son los libros que Ermilo Abreu Gómez materialmente devoró. Estaba hecho el hombre.

Como prócer escritor tiene atributos que enaltecen su vida. Escribió mucho, para grandes y pequeños, sobre su tierra y sobre su patria; el pueblo está presente aun en aquellas obras que parecen simplemente literarias. Adquirió merecida fama que ilustra su vida, mas siempre fue un hombre sencillo, cordial, humano. En muchos años que dedicó al periodismo, a los libros y a los ensayos, nunca tuvo otra preocupación que exhibir los valores de su país. Varias veces se mencionó su nombre en cualquier protesta que se hiciera contra un hombre o contra un pueblo, pues en esa conducta pública jamás torció su convicción de hombre libre y defensor de la libertad.

Como mera recordación de parte de su obra voy a mencionar algo de su bibliografía. Publicó, en orden cronológico, *El Corcovado*, 1924; *Vida del venerable Siervo de Dios, Gregorio López*, 1924; *Romance de reyes*, 1926; *Pasos de comedia*, 1926; *Sor Juana Inés de la Cruz*, 1934; *Clásicos, románticos, modernos*, 1934; *Iconografía de Sor Juana Inés de la Cruz*, 1934; *Semblanza de Sor Juana*, 1938; *Ruiz de Alarcón. Bibliografía crítica*, 1939; *Juan Pirulero*, 1939; *Canek*, 1940; *Pirimplín en la luna*, 1942; *Héroes mayas*, 1942; *Tres nuevos cuentos de Juan Pirulero*, 1944; *Lecciones de literatura española*, 1945; *Un loro y tres golondrinas*, 1945; *Sala de retratos*, 1946; *Quetzalcóatl*, 1947; *Popol Vuh*, 1951; *Naufragio de indios*, 1951; *Tata Lobo*, 1953; *La del alba sería*, 1954; *Duelos y quebrantos*, 1959; *Cuentos para contar junto al fuego*, 1959; *Leyendas y consejos del antiguo Yucatán*, 1961; y otras más, algunas de gran mérito, que conserva en lugar predilecto de su biblioteca la Academia Mexicana. La mejor bibliografía que conozco fue compuesta por Cecilia Silva de Rodríguez, en 1971.

Se le ha señalado como sorjuanista, y hay razón para hacerlo, pues le dedicó largas horas de investigación, aunque tuvo un pequeño dolor de cabeza con cierto crítico académico que le encontró alguna mosca en la sopa, de la que Ermilo no fue responsable. Tanto era su querer por la Décima Musa, que a una de sus hijas le puso el nombre de Juana Inés. Obra sería la suya que se refiere a la insigne poetisa mexicana de la época de la Colonia.

No era Abreu Gómez hombre que discutiera y abominara de nadie: su obra sobre Ruiz de Alarcón —el excelso dramaturgo del Siglo de Oro español— lo muestra como legítimo mexicano, cuidadoso de lo que es o pertenece a México; lo que dice de Gregorio López, manso predicador entre los indios, ejemplifica una crítica que da contorno a un hombre bueno.

Aun en aquellas obras de niños o donde los protagonistas son niños; en las fábulas y tradiciones, cuidó la palabra sin artificio, limpia, como correspon-

de a una lengua —la española— que nos pertenece como legado precioso e indisputable. Esa prosa que parece tan sencilla, requería gran pulimento y cuidadosa sintaxis de crítico severo para sí mismo. Lo que iba al periódico era producto de una manera de entretener con hilos de oro la tela de un buen decir.

El indio no fue olvidado. Señalaré una obra: *Naufragio de indios*, cuyas páginas en que el drama cubre el capítulo de la narración, recogen las leyendas del antiguo Yucatán. *Tata Lobo* entra en la mitología maya. Son las pequeñas grandes cosas que el escritor expresó a la luz de estos tiempos, como confirmación de la idiosincrasia del pueblo. Tiene gracia particular cuando habla de don Catrín de la Fachenda y Tata Lobo, como dos personajes cínicos. En la *Conjura de Ximún* —novela de guerra— el escritor presenta a una multitud de indios despojados que se rebelan; humillados y atormentados por los blancos, mueren algunos y no encuentran justicia. Vivo y agrio el relato contra el blanco.

En *Sala de retratos* pinta, con mano maestra, a intelectuales de la época presente y que cruzaban por la vía mexicana, a veces olvidados o discriminados: porque en México hay que tener suerte para figurar en una antología de próceres o de buenos. Abreu Gómez dio los rasgos esenciales al libro.

Obra de la mente lúcida de Abreu Gómez —que lleva ya muchas traducciones— es *Canek*. El protagonista es un niño que se llama Guy. Guy es el mismo Ermilo. Está junto a un patricio: Jacinto, quien instruye al niño arrobado por el mundo que le rodea. El diálogo es claro, humano, lleno de excelencias. Guy se asoma a un pozo y ve el cielo. El cielo está iluminado de estrellas, y la tierra también se ilumina, y el camino y el monte... Se iluminan los corazones: porque en Canek está la raíz de lo estricto humano y con medida. Ha tenido millones de lectores.

En un viaje que hice a Chicago encontré las huellas de Abreu Gómez. Él, como yo lo hice, tuvo en sus manos el manuscrito del P. Ximénez, en la biblioteca de New Berry, y recoge lo que algunos críticos han llamado el libro por excelencia de los quichés: el *Popol Vuh*. La versión de Abreu Gómez tiene calidad, como la de Recinos, el mejor entre muchos.

Por último, me referiré a una obra que es experiencia y sucedidos en su vagar por el continente: *Andanzas y extravíos* que publicó la casa Botas en 1965, en que reúne —dice él mismo— copias de cartas que dirigió a María Asúnsolo, en las que cuenta lo que vio y sintió en sus viajes por nuestro continente, relatos éstos magníficos como *Cerquita del Tequendama*, *Cartagena de Indias*, y otros.

Escribió mucho. *La vida de Juárez niño* me recuerda la magnífica obra del escritor oaxaqueño Adalberto Carriedo titulada *Juárez niño*, envuelto

en la poesía donde nació y vivió. En 1972, año que se dedica al gran Patrio, deben conocerla los niños de México. Hay ahí aliento patrio.

En el lato sentido de la palabra fue un maestro. Sabía cómo trasmitir los conocimientos y cómo realizar esa noble tarea en el desenvolvimiento integral del individuo. No fue raro encontrar a algunos jóvenes que conversaran con él en su casa y a los cuales atendía como quien tiene un positivo deber de darse con cariño. Veía en la juventud a una nueva generación empeñada en descubrir y aun en inventar mundos. En los Estados Unidos fue maestro de literatura española en varias universidades: la de Illinois, en Chicago; American University, en Washington; Widdleberg, en Vermont. Ya en México lo fue en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional Autónoma. En los últimos días de su vida iba a la Universidad de Toluca con la misma llaneza que siempre ostentó; mas como sintiera alguna molestia, consultó al médico y éste paró en seco al incorregible maestro, trotador de mundos, prohibiéndole que continuara con esta actividad. Me confesó entonces que sentía un vacío y que la obediencia al galeno le llenaba de melancolías. Y yo lo comprendí en mi actual alejamiento de la cátedra.

A las sesiones de la Academia Mexicana llegaba temprano y conversábamos sobre asuntos diversos.

Éstas son las palabras que yo no pude decir personalmente y que el ilustre académico don Amancio Bolaño e Isla —a quien hoy también honramos— me hizo el bien de pronunciarlas en el sepelio del extinto amigo y escritor.

AMANCIO BOLAÑO E ISLA *

In memoriam

Por don JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

La noche del 24 de octubre de 1969, en este mismo lugar, tuve el honor y el inmenso gusto de dar la bienvenida al doctor don Amancio Bolaño e Isla, respondiendo a su discurso de ingreso, cuando vino a ocupar la silla XXV de esta Academia, como miembro de número que había sido electo el 14 de febrero de aquel mismo año.

Conocí y traté largamente a don Amancio desde que comencé a dar clase en la Facultad de Filosofía y Letras, donde él ya ejercía la cátedra, y de

* Leído en sesión pública del 10 de diciembre de 1971.

esto hace treinta años. Más tarde, Bolaño fue jurado del Tribunal que me otorgó la Maestría en Letras, en aquella misma Facultad. Por esa y otras altas razones debía yo llamarlo maestro, pero él nunca lo permitió, nos decíamos colegas (que también lo éramos), pero desde el mencionado día en que lo recibí en esta Academia y por ese motivo, él bromeaba llamándome "padrino" y así lo repitió y dejó escrito en la afectuosa dedicatoria que puso en el folleto en que están impresos su discurso y el mío, publicados juntos, como es costumbre, en la edición que hizo la Universidad a comienzos de este año.

Por todo eso se verá con cuánta pena estoy aquí, en este acto.

En el parvo discurso que leí, contestando el del doctor Bolaño, apenas pude referirme, en primer lugar, al *Estudio comparativo entre el Estebanillo González y el Periquillo Sarniento*, que fue el tema propio de su disertación aquella noche memorable; también hice algunos breves comentarios sobre los ensayos dedicados al *Quijote*, que figuran en su volumen de *Estudios literarios* y nada más pude añadir, porque las circunstancias me imponían una limitación de tiempo que no era prudente rebasar. Otro tanto ocurre también ahora, por eso no he de repetir nada de lo que entonces dije y, en cambio, quiero aludir a un libro de Bolaño que entonces apenas alcancé a mencionar: el que tituló, modestamente, *Contribución al estudio bio-bibliográfico de fray Alonso de la Vera Cruz*, que, con prólogo de don Agustín Millares Carlo, publicó la Antigua Librería Robredo, en esta ciudad, el año de 1947.

Tendría don Amancio cinco o seis años de residencia en México (había llegado en 1936) cuando inició la investigación y el estudio de la obra de fray Alonso de la Vera Cruz. ¿Qué le movió a hacerlo?, ¿acaso fue Millares Carlo, a quien agradece, en octubre de 1946 "sus consejos y sugerencias" para realizar la obra que en esa fecha terminó? Si alguna causa externa hubo yo creo que más determinantes serían las motivaciones íntimas, las que a todo estudioso llevan, de modo inevitable, consciente o subconsciente, a ese rumiar intelectual: leer, pensar y releer hasta digerir e incorporarlo (hacerlo cuerpo nuestro) lo que por las propias inquietudes y preferencias, atrae, inquieta, seduce y se vuelve campo nutricional y vital de la existencia anímica de uno mismo. Por eso nada tiene de extraño que la obra de una de las grandes figuras del humanismo del siglo XVI atrajese la curiosidad y el deseo de estudiarla, a un latinista como el doctor Bolaño, buen conocedor y gran devoto de la gloriosa cultura española del Renacimiento.

En la monografía de Bolaño se distinguen, claramente, cuatro partes: el capítulo primero lo destina a las fuentes documentales y bibliográficas que utiliza, no solamente enumeradas sino clasificadas con breves indicaciones valorativas. Los capítulos II y III contienen la biografía de fray Alonso,

escueta, objetiva y muy documentada. El capítulo IV es la descripción bibliográfica de las obras del ilustre agustino, mencionando las diversas ediciones de cada una de las cuatro principales, de modo rigurosísimo; por lo que esta parte es de gran valía documental.

Muy interesantes parecen ser algunas obras nunca publicadas y varias hasta hoy perdidas, como esa de 81 folios, que registró Ramírez y que parece una exposición, acaso sabiamente comentada, de los puntos fundamentales, semilla y origen del derecho internacional, expuestos por el gran fray Francisco de Vitoria en su *Relectio de indis* y en la *De iure belli*. Nada tiene de extraño el hecho, pues sabemos de cierto que Alonso Gutiérrez, antes de ser fraile y llamarse Vera Cruz, asistió en la Universidad de Salamanca a la clase del Padre Vitoria y es probable que allí le escuchara tratar esas sugerencias a mediados de 1532, pues entonces estaba el P. Alonso en Salamanca y sabemos que también durante ese curso fue cuando el Maestro Vitoria redactó su *Relectio de indis*, pues así se colige de aquella frase de la misma que dice: "Et tota disputatio et relectio suscepta est propter barbaros istos novi orbis, quos Indos vulgo vocant, qui ante quadraginta annos venerunt in potestatem Hispaniorum..."

Excusado la digresión; en tocando puntos vitorianos, algunos no podemos resistir en irnos tras ellos, y estoy seguro que a don Amancio le habría ocurrido igual, y con gusto.

Magnífico es el estudio analítico que él hace de las cuatro obras fundamentales de fray Alonso de la Vera Cruz, enriquecido con cuadros de las variantes que hay entre sus diferentes ediciones, múltiples referencias bibliográficas y buenos párrafos de citas tan adecuadas que resultan en verdad ilustrativas aun para quienes, como yo, no disponemos sino de algo menos que un tartamudeante latín.

Como es lógico, diversos son los métodos que empleó Bolaño en sus diversas obras: la exposición clara y detallada de sus libros didácticos es distinta de la exposición analítica pero abundante en observaciones críticas que abundan en los estudios de obras hispánicas, como los relativos al *Conde Lucanor*, al *Arcipreste de Hita*, etc., o a ensayos de literatura comparada, como el ya mencionado de la novela española *Estebanillo González* y la mexicana *El Periquillo Sarniento*. Y mayor contraste se encuentra, cual corresponde y debe ser, entre el austero y preciso rigor de su monografía bio-bibliográfica, sobre fray Alonso de la Vera Cruz, y el calor y gusto que encontramos en los ensayos que dedica, por ejemplo, a temas cervantinos, particularmente al *Quijote*, que rezuman el deleitoso amor con que los meditaba y los escribió.

No debo ni puedo seguir extendiéndome en estos comentarios. No es mo-

mento de hacer examen valorativo de la obra del doctor Bolaño ni soy yo, por muchas causas, a quien toca hacerlo.

Cuando vino a esta Academia lo recibimos con grande gozo y entusiasmo, por la amistad que a muchos de nosotros nos unía con él y, además, porque como dije entonces, haciéndome portavoz del sentir de todos, sabíamos que nuestra institución iba a ver grandemente facilitada su permanente tarea de resolver consultas, revisar neologismos, estudiar los mexicanismos que deban quedar incorporados al diccionario y, en fin, a todo lo que atañe al uso, evolución y cultivo del lenguaje.

De su labor en esta Academia quedan aquí cientos de fichas que son un trabajo —realizado en el poquísimos tiempo en que lo tuvimos entre nosotros—, admirable y envidiable, por mí lo digo, que confunde y avergüenza a los que tan lejos estamos de cumplir en forma semejante las tareas que nos incumben pero, a la vez, labor que nos estimula como muestra y ejemplo de lo que debiéramos realizar, aun a sabiendas de que no alcanzaríamos a hacerlo en forma similar.

"Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres...", decía Cervantes en las líneas iniciales del último capítulo del *Quijote*, llegó el tristísimo día en que despedimos a don Amancio Bolaño e Isla y en aquel momento, hablando por todos nosotros, dije que su ausencia dejaba en esta Academia un hueco difícil, muy difícil de llenar.

Pero cuando se ha tenido una vida plena de labor fecunda y se deja una obra realizada, en el magisterio, en los escritos, en las instituciones en que se colaboró, no se desaparece; porque cuando el fruto madura y se consume dejando semilla sana y fecunda, ella proseguirá la secuencia interminable de la que todos, individualmente, apenas somos parte y apariencia.

Por eso, don Amancio Bolaño, maestro, colega, amigo, sigue con nosotros.

ÁNGEL DE CAMPO EN EL SENTIMIENTO DE SU TIEMPO *

Por don MAURICIO MAGDALENO

La generación a la que perteneció Ángel de Campo fue la primera, dentro de la vida independiente de México, que disfrutó la paz. Nació justamente un año después de que la República liquidó una larga y sangrienta refriega en la que se revolvieron todas las ideas —mal digeridas las más—, todas las formas de la anarquía política, todos los trastornos de la aberración facciosa, todas las atrocidades de la intervención extranjera, que, por días, parecieron desintegrar la armazón misma del país en gestación.

Aquél —el país— no afirmaría los primeros signos de una real conciencia nacional sino tras la victoria de la República, en 1867. Ángel de Campo vino al mundo un año más tarde, precisamente cuando abrió sus puertas la Escuela Nacional Preparatoria, bajo la inspiración y la dirección del ilustre Gabino Barreda, cuya doctrina positivista impregnaría y finalmente señorearía las décadas en las cuales trascurrió la vida del costumbrista de las *Semanas alegres* de *El Nacional* y *El Imparcial*. Juárez echó las bases del edificio del México moderno: el dicho es rigurosamente incuestionable; bajo la paz de treinta años —la primera que disfrutó en toda la centuria el quebrantado país—, éste se dio fuertes vértebras. En 1895 el fisco ofreció, por primera vez, también, un presupuesto saneado, al lograr la hacienda pública la nivelación de ingresos y egresos; de ahí en adelante y año tras año crecerían las cifras del superávit.

En ese año 95 murió Manuel Gutiérrez Nájera, uno de los más finos y despiertos adalides del Modernismo, en el que florecieron los nuevos y nerviosos giros de las letras patrias y cuya influencia sería determinante en el proceso mental de Hispanoamérica toda durante un copioso tramo que rebasaría el siglo. Si el verso cobró magnificencia y timbre eminente, la prosa breve —la crónica— penetró vivamente en las fibras del tejido popular, dando garbo a un género que trascendió frecuentemente el estereotipo y la

* Leído en sesión pública efectuada el 28 de enero de 1972.

escena de brocha gorda. La vida de todos los días, el suceso vulgar, la nota sentimental, pero en todo el jugo de su entraña y en un subido nivel idiomático. Dos años antes, en 1893, murió Altamirano, el caudillo intelectual de la frondosa generación a la que perteneció y en cuyo magisterio ofició *Micrós*. Parece probable —lo aventura, al menos, Carlos González Peña— que fue Altamirano mismo el que inventó el nombre de batalla —*Micrós*— a su joven corifeo. En el 94 finó José Tomás de Cuéllar, el *Facundo* de la pintoresca vena popular de *La linterna mágica*, a quien frecuentemente se emparenta, a empellones, en consanguinidad de primer grado con el delicado autor de *Ocios y apuntes*. En el 96 desapareció, ostentando la representación diplomática de México ante la Corte hispánica, el general Vicente Riva Palacio, cuyos folletines siguen siendo aún atracción de un público fácil de contentar.

No se trata, ni mucho menos, de fijar fechas por apuro estadístico en el contorno de la vida y la obra de *Micrós*: explican su atmósfera en una época precisa, la del final del siglo, que pasa corrientemente, por simple estrabismo, por anquilosada. Si es verdad que los años finiseculares no alcanzaron ningún género de premura y que, por el contrario, su ritmo parece el de un carruaje de caballos, también lo es que aquel pulso, dentro la medida de sus compases, fruteció en una activa e intensa mentalidad que rindió una importantísima cosecha de novedades. Dentro de aquel pulso fraguó una literatura que alcanzó, cualitativa y cuantitativamente, un vigoroso aliento. Todo otro antecedente corresponde al periodo de gestación que se prolongó cerca de media centuria después de la consumación de la autonomía política. En un país que se forma, como el nuestro, con los más heterogéneos elementos de todo orden y en el que los intereses de las facciones se sobreponen, casi invariablemente, al sentimiento patrio, sería inútil buscar el sello de una literatura orgánicamente nacional. Fue necesario que la gran crisis llegase a su fin y se produjese el reposo consiguiente para que aflorase la conciencia de lo nacional y cobrase expresión mental. El hecho coincide justamente con la generación de la cual fue Ángel de Campo una de las más sensibles voces.

La vida de Ángel de Campo corre a lo largo de ese tramo de historia patria que media entre la victoria de la República liberal a los primeros estremecimientos de la Revolución. No vio su estallido (seguramente ni lo presintió), pero como tantos otros de su fila, llevaba en sus letras, por manera inconsciente —todo cambio se incubía en los pozos del inconsciente— gérmenes de inconformidad. Baste y sobre acotar que en 1892, en plena producción de *Micrós*, un periodista de combate, Heriberto Frías, lanzó en las páginas de *Tomóchic* un primer grito, estentóreo, de denuncia revolucionaria. *Micrós* no era un periodista de combate; muy por el contrario, toda forma

de combate le era constitucionalmente ajena. En sus tres más característicos libros no se enciende una chispa de rebeldía contra el *status*, pero en su pequeño mundo de humildes y desvalidos brota de la ternura un borbotón romántico de inconformidad. ¿Leyó *Micró*s a los rusos? Tal vez; la novela rusa, vía París, infiltraba en todas partes su inmenso acento social. Es más que probable que leyera, y con fruición, a Pérez Galdós, en cuyo océano latían tantos heridos nervios de pueblo. Por lo demás, la nota política no asoma, ni siquiera incidentalmente, en la producción de Ángel de Campo; tampoco disfrutó de un cargo más o menos relevante en la burocracia —menos de una prebenda— que por algún modo lo comprometiese con los intereses del régimen. Cuando llegó Limantour a la Secretaría de Hacienda ya estaba instalado en un modesto empleo que conservaría hasta su muerte.

En las páginas de *Ocios y apuntes*, *Cosas vistas* y *Cartones* (1890, 94 y 97) se retrata en fieles pinceladas de niveles ínfimos. Sus animalitos son inolvidables, y sea un perro callejero, un caballo de pica, un gato o un canario, reproducen, todos, el desdichado destino de los de abajo. Lo diferencia de *Facundo*, aparte la intención, el trazo galano de un realismo pulcramente sentimental en el que nunca nos agrede ningún género de prédica y en el que la caricatura no deforma la ironía. Tampoco tiene la preocupación del azul —bandera de sus compañeros modernistas— ni oficia en su credo; registra todos los tintes, pero cuando toca el gris acierta magistralmente, como cuando describe: "Un chopo escueto se bamboleaba a su lado (al lado de no importa qué, digo yo), tan falto de frondas y lleno de varejones, que parecía una escoba de ramas secas enterrada en el polvo", o bien: "Un muchacho descalzo, de blusa hecha jirones, mordiéndose un dedo, arrastrando el sombrero de petate y viendo a todos lados con cara de imbécil, cruzaba el salón", o bien: "Ya podía verse la fealdad del arrabal, ese muladar de casas vetustas y ruinosas, las empolvadas paredes, las callejuelas tortuosas, la zanja a flor de tierra, surcada por esas vegetaciones pálidas, esa enfermedad que se nutre de burbujas venenosas y de aguas hediondas que se teñían de negro, olían a alquitrán y arrastraban irisados manchones de grasa al recibir los desechos de una fábrica de gas", o bien: "Un perro olía las manchas de sangre y un oleaje bárbaro rodeaba un carro de ambulancia..." Y en una de las *Semanas alegres* esta aguafuerte metropolitana que anuncia el inhumano horror de las ciudades perdidas de hoy, baldón de nuestra grotesca civilización: "De aquellos caseríos fabricados con madera de muebles robados, con hojalatas tomadas del carretón de la basura; de aquellos caseríos que se esconden entre un alcor y una breña, como el mendigo que se espulga en día de fiesta; de aquellos caseríos cuya entrada guardan famélicos perros y gallinas desplumadas, y bateas rotas, y heteróclitas cercas, de allá viene esa gentuza bizarra, haraposa, gigantesca, estrábica, amarilla, flaca, percutida, comida por

llagas y por insectos, la carne tristísima de los antros, el zapato viejo del México viejo, el que a las veces arrastra y resalta en el asfalto el primer cebo del tifo..."

Tan sólo de reojo se dejan entrever los brillos de la época... el estreno de *Atzimba* y la aparición del primer tranvía eléctrico, que por cierto puso en marcha don Ignacio Mariscal, Secretario de Relaciones Exteriores... las sonadas temporadas de Virginia Reiter, Italia Vitaliani, María Guerrero, Virginia Fábregas y las disparatadas excursiones aéreas de don Joaquín de la Cantoya y Rico en su globo el *Moctezuma*... Una sorprendente curiosidad meteorológica, al pronto y al margen de las letras de *Micrós* y de toda laya de letras: una nevada en toda forma y en pleno febrero del 99 en donde menos cabía suponer: en la banda costera de Misantla, Papantla, Tlapacoyan, Tantoyuca. Un fenómeno único en la vida del país.

Un año después de la excéntrica nevada inició Ángel de Campo sus suculentas *Semanas alegres*, galas de los primeros suplementos dominicales, que escribiría ininterrumpidamente hasta la víspera de su muerte. Tan riquísimo filón tiene vetas de la más eminente ley. En una nota de Mariano Azuela, evoca el novelista de *Los de abajo* cómo conoció, mozalbate aún, a *Micrós* en Guadalajara: "*Micrós* disfrutaba ya de mucha fama en el mundo literario de todo el país, pero no adquiría aún la popularidad que algunos años después le conquistaron sus famosas *Semanas alegres*, que tantos y tan buenos lectores dieron a *El Universal* y después a *El Imparcial* de don Rafael Reyes Spíndola." Y este retrato, al calce de aquella visita de *Micrós* a Guadalajara: "Diminuto, elegantemente vestido, de ojos pequeños y miopes tras gruesos cristales con fina armadura de oro."

La pequeñez física de Ángel de Campo era, al primer golpe de ojos, la impresión predominante. Su contemporáneo y amigo de la más estrecha intimidad, Victoriano Salado Álvarez, lo pinta así: "Precedía a todos el gran *Micrós*, que parecía como si se mirara con anteojos de disminución de varios diámetros. Para evocarlo hay que recurrir a la ornitología. El andar saltarín, los pies y las manos pequeños y que recordaban las garras de las aves que se posaban en los árboles y en su corteza se mantenían, la cabecita chica y como triangular, un *coup de vent* que era como cresta que se alzara obediendo los dictados de la voz, que parecía un piar desapacible; los ojos redondos y cambiantes a ratos de color, como los de la alondra de Julieta, y sobre todo la nariz, una naricilla subversiva que tal vez haya resultado exagerada para aquel cuerpo, pero que era pequeña para nariz humana, se completaban con unos enormes anteojos que daban la idea de perdíz que acudía al señuelo engañada con un espejo movedizo." Y esta otra data, en la que coinciden cuantos le conocieron: "*Micrós* era el más bueno y el más honrado de los hombres." Carlos González Peña lo ve como otro ani-

malejo: "*Micros*: pequeñito. Lo era, en efecto. Tenía cara y vivacidad de ratón. Era también muy gracioso; muy goloso; a ratos, muy sarcástico. Menudo de talla, portaba un gabán, al cual, por lo viejo, llamaba 'el gabán de O'Donojú'." Un chusco concluiría: con que pajarito y ratón, ¿eh? Pues eso es ¡un murciélago! La pinta humana suele ofrecer gracejadas y el alma se reviste, frecuentemente, de tan curiosas semejanzas. Allá por lo hondo del físico, debe haber tenido, realmente, algo de ave pequeñita, traviesa, saltarina, inquieta, y de ratón. Revoloteaba por todos los escondrijos de ciudad y pueblo y le encantaba roer la corteza de las cosas. Eso fue su literatura: un ávido roer hasta calar en la entraña. De ahí sus humanos hallazgos —miniaturas todos— y su cálida comprensión de indigentes y animalillos, marcados todos por una malhadada y pareja suerte.

No nada más las criaturas de la tierra; se identificó en la esencia de las cosas aparentemente inanimadas: los juguetes que cobran aliento en las manos de los niños, las prendas que visten al humilde, los cacharros y toda suerte de enseres del pueblo. ¡El alma de las cosas! Las cosas que nos rodean y que beben, al través de las edades, nuestro respirar y nuestros humores, máspreciadas por viejas, las que servían de referencia a una historia familiar, las que manejaron dedos que ya se deshicieron en la huesa; las piezas sueltas del ajuarcito cuyo bordado se deshilacha, sobreviviente de generaciones, apuros y venturas; el espejo que reproduce los gestos de una estirpe que inició el formato del hogar setenta años atrás y en cuyas gastadas lunas sigue acicalándose la señorita "quedada"; el reloj cuyas agujas pararon en el instante justo en que un infortunio impuso olvido a su cuerda... Pocas, muy pocas plumas mexicanas han penetrado con tanta ternura, teñida de un melancólico humorismo, en ese mundo minúsculo de las cosas en el cual, sin embargo, enhebra la época —las épocas— su intimidad, su secreto profundo, del cual son mero contexto los hechos que se narran, con profusión de fechas, en gordos y respetables volúmenes. Por sobre el recuento de la historia de un pueblo, casi siempre controvertido, yo prefiero buscarla en esa intimidad de almas y cosas que determinan, en sus nimios detalles, la verdadera temperatura de un tono, una conciencia, un sentido del tiempo. *Micros*, el pequeñito, no era, por descontado, eso que llaman un sociólogo —se hubiera sonrojado a habérselo dicho alguien— pero hay en su testimonio tesoros de sociología.

Menos fue un afortunado en el corriente linaje de la fortuna material y la buena posición social, todo eso que depara la cotización económica. Huérfano en años tempranos, constituyóse sostén de la familia, a la que hizo, con mengua de su carrera, lugar en el mundo. Que, por lo demás, el haber des-
tripado de la de Medicina, no fue para él ningún drama: no lo atraía poco ni mucho. Adolescente aún ingresó en la burocracia, que era y sigue siendo

refugio de desamparos y frustraciones. Allí, entre los montones de papeles de los escritorios de una oficina de la Secretaría de Hacienda, se le fueron los años, hasta su fin. Eso —la vuelta de la mula noria, día a día—, su clase de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria, el goloso vagabundear por los nudos populosos de su ciudad, en compañía, casi siempre, de Luis González Obregón, las verbosas veladas del Liceo Altamirano, del cual fue uno de los fundadores, sus cuentos y crónicas y el turbión de las *Semanas alegres*, cerca de medio millar de cuadros de un sostenido humor tristonero que encubría, muchas veces, su ahogada vena de rebeldía. Cuando menos se lo pensaba, un suceso fabuloso que lo removería con huella indeleble: el viaje a los Estados Unidos que culminó en una breve estancia en Chicago. Nada, que resultó agregado a la comisión mexicana que presentó en 1892 una exposición con la que nuestro Gobierno se hizo presente en aquellas latitudes con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento colombiano. ¿Lo agregó a la comisión su íntimo Salado Álvarez? Si no lo agregó, algo tuvo que ver, presumiblemente, en ello. Una vez de regreso, contaba *Micrós* su aventura y la volvía a contar incansablemente a los amigos, que ya se la sabían de memoria. "Un suceso —escribiría Salado Álvarez, a propósito del viaje— lo refería de mil maneras, lo coloreaba, lo pulía, lo adornaba, de modo que no parecía el mismo, sino otro distinto."

Tentó, también, la novela. *La rumba* se publicó en *El Nacional*, por capítulos, entre 1890 y 91. Allí yació por muchos años entre el montón de amarillas planas rescatadas por las hemerotecas y los coleccionistas de cachivaches del pasado; hasta fecha reciente mereció los honores de una pulcra edición. De *La sombra de Medrano* conocemos un pasaje suelto: el resto —la novela— se perdió, y no sabemos de ella sino lo que dice Salado Álvarez en sus *Memorias*: "Durante varias sesiones del Liceo [el Liceo Altamirano] nos dio a conocer capítulos de su perdida novela *La sombra de Medrano*, que yo tuve después en mis manos por varios meses con objeto de examinar el estilo y poner prólogo a la obra. Desgraciadamente, el libro se perdió, sin que haya sido posible recuperarlo." Aquel pasaje suelto, publicado en *El Imparcial*, apareció en octubre de 1906.

Es propio de todo estallido social barrer con los valores de la estructura a la que combate y sucede, al menos en su etapa destructiva. La nueva mentalidad, en la que se gestaron los moldes de la rehabilitación de las clases secularmente marginadas, no desestimó el tono ni la intención de las letras producto de las décadas del antiguo régimen, seguramente porque las letras no sólo no contradecían la corriente que daría frutos tan logrados como Azuela y López Velarde, sino que la anunciaron: caso *Micrós*. López Velarde proclamó, en celebrado ensayo pragmático: "Hijos pródigos de una patria que ni siquiera sabemos definir, empezamos a observarla. Castellana y morisca.

rayada de azteca, una vez que raspamos de su cuerpo las pinturas de olla de sindicato, ofrece —digámoslo con una de esas locuciones pícaras de la vida airada— el café con leche de su piel." El alma del mundo mestizo de *Micrós* habría dicho exactamente lo mismo, puesta a escarbar su raíz. Su pintada, honda, lacónica, parece acabada de pintar. Ni romántico del todo, ni naturalista del todo, ni realista del todo, su voz sin retórica ni falsete desafía, por humana y mexicana, el vejamen de los años, que siguen siendo el mejor aliado de su vitalidad.

RECUERDOS DE ÁNGEL DE CAMPO (MICRÓS-TICK TACK) *

Por don FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

La obra literaria de Ángel de Campo, tan dispersa y abundante, ha sido tratada por muchos autores en muchas ocasiones, en sus distintas facetas. En la presente ocasión está encomendada a la hábil y afectuosa crítica de Mauricio Magdaleno.

Hoy me toca hablar de mis recuerdos de *Micrós*, a quien tuve el privilegio de conocer durante los años de mi niñez, pues él fue hermano mayor y venerado de mi madre.

Micrós está vivo en los rincones de mi memoria. Pudiera decir que lo integran, no solamente las imágenes visuales y auditivas que de él directamente recibí y que indeleblemente conservo, sino también lo oído en el seno tibio de mi hogar, en lejanos días en que la familia no era una simple entidad abstracta.

No está de más decir que *Micrós*, Ángel de Campo, fue el tercero de ese nombre.

El primero, su abuelo, nació en Xalapa a fines del siglo XVIII. El torbellino de la guerra de Independencia llevó a José Ángel de Campo, comerciante, a ingresar al ejército en el batallón de patriotas de Xalapa, que se adhirió al Plan de Iguala en 1821. Dos años después tuvo el mérito de ser el primer oficial que en Casamata firmó la proclamación de la República.

Pasan los años. Su hoja de servicios es la historia de nuestros movimientos políticos y sociales, pero los episodios más lacerantes que sufrió durante su carrera militar fueron la toma de Veracruz por los franceses en 1838 y la invasión norteamericana, durante la cual perdió a sus entrañables amigos

* Leído en sesión pública del 28 de enero de 1972.

Alcalde y García, fusilados por los invasores en Xalapa el 20 de noviembre de 1847.

Cuando se inició la Intervención Francesa, en 1862, José Ángel de Campo, que se había retirado del servicio militar por su edad de 70 años, se incorporó nuevamente al ejército y tomó parte en la defensa de Xalapa que hicieron De la Llave y Díaz Mirón con un reducido número de voluntarios, y que, en Cerro Gordo, lograron detener por cinco días a un cuerpo del brillante ejército francés en número seis veces mayor y con armas superiores. Al fin fueron vencidos.

Agotado, enfermo, don Ángel fue conducido a Xalapa, que a los pocos días fue ocupada por las fuerzas del general en jefe francés Forey. La hoja de servicios de don Ángel termina con esta gloriosa anotación: "murió a consecuencias de fatiga en campaña contra el enemigo extranjero".

Tal era lo que supo *Micrós* de su abuelo. Su padre, Ángel de Campo, también militar y marino, defendió dignamente en Veracruz la Constitución primero, y la causa republicana después. Cumpliendo con su deber en altamar sufrió grave contusión del tórax que dejó secuelas que le acortaron la vida.

Casó con doña Laura Valle, también de familia de militares y marinos. Tuvieron 4 hijos, Ángel Efrén de Campo (*Micrós*), Luisa, Trinidad (mi santa madre) y Germán.

Ángel Efrén de Campo nació en México en la Calle del Puente Quebrado (hoy República del Salvador) el 9 de julio de 1868. Con su familia regresó al puerto de Veracruz, la tierra de sus mayores. Durante sus primeros años, en su hogar no había abundancia, pero nada faltaba. Con la muerte del padre, vino la pobreza soportada con decorosa conformidad. Regresaron a México y los hermanos de Laurita su madre, generales Luis y Adolfo Valle (de largo historial que arranca de las Guerras de Reforma e Intervención) pasaban una modesta pensión, y mi abuelo don Francisco Fernández del Castillo y López, esposo en segundas nupcias de una hermana de Laurita, de corazón generoso, vino también en su ayuda, y colocó a Ángel en el mismo colegio donde iban sus hijos, el Instituto Anglo Franco Mexicano de don Emilio Baz.

Un anecdotario familiar, incluyendo las narraciones de don Emilio Baz, nos presenta al niño Ángel de Campo en actitud seria y reflexiva, que correspondía a una edad superior a la suya; precoz madurez, sin que manifestara nunca amargura, encono ni envidia por sus amigos y compañeros que contaban con mayores recursos económicos. En ocasiones oportunas tenía rasgos de ingenio que contribuían a la felicidad de su hogar.

Dice Antonio Fernández del Castillo: "...No se crea tampoco que en su niñez nunca tuvo sonrisas, pues muy al contrario, su hogar era un templo de alegría; acaso la comida no fuera muy abundante y el abrigo tal vez haya

sido escaso; pero ese bienestar de los hogares bien ordenados, esa felicidad que se palpa en las casas de nuestra clase media, no faltó en la suya y tal era el producto de la inteligente presencia de la madre que sabía hacer que cada uno de sus hijos se sintiera príncipe en aquel hogar. Ella preparaba los alimentos, recosía la ropa que no faltaba, día con día, cubierta de intachable albura, bien planchada y con sus pequeñas dosis de almidón; ni una rotura, ni un alfiler, ni una pieza descosida; antes al contrario, tan bien repasada que le duraba por años el aderezo de la ropa nueva. Y en las noches, después de que todos hacían su mal querida tarea escolar, doña Laura entretenía a sus hijos, ya con el juego inocente heredado de sus abuelos que a la vez éstos heredaron de los suyos, ya relatando cuentos de aquellos que ahora, unos nos hacen dormir y otros nos quitan el sueño. Mujer inteligente era ésta que sabía rechazar con tal talento, el tedio y la tristeza. . .”

En el Instituto de don Emilio Baz, Ángel conoció a quienes años después figuraron en las artes o en las letras y que llegaron a ser entrañables amigos suyos: Ezequiel Chávez, Federico Gamboa, Antonio de la Peña y Reyes, Francisco Fernández del Castillo y Baz (mi padre, de venerada memoria), quien años después casó con Trinidad, la hermana de *Micrós*, mi santa e inolvidable madre.

Bueno es describir físicamente con Ezequiel Chávez a Ángel de Campo en su niñez y adolescencia:

“... Tenía Ángel doce y medio años cuando en el Instituto de don Emilio Baz, lo conocí: menor yo que él sólo dos meses y medio. Era él un niño de corta estatura y de rostro despierto y avisado: regordete, sonrosadas las mejillas, afilada la nariz bien plantada, prismática y aguda, cara en medio. Un poco huída hacia atrás la boca de rojos y delgados labios que inconscientemente apretaba, abriendo a la vez las ventanas de la nariz, cada vez que concentraba en cualquier cosa las miradas de sus negros ojos escrutadores; algo había de flor pequeña y fresca en su semblante; algo en su cuerpo todo y en su cara, de pajarillo curioso pronto a volar. Usaba aún pantalones hasta las rodillas y medias negras. . .”

Los amigos y compañeros del Instituto de don Emilio Baz pasaron a su debido tiempo a la Escuela Preparatoria que aún conservaba el prestigio y dignidad heredados de Gabino Barrera y José María Vigil.

“... Ya en la Preparatoria juntos, dice Ezequiel Chávez, Ángel de Campo y nosotros dos hicimos los estudios de Física en la clase de don Manuel María Contreras, aquel profesor tan recto, tan bondadoso, a pesar de su aspecto rígido y severo, de quien no sabíamos entonces cuán grande espíritu cívico tenía, ni cuán celoso era de la justicia. De la seguridad y firmeza de sus conocimientos nos habíamos percatado ya, al estudiar en los años precedentes sus obras de matemáticas, de tan precioso y tan escrupuloso estilo

como el pensamiento que lo dictaba. Usaba un bastón de barba de ballena; poníalo sobre la mesa; nos llamaba al pizarrón para que le diésemos la clase; no toleraba galicismos, y cuando alguno solía escapársenos en nuestras infantiles traducciones de la Física de Ganot, puerilmente antojábasenos a los que éramos aún verdaderos niños, que fuera a extender la mano a su bastón, lo que por supuesto no aconteció nunca y su actitud contrariada nos infundía siempre pena y sobresalto. . ."

No conocí a don Manuel María Contreras, pero estudié la *Aritmética razonada* de la que era autor, libro de texto en la Preparatoria. Acompañando a mi familia visitaba con frecuencia a su hermana, Consuelito Contreras de Moreno, anciana, muy anciana, muy blanca, de apariencia frágil, quebradiza, que cultivaba cordial amistad con mis padres y con Ángel, desde que su hijo Arturo, abogado, había sido compañero y amigo de ellos. Vivía de los productos de una pobladísima "casa de vecindad", una de cuyas viviendas ocupaba. Aún permanece en pie la ruinosa construcción, situada en la esquina del Callejón de la Chinampa y Recabado,* entrañas de un barrio de mala fama (por cierto muy bien cimentada) y de peores hechos. Leduc decía años después en un verso que recuerdo:

Por fin hemos llegado
al siniestro confín de Recabado.

La dignidad y virtud de Consuelito Moreno y de su hija Ana María inspiraban simpatía y respeto a la heterogénea población de esa triste y polvorienta barriada.

Volviendo a *Micrós*, bueno es recordar un acontecimiento que fue decisivo en su vida. Un grupo de alumnos de la Escuela Preparatoria pidió al brillante escritor don Ignacio Manuel Altamirano que les impartiera la clase de Historia de México. Nacido en Tixtla Guerrero y producto puro de sangre indígena, se había elevado, desde la más modesta condición de campesino, hasta una alta posición social, literaria y política.

Ángel nos relata:

"No he olvidado un detalle de aquella casita vieja, pero alegre, de las Rejas de la Concepción,* por la que ha desfilado casi toda una generación literaria, como si la mansión del autor de 'Los naranjos' fuese una estación para el viaje a la celebridad.

"Era resto de un convento; la lluvia y la intemperie le daban tintes grises en los que resaltaban las manchas verdinegras del musgo; enmohecíanse las rejas de las ventanas; pero albeaban en cambio los visillos tras los cristales

* Hoy del Pensador Mexicano.

* Hoy calle de Belisario Domínguez.

limpios de las vidrieras y un loro charlatán en esférica jaula, poblaba de alegres gritos la calle toda.

"Los domingos en la mañana, a las once en punto, llamábamos al verde portón; repicaba alegre campanilla..."

Altamirano, con cariño casi paternal, corregía, anotaba y comentaba las producciones de sus discípulos.

"...Así enseñaba Literatura el Maestro, así enseñaba Historia, así enseñaba Filosofía... con un método práctico y familiar, enteramente suyo; amaba a los principiantes con algún talento, se identificaba con ellos, los corregía y los alentaba.

"Figuráos cómo no lo querría esa juventud oscura y pobre, rechazada en todas partes, esa juventud que pisa la senda que conduce a la gloria y en la cual tantos peregrinos han sucumbido de fatiga, condenados a no levantarse más del polvo de la insignificancia.

"Los que se llaman sabios, los que han encanecido leyendo a Virgilio y a Aristóteles, no alientan sino desdén para los que comienzan y ni son capaces de enseñar una sola línea, a menos que el Gobierno les pague el sueldo de una cátedra de Escuela Nacional. Es natural; el que ha alcanzado la cumbre del picacho ve con indiferencia, casi con placer, las olas que se estrellan a su pie y arrastran los restos de tantos naufragios y los cadáveres de tantos vencidos.

"Por eso al Maestro le profesa un verdadero culto la bohemia literaria, porque ha sido el único que, cubierto de gloria, ha descendido de ese pedestal para enseñar al que no sabe, sin interés y sin retribución, y ha impelido, ha ayudado a subir a todos sus protegidos abriéndoles las columnas del periódico, acreditando un libro con un elogio, introduciéndoles recursos pecuniarios..."

Dice Ezequiel Chávez:

"...Cuando juntos recibimos, Luis [González Obregón], Ángel [de Campo] y yo las enseñanzas de Historia de Altamirano, cuando oímos su elocuente palabra, cuando lo visitábamos, sea en el gran salón de sesiones de la Sociedad de Geografía y Estadística, en el antiguo edificio del Hospital de Terceros, transformado entonces en Escuela de Comercio, y demolido más tarde, para que su lugar ocupara la actual Administración General de Correos, o bien en la casa que Altamirano ocupaba entonces en el número 8 de las Rejas de la Concepción, tan llena de plantas tropicales y de aromosas violetas como de libros y de versos, cuando le sometimos nuestros primeros ensayos literarios, que él acogió con solicitud y cariño, todos recibimos ánimos y entusiasmo nuevo..."

"...Nuestro incipiente saber de la lengua castellana cada día menos inseguro y nuestra afición a las letras, nos llevaron a concertar la fundación de

una sociedad literaria; Ángel, Luis González Obregón, yo mismo, y otros condiscípulos —siete éramos— le llamamos el Liceo Mexicano; nació en la casa de Luis, en el número 21 de la calle de Ortega * y a ella llevó desde luego Ángel sus primeros versos y sus primeros artículos, que pronto tuvieron el sabor de los que le conquistaron fama. . .”

Seguiré mencionando episodios al parecer triviales pero que permiten conocer cómo vivía en aquella época nuestra clase media.

En una casa de la calle de Mina moraba el licenciado don Eduardo Ruiz, culto michoacano, batallador en las lides políticas de la Reforma y de los primeros años del porfiriato, y literato de grandes alientos que dejó abundante producción.

Don Eduardo Ruiz, viudo, tenía varias hijas. Dice su nieta Leticia Chávez, que las hermanas Ruiz “tenían que buscar otro apoyo. . . lo cual no significa que en el cariño de su padre no lo hallaran. En el templo de la Santa Veracruz, iban a encontrarlo con dos hermanas nuevas.

“...Eran ellas las hermanas de aquel niño que mi padre encontró en el colegio de don Emilio Baz. . . el que parecía un pajarito pronto a levantar el vuelo. . . el de cara sonrosada y vivos ojos negros. . . Ángel de Campo y Valle, convertido ya, a pesar de sus pocos años, en un escritor que apuntaba fama.

“Él y mi padre [Don Ezequiel] habían sido discípulos de don Eduardo Ruiz. A los dos, que se querían como hermanos, los convidó don Eduardo para hacer cada lunes reuniones literarias en su casa.

“Y con ellos invitó también a don Luis González Obregón, a don Enrique Fernández Granados, a don Francisco Fernández del Castillo, a ‘Pepe’ Bustillos —literatos e historiadores ya—, a Ricardo Castro, a Gustavo Campa y a Elena Padilla, la joven pianista tan estimada por todos.

“Con Ángel de Campo venían los lunes a casa de don Eduardo sus dos hermanas: Luisa y Trini. Veían naturalmente a Josefina y a María de los Dolores; a la segunda no tardaron en verla a todas horas. . . Día tras día, por largas temporadas, pedían permiso ellas a su padre para ir a comer con las Campito. . .

“La madre de los Campo, una señora sumamente distinguida, abnegada, y muy bondadosa, era madre para todos.”

Digamos de paso que Ezequiel Chávez y María de los Dolores Ruiz casaron, pero ella murió al nacer su hija Leticia. Nunca olvidó Ezequiel esa tétrica noche en que le hicieron consoladora compañía Ángel y sus hermanas.

* Hoy Avenida República del Uruguay.

Durante la juventud de Ángel y sus amigos no se sufría el tedio, aunque no hubiera radio ni televisión. Las satisfacciones espirituales hacían la vida amena y agradable, a quienes sabían entenderla. Fue el caso de un grupo llamado "Bohemia". Un escritor con destacada personalidad social y literaria, don Guillermo Olavarria y Ferrari, proporcionó su casa para que el grupo se reuniera periódicamente.

Conservo una interesante fotografía cuyo duplicado se guarda en el Archivo de esta Academia. Es interesante para la iconografía histórica de la vida cultural de México. Allí se ve entre los futuros escritores, poetas, historiadores y compositores musicales, a los hermanos Eduardo, Carlos y Guillermo Vigil y Robles (hijos de don José María Vigil, el culto organizador de la Biblioteca Nacional y que fue Director de la Academia Mexicana), a Antonio de la Peña y Reyes (hijo de don Rafael Ángel de la Peña), que está junto a *Micrófs*; Enrique Fernández Granados y los hermanos Ignacio y Alberto Michel; Pepe Bustillos, Rafael Alba, Joaquín Haro, Luis Godard, Luis Lagarde y otros. Entre las jóvenes, Piedad, la hija de don Ignacio Cumplido el impresor y editor de *El Siglo XIX*; y mi madre Trinidad de Campo, su hermana Luisa, Lupe Michel y la guapísima "Nena Olavarria", hija del culto y generoso anfitrión.

Ya para aquel entonces la familia Campo había sufrido la pérdida irreparable de Laurita, la madre abnegada e inteligente.

En los momentos del inmenso y luctuoso pesar, Ángel abrazó a sus hermanos y les prometió con sencillez y gravedad que para siempre sería para ellos como si fuera su padre.

Ángel visitó a los tíos protectores, les dio las gracias más sinceras por la desinteresada actitud que habían tenido con su madre, pero reconociendo con dignidad que ya moralmente no tenía obligación con los sobrinos.

Trini, la hermana menor, siguió el ejemplo de la madre al dirigir la casa, y hacer hogar por reducidos que fueran los recursos.

Ángel cortó sus estudios de Medicina que había empezado. De colaborador eventual del periódico *El Nacional* que dirigía don Gonzalo Esteva, se convirtió en redactor y colaborador permanente.

Con amistades y relaciones como la de don Joaquín Casasús y la de don José Ives Limantour que había adquirido en centros literarios, logró un empleo, al principio modesto, en la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Por encargo de don Miguel Macedo escribió la *Historia de la Hacienda Pública en México*, que fue su contribución a la monumental obra *México y su evolución social* que dirigió don Justo Sierra.

Además obtuvo por oposición, más tarde, una cátedra de Lengua Castellana (llamada entonces con justicia Lengua Nacional) en su querida Escuela Preparatoria.

Logró que el hermano menor, Germán, ingresara al Colegio Militar e iniciara su carrera en la que llegó a obtener el grado de coronel de artillería.

Un modesto bienestar aparece en la familia; no había estrechez ni angustia, ni tampoco abundancia. El noble trabajo producía rendimientos que no eran cuantiosos pero eran sabiamente administrados.

Es a principios del siglo cuando empiezan mis recuerdos directos de Ángel.

El fondo panorámico de esos recuerdos es la Colonia de Guerrero de 1904, barrio entonces agradable y activo, donde se vivía ya fuera con decorosa pobreza o modesto bienestar. Hoy día, como un organismo vivo que envejece, diríase afectada de enfermedades degenerativas, que llevan a la caquexia senil.

Era un inmenso cuadrángulo, limitado al sur por las calles de San Juan de Dios, Portillo de San Diego, San Fernando, San Hipólito y Puente de Alvarado. Esos nombres ya olvidados, eran porciones de lo que después se llamó Avenida de los Hombres Ilustres, hoy Avenida Hidalgo. Al norte, se perdía en las "Trancas de Guerrero" y en los suburbios paupérrimos de Nonoalco y de Atlampa, que el tecnicismo actual les llamaría "zonas marginales". Hacia el oriente, el Puente de la Mariscala, Villamil, Puente de la Paja y Santa María la Redonda; con antiquísimas construcciones que sobrevivían del virreinato y nombres de calles, callejones y parajes que evocaban lo viejo: jardincito de Santa Catarina, callejones del Obispo y del Obraje, la capilla y osario del desaparecido Panteón de Santa Paula.

Hacia el poniente, las estaciones del Ferrocarril Mexicano y del Ferrocarril Central.

Partiendo del Jardín de San Fernando, principiaban y se prolongaban las calles de Guerrero.

El jardín, bien cuidado, tenía, como dice el motete de un juego infantil, "una fuente que forma caño". Lo limitaba, como hoy, la maciza y robusta construcción del templo franciscano de fachada barroca y santos de cantera. De su convento de *Propaganda Fide* partió para las Californias el Santo civilizador fray Junípero Serra. Mi hermana y yo acudíamos con ingenua devoción al templo donde reposaban y aún reposan los restos de mis bisabuelos y abuelos paternos: don Pedro y Francisco Fernández del Castillo y doña Amalia Baz.

Junto al templo, en una rinconada, las columnatas, muros con nichos mortuorios limitaban espacio cuadrangular con tumbas: un siglo de Historia Patria que fue y es, el Panteón de San Fernando. Por razones obvias nos llamaba la atención la tumba de don Benito Juárez, con su estatua yacente, rodeada de coronas, banderas y estandartes. Siendo alumno de la Escuela Primaria anexa a la Normal, me tocó asistir a una de las ceremonias que

se efectuaron con motivo del centenario de su nacimiento. Inútil decir que Ángel de Campo, discípulo de Ignacio Manuel Altamirano, era de ideas liberales como lo ostentan varios de sus escritos, ya que liberales habían sido sus abuelos, y él mismo era también admirador del propio Juárez, sin que esa admiración degenerara en jacobinismo o clerofobia.

En la primera calle de Guerrero, las mansiones con el frente al aliñado jardín público y con huerta atrás, estaban habitadas por familias de las que conservo afectuoso recuerdo: la del doctor Agustín del Raso y la de Josefina Mata Ocampo, nieta del venerable Melchor Ocampo, sacrificado en 1861.

Recuerdo las calles empedradas, con sus verdes manchas entre guijarro y guijarro por donde crecían hierbas pigmeas; las puertas a la calle siempre abiertas por las que podían verse corredores llenos de macetas con plantas y flores hoy día ya desusadas: begonias, aretillos y camelias.

Había residencias por cuyas rejas asomaban bugambilias, plúmbagos y tulipanes. Otras de ese rumbo, como la del licenciado Joaquín Casasús en la calle de los Héroes, eran verdaderos palacios.

En el número 1320 de la 4ª calle de Soto, habitábamos nosotros. En la vivienda enfrente a la nuestra los tíos Ángel y Germán, que encontraban en mi madre, su hermana, apoyo en la atención de ese hogar de solteros. Ésa y otras casas aún existen, aunque enfermas de lepra que ha dejado lesiones incurables; otras padecen lo que podríamos llamar avitaminosis, falta de nutrición, y otras, en fin, han sido invadidas como por gérmenes patógenos, por aglomeraciones humanas concentradas al amparo de la ley de congelación de rentas.

La casa de Ángel y su hermano era atendida por Tomasa, para mí de memoria grata e imborrable. Tomasa era en la casa de Ángel una figura invariable, de silueta intocable. Nació en Yucatán, durante la despiadada guerra de castas. Niña maya, de raza pura, fue hallada en una de las chozas aisladas que formaban, pudiera decirse, un aduar abandonado. La niña, a punto de morirse de hambre, fue recogida, abrigada, alimentada y cuidada. A los pocos años hablaba español y le tomó afecto a mi bisabuelo, quien, cuando regresó a México, no quiso dejarla en orfanatorios, establecimientos entonces en situación miserable.

Creció al amparo de mis abuelos, cuidó a mi madre y a sus hermanos, años después a mí y a mis hermanos, con lealtad y fidelidad inmensas. Aún la recuerdo encaminar sus seniles pasos a un establo, empeñada en conseguir leche de cierta vaca, pues la de las otras le hacían daño a "los niños".

Murió a la edad cercana a los 90 años. *Micrós*, amplificando como todo artista, la describe en *Cosas vistas* con el nombre imaginario de Nabora. Piensa Ángel en la posible muerte acaso miserable, que por cierto sucedió

muchos años después de la de *Micrós*. Ángel se proyecta imaginativamente en un joven mimado e indolente, que expresa sus pensamientos:

"...¿A qué hora saldrá el tren de los pobres? Pero, ¿la despacharé así, como un paria? Pienso en que me vio nacer; pienso en que me cargó; pienso que ni un instante se separó de mí cuando tuve el croup; pienso que siempre hallé en su baúl un centavo para mis golosinas, que me vistió, me persignó, adoró a mi madre; en la pobreza no demandó ni sueldo ni pitanza, y en los buenos tiempos no exigió aumento de gajes; pienso que se declaró hija de la familia, sufrió malos tratos, y cuando su ama voló al cielo lloró con nosotros, con los huérfanos, y no nos abandonó en tan duro trance... ¡Pobre Nabora! No, no merece la fosa común; mi madre la hubiera velado, la hubiera rezado, la hubiera llorado, y conmovido por ese recuerdo la compasión me empapa.

"No quiero ir al entierro, pero le mando unas flores ¡cincuenta centavos de rosas blancas! Como era fea, llegó a sexagenaria siendo virgen.

"Es preciso premiar a esas buenas mujeres que la han asistido, dándole su rota cama, su baúl verde, su ropa. En mi presencia abren el mueble: muy dobladas y limpias enaguas, rebozos, pañuelos de yerbas, sacos mal cortados, botines liados en trozos de manta, una canasta con el peine, la escobeta, el espejo redondo y un jabón de baño rosa vivo. En una caja de puros, sus útiles de coser, su rosario, un canutero en forma de pantorrilla terminada en una bota de empuje muy corvo, santos al cromo y unos anteojos de vista cansada; de una alcancía de barro, en forma de naranja, sacan con mucho trabajo, siete centavos; pero no, no era ése su tesoro, ella lo decía, su tesoro estaba en el fondo, en esa caja que fue de sombreros, con un ramo de rosas recortadas en la tapa de papel verde imitando moaré, allí, envuelto en una mascada de seda, está (¡ah, se me llenan los ojos de lágrimas!) un tosco relicario de cobre y dentro un mechón de cabellos finísimos y canosos, formando marco a un viejo retrato, cabellos y retrato de mi madre, y junto, cuidadosamente protegido por un papel de China, un zapatito de punta roída, atado con cordones blancos, un zapatito mío...

"¡Pobre vieja, y no tuve para ti, corazón que me amaste, sino cincuenta centavos de rosas blancas!..."

Hubiera sido consuelo de *Micrós* si supiera que no fue así el fin de la abnegada sirvienta. Murió en mi casa de Mixcoac, el año 1915, cuando mucha sangre hermana derramaban entre sí los carrancistas, villistas y zapatistas. Cuando mucha gente murió de tifo, tifoidea, disentería, avitaminosis y hambre. El doctor Manuel Sunderland la atendió. Mi madre la cuidó como lo hubieran hecho mis abuelos. Mi padre, mis hermanos Germán, Salvador y yo, la acompañamos al cementerio de Tarango. La caminata fue penosa,

pues estábamos convalecientes de paratifoidea. ¡Descansa en paz, buena viejita que tanto nos quisiste!

Aún recuerdo la sala de Ángel y Germán, con profusión de bibelots, algunas esculturas de terracota alemana, artículos decorativos en madera de procedencia japonesa y otras cosas curiosas. La biblioteca había sido formada pacientemente. Puede decirse que Ángel empleaba una cantidad más o menos fija para adquirir libros, entre los cuales recuerdo la primera y lujosa edición de *México a través de los siglos*. Vi a Micrós muchas veces pasar una franela a los ejemplares, con amoroso cuidado, y colocarlos en el anaquel como a cosa delicada.

Los niños son observadores precisos e implacables. Cuando ya adolescente leí un comentario de Rubén Campos, éste coincidía con mis indelebles recuerdos: "...Era un gnomo a quien nadie lo vio a qué hora observaba la vida íntima del populacho..." "Laborioso y pulcro" —agregaba—, "modelo de cultura y decencia, dividía su tiempo entre las labores de la burocracia y los altos goces estéticos de la producción y de la música. Jamás se le vio en una taberna, ni en un tugurio... ni en ningún lugar infecto o depravado, para estudiar... la vida plebeya. Todo lo entendía, todo lo veía, intensa y hondamente, sin que pareciese verlo. Superficial se le llamaba a veces cuando aparecía y desaparecía en un grupo profiriendo alguna frase epigramática y ágil... viendo el mundo, al través de sus espejuelos resplandecientes del ingenio que ardía tras ellos".

Ángel, como hemos dicho, no pudo continuar la carrera de Medicina; él trunca la, acaso le ocasionó complejos que los resolvía por "substitución" psicológica.

Gustaba en sus conversaciones hablar de temas médicos, los que en sus escritos son frecuentes. Los trata sinceramente, certeramente. Su lectura es grata para mí, pues son visiones sinópticas de la medicina de antaño, cuyos últimos trances alcancé.

En el artículo "Tenemos corazón", del que copiamos algunos fragmentos, describe el viejo anfiteatro, ya desaparecido, donde se impartían las clases anatómicas:

"...Concluida la lista, el 'Pelón', mozo de anfiteatro, aparecía en escena con un sombrero de petate, una 'mula' de cargador en la espalda, y sobre ella, en angosta tablilla, el cadáver, cubierto en parte por trapos mojados. Colocábalo en la plancha pintada de verde. Volvía el profesor el lápiz a su dueño, con serio ademán de dar las gracias; empuñaba por el asa grueso vaso lleno de agua, daba algunos tragos, secábase los labios discretamente con el pañuelo, y observando de cerca la preparación, que era un músculo, decía:

"—El diafragma, señores, es un músculo..."

"Algunos atendían, otros abrían una novela escondida en la gruesa *Anatomía* de Beaunis, y no pocos, con la vista fija en el espacio, se entregaban a reflexiones que no constaban en el texto, arrullados por la lenta voz del doctor, que explicaba las inserciones del músculo en cuestión.

"Contrastaba aquel personaje vestido de negro con el pálido cadáver: la rapada cabeza caída hacia atrás, las narices afiladas, la boca abierta, el cuello distendido, salientes las costillas, hundido el abdomen y rígidas las piernas entreabiertas, colgante el brazo y semidoblados los dedos ampulosos y descoloridos, dedos de color indeciso con uñas amoratadas.

"¡Cuántas muecas extravagantes en aquellas máscaras de carne! ¡Qué macabras contracciones en aquellas bocas desdentadas y sangrientas! ¡Qué extrañas miradas en aquellos ojos desencajados, opacos, que al vaciarse parecían uvas pasadas!

"Ahí estaba la muerte, ahí el cadáver, ese cadáver que con tan punzante curiosidad, a la vez que con indefinible temor, se quiere contemplar de cerca cuando no se es aún estudiante de Medicina; que se atisba primero de lejos, tras los vidrios del anfiteatro, yaciendo en el frío zinc de las planchas y purpurados por la sangre que cae gota a gota de una herida profunda y se coagula en una ancha silueta en las tarimas; ahí estaba el muerto, el muerto de violáceas carnes, cuyos pies sucios han corroído las ratas, en cuyos miembros han dejado los cáusticos y las quemaduras sus indelebles rastros.

"Ese muerto, al que nos acercamos con respeto y nos causa malestar el olor que despide, no nos atrevemos a tocarlo porque las moscas se posan en sus narices y en sus encías, y el día que llegamos a hacerlo nos estremecemos con la frialdad de reptil de esa carne que no entibia el calor de la vida. Nos persigue aquella mirada que parecen dirigir los ojos mates por entre dos párpados violáceos sin pestañas, nos persigue esa boca abierta que parece gritar y no olvidamos esa actitud de abandono de los miembros inertes, caídos al azar: una pierna doblada, un brazo colgante, una mano sobre el abdomen...

"Y sin embargo, se siente. Suele a veces una cara demacrada hablarnos de no sé qué tristezas desconocidas, y no es raro que la melancolía equivalga a una oración frente a esas víctimas ignoradas que llegan a la plancha llevando un sucio escapulario, grasoso rosario, síntomas de fe, u oxidado anillo, síntoma de algún amor.

"Concluida la clase vuelve el silencio de los lugares solos: aúllan a lo lejos los 'perros de Fisiología', remueve el viento las viejas de cigarro dispersas en la azotea, llora el Ángelus en las torres... Y los pájaros, los pájaros que piaban en las ventanas y habían huido durante la clase, penetran a la pieza, saltan sin temores sobre los bancos, no le tienen miedo al cadáver y suelen posarse en la frialdad de sus miembros inertes, cantando quizá un epitafio

sobre un pecho que ya no estremecen los latidos. ¡Esas alas que tiemblan, esas cabecitas inquietas, esos gorjeos festivos, ahí donde la crueldad de la existencia se encarna en un cadáver, arranca al poeta algo más que la impresión de un contraste!

"El crepúsculo flamea a lo lejos, las nubes se encienden purpuradas, fuegos de colores, incandescentes ráfagas, todas las pompas de la luz que muere con brillazones de ópalo en el tono indefinible de la tarde que languidece, lanzan su lampo a la arboleda lejana, al macetón de la azotea; barren el suelo y son espléndido sudario que colora las desnudeces del cadáver, quizá la única caricia de esas existencias oscuras y desconocidas, de esos seres sin familia y sin tumba.

"Entonces quisiera uno acompañar a ese muerto que se queda solo, pero... se cuelga melancólicamente la ensangrentada blusa, se desinfecta uno los dedos en el chorro de un botiquín, se lavan los utensilios y se sale uno silbando porque ¡el corazón se estremece! Y es la hora en que se descansa de las estudiantiles faenas, y aunque el triste cuadro hunde al espíritu en sombras, a un paso quizá, en un balcón no distante, asoma la hermosa cabeza de la novia. ¡Conste que los estudiantes de Medicina tenemos corazón!"...

Muchos años subsistió el anfiteatro que describe *Micrós* con su manera tan peculiar de reunir sinópticamente, como en rápida impresión, los más variados tonos y matices de lo triste y lo agradable, lo lúgubre y tétrico con lo dulcemente poético. Era una pieza, no pequeña, mandada construir por el Director de la Escuela, doctor Francisco Ortega (de noble abolengo de médicos y abogados), hacia los años 80 del siglo pasado, en el segundo piso, antes azotea.

Cuando yo era estudiante, debido a unas graderías móviles colocadas para presenciar trabajos de disección, se le denominaba jocosamente "El Toreo". Su nombre oficial era "Aula Tillaux" en honor del célebre profesor francés que fue autor de amenísimo libro de *Anatomía topográfica*, cuyo retrato presidía las lecciones.

La puerta y las ventanas con vidrieras miraban al poniente. Por eso, en las tardes, el sol golpeaba despiadadamente a los asistentes a la clase, y a la hora del crepúsculo dejaban ver los resplandores del ocaso al través de una atmósfera aún no contaminada por humos y gases de motores.

No es por imaginación ni lirismo, que *Micrós* hablara de pájaros inquietamente juguetones ni de las arboledas. La plaza cercana de Santo Domingo era jardín bien cuidado, con floridos arriates y frondosos fresnos que acogían a bandadas de gorriones y tórtolas, hasta el año de 1927. Los árboles fueron derribados, a golpes de hacha, como una consigna, que si fuera cierta sería espantosa: "maldito sea el árbol."

Micrós acaso sintió el deseo frustrado de recorrer, vistiendo la bata blanca, las salas llenas de camas con enfermos. De allí las escenas que describe de una manera precisa, certera y desgarradora. Acaso fueron en el Hospital de San Andrés, demolido en 1904.

En aquella época las instituciones hospitalarias, en viejas y tristes construcciones coloniales, parecían bodegones para enfermos. Con frecuencia se les curaba fría, "oficialmente".

Aquí comienza la narración que *Micrós* intitula "Los abandonados":

"...—A ver, acércate —dijo el practicante, quitando de la boquilla un cigarro y limpiándose los dedos con la desgarrada blusa— tú, que te acerques —agregó con impaciencia, dirigiéndose a un individuo sentado en la banca de madera del patio. El individuo se acercó con temblorosas piernas, opriéndolo el destejido sombrero contra el pecho y abatiendo la cabeza.

"El practicante siguió charlando en tanto con un individuo que, a manera de florete, empuñaba el bastón y tiraba a fondo a un pilar. Refan de buen humor e interrumpieron su charla.

"—¡Conque!... ¿qué tienes?

"El enfermo, pues estamos en el patio de un hospital a la hora de consulta, se rascó la cabeza, abrió la boca y miró con aire de idiota al que lo interrogaba.

"—¿Qué tienes? ¿qué te duele?

"—Calambres en las piernas.

"—¿Nada más?

"—Calentura... tos... mucho sudor y un dolor aquí... —Y señaló vagamente el vientre.

"El practicante, con las manos en los bolsillos, oía distraídamente.

"—¿Te da la calentura después del calofrío?

"—Sí; escalofrío, calentura y dolor aquí.

"—¿Escupes sangre?

"—No he visto, señor.

"—¿A qué hora tienes la calentura?

"—En la noche.

"—Y la tos ¿también en la noche?

"—No he visto.

"El practicante tomó un trapo limpio colgado de un clavo, lo colocó en las espaldas del indígena y empezó a darle golpecitos para percutir, bajando el hombro casi hasta la cadera.

"—Vamos a ver —y arregló de nuevo el trapo sobre la desgarrada blusa, que tenía todos los tintes de la grasa unida al polvo y al sudor. Pegó la oreja para auscultar.

"—Vamos... cuenta: uno, dos, tres...

"—Uno... dos...

"—Más despacio.

"—Uno... dos... tres...

"—¿Oyes, compañero? —Y cedió el lugar al joven que seguía con la mirada el reconocimiento.

"—¿Percibes?

"—Nada.

"—¿Verdad?

"—Vamos, acuéstate ahí en la banca y bájate los pantalones.

"El paciente se quitó el viejo rebozo que le servía de faja y descubrió el abdomen cobrizo, en el que se veía la pálida huella del cinturón.

"—¿Dónde te duele?

"—Aquí.

"—¿Aquí?

"—Sí. ¡Ay!

"—El hígado, ¿no?

"Percutió de nuevo la zona dolorida enarcando las cejas.

"—Toca, compañero... sonido mate.

"—En efecto —agregó el compañero—: ¿hepatitis?

"—Precisamente, ¿no ves el color ictérico? ¿Y tú bebes? —preguntó al enfermo bajándole con el dedo el párpado inferior—, hueles a perita de San Juan. Te la pones seguido...

"—No señor...

"—¡No, será aprensión!

"Y dando la media vuelta se sentó frente a una mesilla y colocó a su frente una botella.

"—¿Cómo te llamas?

"—Magdaleno Silverio.

"—¿Edad?

"—¿Señor?

"—Que cuántos años tienes.

"—Treinta y dos.

"—¿Casado?

"—Viudo.

"—¿De dónde?

"—Silao.

"—¿Oficio?

"—Jornalero.

"—¿Qué tiempo llevas de enfermo?

"—Hará dos meses.

"—¿Te curaron antes?

"—No, señor.

"—¿Dónde vives?

"—No tengo casa.

"—¿Cómo! ¿No tienes casa?

"—No, señor. Si vine de mi tierra por una hija que se había perdido.

"—¿Perdido de Silao acá?

"—Sí, señor; se la sacaron de mi casa y miijo vino por ella y lo mató el amasio hace dos meses. De la muina creo que me viene esto y como él me mantenía...

"—¿Pero dónde has dormido?

"—En la comisaría, porque me cogieron pidiendo limosna.

"—Vaya... Entrégale esta boleta al señor (enseñándole al comisario) y vete a la sala de tercer año, cama 5... ¿tienes hambre?

"—Sí señor.

"El practicante dio dos pasos de polka, ofreció un cigarro al joven florentista y dándole un golpecito en la espalda le dijo:

"—Conque sí, mon cher..."

Y así sigue narrando escenas de hospital. En el cuarto donde duermen los practicantes, cuarto indecoroso, desnudo de todo lo agradable, y con la frialdad de la rutina de los siglos, a través de los sucios vidrios de la ventana, los practicantes veían cintilantes las estrellas en un cielo de invierno. Las cuitas de uno de ellos que añoraba la provincia lejana desde la cual sus familiares lo tenían, según él, abandonado. El verdadero abandonado era el otro, el hambriento, como hemos visto tantos, con su hepatitis, cargando el fardo ancestral de su miseria y desesperanza. En esa noche, a esa hora, agonizaba en la cama 5.

"... Ya a las ocho, la cama 5 no tenía colchón, y un enfermo con sigilo había sacado de la funda de las almohadas una caja de cigarros y dos centavos de cobre..."

"Como nadie reclamó su cadáver, se le entregó al 'Pelón' de la Escuela de Medicina.

"—¡Qué gestos tienen algunos muertos! Ése parece que empezó a decir una palabra y no la acabó.

"—Y de veras..."

"Quizá decía ¡solo!, porque éstos, éstos que se les pone en una jaula de cortinas, se les pone en un plano inclinado, en un carro después, en una plancha más tarde, y llegan a la fosa descuartizados, sin que su nombre se sepa, éstos son los verdaderos, los únicos abandonados..."

No sólo los pobres abandonados sufrían, también los ricos, los de las clases llamadas privilegiadas.

Un niño, fruto de un matrimonio acomodado, tenía probablemente la sífilis congénita debida a las aventuras inconfesables de su padre. Era *"El niño de los anteojos azules."*

Desde que se descubrió que el origen venéreo de la enfermedad en distintas épocas era un distintivo de aventuras galantes, y cuando se supieron los terribles efectos sobre los descendientes, se recordó la terrible sentencia bíblica de que las faltas de los padres caerán sobre los hijos hasta la tercera o cuarta generación. Ya este concepto cambió desde que Ehrlich pudo curar la enfermedad con los arsenicales, Levaditi con las preparaciones de bismuto y desde hace unos años con los antibióticos, especialmente con la penicilina. No sucedía así a fines del siglo pasado. El tratamiento era una prolongada y casi eterna aplicación de mercurio y yoduros.

"... En el cuarto oscuro, porque la luz ofendía sus ojos, yacía el niño... ¡Pobre escrofuloso! No era un niño, no; era un monstruo. Enorme la cabeza, pálido, enflaquecido; le ponían anteojos azules porque se había enfermado de la vista, y nada causaba una impresión tan intensa como aquella cara desencajada y aquellos grandes vidrios que parecían órbitas de calavera. Apenas se sostenía en pie con las delgadas piernas y el abultado vientre. Era un fenómeno que causaba asquerosa lástima... Su enfermedad no tenía remedio: era heredada de su padre y hacía dos años, ¡dos largos años!, que había pasado martirizado por píldoras y papeles, baños y unturas, cucharadas y friegas.

"El aspecto de aquella criatura partía el alma; siempre callado, melancólico, perdido en un verdadero océano de juguetes; arrastrándose por las alfombras mientras la abnegada cuidadora cabeceaba en un rincón. Jugaba en silencio, y al minuto, fastidiado, arrojaba uno tras otro el caballo de hule, el borrego de palo y algodón, la pelota de colores chillantes y la caja de soldados. Cada capricho se le cumplía: un muñeco soñado, una caja de música, un reloj... Todo se le compraba y todo le era indiferente, devorado por un fastidio, por una tristeza precoz.

"No amaba a sus padres; lo horrorizaban haciéndolo llorar, enmudecía en su presencia y se refugiaba en las faldas de su nana, mientras ellos se retiraban pálidos y contrariados. Se veían, temblaban y no encontraban una frase para consolarse de aquel mal, aquel mal que entristecía la casa y entristecía los corazones..."

El niño ansiaba, no juguetes lujosos, sino un títere corriente y vulgar. El del popular personaje que llamaban Don Folías.

Continúa *Micrósc:*

"... Le compraron el títere soñado. Era un extraño muñeco, tan mal fabricado, que hacía reír. ¡Qué grotesca fisonomía la de don Folías! Tenía

ojillos de chaquira escarlata, largas narices, boca de oreja a oreja, fingiendo una risa sarcástica que parecía más bien un gesto de dolor. Una cinta de percal muy larga hacía las veces de pescuezo, su traje era de paño azul y papel dorado, y tenía los movimientos más extravagantes. Fue la única vez que se rio el niño: al ver a don Folías. Los papás rieron también; iba de alivio seguramente, porque hacía dos años que sólo lloraba.

—¡Qué cara tiene, nana! Parece que se ríe y parece que está enojado, diciendo como decía aquel gigante del cuento: ¡Te maldigo! ¡Tú tienes la culpa de mi desgracia!

—¿Ya ve, Filomena, porque no duerme?, porque usted le cuenta cosas de gigantes que le dan pesadillas...

El niño, sin oír las palabras del papá, bailaba sobre las colchas al autómatas de las grandes narices y la enigmática fisonomía.

—Cuando el niño murió el títere estaba sobre su almohada, y ¡cosa rara! se parecía al enfermo sin anteojos: ¡la misma cabeza deformada, las mismas narices, la misma mueca de dolor o de risa!...

... La escena pasó en el cuarto del niño. Ella exhumaba cosas viejas de un cajón. La disputa había sido terrible, iban a separarse.

El títere salió a su vez empolvado, manchado por la humedad, oliendo a ropa sucia. Lo tomaron del alambre, lo suspendieron en el aire y sin que tocaran sus rotas pitas; tenía extraños movimientos, los de un ahorcado; sacudía las piernas golpeando la una contra la otra, la cabeza caía abandonada sobre el pecho como la de un muerto, y los brazos se balanceaban con vaivenes de péndulo.

Fue tal la emoción que les produjo ver su cara, que lo arrojaron al suelo pisoteándolo. El muñeco se rompió y ellos se abrazaron sollozando.

—Parece que nos mira y nos maldice. ¿Lo ves? Lo matamos. Sí, nosotros somos culpables porque no lo amábamos.

Hay amargos recuerdos que se parecen al fantoche. Se les arroja, se les pisotea, pero ¿de qué sirve? La cabeza queda haciendo el gesto extravagante que parece una risa sarcástica, manos invisibles dan a sus miembros de barro movimientos que crisan y en el muñeco parece encarnarse un enemigo. Tales recuerdos hacen sollozar, como sollozaban aquellos padres, perseguidos por la visión de un niño muerto con anteojos azules...

Cuando Ángel casó en 1904 con la hermosa dama María Esperón, hacía años que en *El Imparcial* aparecían, domingo con domingo, las *Semanas alegres* firmadas con su nuevo pseudónimo: *Tick-Tack*. *Campito*, como le decían todos; *Micró*s, como se llamó primero a sí mismo; *Tick Tack*, como se bautizó después cuando quiso ser en sus escritos una especie de eco festivo de la hora que pasa, siguió escribiendo siempre con facilidad pasmosa, y con

pasmosa felicidad, y sus artículos fueron leídos con fruición por la sociedad de México, que invariablemente los encontraba en las columnas de los periódicos durante quince años.

Micros y *Tick-Tack* parecen distintas personalidades, pero esa duplicidad es aparente. Es la ambivalencia de una misma mente cuyas fantasías proyectivas provocan descargas afectivas en diversas direcciones. *Tick-Tack* ya no prefería los temas tristes y dramáticos, aprovechaba cualquier circunstancia para comentarla en tono irónico, festivo, pero nunca sarcástico. Ya desde los 90 había tomado el estilo que fue característico de *Tick-Tack*.

Muchos de sus temas semanarios, aunque parezca extraño, se referían a problemas que aún hoy día se presentan, ciertamente que planteados de modo diferente.

Entre muchos otros hay uno que puede tomarse como ejemplo, el que apareció del *Arcón del siglo XIX*, extraído por M³ del Carmen Ruiz Castañeda.

Comienza con un diálogo entre la señora y su marido. El hijo, estudiante de Preparatoria, no ha llegado a la hora de costumbre.

"...—Ahora que llegue me le echas un buen pulepe. Bonita cosa que esté uno con el Jesús en la boca por este mocoso malcriado... Tú tienes la culpa.

"—Pero hija, si le he dicho que esté aquí a las 5 en punto, hora en que sale de clase, y acaban de dar las cinco...

"—Pero ¿qué no oyes lo que ha dicho el mozo? Que ahora que fue al Centro había sus bolitas y muchos gendarmes en las esquinas, y patrullas, y que gritaban, y que...

"—Exageraciones... Cuando salí de la oficina nada había, y sobre todo, que sabes que Pepito no es de esos revoltosos. ¡Dios le guarde!, que donde sepa que se anda metiendo en lo que no le importa, yo le enseñaré cuántas son cinco..."

Continúa con un diálogo entre el padre y el hijo:

"...—¿Y qué hacía usted allí?

"—Pues nada, papá. Que los de primero no queremos que el general Díaz...

"—¡Cállese usted, o le doy un soplamocos, títere ridículo! Todavía no sabe dónde tiene las narices, y se quiere meter a revolucionario. ¡Qué general Díaz ni qué mi abuela! Del general Díaz como yo, y come usted y come toda su familia... y sobre todo, que es usted un mocoso ridículo que no tiene voz ni voto.

"—Me parece que estoy ya en la Preparatoria y que es deber de todo ciudadano, en el uso de las facultades que le concede...

"—Vas a ver qué facultades te doy. ¡A ver, mi cinturón!

"—Pero...

"—Yo te enseñaré a andar derecho. Yo te enseñaré a estar aquí a tu hora...

"—(Aparte.) Opondré a las bayonetas del tirano mi pecho valeroso...

"—¡Bonito chiste! Su mamá con el alma en un hilo, y el pelagatos soflando echando ¡muertas! ¡Te he de moler a cueros, indecente!

"—¡Ay!

"—¡Grita muera ahora...! Y ahora lárguese usted de aquí. Conque muera el despotismo ¿eh? ¿y la tiranía? ¿y la religión? ¿y los caballos de Bejarano? ¿y los bigotes de Carballeda? ¿y la piocha de Baranda? ¿y la corbata de Mariscal? ¿y los anteojos de Castañeda y Nájera? ¡Habrà usted visto insolente! ¡Váyale a pedir la mano a su mamá y a rezar el rosario, que ya es hora!

"—Sí, papá. (Telón)..."

Bueno es que transcribamos algunos fragmentos de las *Semanas alegres* menos conocidas, porque están dispersas en raras colecciones de periódicos. Algunas son oportunas siempre, porque tratan de problemas que siguen siendo de actualidad hoy día después de transcurrido más de medio siglo.

Con frecuencia se habla hoy de campañas contra el ruido. Téngase en cuenta que estamos en 1904, cuando *Tick-Tack* escribía:

"... Todavía en el año de mil ochocientos y pico nuestros bisabuelos oían, después de una tertulia de confianza, los suspiros del céfiro, el volido de una mosca, mientras se dictaban los números de la lotería de cartones; y, si abusado habían de los cordiales, o andaba trastornado el tornillo de sus tendencias poéticas, hasta la música de las esferas y el crecer de la hierba.

"Actualmente, ni para un remedio se consigue el silencio de las bibliotecas, el recogimiento de las celdas, el mutismo hermético del claustro a medianoche o la quietud augusta de la soledad, que inspira solemnes pensamientos al desterrado, cuando trémula asoma a sus párpados la lágrima candente del dolor oculto; en tanto que como voz dulcísima, como un eco del propio corazón, suena a lo lejos, en el crepúsculo de oro y gualda, la voz armoniosa de la campana. ("Edelmira o Piedad Conyugal-Bosquejo-Almanaque de las señoritas para el año bisiesto de... con la Novena de San Elpidio y varios juegos de prendas y de estrado.")

"—No, ciudadanos Diputados, hoy por hoy, las trompas de Eustaquio andan de capa caída; ya no aprecian la voz de la conciencia, ni la voz del deber, ni la voz del pagar, ni otras voces inglesas. Hoy por hoy, la madre escucha* es un mito y ni el periodo comatoso se atreve a lanzar el arcaico

* Así se llamaba en los conventos a una monja que acompañaba a la novicia cuando recibía visitas aunque fueran de los familiares.

dicho aquél: No hay peor sordo que el que no quiere oír; hoy lo ensordecen a uno a la fuerza.

"Todo el santo día es sinfónico. A eso de la madrugada despierta el mortal para convencerse de que la aventura con la señorita que hacía columpio en la rama de un árbol y se dejaba caer en los brazos de uno, ebria de pasión, era sueño nada más, cuando rasga los ámbitos agudísimo grito: es el silbato del molino de nixtamal, a quien contestan, arrebatándose, el aullido de las locomotoras, la panadería, el tren de pulques, la fábrica de fideos, el obrador de una fundición, el baño, los gallos que no pueden acostumbrarse a esa algarabía, y poco después, las campanas, sonadas por un sacristán que se desquita con el badajo, de la desmañanada. . .

"En el momento de mojar la pluma, cimbrando la casa toda, arrancando las piedras, sembrando el pánico en los gendarmes dormidos, pasan hasta nueve carretas de vacío y compite con ellas en barbarie el eléctrico, el primer viaje del eléctrico tocando a rebato. . .

"—¿Quién sataneces está bailando en la azotea, Nabora Malpica?

"—Son los del teléfono, niño."

Como he dicho, como vivíamos en viviendas fronterizas, puedo hablar de su vida hogareña tal cual era. Además del afecto familiar tenía dos pasiones, los libros, conservados, guardados o cuidados como alhajas en su corta pero selecta biblioteca, y la música. Él y mi madre habían sido discípulos del conocido profesor Benito Díaz. Ejecutaba Ángel desde un *scherzo* de Chopin, o la *Primavera* de Mendelssohn, hasta las piezas de moda, compuestas por sus amigos Ernesto Elorduy o Ricardo Castro. Uno de mis más indelebles recuerdos es verlo en el piano en tertulia con la familia y amigos íntimos tocando un vals francés que aún se escucha: "Cuando el amor muere", por Crémieux.

Nunca llegó el tedio a su nuevo hogar, a su nueva casa. En ésta y con la nuestra había intercambio sin interrupción de comentarios sobre los artículos o ensayos aparecidos en *El Mundo Ilustrado*, la *Revista Azul* o la *Revista Moderna*. El tiempo dedicado a la conversación podría agotarse, pero no los temas tratados en las reuniones literarias del "Liceo Altamirano" en la casa de don Joaquín Casasús, o los conciertos de los amigos Carlos Meneses o Gustavo Campa.

Recuerdo la mudanza, verdadera emigración, que hicieron Ángel y su esposa y mi familia a la colonia de Santa María la Ribera, entonces hermosa y amena. Todas las calles con árboles, calles empedradas que dejaban, como ya hemos dicho, surgir la hierba entre piedra y piedra. Casas alegres con pequeños pero amenos patios o jardines.

El campo y las tierras de labor de la Escuela de Agricultura se dilataban

desde la calle del Fresno, y quedaban restos de viejos ranchos que habían pertenecido a la desaparecida Hacienda de Santo Tomás.

El río artificial del Consulado limitaba su cauce por bordos que el tiempo, los añosos árboles de pirú que regalaban placentera sombra, y las pisadas de los viandantes, habían convertido en paseo.

Desde que principiaban las lluvias, las aguas cubrían el cauce arenoso. El seguir las orillas contemplando la corriente, hacía deliciosa la caminata.

Es imposible olvidar a Ángel que con nosotros disfrutó días felices. Las imágenes que guarda mi memoria coinciden, se ajustan y engargolan con los recuerdos de Luis G. Urbina cuando *Micrós* murió:

"¡Pobre *Microsito*! Bueno como el pan, afable como un cura de aldea, risueño como un colegial alegre, lo miro atravesar por mi vida, derramando salud espiritual, ingenio y gracia.

"... Vuelvo a mirarle chiquitín, dulce, epigramático, y candoroso. Era un niño zumbón. Gustaba travesear con los chistes. La burla sana, espiritual, ingenua; la burla, quebradizo dardo de cristal que al menor obstáculo se rompe, ésa era su manía. La tomaba como una gimnasia del entendimiento.

"Tenía el don del conversador. Y ese dicharachero regocijado era, a la vez, un muchacho serio, formal, ilustrado, lector perpetuo, estudiante infatigable, huroneador de libros viejos y nuevos, asiduo concurrente a bibliotecas y librerías. La burlomanía tenía su reverso en la bibliomanía.

"Su existencia es un modelo de orden; una existencia clara, limpia, de hombre honrado que sabe tener en calma el espíritu, porque sabe también tener la abnegación del deber. Su aspiración era el método. No cometió jamás locuras ni calaveradas como nosotros. Él siguió por la senda recta de una admirable burguesía. Las tempestades de su corazón se estrellaron en los diques de su carácter.

"Le veo en nuestras fiestas juveniles, pulcro, juicioso, correcto. Todo su entusiasmo se prodigaba en locuacidad.

"Él creyó como Darío que 'la virtud está en ser sereno y fuerte'. Nunca tuvo un desfallecimiento; nunca salió de sus labios una palabra de amargura o de despecho en contra de sus malquerientes o envidiosos. Su protesta se deshacía en sátiras infantiles. Su rencor, si lo tuvo, estallaba en flores de ingenio. Él sí que conoció a los envidiosos, pero no la envidia; él que inclinó siempre su juicio del lado de la clemencia, cuando no pudo elevarle hasta la altura de la alabanza y del encomio."

La muerte de *Micrós* llegó cuando nadie la esperaba. Fue en su casa de la calle del Chopo.

El 28 de enero, vísperas del día de San Francisco de Sales, onomástico de mi padre, envió disculpa de no ir a comer como todos los años, pues estaba

enfermo con "calentura". Tres días después aparecieron las petequias. Cuatro más tarde, el delirio y la adinamia y murió el 8 de febrero de 1908, antes de que cumpliera cuarenta años de edad.

Fue el tifo enfermedad endémica entonces en la altiplanicie mexicana. Su frecuencia y gravedad aumentaban en invierno. Hoy es padecimiento reprimido, vencido. Muchos médicos jóvenes no han visto un solo caso. Y sin embargo, su existencia cambió la historia del mundo e influyó en el destino de México. *Matlazahuatl, cocolixtle, peste, tabardillo, fiebre petequial, tifo exantemático*, ¡cuántos siglos de investigaciones, éxitos y fracasos hubieron de transcurrir para que esa enfermedad, hoy histórica, acaso legendaria, fuera bien conocida, curada y extinguida!

El portero de la casa enfermó con fiebre; Ángel lo visitó, pues quería dejar un auxilio económico para alimento de la prole, y un pequeño juguete, corriente y barato pero simpático, al niño panzón, de cara sucia, pasos vacilantes y de andar aún inseguro, que todas las mañanas acudía a dar los buenos días. Acaso *Micrós* se sentó sobre el camastro, pudo haber dado inofensivos consejos, de acuerdo con sus deseos frustrados, sus ambiciones rotas, de médico. El portero tenía tifo, la virulenta enfermedad hizo presa en *Micrós* y ocasionó la muerte, como una mordida inesperada, inevitable y fatal de una sierpe venenosa.

Las imágenes contempladas con ojos infantiles, y las palabras de mi madre ahogadas en llanto que escucharon mis oídos, vuelven con fidelidad indeleble e implacable, cuando leo los comentarios sentidos de Luis G. Urbina:

"...*Micrós* había perdido la conciencia: no era ya *Micrós*: era un fardo adinámico, de carne que ardía, en llamas de ensueño de la calentura. No necesitaba ya de compañeros ni de amigos: una mano de enfermera, la vigilancia íntima de la esposa en vela, unos labios piadosos para recitar en voz baja las últimas oraciones, y las preparaciones de las ceremonias funerales, en las que la etiqueta y la urbanidad llevan coronas de trapo y hacen caravanas de condolencia..."

Numerosos acompañantes al sepelio, presidido por su entrañable hermano Germán acompañado por mi padre y numerosos amigos. Un sencillito monumento levantado por suscripción popular a iniciativa de *El Imparcial*, periódico en el cual fue colaborador durante tantos años.

El sepulcro tiene grabada una pluma rota, símbolo alegórico de la carrera literaria tronchada, interrumpida en la plenitud de la vida. "La pluma piadosa, sí, para todos los que sufren, los que lloran, los que están tristes; piadosa para todos los señalados en las bienaventuranzas: los hambrientos, los desnudos, los perseguidos."

La tierra se abrió nuevamente, en el lugar, después de veintiún años para recibir y guardar, juntos con los huesos de su tío, al joven estudiante de veinticinco años de edad, Germán de Campo. Extraña coincidencia. Germán, como Ángel, muy joven, tuvo que sostener a su madre, hermanas y hermanos menores. Estudiaba Leyes y trabajaba como auxiliar jurídico en la Dirección de Salubridad.

Fue, pudiéramos decir, discípulo de *Micrós* a través de sus lecturas. Inquieto, dinámico, extrovertido, compartía el pan, las alegrías y pesares con las gentes humildes. Creyó vislumbrar un destino mejor para el pueblo con José Vasconcelos. Así lo creyeron Mauricio Magdaleno, Salvador Azuela, Juan Bustillo Oro, Andrés Henestrosa, Baltasar Dromundo, Adolfo López Mateos, Salvador Aceves y muchos otros jóvenes de entonces.

Y Germán, a quien de niño *Micrós* tuvo en sus brazos, murió, víctima de la barbarie sin ley. La tarde del 20 de septiembre de 1929, después de criminal agresión, en el "asfalto infecundo" quedaron tres cadáveres. Uno de ellos el de Germán de Campo. Ángel y él, por destino inexorable, se unieron en la misma fosa.

¿Sería posible para mí no tener recuerdos de *Micrós*? Durante toda mi vida oí hablar de él, o le escuché en sus escritos y pensamientos. En la Escuela Preparatoria mis profesores Rubén M. Campos, Enrique Fernández Granados, Luis G. Urbina y otros, charlaban conmigo cariñosamente del que fue su amigo *Micrós*. En la Escuela de Medicina, mi inolvidable maestro Alfonso Pruneda y en diversos lugares y circunstancias, amigos de mi padre, algunos de ellos a quienes después presté mis servicios médicos como Ezequiel Chávez, Federico Gamboa, Luis González Obregón, Jesús Galindo y Villa, Victoriano Salado Álvarez, a quienes tuve el privilegio de conocer y tratar, no perdían ocasión de hacer cariñosas reminiscencias.

En mi práctica médica, ¡cuántas veces me sentí feliz en el Hospital General, lleno de luz, y muy diferente al triste cuadro que *Micrós* describió en "Los abandonados"!

Ya Rudolph Virchow había dicho que la narración de las batallas y de las guerras no es sino el aspecto externo de la Historia. El aspecto interno está formado por el conocimiento de cómo progresó la Ciencia, por una parte, y por la otra, comprender el doloroso sufrir de la humanidad y sus afanes contra la miseria, la enfermedad y la muerte. Esta historia no la han vivido las grandes figuras, sino los hombres comunes en los acontecimientos del cotidiano vivir. Las que pintó *Micrós* a veces con tristeza, a veces con ironía. Siempre con amor. Por eso su obra tiene una importancia no sólo literaria; también la tiene histórica. A la historia contribuyó, en sus numerosas obras, *Micrós*, *Tick-Tack*, Ángel de Campo y Valle, como dice

Ezequiel Chávez, "no volviendo enemigas dos clases sociales, sino despertando en ellas los sentimientos mejores, con remordimientos, con examen de conciencia, con humanidad, no exteriormente y a fuerza; sino a la manera de las flores vivas que entrelazan sin violencia sus tallos aunque cada una viva por sí su propia vida". (*Cito toto et jocundo.*)

MONTES DE OCA, POETA *

Por don JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA

Cada ciudad tiene sus estrellas que la iluminan aun después de muertas. Brasas vivas de antiguas cenizas. Pálpitos de vida sobre la aridez de los huesos. Sombras irreductibles al olvido que de pronto se inflaman. La ciudad presente se construye en torno de sus propias ausencias, de sus sepulcros con destino de cuna, polvo sí, mas polvo enamorado, fantasmas de carne y sangre, los hombres, los hombres que pasaron una vez para no dejar de pasar nunca.

En mi ciudad, austera y fina como flor de piedra, sigue viviendo después de cincuenta años de muerto, Ignacio Montes de Oca y Obregón, pontífice y poeta, pastor de almas y pastor de la Arcadia, que "cantando apacentaba a su rebaño".

Cruza la figura renacentista de Montes de Oca por esta catedral condecorada con cuanta obra de arte pudo traerse como trofeo de sus andanzas en Europa; por estas Casas Reales que enarbolan su escudo entre el frenesí de columnas y balcones; por esta alameda soledosa por donde solía pasear en carruaje dorado a la caída de la tarde; por este palacio que es hoy municipal, donde supo reunir, junto a caobas y cristales, tapices y espejos, porcelanas y mármoles, la biblioteca personal más importante de América.

Y si uno, investigador o curioso, que es la mejor manera de ser investigador, se mete a la intimidad de ciertas casonas potosinas, ahí encuentra preciosos libros de latines y griegos de aquella biblioteca, alguna estatuilla de bronce, tal vez una bandeja de plata, un lienzo firmado en Italia, una turquesa del pectoral, que sus dueños exhiben con orgullo, aunque naturalmente sin factura.

"A lo largo de sus ochenta y un años plenos, vio fenecer el reinado temporal de los Papas y esfumarse un imperio mexicano, pasar cuatro pontífices y muchos reyes, derrumbarse una dictadura que parecía inmovible, es-

* Leído en sesión pública efectuada el 25 de febrero de 1972.

tallar la Revolución Mexicana y la guerra europea, transformarse el mapa del mundo y el alma de los pueblos. Saboreó mieles y honores, como pocos quizá, pero también como pocos, gustó acíbares y quebrantos. Supo ser, al mismo tiempo y con extraña plenitud, obispo y constructor apostólico, orador políglota en las cortes europeas y predicador de humildísimas parroquias rurales; fastuoso como un príncipe del Renacimiento y caritativo como un discípulo de Francisco de Asís. Todo lo fue, y todo supo serlo con grandeza. . ."

Tres son las fases de su personalidad literaria. Traductor de los poetas griegos, comenzó la enorme tarea a los dieciséis años hasta la más avanzada ancianidad. Tradujo al español a los bucólicos griegos en versiones que "conservan el perfume original", como advierte don Miguel Antonio Caro; tradujo también los cantos triunfales de Píndaro, algunas odas festivas de Anacreonte y muchísimos epigramas de la Antología, vertidos "con asombrosa y rica vena", como a su vez afirma don Marcelino Menéndez y Pelayo. Después de un silencio de casi veinte años, tradujo *El rapto de Elena* de Coluto de Licópolis y *La Argonáutica* de Apolonio de Rodas, sueño y afán de toda la vida, cuyas octavas castellanas resplandecen "como bloques de mármol". Orador fecundo, cuyos discursos recogió junto con otros temas pastorales en ocho gruesos volúmenes, supo aunar la claridad de la exposición, la argumentación robusta, la serena elegancia de las formas con la gallardía del gesto, la impecable dicción, cálida la voz, el imperio cautivante que ejercía sobre el auditorio. Amado Nervo evocará en sus recuerdos de adolescente, al "chico de trece años" que era "todo ojos y oídos" escuchando en éxtasis la caudalosa elocuencia de Montes de Oca.

Del poeta original quiero hablaros en esta ocasión en que nuestra Academia recuerda a Ipandro Acaico en el cincuentenario de su tránsito. Es verdad que su poesía constituye la parte menos valiosa de su obra, y por ello la más desconocida. Nada nuevo podría decirse, en cambio, del traductor y del humanista, después del estudio magistral que le consagró Gabriel Méndez Plancarte.

1

La bibliografía poética de Montes de Oca se contiene en seis libros. *Ocios poéticos* fue el primero y el único que vio ediciones: impreso en México en 1877, fue reimpresso en Madrid en 1896, en edición "muy aumentada". "Hice una tirada de pocos ejemplares, destinados más bien a mis amigos que al público en general. Con grata sorpresa vi que en pocos días se agotó la edición." Con tan maravillosa receta de Montes de Oca, se resuelve el eterno problema de los libros de poesía que no salen del almacén ni en abonos fáciles; basta hacer una tirada de pocos ejemplares y regalarla luego a los amigos. Sin olvidar otro requisito, que el poeta esté dispuesto a gastarse

sus módicos ahorros. Pero riqueza y poesía dichosamente no fueron hermanas, que ya decía Nervo: "a ser rico, preferí ser poeta."

Ocios poéticos es un libro singular en la producción de Montes de Oca, en cuanto que reúne poesías originales y traducidas del griego y del latín, y en cuanto que es el libro que ofrece la poesía más variada tanto por los temas como por las estructuras métricas.

Los libros que siguen al primero, son invariablemente colecciones de sonetos, todos ellos publicados en Madrid, en pequeños y finos tomos de extraordinario buen gusto: *A orillas de los ríos*, de 1917, que contiene, además, algunas versiones o paráfrasis griegas; *Otros cien sonetos*, de 1918; *Nuevo centenar de sonetos*, de 1921; *Sonetos jubilares* de este mismo año; y los *Sonetos póstumos*, editados en México en 1941.

Sólo algunos de estos poemas fueron publicados en revistas mexicanas o españolas antes de ser recogidos en libros. Montes de Oca no atendió el viejo precepto: "No escribas todo lo que pienses, ni publiques todo lo que escribas." Cuanta poesía escribió, vio luz de imprenta.

Solía redactar los versos en el papel oficial de su correspondencia, fino, sonoro, de rigurosa exportación; o en lindos cuadernillos empastados en piel y canto de oro, como el manuscrito de *Ocios poéticos* que yo guardo con afecto, ay, pero sin factura.

Hay sonetos enteros sin el más leve retoque. Que no siempre fue así la cosa. Es muy raro que rechace una estrofa entera; a lo más, sustituye un verso o sobre la palabra tachada, escribe la lección definitiva con aquella su letra menuda, apresurada, casi legible, la típica mala letra de cualquier escritor que sabe respetarse.

2

¿Cuál ha sido la actitud de la crítica frente a la poesía original de Ipan-dro Acaico? En el prólogo de la segunda edición de *Ocios poéticos* el propio autor afirma que el libro suscitó "grandes elogios en España y en México aun de escritores de diversas ideas religiosas, políticas y literarias".

Recordaríamos entre otros contemporáneos, los juicios encomiásticos de Victoriano Agüeros y de Pesado, de Casimiro del Collado y de Ambrosio Ramírez, traductor potosino de toda la obra lírica de Horacio.

"A la tempestad de alabanzas que duró algunos años, continúa el propio Montes de Oca, sucedió una tormenta de vituperios", desencadenada especialmente por Guillermo Prieto y Manuel Gutiérrez Nájera en México y por Leopoldo Alas "Clarín" y Antonio de Valbuena en España. "Encontraron malo cuanto al principio habían declarado bueno", se queja con tristeza; "y lo siguieron en su ingrata tarea multitud de zoilos de diversas escuelas, que añadieron a la censura de los versos la injuria personal".

Sus amigos más fervientes se apresuraron a manifestarle su adhesión.

Desde Washington, don Juan Valera le escribía: "He leído los artículos críticos de Gutiérrez Nájera que Ud. me ha enviado, pero ni los hallo bastante buenos para que me interesen, ni bastante desatinados para que me diviertan. Hay en ellos esas afirmaciones pedantescas infundadas a que está uno acostumbrado. Dice el autor que Ud. no es poeta, como no lo es Menéndez y Pelayo. Me parece que bien puede Ud. ser desterrado del Parnaso en tan buena compañía. Ya fundarán Uds. otro donde quiera que vayan."

A su vez, don Marcelino le decía en carta desde Santander: "He leído la insulsa crítica de Clarín. Y no porque él sea tonto, sino porque la pasión política lo ciega. Es un condiscípulo mío llamado Leopoldo Alas, discreto y gracioso a veces; pero demagogo e impío como un diablo, y muy aficionado a la carne de clérigo."

Es claro que aquellos críticos advertían la débil inspiración lírica de Ipan-dro; pero también es claro que sus juicios se enturbiaban con otras razones que ya no eran del orden literario, que es la historia de siempre, contra la antigua sabiduría de Marcial que permite condenar la obra con tal que se absuelva al artífice.

Montes de Oca se limitó a frenar esta alta marea de vituperios con una sola frase estampada en el prólogo de la segunda edición de los *Ocios poéticos*: "No temo, porque no aspiro a adquirir gloria." No volvió a hablar más.

Frente a los fáciles elogios de unos y la rigurosa acritud de otros, contrasta la prudente reserva de Menéndez y Pelayo, tan generoso en ponderar hasta el encomio más superlativo, cuanto el obispo traducía de los griegos; tan benévolo acogedor de sus discursos, pero cauteloso siempre ante la poesía original, salvo cuando tuvo que agradecerle "la elegante oda sáfica que usted me dedicó".

Los dos manuales beneméritos, pese a sus obvias deficiencias, que comenzaron a divulgar entre nosotros el interés por las letras mexicanas, reservan sendos aplausos a la poesía original de Ipan-dro Acaico. Julio Jiménez Rueda la gradúa "de impecable y purísima. No pierde jamás el obispo la postura esencialmente académica. Talla sus versos en mármol y labra en él las figuras de perfección y de blancura excepcional". Carlos González Peña expresa con hipérbole a su vez: "Como poeta original es acabado e inconfundiblemente clásico; pero con un primor, con una elegancia, con una vibración de sensibilidad que no fueron por cierto antes de él, comunes. En particular hay una forma, el soneto, que domina con soltura y maestría, y de la que ha dejado cosecha abundantísima."

Asordinando estas trompetas excesivas, Gabriel Méndez Plancarte invitaba a los críticos a que siguieran el ejemplo de Menéndez y Pelayo, "tan parco

en elogios para la poesía original de Ipandro Acaico. Juzgo también que en eso debemos imitar al insigne maestro".

A Octaviano Valdés pertenece el juicio más certero sobre la lírica del obispo de San Luis Potosí: "Su estilo, fruto lógico de su educación rica y fecunda, guarda siempre el decoro, desechando el desaliño y aun el uso trillado de expresiones convencionales. Pero la mayor parte de su obra poética, es seca y de muy débil inspiración. A través de su verso resuena el acento del orador y del cultivado humanista que piensa y siente, pero sin conseguir el hallazgo luminoso del punto de vista original, ni menos traducirse en emoción poética. Sólo de cuando en cuando, alguna alondra solitaria rompe la monotonía de centenares de sonetos en monótono desfile. La debilidad poética de Ipandro Acaico se agrava por su actitud artística —temperamento y escuela— gobernada por una especie de esteticismo platónico frío y exterior. Sus ojos pasan sobre los objetos, como quien acaricia un mármol, complaciéndose en la sensación de sus sabios perfiles, pero sin esforzarse en percibir la onda vital que circula bajo la gelidez de la epidermis."

Tal ha sido la trayectoria crítica de la lírica de Montes de Oca, al ritmo de los gustos, las pasiones y los tiempos, desde el ardiente panegírico de los amigos hasta la mofa cruel de los adversarios, sin que haya faltado ni la prudente cautela ni el silencio definitivo.

3

Educado desde niño en Inglaterra y en Italia según los moldes más rigurosos de una formación humanista, los clásicos latinos, y mucho más los griegos, le heredaron para siempre no sólo el ideal de la belleza, sino también sus formas expresivas. Era un mexicano de alma helénica.

Saboreó con ancho espíritu el magisterio de los clásicos españoles, y fueron los más suyos, Garcilaso, Herrera, Fray Luis de León y Cervantes. Con mucho menor interés conoció a los románticos y, aunque estuvo alerta a la producción lírica de sus contemporáneos, los leyó más por compromiso de cultura que por libre simpatía.

De la predilección casi exclusiva por sus griegos armoniosos y melenudos, nos habla un desconocido incidente epistolar entre Montes de Oca y Pagaza, pastores y árcades ambos.

El Obispo de San Luis Potosí fue invitado a pronunciar el discurso de mantenedor de los Juegos Florales de 1913, en su ciudad episcopal. Fama y figura atrajeron a un auditorio elegantísimo y expectante. Montes de Oca llenó de luz aquella noche: el carruaje en que llegó al teatro, el amatista pontifical del anillo, las sedas moradas, undosas de la capa, el brillo de las condecoraciones, el señorío con que recibió el aplauso.

Si acaso sus íntimos aguardaban la evocación de la lírica griega, he aquí que el discurso versó inesperadamente sobre Manuel José Othón, que no fue lo que se dice santo de la devoción del prelado potosino.

El orador glosó aquellos sonetos en que Othón anhela recibir la flauta de la inspiración poética no de Teócrito, el rapsoda griego, sino precisamente de las manos de Pagaza, pues bien sabemos que el río de *Poemas rústicos* surge en buena parte del manantial de *Murmurios de la selva*.

"A mí me hubiera gustado, decía Ipandro Acaico en su oración, que la musa al encontrar la flauta, después de presentarla a Teócrito, la hubiera entregado al propio Manuel José Othón, sin que pasara por tantas manos; a los admiradores de la sencillez y la virilidad helénica, nos place más beber en la fuente de Aretusa que en los lejanos estanques, a donde llega el agua del apartado manantial, más dulce, pero menos cristalina."

Todo un baño de agua fría, nada dulce y nada cristalina, sobre Othón y Pagaza al mismo tiempo.

Cuando el obispo de Veracruz leyó este párrafo del discurso que le había enviado su carísimo hermano el obispo de San Luis Potosí, le contesta con noble prudencia: "Desde que llegó el discurso, lo he leído a trechos; mas no pude desde el primer día, ni puedo ahora, ver las cosas como usted las ve en los tres sonetos que le dedicó el bien querido Manuel José Othón. Pero no es tiempo de pensar en tales cosas..." Naturalmente que Pagaza no podía estar de acuerdo con Montes de Oca por varios motivos, o por el afecto entrañable con que distinguió a Othón, o porque sencillamente Montes de Oca lo comparaba con un lejano estanque de agua menos cristalina. Todo sea por los benditos griegos. Que ya Agustín de Hipona se había confesado de observar las leyes de los clásicos mucho mejor que el decálogo de los profetas.

4

¿Cuáles fueron los principales temas que evocó la poesía de Montes de Oca?

Desde luego el tema religioso en una triple vertiente de inspiración: la Biblia, eterno hontanar de gracia, la hagiografía y la historia de la Iglesia.

Si cualquiera materia poetizable opone al poeta resistencias y aun acometidas, con especial razón el tema religioso que se atreve a irrumpir entre la trascendencia y el misterio. No fue Montes de Oca un poeta religioso; de su voz se extraña la hondura de la emoción y la viva y palpitante entraña del cántico.

El mayor caudal de su producción lírica está integrado con poesía de ocasión que, a pesar de su desprestigio, ha motivado memorables poemas antiguos y modernos, cuando el poeta logra rimar ocasión y corazón.

Como fiel seguidor de los clásicos, apenas mira el paisaje, asunto decorativo y estático, creatura lejana y fría. La luna, sí, la luna de ayer en la que los poetas invirtieron miles de versos según en la de hoy los militares invierten miles de dólares, logra entusiasmarlo en un bello soneto que denuncia la pequeña herida romántica abierta en el impenetrable mármol.

PLENILUNIO DE SEPTIEMBRE

¡Diana gentil! Cual nunca esplendorosa
surgir te miro de la mar serena;
tu rostro todo ofusca y todo llena
con su fulgor; pero es tu andar de diosa.

Apenas se vislumbra la preciosa
veste sutil, que el aire desordena;
la aljaba en tus espaldas de azucena,
el contorno en tu pie color de rosa.

En las blondas estrellas que a distancia
te siguen, a tus ninfas adivino
por la que exhalan, celestial fragancia.

Y bendigo a tu numen, y a mi sino,
que traen a las puertas de mi estancia
de tu beldad el esplendor divino.

Los mejores momentos de la poesía de Montes de Oca surgen cuando se inspira en los temas griegos y recrea la antigua, la sutil hermosura; o cuando el dolor nubla sus ojos, la adversidad despoja sus palacios, y la muerte le avisa la hora de la última azada.

Enfermo, pobre, desterrado, se le abre una nueva voz, como una llaga, nunca antes tan honda ni sentida.

Triste, mendigo, ciego cual Homero
a su montaña Ipandro se retira,
sin más riquezas que su vieja lira,
ni báculo mejor que el de romero.

Los altos juicios del Señor venero,
y al que me despojó vuelvo sin ira
de mi mantel pidiéndole una tira
y un grano del que ha sido mi granero.

A qué mirar con fútiles enojos
a quien no puede hacer ni bien ni daño
sentado entre sus áridos rastros.

Y sólo quiere, en su octogésimo año,
antes que acaben de cegar sus ojos
morir apacentando su rebaño.

Engendrado a la vida espiritual por Europa desde sus años mozos; empedernido viajero que cruzó el mar por cien veces cuando la medalla del mérito naval, por la hazañosa aventura, llegó tardíamente para condecorar el cadáver; flamante y suntuoso en los castillos, de turbante y florida barba en los desiertos, aquel corazón cosmopolita sabía, como Rubén, el otro trota-mundos, que no hay patria pequeña, y para México reservó los latidos más íntimos de su amor.

En su poesía yérguense las cumbres luminosas de nuestros volcanes, agítase la colosal palmera y "el bullicioso plátano", asciende el "humo del óleo mineral", rompe el cielo "el hablador perico" y la próspera huasteca entreabre su misterio.

Junto a sus dilectas humanidades, se atreven las "indianidades", como en aquel espléndido elogio de las Pirámides de Cholula exaltadas sobre los egipcios monumentos; y junto al lenguaje culto y latinizante, no desdeña la evocación de tal cual palabra vernácula. Aun las corridas de toros encuentran sitio fugaz en su poesía.

Ante la técnica que comienza a perforar sus días con inventos inauditos, aquel recio varón vuélvese niño. Como por la trémula sorpresa del juguete nuevo: "Quien fuera capitán de submarino"; o consagra un soneto a cantar las ondas sonoras de la radio. O anhela, ya herido por la muerte, abandonar el lecho

Y recorrer volando la campiña
en automóvil de motor ingente.

5

Gracias al tenaz aprendizaje a que se había sometido desde su mocedad y a las naturales dotes, poseyó tal soltura y facilidad para versificar sobre cualquier tema y desahogo que Menéndez Pelayo la graduó de "prodigiosa". "Más que octogenario", el vigor permanece intacto, inusitado, capaz de producir, según la estadística de sus composiciones últimas, un poema cada tercer día. Gráficamente lo expresó en aquel verso: "De disparar sonetos tengo antojos."

"Como no podía emprender estudios serios ni artículos de cierta profundidad y largas dimensiones, me limité a escribir sonetos que, sin exigir gran trabajo, llenan agradablemente mis ocios de ciego."

De los casi 450 poemas originales que escribió, unos 400 son sonetos; aunque cultivó en breves incursiones, otras diversas estructuras con predilección por las formas más estrechas y difíciles de la métrica castellana, como

los tercetos italianos, los cuartetos endecasílabos, las estrofas sáficas, las octavillas pentasílabas, las octavillas y las octavas italianas, la octava real, el romance en diversa variedad de sílabas (pentasílabo, heptasílabo o anacreónico, octosílabo y endecasílabo), los endecasílabos libres y aun la rima leonina.

Por su lírica discurren odas, himnos, elegías, canciones, sátiras y epístolas.

Destacaríamos, por su forma gallardamente trabajada, los endecasílabos dedicados a Menéndez y Pelayo "con motivo de su recepción en la Real Academia Española", las marmóreas sáfico-adónicas a don Antonio Plancarte y Labastida en su primera misa, y los nobles tercetos de su elegía "En la muerte del Excmo. Sr. don Joaquín García Icazbalceta, Director de la Academia Mexicana".

La pródiga fecundidad, la falta de rigor en la depuradora lima y, sobre todo, la educación y actitud academizante explican los prosaísmos expresivos, la gastada fraseología de la época, los latinismos de léxico, los adjetivos cultos, o las ásperas inversiones sintácticas.

Nunca lo tentó la idea de versificar en latín, aunque conocía el austero timbre de sus bronce. En cambio, ya casi con el pie en el estribo, publicó dos sonetos en tan espléndido inglés, que sus amigos creyeron que los había escrito hacía cincuenta años, cuando el adolescente mexicano que estudiaba en Oxford superaba a sus condiscípulos ingleses en el manejo del idioma.

A vuelta de correo, Montes de Oca envía a los incrédulos amigos, otro poema escrito en inglés con la siguiente aclaración: "Para disipar sus dudas, compuso Ipanandro esta misma noche un soneto, cuyo borrador les envió sin tardanza."

Lo que nos recuerda el otro desplante de Su Ilustrísima cuando el Pontífice de Roma pidió al obispo de San Luis Potosí que tomara la palabra en memorable asamblea. "Decid al Papa que no he empezado a hablar, porque espero que me diga en qué idioma."

"Recio y noble árbol el que dio tantos y tan ricos frutos, claro varón de rara prestancia que para gloria de México y del mundo español, es egregio entre cuantos renovaron en nuestra lengua, el tesoro de la antigua y eterna belleza."

CARLOS PEREYRA *

Por don LUIS GARRIDO

Cumplo el encargo de nuestra Academia, expresando mi tributo de admiración a la obra del que fue uno de sus más insignes miembros: don Carlos Pereyra, el centenario de cuyo nacimiento celebramos con la presente sesión, pues vino a este mundo el 3 de noviembre de 1871.

Pocos historiadores de nuestras vicisitudes colectivas han demostrado tanta sagacidad intelectual y una excelente técnica de investigación como este hijo de Saltillo. No fue un mero repetidor de nuestras cosas, sino un intérprete y crítico de ellas con probidad y natural hidalguía.

Realizó estudios de jurista y entró en el servicio diplomático mexicano. Durante su mocedad profesional estuvo cerca del eminente maestro don Justo Sierra, y al sobrevenir la Revolución se retiró a Madrid, en donde moró hasta su muerte, en compañía de su mujer, la extraordinaria poetisa doña María Enriqueta Camarillo y Roa de Pereyra. Pero no obstante la distancia, llenó por entero su vida del interés fervoroso por la historia de nuestra patria, reconstruyendo el proceso de la conquista, las gestas de los descubridores por mares americanos y la evolución de las instituciones hispánicas en el nuevo mundo.

Su gran amor a México lo llevó a explorar el periodo de la independencia, y con tenacidad admirable presentó sus puntos de vista en aquellos aspectos que se relacionan íntimamente con el porvenir de nuestra nacionalidad, sin abdicar de su admiración por la cultura española y del modo de servirla y enaltecerla, sobre todo frente al poder sajón en América.

Sin embargo, a pesar de sus valiosísimos estudios acerca de nuestra historia y de sus méritos indiscutibles como escritor, no ha recibido el homenaje nacional a que es acreedor; por el contrario, en el mundo oficial se le ignora a causa de que adoptó una posición de crítica severa frente algunos gobiernos de la revolución, particularmente por su política religiosa y por

* Leído en la sesión pública celebrada el 24 de marzo de 1972.

ciertas ideas que consideraba extremistas. España, en cambio, lo ha exaltado dando su nombre a una calle de Madrid, editando sus obras, condecorándolo en vida y enviando su cadáver a nuestras playas en una nave de guerra. Cumple a nuestra Academia el honor de consagrar a este gran mexicano la velada que celebramos, recordando que fue miembro de ella y que una de sus glorias más altas es la de haber puesto su magnífica prosa al servicio de la historia. En efecto, a Pereyra podrá discutírsele por la procedencia de algunas de sus ideas, pero su mérito como hombre experto en el idioma, no está a discusión. Con un estilo claro y preciso, de gran corrección, suministra al lector bellas imágenes y transparentes razonamientos. Lejos de los adornos de mal gusto y orientado únicamente por la idea de glosar con veracidad un acontecimiento social o una manifestación de la cultura, nos ha dejado páginas de valor impecadero.

A mí me impresiona sobre todo su papel de narrador del pasado, por la pulcritud y erudición con que lo desempeña. En forma penetrante toma el pulso de la vida histórica y la refleja en sus libros con fidelidad. Funda sus opiniones sobre los estados religiosos y culturales, no con el vuelo de la fantasía sino con los datos geográficos, las estadísticas, las crónicas y documentos oficiales, así como teniendo en cuenta las opiniones de los eruditos y hombres de la época. Él percibe el pasado en su continuidad espiritual y examina las épocas ligándolas al horizonte que cubre el velo de los siglos. Hace uso de todos los elementos que nuestro tiempo suministra al historiador para conocer el pasado y así utiliza los archivos, los viajes, las fotografías y las publicaciones de las universidades y gobiernos. Dotado de la técnica de un verdadero investigador, estudia el desarrollo de las concepciones sociales a través de los tiempos, de los pueblos y de las situaciones más diversas. Cuando no encuentra las suficientes fuentes clásicas de conocimiento, idea otros medios que enriquezcan su estudio histórico.

Pereyra siente la gran responsabilidad del que trata de reseñar una época y transmitir a sus contemporáneos las luces de un siglo. Enemigo de realizar su trabajo sólo como un repetidor de cosas dichas, gusta de explorar algo nuevo o presentar las situaciones históricas con mejor iluminación, para que no quede ningún rincón por explorar. Y más que glosar las obras de los hombres sobresalientes de una época, buscó presentarnos el escenario en que se movieron las fuerzas que actuaron sobre ellos y particularmente el ambiente cultural. Don Carlos fue un verdadero maestro con dotes de sociólogo; con el afán de darnos la verdad de los hechos y buscando el enfoque de la trabazón de ellos, en la continuidad y perennidad del sentido histórico. Amó profundamente a México, pero este afecto no lo privó de su imparcialidad. Nunca se apartó del seno de la verdad, pues por encima de todo rendía culto al conocimiento y a sus deberes de historiador. En este aspecto consi-

deró a la patria en parangón y conexión con la historia universal, particularmente la de España que irradia sobre nosotros su cultura. Al mismo tiempo, su patriotismo lo hizo manifestarse con denuedo en contra de los Estados Unidos que tanto nos han dañado en el curso de nuestra historia, especialmente a mediados del siglo XIX.

Ese amor por lo nuestro al explorar el pasado, lo aprovechó para precisar la fuerza de nuestra evolución contemporánea. El espectáculo de la revolución no dejó de perturbarlo, pues formado durante la paz dictatorial de Porfirio Díaz no estaba acostumbrado a sufrir las explosiones de la violencia, pero como hombre inteligente aprovechó sus conocimientos para ver del modo más directo y claro el alcance de la nueva arquitectura patria que se estaba gestando. El ideal amplio y elevado de Pereyra chocaba con las inmundicias y persecuciones que toda revolución trae consigo y ello lo llevó a fustigar a los primeros jefes del movimiento. Amigo y paisano de don Venustiano Carranza, no aceptó el ofrecimiento que éste le hizo de seguir en el servicio diplomático. Empero, también debe haber contribuido a esa negativa su pasión por la historia, que lo dominaba totalmente, y a la que deseaba entregar su capacidad y su máximo esfuerzo.

Su residencia en España enriqueció tales estudios por los archivos de que dispuso. No malgastó su tiempo, y al correr de los años fue publicando sus libros, que son un ejemplo de pureza por su estilo, por la selección de las fuentes y por el conocimiento general de la cultura. Obras ya utilizadas por exploradores del pasado, al ser leídas por Pereyra adquirieron otra interpretación. Tenía una gran intuición para desentrañar conceptos y explicar la forma en que acaecieron los sucesos. Fue un verdadero maestro en su disciplina, pero no con una visión limitada, pues comprendía las relaciones de la misma con las ciencias naturales y las matemáticas; para él, en la historia, no podían excluirse estas ramas del conocimiento. Y así su amplia preparación le permitió abordar con buen éxito los hallazgos botánicos en las tierras americanas, los problemas de navegación de los descubridores, el estado que guardaban la astronomía y la ciencia de los números.

El hombre que recordamos estuvo persuadido de las virtudes de Juárez por el análisis que hizo de sus luchas y del resultado de su obra gubernamental; concluía que: "grandes fueron los servicios que Juárez prestó en vida a la República e inmenso es el que presta a la Nación después de su muerte. Él nos ha dado un modelo de su insuperable grandeza histórica. Juárez no es el representante de las potencias virtuales de una raza abatida; es la figura nacional por excelencia, el símbolo en que se unifican e idealizan los elementos nacionales; fue un indio excepcional, pero en la historia es el primer mexicano." Para él, don Benito es autor de "un enorme programa reconstructor, es una corriente viva que cruza nuestra historia como un río,

como un Nilo sagrado, amplio, turbio, rico, que fecundiza sus riberas con el incesante arrastre de sustancias benéficas."

Esta admiración era fruto de su trabajo asiduo de investigador, pero no descuidaba ningún esfuerzo para valorizar bien los resultados obtenidos en la vida de los grandes hombres. Pereyra, además, ponía empeño en presentar su balance con una buena exposición literaria. No era el historiador duro y frío que ordena sus datos para fundar su exposición, sino que trasmitía a ésta un sentido vibrante. Tampoco escribió a impulsos del servilismo político, respetaba demasiado el templo de la historiografía para profanarlo con trabajos manchados por un interés bastardo. En sus páginas se observa siempre un estilo nítido y elegante, y en más de una de ellas el impulso de expresarse del modo más bello. Como sociólogo apreciaba con exactitud los movimientos populares y, hábil conocedor del alma humana, hacía excelentes retratos de los hombres prominentes del acontecer histórico.

Por ejemplo, sobre el carácter del Archiduque Maximiliano escribió esta brillante síntesis: "Era inteligente, ilustrado, simpático. Su defecto principal, la ligereza de carácter, anulaba todo lo que pudieran favorecerle sus buenas cualidades. No era, pues, hombre que meditase sus planes y los siguiese con tenacidad. Diariamente cambiaba sus propósitos. Hoy olvidaba lo que ayer había resuelto como resultado de su naturaleza impresionable, sufría la influencia de los hombres y las circunstancias del momento. Así sucedía a menudo que no bien perdía de vista a una persona, olvidaba su afecto y lo trocaba en hostilidad. Afable con el que tenía adelante, casi siempre era satírico y cruel con los ausentes. Fue ingrato y pérfido con todos sus allegados." "No nació para las luchas de la política —decía más adelante—. Su papel era el de gran señor, artista y brillante, pero inútil, a no ser como favorecedor de la cultura. Debió haber pasado su vida viajando, escribiendo, soñando."

Juzga de los acontecimientos nacionales y de sus hombres con gran clarividencia sin hacer concesiones a la verdad falsificada. "Hidalgo —dijo— abrió la lucha insurreccional que tuvo caracteres de incompetencia." "En México —agregó—, la revolución fue obra de criollos provinciales y nunca salió del cuadro de las provincias interiores. Jamás organizaron un gobierno con capital fijo en un territorio abierto al extranjero. El iniciador, Hidalgo, hombre de inteligencia cultivada, no se distinguió en materia alguna, y se desconocen las ideas políticas que profesara. Acaso fueron un arcano para él mismo."

Poseía una virtud para ser un gran historiador. Era un hombre honesto que se guiaba por la recta razón y de ningún modo por ímpetu pasional. Sirvió al régimen del general Díaz, pero no fue un defensor sistemático de su política; fue, en cierto aspecto, un admirador suyo, y, como él asentó, nunca

lo aduló y muchos reparos puso a su sistema de gobierno. Lo defendió del cargo de que abandonó totalmente el punto de la explotación del hombre por el hombre, pues en su concepto el general Díaz "creía y con razón que cada nueva empresa, al sistematizar sus operaciones y ampliar la demanda de la mano de obra, elevaba el jornal, duplicándolo, triplicándolo y sextuplicándolo, en amplias zonas y en numerosos casos". Pero en cambio le reprochó su persecución a la prensa.

Un problema que preocupó a Pereyra fue el de la tierra, deplorando que se hiciera demagogia con el mismo. Fustigó el latifundismo mexicano y analizó la función verdadera de las compañías deslindadoras. A su paisano don Venustiano lo trató con excesiva dureza. En efecto, en una de sus obras postreras, asentó lo siguiente: "Los pueblos respiraban cada vez que se alejaban los soldados del siniestro Primer Jefe. El verbo carrancear, creado entonces, no expresaba solamente el ataque a la propiedad, sino la insolencia del despojo acompañado de crueldad contra las víctimas. Carranza y Obregón eran dos ególatras que daban resoplidos de satisfacción. Ultrajaban para vengarse del desconocimiento de sus méritos opacados. El uno, solemne como un romano de Plutarco, y el otro dado al regocijo de la bufonada en que se complacía su chispeante agudeza nutrida de chascarrillos."

Estos latigazos verbales de Pereyra para los semidioses de la Revolución le atrajeron la ira y finalmente el olvido de las clases dirigentes. Su nombre está proscrito de los homenajes oficiales. Ni siquiera aparece como escritor en el Diccionario que publicase la Universidad Nacional de nuestras figuras literarias; él, que fue miembro de esta ilustre Corporación y uno de los autores que mejor ha manejado el español, tuvo como pecado el utilizar su pluma con insuperable sinceridad, movida por sus principios claros, firmes y decisivos.

No fue un historiador de pacotilla, sino un investigador de probidad mental que estimaba el pro y el contra de cada situación para normar su juicio. Quizás, como humano, en acontecimientos contemporáneos que afectaban su personal sentir, no tuviera la suficiente serenidad de ánimo para apreciarlos con la exactitud que acostumbraba, pero no cabe duda que su crítica a la política de algunos de los gobiernos de nuestra patria fue saludable, pues rompía el coro de alabanzas y ditirambos de los panegiristas para llevarnos a reflexionar sobre el significado verdadero de lo que se ha llevado a cabo.

Poseía una gran probidad intelectual. Cuando don Joaquín D. Casasús visitó a Taft para darle las gracias por la Embajada que había mandado a las fiestas del Centenario de haberse iniciado la revolución de Hidalgo, trató lo referente a la ayuda que los americanos dispensaban a los revolucionarios, a lo que repuso el Presidente que tal situación debía cesar. Este hecho le constaba a Pereyra, pero un consultor de Madero afirmó lo contrario, circuns-

tancia por la que don Carlos invocó los archivos correspondientes, pues no quería que se le creyera sólo por su palabra, ya que como historiador siempre se apoyaba en pruebas buscando la imparcialidad con empeño.

No era hombre que procediera con exquisito tacto diplomático para poder juzgar a un estadista. Hablaba a veces con crudeza pero siempre fundado en documentos, testimonios o análisis de situaciones registradas. Criticó a Woodrow Wilson por su política hacia México; lo juzgaba un hombre veleidoso en sus afectos y un mal pagador de los servicios más sinceros, afirmando que siempre cometía errores propios de la ignorancia y la presunción.

Sus notas de censura siempre estaban razonadas. Se podrá estar en contra de sus puntos de vista, pero siempre han de ser respetados pues fueron producto del estudio y de ninguna manera fruto de una pasión malsana. Con él, nuestra historia patria no es ya una narración de sucesos y de fechas, sino la exposición de un fenómeno social con sus causas y sus efectos. Buscó proyectar la imagen de la patria a través de sus vicisitudes, teniendo en cuenta sus productos y factores, particularmente la cultura, la religión, la lengua y la economía. Su comprensión del mundo colonial y sus reflexiones acerca de la etapa precortesiana ponen de manifiesto su saber sociológico y su excelente sentido histórico. Pereyra narraba los acontecimientos con originalidad y frescura. Era un pintor de pueblos y de grandes caracteres, con un estilo desenvuelto y agradable, que poseía, además, la fuerza de sus convicciones.

En la vida social se suele distinguir a los que trabajan más directamente en servicio del suelo que los vio nacer. Pereyra pertenece a este preclaro grupo; todos sus años fecundos los dedicó a la historia de la patria, no por halagar a este o aquel personaje ni en favor de los intereses de un partido o las pasiones del propio autor. Siempre buscó que sus juicios se inspiraran en la realidad de los hechos. No los formuló en forma perentoria sino como producto de la reflexión y el análisis. Hombre de recta conciencia, modificó sus conclusiones cuando el hallazgo de nuevos datos le demostraba que no había acertado en sus primeras aseveraciones. Nunca trató de encubrir los hechos pues al igual de Croce la historia era para él la gran Corte de Casación, revisora de todos los juicios turbados por las pasiones y los errores de los hombres, para corregirlos, dando la sentencia definitiva como en un juicio.

Tal actitud es más fácil de adoptar, cuando se juzga lo pretérito desde la lejanía de los años, pero resulta difícil si se escribe cuando aún no callan las pasiones. Sus apreciaciones acerca de nuestro movimiento revolucionario, publicadas muchas de ellas humeando los cañones de la lucha, se resienten todavía de la tensión contemporánea. El ideal de superar la fiebre y el estruendo del momento gracias a la verdad, se obtiene más fácilmente con la perspectiva del tiempo.

Algunas veces se juzga mal al que reseña el pasado sin tener en cuenta que debe juzgársele apreciando las noticias y documentos que tuvo a mano. Pereyra despliega todo su talento, su erudición, su entusiasmo y sus datos de narrador, en las gestas de los españoles y portugueses, conquistando las rutas oceánicas, merced a los viajes maravillosos de audaces navegantes a bordo de frágiles carabelas. Las islas legendarias despertaron su interés y habló de sus encantos en forma deliciosa, sin omitir todas las referencias que suministraron los viajeros del siglo xv.

La epopeya de Colón le atrajo profundamente y a ella dedicó muchas páginas de sus libros, tendiendo a revelarnos la verdad íntegra de su hazaña, que enjuició de esta manera: "El Almirante fue, sin duda, inferior a la obra que realizó, hubo en él potencialidades íntimas que lo levantaron sobre sus insuficiencias de investigador, sobre sus desviaciones de místico insano, sobre sus asperezas de logrero y sobre sus faltas a la caridad como hombre. Sin darse cuenta, y aun contra su voluntad muchas veces, deja escapar las inspiraciones de su poderoso numen. Unificado con la Naturaleza, la interpreta y exalta con voz apasionada. El *Diario* del primer viaje, la relación del tercero, y, sobre todo, la del cuarto, dan testimonio de un poeta, informe y fragmentario, pero igual en grandeza a los más excelsos."

Pocos historiadores como Pereyra han sentido la magnitud y la gloria de estos exploradores de la época de los descubrimientos. Escribía con inefable vigor sobre sus hazañas, analizando los viejos cronicones que hablan de cómo fueron azotadas sus naves en las Antillas y en las corrientes del Orinoco. Describió, admirablemente, la memorable navegación de Vasco de Gama que mereció estrofas del gran Camoens y el momento emocionante de cruzar la línea ecuatorial cambiando de cielo, sumergiéndose en el mar la Osa Mayor y la Menor, y aquel otro de cómo la Estrella Polar, rasando el horizonte, acaba por perderse. Se percibe en estas páginas el deleite con que el autor las escribe para brindar su entusiasmo por los hallazgos de nuevas tierras y mares que enriquecieron la geografía y trazaron otras rutas a los grandes navegantes. Su poder espiritual para la evocación era grande: los personajes y sus proezas galvanizaban su pluma. Los siglos pasados no eran para él un mundo muerto e inerte.

Del olvido exhumaba los acontecimientos científicos o artísticos que habían preparado el mundo de nuestros días, pero no los presentaba momificados, sino por el contrario, les infundía nuevo aliento bajo el dominio de la luz actual. La grandeza hispánica y lusitana en la era de los descubrimientos, fue celebrada por él en rica prosa de forma pujante y espléndida, dándoles toda su importancia y trascendencia. Vivió con firmeza sus conclusiones históricas, pues fueron obra del estudio. Toda su existencia se consagró en forma fecunda a la tarea de reseñar nuestras luchas y glorias, sin más brújula que

la verdad. No sumó su voz al coro dominante que en esta materia suele alimentar la interpretación oficial; intelectual de cuerpo entero, esquivó el caudal abrumador de la literatura siempre laudatoria de los cronistas que sólo repiten alabanzas. Buscó difundir entre nosotros nuevos puntos de vista basados en las más serias fuentes. Nada logró quebrantar su propósito; él hubiera podido tener, gracias a su talento y a su vasto saber, una magnífica posición en el México post-porfiriano, pero prefirió una vida modesta, entregado a su misión de iluminar con nitidez las páginas de la historia patria.

Procuró mantener su independencia a fin de que sus juicios no se mancharan con la duda de su imparcialidad. Nunca vaciló en asentar verdades; ensalzó sin titubeos ni restricciones lo que a su parecer era digno de alabanza. Pensaba que el historiador debe ser fiel al resultado de sus estudios establecidos por la ciencia. Elogiaba la obra de España en América y al hablar de su admiración por ella dijo que nacía del "objetivismo, del estudio ecuanime de los hechos, emprendido con espíritu desinteresado. Un investigador que no esté resuelto a cambiar posiciones veinte veces, o cuantas crea necesario, puede ser todo lo que se quiera menos crítico. Y el que no maticé, el que no sepa ver en cada hecho sino uno solo de sus aspectos, podrá imponerse por sus convicciones, pero no convencer con sus demostraciones".

Salió al paso de las impugnaciones formuladas contra la conquista por los defensores de la cultura indígena, asentando que no impidió el conocimiento de la arquitectura y de la escultura precolombinas del Perú y de las altas tierras de México y que en las más importantes áreas arqueológicas americanas, que son las de los pueblos mayaquichés, no penetró la conquista, ni había allí algo que destruir, pues todo era ruinas, muchas de las cuales han venido a ser descubiertas en el siglo XX. De igual modo se ocupó de explicar a los profanos lo referente al cargo formulado a los españoles de que destruyeron las pinturas jeroglíficas.

La semblanza que saca uno de Pereyra a través de sus libros magníficos es, como manifestó alguna vez nuestro colega Martín Luis Guzmán, la del hombre que "con suma autoridad habló de historia en lengua española" y que si vivió en España "tuvo el corazón y la inteligencia puestos en México y en su obra que es aleccionadora y gigantesca". Tuvo el acierto y la virtud de consagrar su vida a la vocación que tenía desde joven. Mostró siempre de modo inequívoco su anhelo de investigar las cosas pasadas de nuestra patria a la que amaba profundamente. Nos dejó así algunas viñetas de sus paisajes y ciudades, que ponen de manifiesto cómo lo enajenaban y cautivaban sus bellezas. Pero lo que hizo con verdadera devoción es indagar con esmerada sabiduría la evolución histórica de México y las conquistas de España. La Academia no tuvo la fortuna de disfrutar de su compañía y cooperación y oír sus alabanzas a las glorias castizas y a los héroes patrios, sacando a luz,

limpios y esplendentes, sus blasones. Devotísimo de la lengua y literatura castellanas, sus obras son modelo de corrección y fueron recibidas con merecida estima en España y América. Varias de sus obras han sido traducidas a otros idiomas, pero la generación actual está poco familiarizada con ellas.

Hemos de esperar que los conocimientos legados por Carlos Pereyra se aprovechen en todo su valor. Será el mejor homenaje que podamos tributar a su vida, limpia, desinteresada y patriótica, que trató de tan grandes cosas exhibiendo una casta de hombre sabio, que no buscó el aplauso de la multitud en puestos de relumbrón político, sino la satisfacción de haber contribuido al mejor conocimiento de nuestras raíces y cambios históricos. Cumple, a los que hemos tenido la fortuna de conocer y aprovechar su obra, el expresar nuestra admiración en su Centenario, por su alto ejemplo intelectual en la investigación de los sucesos y hazañas de los que han contribuido a la formación de la patria.

RECORDACIÓN DE MANUEL PAYNO *

Por don ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

Ahora, después de los ochenta años transcurridos desde la aparición de su novela *Los bandidos de Río Frío*, la figura de Manuel Payno ya debería estar ennegrecida y desnuda como la de esos árboles sobre quienes el furor de las tormentas descarga rayos sucesivos. Y es que los críticos, al ocuparse de nuestro autor, aunque le reconozcan ciertas virtudes no se privan de apuntar juicios despectivos o apenas reticentes. Veamos unas opiniones. La de Julio Jiménez Rueda: "Deja correr la pluma sin preocuparse por primores de estilo que nunca se encontrarán en sus páginas." De Manuel Pedro González: "Carecía de fineza literaria y de sentido de autocrítica." De Alberto Valenzuela Rodarte: "En esta selva de inverosimilitudes resulta inútil querer descubrir un carácter." De Mauricio Magdaleno: "Las desaprensivas truculencias folletinescas de Payno". . .

A pesar de tales reservas, no del todo injustificadas, el árbol que en este caso es Manuel Payno no sólo no se halla ennegrecido, a punto de verse aniquilado: las ediciones reverdecen y el lector mexicano despreocupado de modas y exquisites literarias vota por él en esa especie de comicios incruentados desarrollados cotidianamente en las librerías del país.

Ha sido el dramaturgo, novelista y poeta Rafael Solana quien dijo que *Los bandidos de Río Frío* es el libro que más admira de toda la literatura mexicana, para agregar que "por escasas que sean las perspectivas de poder disponer del tiempo necesario para consumir pronto sus casi novecientas páginas, se hace deseable tener a la mano tal novelón, para siquiera ir picándolo hoy aquí, mañana allá; es (...) como comprar un enorme pavo, que sirve para la cena de hoy, el desayuno y la comida de mañana, los taquitos de pasado mañana, y el picadillo de unos días después, hasta que vaya desapareciendo".

* Leído en sesión pública del 28 de abril de 1972.

No debe ser tan menospreciable como parece la significación literaria de Payno, cuando el reconocido novelista y crítico español Ramón J. Sender, en su libro *Examen de ingenios* publicado por la Editorial Aguilar en 1971, al ocuparse de las célebres *Sonatas* de Valle Inclán, afirma que en ellas influyeron D'Annunzio, Barbey d'Aurevilly, Rubén Darío y la Pardo Bazán, y que a ello deben agregarse "el satánico escándalo de Huysmans, el cinismo de Lorrain, el escepticismo de Anatole France, algunas narraciones populares de México como *Los bandidos de Río Frio* y hasta el inefable Campoamor con aquello de

... las hijas de las madres que amé tanto
me besan hoy como se besa a un santo".

¿Por qué, a despecho de las pregonadas caídas y desfallecimientos de estilo, Manuel Payno goza de evidente predilección entre los lectores mexicanos de toda suerte? La mitad del secreto la revelaba don Mariano Azuela cuando no vaciló en colocar *Los bandidos de Río Frio* al lado de las *Memorias de mis tiempos*, de don Guillermo Prieto, y del *México viejo*, de don Luis González Obregón. Pero acaso se justifique todo ello por entero con el hecho de que, aparte la viveza del retablo rumoroso y viviente compuesto por Payno en torno a la vida del México de mediados del siglo XIX, cada uno de los lectores se reconoce casi incorporado a la acción, sin daño de la distancia en el tiempo, en virtud de la multiplicidad de ambientes, profesiones, escenarios y entretenimientos conjugados en la obra.

Cada quien, al internarse por las páginas de esta novela tan semejante a un mapa costumbrista de México, forzosamente se verá afectado de cerca por uno de tantos aspectos incluidos en la trama, y que fueron objeto de puntual inventario por el prologuista de una de las ediciones más recientes y difundidas, don Antonio Castro Leal: "los miserables y los ricos, las hechiceras y los jueces, los militares y los políticos, los periodistas y los abogados, los petimetres y los sacerdotes; los tahures y los rúbulas; los secretos de las familias nobles y las desventuras de los desamparados; los asaltos de los bandidos y las hazañas de los charros; la ciudad de México y sus pintorescos alrededores; los muladares y los talleres [incluidas las imprentas]; las tortillerías y los salones elegantes; las funciones religiosas y los salones de juego; las delicias de la ópera y el regocijo popular de los fusilamientos; los hospicios y las cárceles; las pulquerías y los mercados; las platerías y los mesones; los almacenes de los españoles y las fruterías de los indígenas; las haciendas y los ranchos; las ferias y los herraderos; las aventuras de las diligencias y del tráfico lacustre que llegaba al [entonces llamado] *puerto* de San Lázaro; las rivalidades del Gobierno Federal y de los Gobernadores de los Estados; las asonadas políticas y las incursiones de los comanches..."

¿Falta algo? Nada, sino el tumulto fragoroso y espontáneo de esa multitud de personajes auténticos cuyos destinos se entrecruzan en las páginas de la obra, no pocas veces en coyunturas un tanto descabelladas, a tono con la moda del folletín del siglo XIX cuya lectura no desdeñaron ni Balzac ni Dostoievsky. ¿Pues qué otra cosa son *La comedia humana* y *Los hermanos Karamazov*, sino folletines fraguados a golpes de genio?

En 1882, siete años antes de la aparición de *Los bandidos de Río Frio*, Vicente Riva Palacio aludía a que algunos escritores nuestros se firmaran *El Duque Job*, *Raoul* o simplemente *Moi*, y llenaran columnas enteras con palabras francesas o galicismos; nadie decía ramillete sino *bouquet*; sello sino *timbre*; gracia, gusto o garbo sino *chic*. Nuestros poetas hablaban siempre de ruisseñores y de alondras y de gacelas y de jacintos, sin atreverse nunca a dar sitio en sus endechas ni al cuitlacoche, ni al zenzontle, ni al cacomite, ni al yoloxóchitl.

También se lamentaba Riva Palacio de que los novelistas del país desdeñaran nombrar siquiera en sus obras las comidas, los trajes y las costumbres de nuestra sociedad, fingiendo en México escenas parisienses y dibujando clases sociales entrevistas en las páginas de autores de Francia.

No se dio en el siglo XIX mexicano —tal como se da, y tan a menudo, en el XX— el tipo del escritor henchido de soberbia y petulancia, que hace proclamar su genio, desdeña cuanto producen los demás y se posesiona, muy erguido, de su trono crujiente de papeles, reseñas y elogios interesados. Manuel Payno dijo muy a lo sincero:

"Yo no escribo novelas que puedan compararse en interés con otras francesas, inglesas o españolas. Ésas tienen un valor literario que estoy muy lejos de pretender; escribo escenas de la vida real y positiva de mi país, cuadros menos bien o mal trazados de costumbres que van desapareciendo, de retratos de personas que ya murieron, de edificios que han sido derrumbados; son una especie de bosquejos de lo que ha pasado, que se ligan más o menos con lo que pasa al presente. Si así sale una novela, tanto mejor."

Gracias, pues, a esa cualidad acuñada por la modestia de Payno, podemos echarnos a fondo en las páginas de *Los bandidos de Río Frio*, este océano, encrespado o metódico a sus horas, donde bullen todas las palpitaciones del alma de México.

Cabe hacer notar que ya mucho antes José Joaquín Fernández de Lizardi había puesto los cimientos a este edificio de la modestia, cuando, al presentar al público *El Periquillo Sarniento*, advertía como sonrojado, el muy simpático: "Esta obrita no es para los sabios, porque éstos no necesitan de mis pobres lecciones, pero sí puede ser útil para algunos o muchos que carecen, tal vez, de mejores obras en que aprender." Ahora, en el siglo XX, ya sabe-

mos que de estas "pobres lecciones" de Lizardi nació y se nutre nuestra literatura contemporánea en sus más auténticos pulsos y también por incontables vertientes.

Del anteaer precortesiano debe provenir cierta curiosa terapéutica del maíz observada por Payno en una atolería que era a la vez botica de los pobres. Allí todo lo curaban con el maíz: cataplasmas de masa en el vientre para el empacho; friegas con el agua caliente del nixtamal para la calentura; jarros de agua de cabellitos de elote como tisana... En esto de la medicina surgen aquí y allá situaciones chuscas, pues se habla de un enfermo que —atento a las normas del hablar elegante— se vio obligado no a "guardar cama", sino a "guardar petate".

Payno se siente bucólico al recordar desde Santander los contornos de su preferida población de San Ángel, donde habría de morir tres años después de poner el punto final a *Los bandidos de Río Frio*, y censura, a lo romántico, los entonces muy moderados avances del industrialismo. Alude, pues, a "las aguas claras del río que corrían entonces limpias, y no como ahora sucias y envenenadas con los tintes y suciedades de todo género de las famosas fábricas de hilados y tejidos que arruinan las frondosas huertas del pueblo de San Ángel".

Acorde con la tendencia de afición y apego a las clases populares, bien visible en la producción literaria de Fernández de Lizardi, Luis G. Inclán, Guillermo Prieto, *Facundo* y *Micróis*, Manuel Payno hace notar cómo la gente llamada decente en México y los dependientes o cajeros de las tiendas se creen con derecho a tutear a los pobres.

La institución nacional de la "mordida" —ya en el siglo XIX— se halla prefigurada de modo transparente en una escena del mercado. Dos fruterías resultan víctimas de la consabida exacción cotidiana por parte del administrador, y un abogado amigo de ellas, que les aconseja someterse al soborno antes que ingresar en una celda carcelaria, comenta para sí, en términos prolongados en vigencia hasta nuestros días: "—¡Pobres gentes!; así están gobernadas desde la conquista hasta hoy, nada han ganado, nunca tienen razón." Pero este asunto no aparece en la novela sólo prefigurado, pues el autor dice concretamente por ahí: "hemos dado buenas *mordidas* nosotros a cuenta de mayor cantidad".

La prevención contra el ferrocarril que cundió universalmente, aun mucho antes de tenderse las vías férreas, no dejó de registrarse en México, y nuestro autor la observa. Tras describir las delicias de un viaje en canoa desde la capital a Chalco, especie de pullman acuático durante cuyo trayecto, que duraba toda la noche, el rumor de los remos favorecía el buen dormir, dice que los tiempos han cambiado y habrá que contentarse con el ferrocarril, "que tiene más atractivo para los hábiles industriales que se embolsan el

dinero, que para los viajeros, que son tratados lo mismo que tercios de manta o costales de harina, si no es que son precipitados en una barranca”.

Se considera en general que la industria del cosmético y la belleza —que es como si las señoras ordenaran en los salones del ramo: “¡póngame usted sesenta pesos de hermosura!”—, sustentada en un irracional optimismo femenino sólo compartido por los dueños de las enormes fortunas por esa industria deparadas; se considera, decíamos, que es una manifestación típica del siglo XX. Y descubrimos en la obra de Payno cómo una frutera del mercado de La Merced, a mediados del siglo XIX, a la hora de tomar su baño —y a diferencia de los esmeros de la profesional Friné y de las abluciones lácteas de Popea— hacía poner en el agua que se le calentaba, una crecida porción de yerbas secas y de pedacitos de palo de diversos tamaños y colores. Ese repertorio vegetal, por cuyo secreto ahora le ofrecerían muchos dólares las Elizabeth Arden y las Helena Rubinstein de la época, “eran yerbas aromáticas y medicinales que servían para apretar la cintura, para suavizar el pelo, para dar lustre a la piel, para aromatizar el agua, para mantener la dureza de los pechos”. Esa frutera ignoraba quién fue el bucólico Virgilio, pero sabía que tales productos espontáneos del campo bien llovido en el verano eran mejores que los potingues de las farmacias y las cremas y menjurjes de las *boutiques*.

A esa misma bien redondeada frutera, tan amiga de la pulcritud, un su amigo le habla de Guillermo Prieto en unos términos de exactitud fotográfica: “Ya lo conoces tú: te suele comprar fruta y te ha de haber echado tus requiebros, pues es zalamero y muy enamorado hasta no más. Si entrara en la pieza donde tienes colgada tu ropa, de seguro que se volvía loco y le hacía versos a cada una de tus enaguas, figurándose que estabas dentro de ellas. Y te lo traeré de visita uno de estos días, y ya verás que te saca, como tres y dos cinco, en su *Musa callejera*.” Esta modalidad de incorporar en las novelas —o versos— a personas del medio literario y social de la época, fue secundada en nuestros días por autores como José Rubén Romero, Luis Spota, Carlos Fuentes y algunos otros.

En muchas ocasiones Payno trasciende el marco bullicioso de la vida capitalina, para referirse a diversas singularidades de las otras porciones del territorio nacional. Así, por ejemplo, cuando uno de los aquí llamados “títulos de Castilla”, un marqués, aprieta el asedio amoroso a una mujer ya no muy lozana, la induce a tentación con una perla fabulosa, “más grande que un garbanzo, perfectamente redonda y con un oriente que, sin los cambiantes, era superior al de un ópalo”. Es la ocasión de exaltar una riqueza bajacaliforniana, y el personaje cuenta a la mujer un hecho apasionante: “Esta perla tiene su historia. Fue pescada en la Baja California, en el Golfo de Cortés. Al subir el buzo que la arrancó del banco de las ostras, fue acometido por

un tiburón que lo destrozó y devoró. Los demás buzos, tratando de vengar la muerte de su compañero, persiguieron al tiburón, lograron matarlo, lo arrastraron a la plaza, le abrieron el vientre, y entre los brazos casi enteros, y los pedazos de piernas de la desgraciada víctima, encontraron una concha y sacaron esta perla que mi abuelo, que viajaba entonces por las Californias, compró en cinco mil pesos." Y ante la insinuación solapada de aquel aprendiz de Mefistófeles, la mexicana Margarita le responde así, con el saludable sentido común de la Pepita Jiménez de Juan Valera: "Hablando en lo general, las alhajas no me seducen. Las mujeres feas y poco simpáticas, aunque se cubran de alhajas de los pies a la cabeza, se quedan lo mismo. No hay mejores alhajas que una juventud de dieciocho años, un corazón quieto y un alma tranquila; y [a mí], que no he tenido ni lo uno ni lo otro, para nada me sirven las perlas ni los diamantes."

Nuestra endémica enfermedad del malinchismo encuentra ya en aquellas páginas un intento de oposición y defensa, aunque enunciado en conceptos pueriles, como podrá advertirse: "La sociedad dice que el chile, las tortillas, los chiles rellenos, las quesadillas son una comida ordinaria, y nos obliga a comer un pedazo de toro duro, porque tiene un nombre inglés" (se alude, claro está, al *rosbif*). Luego, ya penetrando un tanto en los terrenos de la estética y acaso de la socioeconomía, se añade: "La sociedad califica de ordinaria también a la que no se pone medias, ni viste traje con un corpiño hasta el cogote, cuando mejor es un pecho opulento que se trasluce por entre la camisa de lino, y unas piernas desnudas, de piel más fina que la mejor media francesa." (Recuérdese que entonces "el último grito de la moda" no provenía de nuestra frontera del norte, sino por el conducto de París.)

El indio mexicano, su actitud ante la naturaleza y la vida, han sido objeto de una repetida observación superficial. Su semblanza literaria la hacen casi siempre escritores que no conocen del agro sino lo que han entrevisto en fugitivos días de campo, y elaboran su deformado arquetipo a base de intuición y más intuición. Es algo semejante a lo ocurrido con aquella bien intencionada moda de analizar "México y lo mexicano", durante cuyo desarrollo los autores se atenían a lo registrado en su contorno inmediato —la vida de su familia, su experiencia personalísima— para caracterizar a esta ingente porción de humanidad que forma nuestro país. Sonará esto a esnobismo y acaso hasta a herejía, pero ciertamente han sido algunos extranjeros quienes, al explorar la zona secreta de la intimidad indígena, lograron los más afortunados atisbos: tenemos el caso de los ingleses D. H. Lawrence y Aldous Huxley, y las apreciaciones de los franceses Jacques Soustelle y Marc Chacourne, así como el libro de Óscar Lewis titulado *Pedro Martínez*, en el mismo controvertido sistema que adoptó el autor en *Los hijos de Sánchez*. Pero andamos en el territorio de Manuel Payno, y conviene rescatar del

océano de páginas de sus *Bandidos de Río Frío* este juicio alusivo que, pese a lo limitado de la perspectiva, se compensa por su precisión: "El indio y la montaña se conocen, son amigos viejos. La montaña mantiene al indio, le da sombra, abrigo y seguridad. El indio ama a la montaña, entra sin miedo en esas profundas soledades, y jamás se extravía. Como si tuviese un imán oculto en su pecho, encuentra su rumbo con seguridad, y si la noche le sorprende, ni se asusta ni se altera. Las fieras, como si creyeran que es, como ellas, el habitante natural del bosque, nada le hacen, fraternizan con él y van pacíficamente a sentarse junto a la hoguera y a cuidar el sueño tranquilo del indio. En la mañana fácilmente encuentran un manantial de agua cristalina y frutillas de los madroños, y yerbas tiernas y alimenticias que ellos conocen."

Resulta evidente el anacronismo, pero acaso pudiera señalarse a Manuel Payno, en una época en la cual todavía no proliferaba la organización metódica del turismo, como incitador amable a conocer y recorrer las distintas zonas de México.

En sus páginas hay referencias por lo menos a veinte diversos Estados de la República y periódicamente va citando:

De Puebla: los primorosos fustes, aparejos, reatas, espuelas y frenos de Amozoc; el tecali; los típicos sombreros blancos con sus toquillas y galones.

Del Estado de México: las trajineras en las cuales se iba hasta Chalco, desde la capital, a comprar maíz; los rebozos de bolita de Tenancingo; la feria de Texcoco, donde había gallo y maroma; el queso y la mantequilla de Toluca; y hasta la tristeza habitual y el polvo de Tenango del Aire.

De Durango y Zacatecas: las minas en auge y los mineros ricos.

De Hidalgo: las palanquetas de nuez de Pachuca y un rancho de pulques de los Llanos de Ápan, que entonces producía treinta pesos diarios.

De Morelos, menciona muchos ingenios y el aguardiente de Cuernavaca.

De Guanajuato: las festividades del Rosario en Celaya; las barras de plata; los pesos nuevos de la Casa de Moneda allá establecida.

De Yucatán: las hamacas.

De Querétaro: un surtido muy interesante de sillas de montar, aparejos y atarrias bordadas; los camotes; el paño allá elaborado con que se vestía a la tropa de línea; y habla de un caballo negro de la especie de los que criaban en una hacienda del fértil valle de San Juan del Río.

De Veracruz: la vainilla y los soberbios gallos de Jalapa y otras poblaciones.

De Sinaloa: el delicado queso de Mocorito.

De Michoacán: los guajes y tomatillos de Morelia; los tamarindos de Pátzcuaro.

De Tamaulipas: la cecina y las partidas de mulas que se vendían al más alto precio a causa de su alzada y su hermosura, pues ni en las ferias de Andalucía se veían mejores.

De Colima, los muñecos de barro; de Sonora, los quesos; de Nuevo León, los especialísimos piloncillos; de Tabasco, el cacao.

Pero el novelista era mucho más explícito. De la feria de San Juan de los Lagos, por ejemplo, nos hace una descripción extensa y animadísima. Nos dice que en París se preparaban para esa feria surtidos especiales de mercería fina y ordinaria; en Liverpool y Hamburgo se cargaban barcos que traían lencería, cristal y loza; de Nuevo México llegaban manadas de carneros de fino y espeso vellón blanco, todos con la cabeza negra; de Chihuahua, caballos; de toda la República, las especialidades de alimentos y dulcería.

Contábase con otros atractivos no desdeñables. "Se podía —dice— comparar en San Juan la sal y garbo de las tapatías, poblanas y zacatecanas, con el reposo y frialdad de las blancas y robustas fronterizas, y conocer y apreciar la belleza o fealdad relativa de las mujeres de los diversos Estados del país, tan distantes unos de otros como París de Berlín o Madrid de Burdeos."

Prosigue Payno con la entusiasta ponderación: "Entre las villas del interior, San Juan pasaba por ser una de las más grandes; pero en diciembre era una verdadera bicoca; esta falta se suplía con una ciudad improvisada en menos de un mes... Tejamanil, vigas apenas labradas, clavos y muchas piezas de lona y lienzo, de algodón ordinario, eran los materiales para estas ligeras construcciones. Plaza de gallos; teatro Principal, donde representaban sainetes las compañías de la legua; salón de títeres; cafés, fondas, hoteles; pero todo lo más frágil, de lo más ligero; un huracán se habría llevado en cinco minutos a toda esta nueva ciudad y, en diez, un incendio la habría reducido a cenizas."

El autor aprovechaba el propio marco de esta feria bien cantada, para transmitirnos un reflejo del carácter de la bravía gente del Norte. "Formando horizontes —asienta— se establecían en la feria de San Juan de los Lagos las pastorías de carneros de las haciendas de Chihuahua. También venían de allá unos carros que parecían casas, tirados cada uno por diez o doce mulas gigantes, pues pasaban de siete cuartas, y los carreteros, mayor-domos y gente que escoltaba el cargamento para defenderlo de los indios bárbaros, tenían un aspecto imponente. Todos eran altos, fornidos, de barbas espesas y botas de grueso cuero hasta el muslo, y en su cintura cartuchos, pistolas, puñales. Los valentones lo habrían pensado mucho antes de medirse con estos fronterizos. Los carros venían llenos de algodón y de cobre, de tejos de oro y de mil otros productos de esas lejanas tierras."

Cuando intenta explicar la belleza del Estado de Morelos, Manuel Payno no se anda con chiquitas, pues dice que quien no haya viajado por la cañada

de Cuernavaca y el plan de Cuautla no tiene idea, aunque se lo explique la Biblia, de cómo era el Paraíso Terrenal. Agrega que cuando se dejan atrás las montañas que rodean el valle de México se presenta a la asombrada vista un panorama de oro y azul, inmenso. Es tanta la luz y la reverberación, que se necesita hacer una sombra con la mano sobre los ojos para poder distinguir los pormenores de ese gran cuadro.

Andaba Payno en los ochenta años cuando escribió *Los bandidos de Río Frio*, y muchos pasajes donde suelta la rienda al humorismo nos confirman la fama de amenísimo conversador por él labrada.

En cierta referencia a Veracruz nos habla de un sujeto muy diestro en el ejercicio de las armas, de quien decían los semiandaluces del puerto veracruzano que jamás usaba paraguas, pues cuando lloviznaba sacaba su florete y con él se quitaba las gotas, de modo que ni una sola caía en su sombrero.

Nos comunica esta observación, positivamente deliciosa: "¡Lo que son las mujeres! El diablo les tiene miedo; con llorar cinco minutos son perdonadas en sus flaquezas, como la Magdalena, y todas se van al cielo. El infierno debe estar doblemente triste con la falta absoluta de la bella mitad del género humano."

Mas junto a un ánimo tan sonriente contrasta esta macabra cortesía para con un condenado al paredón, a quien el militar encargado de fusilarlo le advierte comedidamente, procurándole plena comodidad en los postreros instantes de la vida:

—Aquí está el árbol que le dije. Es un triste árbol que apenas tiene hojas, pero forma con una de sus ramas una especie de respaldo en que puede recargarse cuando los muchachos hagan fuego, y así no caerá al suelo. No tiene usted idea de lo que me puede el ruido que hace el fusilado cuando da un zapotazo en el suelo. Es lo que me da lástima. Ya he fusilado un oficial y sus soldados, y siempre lo mismo. Acomódese usted bien, que el pelotón está listo...

Las descripciones de Payno revisten una vivacidad y sencillez que le ganan el afecto del lector, como ante un hombre maduro que platica y platica y, tras muchos años de hacerlo, aprendió a intercalar el guiño de malicia, el detalle ridículo, el toque de humor certero. Ya se ha visto cómo sabe orientar la curiosidad del lector hacia otros horizontes y otra gente dentro de su mismo país, en una época en la cual los viajes sólo se emprendían en caso de enfermedad o negocios que afectaran a la tranquilidad doméstica. ¿Los hoteleros de México reconocerán su deuda con Payno, como estimulador del turismo interno?

Conforme a las *Memorias* de Guillermo Prieto, nuestro novelista, cuando niño, fue monaguillo de un obispo. Luego, ya de mozo, en las tertulias jugaba a la baraja con las señoras de edad, hacía suertes a los chicos y era "la admi-

ración y el encanto" de las muchachas. Gustaba de alternar con gente de alcurnia y negociantes ricos, lo mismo que en compañía de Prieto frecuentaba a gente sencilla, del pueblo, y sabía desenvolverse en todos los ambientes.

De ahí proviene esa minucia en los detalles, ese fulgor y calor humanos, esa variedad de escenarios, ese legítimo sonido verbal de las expresiones populares mexicanas en boca de los personajes, esa frescura y colorido como de pintor, que se aprecian en las páginas de *Los bandidos de Río Frío*.

Y si a circunstancias tan propias y favorables a un novelista añadimos la de que nuestro autor substituyó al afán de Fernández de Lizardi por *moralizar* con el de *divertir*, nos explicaremos cómo, por un camino de exultante simpatía y eficacia comunicativa, Manuel Payno retorna, siempre a bordo de nuevas ediciones de su novela mayor, a recoger el tributo de apego de lectores que, por encima de sublimidades literarias exóticas o del país, guardan el ánimo y estilo de su condición de mexicanos.

SILVESTRE MORENO CORA, ILUSTRE JURISTA,
LITERATO Y MAESTRO *

Por don MIGUEL ALEMÁN

A medio siglo de su muerte, el homenaje a la memoria de Silvestre Moreno Cora —miembro correspondiente de esta Academia de la Lengua en 1892, e individuo de número dos años después, hasta su fallecimiento el 15 de septiembre de 1922—, además de constituir acto de justicia que convoca la solidaridad de quienes lo hemos sucedido en este recinto, resulta ocasión especialmente propicia para intentar breve esbozo de su vida y somero análisis de la amplia labor intelectual por él cumplida.

Silvestre Moreno Cora fallece, en Orizaba, tres meses antes de cumplir los 85 años de edad. Orizaba es la ciudad de sus progenitores, y realmente su ciudad natal: a ella había llegado al cumplir sus cuatro años. Larga existencia la suya, generosa y fructífera, no subrayada por ningún gesto altisonante; tampoco exenta de cierta heroicidad cotidiana; de esa heroicidad exigida por el auténtico magisterio en el aula, la judicatura y la prensa. Tales calidades se acrecientan si reparamos en el hecho de que su vida se desenvuelve dentro de etapas históricas convulsas, determinantes, en decisiva parte, de nuestro ser nacional. Periodos que se significan por el aguerrido choque ideológico, en el que se comprometen sin reservas pensadores y publicistas; lucha en la cual es dado percibir altos y permanentes propósitos y mezquinas ambiciones caudillistas; largos sopores dictatoriales y explicables estallidos de cólera popular.

En efecto, su niñez discurre en el santanismo; su juventud es testigo de la Reforma, y de la resistencia desesperada, y al fin victoriosa, contra el Imperio; su madurez se regodea, de lejos, en los marasmos del porfirismo; en su ancianidad presencia, perplejo, la Revolución.

Perderán el tiempo quienes busquen en su obra testimonio sobre aquellas

* Leído en sesión pública efectuada el 27 de octubre de 1972. Previamente, don Luis Garrido pronunció las palabras de presentación que se insertan a continuación de este texto.

etapas tan inmensamente ricas en posibilidades de registro histórico. ¿Vivió Silvestre Moreno Cora al margen de las vicisitudes de su tiempo, indiferente a los angustiados requerimientos de la sociedad, en la que es dado suponerlo inmerso por razón misma de su sensibilidad y de su cultura? ¿Fue su vida la del intelectual encerrado en provinciana torre de marfil? Al final de sus días se dedicó a escribir unas memorias; posiblemente en esas páginas abandonadas intentó atestaciones que hoy permitirían ubicarlo con exactitud en el escenario vedado a su recato.

No fue él, desde luego, un hombre combativo; mejor aún: no fue un combatiente en tiempo de combates. La vida de Moreno Cora también enseña que hay muchas maneras de servir, así su modestia y su decoro lo hagan pasar históricamente inadvertido para quienes se dejan subyugar por épicas actitudes. Reconocemos en su tarea una diáfana intención de servicio a la comunidad, a través de los instrumentos a su alcance, los únicos susceptibles de su eficaz manejo: los propios del intelectual de su época. Su temperamento, su sensibilidad y erudición, orientaron las aptitudes de Moreno Cora hacia un trabajo fértil y discreto.

En el campo del pensamiento abstracto, tan del gusto de nuestro académico cuando se sale del suyo propio de las disciplinas jurídicas, maneja todo el acervo de la filosofía enraizada durante tres siglos y medio de coloniaje. Los materiales de los que se sirve pueden ser ejemplo para señalar la etapa en la cual nuestros filósofos reflexionan en calco; a través de esa forzada imitación excéntrica —juzgan algunos— nuestro pensamiento nacional comienza a encontrar, por antítesis, el camino de su autenticidad.

Ha cumplido 24 años de edad Moreno Cora cuando lo vemos sustentando su examen profesional, en una ciudad de Veracruz sobrecogida por los rumores del puerto; por noticias de gentes serias acerca de cómo se aproximan barcos extranjeros con fuerzas que, cabildean los más sagaces, parecen destinadas a una invasión. Los ejércitos liberales del general González Ortega han dado fin a la *guerra de tres años*; Juárez ha establecido, nuevamente, el gobierno constitucional en la capital de la República. Nuevos signos ominosos se ciernen sobre la nación con las versiones que recorren, por esos días, las calles veracruzanas.

El nuevo abogado regresa a Orizaba, para seguir al frente de las responsabilidades familiares que hubo de asumir a los 13 años, por muerte de su padre. No le habían impedido tales obligaciones, en la adolescencia, continuar sus estudios, hasta llegar, por oposición, a ser profesor de filosofía del Colegio Nacional, después Escuela Preparatoria de Orizaba.

Siempre volverá, tras fugaces y pocas veces afortunadas ausencias, a su ciudad de Nuestra Señora de los Puentes. Allí se dedica al ejercicio de su profesión; ante todo, al cultivo de las ciencias jurídicas, que alterna con el magis-

terio, quehacer esencial de su vida. En el asiduo trato con las fuentes romanas y españolas del Derecho, el joven estudioso terminará por adelgazar su estilo literario, hasta hacerlo conciso y descarnado por efecto de su ocupación como redactor de códigos y exégeta de leyes. Juzga Moreno Cora —y así lo expresa textualmente ante la Academia Mexicana de la Lengua y la Academia de Legislación y Jurisprudencia, reunidas en sesión conjunta el 18 de julio de 1895— que “el estrecho vínculo que liga el estudio de las letras al de las ciencias jurídicas es tan patente que sólo podría desconocer su existencia quien hubiese olvidado por completo nombres tan gloriosos como los de Jovellanos, Meléndez Valdés y no pocos más en España, y en nuestra patria los de Quintana Roo, Couto, Cuevas, Tornel y otros muchos”. Erudición jurídica e investigación idiomática que habrán de llevar, en 1877, al futuro miembro de esta Academia, al Tribunal Superior de Justicia de Veracruz y un día a la presidencia de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Superadas las soflamas retóricas de juventud, el Derecho termina por condicionar al escritor Moreno Cora. La averiguación filológica y la semántica, también esclarecen los oficios jurídicos de las palabras, y la literatura trasciende los exclusivos cuidados que exige el idioma. En el mismo discurso de 1895, dedicado al estudio del Fuero Juzgo y de las Siete Partidas desde una perspectiva literaria, Moreno Cora dice, a propósito del primero: “Se comprende desde luego cuánta debe ser la importancia de tan precioso monumento considerado desde el punto de vista literario, porque la literatura en su amplia y genuina significación, no sólo comprende lo que atañe al cultivo y perfección de la lengua, sino los elementos todos que constituyen la civilización de un pueblo.”

Aquel discurso de Moreno Cora ante las dos Academias, finca sagaces observaciones sobre literatura histórica en los dos antiguos códigos peninsulares. Para él, la traducción al castellano del Fuero Juzgo se logra en el año 1241, “cuando la lengua vulgar había perdido mucho de su primitiva rudeza; cuando el uso de los afijos, ya simples, ya dobles, tomado de los dialectos orientales le daban tanta soltura y gracia, y cuando se había enriquecido, en fin, con abundante caudal de voces árabigas. . .” De aquí, para el conferenciante, que esa traducción del Fuero Juzgo, ordenada por Fernando III de Castilla, sea “tenida como uno de los monumentos más antiguos del habla castellana”.

Para el expositor en la memorable sesión conjunta de 1895, la legislación viene a ser una de las fuentes principales de la lengua. A propósito de las Siete Partidas deduce —con los conocimientos del jurista y la sensibilidad estética del escritor— “que si la obra grandiosa del sabio rey, como cuerpo de Legislación no está exenta de defectos muy disculpables por cierto, teniendo en cuenta, según es de justicia, la época en que se escribió; como un monumento literario merece alabanzas cumplidas y el mayor enaltecimiento”.

Las señaladas dotes intelectuales de Moreno Cora encontrarán valiosa aplicación a la caída del Imperio y la restauración plena de la República. Precísase organizar a la nación al amparo de leyes justas y claras, democráticas, estables por fuerza de su justicia. El presidente Juárez señala esa urgencia en la apertura del segundo periodo de sesiones ordinarias del 5º Congreso Constitucional, el 1º de abril de 1871: "Debemos felicitar a la Nación —dice— porque después de un largo periodo de encarnizada lucha para establecer nuestras libres instituciones y afirmar nuestra Independencia, podemos ya consagrarnos tranquilamente a la reorganización y mejoramiento de nuestra sociedad."

La legislación nacional, dispersa y en muchas materias confusa, reclama un gran reordenamiento. Fijar las normas jurídicas del régimen de derecho, se considera, en ese momento, como el punto primero de un triunfo que ha costado sacrificios mayúsculos. El liberalismo triunfante atrae a los mejores intelectuales mexicanos. El futuro miembro de esta Academia encuentra, en el nuevo ciclo de nuestra historia, ámbito propicio al cabal desempeño de sus capacidades y preferencias. El presidente del Tribunal Superior de Justicia de Veracruz acude a él para la redacción de los Códigos Civil, Penal y de Procedimientos en ambas ramas, ímproba tarea que señala pauta al resto del país.

Ya en este siglo, Moreno Cora da notable impulso a la ciencia jurídica mexicana con cuatro obras reputadas, con razón, como monumentales; como "algo de lo mejor escrito sobre el derecho por plumas mexicanas", al decir de la crítica contemporánea. Sus solos títulos advierten acerca de la dimensión de un esfuerzo bien realizado.

El *Tratado sobre el Juicio de Amparo*, que vio la luz en 1902, hace minucioso análisis de la institución adoptada en Yucatán por primera vez, cuyos beneficios deben las garantías individuales consagradas por la Constitución de la República a Manuel Crecencio Rejón. De aquí en adelante nuestro polígrafo jurídico pasa a ser un tratadista en las ramas fundamentales del Derecho Privado. En 1904 se editan sus *Pruebas* en materia civil y penal, que aportan a nuestros dos procedimientos las compendiosas claridades exigidas por la *litis contestatio* y los juicios penales. Al año siguiente aparece el *Tratado de Derecho Mercantil Mexicano*, cuya codificación y comentario no habían sido intentados con la prolijidad y el esmero que les presta el autor. Poco después vienen sus *Lecciones de Derecho Civil*, que autorizan evocar a don Andrés Bello, galano traductor del código napoleónico, catedrático y magistral expositor de la materia en el sur del Continente.

Glotólogos y juristas Bello y Moreno Cora, este último explica, aquí mismo, las calidades que se derivan de la culta simbiosis de las dos ciencias. Suyas son las siguientes palabras: "Y puedo añadir sin mengua de los estudios que por referirse a las ciencias exactas y naturales se apellidan hoy científicos,

ningunos como los jurídicos se relacionan tan estrechamente con el estudio del idioma. El abogado necesita exponer sus ideas con precisión y claridad; su estilo debe ser sereno, reposado y severo, exento de los ímpetus de la pasión, pero animado por el sentimiento de la justicia y de los deberes que le imponen la gravedad y la importancia del ministerio que ejerce. ¿Y dónde encontrará esa riqueza de vocablos propios y castizos, ya graves y majestuosos, ya usuales y corrientes pero siempre significativos y a veces pintorescos que necesita para expresar sus conceptos?

"¿Cómo podrá adquirir esa soltura que no es el desaliño, esa templanza que tanto dista de la frialdad, ese calor que no puede confundirse con la pasión; ese conjunto en fin de nobles cualidades que harán de sus escritos una obra acabada, de lógica, de corrección y de lenguaje? La lengua debe ser para él un instrumento dócil, suave y lleno de armonía, rico en expresiones propias, flexible en sus giros, variado en sus combinaciones y susceptible de recibir todas las galas y atavíos sin degenerar en rebuscado y artificioso, acomodándose al tono que requieren todos los asuntos."

Otra obra de Moreno Cora, presumiblemente de magnitud semejante a las ya citadas, tuvo la misma mala suerte de sus Memorias: su *Historia de la Propiedad Territorial en México* se quedó inédita, perdida, probablemente, hasta hoy; en ella recopiló y comentó las leyes federales entonces vigentes sobre tierras, bosques, aguas, ejidos, colonización y el Gran Registro de la Propiedad.

Tan riguroso jurisconsulto llega, por méritos propios, al más alto tribunal de justicia de la República, del que es presidente. Reconocimiento natural en momento desafortunado para su vocación. Moreno Cora entiende esa alta posición como una nueva oportunidad de magisterio. Y así procede. Al negarse a obedecer órdenes de la dictadura porfiriana, que el magistrado juzga contrarias a su conciencia y a la majestad de la ley, vuelve, una vez más, con sus libros y sus desvelos, a la cátedra de Orizaba.

Años después su sensibilidad jurídica, afinada en la observación de las condiciones laborales prevalecientes en la fábrica textil de Río Blanco, lo induce a sugerirle al gobernador de la entidad, don Teodoro A. Dehesa, el estudio y promulgación de una Ley del Trabajo. No fue escuchado. Los sucesos trágicos de la mañana del 7 de enero de 1907 explicarían, tardíamente, su solicitud.

Desde el gobierno de Veracruz, el licenciado Francisco Hernández y Hernández, soldado de filas de Ignacio Zaragoza, y antiguo amigo suyo, inicia reformas enderezadas a poner a tono las normas jurídicas y la educación en el Estado con las instituciones republicanas victoriosas. Hemos dejado esbozada la contribución de Moreno Cora al reajuste legislativo de la República; no fueron de menor valía sus aportes al objetivo de democratizar y tecnificar la enseñanza, igualmente trascendental. Juárez define, con su habitual lucidez, la realidad social a la que debe ajustarse la reforma educacional. La explica

con las siguientes palabras: "El hombre que carece de lo preciso para alimentar a su familia, ve la instrucción de sus hijos como un bien muy remoto, o como un obstáculo para conseguir el sustento diario. En vez de destinarlos a la escuela, se sirve de ellos para el cuidado de la casa o para aliviar un tanto el peso de la miseria que lo agobia. Si ese hombre tuviera algunas comodidades; si su trabajo diario le produjera alguna utilidad, él cuidaría de que sus hijos se educaran y recibiesen una instrucción sólida en cualquiera de los ramos del saber. El deseo de saber y de ilustrarse es innato en el corazón del hombre."

La visión objetiva de las condiciones en que desenvuelven la vida las clases populares, lleva a la formulación de la doctrina juarista sobre la enseñanza, imposible de ser entendida como servicio desvinculado del medio social en el que actúa. Precísase, entonces, revisar métodos pedagógicos y facilitar el acceso a los centros de Instrucción. Cuando el gobernador Francisco Landero y Cos invita a Moreno Cora a formar parte, con lo mejor del magisterio de la entidad, del Congreso Pedagógico que se reúne en Veracruz en enero de 1873, ya nuestro académico había hecho, en el magisterio orizabeño, méritos que lo acreditan como uno de los maestros más capaces; su prestigio de impulsor de la cultura se apoya en el eficaz entusiasmo con el cual, tres años antes, se había aplicado a hacer realidad el proyecto de la Biblioteca del Pueblo del Estado. Moreno Cora es elegido presidente del Congreso Pedagógico, llamado a reformar los sistemas educativos de la Escuela Lancasteriana.

Los primeros años de vida independiente se caracterizaron, también, por la adopción apresurada de patrones extraños, cuya aureola progresista solía encandilar el ingenuo fervor intelectual de mucha gente selecta. Tal había acontecido con los métodos de José Lancaster, introducidos por él a Inglaterra de la India, y que en nuestra América llegaron a seducir a Simón Bolívar hasta el punto de hacer de aquel innovador de la pedagogía inglesa uno de sus más próximos consejeros. Aquellas modas escolares llegaron, asimismo, a México, precedidas de idéntica fama. En 1873, con la participación decisiva de Moreno Cora, se desechó ese complicado mecanismo de enseñanza, según el cual, en síntesis, un solo maestro, a base de repeticiones, debía dirigir la instrucción de un gran número de alumnos, algunos de los cuales llegaban a convertirse en auxiliares del profesor.

El Congreso Pedagógico mencionado, primero de la materia que se reunía en México, elaboró un proyecto de Ley Orgánica de Instrucción Pública, que vino a servir de orientación a la reforma escolar en toda la República. Aprobado el proyecto, pasó a nuestra historia con el nombre de "Ley Landero". No solamente transformaba los sistemas de la enseñanza en sí misma; establecía la educación gratuita y obligatoria para los niños, informándose en las concepciones de Juárez.

Desde la cátedra, y en la elaboración de leyes y reglamentos para la educación pública, Moreno Cora ejerció una de las más eficientes maestrías de nuestro siglo pasado. Como director del Colegio Preparatorio de Orizaba, se ocupó de llevar a sus aulas los avances pedagógicos y científicos de su tiempo. Lo hizo con pasión fresca y generosa, hasta conseguir para aquel plantel una de las mejores reputaciones académicas de entonces. Así entendió aquel maestro la judicatura, y así ejerció su entrañable vocación de escritor.

De nuevo lo vemos aparecer en estos menesteres educativos en 1878. Ese año se le hace miembro de una junta sobre instrucción pública, dedicada de manera especial al bachillerato. Se buscan fórmulas para que los colegios preparatorios queden a salvo de los tropiezos, corrientes en la época, que los obligan a cerrar sus puertas. Y cuando, tres años después, la Legislatura veracruzana establece una Junta Directiva de Instrucción Pública Secundaria, allí volvemos a encontrar a don Silvestre elaborando informes circunstanciados sobre la instrucción en el Estado; sugiriendo los libros que deben servir de texto en las escuelas; examinando los presupuestos de los colegios, para favorecerlos; promoviendo reformas y estimulando mejoras.

En 1897 el panorama educativo del país ha variado de nuevo. Es preciso concertar con tales avances a la "Ley Landero". Moreno Cora, en ese año, adecúa los estudios veracruzanos a los planes adoptados por los colegios de la capital de la República.

Además de todo lo anterior, el académico cuya memoria evocamos hoy con tantas y tan buenas razones, se ocupó de escribir la historia de los estudios preparatorios de Orizaba y, con reconocida aptitud, elaboró para sus alumnos un pequeño tomo de *Lecciones de Lengua Nacional*. Uno de sus mayores fervores, en efecto, fue el de despertar y avivar la conciencia del idioma entre sus discípulos, prestándole inteligente protección al habla castellana, sin obstruir, con rigorismos, su inevitable enriquecimiento mexicano.

Al morir, en 1922, el único título que detenta Silvestre Moreno Cora es el de profesor de su antigua Escuela Preparatoria de Orizaba. Fallece en el oficio cotidiano de una existencia singularmente larga. En ella, maestro estudioso, hizo suyo el consejo del clásico de que "menester es estudiar para hacer estudiar".

En línea directa le viene a Silvestre Moreno Cora su vocación por las letras. En 1767 se publica la *Relación de los méritos de don Juan Antonio de Cora, Regidor Perpetuo, Fiel Executor de la Villa de Orizaba*. Es su abuelo. Su padre redacta, como secretario del Ayuntamiento, el acta de proclamación de la independencia de Orizaba, de 30 de noviembre de 1821. El triunfo insurgente traslada a su progenitor a Xalapa, como diputado local; luego, senador por Veracruz, transitoriamente instalado con su familia en la capital para cumplir aquel mandato, recibe en esta ciudad a su hijo Silvestre.

Tres generaciones dedicadas a la lectura en sillones frailunos y a la escritura en claustros sosegados. Se explica así lo ocurrido en Orizaba la noche del 31 de diciembre de 1880. Nuestro bachiller pronuncia en esa fecha el discurso inaugural de la Sociedad Sánchez Oropeza, así bautizada en homenaje al teólogo y canonista de Huatusco que fundó el Colegio Nacional de Orizaba. Se hace realidad, ese día, el sustancioso proyecto largamente platicado por Silvestre con su amigo íntimo Rafael Delgado, quien va a darse a conocer en el Boletín de la Sociedad. Podemos imaginar a Delgado leyéndole a su amigo, en las tardes de Pluviosilla, sus originales; él patrocinó, en 1878, la puesta en escena de sus juveniles ensayos dramáticos: *La caja de dulces* y *Una taza de té*. Estrechos vínculos de campanario, mansos ruidos, calles anchas y crepúsculos grises, autorizan a suponer que Moreno Cora conoció y opinó sobre *La Calandria* y sobre las cuartillas acerca de Leopardi y Bécquer, antes de que Delgado las entregara a la *Revista Nacional de Ciencias y Letras*. Compañeros de cátedra en el Colegio Nacional de Orizaba, leyeron en las mismas ediciones a Bernardino de Saint-Pierre; el *Hernani* de Víctor Hugo y su "Oración para todos" traducida por Bello, que algunos juzgaron, hiperbólicamente, superior al original; a los novelistas españoles del romanticismo y a Jorge Isaacs, maestro de aquellos idilios, tronco literario de *Angelina*, en cuyas páginas Delgado hace desfilar rico repertorio de tipos humanos en el ambiente provinciano, sobriamente dibujado. Rafael Delgado y Silvestre Moreno Cora seguirán hermanados, más tarde, en el recinto de esta Academia de la Lengua.

Las aficiones literarias de Moreno Cora habían tenido su primera manifestación en otra Academia Literaria, así llamada textualmente, de carácter privado, a cuyos socios dispersaron los acontecimientos de 1867 y 1868. Entre ellos figuraron el médico yucateco Peón Contreras, quien llegó a Orizaba precedido de la fama zorrillesca que le habían deparado *La Cruz del Paredón* y otras tres bien conocidas obras dramáticas; y Joaquín Arróniz, autor de una *Historia de Orizaba*. Ante ellos, el futuro académico, de 30 años a la sazón, se sumerge con temerario buen juicio en la crítica de la elocuencia sagrada de los primeros siglos. El fogoso orador —tras comparar los discursos de Demóstenes, Pericles, los Gracos y Cicerón con el Hexamerón de Basilio de Nacienceno y las homilias de Juan Crisóstomo, y de declarar sus preferencias por los últimos— destaca el carácter distintivo de los escritores apostólicos, "el entusiasmo y la fe —son sus palabras—, la sencillez, el candor y la convicción más íntima de la verdad de las doctrinas que proclamaban sin temor alguno, evitando cuidadosamente todo artificio, para que no se atribuyese a él el triunfo de la verdad".

Nuestro expositor, según parece, no escogió ni la imprenta adecuada ni un momento más a contrapelo para editar aquellas conferencias teológico-litera-

rias de sus 30 años. En efecto, salieron ellas a la luz, con licencia eclesiástica, en 1914, impresas por la Oficina Tipográfica del Arzobispado de Puebla.

Guardar la memoria de todos ellos es proteger una de las mejores tradiciones mexicanas; reanimar su recuerdo —de su vida y de su obra— debe entenderse como una de las razones de ser de esta institución que ellos también, de tal suerte, mantienen viva e ilustre.

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO ANTERIOR

Por don LUIS GARRIDO

Tengo el honroso encargo y con gusto lo cumplo, de iniciar esta solemne sesión dedicando algunas palabras al doctor don Miguel Alemán, ex Presidente de la República y uno de nuestros más distinguidos colegas, quien figura en la nómina de la Academia desde 1951, y es uno de los hombres eminentes de nuestro país por sus felices y nobles realizaciones, en favor de su progreso. Él ocupará la tribuna de esta corporación para recordar al señor licenciado don Silvestre Moreno Cora, aquel insigne maestro y jurista, con motivo del cincuentenario de su fallecimiento.

La educación nacional durante la gestión ejecutiva del licenciado Alemán recibió fuerte impulso. Y al término de su mandato que fue fecundo en afortunadas realizaciones, se hizo cargo del Instituto Mexicano de Cultura, que ha trabajado en el cultivo y difusión de nuestro saber, organizando conferencias, publicando libros y celebrando actos conmemorativos de los grandes valores intelectuales.

Nuestro compañero de labores, con altura y profundidad de miras, tanto en el Instituto que dirige como en la Asociación Nacional de Abogados, de la que es Presidente de Honor, ha estimulado la celebración de concursos para premiar obras históricas, literarias y de ciencias sociales. En nuestra Academia ha colaborado en la revisión del Diccionario. Es autor de varios libros que contienen los discursos pronunciados en los actos de su vida pública y sus ponencias enviadas a diversos congresos del mundo científico o artístico. Como Presidente del Consejo Nacional de Turismo, cargo que actualmente desempeña, ha publicado un interesante trabajo titulado *15 lecciones de Turismo*, del que se han hecho ya once ediciones, pues han sido unánimes los aplausos por las enseñanzas que irradia.

Su actividad en el campo de la cultura le ha granjeado la simpatía de los estudiantes, pues con frecuencia lo invitan para que apadrine sus diversas generaciones y también para que inaugure reuniones académicas. Es además un infatigable promotor de nuestras buenas relaciones internacionales. A él se debe el desarrollo del Programa Mexicano Norteamericano de pueblo a pueblo, de diversas exposiciones de nuestros productos y de frecuentes reuniones de hombres prominentes del extranjero para el desarrollo de la comprensión internacional. En reconocimiento a esta importante tarea los gobiernos de Argentina, Bélgica, Bolivia, Colombia, Cuba, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, República Española, Italia, Francia, Guatemala, Holanda, Honduras, Líbano, Panamá, Perú, Polonia, Suecia, Venezuela y República Federal de Alemania le han otorgado sus más altas condecoraciones.

Nuestra corporación recordará siempre con gratitud que, gracias a su apoyo, se celebró en esta ciudad la primera reunión de Academias de la Lengua, teniendo a su cargo el discurso inaugural. Desde entonces no ha dejado de cultivar las tareas

encaminadas a velar por la pureza de nuestro idioma. Fue Presidente Honorario del Tercer Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en Bogotá, en donde presentó una ponencia pidiendo que se consagrara el español como instrumento de la paz, la cual fue aprobada por aclamación, acordándose remitirla a la UNESCO a fin de que la hiciera llegar a las instituciones y centros de cultura.

El gran impulso que el doctor Alemán ha dado a muchas empresas de orden cultural ha sido reconocido por diversas universidades que le han otorgado doctorado Honoris Causa, figurando el de las siguientes casas de estudio: la Nacional Autónoma de México, la de Colombia, la de Kansas City, la de Nuevo México, la de Sacramento y la de Nicaragua. Los merecimientos, pues, del doctor Alemán, para ocupar un sillón en esta Academia databan en buena parte de mucho antes que lo eligiéramos. Aunque por razón de sus funciones en el Consejo Nacional de Turismo nos privamos de su personal asiduidad, no por ello abandona los deberes de su cargo en esta Corporación ya que siempre desempeña las comisiones académicas con puntualidad.

El anhelo incesante del doctor Alemán de servir los ideales universitarios, la causa del turismo y la unidad de la Lengua Castellana, lo llevan frecuentemente a viajar al extranjero para trabajar en un ámbito universal. Partidario ferviente de la libertad de pensamiento, se ha opuesto a todas las formas de la tiranía. En sus discursos a la juventud la exhorta al altruismo y a la idealidad, fomentando su impulso para abrirse paso a través de todos los obstáculos para que se manifieste esplendorosa en la más alta cultura del continente.

Él considera que la civilización no perecerá mientras en alguna parte del mundo la sabiduría se entienda como "una preparación disciplinada de hombres y mujeres imbuidos en la idea de que el saber y los progresos intelectuales y científicos imponen, a quienes los adquieran, una mayor responsabilidad de servicio para sus semejantes".

Él ha rendido culto a la misión de la Universidad y así ha manifestado que nuestras casas de estudios son las rectoras morales de la República y sus metas son no sólo formar buenos profesionistas, sino hacer hombres mejores. Su tarea, ha dicho textualmente: "es de verdad y de grandeza para proporcionar guías a la nación y mantener compenetradas sus aulas de las inquietudes y adelantos del mundo y de los problemas y las necesidades de nuestro pueblo".

Cuando se hizo cargo del Instituto Mexicano de Cultura declaró que éste tiene sobre todo un aspecto psíquico, como lo prueba la controversia que se registró entre los humanistas y los científicos, recordando el pensamiento de Montaigne: "Ciencia sin conciencia es la muerte del alma." Por eso al frente de dicha Institución ha procurado fomentar no sólo sus trabajos científicos, sino las tareas de carácter estético y filosófico. Él considera que como miembros de la humanidad, una de nuestras principales obligaciones que tenemos es la de referir nuestros conocimientos al mundo que nos rodea. Y fiel a este pensamiento ha procurado desarrollar algunas de las manifestaciones de carácter instructivo de nuestro país, porque "esto permitiría a nuestros compatriotas vivir con el mayor enaltecimiento de su ser y de las cosas mejores que puedan rodearlos".

El doctor Alemán es amante del mundo libre y respetuoso de la dignidad humana, procurando comprender los problemas de sus semejantes. Frente al debate de si los conocimientos deben implantarse sólo en el campo de la ciencia pura o de la aplicación y perfeccionamiento de las técnicas, ha pugnado por que en la formación del individuo intervenga la sabiduría, orientándolo a la cultura para que logre el pleno desenvolvimiento de su personalidad.

Ha desempeñado con eficacia las comisiones que le hemos conferido, como lo hizo al presentar a la Academia de la Lengua Española de Nicaragua un saludo de nuestra Institución, pronunciando un discurso acerca de la evolución de las lenguas

vivas, sosteniendo entre otras cosas la necesidad de crear una nueva especialidad: la de escribir sobre viajes. En efecto, tanto en Europa como en los Estados Unidos, grandes plumas se consagran a dar a la estampa en diarios y revistas sus impresiones sobre su ambular por el mundo.

Al frente de los destinos de la nación puso el mayor empeño por el engrandecimiento de nuestra Universidad, y al efecto la dotó de su magnífica Ciudad Universitaria. Próxima su inauguración, escribió estas palabras que revelan su amor por ella: "Casa de sabiduría, baluarte de la libertad, fuente de cultura para la perfección del hombre y el dominio de la Naturaleza. Erigida en el Nuevo Mundo por el esfuerzo de un pueblo que la entrega a la humanidad para la tarea de hacer un mundo nuevo, con aspiración perenne de un Estado de paz universal." Muestra inequívoca de su preocupación por la alta cultura fue su anhelo de que las casas superiores de estudios de la República acumularan el saber, lo investigaran y lo configuren para bien de la República. Con su espíritu ecuménico ha manifestado repetidas veces, que la cultura es el patrimonio común de todos los hombres y no de una sola época ni de una sola nación o grupo de naciones, sino de todos los tiempos y de todos los pueblos. Por eso afirmó alguna vez: "Queremos atesorar y acendrar, extender y elevar los conocimientos humanos, con que se dignifican las colectividades y los individuos que la componen."

Aunque sus principales esfuerzos se consagren actualmente a estimular las corrientes turísticas hacia nuestro país, no por ello ha dejado de contribuir a la defensa de nuestro idioma, en las intervenciones que ha tenido durante reuniones especializadas. Aún recordamos en los anales de nuestra Institución su discurso en el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, en donde manifestó: "Que el idioma español ha sido para los pueblos americanos, lenguaje de libertad y dignidad humanas."

Finalmente está atento a los problemas que afronta la juventud actual, exhortándola a que obre para que por medio de la cultura y de la libertad se mantenga la paz, expresando: "Que nadie más que la juventud cuenta con virtudes ejemplares para dignificar a la humanidad."

Ahora vamos a tener la satisfacción de escucharlo sobre una preclara figura de su patria chica, que cuidó con desinterés y con celo la lengua y la literatura españolas, y que dejó una labor docente admirable, y trabajos en el área del derecho que fincaron su reputación de excelente jurista y buen mexicano.

A JULIO TORRI

Por don FRANCISCO MONTERDE

La brevedad, para él grata —como lo demuestra la mayoría de sus escritos—, debe hallarse también, a mi pesar, en estas palabras finales acerca del amigo que acaba de abandonarnos.

Hace algunas horas, le creía aún con vida. Apenas han transcurrido unos meses desde que lo acompañamos en el homenaje que mercedamente se le rindió en el Museo de esta ciudad, que lo recibió como hijo adoptivo en 1908.

Había llegado de su natal Saltillo, para proseguir los estudios hechos en el Ateneo Fuente. Aquí se recibió de abogado, como su compañero del Ateneo de la Juventud: Alfonso Reyes, en 1913.

Desde entonces, puso en el libro su atención preferente; fundó y dirigió el Departamento de Bibliotecas; trabajó en la primera Editorial de la Universidad: aquella que publicó los clásicos, en ediciones que los acercaron al pueblo.

La docencia —especializada en literatura española y francesa— le llevó de la Preparatoria a la Facultad de Filosofía y Letras, donde obtuvo el Doctorado en 1933. Fue uno de sus más prestigiados Profesores Eméritos.

Su labor literaria, tan sobria, se resume en cinco títulos: *Ensayos y poemas* (1917); *De fusilamientos* (1953); *Literatura Española* (Breviario, de 1952); *Sentencias y lugares comunes* (1924-1925) y *Prosas dispersas* (1964); aparte una traducción del francés —admiró a Pascal— y algunos cuentos, artículos de crítica literaria y traducciones que aún no han sido recopilados.

A la Academia había llegado, por sus méritos de escritor y maestro, desde 1942, como Correspondiente. Diez años más tarde ingresó como Académico de Número, para ocupar el duodécimo de sus imaginarios sillones.

En otras sillas estuve a su lado, no sólo en tareas burocráticas de corrector de estilo. A pesar de que la progresiva sordera lo mantenía casi siempre aislado, era un compañero lúcidamente ingenioso, en la cátedra y en las reuniones literarias.

No en aquellas por sus condiscípulos evocadas sino en las últimas, lo acompañé, satisfecho. Por su cordialidad y camaradería, lo recordaré siempre, como recordaremos al escritor en quien veíamos, igualmente, a un maestro, por su ejemplar dominio de la prosa.

Más bien que la admiración, reiterada en otras ocasiones, debo expresar aquí el sincero dolor que la partida del singular amigo y colega nos causa, por todo lo que del escritor aprendimos y por lo que su absoluto silencio nos impedirá, desde ahora, escuchar de sus labios.

12 de mayo de 1970.

A ERMILO ABREU GÓMEZ

Por don EFRÉN NÚÑEZ MATA

Estas palabras fueron escritas para decirlas en la casa de mi amigo Ermilo Abreu Gómez. Ahora, en nombre de la Academia Mexicana, se dicen ante los restos del gran escritor mexicano.

Aquí, sentado en mi biblioteca, adonde llega el rumor de un aeroplano que sale de México, me he puesto a pensar en Ermilo Abreu Gómez. Su figura anima la sencillez; ni tan alto ni tan bajo de estatura; delgado; habla con la voz media y sin altisonancias. Muestra la figura de un hombre que un día lejano, tras el imperio de soñar, tomó la pluma —péndola de oro la llamaban los viejos escritores— y principió por dar forma a sus primeras obras literarias.

Anduvo por las comarcas coloniales y fue componiendo con acuciosa diligencia *Vida del Venerable Siervo de Dios, Gregorio López, Semblanza de Sor Juana, Ruiz de Alarcón*. En Sor Juana encontró a la mujer insigne, que no había perdido su femineidad y que pudo —con erudición galana— escribir su *Respuesta a Sor Filotea*; en Ruiz de Alarcón el egregio dramaturgo mexicano que brilló en la hora del Siglo Áureo de España. *El Corcovado* fue su primicia en 1924. Compuso *Clásicos, románticos, modernos; Lecciones de literatura española, Un loro y tres golondrinas, Quetzalcóatl, Tata Lobo* y... otras obras, diría yo que un tanto conturbadas, porque Ermilo las ponía encima de la mesa para que alguien alargara la mano y les hincase el diente. Labor de paciencia y de genialidad que ha merecido en 1970 el premio Sourasky por su destacada obra en la literatura y que sus colegas acogemos conmovidos. Diré ahora que hay una que ha sido vertida a varios idiomas y que muchos la han leído u oído leer —al menos en mi caso de catedrático— y que viene a ser el júbilo del suelo del Mayab: *Canek*. Recuerda el nombre de un patricio yucateco: Jacinto Canek. El niño Guy —que aquí es el mismo autor— se asoma al brocal de un pozo. El agua es un espejo

donde se reflejan la luna y las estrellas. La tierra se dilata y se ilumina. ¿Has encontrado en tu camino a un niño que lleva en las manos un haz de alondras? Pues éste es Canek, ahí, en ese mundo ya desaparecido que descubriera el cero para las altas matemáticas y construyó edificios majestuosos y solemnes...

Pues bien: Ermilo es ante todo un hombre que camina con un libro en las manos. Se tituló maestro en el sentido lato del término. Ha enseñado en su patria largamente. Todavía en los últimos meses del año anterior iba a la Universidad de Toluca, porque no abandonaba su misión de educador hasta que un médico detuvo al andariego catedrático. Así fue —además de periodista— en todo su vivir Ermilo Abreu Gómez. Su palabra de educador se escuchó en varias universidades de los Estados Unidos: Illinois, Chicago; en American University, Washington; en Middleburg College y en otras instituciones. Aquí en México en la Escuela de Verano, de la Universidad Nacional, en la Escuela Normal Superior...

De sus viajes por Suramérica trajo un libro donoso donde pinta de relieve a personajes cuyos nombres se graban en la piedra.

Debo terminar. Dice Séneca: "Busquemos un bien, que no sea tan sólo en la apariencia, sino sólido, igual y más hermoso por dentro." Esto ha hecho en su vida este escritor mexicano; obra sólida, llena de frescura permanente, como un legado precioso para la juventud inquieta que pide sembrar en el surco de la patria, y darse en el fruto opimo o en un leño que arde.

15 de junio de 1971.

A AMANCIO BOLAÑO E ISLA

Por don JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

Hace, apenas dos años, la Academia Mexicana Correspondiente de la Española me honró con el encargo, que cumplí con personal y grande satisfacción, de responder al discurso de ingreso, es decir, de recibir allí al doctor don Amancio Bolaño e Isla. Ahora, la Academia me ha encomendado despedir, en su representación, al doctor Bolaño, encargo que cumplo con verdadero y personal dolor.

Don Amancio Bolaño e Isla de su nativa Galicia pasó a Madrid, donde estudió y fue discípulo directo (y hoy podemos decir que con gran provecho) del muy ilustre don Ramón Menéndez Pidal. Consiguió en Madrid su Licenciatura en Filosofía y Letras y más tarde vino a nuestro país y obtuvo el Doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México. En Madrid había comenzado a ejercer la docencia, en el Instituto plurilingüe, enseñando lengua y literatura latinas y españolas; en México prosiguió el ejercicio del magisterio en muchas cátedras: filología románica, latín, fonética, lingüística, literatura medieval, cursos especiales sobre *El Quijote* y sobre la novela picaresca y seminarios diversos, en nuestra Universidad y a veces en Universidades foráneas y extranjeras.

Sus libros son, en gran parte, la continuación, la condensación y la culminación de su largo magisterio: obras sobre fonética y sobre historia de la lengua española, su estudio bio-bibliográfico de fray Alonso de la Vera Cruz, sus versiones y anotaciones de obras como *El Arcipreste de Hita* y *el Mío Cid*, con sabios e ilustrativos prólogos, así como otros muchos trabajos, algunos recopilados en su libro *Estudios literarios*, y otros más como su magnífico estudio comparativo sobre *El Estebanillo González* y *el Periquillo Sarmiento*, que fue el tema de su discurso de ingreso a nuestra Academia de la Lengua.

A ella llegó, electo el 14 de febrero de 1969, para ocupar la silla número XXV, y recibido en acto solemne el 24 de octubre del mismo año.

Así, muy poco tiempo lo tuvimos con nosotros; pero en esos dos años trabajó para la Academia con verdadero fervor y, claro está, con la pericia

y eficacia de sus profundos conocimientos; todavía, en una de las últimas sesiones de trabajo, informó de lo que había avanzado en sus tareas y acordamos que, en alguna de las sesiones ordinarias futuras —pasados los homenajes y recepciones que se interponían—, él llevaría algunos de los miles de tarjetas (fichas de registro y estudio de vocablos) para empezar a enterarnos de su investigación y discutir lo que fuera menester, que sin duda casi todo habría sido aprobarlo y felicitarlo por su labor, pues bien sabíamos que sería, como he dicho, eficaz, sabia y completa.

La ausencia de don Amancio Bolaño e Isla deja, en la Academia Mexicana de la Lengua un hueco difícil, muy difícil, de llenar. Para nosotros, sus colegas y amigos —yo, personalmente, tuve el gusto de conocerlo y tratarlo desde hace unos treinta años, cuando ambos ocupábamos, alternativamente, la misma aula en la vieja casa de Mascarones—; para nosotros, digo, su ausencia deja un vacío imposible de cubrir. Pero siempre nos acompañarán sus enseñanzas y el recuerdo de su caballerosa y alta amistad.

Descanse en paz.

22 de julio de 1971.

MUSEO DE LA ACADEMIA

FUNDACIÓN. Con el estimulante ejemplo que proporcionan instituciones análogas, en otros países, la Academia Mexicana Correspondiente de la Española abrió, en 1970, este primer museo destinado a reunir y conservar objetos que provienen de la mayoría de sus miembros fallecidos, a cuya memoria se consagra.

A iniciativa del Director don Francisco Monterde, acogida con entusiasmo por sus colegas, se comenzó, a principios de 1965, la labor de recolección de aquello que, en dos salas, se exhibe, para despertar interés por la obra de ilustres académicos mexicanos y mantener vivo el culto a quienes supieron honrar a la corporación, con palabras y actos nobles.

Para crearlo se contó con la eficaz ayuda de una comisión integrada por los académicos don Carlos Pellicer, don Salvador Novo y don Justino Fernández, quienes colaboraron activamente con el Director, el Secretario Perpetuo don José Ignacio Dávila Garibi, el Censor don Octaviano Valdés, el Tesorero don Luis Garrido, el Bibliotecario don Andrés Henestrosa y las secretarías señoritas Joaquina Mondragón y María de la Luz Lazo. El primero hizo oportunas sugerencias; gracias al segundo, pudieron obtenerse donativos de importancia. A los demás se debieron precisas orientaciones y labor perseverante.

A dichos esfuerzos respondió generosamente, al aceptar la presidencia del Patronato de este museo, don Carlos Trouyet, quien atendió la petición que le hizo el señor académico don Salvador Novo y donó a la Academia \$ 50,000.00, que sirvieron para la adquisición de materiales, manufactura de vitrinas y ejecución de los trabajos requeridos para instalar el museo: alumbrado, pintura, etc.

Con destino al fondo del museo, el señor licenciado don Rafael Oliveros Delgado, sobrino del señor académico don Juan B. Delgado, donó \$ 2,250.00.

El señor licenciado don Agustín Yáñez, Secretario de Educación Pública; el señor arquitecto don Ignacio Bernal, Director del Instituto Nacional de Antropología e Historia; el señor arquitecto don Luis Ortiz Macedo, Secretario General de dicho Instituto entonces, y después Subsecretario de Enseñanzas Técnicas y Superior, en la Secretaría de Educación; el señor licenciado don Juan Manuel González Camarena, Director General de Personal de la misma Secretaría de Educación; la señora doña Lidia C. de Camacho, Jefe del Departamento de Museos Regionales; los museógrafos don José Lameiras y don José María Aguilar Cab y otros estimables elementos del Instituto Nacional de Antropología e Historia hicieron posible la instalación del museo, en el que se exhiben retratos, manuscritos y objetos que pertenecieron a académicos fallecidos.

INAUGURACIÓN. El 11 de septiembre de 1970, 95º aniversario de la fundación de la Academia, se efectuó un acto especial, en el que el señor licenciado don Agustín Yáñez, Secretario de Educación Pública, hizo la declaratoria de inauguración del

museo y sugirió que éste no sea consagrado solamente a la memoria de académicos fallecidos, sino que se le destine a museo del escritor, aun cuando no se trate de personas que hayan pertenecido a la misma Academia.

ENTREGA DE OBJETOS DE MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA. El 23 de junio de 1972 se efectuó una sesión pública para recibir objetos personales, manuscritos, fotografías, etc., que pertenecieron al ilustre escritor don Manuel Gutiérrez Nájera, los cuales fueron donados por su hija la señorita Cecilia Gutiérrez Nájera, por medio del señor doctor Boyd G. Carter.

En dicho acto se dio lectura al mensaje de la señorita Gutiérrez Nájera, que en seguida se transcribe: "Su casa, 2409 State Street, Nueva Orleans, La. 70118, EE.UU. de Norte-América."—"Sr. don Francisco Monterde, Director de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, Donceles No. 66, México 1, D. F.—Estimado señor y amigo: Estas líneas, que llevan para usted y los demás señores académicos mis más atentos saludos, serán puestas en sus manos por nuestro mutuo y gran amigo el Dr. Boyd G. Carter, quien con su gentileza acostumbrada aceptó hacer a usted, en mi nombre, como director de esa Academia Mexicana, la entrega de un grupo de libros, retratos y otros objetos personales que pertenecieron a mi padre, Manuel Gutiérrez Nájera.

Hubiese yo querido asistir personalmente a dicha entrega, aceptando la atenta invitación que por conducto del Dr. Carter me hizo esa Academia; pero en vista de mi edad, que ya no es por cierto temprana y de los achaques de salud que naturalmente la acompañan, me fue imposible hacer el viaje. Espero que mi válida excusa será aceptada y doy a todos ustedes mis más cumplidas gracias.

En esta su misión de amistad, el Dr. Carter no necesita llevar credenciales, pues su gran admiración por El Duque, los valiosos estudios e investigaciones que ha hecho de su obra y sus escritos en libros y múltiples revistas culturales, lo han dado a conocer y cuenta con muchos amigos en los círculos literarios de esa ciudad. Sin embargo, creo deber presentarlo en esta ocasión como el Custodio Legal de los recuerdos de mi padre, cargo que, aceptando su generoso ofrecimiento, le conferí algún tiempo después de la muerte de Margarita, mi inolvidable hermana. En esas para mí tan dolorosas circunstancias, en que me encontré sola para velar sobre una herencia tan amada, temí que la muerte viniera a sorprenderme y que esos queridos objetos pudieran perderse o dispersarse; la oportuna y generosa ayuda del buen amigo Dr. Carter me dio tranquilidad y mi agradecimiento para con él no puede expresarse con palabras.

Ahora bien, recientemente y por conducto del propio amigo Dr. Carter, supe la existencia del "Museo del Escritor", adjunto a esa Academia Mexicana, así como que tanto usted, su digno Director, como los demás miembros que la forman, verán con gusto el que allí se guarden y expongan las reliquias de Gutiérrez Nájera. La noticia me causó gran satisfacción pues mi corazón sintió que allí estaban el lugar y la atmósfera apropiados en donde esos objetos podrán permanecer seguros y apreciados, para que los conozcan y admiren las futuras generaciones de mexicanos. Por lo tanto, desde ese momento resolví hacer la donación que hoy hago.

Cierto es que no puedo reclamar para esas reliquias ningún valor monetario, pero sí les reconozco el valor sentimental y espiritual que tienen, por haber sido los mudos testigos de una vida, muy corta, es verdad, pero vivida por el maravilloso mago de la pluma, con la que dio lustre y prestigio a la literatura de la patria.

Espero que en ése su nuevo y futuro hogar estos objetos serán acogidos con el afecto que tanto deseo y pido para ellos, sí, el afecto que venga a prolongar, digamos, ya que no a substituir, el cariño con que la viuda y las hijas los conservaron a través de los años. Que bajo el cristal de su caja de museo, humildes y callados, atraigan las miradas curiosas de los que ante ellos pasen en busca de momentos literarios y, en su lenguaje silencioso, el de las cosas "que no hablan", los inviten a conocer y estudiar la obra gigantesca del escritor mexicano, el que en sus versos de oro, sus cuentos y crónicas elegantes, hizo derroche de la ternura de su alma buena y cariñosa, así como del verbo de su cerebro brillante y privilegiado.

Igualmente mi amor filial desea que la presencia de ellos en ese Museo, sea como una flama eterna que perpetúe la memoria de aquel a quien pertenecieron y simbolicen las "flores compasivas" bajo las cuales deseó dormir su último sueño y las "muchas siemprevivas" que para su tumba pidió su musa alada. Si estas mis esperanzas se realizan, el dolor que hoy me causa separarme para siempre de esos recuerdos, será menos amargo.

Antes de terminar deseo decir que la donación que hoy estoy haciendo al "Museo del Escritor", de la única y pobre herencia que El Duque pudo dejarnos, no es solamente en mi nombre sino también a nombre y a la memoria de mis inolvidables desaparecidas, madre Cecilia y hermana Margarita, pues tanto ellas como yo, siempre supimos, y sentimos que después de a nosotras, esa herencia pertenecía a México y a los mexicanos. Estoy segura de que sus almas aprueban mi decisión y me bendicen por haberla tomado.

Por último, debo pedirles perdón por haber alargado tanto esta charla sentimental que he tenido con ustedes desde mi hogar lejano, pero creo que al tenerla he cumplido con un deber sagrado.

Además, el evocar y revivir estos recuerdos para mí, a la vez dulces y tristes, con ustedes mis compatriotas, los amigos y admiradores de la memoria de mi padre, ha sido una consoladora experiencia y un desahogo para mi alma huérfana y solitaria. Mil gracias por haberme escuchado.

Con el envío que estas líneas llevan para todos del humilde y pobre legado de Gutiérrez Nájera, mi padre, va también el sincero y gran afecto de la vieja hija primogénita del bardo. *Cecilia Gutiérrez Nájera.*"

Por su parte, el doctor Boyd G. Carter pronunció las palabras siguientes:

"Señor Director, Señores Académicos, Distinguidos amigos: En nombre de doña Cecilia Gutiérrez Nájera, hija primogénita del gran escritor nacional, Manuel Gutiérrez Nájera, he venido a cumplir un acto de ternura filial que se proyecta también como acto de piadosa lealtad hacia el país de su nacimiento.

También he venido a cumplir no sólo "una misión de amistad" —así la describe doña Cecilia en su carta al Sr. Director de esta Academia— sino también una alta misión de responsabilidad cultural: el devolver a México lo suyo, tratándose en el caso de retratos, libros, manuscritos y objetos personales de Manuel Gutiérrez Nájera, llevados por la viuda, Cecilia Maillefert, y sus hijas Cecilia y Margarita, a Nueva Orleans en 1916.

Doña Cecilia, "la airosa niña de honda mirada y paso leve", del poema titulado "La cuna de Cecilia" que compuso José Martí en casa de *El Duque Job*, en 1894, me escribió en julio de 1967 como sigue:

"Desde que se me fue mi hermana Margarita, me preocupa mucho la disposición final de aquellos objetos personales de mi padre que tengo en casa. Aun cuando me aflige sobremanera la mera idea de separarme de cualquier cosa familiar o personal

de mi padre, a mi edad no puedo menos que preocuparme del paradero de nuestro archivo familiar."

En agosto de 1967, doña Cecilia me entregó el archivo en cuestión que llevé a Columbia, Missouri, en donde se guardó en caja de seguridad de banco, hasta anteayer.

Las palabras siguientes de doña Cecilia, escritas en el dorso de esta fotografía de ella y de Margarita, tomada en 1896, encierran el íntimo sentido y significado de este acto de repatriación del archivo familiar del excelso cuentista, poeta, crítico, satírico, periodista y hombre de letras, Manuel Gutiérrez Nájera. El comentario de doña Cecilia reza así:

"Que sean las pequeñuelas de blanco vestidas, que enseña este antiguo retrato y las que ya entonces se lloraban huérfanas del amor del padre, las simbólicas mensajeras que hoy llevan a la patria, la pobre herencia que durante sus vidas guardaron piadosas como una reliquia sagrada, y que ahora se lleva como su ofrenda de filial cariño al país que las vio nacer."

Señor Director:

Tengo el honor, el placer y la suma satisfacción de entregarle, en nombre de doña Cecilia Gutiérrez Nájera, el archivo familiar de su padre, Manuel Gutiérrez tórica de gratitud por esta muestra de cariño y fraternidad de la Academia Mexicana, Academia Mexicana, como parte del rico patrimonio nacional, al servicio del pueblo mexicano."

Finalmente, el Director don Francisco Monterde dijo:

"Debo agradecer, en nombre propio y en el de quienes integran conmigo esta corporación, el valioso donativo que ahora recibe: los objetos, autógrafos, libros y fotografías pertenecientes al ilustre escritor, poeta y prosista, Manuel Gutiérrez Nájera, nos llegan a través del doctor Boyd G. Carter, quien se ha tomado la molestia de traerlos desde los Estados Unidos de Norteamérica, gentilmente.

No podía haber encontrado la heredera del iniciador del modernismo a un representante mejor ni depositario más fiel de tales objetos que el doctor Carter, sin duda quien conoce más la vida y la obra de Gutiérrez Nájera, en el país vecino, como lo demuestran los abundantes escritos que le ha consagrado: estudios que vinieron a aumentar y enriquecer la bibliografía crítica del Modernismo.

Excelente, bondadoso amigo y compañero, en tales investigaciones, el doctor Carter, por esos motivos, será siempre acreedor a nuestra gratitud, pues no ignoramos que a su generoso influjo se debió la determinación, basada en singular desprendimiento, que dio origen a este importante donativo, el cual prueba su confianza en nosotros.

Llega en momento oportuno: cuando la Academia Mexicana Correspondiente de la Española se dispone a iniciar la formación del Museo que honre la memoria de los escritores mexicanos en general, y no únicamente de quienes a la corporación pertenecieron.

Fue el licenciado Agustín Yáñez, Secretario de Educación Pública entonces, quien al inaugurar el Museo del Recuerdo, sugirió que como un verdadero Museo del escritor mexicano desaparecido, quedara abierto en el futuro para exhibir en él cuanto permita recordar y enaltecer a quienes han dejado huella perdurable en la Literatura Mexicana.

Tan oportuna sugestión fue confirmada recientemente por el licenciado Luis Echeverría, Presidente de la República, al hacer a la Academia depositaria de algunos de los manuscritos de poemas de valía, como *La suave Patria*, de Ramón López Velarde, que la misma Academia guarda celosamente.

Pero el Museo del escritor mexicano, prolongación del Museo del Recuerdo, se inicia propiamente ahora, al recibir la Academia los objetos que pertenecieron a Gutiérrez Nájera y que por voluntad de su hija entrega el doctor Carter, en este acto.

El siguiente paso, en la evolución del Museo de la Academia, consistirá —aun antes de que, de acuerdo con los deseos del Presidente de la República, la Secretaría de Educación Pública realice la adaptación de las dos salas que se destinan al futuro Museo— en instalar y exhibir en lugar digno, dentro del Museo del Recuerdo, temporalmente, los objetos que pertenecieron a Manuel Gutiérrez Nájera y que, gracias a la decisión tomada por su hija, la señorita Cecilia Gutiérrez Nájera, entrega ahora a la Academia el doctor Boyd G. Carter. Sean estas palabras testimonio de nuestro profundo agradecimiento.

LÓPEZ VELARDE. En la sesión pública efectuada el 25 de junio de 1971, en homenaje a Ramón López Velarde, además del discurso pronunciado por el señor Allen W. Phillips, se escuchó la lectura de poemas de López Velarde, por el señor académico don Carlos Pellicer, y estuvieron presentes los señores don Guillermo y don Leopoldo López Velarde, hermanos del poeta, quienes, por conducto del Presidente de la República, ofrecieron a la Academia manuscritos de poesías originales del escritor, mismos que la Academia recibió de manos del licenciado don Luis Echeverría, pocos días después de inaugurado el museo.

CORRESPONDIENTE EN FILIPINAS. En diciembre de 1970 la Academia Mexicana acordó nombrar su Correspondiente en Filipinas al señor don Emeterio Barcelón, Director de la Academia Filipina Correspondiente de la Española. La comunicación respectiva fue entregada al señor Barcelón por el Embajador de México en aquel país, señor don Federico Barrera Fuentes.

El señor Barcelón, al recibir ese comunicado, pronunció unas palabras en las que figuran los pasajes que en seguida se transcriben:

—Consciente de mis escasos conocimientos literarios, mi primera reacción, al ser informado de este honor que se me confiere, es declinarlo; pero luego me decidí a aceptar el honor, en la convicción de que aquí desempeño un papel simbólico. No soy más que un mero símbolo de mi patria, de Filipinas. Simbolizo a la Academia Filipina, de cuya dirección estoy encargado por pura generosidad y benevolencia de mis colegas, entre los cuales hay eximios hombres de letras, y todos, sin excepción, son insobornables e ilustres hispanistas, hispanófilos a ultranza. Este gesto de la Academia Mexicana da la medida del amor de México a Filipinas, no menos que el envío de los aviones mexicanos para defender nuestra libertad y nuestra democracia durante la pasada guerra mundial. La heroica hazaña de los intrépidos aviadores mexicanos ha sido, sin duda, más espectacular, más conmovedora; pero esta acción cultural de honrar a un oscuro escritor filipino no es menos grande, menos hazañosa, menos significativa, menos enternecedora.

"Con este pergamino de indiscutible, de incalculable valor literario-cultural y de insospechada trascendencia en las relaciones filipino-mexicanas, la lengua española, que es idioma de doscientos millones de almas, esparcidas por las cinco partes del mundo, la lengua española, repito, ha recibido esta noche una inyección de vida y de propaganda cuyos salutíferos efectos se harán sentir pronto, no sólo en el ámbito nacional, sino en la comunidad hispánica internacional...

"No podéis figuraros, señor Embajador, la inefable felicidad que he sentido cuando en España algunas personas me han tenido por un mexicano. Al fin y al cabo, les dije, filipino y mexicano son como dos rayos de un mismo sol.

"Señor Embajador, si vuestra patria con razón se llamó *Nueva España*; la mía, mi querida Filipinas, no sin razón puede llamarse *Nuevo México*. Al querer arrojar, diría mejor, sacramentar, en sentidas y expresivas palabras, la gratitud que hoy rebosa en mi corazón, veo que mi léxico castellano no responde adecuadamente a mis deseos, se muestra insolvente. 'Gracias', 'Dios se lo pague' son palabras y expresiones pálidas, incoloras, que no reflejan ni con mucho las vibraciones de mi alma agradecida. Estoy seguro de que Filipinas entera está jubilosa y satisfecha y plétórica de gratitud por esta muestra de cariño y fraternidad de la Academia Mexicana, la más alta institución cultural de México, de ese México tan noble, tan simpático, tan acogedor, tan vinculado en su historia y sus tradiciones con mi pueblo filipino.

"Filipinos, compatriotas míos: El idioma español que une a filipinos con los mexicanos en irrompible lazo, ha dejado una huella tan indeleble, tan imborrable en nuestras lenguas vernáculos regionales que no hay ningún filipino que pueda expresar sus ideas y sentimientos sin valerse de palabras de origen español.

"Dios no permita que, por raquícticas consideraciones de un mal entendido, exagerado y miope nacionalismo, cometamos el gravísimo error de desterrar de nuestro suelo el habla castellana. Eso sería tirar por la borda un precioso tesoro, una preciada herencia. Ello equivaldría a dar libelo de repudio a una lengua de sabios y de santos. Eso sería dictar sentencia de muerte a un lenguaje santificado y santificador, extirpar de nuestra alma el idioma en que Rizal y todos nuestros patriotas auténticos de ayer, escribieron con su verbo y con su sangre el evangelio de la raza, la biblia del genuino patriotismo filipino.

"Digamos con santo orgullo que Filipinas es el pueblo más grande del Oriente, porque es el pueblo cristiano por antonomasia en esta parte del mundo. No hay cosa más grande que la fe de Cristo, por ser Cristo la grandeza misma. Por eso, un pueblo esencialmente cristiano tiene que ser necesariamente grande. Si Filipinas quiere permanecer grande tiene que permanecer cristiano y trilingüe. El idioma español, el inglés y el filipino deben vivir en íntimo consorcio. Anatematizar el castellano, divorciarse del inglés, y quedarse sólo con el filipino, es decir, truncar ese trípode lingüístico es no sólo un suicidio cultural, sino un crimen de lesa patria.

VI CONGRESO DE ACADEMIAS. En los días del 20 al 29 de noviembre de 1972 se celebró en Caracas, Venezuela, el VI Congreso de Academias de la Lengua Española.

Asistió, en representación de la Academia Mexicana, como ya se dijo, el señor académico don Alfonso Junco.

Los señores académicos don Francisco Monterde y don Luis Garrido, que se habían propuesto asistir, no pudieron hacerlo por quebrantos de salud.

INAUGURACIÓN DEL EDIFICIO DEL INSTITUTO DE LEXICOGRAFÍA HISPANOAMERICANA "AUGUSTO MALARET". El 17 del mismo noviembre de 1972 el Instituto de Lexicografía Hispanoamericana "Augusto Malaret" inauguró su edificio en San Juan, Puerto Rico. El señor académico don Alfonso Junco, a su paso para Venezuela, asistió a este acto.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

- Aberdeen, Lord, 244
 Abreu Canto, Lorenzo, 328
 Abreu Gómez, Ermilo, 5, 6, 19, 21, 26,
 171, 213, 328, 329, 330, 409, 410
 Acebal, 210
 Acevedo, Jesús T., 209
 Acevedo Escobedo, Antonio, 5, 9, 22, 23,
 24, 25, 26, 122, 147, 384
 Aceves, Salvador, 364
 Acosta, José de, 97
 Acuña, Manuel, 260
 Adler, Max, 58
 Agrícola, Julio, 65, 177
 Agüeros, Victoriano, 264, 368
 Aguilar, Jerónimo de, 69
 Aguilar Cab, José María, 415
 Aguilar Vera, J., 238
 Aguilar y Marocho, Ignacio, 44, 76
 Alamán, Lucas, 75, 76, 244, 263, 266,
 268, 271, 276
 Alas, Leopoldo [Clarín], 58, 368, 369
 Alatorre, Antonio, 113
 Alba, Duque de, 184
 Alba, Francisco de, 236
 Alba, Pedro de, 304, 305
 Alba, Rafael de, 236, 347
 Alberti, Rafael, 182
 Alcalá, Manuel, 70
 Alcalde, Antonio, 242
 Aldasoro, Andrés, 254
 Alejandro Magno, 64
 Alemán, Mateo, 31, 32, 35, 43
 Alemán Valdés, Miguel, 394, 402, 403
 Alessio Robles, Miguel, 211
 Alfonso VI, 187
 Alfonso X el Sabio, 179
 Alfonso XII, 211
 Almaraz, Andrés, 254
 Almonte, Juan Nepomuceno, 244, 266
 Alonso, Dámaso, 172, 180
 Altamirano, Ignacio Manuel, 242, 336,
 344, 345, 349
 Altamirano y Monterde, Etelvina, 160
 Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, 277
 Alvarado, Pedro de, 278
 Álvarez, Bernardino, 73
 Alzate, José Antonio, 252, 259
 Allende, Ignacio, 75, 81
 Alley de Cyprey [Barón], 244
 Amalfi, Duque de, 39
 Amateratsu, 141
 Ambroa, Pedro de, 186
 Amor, Guadalupe, 98
 Anacreonte, 367
 Anaya, Pedro María, 242, 246
 Andrade, Cayetano, 15
 Andrade, José María, 264
 Aparicio, Fray Sebastián de, 73
 Apollinaire, Guillaume [Guillaume de
 Kostrowitsky], 289, 320
 Apolonio de Rodas, 367
 Aqueronte, 143
 Aquiles, 185
 Aragón, José Hermenegildo, 254
 Aragón y León, Agustín, 250, 251, 253,
 254, 255, 257, 258, 259
 Arango y Escandón, Alejandro, 44
 Arcipreste de Hita [Juan Ruiz], 35, 45,
 184, 333, 411
 Arden, Elizabeth, 388
 Arellano, Jesús, 21
 Ariadna, 95
 Ariosto, Ludovico, 258
 Arista, Mariano, 242
 Aristóteles, 253, 345
 Arnaldos [Infante], 181, 182
 Arquímedes, 253
 Arreola, Juan José, 113, 262
 Arróniz, Joaquín, 401
 Arturo [Rey], 66
 Asnar, Luis, 70
 Asturias, Miguel Ángel, 29

Asúnsolo, Enrique, 98
 Asúnsolo, María, 330
 Ático, 65
 Atristáin, 246
 Ávila Camacho, Manuel, 298
 Azorín [José Martínez Ruiz], 13, 102,
 163, 171, 173, 180, 187
 Azuela, Mariano, 18, 112, 152, 220,
 338, 340, 385
 Azuela, Salvador, 9, 364

B

Balbuena, Bernardo de, 72, 217
 Balzac, Honoré de, 386
 Banchs, Enrique, 310
 Baranda, Joaquín, 266, 270, 360
 Barba Jacob, Porfirio [Miguel Ángel
 Osorio], 98, 310
 Barcelona, Emeterio, 419
 Baroja, Pío, 127, 171, 173, 177, 187
 Barrera, Gabino, 118, 122, 251, 252,
 253, 255, 256, 257, 335, 343
 Barrera, Horacio, 257
 Barrera Fuentes, Federico, 419
 Barrios, Eduardo, 124
 Barrón, Heriberto, 236
 Basilio de Nacianceno, 401
 Bassoco, José María, Conde de, 44
 Bataillon, Marcel, 97
 Baudelaire, Charles, 134, 224, 305
 Baz, Amalia, 348
 Baz, Emilio, 342, 343, 346
 Bécquer, Gustavo Adolfo, 401
 Belaúnde, Víctor Andrés, 189
 Belaunzarán [Padre], 241
 Bello, Andrés, 6, 178, 308, 397, 401
 Ben Sirak, Jesús de, 54
 Benavente, Jacinto, 171, 177
 Berceo, Gonzalo de, 45
 Bergson, Henri, 227
 Beristáin y Souza, José Mariano, 281
 Bernal, Ignacio, 415
 Bernole, Esteban, 218
 Bertini, Francesca, 152
 Betancourt, Fray Agustín de, 72
 Bienvenida, Fray Rodrigo de, 71
 Binet Sanglé, 61
 Blázquez Mayoralgo, Juan, 74
 Bolaño e Isla, Amancio, 5, 6, 25, 44, 45,
 46, 47, 48, 178, 331, 332, 333, 334,
 411, 412

Bolaños Cacho, Miguel, 236
 Bolívar, Simón, 399.
 Bolland, 66
 Bonaparte, Napoleón, 267
 Boni de la Vega, Alfredo, 18
 Bonifaz Nuño, Rubén, 55, 84
 Boorstin, D. J., 89
 Borges, Jorge Luis, 148, 216, 219, 316,
 317, 319
 Bossuet, Jacques-Bénigne, 43
 Botero, Giovanni, 74
 Bouret, Vda. de Ch., 240, 286, 289
 Bousoño, Carlos, 102
 Boutroux, Émile, 208
 Bracho, Carlos, 211
 Bravo, Nicolás, 241
 Brinton, Daniel G., 54
 Bulnes, Francisco, 78
 Buñuel, Luis, 13
 Burgoa, Fray Francisco, 72
 Bustamante, Anastasio, 271
 Bustamante, Carlos María, 75, 76, 81,
 97, 203, 276, 277
 Bustillo Oro, Juan, 364
 Bustillos, José M., 236, 346, 347
 Bustos Cerecedo, Miguel, 21
 Byron, George Gordon, Lord, 11, 182

C

Cabrera, Rafael, 291, 301
 Cadalso, José, 37
 Calleja del Rey, Félix María, 241
 Calles, Plutarco Elías, 287, 384
 Camarillo y Roa de Pereyra, María En-
 riqueta, 166, 375
 Cambises, 64
 Camín, Alfonso, 305
 Camoens, Luis Vaz de, 381
 Campa, Gustavo E., 346, 361
 Campo, Ángel de [Micrós], 5, 335, 336,
 337, 338, 339, 340, 341, 342, 343,
 344, 345, 346, 347, 348, 349, 350,
 351, 353, 354, 357, 358, 359, 360,
 361, 362, 363, 364, 387
 Campo, Germán de, 342, 348, 349, 351,
 363, 364
 Campo, José Ángel de, 341, 342
 Campo, Luis de, 342, 346, 347
 Campo, Trinidad de, 342, 343, 346, 347
 Campoamor, Ramón de, 385
 Campos, Rubén M., 351, 364

- Campos Alatorre, Cipriano, 19, 20, 21, 25, 26
 Canek, Jacinto, 329, 330, 409, 410
 Cánovas del Castillo, Antonio, 187
 Cantoya y Rico, Joaquín de la, 338
 Capefigue, 280
 Capmany, Antonio, 67
 Cardona Peña, Alfredo, 28
 Carlomagno, 185
 Carlota Amalia [Emperatriz], 265
 Carlyle, Thomas, 57, 58, 59, 62
 Caro, Miguel Antonio, 367
 Carranza, Venustiano, 289, 325, 327, 377, 379
 Carreño, Alberto María, 53, 257
 Carrera, Martín, 242
 Carreter, Lázaro, 32
 Carricarte, Arturo R. de, 163
 Carriedo, Adalberto, 330
 Carriego, Evaristo, 310
 Carter, Boyd G., 416, 417, 418, 419
 Casal, Julián del, 126
 Casas, Fray Bartolomé de las, 82, 97, 179, 284
 Casasús, Joaquín D., 347, 349, 361, 379
 Caso, Alfonso, 68, 220
 Caso, Antonio, 220, 256, 257, 292, 293
 Castelar, Emilio, 58, 187
 Castellanos, Julio, 11
 Castillo [Padre], 241
 Castillo Nájera, Francisco, 259
 Castillo Solórzano, Alonso de, 33
 Castro, Américo, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 172, 184
 Castro, Eugenio de, 286
 Castro, Ricardo, 346, 361
 Castro Leal, Antonio, 148, 261, 265, 266, 278, 385
 Ceide-Echeverría, Gloria, 18
 Cellini, Benvenuto, 135
 Cernuda, Luis, 148
 Cervantes Saavedra, Miguel de, 18, 28, 29, 31, 32, 33, 36, 42, 47, 48, 53, 162, 172, 258, 334, 370
 Cervantes de Salazar, Francisco, 97, 98
 César, Cayo Julio, 64, 70
 Cézanne, Paul, 315
 Cicerón, Marco Tulio, 43, 222, 281, 401
 Cid [Rodrigo Díaz de Vivar, El], 66, 178, 179, 181, 182, 187, 188, 210, 411
 Ciro, 64
 Claudel, Paul, 230
 Clavijero, Francisco Javier, 57, 277
 Cloe, 67
 Colín, Eduardo, 209, 220
 Colón, Cristóbal, 88, 149, 381
 Coluto de Licópolis, 367
 Collado, Casimiro del, 44, 368
 Collingwood, R. G., 98
 Comonfort, Ignacio, 242
 Comte, Auguste, 252, 253, 255, 256
 Contreras, Jesús, 209
 Contreras, Manuel María, 343, 344
 Contreras de Moreno, Consuelo, 344
 Contreras Moreno, Ana María, 344
 Contreras Moreno, Arturo, 344
 Cora, Juan Antonio de, 400
 Cornejo Franco, José, 100, 101, 112
 Corona del Rosal, Alfonso, 97
 Correa, Eduardo J., 300
 Cortés, Hernán, 70, 278, 279
 Costa, Joaquín, 210
 Costa, Tomás, 210
 Couto, José Bernardo, 246, 266, 396
 Covarrubias, 39
 Covarrubias, Miguel, 287
 Cravioto, Alfonso, 257, 301
 Crecencio Rejón, Manuel, 397
 Crémieux [compositor], 361
 Criado de Val, 172
 Croce, Benedetto, 380
 Cromwell, Oliverio, 57
 Cross, L., 57
 Cruz, Sor Juana Inés de la, 86, 129, 203, 219, 220, 264, 329, 409
 Cuauhtémoc [Cuauhtemotzin], 145, 219, 242, 307, 308
 Cuéllar, Fray Lope de, 72
 Cuéllar, José Tomás de [Facundo], 336, 337, 387
 Cuesta, Jorge, 12, 228
 Cuevas, Luis Gonzaga, 246, 268, 396
 Cuevas, Mariano, 20
 Cuevas, Rafael, 19, 20, 21, 25
 Cumplido, Ignacio, 347
 Cumplido, Piedad, 347

CH

- Chadourne, Marc, 389
 Chandler, 31
 Chavero, Alfredo, 264, 276
 Chávez, Ezequiel A., 236, 343, 345, 346, 364, 365

Chávez, Leticia, 346
 Chávez Hayhoe, Salvador, 71
 Chimalpahin, 81
 Chinchón, Condes de, 73
 Chocano, José Santos, 209
 Chopin, Frédéric-François, 139, 361
 Chumacero, Ali, 108

D

Dafnis, 167
 Dailliez, Ana Cecilia, 192
 D'Annunzio, Gabriele, 167, 385
 Dante Alighieri, 101, 165, 199
 D'Arc, Jeanne, 58
 Dario, Rubén [Félix Rubén García Sarmiento], 124, 127, 148, 163, 168, 171, 177, 178, 187, 215, 222, 286, 291, 295, 301, 309, 311, 312, 318, 362, 373, 375
 D'Aureville, Barbey, 385
 David, 187
 Dávila Garibi, José Ignacio, 415
 De Camacho, Lidia C., 415
 De Haan, 31
 Dehesa, Teodoro A., 398
 Delgado, Juan B. [Alicandro Epirótico], 5, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 415
 Delgado, Rafael, 401
 Demóstenes, 401
 Descartes, René, 58
 D'Halmar, Augusto [Augusto Goemine Thomson], 125
 Diana, 372
 Díaz, Benito, 361
 Díaz, Cándido, 255
 Díaz, Porfirio, 77, 81, 254, 255, 257, 291, 304, 359, 377, 378, 379
 Díaz Alejo, Ana Elena, 236
 Díaz del Castillo, Bernal, 69, 70, 80
 Díaz Dufoo, Carlos, 288
 Díaz Mirón, Salvador, 235, 310, 342
 Díaz Rodríguez, Manuel, 124, 127, 267
 Díez-Canedo, Enrique, 122, 124, 210, 229, 296
 Diógenes Laercio, 64
 Domínguez Bordona, J., 67
 Domayquía, Fray Joan de, 71
 Dorantes de Carranza, Baltasar, 81
 Dostoievski, Fedor Mijailovich, 386
 Dromundo, Baltasar, 364

Durán, Agustín, 182
 Durán, Fray Diego, 55, 68, 277

E

Echavarría, Salvador, 100, 111, 112, 118
 Echeverría Álvarez, Luis, 418, 419
 Eguiara y Eguren, Juan José de, 74, 277
 Ehrlich, Paul, 251, 357
 Eliot, Thomas Stearns, 101, 222, 319
 Elorduy, Ernesto, 361
 Emerson, Ralph Waldo, 198, 296
 Enrique IV, 67, 155
 Erasmo, Desiderio, 36
 Escalante, 289
 Escandón [Diputado], 267
 Escobar, Alberto, 253
 Esparza, Carlos, 253
 Esperón, Manuel, 193
 Esperón, María, 388
 Espina, Concha, 166
 Espinel, Vicente, 32
 Espronceda, José de, 148, 165
 Esquilo, 52, 53
 Esteva [Cónsul], 209
 Esteva, Gonzalo, 347
 Estrada, Genaro, 172, 217, 223, 242, 243, 305
 Estrada, Roque, 324
 Eurípides, 52

F

Fábregas, Virginia, 336
 Farinelli, Arturo, 208
 Federico el Grande, 58
 Feijoo, Fray Benito Jerónimo, 36, 37, 39
 Fénelon, François de Salignac de la Mothe, 36, 37
 Fernández, Justino, 5, 6, 84, 98, 415
 Fernández de Lizardi, José Joaquín, 36, 37, 45, 386, 387, 393
 Fernández de Moratín, Leonardo, 37
 Fernández del Castillo, Antonio, 342
 Fernández del Castillo, Francisco, 84, 250, 341
 Fernández del Castillo, Germán, 350
 Fernández del Castillo, Pedro, 348
 Fernández del Castillo, Salvador, 350
 Fernández del Castillo y Baz, Francisco, 343, 346

- Fernández del Castillo y López, Francisco, 342, 348
 Fernández Granados, Enrique, 236, 346, 347, 364
 Fernández Ledesma, Enrique, 13, 304, 305
 Fernández Mac Gregor, Genaro, 5, 20, 21, 148, 202, 203, 205, 255, 305
 Fernández Montesinos, José, 31, 33, 34
 Fernández Moreno, Baldomero, 310
 Fernández y La Anta, Manuel, 58
 Fernando III de Castilla, 396
 Fernando VII, 24
 Fernando el Católico, 74
 Ferretis, Jorge, 19
 Fidelio [Obispo], 228
 Filón, Herennio, 74
 Fleury, Andrés Hércules, 269
 Florencia, P. Francisco de, 72
 Flores, Manuel, 253, 326
 Flores y Gardea, Francisco, 235
 Forey, Elías Federico, 342
 Fournier [autor], 251
 France, Anatole [Anatole Thibault], 286, 385
 Francés, José, 210
 Franklin, Benjamin, 197
 Freire de Andrade de González de Mendoza, Concepción, 285, 287, 288
 Frías, Heriberto, 336
 Frías, José Dolores, 290, 305
 Friné, 388
 Fuensanta, 304, 305, 306
 Fuente, Juan Antonio de la, 244
 Fueter, Ed., 70
 Fuentes, Carlos, 388
- G**
- Gaviño, Ángel, 253
 Gage, Thomas, 98
 Galindo y Villa, Jesús, 364
 Galván, Fernando, 209
 Gallegos, Jesús, 23
 Gallegos, Rómulo, 125
 Gama, Vasco de, 381
 Gamboa, Berta, 147
 Gamboa, Federico, 203, 217, 239, 343, 364
 García, Francisco Pascual, 256
 García, Genaro, 209
 García Calderón, Ventura, 210, 296
 García Cubas, Antonio, 203
 García Icazbalceta, Joaquín, 50, 77, 264, 276, 281, 374
 García Lorca, Federico, 98, 148, 182
 Gaona, Rodolfo, 169
 Garibay Kintana, Ángel María, 50, 53, 54, 78, 79, 82
 Garrido, Luis, 160, 375, 394, 402, 415, 420
 Gautier, Théophile, 126, 151
 Gayosso, Eusebio, 237
 Genin, Auguste, 122
 Gilgamesh, 64
 Gil y Gaya, Samuel, 172
 Godard, Luis, 347
 Godoy [Ministro], 209
 Goethe, Johann Wolfgang, 11, 58, 182
 Gómez Carrillo, Enrique, 171, 286
 Gómez de la Serna, Ramón, 319
 Gómez Fariás, Valentín, 246, 266, 267, 270, 271
 Gómez Gutiérrez, Margarita, 328
 Gómez Palacio, Martín, 152
 Gómez Pedraza, Manuel, 246, 266
 Gómez Portugal, Manuel, 253
 Goncourt, Edmond de, 132, 290
 Goncourt, Jules de, 290
 Góngora y Argote, Luis de, 86, 180, 187, 212
 González, Alvar, 148
 González, Jesús B., 305
 González, Jorge, 294
 González, Manuel Pedro, 384
 González Blanco, Andrés, 310
 González Camarena, Juan Manuel, 415
 González de Mendoza y Rodríguez del Villar, José María [El Abate], 27, 28, 29, 30, 44, 120, 212, 217, 285, 286, 287, 288, 290, 291, 292
 González Guerrero, Francisco, 120, 218
 González León, Francisco, 13, 102, 112, 148, 150, 151, 300, 310
 González Martínez, Enrique, 5, 21, 114, 124, 203, 209, 217, 224, 225, 227, 285, 286, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 302, 305, 310
 González Obregón, Luis, 240, 248, 264, 265, 277, 340, 345, 346, 364, 385
 González Ortega, Jesús, 395
 González Peña, Carlos, 13, 20, 122, 258, 305, 336, 338, 369
 González Ramírez, Manuel, 15
 González Rojo, Enrique, 293
 Gorostiza, Celestino, 10, 11, 12, 98
 Gorostiza, José, 11, 312, 326

Gorostiza, Manuel Eduardo de, 244
 Gourmont, Remy de, 162
 Gracián, Baltasar, 31, 34, 35, 39, 74, 172
 Gracos, Los, 401
 Grasset, Bernard, 57
 Grau, Jacinto, 182
 Greco [Domenico Theotocopuli, El], 35, 210
 Grimm, Jakob, 182
 Guerrero, María, 338
 Güiraldes, Ricardo, 317
 Guizot, François, 281
 Gutiérrez Cruz, Carlos, 290
 Gutiérrez Hermosillo, Alfonso, 101
 Gutiérrez Nájera, Cecilia, 416, 417, 418, 419
 Gutiérrez Nájera, Manuel [El Duque Job], 214, 236, 288, 335, 368, 369, 386, 416, 417, 418, 419
 Gutiérrez Nájera, Margarita, 416, 417, 418
 Guzmán, Martín Luis, 78, 220, 261, 382
 Guzmán, Nuño de, 278

H

Habsburgo, Maximiliano de, 236, 247, 266, 268, 378
 Hamlet, 91
 Haro, Joaquín, 347
 Hearn, Lafcadio, 131, 132, 133, 140
 Héctor, 185
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 182
 Heidegger, Martin, 101
 Heine, Heinrich, 181
 Henestrosa, Andrés, 28, 55, 260, 265, 364, 415
 Henríquez Ureña, Max, 209
 Henríquez Ureña, Pedro, 43, 209, 256, 326
 Heráclito, 98, 183, 296
 Herbert, George, 222
 Hernández y Hernández, Francisco, 398
 Herodoto, 57, 63, 64
 Herrán, Saturnino, 135, 146, 305
 Herrasti, Francisco de P., 220
 Herrera, Fernando de, 370
 Herrera y Reissig, Julio, 148, 305, 309, 311, 318
 Herrero García, Miguel, 35
 Hespérides, Las, 143
 Hidalgo, María Luisa, 113

Hidalgo y Costilla, Miguel, 75, 236, 247, 378, 379
 Hiroshigué, 286, 287
 Homero, 182, 253, 372
 Horacio, 43, 222, 368
 Horozco, Sebastián de, 103
 Horta, Manuel, 290
 Huacuja, Daniel, 255, 259, 322
 Huerta, Victoriano, 209, 238, 239
 Hugo, Victor, 401
 Huidobro, Vicente, 302, 318
 Huitzilopochtli, 269
 Humboldt, Wilhelm von, 187
 Hume, David, 98
 Huxley, Aldous, 389
 Huysmans, Joris-Karl, 126, 385

I

Ibarbourou, Juana de, 166, 212
 Ibsen, Henrik, 136
 Icaza, Francisco A. de, 35
 Igúñiz, Juan B., 20, 68
 Inclán, Luis G., 387
 Inclán, Rutilo, 135
 Isaacs, Jorge, 303, 401
 Istro, 64
 Iturbide, Agustín de, 235, 237

J

Jacoquivita, María, 73
 Jaimes Freire, Ricardo, 310
 Jammes, Francis, 14
 Jenofonte, 64
 Jesucristo [Jesús, Cristo], 197, 201, 229, 231, 269, 410
 Jiménez, Juan Ramón, 210, 310
 Jiménez Rueda, Julio, 11, 148, 220, 258, 369, 389
 Job, 71
 Johnson, Samuel, 60
 Jovellanos, Gaspar Melchor de, 37, 396
 Juan II, 67
 Juan Diego, 51
 Juárez, Benito, 76, 77, 236, 244, 247, 253, 275, 330, 335, 348, 349, 377, 395, 397, 398, 399
 Julieta, 338
 Junco, Aurora, 156, 157
 Junco de la Vega, Celedonio, 155

Junco, Alfonso, 5, 155, 156, 189, 218,
420
Juvenal, Decimus Junius, 38

K

Kipling, Rudyard, 121

L

Laforge, Jules, 148, 305, 318
Lafragua, José María, 246, 266, 276
Lagarde, Luis, 347
Lain Entralgo, Pedro, 104, 112
Lameiras, José, 415
Lancaster, José, 399
Landa, Fray Diego de, 55
Landro y Cos, Francisco, 399, 400
Lawrence, David Herbert, 389
Lazo, María de la Luz, 415
Le Bon, Gustavo, 255
Leduc, Renato, 98, 344
Lee, Sidney, 62
León Felipe, 16, 147
León, Fray Luis de, 102, 104, 114, 370
León, Ricardo, 172
León, Victoriano, 254
León XII, 244
León de la Barra, Francisco, 238
León Garabito [Obispo], 73
León-Portilla, Miguel, 5, 55, 56, 68, 78,
84, 99
Leopardi, Giacomo, 401
Lessers, Crenzé de, 182
Lewis, Oscar, 389
Lida, Raimundo, 228
Limantour, José Yves, 337, 347
Liñán y Verdugo, Antonio de, 33
Lira, Miguel N., 98
Lizaso, Félix, 57
Locke, John, 98
Lockhart, John Gibson, 182
Lombardo, Francisco, 267
Lombardo Toledano, Vicente, 252
Longfellow, Henry Wadsworth, 182
Lopes, Saby, 31
López, Carlos, 236
López, Gregorio, 73, 239, 409
López, Luis Carlos, 310
López, Rafael, 13, 102, 121, 122, 124,
287, 289, 291, 305, 310
López Mateos, Adolfo, 97, 364

López Portillo y Rojas, José, 164
López Velarde, Guillermo, 419
López Velarde, Leopoldo, 419
López Velarde, Ramón, 5, 13, 102, 122,
124, 148, 149, 150, 151, 166, 220,
228, 287, 289, 300, 301, 302, 303,
304, 305, 306, 307, 309, 310, 311,
312, 313, 314, 315, 316, 317, 318,
319, 320, 321, 340, 418, 419
López y Fuentes, Gregorio, 19
Lorencillo, 98
Lorrain, Jean, 385
Loti, Pierre (Julien Viaud), 132, 140,
286, 290
Louys, Pierre, 146
Lozano, Carlos, 209
Lozano, Rafael, 290
Lugones, Leopoldo, 134, 148, 169, 287,
289, 305, 309, 311, 316, 317, 320
Luquín, Eduardo, 5, 6, 322, 325, 326,
327
Lutero, Martin, 36

LL

Llave, Ignacio de la, 342

M

Mabillon, Jean, 66, 281
Macedo, Miguel, 254, 347
Machado, Antonio, 112, 148, 173, 177,
291, 310, 311
Machado, Manuel, 182, 310
Machiavelli, Nicolò, 43
Madero, Francisco I., 257, 301, 304,
324, 379
Maeterlinck, Maurice, 121, 227
Magdaleno, Mauricio, 5, 9, 19, 22, 335,
341, 364, 384
Mahoma, 60
Maillefert, Alfredo, 14
Maillefert de Gutiérrez Nájera, Cecilia,
417
Mallarmé, Stéphane, 212, 223
Manrique, Jorge Alberto, 92
Marañón y Posadillo, Gregorio, 35
Marcial, Cayo Valerio, 296, 369
Marco [Dibujante], 217
María de Jesús [Religiosa], 73
Marina, Doña, 69
Marinetti, Emilio Filippo Tommaso, 320

- Mariscal, Ignacio, 338, 360
 Márquez y Eguiara, P., 73
 Martí, José, 124, 239, 417
 Martínez, Feliciano, 294
 Martínez, Henrico, 72
 Martínez, José Luis, 121, 148
 Martínez Estrada, Ezequiel, 317
 Martínez Peñaloza, Porfirio, 15
 Martínez Valadez, Manuel, 13, 100, 101,
 102, 103, 105, 106, 107, 108, 110,
 111, 112, 118
 Mata Ocampo, Josefina, 349
 Masahigué, 145
 Maurois, André, 57, 60, 61, 63, 203
 Mayans, F., 289
 Mazzantini, Luis, 156
 Medici, Los, 66
 Medina, Alonso de, 74
 Medina, Vicente, 310
 Mefistófeles, 389
 Mejía Sánchez, Ernesto, 219, 261, 262
 Meléndez, Concha, 219
 Meléndez Valdés, Juan, 396
 Mena, Anselmo, 98
 Mendelssohn-Bartholdy, Felix, 361
 Méndez Padilla, Perfecto, 218
 Méndez Plancarte, Alfonso, 52, 86, 190,
 218, 227
 Méndez Plancarte, Gabriel, 52, 218, 369
 Mendieta, Fray Gerónimo de, 71
 Menéndez, Carlos R., 265
 Menéndez Pidal, Ramón, 5, 45, 171, 172,
 173, 174, 175, 176, 177, 178, 180,
 181, 182, 183, 184, 185, 187, 188,
 411
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 31, 171,
 172, 183, 187, 261, 367, 369, 373,
 374
 Menichelli, Pina, 152
 Mercado, Pedro, 253
 Mercé, Antonia, 305
 Meyer-Lübke, 180
 Michel, Alberto, 342
 Michel, Guadalupe, 347
 Michel, Ignacio, 347
 Michelet, Jules, 57
 Mier, Fray Servando Teresa de, 75, 97,
 263, 277
 Millares Carlo, Agustín, 332
 Mina, Francisco Javier, 81
 Minotauro, 95
 Miramón, Miguel, 210
 Mistral, Gabriela [Lucila Godoy Alcaya-
 ga], 166, 200, 212, 261
 Moctezuma, 70, 338
 Moheno, Querido, 239
 Moisés, 253
 Molinar, Demetrio, 253
 Mondragón, Joaquina, 415
 Montaigne, Michel Eyquem de, 191, 203,
 403
 Montenegro, Roberto, 11
 Monterde, Francisco, 5, 21, 25, 27, 49,
 84, 112, 121, 122, 148, 149, 207,
 214, 220, 285, 300, 407, 415, 416,
 418, 420
 Montes, Juan, 23
 Montes de Oca y Obregón, Ignacio [Ipan-
 dro Acaico], 5, 366, 367, 368, 369,
 370, 371, 372, 374
 Mora, José María Luis, 75, 263, 268,
 269, 270
 Mora y del Río, José, 51
 Morales, Angélica, 211
 Morelos y Pavón, José María, 75, 81,
 99, 216
 Moreno Báez, 172
 Moreno Cora, Silvestre, 5, 394, 395, 396,
 397, 398, 399, 400, 401, 402
 Moreto y Cabaña, Agustín, 43
 Motolinia, Fray Toribio de, 71, 98, 265,
 284
 Muller, 280
 Muñoz, Daniel, 253
 Muñoz, Rafael F., 5, 6, 19
 Musset, Alfred de, 222

N

- Napoleón III, 244
 Narciso, 296
 Navarrete, Fray Manuel de, 129
 Navarro B., Bernabé, 75
 Navarro Sánchez, Adalberto, 5, 100, 112,
 113, 114, 118, 119
 Navarro Tomás, Tomás, 172
 Nepote, Cornelio, 64, 65
 Nerón, 65, 158, 167
 Neruda, Pablo [Nefthalí Ricardo Reyes]:
 315, 318, 319
 Nervo, Amado, 5, 124, 127, 135, 136,
 146, 189, 190, 192, 193, 194, 195,
 196, 197, 200, 214, 215, 216, 217,
 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224,
 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231,
 232, 236, 286, 291, 293, 310, 311,
 326, 367, 368

Niebuhr, Bertolt George, 280
 Nisard, 64
 Noriega, Pedro, 253
 Noriega Hope, Carlos, 23, 287
 Noves, Laura de, 165
 Novo, Salvador, 5, 11, 55, 84, 94, 98, 415
 Noyola Vázquez, Luis, 148
 Nucio, Martín, 179
 Núñez de Arce, Gaspar, 189
 Núñez Mata, Efrén, 9, 328, 409
 Núñez y Domínguez, José de J., 14, 291, 305
 Nuttall, Zelia, 94

O

Obregón, Álvaro, 161, 211, 326, 379
 Obregón, Marcos de, 39
 Ocampo, Melchor, 349
 Ocaranza, Fernando, 205
 O'Donohú, Juan, 339
 Ofelia, 225
 O'Gorman, Cecil, 95
 O'Gorman, Charles, 94
 O'Gorman, Edmundo, 5, 48, 94, 95, 96, 97, 98, 99
 O'Gorman, Encarnación, 95
 O'Gorman, Juan, 98
 Olavarria, Nena, 347
 Oliveros Delgado, Rafael, 415
 Onís, Federico de, 220, 232
 Orbón, Julián G., 58
 Orestes, 52, 53
 Ormaechea, Juan Bautista, 44
 Orozco, Carlos, 253
 Orozco, José Clemente, 13, 118
 Orozco Muñoz, Francisco, 15
 Orozco y Berra, Fernando, 44
 Orozco y Berra, Manuel, 55, 263, 264, 276, 278
 Ortega, Ezequiel César, 57, 64, 65
 Ortega, Francisco, 353
 Ortega y Gasset, José, 31, 37, 41, 173, 177, 181, 187, 223
 Ortiz de Domínguez, Josefa, 242
 Ortiz de Montellano, Bernardo, 148, 312
 Ortiz Macedo, Luis, 415
 Ortiz Tirado, Alfonso, 192
 Ortiz Vidales, Alfredo, 13, 14, 15, 25
 Ortiz Vidales, Salvador, 14
 Osio y Caballero, Juan, 241
 Otero, Mariano, 246, 266, 267

Othón, Manuel José, 15, 162, 164, 220, 300, 371
 Owen, Gilberto, 11
 Ozanam, Federico, 51

P

Padilla, Elena, 346
 Padilla Nervo, Luis, 217
 Padilla Nervo, Rafael, 217
 Pacheco, Jose Emilio, 146, 150, 151
 Pagaza, Joaquín Arcadio, 164, 236, 254, 300, 370, 371
 Palacios, Emmanuel, 101
 Palavicini, Félix F., 288
 Pardo Bazán, Emilia, 172, 385
 Paredes, Conde de, 74
 Paredes y Arrillaga, Mariano, 268, 271
 Paris, 185
 Parra, Gonzalo de la, 305
 Parra, Porfirio, 251, 253
 Pascal, Blaise, 407
 Pasquel, Leonardo, 21, 25
 Paso y Troncoso, Francisco del, 50, 79, 94
 Pasteur, Louis, 58
 Pastora Imperio, 169
 Pausanias, 64
 Pavlova, Anna, 305
 Payno, Manuel, 5, 266, 384, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393
 Paz, Octavio, 122, 148, 149, 306, 309, 310, 312, 314, 318, 319
 Pedroza, Alberto E., 23
 Pellicer, Carlos, 415, 419
 Peña, Rafael Ángel de la, 241, 347
 Peña y Peña, Manuel de la, 246
 Peña y Reyes, Antonio de la, 5, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 343, 345
 Peñalosa, Joaquín Antonio, 366
 Peón del Valle, José, 236
 Peón y Contreras, José, 401
 Pereda, José María de, 172
 Pereyra, Carlos, 5, 238, 260, 270, 273, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283
 Pérez Abreu, Herminio, 213
 Pérez de Ayala, Ramón, 173, 182
 Pérez de Guzmán, Fernán, 67
 Pérez Galdós, Benito, 337
 Pericles, 64, 401

Pesado, José Joaquín, 368
 Petrarca, Francesco, 165
 Peyre, Henri, 222, 223
 Peza, Juan de Dios, 235
 Phillips, Allen W., 5, 120, 147, 148,
 149, 150, 151, 152, 309, 419
 Phocas, Monsieur de, 210
 Píndaro, 367
 Pínder, 177
 Pirro, 185
 Plancarte y Labastida, Antonio, 374
 Platón, 61
 Plinio el Joven, 43, 135
 Plutarco, 59, 65, 82, 379
 Poe, Edgar Allan, 138
 Poincaré, Henri, 173
 Polibio, 57
 Popea, 388
 Portilla, Anselmo de la, 144
 Portinari, Beatriz, 165
 Prado, Pedro, 124, 310
 Prado Velázquez, Ernesto, 236
 Prescott, William H., 278, 279, 280
 Prieto, Guillermo, 203, 235, 261, 368,
 385, 387, 388, 392, 393
 Prieto, Julio, 307
 Proust, Marcel, 61
 Pruneda, Alfonso, 252, 364
 Puccini, Giacomo, 155
 Puga y Acal, Manuel, 300
 Pulgar, Hernando del, 67

Q

Quetzalcóatl, 68, 329, 409
 Quevedo y Villegas, Francisco de, 32, 36,
 115, 229
 Quijano [Maestra], 305
 Quijano, Alejandro, 258
 Quintana Roo, Andrés, 75, 266, 396

R

Raggiens, María, 73
 Ramírez, Ambrosio, 236, 368
 Ramírez, Ignacio, 262
 Ramírez, José Fernando, 5, 246, 263,
 264, 265, 266, 267, 268, 270, 271,
 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279,
 280, 281, 282, 283, 284, 333
 Ramírez Cabañas, Joaquín, 69
 Ramírez Terán, 210
 Ramos, José Manuel, 253
 Rangel, Nicolás, 305
 Ranke, Leopold von, 280
 Raquel, 104
 Raso, Agustín del, 341
 Raymond, Marcel, 224, 225
 Raynaud, Georges, 29
 Rebollo, Efrén, 120, 121, 122, 123,
 124, 125, 126, 127, 128, 131, 133,
 134, 135, 136, 139, 140, 141, 142,
 145, 146, 151, 152, 286, 305, 309
 Recinos, Adrián, 330
 Reiter, Virginia, 338
 Rejón, Manuel C., 246, 266
 Remo, 167
 Renard, Jules, 291
 Reyes, Alejandro, 208
 Reyes, Alfonso, 5, 155, 168, 172, 180,
 190, 207, 208, 209, 210, 211, 212,
 213, 217, 220, 223, 227, 228, 256,
 261, 298, 305, 310, 407
 Reyes, Alicia, 207
 Reyes, Bernardo, 155, 208
 Reyes, Ignacio, 209
 Reyes, Manuelita de, 209
 Reyes Mora, Alfonso, 207, 208
 Reyes Spíndola, Rafael, 338
 Reyes Veramendi, Manuel, 266
 Reyles, Carlos, 125
 Ricardo Corazón de León, 66
 Ríos, Amador de los, 67, 183
 Ríos, Josefa de los, 300, 303
 Ripullone, Ana María, 70
 Rius y de Llosellas, Leopoldo, 29
 Riva Palacio, Vicente, 336, 386
 Rivas, Humberto, 12
 Rivera, José Eustasio, 125
 Rivero Heras, Joaquín, 253
 Rivière, Jacques, 227
 Rizal y Alonso, José Protasio, 420
 Roa Bárcena, José María, 235, 236, 247
 Robles, Joaquín, 254
 Rodin, Auguste, 216
 Rodó, José Enrique, 327
 Rodríguez de Almella, Diego, 67
 Rodríguez Larreta, Enrique, 124, 172
 Rodríguez Lozano, Manuel, 11, 212
 Rodríguez Marín, Francisco, 172
 Rojas Garcidueñas, José, 5, 44, 202, 234,
 331, 411
 Romero, José Rubén, 19, 56, 290, 388
 Romero de Terreros, Manuel, 84, 85,
 94, 96
 Rómulo, 167

Rosa, Luis de la, 246, 261, 262
 Rossetti, Dante Gabriel, 227
 Rousseau, Jean-Jacques, 222
 Ruano, Rosario de, 159, 160
 Rubinstein, Helena, 338
 Rubio, Darío, 258
 Rublúo, Luis, 56
 Ruelas, Julio, 125, 143
 Rufo, Juan, 74
 Ruiz, Eduardo, 346
 Ruiz, Josefina, 346
 Ruiz, Luis F., 253
 Ruiz, María de los Dolores, 346
 Ruiz de Alarcón, Juan, 209, 210, 329, 409
 Ruiz Cabañas, Samuel, 305
 Ruiz Castañeda, María del Carmen, 359
 Ruiz y Flores, Leopoldo, 51
 Ruskin, John, 261

S

Sade, Donatien de, 133, 135
 Sahagún, Fray Bernardino de, 50, 55, 277, 280
 Saint-Pierre, Bernardin de, 401
 Salado Álvarez, Victoriano, 28, 160, 194, 203, 238, 338, 340, 364
 Salas Barbado, Alonso Gerónimo de, 33
 Salas, Juan R., 53
 Salazar Mallén, Rubén, 98
 Salinas, Pedro, 177
 Salustio, Cayo Crispo, 65
 Salvatierra Brieva, 53
 Salvatierra, Conde de, 74
 Samaniego, Félix María, 38
 San Agustín, 371
 San Bernardo, 73
 San Felipe de Jesús, 73, 308
 San Francisco de Asís, 37, 199, 367
 San Francisco de Sales, 362
 San José, Diego, 172, 210
 San Juan Cristóstomo, 401
 San Juan de la Cruz, 114
 San Pablo, 253
 San Pedro, 195
 Sánchez, Bernardo, 254
 Sánchez, Rafael, 304
 Sánchez de Ocaña, Rafael, 148
 Sanín Cano, Baldomero, 57
 Sansores, Rosario, 166
 Santa Anna, Antonio López de, 266, 267, 268, 271, 272, 273, 274

Santa Rosa de Lima, 73
 Santa Teresa de Jesús, 174
 Sara, 104
 Sarmiento, Justino, 18, 21, 25
 Sarmiento, Martín, 37
 Schevill, R., 31
 Schneider, Luis Mario, 121, 125
 Schopenhauer, Arturo, 199
 Schuchart, 180
 Schwob, Marcel, 62
 Scott, Walter, 181
 Segura, Adrián, 253
 Sender, Ramón J., 385
 Séneca, 410
 Serra, Fray Junípero, 348
 Sforza, Los, 66
 Shakespeare, William, 22
 Shaw, George Bernard, 11
 Sidharta Gautama [Buda], 229, 230, 232
 Sierra Méndez, Justo, 57, 77, 97, 131, 132, 218, 235, 256, 263, 300, 347, 375
 Sieyès, Manuel José, 204
 Sigmondi, 280
 Sigüenza y Góngora, Carlos de, 50, 72, 73, 74, 81, 92, 204, 277
 Silva, José Asunción, 124, 127, 148
 Silva de Rodríguez, Cecilia, 329
 Silva y Aceves, Mariano, 261
 Skuda, 139
 Smith, Adam, 98
 Sófocles, 52
 Solana, Rafael, 384
 Solís, Antonio de, 97
 Solón, 64
 Sosa, Francisco, 82
 Soto Tamayo, Carlos, 6
 Sourasky, Elías, 409
 Soustelle, Jacques, 389
 Spencer, Herbert, 253
 Spota, Luis, 388
 Sterling, 58
 Storni, Alfonsina, 166
 Strachey, Lytton, 63
 Suárez del Real, Pablo, 23
 Sunderland, Manuel, 350

T

Tablada, José Juan, 122, 123, 125, 126, 131, 134, 151, 161, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 305, 309, 314, 318, 320

Tácito, Cornelio, 43, 61, 65, 78, 177
 Taft, William Howard, 379
 Taine, Hippolyte, 58, 204
 Talavera, María, 192
 Teócrito, 167, 370
 Terrés, José, 251
 Tezozómoc, Fernando Alvarado, 82, 277
 Thierry, Augustin, 280
 Thomson, David, 98
 Tiberio, 65
 Tintoretto [Jacopo Robusti], 75
 Tirso de Molina [Fray Gabriel Téllez], 33
 Tito Livio, 57
 Toledo, Alfonso de, 67
 Tornel y Mendivil, José María, 75, 266, 267, 396
 Torquemada, Juan de, 71
 Torre, Guillermo de, 148
 Torre Villar, Ernesto de la, 5, 49, 78, 79, 80, 82, 83, 203
 Torres, Teodoro, 290
 Torres Bodet, Jaime, 28, 148, 149, 205, 286, 292
 Torres Ortega, Rebeca, 15
 Torri, Julio, 5, 6, 260, 261, 262, 305, 407
 Toscano, Salvador, 287
 Toussaint, Manuel, 287
 Traubel, 60
 Trietschler, Guillermo, 51
 Trigueros, 266
 Trouyet, Carlos, 415
 Tucídides, 64

U

Unamuno, Miguel de, 42, 171, 173, 177, 178, 187, 310, 311
 Urbina, Luis G., 15, 126, 212, 236, 326, 362, 363, 364
 Urutia y Aranda, Luis de, 142

V

Valbuena, Antonio de, 187, 368
 Valdés, Juan de, 37
 Valdés, Octaviano, 370, 415
 Valdivieso, Aurelio, 254
 Valdelomar, Abraham, 310
 Valencia, Fray Martín de, 71

Valencia, Guillermo, 310
 Valenzuela, Jesús E., 127, 133, 289
 Valenzuela Rodarte, Alberto, 384
 Valera, Juan, 369, 389
 Valera y Alcalá Galiano, Juan, 172
 Valéry, Paul, 223
 Valverde Téllez, Emeterio, 256
 Valle, Adolfo, 342
 Valle, Rafael Heliodoro, 258
 Valle, Luis, 342
 Valle-Arizpe, Artemio de, 260
 Valle de De Campo, 342, 343, 347
 Valle Inclán, Mariquiña, 176
 Valle Inclán, Ramón María del, 127, 148, 171, 175, 176, 177, 188, 310, 317, 385
 Vallejo, César, 310, 311, 319
 Vargas, Eduardo, 254
 Vasconcelos, José, 5, 53, 78, 257, 258, 261, 326, 364
 Vega, Garcilaso de la, 370
 Vega y Carpio, Félix Lope de, 32, 33, 34
 Velázquez, Diego Rodríguez de Silva y, 35
 Venus, 157
 Vera Cruz, Fray Alonso de la, 45, 332, 333, 411
 Vergara, Agustín, 254
 Vespasiano, Tito Flavio, 65
 Veytia, Mariano de Echeverría y, 264
 Vicario, Leona, 92
 Vico, Giambattista, 296
 Vigil, José María, 54, 82, 114, 343, 347
 Vigil y Robles, Carlos, 347
 Vigil y Robles, Eduardo, 347
 Vigil y Robles, Guillermo, 347
 Vigón, Braulio, 176
 Villaespesa, Francisco, 310
 Villalobos Franco, José, 304
 Villalobos Ortiz, José, 15, 16, 18, 21, 25
 Villami, Francisco, 157
 Villalpando, Jesús, 287, 305
 Villar, Marqués del, 165
 Villarreal, Diego de Torres y, 36
 Villaseca, José María, 51
 Villaurrutia, Xavier, 11, 12, 98, 122, 123, 126, 147, 148, 289, 306, 307
 Virchow, Rudolph, 364
 Virgen de Guadalupe, 92
 Virgilio, 167, 168, 345, 348
 Visconti, Los, 66
 Vitaliani, Italia, 338
 Vitoria, Fray Francisco de, 333

Voltaire (François-Marie Arouet), 57,
173

W

Ward, Henry George, 95
Wells, Herbert George, 286
Whitman, Walt, 60
Wilde, Oscar, 121, 126, 142, 225
Wilson, Thomas Woodrow, 380

X

Xicoténcatl, 69
Ximénez [Padre], 330
Xochiquetzal, 220

Y

Yáñez, Agustín, 5, 101, 102, 148, 415;
418

Z

Zamacona y Murphy, Manuel María de,
245
Zamora, Juan Gil de, 67
Zaragoza, Ignacio, 398
Zarco, Francisco, 245, 246
Zárraga, Ángel, 209
Zavala, Lorenzo de, 75, 263, 268, 269
Zavala, Jesús, 162
Zeus, 125, 144
Zoilo, 219
Zorrilla de San Martín, José Luis, 216
Zorrilla de San Martín, Juan, 189
Zorrilla y del Moral, José, 182
Zumárraga, Fray Juan de, 51, 77

ÍNDICE GENERAL

<i>Prólogo</i> , por DON JOSÉ IGNACIO DÁVILA GARIBI	5
---	---

DISCURSOS DE RECEPCIÓN

<i>Cinco escritores en olvido</i> , por DON ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO, y contestación por don MAURICIO MAGDALENO	9
<i>Estudio comparativo entre el Estebanillo González y el Periquillo Sar- niento</i> , por DON AMANCIO BOLAÑO E ISLA, y contestación por DON JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS	27
<i>La biografía en las letras históricas mexicanas</i> , por DON ERNESTO DE LA TORRE VILLAR, y contestación por DON MIGUEL LEÓN-POR- TILLA	49
<i>Meditaciones sobre el criollismo</i> , por DON EDMUNDO O'GORMAN, y contestación por DON SALVADOR NOVO	84
<i>Algunos aspectos de la poesía de Manuel Martínez Valadez</i> , por DON ADALBERTO NAVARRO SÁNCHEZ, y contestación por DON FRAN- CISCO MONTERDE	100
<i>La prosa artística de Efrén Rebolledo</i> , por DON ALLEN W. PHILLIPS, y contestación por DON ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO	120

HOMENAJES

<i>En el centenario de Juan B. Delgado</i> , por DON ALFONSO JUNCO . . .	155
<i>Don Juan B. Delgado y su poesía</i> , por DON LUIS GARRIDO . . .	160
<i>La prosa de don Ramón Menéndez Pidal</i> , por DON ERMILO ABREU GÓMEZ	171
<i>Don Ramón Menéndez Pidal y algunos rasgos generacionales del 98, en su obra</i> , por DON AMANCIO BOLAÑO E ISLA	175
<i>El amor de Amado Nervo</i> , por DON ALFONSO JUNCO	189

<i>Genaro Fernández Mac Gregor. In memoriam</i> , por DON JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS	202
<i>Alfonso Reyes en su Diario</i> , por DON FRANCISCO MONTERDE	207
<i>Amado Nervo, en su centenario</i> , por DON FRANCISCO MONTERDE	214
<i>Poesía y sinceridad en Amado Nervo</i> , por DOÑA CONCHA MELÉN-DEZ	219
<i>Don Antonio de la Peña y Reyes</i> , por DON JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS	234
<i>Mis recuerdos de don Agustín Aragón y León</i> , por DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO	250
<i>Recordación de Julio Torri</i> , por DON ANDRÉS HENESTROSA	260
<i>José Fernando Ramírez</i> , por DON ERNESTO DE LA TORRE VILLAR	263
<i>Centenario de José Juan Tablada</i> , por DON FRANCISCO MONTERDE	285
<i>Homenaje a Enrique González Martínez</i> , por DON JAIME TORRES BODET	292
<i>Plenitud de López Velarde</i> , por DON FRANCISCO MONTERDE	300
<i>Ramón López Velarde en la poesía hispanoamericana del postmodernismo</i> , por DON ALLEN W. PHILLIPS	309
<i>Eduardo Luquín</i> , por DON DANIEL HUACUJA	322
<i>Ermilo Abreu Gómez</i> , por DON EFRÉN NÚÑEZ MATA	328
<i>Amancio Bolaño e Isla. In memoriam</i> , por DON JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS	331
<i>Ángel de Campo en el sentimiento de su tiempo</i> , por DON MAURICIO MAGDALENO	335
<i>Recuerdos de Ángel de Campo (Micrós-Tick Tack)</i> , por DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO	341
<i>Montes de Oca, poeta</i> , por DON JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA	366
<i>Carlos Pereyra</i> , por DON LUIS GARRIDO	375
<i>Recordación de Manuel Payno</i> , por DON ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO	384
<i>Silvestre Moreno Cora, ilustre jurista, literato y maestro</i> , por DON MIGUEL ALEMÁN, e introducción a este estudio, por DON LUIS GARRIDO	394

ORACIONES FÚNEBRES

<i>A Julio Torri</i> , por DON FRANCISCO MONTERDE	407
<i>A Ermilo Abreu Gómez</i> , por DON EFRÉN NÚÑEZ MATA	409
<i>Amancio Bolaño e Isla</i> , por DON JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS	411

NOTICIAS

Museo de la Academia.—Entrega de objetos de Manuel Gutiérrez Nájera.—López Velarde.—Correspondiente en Filipinas.—VI Congreso de Academias.—Inauguración del edificio del Instituto de Lexicografía Hispanoamericana "Augusto Malaret".

ÍNDICE ONOMÁSTICO 421

ERRATAS ADVERTIDAS

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice:</i>	<i>Léase:</i>
157	17	ustdes	ustedes
172	37	Valle-Arizpe	Valle-Arizpe.
227	33	Rosetti	Rossetti
253	31	Adrián	Adrián
305	10	Marcé	Mercé
345	37	pimeros	primeros